

MÁS ALLÁ DE LOS MONSTRUOS

ENTRE LO VIEJO QUE NO TERMINA DE MORIR
Y LO NUEVO QUE NO TERMINA DE NACER



Matías Caciabue y Katu Arkonada

Coordinadores

ISBN: 978-987-688-341-2

e-book

UniRío
editora

Más allá de los monstruos : entre lo viejo que no termina de morir y lo nuevo que no termina de nacer / Katu Arkonada ... [et al.] ; coordinación general de Katu Arkonada ; Matías Caciabue. - 1a ed. - Río Cuarto : UniRío Editora, 2019.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-688-341-2

1. Política Latinamericana. I. Arkonada, Katu, coord. II. Caciabue, Matías, coord.

CDD 320.8

Más allá de los Monstruos. Entre lo viejo que no termina de morir y lo nuevo que no termina de nacer

Matías Caciabue y Katu Arkonada (Coordinadores)

2019 © UniRío editora. Universidad Nacional de Río Cuarto
Ruta Nacional 36 km 601 – (X5804) Río Cuarto – Argentina
Tel.: 54 (358) 467 6309 – Fax.: 54 (358) 468 0280
editorial@rec.unrc.edu.ar
www.unrc.edu.ar/unrc/comunicacion/editorial/

ISBN 978-987-688-341-2

Primera Edición: *junio de 2019*



Este obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución 2.5 Argentina.

http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/ar/deed.es_AR



Uni. Tres primeras letras de “Universidad”. Uso popular muy nuestro; la Uni. Universidad del latín “universitas” (personas dedicadas al ocio del saber), se contextualiza para nosotros en nuestro anclaje territorial y en la concepción de conocimientos y saberes construidos y compartidos socialmente.

El río. Celeste y Naranja. El agua y la arena de nuestro Río Cuarto en constante confluencia y devenir.

La gota. El acento y el impacto visual: agua en un movimiento de vuelo libre de un “nosotros”.
Conocimiento que circula y calma la sed.

Consejo Editorial

Facultad de Agronomía y Veterinaria
Prof. Laura Ugnia y Prof. Mercedes Ibañez

Facultad de Ciencias Humanas
Prof. Gabriel Carini

Facultad de Ciencias Económicas
Prof. Nancy Scattolini y Prof. Silvia Cabrera

Facultad de Ingeniería
Prof. Marcelo Alcoba

Facultad de Ciencias Exactas, Fisi-
co-Químicas y Naturales
Prof. Sandra Miskoski

Biblioteca Central Juan Filloy
Bibl. Claudia Rodríguez y Bibl. Mónica Torreta

Secretaría Académica
Prof. Ana Vogliotti y Prof. José Di Marco

Equipo Editorial:

Secretaría Académica:

Prof. Ana Vogliotti

Director:

Prof. José Di Marco

Equipo:

*José Luis Ammann, Daila Prado, Ana Carolina Savino,
Daniel Ferniot, Maximiliano Brito, Lara Oviedo y Roberto Guardia*

*A los cientos de compañeras y compañeros que, aun sin saberlo,
son los artífices y protagonistas de esta obra colectiva.*

*A la revolución bolivariana y chavista, que como ya lo hizo la
revolución cubana, resiste heroicamente el asedio del imperialismo.*

*A los demás pueblos de Nuestramérica y el Mundo, que luchan
por la liberación nacional y social desde todas las trincheras posibles.
Solo ellos romperán las cadenas de la dictadura del capitalismo y sus
expresiones monstruosas (imperialismo, colonialismo, patriarcado).*

Contenido

A modo de presentación... ..	8
Prólogo	12
Por Aram Aharonian	
Primera sección	
El momento actual del Mundo y Nuestramérica	21
Geopolítica del capitalismo contemporáneo y la puja entre proyectos estratégicos	22
Por Matías Caciabue	
El Orden Internacional en Desconfiguración, Desarreglo y Declinación.....	67
Por Helena Argirakis Jordán	
China y su relación con EE. UU.: ¿declive de un imperio y nacimiento de otro?.....	83
Por Sabino Vaca Narvaja	
Colonialismo 2.0 en América Latina y el Caribe: ¿qué hacer?	102
Por Rosa Miriam Elizalde	
¿Cuáles serán las nuevas estrategias y tácticas de la izquierda para derrotar la contraofensiva imperial?.....	118
Por Hugo Moldiz Mercado	
El ciclo progresista nuestroamericano: aportes para un debate teórico-político de nuestro tiempo.....	137
Por Atilio A. Boron y Paula Klachko	

De una América Latina Feminista a los Feminismos
Latinoamericanos 194
Por Abril García Mur

Género con clase: feminismo y clase obrera 214
Por Claudia Lazzaro

Segunda sección

Realidades Nacionales 228

El México de López Obrador: reformismo, ruptura, y
construcción de hegemonía 229
Por Katu Arkonada

México: por los caminos de la Cuarta Transformación 253
Por Luis Hernández Navarro

Reflexiones sobre el nuevo escenario argentino 272
Por Paula Giménez

El neoliberalismo de Cambiemos: entre la crisis
económica y su proyecto político refundacional..... 317
Por Aldana Martino

El Gobierno Bolsonaro y la izquierda brasileña..... 333
Por Valter Pomar

La contrarrevolución en Brasil. Una aproximación
latinoamericana 355
Por Gustavo Codas

Manual de análisis para las batallas venezolanas	373
Por Marco Teruggi	
El contramanual del chavismo para enfrentar el golpe continuado.....	401
Por William Serafino y Franco Vielma, de “Misión Verdad” (Venezuela).	
Bolivia: liderazgo, luchas sociales y clases medias populares.....	420
Por Juan Carlos Pinto Quintanilla	
Crónica de una traición: el caso ecuatoriano.....	445
Por Gabriela Rivadeneira Burbano	
Colombia: entre la guerra, la pacificación y la paz.....	466
Por María Fernanda Barreto	
El Frente Amplio en la encrucijada y la necesidad de profundizar	481
Por Gabriel Bermúdez y Nicolás Centurión	
Debates en torno a la unidad de la izquierda en base a la experiencia del Frente Amplio en Uruguay	497
Por Sebastián Valdomir	
Sobre los autores.....	511

A modo de presentación...

“La crisis consiste precisamente en el hecho de que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer: en este interregno se verifican los fenómenos morbosos más variados”

(Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*)

En 1930, encarcelado por el régimen fascista de Mussolini, el máximo dirigente del Partido Comunista Italiano, Antonio Gramsci, escribía la cita que precede a esta introducción. Un año antes, el crack de la bolsa de Nueva York había detonado la crisis más profunda del sistema capitalista, y provocado el ascenso de las expresiones de ultraderecha a lo largo y ancho de Europa. Esa cita de Gramsci en italiano, fue traducida popularmente como: “El viejo mundo se muere. El nuevo tarda en aparecer. Y en ese claroscuro surgen los monstruos”.

La realidad es que, casi 100 años después de la gran crisis del capitalismo en el siglo XX, nos encontramos ahora en mitad de otra crisis, en otro momento del capitalismo —mucho más en descomposición y en desarreglo— y en un mundo que tiene características profundamente diferentes. Habitamos un mundo de claroscuros, un mundo de monstruos.

La transnacionalización del capital y la ruptura de la noción centro-periferia han puesto, en este siglo XXI, el mundo al revés. Esto nos obliga a enfrentarnos a profundos escenarios de violencia en la medida en que Estados Unidos va perdiendo su hegemonía económica y política, y otros proyectos, como el de Rusia o el de China, van surgiendo y conformando un nuevo escenario internacional.

Entre las dos grandes crisis del capitalismo medió casi un siglo de batallas por la liberación de los Pueblos. Algunas fueron

triunfantes, como la revolución cubana de 1959, pero otras quedaron en el fracaso. La constante, en este sistema de explotación, miseria y hambre, es que los Pueblos jamás se rindieron a sus pies.

Es así como otro momento histórico regional emergió a partir de 1998 cuando el Comandante Chávez, en un momento muy complicado para la izquierda mundial tras la caída del muro de Berlín y el derrumbe de la Unión Soviética, nos demostró que otro mundo sí era posible, y que, en medio del despliegue de la fase global-neoliberal del capitalismo, era posible tomar el poder y gobernar para los de abajo.

El llamado ciclo progresista, puesto en marcha en 1998, fue incorporando nuevos gobiernos y líderes como Néstor Kirchner, Lula da Silva, Evo Morales, Rafael Correa o Cristina Fernández, para después sumarse las antiguas guerrillas del FSLN y FMLN ya como partidos de gobierno. Por si fuera poco, las fuerzas populares del continente lograron derrotar al ALCA y crear instrumentos para la liberación de los pueblos, como el ALBA, o incluso una CELAC que se contrapone a la OEA, el Ministerio de las Colonias estadounidense.

Sin embargo, los últimos años de este ciclo han sido de reflujos y crisis producto de múltiples factores. Por un lado, el imperialismo nunca dejó de intentar golpes de Estado en Venezuela, Bolivia o Ecuador; mientras que otros fueron consumados en Honduras, mediante la vía tradicional, o bajo la modalidad de golpes parlamentarios, como en Paraguay o Brasil —países que, tanto en 2012 como 2016 compartieron la misma Embajadora Estadounidense, Lilian Ayalde, ex USAID, y actualmente asesora del jefe del Comando Sur—. Al mismo tiempo se produce la muerte de algunos de los grandes líderes que sostenían estos procesos, como Hugo Chávez o Fidel Castro, y comienza una persecución judicial, bajo la forma del lawfare, contra Lula Da Silva, Cristina Fernández o Rafael Correa.

Todo lo anterior, sumado a un cierto agotamiento de los procesos de cambio y a una ofensiva brutal en el ámbito cultural, nos llevó hasta el momento actual, un momento en el que necesitamos generar nuevos diagnósticos y marcos para la reflexión y la acción. Porque cuando parecía que teníamos las respuestas a una buena parte de las preguntas de este ciclo posneoliberal,

cuando parecía que íbamos aprendiendo, con dificultades, pero aprendiendo a avanzar en la profundización de nuestros procesos de cambio, en ese momento nos cambiaron todas las preguntas. Es, por tanto, tiempo de debatir para construir colectivamente nuevas respuestas a las preguntas que nos dispara este nuevo momento del mundo y de la región.

Esta fase de crisis no es solo un problema para la izquierda, sino también para la vieja derecha continental, que ve como nuevas expresiones de ultraderecha ascienden a costa de los viejos partidos del neoliberalismo.

El fenómeno Bolsonaro es el ejemplo más claro de todo ello: un monstruo surgido en un momento de crisis, de claroscuros. Pero también antes lo fue la elección de Trump en Estados Unidos. Vale mencionar que ni Trump ni Bolsonaro eran los candidatos de la élites políticas y económicas que empujan la globalización del capital. El llamado “establishment” apostaba, en esos países, por Hillary Clinton y Geraldo Alckmin, ambos derrotados en la arena electoral.

Por supuesto, el capital no tiene un único mecenazgo. Se ha hecho evidente, con el correr de los hechos, que un sector del capital está apostando a esta ultraderecha y su estrategia neoconservadora para encontrar una salida a la crisis de este capitalismo transnacionalizado.

En este momento de crisis, de claroscuros, no todas son malas noticias: la elección de López Obrador en México, la creciente lucha de calles en más de un país de la región, y la ola verde que recorre América Latina haciendo del feminismo popular una propuesta transversal que puede articular a las izquierdas son elementos esperanzadores para pensar, más allá de los monstruos, en un 2019 lleno de batallas que pueden —y deben— ser ganadas, donde dos procesos electorales resultarán cruciales.

En Bolivia, se hace absolutamente necesaria la reelección de Evo Morales, un presidente indígena, campesino, antiimperialista, anticolonialista y anticapitalista. En Argentina, es imperativo que Macri, la primera figura de derecha que derrotó en las urnas a un proyecto nacional-popular —a la izquierda del espectro político local—, no sea reelecto, consolidando el —relativo— ascenso político de la derecha latinoamericana.

Es tiempo de reflexión y análisis de la situación del continente nuestroamericano con una mirada larga. Porque vamos lejos, apostando por la construcción de un nuevo ciclo de luchas que, parados en las conquistas y en los niveles de organización alcanzados en la etapa anterior del ciclo progresista, nos permita impulsar una nueva oleada revolucionaria en toda América Latina.

Las páginas que entre sus manos tienen no constituyen, bajo ningún punto de vista, una parsimoniosa y tranquila reflexión que camina sobre una brillante alfombra roja. Estas son, más bien, un conjunto de debates colectivos que configuran una serie dispar de adoquines preparados para una batalla urgente.

Más allá de los Monstruos pretende dar a luz toda una serie de debates urgentes para este mundo en desarreglo.

La serie de artículos recopilados, elaborados por luchadores de las más diversas trincheras —algunos irreverentemente jóvenes y otros de una sabia y necesaria juventud acumulada— se encuentran solo hermanados en las causas de justicia e independencia, que, para facilitar el debate, hemos dividido en dos secciones.

“El momento actual del mundo y de nuestramérica” recopila análisis sobre el nuevo escenario internacional y latinoamericano, mientras que “Realidades Nacionales” articula reflexiones sobre las coyunturas de Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Ecuador, Venezuela y Uruguay.

Esperamos que esta obra colectiva ayude a construir una trinchera de ideas en la que debemos parapetarnos para enfrentar a los monstruos, para impulsarnos hacia un nuevo periodo de victorias.

Prólogo

Por Aram Aharonian

Cuando en América Latina y el Caribe retornan la xenofobia, la misoginia, la homofobia, el racismo, de la mano de gobiernos de ultraderecha, para las fuerzas populares (¿progresistas, de izquierda?) es imprescindible retomar el camino del pensamiento crítico, en momentos en que se habla del fin de la antinomia izquierda-derecha, apelando a una nostalgia inmovilizadora y acrítica, mostrando la falta de unidad y también de proyectos.

Si con el golpe de Estado y el triunfo del ultraderechista Jair Bolsonaro en Brasil se reavivó la discusión sobre el “fin de ciclo” del progresismo o el neodesarrollismo en América Latina, la criminal ofensiva estadounidense para derrocar el gobierno venezolano mostró la necesidad de terminar con el virus bolivariano de raíz, impidiendo que siga alimentando la idea de que otro mundo es imprescindible con democracias participativas —y no apenas declamativas—, donde toda la población tenga derecho a acceder a la alimentación, a la educación, la salud, la vivienda, hoy restringida al 1 % de multimillonarios y empresas trasnacionales.

La llegada al gobierno de Bolsonaro no ha garantizado cambios y esto también cuenta para las derechas, que siguen controlando lo que se da en llamar el poder fáctico. Ganar una elección no significa nada más que un triunfo. Luego, hay que crear legitimidad, conducir y construir una dinámica de gobernabilidad con los diversos actores. Y eso le está costando mucho a las derechas de nuestra región, como también le costó al progresismo.

Siguiendo las recetas y guiones de Washington, en la región, gobiernos progresistas de tres países cayeron por golpes de Estado: Honduras de Zelaya, Paraguay de Lugo y Brasil de Rousseff, mientras EE. UU. y sus cómplices trataban de desestabilizar y derrocar a otros gobiernos constitucionales. En Argentina no necesitaron dar el golpe de Estado, pero sí lograron crear ese imaginario colectivo destituyente, de la necesidad de un “cambio”.

“Ayer estábamos al borde del abismo. Hoy dimos un paso al frente”, diría un connotado militar boliviano en épocas del dictador Hugo Banzer.

¿Estamos al final del túnel? En este 2019 el pequeño haz de luz surge con el gobierno del centroizquierdista Andrés Manuel López Obrador en México, con la factible reelección de Evo Morales en Bolivia, con la continuidad de un desdibujado Frente Amplio en Uruguay, con un triunfo antimacrista en Argentina, con las elecciones en Panamá...

Temor a la autocrítica, falta de agenda

Quizá la peor atadura que pueda tener el progresismo es su temor a autocriticarse, a quedarse en un conformismo intelectual y político, a seguir anclado en escenarios y discursos ya perimidos por la realidad; y no interpelar permanentemente a la derecha. De una vez por todas, debiera abandonar la denunciología y el lloriqueo, y tener su propia agenda con propuestas sobre los temas actuales.

Más allá del tema de género, las propuestas deben incluir la reforma constitucional y reestructura del Estado, la problemática de seguridad y defensa, la fase actual transnacional, global, virtual, concentrada del capitalismo; la integración regional soberana y las herramientas de la nueva gobernanza global, el neocolonialismo y la dependencia que propone el Fondo Monetario Internacional (FMI).

Latinoamérica y el Caribe deben volver a ser territorio de paz. La nueva agenda debe considerar las nuevas formas de trabajo esclavo, la mercantilización del conocimiento y la educación, debe proyectar un cambio de las estructuras sociales y, sobre todo, debe pensar, proponer, otra comunicación y otra democracia, participativa, acorde a las necesidades de una mayor organización popular.

Esto significa construir una agenda propia y no seguir atrapados en ser reactivos a la agenda del enemigo. Para eso debemos comenzar por vernos con nuestros propios ojos y no con los ojos del enemigo, de los neocolonizadores, de nuestros verdugos, para poder dar la batalla por los sentidos.

Es mucho más difícil construir que resistir: hay que juntarse, poner hombro con hombro, levantar paredes ladrillo a ladrillo (a veces se caen y hay que volver a levantarlas). Sí, claro, la construcción se hace desde abajo, porque lo único que se construye desde arriba, es un pozo.

Derrota cultural

En Brasil no hicieron falta tanques, soldados, bayonetas ni disparos sobre las casas de gobierno, como en 1964, mientras desde los medios masivos de comunicación convencían de que el problema estaba en Venezuela, para invisibilizar, ocultar, el golpe brasileño. Hoy a los golpistas les basta el control de los medios de comunicación masiva y las llamadas “redes digitales” para imponer imaginarios colectivos en los que basan los golpes blandos, aliados a los corruptos sistemas judicial, parlamentario, policial, que los gobiernos progresistas no lograron (a veces ni intentaron) cambiar.

Habría que preguntarse si se trata de una derrota política, o una derrota cultural. Ya no se habla —al menos desde el poder— de igualdad, justicia social y de sociedades de derechos, ni del buen vivir, democratización de la comunicación, de democracia participativa.

Estas elites económicas, empeñadas en terminar con la política externa independiente de nuestros países y con los procesos de integración, tienen como fin privatizar —entregar a las empresas trasnacionales— los recursos naturales, las empresas estatales y los bancos públicos, además de vender las tierras a extranjeros y empresas multinacionales, comprometiendo la producción nacional de alimentos, la soberanía alimenticia y el control sobre las aguas.

Es momento para una profunda y dura reflexión de los movimientos populares: ¿por qué durante los varios gobiernos progresistas no se hicieron esas reformas políticas imprescindibles para que hubiera una real democracia? La respuesta puede ser que nunca se tuvo el poder.

Si soportamos 500 años de desarrollismo subdesarrollado al servicio de las elites y las metrópolis, ¿por qué no se usaron esos

recursos —durante ese par de décadas— para un desarrollo inclusivo y apuntando a posicionar la región en el mundo de forma diferente? No hacía falta siquiera una revolución, apenas quitarles un poco a las elites para empoderar a las masas: toda sociedad se basa en cierta estructura de creación de valor, y si no lo crea, quienes se ahogan son los que no tienen otra cosa que vender que su fuerza de trabajo.

No se puede construir una democracia sólida con una estructura electoral que permite la elección de parlamentos clientelares, con una Justicia corrupta, con monopolios de medios de comunicación. Hacen falta reformas estructurales, constitucionales, para impedir esas aberraciones.

Es hora también del mea culpa, de comprender cómo no se frenó la maniobra destituyente en Brasil, de reconocer los errores frente a un pueblo que los llevó a gobernar la séptima economía mundial por una década y media.

Nuestros partidos y movimientos necesitan actualizar sus programas, retomar el contacto con los movimientos sociales que los llevaron al poder hace tres lustros y que después fueron olvidados, desmovilizados o cooptados por el Estado. Son los movimientos y los grupos de izquierda los que se proponen, nuevamente, construir la nueva resistencia, la nueva alternativa, conformando espacios más amplios, redes de diálogo y debate, de articulación.

Esta pluralidad progresista es la que tiene la misión de hacer un balance sincero, sin sectarismo, de lo actuado en los últimos tres lustros, reivindicando aciertos, pero también señalando los límites de un proyecto que no supo y/o pudo realizar los cambios estructurales, las profundas transformaciones, involucrándose, incluso, en escándalos de corrupción, que sirvieron de munición de grueso calibre para el proceso de criminalización de los gobiernos populares.

¿Pensamiento crítico o transgénico?

La nostalgia es un permanente latiguillo de aquellos que añoran las épocas pasadas, por creerlas mejor que las actuales, cargado de una importante subjetividad y un llamado al inmovilismo. El progresismo sigue apelando a solicitudes, declaraciones, comuni-

cados (que ni siquiera leen los convencidos), a foros tipo catarsis colectiva, sin siquiera registrar los profundos cambios producidos en la subjetividad de las clases y capas populares que empuja a algunos de sus sectores a votar por sus verdugos.

Las amenazas de la ultraderecha conducen inexorablemente a un holocausto social y ecológico de proporciones inimaginables y se hace imprescindible construir una alternativa política, que requiere el aporte imprescindible del pensamiento crítico que permita trazar una hoja de ruta para evitar el derrumbe catastrófico de la vida civilizada.

Es imprescindible hacer un análisis concreto no solo de las dolorosas realidades, sino también de los avances —que no fructificaron en la construcción de alternativa sólidas— y un profundo trabajo de organización en el fragmentado y atomizado campo popular, donde seguimos entusiasmados en ser cabezas de ratón (cada cual por su lado) y no estar en la cola del león, lo que permitiría a enfrentar a la derecha hiperorganizada (en Davos, en el Grupo de Bildelberg, en el G-7, en el G-20) y también guionizada y financiada por la internacional capitalista y neoconservadora de la “Red Atlas”.

A principios de este siglo y milenio, fueron los intelectuales y dirigentes de movimientos sociales los que se alzaron contra el enemigo común, el capitalismo depredador, y lograron imponer el imaginario colectivo de que otro mundo era posible y necesario. Así nació el Foro Social Mundial, una respuesta al fin de las ideologías y de la historia que nos contaban los *think tanks* de la banda de Davos.

Hay quienes dudan, desde el progresismo, sobre la vigencia de la dicotomía derecha-izquierda. Basta recordar la realidad: los gobiernos progresistas y de izquierda del siglo veintiuno sacaron de la pobreza a 72 millones de personas en América Latina los de la derecha sumieron en ella a 22 millones; y que mientras los primeros reducían la desigualdad, los segundos lo aumentaban.

Los gobiernos progresistas de la región impulsaron el empoderamiento de vastos sectores sociales anteriormente privados de los derechos más elementales y la reafirmación de la soberanía económica, política y militar, por contraposición a la profundización

de la subordinación económica, política y militar impulsada por los regímenes derechistas.

Las izquierdas tienen que hacer otras combinaciones de gestión económica y en lo político tienen que construir otro relato, otra manera orgánica de concentrar expectativas distintas a las que han prevalecido en las últimas décadas. Necesitamos una profunda renovación de los lenguajes que nos permita generar nuevas preguntas donde las antiguas no son suficientes para proponer algo en este mundo.

En América Latina y el Caribe llevamos 526 años en resistencia. Hemos resistido a todo, nos hemos acostumbrado a su lógica y, cuando tuvimos gobiernos progresistas no cambiamos la agenda y nos olvidamos de la construcción: de nuevo pensamiento crítico, de nuevos cuadros políticos, económicos, administrativos, la construcción de una nueva comunicación popular. Quedamos anclados en la mera resistencia inmovilizadora.

En las últimas tres décadas del siglo se quiso imponer la teoría de “los dos demonios”, según la cual se trató de equiparar los actos de violencia, genocidio y terrorismo perpetrados por las dictaduras y los gobiernos cívico-militares con las acciones de las organizaciones guerrilleras que luchaban contra ellos. Más de cuatro décadas después escuchamos de boca de supuestos intelectuales la teoría de que no existieron gobiernos progresistas en nuestra región y que la lucha se dirime hoy entre dos derechas, una modernizante o desarrollista (del siglo XXI) y la otra oligárquica (del siglo XX).

Y siguiendo estos libretos que hablan de un “neoliberalismo transgénico”, propagados desde ámbitos académicos progres — con apoyo, generalmente, de fundaciones y ONG europeas —, es bien triste ver a indígenas y trabajadores inducidos a votar para la oligarquía, para que desde la “resistencia” se puedan refundar los movimientos de la izquierda y buscar transiciones.

Existe una enorme frustración, tensiones y cansancio provocados por personalidades pedantes y autoritarias (políticos, intelectuales) que lanzan consignas en verborragias sin ideas, muestran su incoherencia disfrazada de idealismo y hasta esbozan un marcantismo estúpido y perverso contra algunos movimientos socia-

les. Hay quienes buscan caminos para acceder al poder: su meta, descarrilar para siempre las ideas de democracias participativas, dignidad e inclusión social, soberanía e integración regional.

Otro dilema que surge al debate es si nuestros países debieran ir por un fortalecimiento republicano, con sistemas de partidos fuertes para evitar el embrujo de los outsiders o ayudar a su derrumbe. La democracia representativa, la propiedad privada, la cultura eurocentrista, el sufragismo y los partidos políticos son algunos de las “verdades reveladas” que organizan nuestra vida institucional, nuestra democracia declamativa, que venimos arrastrando desde las constituciones del siglo XIX. ¿Hay otro tipo de democracia? Si no, es hora de ir imaginándola.

La profundidad de la crisis actual cuestiona a la modernidad y al capitalismo, matrices sobre las cuales se han construido los valores que sustentan esta civilización. Ya no se trata de reformarlas, sino de cambiar los paradigmas que hacen a su vigencia, existencia, constitución y organización

Muchos dirigentes populares, ilusionados por el espacio institucional, emigraron de los movimientos —o fueron cooptados— para ocupar espacios en el parlamento y en el gobierno, lo que quitó experiencia acumulada a los movimientos y llevó a su práctica desaparición de las calles. En esa relación gobierno-Estado-movimientos populares, el error principal, quizá, fue de los movimientos. La realidad es que el Estado siguió siendo burgués y los gobiernos atados en sus programas sociales y de distribución —no de redistribución— de renta.

Las realidades tecnológicas, políticas, económicas, sociales y culturales son muy diferentes a las de dos décadas atrás, pero los desafíos siguen siendo los mismos. Hoy, mientras los europeos se nutren del pensamiento —la experiencia y el accionar— latinoamericanos para intentar salir de su crisis capitalista, a nuestros países siguen llegando “expertos” y “pensadores”, en un retorno de las carabelas y los espejitos de colores, para convencernos de que no debemos soñar con utopías, para encarrilarnos en la teoría de “lo posible” (como hace 40 años), para que no nos veamos con nuestros propios ojos, sino que lo hagamos con la visión colonizadora.

La derecha no escatima esfuerzos para derrotar a su enemigo de clase. Miente, manipula, tergiversa los hechos. Usa todo el arsenal de herramientas disponibles: medios masivos de comunicación cartelizados, manipulación en el uso de datos y perfiles recolectados por las llamadas redes digitales en manos de seis grandes megaempresas —convertidas en megaintermediarios privados de una “democracia global de mercado” los venden al mejor postor, en especial a los Estados—; especialistas en imagen y manejo de masas, psicología publicitaria, iglesias fundamentalistas de corte neoevangélico, en una guerra de quinta generación, de redes, dirigida a las percepciones y no al raciocinio, cuya blanco es la psiquis y los nódulos neurálgicos del ciudadano.

Tampoco es cierto que la derecha latinoamericana sea fuerte desde el punto de vista ideológico y para ello basta escuchar a Mauricio Macri, Samuel Doria Medina, Sebastián Piñera, Iván Duque, Jair Bolsonaro o Juan Guaidó. Pero sus mandantes sí saben lo que quieren. El publicitado poderío ideológico de las derechas conservadoras y supuestamente “modernas” son la cara oculta de la debilidad ideológica de las izquierdas y su incapacidad de crear frentes populares.

Junto a esta avanzada ideológica de la derecha, la izquierda parece estar sin rumbo, atrapada en la nostalgia, la falta de ideas y proyectos, incapaz de aggiornar el pensamiento a la era de la inteligencia artificial, con quienes tratan de conciliar e impedir encíclicamente la expresión de los excluidos obviando la lucha de clases, con los vendedores de espejitos de colores, con los profesionales de la denunciología, amarrados al asesinato de las utopías y la teoría de lo posible. Quizá, la utopía y la resistencia sean más unificadores que la construcción y el avance.

La represión sufrida en décadas pasadas paralizó grandemente al campo popular y la “pedagogía del terror” de la época de las dictaduras cívico-militares hizo bien su trabajo. Hoy, con una desaforada oligarquía financiera y guerrerrista, el capitalismo cambia, ofrece nuevas mercancías, usa las posibilidades tecnológicas de la inteligencia artificial, del *big data*, de los algoritmos, para imponer imaginarios colectivos.

No es hora de llorar. Bienvenido nuevamente, el pensamiento crítico que se esboza en este trabajo, una provocación para

un debate profundo donde participan jóvenes —tan marginados tradicionalmente por nuestras izquierdas— con conocimiento y análisis de una realidad bien diferente a la de décadas pasadas. El futuro es de ellos y por eso el saludo a este despertar, con la convicción de que, en esta guerra cultural, en la época del *big data* y la inteligencia artificial, no se puede luchar con arcos y flechas.

Siempre recuerdo —con temor— el excelente cuento de apenas siete palabras del guatemalteco Augusto Monterroso: *Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí.*

Primera sección

El momento actual del Mundo y Nuestramérica

Geopolítica del capitalismo contemporáneo y la puja entre proyectos estratégicos

Por Matías Caciabue

El mundo cambió. Esa afirmación circula con un enorme consenso en los ámbitos políticos e intelectuales y nadie, probablemente, se anime a negarlo. Pero, ¿en qué consiste y cómo se dio ese cambio? Resulta ser una pregunta de múltiples y abundantes respuestas.

En este estudio sostendremos que desde la década del setenta el sistema capitalista mundial se encuentra transitando una nueva fase, con su momento de emergencia, de expansión, de consolidación y de crisis.

La crisis es hoy el escenario donde batallan una serie de proyectos estratégicos —de visiones de distintas facciones de capital— sobre cómo construir el futuro de los más de 7500 millones de seres humanos.

Como el conjunto del libro que lo contiene, el presente artículo pretende ser un disparador para el debate teórico y político necesario para salir del momento de reflujo relativo que los sectores populares del continente y el mundo tienen contra sus enemigos de clase. Nuestro análisis partirá desde las ciencias sociales, con el materialismo histórico dialéctico como marco teórico y metodología de análisis.

Lo viejo no termina de morir, lo nuevo no termina de nacer y, en el medio, este monstruoso mundo que por todos los poros reclama la necesidad de una urgente transformación. La humanidad toda la necesita.

El recorrido histórico del capitalismo contemporáneo

Desde la ruptura de los acuerdos de Bretton Woods en 1971, la consiguiente conversión del dólar norteamericano en moneda fiduciaria y las crisis petroleras de 1973 y 1979, la economía mundial inició un proceso de agudas transformaciones.

Las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, con el satélite y la internet, se constituyeron en las nuevas “fuerzas productivas” que posibilitaron un cambio en las relaciones sociales de producción.

En ese marco económico y geopolítico, el núcleo duro del capitalismo mundial decidió la extinción del keynesianismo económico, la denominada sociedad salarial y el Estado de Bienestar, dando origen a una nueva fase —o momento— del capitalismo en tanto régimen de acumulación del capital y en tanto sistema social.

La crisis mundial por sobreproducción y sobreacumulación, los excedentes petroleros generados por el alza del precio del barril y el establecimiento y auge de nuevos, tecnológicos y modernos centros financieros en los países en desarrollo lograron hacer despegar un proceso de transnacionalización del capital, reconocido incluso por los Informes de Inversiones Mundiales (*World Investment Report*) de la Conferencia de Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD, por sus siglas en inglés).

La lógica de la valorización financiera —donde la posesión de dinero produce más dinero sin intervenir de manera directa en ningún proceso productivo— se configuró como eje ordenador de unas renovadas relaciones sociales de producción, lo cual, por cierto, no alude solamente a la importancia creciente que adquirió el sector financiero en la absorción y asignación del excedente social (la plusvalía), sino a un proceso mucho más complejo que revolucionó tanto el comportamiento de las grandes corporaciones económicas, como las relaciones centro-periferia dentro del sistema político mundial.

La valorización financiera es acompañada por el surgimiento del capital transnacional, pilar central de la globalización económica que es, a su vez, base material para la emergencia de una

sociedad global, capaz de integrar en una sola dinámica mundial a los más de 7500 millones de seres humanos.

Este cambio de fase en el sistema capitalista ocurrió dentro de la dinámica mundial de las luchas de clases. De hecho, la profunda reestructuración en el capitalismo ocurrida desde la década de 1970, que dio inicio a la denominada globalización, puede identificarse también como el planteamiento de una nueva estrategia de acumulación que posibilitó, a una fracción de capital, saltar el cerco de las clases obreras “nacionalmente” contenidas en el auge de una “revolución mundial” en ascenso, con el mayo francés de 1968 y la guerra de Vietnam como grandes íconos de un momento victorioso de los sectores populares.

Si la emergencia de una nueva fase del sistema capitalista ocurrió en los setenta, es preciso señalar su expansión a partir de las décadas de 1980 y su consolidación en la década de 1990 y los 2000.

La aplicación de la teoría económica y política del Departamento de Economía de la Universidad de Chicago, punto de origen a la doctrina neoliberal, el ascenso de Margaret Thatcher y Ronald Reagan, el ciclo de la deuda de los países latinoamericanos y del resto del tercer mundo, la incorporación de China al capitalismo mundial a partir de la doctrina “un país, dos sistemas” de Deng Xiaoping desde 1984 y, especialmente, la caída del muro de Berlín y la implosión de la URSS entre 1989 y 1991, expandieron ese proceso de transnacionalización del sistema capitalista, de globalización, un concepto trillado por el sinnúmero de “estudios culturales” encargados de invisibilizar el proceso económico y geopolítico que lo enmarca.

La expansión de esta nueva fase del capitalismo se intensificó con la desregulación del sistema financiero y la derogación de la Ley Glass-Steagall en 1999, fecha que podríamos señalar como el inicio de su consolidación. Dicha medida, impulsada por el entonces presidente Bill Clinton, posibilitó la fusión definitiva de la banca comercial con la banca de inversión en el territorio norteamericano, poniendo a *Wall Street* en pie de igualdad con la *City de Londres*, durante años la primera plaza financiera del mundo.

La anulación de esa ley posibilitó la inmediata fusión del *Citicorp* y del *Travelers Group*, dando origen al *Citigroup*, que por entonces se erigiría como la mayor empresa de servicios financieros del mundo, con más de 200 millones de clientes distribuidos en más de 140 países.

El mundo entraba, ya con pocas dudas, a la configuración de una economía globalizada. Pero el “fin de la historia” de Francis Fukuyama empezaría a agrietarse con las llamadas crisis de los tigres asiáticos y de las “punto.com”, el ascenso —por fraude— de George W. Bush en Estados Unidos, su proyecto de rearticulación de las fuerzas neoconservadoras en el “nuevo siglo americano” y el atentado a las torres gemelas del 11 de septiembre de 2001.

En ese contexto, nuestra región construyó de la crisis una oportunidad. Con el triunfo electoral de Hugo Chávez en la Venezuela de 1999 se inauguró un ciclo de ascenso para los sectores populares de la región que incluyó, en menos de diez años, la llegada al gobierno de Lula da Silva, Néstor Kirchner, Tabaré Vázquez, Evo Morales, Rafael Correa, Fernando Lugo, Daniel Ortega, entre otros, a las presidencias de Brasil, Argentina, Uruguay, Bolivia, Ecuador, Paraguay y Nicaragua, construyendo lo que se conoció como un “giro a la izquierda” para el conjunto del territorio latinoamericano.

La crisis financiera norteamericana, desatada a partir del escándalo de las hipotecas “subprime”, desde finales del año 2007, que determinaron la caída del *Lehman Brothers* —por entonces quinto banco de inversión norteamericano— en septiembre de 2008, dieron comienzo a una recesión económica global que se profundizaría con la crisis europea de los PIIGS (Portugal, Irlanda, Italia, Grecia y España) entre los años 2009 y 2012.

El rescate selectivo de ciertos bancos, con fondos públicos de los países centrales, dieron la señal de que, detrás de esta crisis económica, como en las otras acontecidas en la historia del capitalismo, se esconde un disputado y feroz proceso de concentración y centralización del capital. En otras palabras, asistimos a una crisis orgánica, donde lo viejo muere y lo nuevo no nace, un sacudimiento del bloque histórico donde la burguesía no puede sostener la configuración de un determinado orden hegemónico, y donde las superestructuras no pueden contener las transforma-

ciones ocurridas en la estructura económica y social que la sostiene.

Ese es el punto para afirmar que, tras la emergencia de la década del setenta, la expansión en las décadas del ochenta y la consolidación en las décadas del noventa, presenciamos una nueva fase del sistema capitalista —la global— bajo el dominio del capital financiero transnacional. El panorama se completa con una crisis económica, iniciada en 2008, que, aún hoy, no consigue resolverse, y pone en tensión al conjunto del sistema social.

La fase transnacional y global del sistema capitalista

Cuando hablamos de consolidación de la fase global del sistema capitalista no hablamos de algo acabado, sino más bien del inicio de un nuevo momento en el proceso de dominación, donde la forma transnacional del capital se ha consolidado como hegemónica sobre el conjunto del sistema económico mundial, y en donde la crisis no resuelta señala que aún no se ha podido configurar un nuevo orden mundial, un nuevo bloque histórico que cristalice unas determinadas correlaciones de fuerza.

El dominio del capital financiero transnacional, tal cual lo afirman varios autores (Robinson, 2007; Dowbor, 2013), se encuentra proyectando una transición hacia un nuevo orden económico y geopolítico mundial donde los Estado-Nación son progresivamente subsumidos a la lógica del capitalismo globalizado.

Eso no quiere decir que el sistema interestatal ya no importe, ni que la única forma de capital sea global. Pero, tal como lo explicara Engels en 1884, en su famoso libro *La Familia, la propiedad privada y el Estado*, las “viejas” formas institucionales de control político son destruidas, subordinadas y/o alteradas en función de las nuevas necesidades que plantean las transformaciones en la estructura económica y social.

En tal sentido, la socióloga argentina Beba Balvé (2008) señalaba:

[...] los reyes del poder, coaligados internacionalmente, constituyen hoy el bloque de poder mundial. [...] Pareciera que no supimos captar las implicancias de la imposición del modelo —impuesto por Estados Unidos— en donde la “democracia es la del capital privado”. Es decir, dejó de ser

patrimonio de los pueblos, según la revolución francesa y es del capital y sus dueños y su deidad, “la tecnología” (p. 3).

Tal cual lo plantea Marx, la necesidad constante de incrementar la inversión en una proporción creciente de medios de trabajo y materias primas, en relación con la masa de trabajadores, produce una creciente apropiación de plusvalía social (ganancia), al tiempo que disminuye la proporción de esa ganancia en relación al capital total invertido. Lo anterior lleva a la tendencia decreciente de la tasa de ganancia agudizando las luchas de clases en el sistema capitalista, ahora en una escala planetaria.

El resultado del proceso se traduce en una creciente disputa por la centralización y concentración del capital, con su consiguiente control, cada vez más profundo, de los recursos naturales y las riquezas socialmente producidas.

Como dijimos, en la actual fase del sistema capitalista, esos procesos de producción y apropiación de la plusvalía se dan ahora a una escala planetaria, lo que significa la mundialización de la ley del valor detallada por Marx¹. Por eso, globalización y fase transnacional del sistema capitalista son la misma cosa.

En el actual capitalismo globalizado se observa que la creciente capacidad de reemplazo tecnológico (el desarrollo de las fuerzas productivas bajo la lógica del capital) se torna cada vez más una dificultad para aumentar la tasa de ganancia, es decir, para reproducir la propia relación de producción vigente, lo que profundiza la señalada crisis orgánica, debido a la imposibilidad de generar un nuevo ciclo de capital productivo con ganancias en alza. Eso empuja la financiarización de la economía, con capacidad de amenazar y/o arrasar toda aquella unidad productiva que no

¹ Según Marx (1846), “todo nuevo invento que permite producir en una hora lo que antes era producido en dos, desvaloriza todos los productos homogéneos que se encuentran en el mercado. La competencia obliga al productor a vender el producto de dos horas no más caro que el producto de una hora. La competencia realiza la ley según la cual el valor relativo de un producto es determinado por el tiempo de trabajo necesario para crearlo. El hecho de que el tiempo de trabajo sirva de medida de valor de cambio, se convierte así en la ley de una desvalorización continua del trabajo. Es más. La desvalorización se extiende no solamente a las mercancías llevadas al mercado, sino también a los instrumentos de producción y a toda la empresa”.

quiera o pueda convertirse en un eslabón de una cadena global de valor.

El carácter monopólico de la actual fase del sistema económico se ha construido sobre la base de una red de control corporativo del conjunto de las cadenas de valor, ahora globalizadas.

Es por eso que, ante nuestros ojos emerge, en definiciones de Vladimir Lenin (1916), una nueva personificación social: una Oligarquía Financiera, solo que ahora de escala planetaria, algo que el sociólogo estadounidense William Robinson (2007) define también como Clase Capitalista Transnacional (CCT).

El sistema capitalista global adquiere un diseño en red que, a diferencia del planteo amorfo de “sociedad informacional” de Manuel Castells (2006) y de “Imperio” de Hardt y Negri (2012), adquiere crecientemente una capacidad de centralizar un poder real y un control estricto sobre el conjunto del sistema económico, al tiempo que descentraliza la producción y terceriza el trabajo asalariado directo.

Según los estudios dirigidos por Stefano Battiston, profesor del departamento de banca y finanzas de la Universidad Politécnica de Zürich (citado por Dowbor, 2017, p. 44), en función de una base de datos de 30 millones de empresas de todo el planeta del año 2013, tan solo 737 grupos controlan el 80 % de la red corporativa global. A su vez, si ese número se reduce a las 147 corporaciones más importantes, estas alcanzan el 40 % del control corporativo del mundo².

El conjunto de estas empresas constituye una “súper entidad” o “súper núcleo” que, en términos de Ladislau Dowbor (2017, p. 57), puede ser considerado como un polo de poder mundial, con una enorme capacidad para enlazar y subordinar, como capital asociado, a las acciones de un sinnúmero de empresas en hasta siete escalones de “unidades subsidiarias”, enmarañada a su vez, en una trama de acciones cruzadas.

En los estudios de Battiston publicados en el año 2013 (Dowbor, 2017, p. 45), entre esas 147 empresas existen 28 institucio-

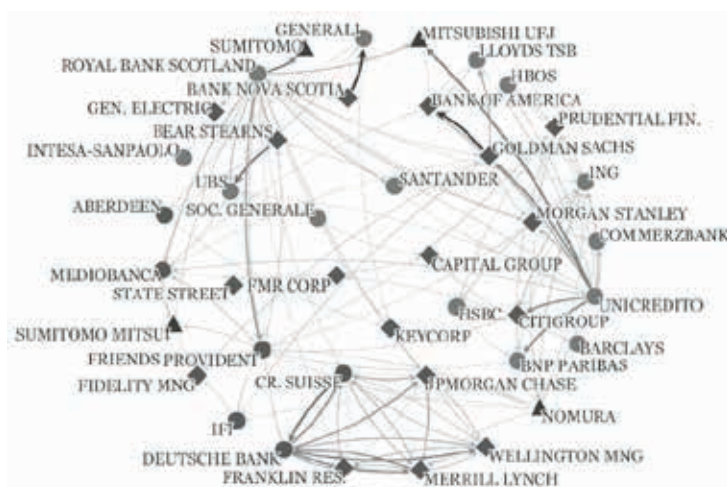
2 Si bien la facturación de cada corporación individual es exorbitante, lo más relevante termina siendo su poder de control de activos y pasivos financieros de otros actores (¿“subordinados”?) de la red financiera global.

nes financieras definidas como de importancia sistémica, responsable de ejercer y, por supuesto, disputar el mayor control posible dentro de la “red global de control corporativo”.

Cada una de esas 28 empresas trabajan con un activo consolidado promedio de U\$S 1820 mil millones si son bancos de inversión y de U\$S 610 mil millones si son aseguradoras. Para tener una idea de la magnitud de la que estamos hablando, solo basta mencionar que el PBI nominal de Argentina es de U\$S 540 mil millones y el de Brasil, la novena potencia mundial, de U\$S 1760 mil millones.

El propio Battiston, un economista que bajo ningún punto de vista puede ser rotulado de marxista, afirma que estos grandes jugadores del control corporativo global “no llevan a cabo sus actividades de manera aislada, sino que, por el contrario, están vinculados en una red de mutuo control extremadamente enredada” (Vitali, Glattfelder, y Battiston, 2011, p. 32)³.

Esas 28 corporaciones, en tanto “super-núcleo” de la red financiera transnacional, se pueden graficar de la siguiente manera (imagen extraída de Dowbor, 2017, p. 44):



Las formas de los nodos refieren a su origen. Círculos para europeos, rombos para estadounidenses y triángulos para capitales de otros orígenes.

³ Traducción propia.

Como salida a la crisis orgánica actual, la oligarquía financiera mundial, en la cima de la red de control corporativo de un sistema financiero globalizado, está invirtiendo miles de millones de dólares en la digitalización absoluta del capitalismo, una gran vía de escape para ubicar el excedente de su capital acumulado en un concentrado sistema financiero.

Esa inversión millonaria de la clase capitalista transnacional empuja la denominada revolución tecnológica (cuarta revolución industrial) que se traduce en un achicamiento atroz de los tiempos sociales de producción.

Esto implica la transformación de la estructura de procesos y procedimientos de la totalidad de la producción manufacturera y de comercialización, apostando a la innovación y desarrollo de tecnologías fundamentales como la inteligencia artificial, la bio y la nanotecnología, la impresión 3D, y la robotización y automatización de procesos de producción y circulación de mercancías, entre otras.

La imposición de un nuevo tiempo social de producción⁴, por uno de los grupos de capitalistas, aumentará la capacidad de apropiación de plusvalía de este por sobre los demás, agudizando los procesos de centralización y concentración, que empuja a una tendencia cada vez más decreciente de la tasa de ganancia.

Esto es parte de la lógica del capital. No tiene otra forma de sobrevivir, de funcionar. Resulta necesaria el incremento en la composición orgánica del capital que achica los tiempos sociales de producción.

En los tiempos actuales, esas leyes del capitalismo operan a una escala planetaria, y el capitalista con la capacidad de acortar los tiempos sociales de producción tiene ya una escala transnacional.

⁴ Según Marx: “En la determinación del valor se trata del tiempo social de trabajo en general, de la cantidad de trabajo que tiene a su disposición la sociedad en general y cuya absorción relativa por los diferentes productos determina, en cierta medida, el respectivo peso social de éstos. La forma determinada bajo la cual el tiempo social de trabajo se impone como determinante en el valor de las mercancías está vinculada, por cierto, a la forma del trabajo como trabajo asalariado y a la forma correspondiente de los medios de producción como capital, en la medida en que solo sobre esta base la producción mercantil se convierte en la forma general de la producción” (2017, p. 995).

Lo anterior se efectiviza a través de complejos mecanismos de extracción de plusvalía global, generando enormes ganancias a través de los sistemas de créditos, interés, derivados, acciones, bonos, deuda de países, fuga de capitales, venta de datos, etcétera.

La situación de los trabajadores en la cuarta revolución industrial

La automatización, la robotización y la inteligencia artificial están abriendo una nueva etapa en la configuración mundial del trabajo. Desplegada como trabajo del “conocimiento”, la llamada cuarta revolución industrial está conformando nuevas fracciones dentro de la clase obrera, agudizando las diferencias salariales y los “índices de productividad” entre los mismos.

Comienza a emerger con potencia una fracción de los trabajadores vinculada al sector de las tecnologías de la información y la comunicación (TICs), que constituye un grupo muy diverso unido por el uso de la más moderna tecnología de la información para el tratamiento, manipulación, identificación y procesamiento de los datos —sean económicos, sociales, políticos y militares—.

Son los creadores, programadores, manipuladores y suministradores de los flujos de información que hacen posible el funcionamiento de esta economía postindustrial, también planteada como “sociedad del conocimiento”.

Esta fracción de clase específica está formada por científicos investigadores, ingenieros de diseño, ingenieros civiles, analistas de software, investigadores en biotecnología, docentes universitarios de los segmentos e instituciones rankeadas globalmente, especialistas en relaciones públicas, abogados, banqueros inversionistas, consultores en *management*, consultores financieros y fiscales, *traders*, arquitectos, planificadores estratégicos, especialistas en marketing, editores y productores cinematográficos, directores artísticos, publicistas, escritores, editores y periodistas, “influencers” y “youtubers” en redes sociales de internet, entre otros.

En el mundo de la década de los 90, los profesionales de las TICs fueron llevados al centro de la producción del valor en el

mundo económico. Ese fue el camino que se profundizó luego de la crisis de 2008, como un intento de salida de la misma, de lo que algunos se atreven a afirmar como el agotamiento del “modelo liberal banquero financiero de la élite global” (Estulin, 2017).

En paralelo, un amplio número de trabajadores de menor calificación en el sector industrial y en el sector servicios disminuye su masividad y su fuerza, creando con ello una peligrosa división entre los que tienen y los que no tienen nada que aportar en cada nación posindustrializada.

En el norte global, la heterogénea geografía social de ciudades como Nueva York, Berlín, Londres y París son pruebas palpables de este nuevo fraccionamiento dentro de la clase obrera, mientras que en la periferia global la situación social es cada vez más alarmante.

China e India en su conjunto representan el mayor potencial de empleos automatizables debido al tamaño de sus fuerzas laborales: más de 700 millones de empleados equivalentes a tiempo completo. El potencial también es alto en Europa: 54 millones de empleados equivalentes a tiempo completo o € 1,7 billones en salarios, están asociados con actividades automatizables en las 5 economías más importantes: Francia, Alemania, Italia, España y el Reino Unido (McKinsey Global Institute, 2017, p. 8).

En los Estados Unidos, la participación del empleo agrícola cayó del 40 por ciento en 1960 al 2 por ciento en el 2000, mientras que la participación del empleo en la manufactura cayó de alrededor del 25 % en 1950 a menos del 10 % en el 2010 (McKinsey Global Institute, 2017, p. 12).

En los sectores agrícola, manufacturero y de servicios, las máquinas están sustituyendo rápidamente el trabajo del ser humano, prometiendo una economía basada en una casi completa automatización de trabajos y procesos para antes de que termine esta centuria.

Según datos de la Universidad de Oxford, el 47% de los empleos serán automatizados en los próximos 20 años, es decir, solo habrá personas trabajando donde no existan algoritmos que puedan hacer mejor esa labor (McKinsey Global Institute, 2017, p. 9).

Los trabajadores del conocimiento empiezan, entonces, a jugar un papel fundamental como creadores de riqueza y como posibles sujetos de transformación social (no los únicos, ni los iluminados).

Además, en la era de las redes sociales, las diversas plataformas de internet y los teléfonos inteligentes, cada ciudadano de la aldea global se convierte en un productor permanente de datos potencialmente procesables por algoritmos. Es decir, la humanidad toda se ha convertido en el “esclavo moderno” que produce “datos”, la materia prima central de la producción de mercancías inmateriales, de los únicos bienes no restrictivos: el conocimiento. Así, creyendo descansar, conectados a Facebook, Netflix o YouTube, la humanidad a subsumido su tiempo de ocio a un tiempo de trabajo no remunerado articulado globalmente.

Según el informe de enero de este año de *Data Reportal* (2019), en un mundo de 7676 millones de habitantes, hay 5112 millones de celulares en funcionamiento (es decir, 67 % de penetración) y 4388 millones de personas cuentan con acceso a internet (47 % de penetración). A su vez, 3484 millones de personas, el 45 % de la población mundial, ya interactúa activamente en las redes sociales de internet.

En Sudamérica, el 73 % de la población tiene acceso a internet, mientras que en Centroamérica es del 63 % y en el Caribe del 51 %. En la cantidad de horas en internet, los latinoamericanos renquean: Solo en cantidad de horas en internet móvil por día, es decir desde celulares, Brasil ocupa el tercer lugar mundial con 4:45 horas, Argentina el sexto con 4:20 horas, mientras que Colombia y México ocupan el séptimo y onceavo lugar con 4:11 y 3:50 horas respectivamente.

El capitalismo globalizado desnuda, a su vez, toda su crisis con el creciente agigantamiento de su “ejército de reserva”. Un estudio de la Organización Internacional del Trabajo, OIT, el desempleo en el mundo ha alcanzado a 800 millones de seres humanos, el nivel más elevado desde la gran depresión de los años ‘30.

Estamos hablando de que el 10 % del total de habitantes del planeta se encuentran desocupados o subocupados y, si a esa población la multiplicamos modestamente por grupos familiares de

tres personas, estamos hablando de que, al menos, 2400 millones de personas (el 30 % de la población mundial) sufren problemas de precariedad laboral, pobreza y miseria. El “ejército de reserva” global es, por lejos, el “país” más habitado del planeta. Ni los habitantes de China (unos 1400 millones en 2019) ni los usuarios de Facebook (2271 millones de usuarios) se acercan a este número que señala el carácter inhumano del actual sistema social.

La configuración de una territorialidad global: Los proyectos político-estratégicos en pugna

Lo que define y delimita un territorio son las relaciones de poder. La territorialidad se configura a partir de elementos materiales y simbólicos que un bloque de poder específico pretende producir en el territorio de acuerdo a un determinado proyecto político estratégico.

El territorio se configura como una forma particular de apropiación, delimitación e identidad de un espacio, en un tiempo histórico determinado, de acuerdo a la visión que cada proyecto político estratégico tiene.

Un proyecto político estratégico, concepto central en nuestro análisis, no refiere a una mega planificación escrita. Un proyecto político estratégico es más bien una visión que propone:

- una determinada forma de esbozar la producción y la apropiación de la riqueza socialmente producida, como objetivo económico;
- una definición de cómo conducir el complejo sistema de instituciones públicas (Estados) y privadas, como objetivo político;
- la determinación de los valores y las ideas que son mediáticamente irradiadas y una caracterización constante de cuáles son los enemigos de la sociedad (terroristas, narcotraficantes, pobres, revolucionarios), como objetivo cultural;
- qué guerras se planifican y con qué medios se concretan, como objetivo militar;

- y una concepción de cómo construir, recrear y ejercer de manera hegemónica el poder sobre el conjunto social, como objetivo estratégico estricto.

Al hablar de proyectos estratégicos, dejamos de hablar de los Estados-Nación, tal cual fueron pensados bajo el paradigma diseñado por el Sistema Westfalia del siglo XVII. Según el analista ruso Daniel Estulin (2018), “En el mundo postindustrial actual, con el *networking* y el desmantelamiento de mentiras, la inteligencia rusa ha creado un modelo que explica la realidad de una manera más veraz y coherente: el modelo de los ‘Proyectos globales’”, agregando las características centrales que tienen que tener esos proyectos:

1. sueño de gobernanza e infraestructura militar avanzada;
2. sistema económico independiente;
3. sistema de inteligencia con alcance mundial.

Podríamos agregar, a su vez, que la territorialidad dominante de un Estado es la resultante de las correlaciones de fuerzas económicas, políticas, militares, ideológicas y culturales entre diversos proyectos político-estratégicos, señalando el conflicto y las luchas existentes al interior de cada una de las diferentes territorialidades. Cada una de las formas de capital genera una territorialidad y desarrolla un determinado espacio, que disputa y controla por un imbricado y complejo sistemas de instituciones, es decir, un Estado.

Hoy el capital financiero transnacional impuso una territorialidad global y, de igual manera, ha puesto en marcha la construcción de un Estado a su imagen y semejanza: un Estado-Red Global, que, en términos de Robinson (2007), es un Estado Transnacional.

Asistimos entonces, a la delegación de poderes y legitimidad para la toma de decisiones a las instituciones globales y a actores de escala global. El llamado proceso de globalización implica, necesariamente, nuevas formas de soberanía y nuevos requerimientos de dominio económico político sobre el territorio, generando

tensiones y contradicciones con las instituciones nacionales y regionales.

En este nuevo esquema de dominación, que impone la institucionalización del poder transnacionalizado, estarían siendo subordinados —incluso declarados en la obsolescencia— todos aquellos esquemas de poder que no puedan adquirir, al menos, una escala regional. Las características de este nuevo Estado-Red Global son:

- Liberalización del comercio y las finanzas mundiales, impulsada desde diversos (y secretos) tratados de libre comercio transnacionales, legitimados en la Organización Mundial del Comercio (OMC), el ministerio de economía del Estado-Red Global.
- Constitución de una institucionalidad para la gobernanza global, articulado a través de instituciones como el Grupo de los 20 países (G20), el sistema de Naciones Unidas, y organizaciones como el Comité Olímpico Internacional (COI) y la Federación Internacional de Fútbol Asociados (FIFA).
- Desarrollo de Fuerzas Armadas Globales, bajo control de articulados y transformados Estado-Nación de los países centrales del “occidente global”, a partir de la ampliación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN).
- Democracia global del mercado, con mayorías atomizadas y desmovilizadas como pueblo, pero organizadas como ciudadanía genérica a través del espacio virtual con las grandes corporaciones tecnológicas como mega-intermediarios privados de las relaciones sociales humanas (de producción, de sociabilidad, de politización, etcétera).
- Surgimiento del dinero electrónico, con el *blockchain* como soporte tecnológico y el Bitcoin como moneda digital más conocida.
- Pérdida de la hegemonía del dólar norteamericano y despliegue de una canasta más amplia de monedas, donde destaca el yuan chino.

- Desarrollo de la red de ciudades financieras globales, como capitales múltiples de un mundo interconectado, con sus bolsas, bancos, aseguradoras, filiales de corporaciones transnacionales y multinacionales, industrias tercerizadas, empresas subcontratadas, etcétera.

El capital financiero transnacionalizado ya no necesita una potencia imperialista bajo las formas en las que estas se desarrollaron en el siglo XX. Eso no significa la aparición de un “Imperio” —tal cual lo afirmaron Michel Hardt y Antonio Negri (2012)— ni de un “Ultraimperialismo” —tal cual lo pretendió sostener Carl Kaustky (Lenin, 1977a)— que abarca el conjunto del planeta y anula el conjunto de las luchas intercapitalistas e interimperialistas.

En este escenario de transición, y como detallaremos en un próximo apartado, las distintas facciones de la oligarquía financiera batallan, con sus distintos proyectos político-estratégicos, por el reparto del mundo y las riquezas que el trabajo humano produce.

Lo que en esta fase del sistema capitalista cambió es que las oligarquías financieras, en tanto uniones monopolistas de los capitalistas, que sostienen el imperialismo y sus guerras —ahora multidimensionales, abordando también el territorio virtual y los cyber-ataques—, se han enredado a una escala transnacional, producto del desarrollo de las leyes del propio sistema capitalista.

El propio Lenin, en su discusión con Kautsky sostiene: “El creciente entrelazamiento internacional de las distintas pandillas del capital financiero’. Esta es la única tendencia verdaderamente general e indudable, y no de unos años y de dos países, sino del mundo entero, del capitalismo en su conjunto” (1977a, p. 323).

Es por eso que las batallas de hoy se dan entre proyectos político-estratégicos, con capacidad de trascender y transformar las fronteras de los Estados-Nación, el sistema internacional, y la dinámica estado-céntrica de los conflictos económicos, políticos, culturales y armados.

El materialismo histórico nos indica que los cambios en las fuerzas productivas traen aparejados cambios en las relaciones sociales de producción y que estas últimas tienen una vinculación dialéctica con la forma de organización de la política. De esta

manera, así como la sociedad de la “fábrica de gran industria” fundamentaba la potencia de los grandes sindicatos y de los partidos policlasistas, la configuración en red del capitalismo contemporáneo ha traído emparentada una serie de modificaciones sustanciales en la organización de lo social, lo político y lo militar.

Desde sus *Cuadernos de la cárcel*, Antonio Gramsci planteó una de sus tesis más relevantes, que refería al famoso “paso de la guerra de movimiento (y del ataque frontal) a la guerra de posición también en el campo político” (Gramsci, 2004, p. 292). En pleno siglo XXI, con la revolución tecnológica estructurando una nueva fase del sistema capitalista, debemos reflexionar sobre si nos encontramos dando un paso desde la guerra de posiciones a la guerra de redes, también en el campo de la política. Podríamos afirmar que, así como el “salto al palacio de invierno” quedó superado en la sociedad del capitalismo industrial de posguerra, la “ocupación de las posiciones y trincheras” podría estar quedando en la obsolescencia en este siglo XXI.

Es que sobre la base de la “revolución de las TICs” se está expandiendo una nueva superestructura social alejada de las formas verticales y jerárquicas que caracterizaban a la era industrial. Se configura, ante nuestros ojos, una sociedad organizada en red. Esta “nueva” forma de organización social no es neutral ni pública: dentro de la concentrada y centralizada red financiera se ha apostado por el explosivo crecimiento de las “Big Five” del sector tecnológico.

Como bien indica Florencia Paz Landeira para un artículo de la Revista argentina *MU*, “hace diez años, la lista de las cinco empresas más grandes del mundo, según la capitalización del mercado, la integraban Microsoft, Exxon Mobil, General Electric, Citigroup y Shell Oil. De esas, solo persiste Microsoft. Las otras cuatro fueron reemplazadas por Apple, Alphabet (empresa matriz de Google), Amazon y Facebook”. Por su parte, la cubana Rosa Miriam Elizalde señala que solo “hay 16 países con un PIB igual o superior al valor del mercado actual de Apple”.

La red del capital financiero transnacional empuja el desarrollo de una “democracia global de mercado”, con las grandes plataformas de internet impuestas como las “megaintermediarias” corporativas de una ciudadanía soñada sin causas, sin patria y sin bandera.

Las facciones más avanzadas de la oligarquía financiera, en pleno despliegue global, solo necesita que funcione esa red de control corporativo, compuesta por *nodos centrales y secundarios*, ubicados en diversas *cities* (Wall Street, Londres, Shanghái, París, Frankfurt, Hong Kong, etc.), que desarrollan un mismo plan de acción a través de un entramado económico, financiero, informático, social y cultural a escala global.

En esa red, son los nodos centrales los que diseñan el plan general, es decir, son los planificadores de la estrategia de producción y de apropiación de la riqueza, de formas de control sobre los territorios, el sistema político y el conjunto social, y hasta sobre el despliegue de los diversos conflictos militares —regulares e irregulares—.

En términos económicos, los nodos centrales y secundarios enlazan y construyen diversas *unidades proveedoras de trabajo*, conteniendo al conjunto del trabajo “productivo” directo. Dichas unidades son empresas de profesión (unidades de trabajo intelectual intensivo) o de oficio (unidades de trabajo manual intensivo), configurando así una nueva división internacional del trabajo. Esas unidades de trabajo representan el trabajo asociado que, como nodos tercerizados, se encuentran articuladas a la red del capitalismo mundial.

El sistema de producción del capitalismo contemporáneo implica un progresivo proceso de extranjerización de las economías “nacionales” y un desmantelamiento feroz de los sistemas de producción nacional “autónomos”. La producción, en el régimen de acumulación *posfordista* implica la tercerización, el *outsourcing*, la precarización, la relocalización geográfica, y la fragmentación de los procesos productivos en las denominadas cadenas globales de valor.

Como describimos desde los estudios de Battiston (2011) y Dowbor (2017), estos nodos centrales se separan absolutamente de toda tarea productiva directa y, aun así, detentan el poder y el control sobre una gran porción del sistema económico⁵, influyendo de manera decisiva en los sistemas políticos nacionales e

5 Porque son las propietarias principales del capital-dinero, y porque controlan el tiempo social medio de producción de la riqueza, apropiándose de una enorme y creciente porción de plusvalía global

internacionales, y están detrás de las grandes tensiones geopolíticas mundiales.

A partir de la red de nodos, lo que se observa la configuración de una nueva territorialidad social, articulada a través de una multiplicidad de actores económicos, políticos, culturales y militares, funcionales a esta forma de organización, pero que no adquieren la forma institucional centralizada propia del ordenamiento territorial de los Estado-Nación.

En ese escenario, diversos proyectos político-estratégicos intentan configurar sus bloques históricos de fuerzas⁶, tratando de controlar tanto lo que Antonio Gramsci describió como “sociedad civil” (las trincheras), como lo que definió como “sociedad política” (los Estados y las instituciones globales).

Por otro lado, es preciso señalar la existencia de una masa trabajadora que queda despojada no solo del proceso productivo, sino que también se le sustrae el conocimiento de qué, cómo y cuándo producir.

El nodo central hegemoniza ese conocimiento a un nivel inhumano y, a través de sus hilillos conductores (medios de comunicación, redes sociales, servicios de inteligencia, ejércitos, bolsas financieras, etc.), despliega y desencadena una serie de acciones que tienen que ver con llevar adelante su objetivo principal: la maximización de la ganancia y la extracción de plusvalía social.

La relación fundamental Capital-Trabajo es, entonces, la establecida entre las unidades de planeamiento estratégico del polo del capital global, y cada unidad proveedora de trabajo de la red.

Cada vez más, la relación es entre Capital Global-Trabajo Global/Precarizado, donde las denominadas plataformas de trabajo, como Uber, Rappi, Glovo, entre otras, son las versiones más actuales y descarnadas de este proceso.

Por supuesto, eso no significa que aún el polo del trabajo —a diferencia de lo que acontece con el polo del capital— este contenido “nacionalmente” en los marcos jurídicos, las políticas de bienestar y de capacitación, y las leyes laborales de los Estados-Na-

⁶ En términos de Gramsci, un Bloque Histórico es una particular combinación —en espacio y tiempo—, entre contenido económico-social y forma ético-política

ción. En otras palabras, mientras que el capital financiero actúa a una escala global, con una institucionalidad diseñada más para protegerlos y apalancarlos, los organismos de regulación y control sobre el capital están fragmentados en casi 200 Estados-Nación.

No hay ningún azar, entonces, en los peligros que los Estados-Nación y sus poblaciones sufren ante las constantes amenazas de fugas de inversiones y de relocalización de las unidades proveedoras de trabajo (“fábrica fugitiva”).

Y, a diferencia de lo que sostiene Michael Hardt y Antonio Negri (2012), no son las multitudes amorfas las que presentan batallas. Son los Pueblos organizados, en su heterogeneidad de clases subalternas históricamente conformadas, los que las dan.

Por eso ha emergido un discurso de odio a los populismos, a los nacionalismos y a los socialismos. “Los pueblos luchan por la democracia popular, de todos, y esto los conduce al nacionalismo -de nación- y el imperialismo ha declarado enemigo al nacionalismo por ser no democrático y terrorista”, señala Beba Balvé (2008, p. 3).

El proceso de globalización es un proceso dialéctico de subordinación de lo local a lo global, en el que lo local son las áreas de negocios regionales que el capital financiero transnacional impone a cada región.

Mediante la conformación de áreas de libre comercio, de zonas económicas especiales, o de instituciones globales, se subordinan las viejas estructuras productivas locales (de Estado-Nación), se transnacionaliza la escala de negocios y se globaliza la obtención de las ganancias.

Este nuevo escenario global ha reestructurado el territorio, concentrando los procesos de gestión y decisión global-local en las ciudades financieras. Emerge el interesante concepto de lo *glocal*, que entrelaza dialécticamente la co-modificación entre lo local y lo transnacional.

Los proyectos político-estratégicos en Pugna en la fase global del sistema capitalista

Los cambios en la estructura económica siempre implican cambios políticos, sociales, culturales, y militares. Las nuevas tecnologías de la información y las innovaciones organizacionales que producen provocan un encogimiento del espacio y la reducción del tiempo en las relaciones sociales, lo que transforman radicalmente la comprensión del tiempo y el espacio. Los procesos de la globalización económica, política, social y cultural rompen las barreras físicas y temporales del mundo, integrándolo en una “aldea global” y produciendo nuevas formas de conciencia. La existencia de una misma lógica económica a nivel mundial y la aparición de una cada vez más nítida *cultura capitalista global* que, como producto material y simbólico, se articula dialécticamente con la estructura y sus relaciones sociales de producción (de la vida del hombre en sociedad).

Los íconos culturales, Coca Cola, Disney, McDonald’s, Netflix, Nike, Real Madrid C.F, Manchester United, Chicago Bulls, entre centenas, simbolizan el dominio material real del capital transnacionalizado.

Las elites globales de cada país comparten de una manera creciente mismos estilos de vida, de consumo de los mismos bienes y servicios de lujo, incluso de mismos patrones educativos, que incluye la formación en los mismos nodos-universidades de una red educativa global con eje en las Universidades mejor rankeadas de Estados Unidos, Inglaterra y ciertos espacios del Asia Pacífico, como Hong Kong, Singapur, Japón y Corea del Sur (Caciabue, 2018).

Debajo de las élites globales están los profesionales, técnicos y polímatas de altos ingresos, es decir, los directores, gerentes y *CEO* ’s, que parecen compartir culturalmente con sus contrapartes en los diferentes países que con sus compañeros “nacionales” de las fracciones no favorecidas de la clase obrera.

Pero la oligarquía financiera no es un todo uniforme en términos de intereses y, de acuerdo con los territorios, grupos económicos e inversiones que enlaza y subordina, surgen diferentes visiones sobre la realidad, plasmadas en diferentes proyectos político-estratégicos que pugnan entre sí.

Ese es el nudo problemático invisibilizado en los planteos “ultraimperialistas” en el siglo XX y de “imperio” en el siglo XXI, que niegan no solo las disputas intercapitalistas, sino también las luchas políticas de clases, donde el *posmarxismo* llega también para aportar lo suyo (la forma “multitud” o el “populismo” niegan los intereses materiales, objetivos, que conforman una sociedad dividida en clases).

Un “nuevo orden mundial” se está construyendo y disputando. Un “orden” del capital impuesto a los pueblos y a la clase obrera por las formas más avanzadas de la oligarquía financiera y los imperialismos en pugna.

El capitalismo angloamericano, con su despliegue transnacional, reforzó su hegemonía tras el colapso de la URSS, y los planes de globalización han sido impuestos a los pueblos y a los países dependientes, a través del G20, el FMI, la OTAN, la OMC y el sistema de Naciones Unidas.

Luego de la crisis de 2008, se podría hablar de siete grandes fuerzas económicas y militares, de siete grandes proyectos político-estratégicos en pugna:

1. La Oligarquía Financiera *Globalista*.
2. La Oligarquía Financiera *Neoconservadora*.
3. La China “continental”.
4. La Unión Europea bajo conducción germano-francesa.
5. La Rusia de la Unión Euroasiática.
6. Las Coronas Europeas vinculadas al Vaticano.
7. El imperio financiero-tecnológico de Japón.

Por un lado, cada uno de estos grandes proyectos político-estratégicos protege sus mercados y sus zonas de influencia, contra las otras fuerzas en pugna y, por otro lado, algunas de estas se unen y colaboran como fuerzas capaces de propagar “el neoliberalismo” al resto del mundo.

Este es un bosquejo del escenario actual de la disputa intercapitalista, al que el Papa Francisco bautizó como una Tercer Guerra Mundial “por partes”.

Los niveles de concentración y centralización del capital implican un crecimiento y agresividad de las necesidades y demandas de los grupos monopolistas del capital, que implican una profundización de la ofensiva sobre los sectores del polo del trabajo.

Es preciso señalar que, en esta guerra mundial fragmentada, marcada por una profunda crisis orgánica, dos de los grandes proyectos estratégicos en pugna, ambos de escala transnacional, constituyen hoy la contradicción principal del conjunto de los enfrentamientos interburgueses⁷.

Esta disputa se está librando hacia el interior del unipolarismo capitalista, con base en el bloque financiero angloamericano, entre los proyectos de la Oligarquía Financiera *Globalista* y la Oligarquía Financiera *Neoconservadora*⁸.

Veamos una pequeña descripción de los proyectos del capital en pugna, y de la contradicción principal que las ordena.

1. La Oligarquía Financiera Globalista

Este proyecto es netamente financiero especulativo y no posee ningún asiento en lo productivo y estructura y sostiene un esquema de *cities* financieras, donde Londres y Wall Street son las de

7 “De este modo, si en un proceso hay varias contradicciones, necesariamente una de ellas es la principal, la que desempeña el papel dirigente y decisivo, mientras las demás ocupan una posición secundaria y subordinada. Por lo tanto, al estudiar cualquier proceso complejo en el que existan dos o más contradicciones, debemos esforzarnos al máximo por descubrir la contradicción principal. Una vez aprehendida la contradicción principal, todos los problemas pueden resolverse con facilidad. Tal es el método que nos enseñó Marx en su estudio de la sociedad capitalista. Lo mismo nos enseñaron Lenin y Stalin al estudiar el imperialismo y la crisis general del capitalismo y al estudiar la economía soviética. Miles de estudiosos y hombres de acción no comprenden este método, y el resultado es que, perdidos en un mar de humo, no son capaces de llegar a la médula de los problemas y, por consiguiente, no logran encontrar la manera de resolver las contradicciones” (Mao Tse-Tung, 1968).

8 El concepto de “Oligarquía Financiera” se usa en el sentido que Vladimir Lenin (1917) le asigna en su famoso libro *Imperialismo, fase superior del capitalismo*. Allí el autor la edifica como pequeña cúspide de la burguesía que domina todos los sectores de la economía, se apropia de una creciente parte de la riqueza social y se adueña del poder político de los territorios (desde los Estados-Nación centrales de principios del siglo XX).

mayor magnitud, y Shanghai, Hong Kong, Bombay, París, Sao Pablo, Buenos Aires, las de “menor” magnitud.

Las cities funcionan funcionan como sus centros de planificación e influencia, en la conformación de una Red Global, obligando al resto de los capitales a jugar en dicho escenario.

El proyecto de las fuerzas *globalistas* se encuentra en avanzada con respecto al resto de capitales, y se caracteriza por mantener un solo eje de poder, que actúa de forma coordinada en diferentes escenarios y territorios.

El proyecto globalista no concentra fuerzas en un solo país central y, por lo tanto, tampoco recuesta toda su estrategia en solo uno de estos. Por supuesto, resulta relevante su presencia en los Estados Unidos, pero su estrategia se basa en sostener múltiples mesas de conducción alrededor de todo el globo. Bajo el control de las cities financieras, las cuales constituyen siempre territorios de disputa, los intereses del *globalismo* pueden determinar las condiciones y la direccionalidad de los enfrentamientos económicos, políticos y estratégicos.

En esta línea de capital, podemos observar el control de grandes bancos y empresas trasnacionales angloamericanas como: CitiGroup, HSBC, Lloyds Bank, Barclays, Shell, Unilever y Cargill. Además, también podemos identificar algunos de los grandes capitalistas, dueños de estas empresas trasnacionales como la familia Rothschild, George Soros, Haim Saban, Harris Simons y Michael Bloomberg, entre otros.

Los acuerdos de Libre Comercio Multilaterales, incluso de escala transcontinental, son los mecanismos principales utilizados por este proyecto estratégico para poder avanzar hacia la constitución de un Estado-Red Global. Estos acuerdos permiten la liberalización del comercio y la inversión, enfocada en la apertura y la máxima reducción de las barreras del mercado y la disminución de los costos de transacciones empresariales promedio, para reducir responsabilidades económicas.

Las firmas de dichos tratados, como el TTP y TTIP, fueron puestas en suspenso con la avanzada del *Proyecto Neoconservador*, materializada en 2016 con el Brexit y la llegada de Trump al gobierno de Estados Unidos.

Frente a dicha coyuntura, la iniciativa *globalista* sigue utilizando otros mecanismos y tratados. En tal sentido, resulta interesante indagar sobre la convergencia de intereses con las propuestas económicas de carácter global que hoy realiza China, como la “Nueva Ruta de la Seda” y la Asociación Económica Integral Regional o RCEP (por sus siglas en inglés). La primera constituye una propuesta global de integración en materia de infraestructura, economía y finanzas, mientras que la segunda es el acuerdo de libre comercio firmado entre la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático, ASEAN (Brunei, Camboya, Indonesia, Laos, Malasia, Myanmar, Filipinas, Singapur, Tailandia, Vietnam), con China, Japón, Corea del Sur, India, Australia y Nueva Zelanda, que engloba al 39 % del PBI mundial y a 3400 millones de seres humanos.

Las fuerzas del *globalismo*, en tanto proyecto estratégico dominante, son tales, que luego de retirado Estados Unidos del Tratado Transpacífico o TPP, supuesto principal promotor estatal-formal del acuerdo, el TLC no solo que no se cayó, sino que rápidamente se sostuvo configurándose sin inconvenientes como Tratado Integral y Progresivo de Asociación Transpacífico, CPTPP (por sus siglas en inglés) o TPP-11 (firmado por Brunei, Chile, Nueva Zelanda, Singapur, Australia, Canadá, Japón, Malasia, México, Perú, Vietnam).

Esta línea del capital también juega a fortalecer los organismos multilaterales, como el Banco Mundial, el FMI, la OMC y el G20, que les permiten imponer sus intereses políticos y económicos sobre los estados nacionales, aunque, por supuesto, se encuentran en permanente disputa entre los diferentes proyectos estratégicos de capital, por lo que juegan un papel fundamental en el escenario mundial. En ese sentido, vale mencionar que sobre esos organismos adquiere un peso específico el proyecto que conquiste el control del gobierno del sistema institucional estadounidense.

En la esfera de lo político, este proyecto de capital está personificado por gobiernos de cierto “progresismo cultural”, siendo firmes defensores de las políticas de libre mercado y de los acuerdos multilaterales de libre comercio. Acá podemos encontrar a Obama y Clinton en Estados Unidos, ala hegemónica del Partido

Demócrata, a Macron en Francia en tanto hombre identificado como jugador de la banca Rothschild, y al ala reformista del Partido Laborista británico, con Tony Blair, su fabianismo y su propuesta de la “tercera vía”.

Una enorme batería de *Think Tanks*, las formas que adquieren los partidos de cuadros del capital en este momento del capitalismo, articulan sus programas de gobernanza global y su Visión de mundo. La *Fundación Ford*, vinculada a la familia del gigante automotriz, la *Open Society*, del magnate George Soros, la *Varkey Foundation* y la *Clinton Foundation*, ligadas al expresidente estadounidense, son algunas de las que destacan. Todas ellas, bajo el ropaje de conceptos como “liderazgo”, “emprendedurismo”, “sociedad civil”, “sociedad abierta”, entre otros, apuestan por limitar la intervención de los Estados en la economía y promueven una idea de democracia que es, ante todo, la libertad de empresa de las corporaciones y la liberalización financiera.

Los actores *globalistas* en la esfera de la estrategia poseen el control de los grandes medios masivos de comunicación globales, como la CNN, Financial Times, BBC, Euronews y New York Times.

En cuanto a las empresas tecnológicas, o Big Tech, las que pertenecen mayoritariamente a esta facción del capital financiero transnacionalizado son Google y Facebook.

Estas corporaciones, además, pertenecen al sector industrial donde se está invirtiendo el capital excedente, dado su potencial como herramientas de vigilancia y hegemonía, avanzando incluso por sobre los medios de comunicación tradicionales. Algunos autores hablan de que esta revolución tecnológica, hacia el interior del sistema capitalista, podría estar pariendo un nuevo sistema social.

Quizás ese sea el pendiente para resolver la crisis. De hecho, esos son los planteos de Peter Drucker (1993), el bautizado “padre del management”, en su famoso libro de *La Sociedad Postcapitalista*, donde defiende a regañadientes su “sociedad del conocimiento”⁹.

9 “El conocimiento se está convirtiendo actualmente en el único factor de la producción, y ha puesto a un lado tanto al capital como al trabajo. Puede ser prematuro (y ciertamente sería presuntuoso) llamar ‘sociedad de conocimiento’”.

En tal sentido —y probablemente empujando este proceso—, las fuerzas *globalistas* tienen muchos intereses creados en el complejo industrial-cultural norteamericano, con eje en la triada Wall Street-Hollywood-Silicon Valley. Dicha industria representa un porcentaje del PBI norteamericano ostensiblemente mayor que el que aporta el complejo industrial-militar con eje en el Pentágono.

Por último, la principal calificadora de riesgo financiero perteneciente a este proyecto estratégico es Standard & Poor's, encargada de evaluar y orientar los flujos financieros a determinados nichos de negocios y que, por supuesto, se encargó de sostener el alza de las *commodities* internacionales que en la pasada década facilitaron el despliegue de los llamados países emergentes, incluidos algunos latinoamericanos.

2. *La Oligarquía Financiera Neoconservadora*

Las fuerzas *neoconservadoras* aglutinan también a actores financieros transnacionales, pero poseen aún un gran asiento territorial en los Estados Unidos, principalmente en el complejo industrial, militar, farmacéutico y energético.

Podríamos decir que su territorialidad principal son los Estados Unidos y el “Atlántico Norte”, mientras que las fuerzas *globalistas* apuestan por un despliegue extendido con prioridad hacia el “Asia Pacífico”.

Su proyecto estratégico se basa en mantener un solo polo de poder con alcance global, a partir del control sobre una fortalecida potencia imperial norteamericana, apalancada ahora por la política trumpista del “America First”.

Las fuerzas *neoconservadoras* reniegan del multilateralismo y apuestan al bilateralismo que puedan construir desde los Estados Unidos.

Actualmente, este proyecto es comandado desde la cúpula por grandes bancas como el JP Morgan-Chase Manhattan, Goldman Sachs, Bank of America, y podemos destacar como magnates pertenecientes a esta línea a la familia Rockefeller, a Warren Buffett

to' a la nuestra, hasta ahora solo tenemos una economía de conocimiento, pero nuestra sociedad es ciertamente postcapitalista” (Drucker, 1993).

(propietario del fondo Bershire Hathaway, dueño de casi el 20 % de las acciones de Coca-Cola, el 15 % de la banca Wells Fargo, el 10 % de American Express y de Procter and Gamble, y el 6 % de Kraft Foods e IBM) y a Jeff Bezos (dueño de Amazon y del Washington Post).

Este proyecto tiene asiento en el dólar norteamericano y en el manejo de la Reserva Federal (Fed) como centros de poder hacia el mundo. Se asocia con la línea mayoritaria del Partido Republicano, representada en lo político por la familia Bush y, aún con tensiones, por Donald Trump.

El proyecto para el Nuevo Siglo Americano o *New American Century* de Ronald Rumsfeld (exsecretario de Defensa de Gerald Ford y George W. Bush) y Paul Wolfowitz (expresidente del Banco Mundial), supuestamente disuelto en 2006, fue el *Think Tank* que mejor pudo diagramar sus ideas, su visión de mundo, al tiempo que la *Red Atlas*, bautizada por Aram Aharonian y Álvaro Verzi Rangel (2017) como la “internacional capitalista”, constituye una interesante estrategia de despliegue de su línea política¹⁰.

En términos de defensa estratégica, las fuerzas *neoconservadoras* se han identificado con “los halcones” de la geopolítica norteamericana, enfrentados a “las palomas” *globalistas*.

Los *neoconservadores* apuestan por la militarización y la guerra convencional y no convencional, debido a su asiento en el complejo industrial, militar, farmacéutico y energético. Disputa, por este motivo, la conducción de la OTAN, y se encuentra al frente de otras instituciones militares como el Pentágono, la CIA y el Comando Sur de las fuerzas armadas norteamericanas.

En la esfera de lo estratégico podemos caracterizar también en este proyecto de capital, medios masivos de comunicación como The Washington Post y el Wall Street Journal, con inversiones

10 Solo basta indagar en Wikipedia para reconocer su “extraña” presencia en la región: “La organización [Red ATLAS] ha proporcionado cientos de subvenciones a grupos de reflexión de libre mercado en América Latina, incluyendo a grupos que apoyaron el Movimiento Brasil Libre. Atlas financió un Think Tank que se fusionó con el partido político formado por Mauricio Macri, un empresario que se convirtió en presidente de Argentina. Atlas también ha apoyado el movimiento antigubernamental en Venezuela y la campaña de Sebastián Piñera, el presidente de Chile”.

dentro del Grupo Clarín en Argentina. Dentro de sus pelotones de capital tributan también actores BigTech como Tesla, Amazon, Apple y Microsoft. En el ámbito financiero, Moody's es su dilecta calificadora de riesgos, encargada de pujar por la direccionalidad de las inversiones financiero-especulativas y productivas.

Esta línea de capital intenta consolidar sus intereses en el tablero global a partir de un asiento directo en los Estados Unidos y en un apoyo irrestricto a la derecha sionista controlante del Estado de Israel en Medio Oriente.

Su proyecto político-estratégicos apuesta fuertemente por la desintegración de los bloques regionales de poder. Las fuerzas neoconservadoras apuestan por la intervención militar directa en Oriente Medio y a convertir a la región latinoamericana en proveedora de materias primas y recursos naturales, con el fallido ALCA, con el T-MEC (el nuevo NAFTA o Tratado entre México, Estados Unidos y Canadá), o vía acuerdos bilaterales, intentando permanentemente, a nivel global, un divorcio de las fuerzas de China y Rusia.

3. La China “continental”

A partir del planteamiento de “un país, dos sistemas” de Deng Xiaoping en la década del ochenta, China abrió su economía a la penetración financiera transnacional. Desde la Isla de Hong Kong (territorio administrativo especial desde 1997) y la populosa ciudad de Shanghái, como plazas financieras de la clase capitalista transnacional, China se convirtió en la gran fábrica del mundo.

En tal sentido, es imposible no eludir el carácter dual de su proyecto político-estratégico. China es, al mismo tiempo, el país llamado a desplazar a Estados Unidos como primera economía mundial y el brazo “productivo” del capitalismo globalizado.

El carácter dual se suele describir por la China bajo comando de Beijing, y del Partido Comunista, y la China bajo el comando de Hong Kong, y de la city financiera de un territorio administrativo especial que ocupa el séptimo puesto en el ranking mundial de desarrollo humano (IDH), muy por encima del modesto puesto 86 de la China continental.

La definida como “economía socialista de mercado” creció al calor de la geoestrategia de la oligarquía financiera globalista, surgiendo antes como proyecto BRICS (terminología aplicada por Jim O’Neill, CEO de la banca de inversión Goldman Sachs) que como polo autónomo de poder.

En este sentido, los capitales chinos han conformado diversas asociaciones que los consolida como actores centrales del tablero mundial. Estos capitales poseen un esquema de alianzas que a veces los muestra jugando con las fuerzas *globalistas*, a veces con las *neoconservadoras*, y a veces en la apuesta por construir una fuerza contrahegemónica, que habilita cierto multipolarismo relativo, sobre todo cuando actúa en un mismo vector con las fuerzas del proyecto político-estratégico de la Rusia de Vladimir Putin.

El carácter dual de su proyección estratégica se manifestó recientemente cuando, en el marco de su apuesta por la “Nueva Ruta de la Seda”, anunció la ampliación del canal de Panamá, postergando sus intenciones de construir otro canal bioceánico en Nicaragua. La remodelación del histórico canal panameño lo hermana más con los negocios del poder angloamericano que la ruptura que significaría, con esos mismos intereses, al proyectar la construcción de un nuevo canal a través de la Nicaragua sandinista.

Lo sucedido en Centroamérica no es, tan solo, un ejemplo singular y cercano. Desde el año 2000, la banca estatal china se convirtió en una banca de acciones bursátiles, lo que habilitó al bloque de capitales angloamericanos, sobre todo a su fracción *globalista* —especialmente desde la city de Londres—, se integraran crecientemente en sus acciones y directorios.

Las reformas económicas implementadas por Deng Xiaoping, y continuadas por Xi Xim ping, mudaron los bancos desde la propiedad pública a la configuración de bancos comerciales (y de inversión) bajo control estatal.

Ese movimiento del capitalismo transnacionalizado se condice, perfectamente, con la migración de las unidades productivas de miles y miles de empresas multinacionales a China, en particular, y al Asia Pacífico, en general, donde Shanghai y Hong Kong son las cities financieras administradoras de las inversiones localizadas en esa macro región del planeta.

En tal sentido, el polémico periodista Daniel Estulin (Guerra, 2018) describe en muy breves palabras como las fuerzas *globalistas* apadrinaron el crecimiento económico chino:

La victoria de los Rothschild en ese pulso nos lleva a mirar a Oriente, a China y al modelo del yuan respaldado por los recursos naturales. Cuando pensamos en China, tenemos que también pensar en los Rothschild. Sin ellos, China nunca podría haber cerrado el acuerdo por el control de Hong Kong (Guerra, 2018)

En este pequeño cuadro, ejemplificamos algunos de los movimientos de la red financiera transnacional dentro de la red de bancos chinos:

Banco	Activos (en billones de u\$s) (1)	Valor de marca (en miles de millones de u\$s) (2)	Capita- lización bursátil (en miles de millones de u\$s) (3)	Accionistas
ICBC Industrial and Com- mercial Bank of China	4 (1º)	59,18 (1º)	345,21 (2º)	1984: Se convierte en una sociedad anónima. 2006: Sus acciones salen al mercado en Hong Kong y Shanghai, y tres inversores inyectaron u\$s 3,7 mil millones (Goldman Sachs, Dresdner Bank, American Express). 2012: Adquiere por u\$s 600 millones el 80% de las acciones argentinas del Standard Bank, la mayor operación de un banco chino en AL. 2015: Compró una participación del 60% en el negocio de mercados globales de Standard Bank. 2016: Compró la bóveda de oro de Londres del Barclays por u\$s 80 mil millones.

CCB China Construc- tion Bank	3,4 (2º)	56,78 (2º)	257,39 (5º)	2005: Bank Of America (BoFA) compra el 8% de sus acciones por u\$s 3 mil millones. 2011: BoFA vende la mitad de su participación en u\$s 8,3 mil millones. Sus bancos están integrados a la <i>Global ATM Alliance</i> .
ABC Agricuiltural Bank of China	3,23 (3º)	37,32 (6º)	203,24 (7º)	Desde el 2011 ocupa el octavo lugar entre los 1000 principales bancos mundiales. Aún no ha salido a bolsa.
BOC Bank of China	2,99 (4º)	41,75 (4º)	181,46 (9º)	
Bank of Communications Co Ltd	1.38	14,05 (15º)	67,31 (31º)	El HSBC tiene el 40 % de las acciones.
Hang Seng Bank	-	2,79 (90º)	46,17 (54º)	El HSBC tiene el 62,1 % de las acciones.

(1) Bancos más grandes por montos de activos / Capitalización de mercado. Octubre de 2017, según S&P.

(2) Bancos más grandes por valor de marca. Marzo de 2018, según Forbes.

(3) Bancos más grandes por capitalización bursátil. 2018, según Statista.

Un dato que refuerza esa situación es la creciente y nunca detenida Inversión Extranjera Directa (IED) en la China Continental. Según datos del propio ministerio de comercio del país asiático, la IED del año 2017 sumó 877.560 millones de yuanes, es decir, 136.330 millones de dólares, lo que representa un aumento interanual del 7,9 %. El informe señalaba, además, que “la estructura de la inversión extranjera continúa mejorándose, con un fuerte desempeño de la IED en el sector servicios de alta tecnología, que subió un 93,2 por ciento interanual, hasta los

184.650 millones de yuanes” (Xinhua, 2018), lo que refuerza la idea de que un sector del capitalismo transnacionalizado apuesta a China —en detrimento de Estados Unidos y el atlántico norte— como vector de la tecnología de punta a nivel global.

El destino de este proyecto dependerá del resultado de la disputa intercapitalista a nivel global y, por estos días, en plena guerra comercial con Estados Unidos, se refuerza la idea de un mundo que transita hacia una guerra multidimensional, con aristas en lo económico, lo político, lo virtual y lo militar.

4. Proyecto Germano-Francés de la Unión Europea

Este proyecto de capital se asienta en la construcción de la Unión Europea (UE) y en el control del Euro (€) y el Banco Central Europeo (BCE). Deutsche Bank, Allianz SE, Dresdner Bank, BNP-Paribas, Société Générale y Crédit Lyonnais-Crédit Agricole, AXA, son sus bancas, aseguradoras y gestoras de activos financieros principales, junto con el conglomerado industrial bajo insignias alemanas y francesas.

Su apuesta es por fortalecer el Euro como moneda continental de relativo despliegue global. Por su territorialidad en el viejo continente, las cities financieras donde tiene mayor influencia son Bruselas, París y Frankfurt, en las cuales disputa su control con el proyecto *globalista*.

En lo político, adquiere una nítida representación en la conducción europea de Angela Merkel, que apuesta a una UE fuerte, como un bloque consolidado con 27 países y el Euro como moneda de 18 de los mismos.

Como actor estratégico en el ámbito financiero, este proyecto posee el control sobre la calificadora de riesgo Fitch Rating, perteneciente a la firma francesa Fimalac, propiedad de Marc Ladreit de Lacharriere, director de Renault, L’Oréal, y miembro del Consejo Consultivo del Banco de Francia (Banco Central).

El proyecto germano-francés despliega una enorme batería de intereses en el eje de Europa del Este-Moscú, y en la integración tecnológica y económica con China (la “Chinlemania”) y el sudeste asiático, lo que habla de su potente despliegue transnacional.

Este proyecto atraviesa una fuerte crisis económica y de hegemonía desde que se desatara la crisis de los llamados “cerdos” o PIIGS (Portugal, Italia, Irlanda, Grecia y España) en 2009, y con fuerza en los años 2011 y 2012, con el gobierno alemán y Bruselas (la capital de la UE) presionando sobre los países periféricos de la unión para acatar los mandatos de la denominada “Troika”, o el gobierno del FMI, el BCE y la Comisión Europea.

5. Proyecto ruso de la Unión Económica Euroasiática

La implosión de la URSS y el cambio en el sistema sociopolítico que aconteció determinó transformaciones cualitativas en la historia reciente de Rusia.

Luego del desarme económico, tecnológico, industrial y político del gobierno de Boris Yeltsin, que implicó una caída del 45 % del PBI en el ciclo 1990-1999, el ascenso de Vladimir Putin implicó el refortalecimiento geopolítico de Rusia a partir de su potencialidad energética y militar, que ha marcado un creciente ascenso en las confrontaciones con Estados Unidos, Gran Bretaña y, más relativamente, la Unión Europea (el gas ruso alimenta la industria alemana y francesa).

Parados en sus capacidades en materia energética y militar, las fuerzas rusas han apostado por ocupar el territorio euroasiático, desde Crimea al Mar de Ojotsk, integrándose en la Unión Económica Euroasiática con Kazajistán, Bielorrusia, Armenia y Kirguistán, y con China a partir de la Organización de la Cooperación de Shanghái (OCS).

Tanto por su crecimiento económico, su densidad poblacional y su capacidad militar, los capitales rusos pudieron expandirse y constituirse como actores de peso en la disputa global, aunque no por eso se convierte, a contrapelo de lo sostenido por numerosos analistas, en uno de los polos principales de la disputa económica mundial.

Eso no quiere decir que las fuerzas del proyecto político-estratégico de Rusia no sean protagonistas de las grandes pugnas mundiales y de su ineludible disputa por el control de la conexión euroasiática. Su presencia en la guerra en Siria, sus disputas con Ucrania en la península de Crimea y el despliegue de los

gasoductos “Nord Stream (I y II)” y “Turk Stream” reportan a esa misma necesidad estratégica y geopolítica.

Resulta importante aclarar que la cuidada integración de Rusia con China, que han eliminado al dólar como moneda de intercambio, constituye una de las principales barreras contrahegemónicas al dominio de la oligarquía financiera, tanto de su ala “globalista” como de su ala “neoconservadora”.

El vector contrahegemónico que se genera en la alianza entre China y Rusia se ha visto fortalecido en 2018 con la decisión del gobierno de Moscú de “desdolarizar su economía”, que implicó el triple movimiento de desprenderse de los bonos en moneda norteamericana, en la compra de Yuanes chinos que se convirtieron en la principal moneda de reserva rusa, y en la producción, compra y acumulación de oro¹¹.

6. Proyecto de las Coronas Europeas vinculadas al Vaticano

En territorio europeo también son fuertes un grupo histórico de capitales regionales asociados a las coronas Vaticana, Británica, Española y Portuguesa, aunque sostienen una situación de retraso en relación a los intereses germano franceses que priman en la UE.

Poseen el dominio del Banco Bilbao Vizcaya Argentaria-BBVA, Unicredit SPA, el Banco Vaticano-IOR y de empresas insignia como FIAT, Repsol, Telecom y Telefónica.

Su proyecto es el de un mundo dominado por multinacionales, principalmente de origen italiano, español y británico, con un fuerte asiento en Europa del Este, en el Mercosur y la Comunidad Andina. Destaca su presencia y control sobre la Corporación Andina de Fomento (CAF)-Banco de Desarrollo de América Latina, un banco de inversiones de mucha presencia en América Latina y que surgió como alternativa a la falta de despegue del “Banco del Sur”.

11 “El año pasado, la compra de oro de Rusia superó su producción de oro por primera vez. Y a medida que las relaciones con los Estados Unidos continúan deteriorándose a medida que se rompen los tratados de control de armas de larga data y la retórica beligerante de Trump y Putin, el banco central ruso podría comenzar a importar más oro, lo que podría tener un impacto positivo en el precio global” (Durdan, 2019 [traducción propia]).

De una ideología de raíz cristiana-católica, impulsa un proyecto no solo económico, con eje en la conexión entre la Europa occidental y los países iberoamericanos.

7. Proyecto del imperio financiero-tecnológico de Japón

Aunque disminuido en su poder de influencia en la región de Asia-Pacífico, Japón es una potencia financiera y tecnológica con fuertes lazos con la oligarquía financiera globalista.

Japón trata, por una parte, de contener a China mediante una alianza con las dos alas del poder angloamericano y, por otra parte, pretende reforzar su presencia en China y consolidar su influencia en los países del Pacífico, convirtiéndose así en una potencia dominante en la región.

De todas maneras, los bancos japoneses, los monopolios de la electrónica y la industria automotriz nipona alcanzan un despliegue transnacional.

Aunque fue atravesado por numerosas crisis, con una muy fuerte en 1993 y que perduró durante todos los noventa, Mitsubishi UFJ, Sumitomo Mitsui Financial Group y Nomura Holdings constituyen la triada japonesa de bancos con penetración planetaria.

Mitsubishi UFJ es desde 2006 el banco más importante de Japón y posee grandes inversiones en la industria automotriz (conforma el sexto holding mundial junto a la francesa Renault), la energía nuclear, la química, la electricidad, las telecomunicaciones, la minería, el papel, los plásticos, la industria naval, entre otras. Sumitomo es propietaria de porcentajes accionarios de la automotriz Mazda, la electrónica NEC, y de inversiones diversificadas en la química, el acero, el vidrio, el cemento y los bienes raíces. Nomura, por su parte, adquirió las operaciones asiáticas y europeas del Lehman Brothers tras su quiebra en 2008.

Al finalizar la segunda guerra mundial, el gobierno de los Estados Unidos intentó disolver estas corporaciones por considerarlas los principales incitadores de la guerra imperial. En el caso de Mitsubishi, incluso de manera oficial aún el grupo no se encuentra integrado jurídicamente del todo, aunque sí en el

planteamiento político corporativo y en sus influencias políticas en el Japón.

La situación de fuerzas del polo del trabajo. Las y los trabajadores, grandes adversarios de la dictadura global del capital

La puja por la maximización de la ganancia a una escala transnacional implica, en los mismos términos, una pelea descarnada contra la clase obrera por conquistar una mayor tajada de la plusvalía, ahora a una escala globalizada.

Según datos de Oxfam, en enero de 2017 solo 8 hombres poseían la misma riqueza que los 3.600 millones de personas que conforman la mitad más pobre de la humanidad. El 82 % de la ganancia del mundo quedó en el 1 % de la humanidad, mientras que un 1 % controla el 50 % de esa riqueza en igual período.

En otros términos, la transnacionalización del capital implica la globalización de la explotación de la fuerza de trabajo. Como vimos, se impusieron nuevas relaciones sociales de producción asociadas a profundos cambios en el régimen social de acumulación.

Estos cambios están asociados con la tercerización, subcontratación y externalización creciente de la fuerza de trabajo, la deslocalización de las inversiones de capital hacia territorios que presenten “mejores” condiciones para la obtención de la mayor ganancia posible —menor pagos de impuestos, mano de obra barata, escasa o nula sindicalización, leyes laborales y ambientales pro patronal, facilidades de logística, disponibilidad de recursos, entre otras—.

Según estudios del Observatorio de Multinacionales en América Latina, OMAL, la deslocalización internacional va asociada a una reducción de los salarios de quienes acceden a nuevos puestos de trabajo generalmente de inferior cualificación contribuyendo a una redistribución regresiva de los ingresos, con caída de los salarios y aumento de la desigualdad social.

Esa fragmentación de la cadena de valor, entre nodos principales y secundarios de capital “asociado” y unidades proveedoras

de trabajo, se ha visto acompañada de la segmentación extrema de las relaciones laborales que profundiza un proceso de dispersión de los intereses de los trabajadores.

Esto ha supuesto una presión extra sobre los costos salariales y fiscales que, anteriormente, respondían esencialmente a una lógica económica y política construida en el ámbito de soberanía de cada Estado, no sometida a otra presión extraeconómica que no fuera la ejercida por sindicatos, patronales, partidos políticos en cada país, sector o región —que influían en una regulación laboral creciente y en una negociación favorable de esos salarios—.

En tal sentido, la estructura de red flexible de la actual fase transnacional del sistema capitalista, que centraliza ganancias, control y poder real, y descentraliza la producción y las pérdidas, dibuja una nueva relación capital-trabajo, bajo un régimen “flexible” de acumulación.

El trabajador es, cada vez más, tratado como un componente subcontratado en lugar de un elemento interno para las organizaciones que efectivamente lo emplean. Los llamados “trabajadores de plataformas” (Uber, Rappi, Glovo, etc.) son el ejemplo más reciente de esta tendencia mundial. En otras palabras, la relación capital-trabajo es una relación directa capital global-trabajo precarizado.

En plena globalización económica, la ofensiva de los monopolios sobre los países dependientes, los pueblos y el conjunto de las clases subalternas es aún más feroz que lo vivido en las fases anteriores del sistema capitalista. La política de la doctrina neoliberal exige las privatizaciones, la destrucción y/o el control de las empresas públicas, la supresión de las entidades financieras estatales, la desregulación total del mercado interno, el patentamiento privado de la genética y los productos agrícolas, las reformas achicadoras y descentralizadoras de los sistemas de salud, educación y jubilaciones, la destrucción de sindicatos, mutuales y organizaciones intermedias de la sociedad civil, la persecución de dirigentes políticos de oposición al régimen del capital, la subordinación de los sistemas legales y de justicia bajo patrocinio de una para nada neutral “seguridad jurídica e institucional”, y la transformación de los grupos económicos de la burguesía nacional en vasallos administradores de territorialidades en las que antes se creían dominantes.

Palabras finales: las clases subalternas ante una realidad que nos desafía

Resulta central pensar todo este proceso no de forma lineal, sino más bien de forma exponencial y dialéctica. Las transformaciones sociales que se están experimentando están ligadas a la base material de las llamadas nuevas tecnologías, es decir, las fuerzas productivas más dinámicas del siglo XXI.

A su vez, la guerra sin cuartel entre los diferentes proyectos político-estratégicos del capital abren y abrirán oportunidades a los Pueblos que luchan por su Liberación.

El fenómeno del *#NiUnaMenos* en América Latina y sus profundas repercusiones globales, la joven Ahd Tamimi como emblema global de la resistencia palestina, los movimientos pro migrantes, los chalecos amarillos en Francia, y el sinnúmero de peleas que las y los latinoamericanos damos de sur a norte en el continente, son aristas políticas en favor de los pueblos en esta nueva situación mundial, donde se encuentra en disputa un “nuevo orden global”.

La totalidad del mundo está conectado. La transformación que eso supone para la clase trabajadora y para su contradicción fundamental con el capital será radical. La venta de nuestros servicios, de nuestros productos, de nuestra fuerza de trabajo, será global, no importa de qué geografía provenga.

Los cambios materiales en la forma de acumulación capitalista implican, entonces, la construcción de una nueva matriz de pensamiento para el conjunto de las clases subalternas y una nueva forma de organización de la territorialidad social y política.

El “futuro del trabajo” es cada vez más un tema abordado por las organizaciones sindicales y los movimientos sociales, particularmente desde la Confederación Sindical Internacional (CSI) y la Federación Sindical Mundial (FSM), las grandes organizaciones globales de las y los trabajadores con sus confederaciones por rama o sector.

A su vez, estamos asistiendo a un creciente proceso de organización política popular desde lo virtual. Pareciera que las redes sociales son un ámbito de organización de voluntades, de producción de un poder que luego puede (y debe) realizarse en las calles.

En las redes de internet no solo se edifica una nueva forma de relacionamiento entre las personas, sino que, además, en estas también se prefigura el vínculo entre los individuos y la realidad que viven. En otras palabras, la “revolución de las TICs” está imponiendo un cambio en el “cómo piensa” y en el “qué hace” de las clases sociales subalternas que, bien aprovechado, puede constituir un fabuloso mecanismo de organización de los sectores populares, un fenómeno que bien supo describir Álvaro García Linera en un reciente seminario sobre “Comunicación y revolución en redes sociales”:

En la actualidad un 30 % de bolivianos ha roto su vínculo sindical y corporativo, es la nueva clase media emergente que son hijos de obreros que han logrado la satisfacción de un mínimo de condiciones de vida, servicios básicos, un empleo y acceso a recursos, se han desindicalizado, se han desahogado; pero este sector ha encontrado en las redes sociales una nueva forma de comunidad, una especie de sindicalismo virtual (García Linera, 2018).

En la doctrina militar de las guerras de redes, o guerras de cuarta y quinta generación, las elites económicas (y políticas), en más de una oportunidad, conducen a los individuos desde lo virtual a lo real, poniéndolos en disposición de librar una lucha callejera (actos, movilizaciones, guarimbas).

Cual línea de infantería, los individuos son actores de una guerra donde no solo no conocen sus motivaciones (casus belli), sino que ni siquiera son capaces de reconocer a su propia oficialidad: los Think Tanks articulados dentro de la red financiera, ubicados detrás de los gobiernos de las derechas, de las corporaciones mediáticas, y de la vigilancia y el control estratégico de las redes de internet. Sobre esto último, resultan esclarecedoras las denuncias de intervención electoral que pesan sobre “Cambridge Analytica” —incluida en Argentina en las elecciones de 2015—.

Pero las calles no son sencillas de manejar. Siempre han sido el territorio donde las clases subalternas expresan sus niveles de organización, autoconciencia y homogeneidad en relación a lo que acontece. Sin esto, los pueblos no pueden proyectar la cons-

trucción de la organización social y política que permita transitar un cambio en las estructuras sociales, esas que hoy dividen entre explotadores y explotados.

Por supuesto, entendemos que se debe profundizar el estudio de las condiciones objetivas de los trabajadores en la fase actual del capitalismo, pero atendiendo siempre a que son las condiciones subjetivas, en la esfera de lo político, las únicas que pueden accionar procesos que permiten cambiar todo lo que debe ser cambiado.

En los países del sur global, los trabajadores están marcados por la lucha contra las destrucciones provocadas por las crisis ligadas a los programas neoliberales de gobierno (sean vinculados a la OMC, al FMI o a la troika europea) y a las guerras imperialistas por los recursos naturales y la destrucción de pueblos fuertemente organizados (Siria, Palestina, Venezuela).

A manera de síntesis, creemos relevante señalar la existencia de tres grandes escenarios de resolución de la actual crisis del sistema capitalista:

- El revolucionario del capital, incluso globalizando un nuevo sistema de explotación y de dominación.
- El conservador del capital, desatando una guerra global de proporciones y consecuencias inimaginables.
- El revolucionario del pueblo, aprovechando la revolución tecnológica en ciernes para construir otro sistema social.

Para nuestra suerte, el mundo no se ha transformado en el remanso domesticado con el que sueñan los personeros y predicadores de la oligarquía financiera y el imperialismo. Los trabajadores y el conjunto de las clases subalternas siguen constituyendo la fuerza motriz de los heterogéneos movimientos sociales y políticos que luchan, aún en sus contradicciones, por último macroescenario descrito, por el que plantea la paz, la justicia social y la emancipación humana.

Bibliografía

Aharonian, A. (2017). *El progresismo en su laberinto*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones CICCUS.

- Aharonian, A y Verzi Rangel, Á. (2017). *Red Atlas, libertarios de ultraderecha: entramado civil detrás de la ofensiva capitalista en Latinoamérica*. Recuperado de: <https://www.nodal.am/2017/10/red-atlas-libertarios-ultraderecha-entramado-civil-detras-la-ofensiva-capitalista-latinoamerica-aram-aharonian-alvaro-verzi-rangel/> (fecha de consulta: 15 de noviembre de 2018).
- Arkonada, K. y Klachko, P. (2016). *Desde arriba, desde abajo*. Buenos Aires, Argentina: Prometeo Libros.
- Arquilla, J. y Rönfeldt, D. (1996). *El advenimiento de la guerra en red*. Santa Mónica, Estados Unidos: RAND Corporation.
- Balvé, B. (2005). *El 69*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones RyR – CICSO.
- Balbé, B. (2008). *Poder-Guerra*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones CICSO.
- Basualdo, E. y Arceo, E. (Comps.) (2006). *Neoliberalismo y sectores dominantes*. Buenos Aires, Argentina: CLACSO Libros.
- Borón, A. (2004). *Imperio & imperialismo: una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri*. Buenos Aires, Argentina: Clacso.
- Borón, A. (2007). *Reflexiones sobre el poder, el estado y la revolución*. Córdoba, Argentina: Editorial Espartaco.
- Borón, A. (2008). *Socialismo siglo XXI: ¿Hay vida después del neoliberalismo?* Buenos Aires, Argentina: Ediciones Luxemburg.
- BBC Mundo (2017). ¿Está tu profesión en peligro de extinción? Recuperado de: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-38930099> (fecha de consulta: 15 de diciembre de 2018).
- Caciabue, M. (2018). *La mente humana como un campo de batalla. Revolución tecnológica y guerra de redes*. Recuperado de: <https://www.nodal.am/2018/09/la-mente-humana-como-un-campo-de-batalla-revolucion-tecnologica-y-guerra-de-redes-por-matias-caciabue/> (fecha de consulta: 7 de noviembre de 2018).
- Caciabue, M. (2018). *Reforma Universitaria y neoliberalismo, marcos de la Conferencia Regional de Educación Superior*. Recuperado de: <https://www.nodal.am/2018/06/reforma-universitaria-y-neoliberalismo-marcos-de-la-conferencia-regional-de-educacion-superior-matias-caciabue/> (fecha de consulta: 7 de noviembre de 2018).
- Capione, D. (2007). *Para leer a Gramsci*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.
- Castells, M. (2006). *La sociedad red*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Chi Wook, K. (2009). “El G20 y los cambios en la gobernanza global” en *Revista mexicana de política exterior*.

- Dale Scott, P. (2011). “Detrás de la democracia estadounidense, el Estado profundo. El gobierno secreto que dirige los Estados Unidos” en *Red Voltaire*, Berkeley.
- Data Reportal (2019). *Digital around the world in 2019*. Recuperado de: https://datareportal.com/global-digital-overview?utm_source=Reports&utm_medium=PDF&utm_name=Digital_2018&utm_content=Country_Link_Slide (fecha de consulta: 15 de febrero de 2019).
- Drucker, P. (1993). *La Sociedad Postcapitalista*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.
- Dierckxsens, W. y Formento, W. (2016). *Geopolítica de la crisis económica mundial*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Fabro.
- Dieterich, H. (2004). *Las guerras del capital. De Sarajevo a Irak*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Nuestramérica.
- Dowbor, L. (2017). *A era do capital improdutivo*. São Paulo, Brasil: Autonomia Literária-Fundação Perseu Abramo.
- Durden, T. (2019). *Why Russia Is Dumping Dollars And Buying Gold At The Fastest Pace In Decades*. Recuperado de: <https://www.zerohedge.com/news/2019-03-30/why-russia-dumping-dollars-and-buying-gold-fastest-pace-decades> (fecha de consulta: 15 de febrero de 2019).
- Engels, F. (2004). *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Nuestra América.
- Estulin, D. (2018). “Política del cielo y los seis proyectos globales que controlan el mundo” en *Mente Alternativa*. Recuperado de: <https://www.mentealternativa.com/daniel-estulin-politica-del-cielo-seis-proyectos-globales-controlan-el-mundo/> (fecha de consulta: 15 de diciembre de 2018).
- Formento, W. (2011). *Crisis financiera global*. Buenos Aires, Argentina: Peña Lillo-Ediciones Continente.
- García Linera, Á. (2008). *La potencia plebeya*. Buenos Aires, Argentina: Clacso/Prometeo Libros.
- García Linera, Á. (2018). *Las redes sociales son una herramienta que está cambiando la forma de comunicar, de interactuar y de hacer política*. La Paz, Bolivia: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia. Recuperado de: <https://www.vicepresidencia.gob.bo/Garcia-Linera-Las-redes-sociales-son-una-herramienta-que-esta-cambiando-la> (fecha de consulta: 28 de diciembre de 2018).
- Giménez, P. (2018). “Las grandes mayorías unidas y universalizadas o divididas y dominadas” en portal web *NODAL*. Recuperado de: <https://www.nodal.am/2018/03/las-grandes-mayorias-unidas-universaliza>

- das-divididas-dominadas-paula-gimenez/ (fecha de consulta: 15 de octubre de 2018).
- Gramsci, A. (2004). *Antología*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.
- Guerra, A. (2018). “Donald Trump, el dragón chino y la Internacional Negra: el mundo según Estulin” (entrevista a Daniel Estulin) en *Portal Pájaro Rojo*. Recuperado de: <http://pajarorojo.com.ar/?p=40331> (fecha de consulta: 15 de diciembre de 2018).
- Hardt, M. y Negri, A. (2012). *Imperio*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Hernández Viguera, Juan. (2015). *Los fondos buitres, capitalismo depredador*. Buenos Aires, Argentina: Capital Intelectual.
- Justo, M. (2014). “Corporación Andina de Fomento: el incontenible ascenso de un banco latinoamericano” en *BBC Mundo*. Recuperado de: https://www.bbc.com/mundo/noticias/2014/06/140625_economia_banco_fomento_crz (fecha de consulta: 15 de octubre de 2018).
- Marín, J. C. (1981). “La noción de polaridad en los procesos de formación y realización del poder” en *Serie Teoría-Análisis* (n.º 8).
- Marx, K. (1846). *Miseria de la filosofía*. Recuperado de: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1847/miseria/004.htm> (fecha de consulta: 10 de enero de 2019).
- Marx, K. (2008). *Crítica de la economía política*. Buenos Aires, Argentina: Claridad.
- Marx, K. (2017). *El Capital, Tomo III*. Recuperado de: <https://webs.ucm.es/info/bas/es/marx-eng/capital3/> (fecha de consulta: 10 de enero de 2019).
- Merino, G. (2014). *Crisis del orden mundial y encrucijada nacional-latinoamericana*. Posadas, Argentina: Editorial Universitaria-UNaM.
- McKinsey Global Institute (2017). *Un futuro que funciona: automatización, empleo y productividad*. Recuperado de: <https://www.mckinsey.com/-/media/mckinsey/featured%20insights/digital%20disruption/harnessing%20automation%20for%20a%20future%20that%20works/a-future-that-works-executive-summary-spanish-mgi-march-24-2017.ashx> (fecha de consulta: 4 de enero de 2019).
- Moldiz, H. (2013). *América Latina y la tercera ola emancipadora*. Distrito Federal, México: Ocean Sur.
- Lenin, V. (1977a). *Obras completas, tomo XXII*. Madrid, España: Akal Editor.
- Lenin, V. (1977b). *Obras Completas, tomo XXIII*. Madrid, España: Akal Editor.
- Lenin, V. (1980). “El Imperialismo, Fase Superior del Capitalismo” en *Obras Escogidas*. Moscú, Rusia: Progreso.

- OMAL (s/f.). *Diccionario crítico de empresas transnacionales: Deslocalización*. Recuperado de: <http://omal.info/spip.php?article4836> (fecha de consulta: 15 de diciembre de 2018).
- OXFAM (2017). *Ocho personas poseen la misma riqueza que la mitad más pobre de la humanidad*. Recuperado de: <https://www.oxfam.org/es/sala-de-prensa/notas-de-prensa/2017-01-16/ocho-personas-poseen-la-misma-riqueza-que-la-mitad-mas> (fecha de consulta: 15 de diciembre de 2018).
- Paz Landeira, F. (2018). “Controlados” en *Revista MU*, n.º 123. Recuperado de: <https://www.lavaca.org/media/pdf/mu/mu123.pdf> (fecha de consulta: 20 de diciembre de 2018).
- Tse-Tung, M. (1968). *Sobre la contradicción. Pekin, China: Edición de lenguas extranjeras*. Recuperado de: <https://www.marxists.org/espanol/mao/escritos/OC37s.html#s3> (fecha de consulta: 15 de noviembre de 2018).
- Rang, C. y Merino, G. (2016). *¿Nueva Guerra Fría o Guerra Mundial Fragmentada?* Posadas, Argentina: EDUNAM.
- Robinson, W. (2007). *Una teoría sobre el capitalismo global*. Bogotá, Colombia: Ediciones Desde Abajo.
- Robinson, W. y Sprague, J. (2018). *The Transnational Capitalist Class*. Estados Unidos.
- Robinson, W. (2019). “Trumpismo, fascismo del siglo XXI, y dictadura de la clase capitalista transnacional” en Castorena, Gandásogui y Morgenfeld (Comps.), *Estados Unidos contra el mundo: Trump y la nueva geopolítica*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.
- Soros, G. (2004). *La burbuja de la supremacía norteamericana*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Sudamericana.
- UNCTAD (2018). *World Investment Report*.
- Vaca Narvaja, S. y Zou, Z. (2018). *China, América Latina y la geopolítica de la nueva ruta de la seda*. Remedios de Escalada, Argentina: EDUNLA-UNLa.
- Vitali, S., Glattfelder, J. y Battiston, S. (2011). *The Network of Global Corporate Control*. Recuperado de: <http://www.scribd.com/doc/70706980/The-Networkof-Global-Corporate-Control-by-Stefania-Vitali-James-B-Glattfelder-and-Stefano-Battiston>
- Xinhua (2018). *Inversión extranjera directa en China aumenta el 7,9 % en 2017*. Recuperado de: http://spanish.xinhuanet.com/2018-01/16/c_136899786.htm (fecha de consulta: 4 de enero de 2019).

El Orden Internacional en Desconfiguración, Desarreglo y Declinación

El Orden No Polar y la Factibilidad de la Emergencia de un Sistema Internacional Multipolar

Por Helena Argirakis Jordán

Un Mundo en Desarreglo, según Richard Haass

La concepción de *mundo en desarreglo* de Richard Haass, presidente del Consejo de Relaciones Exteriores y Asesor Senior del Medio Oriente para el expresidente norteamericano George W. Bush, sostiene que la tendencia mundial para las próximas décadas es la del Orden Internacional en *desconfiguración, desarreglo y/o declinación*, ya que el espíritu de la declaración del entonces Presidente Bush (septiembre, 1990) con su visión del Nuevo Orden Mundial: “más libre de las amenazas del terror, más fuerte en la búsqueda de justicia y más seguro en la conquista por la paz”, es inconcebible para cualquier presidente estadounidense en la actualidad.

Haass argumenta que, al contrario, en la actualidad, “Donald Trump, el 45º Presidente de los Estados Unidos hereda un mundo en considerable desarreglo, que en muchos casos aparece estar girando fuera de control” (Haass, 2017).

El autor sostiene que a pesar de la mayor complejidad de los asuntos internacionales —con el ciberespacio, el comercio, el cambio climático, los refugiados y otros— los desafíos del presente son mucho mayores que las actuales respuestas y capacidades institucionales del sistema internacional, por lo que el concepto de *comunidad internacional* puede ser utilizado y aludido mediáticamente con gran frecuencia, pero en la realidad, muy poca comunidad internacional existe en los hechos.

Entre las causas u orígenes del *mundo en desarreglo*, Haass identifica las reacciones y desbordes a la globalización, la decadencia de las instituciones que regulan el comercio internacional, la inhabilidad de las instituciones globales a adaptarse a los nuevos desafíos, el renovado ascenso de los nacionalismos y populismos de derechas de cara a los flujos de los refugiados internacionales, la pérdida de movilidad o ascenso social y la resultante inequidad, la pérdida de trabajos debido a la innovación tecnológica, así como las manifestaciones de la actual competencia política global que hacen las reformas necesarias (en el campo internacional) imposibles.

Por otro lado, agrega que la pasada campaña presidencial (de Donald Trump) y la transición política en los Estados Unidos, mandó un mensaje al mundo que muchos preceptos y lineamientos históricos de la política interna y externa estadounidense pueden no seguir siendo válidas (Haass, 2017):

[...] el siglo XXI será extremadamente difícil de manejar, representando una ruptura de aproximadamente cuatro siglos de historia —considerados como la era moderna— que le precedieron.

[...] luego de la caída del Muro de Berlín en 1989 y la finalización de la Guerra Fría, *un nuevo Orden Mundial no emergió*, como algunos pronosticaron. En su lugar, la relativa estabilidad del mundo Bipolar, dio paso a un mundo Multipolar, producto de los impulsos de la globalización, proliferación nuclear y acelerados cambios tecnológicos.

[...] el mundo actual está simultáneamente más interconectado y más sujeto de fuerzas de fragmentación.

[...] los cambios en algunos países —Brexit, la campaña de “America First” de Donald Trump— pueden interrumpir el equilibrio internacional¹².

En otro texto, Haass (2017b) plantea el argumento de que el poder global de EE. UU. no se ha extinguido, sino que EE. UU. voluntariamente y por elección está *abdicando* poder, liderazgo y

12 Traducción propia.

responsabilidades en el sistema internacional, teniendo el cuidado y la previsión de alertar que *abdicación no significa aislacionismo* en materia de presencia internacional:

Cuando grandes poderes se extinguen, como inevitablemente sucede, normalmente es por dos razones: algunos poderes se agotan a sí mismos por extralimitarse en su alcance internacional, baja inversión, o poco cuidado y atención a los asuntos domésticos o una mezcla de ambas. Este fue el caso de la ex URSS. Otros poderes pierden su posición privilegiada con la emergencia de nuevos y renovados poderes; esto describe lo que pasó con Francia y Gran Bretaña en el caso del ascenso de Alemania luego de la Primera Guerra Mundial y, de manera más benigna, con los poderes europeos y el ascenso de EE. UU. durante y después de la Segunda Guerra Mundial. En alguna medida, EE. UU. está enfrentando una versión de lo anterior —en el contexto de lo que Fareed Zakaria ha denominado “el ascenso del resto”— siendo la emergencia de China el evento más significativo. Sin embargo, EE. UU. introduce una tercera posibilidad por medio de la cual una confiscación de poder provee una ventaja internacional: la abdicación o la voluntaria renuncia de poder y responsabilidad. Sobreviene más por elección propia que por circunstancias domésticas o externas. Por lo tanto, abdicación no es aislacionismo.

Bajo Donald Trump, la política exterior de EE. UU. muestra señales claras de retiro significativo. Apoyo para alianzas, libre comercio, preocupación por cambio climático y defensa o promoción de la democracia y derechos humanos —liderazgo Estadounidense per se— estos y otros fundamentos de la política exterior estadounidense han sido cuestionados y, más de una vez, rechazados. Trump es el primer Presidente de la Segunda Pos Guerra Mundial de percibir que las cargas del liderazgo mundial son mayores que los beneficios. Como resultado, EE. UU. ha cambiado de ser el principal preservador del Orden Internacional, a ser el principal disruptor de dicho Orden¹³.

13 Traducción propia.

Como podemos apreciar, en el análisis de Richard Haass, parte de la intelectualidad orgánica de Estados Unidos admite abiertamente que el Proyecto Unipolar Global estadounidense, contenido en la propuesta del Nuevo Orden Mundial, o la denominada globalización, no emergió o fracasó. Actualmente el complejo militar-industrial-financiero, o *Estado Corporativo* (Establishment), como podemos caracterizar a Estados Unidos, se encuentra provocando y/o ante una disrupción (genuina o provocada) del Orden Internacional. Las principales interrogantes que surgen a colofón cuestionan el rol de EE. UU. y motivaciones ulteriores en dicha disrupción del Orden Internacional.

Por lo tanto, resulta llamativo indagar si las causas de la desconfiguración del Orden Internacional se deben a que los desbordes y desregulación de la globalización genuinamente afectaron la posición de poder de EE. UU. en el Sistema Internacional, minando su hegemonía global y posibilitando la emergencia de nuevos actores e inclusive nuevos polos de poder.

O si, al contrario, estamos ante una transición planificada (por los intereses estratégicos Estadounidenses) en el Sistema Internacional que conduce al desmantelamiento del viejo Orden del Sistema de Estados, creado históricamente desde tiempos de Westfalia, junto con la eliminación de algunos efectos remanentes del Sistema de Yalta, del Orden Bipolar, y, como indica Haass, de las “cargas” para EE. UU. en términos de ejercicio efectivo de poder, liderazgo y responsabilidades en el Sistema Internacional, para más bien dar pie a los que algunos autores llaman la “apolaridad” o la “cero-polaridad”.

La apolaridad o cero-polaridad puede entenderse como el *caos controlado*, o la *geopolítica del caos*. Esto equivale, según algunos autores, a una situación de transición o desmontaje del sistema internacional para permitir que el presente ciclo o fase del capitalismo se deshaga de las últimas barreras formales, legales e institucionales¹⁴ que impiden la apropiación irrestricta del excedente en el tablero mundial.

14 Algunas de las barreras formales, legales e institucionales estarían contenidas en la estructuración del Estado moderno, el Sistema de Internacional de Estados cuya genealogía se remonta al Sistema Europeo de Estados en Westfalia en 1648, el derecho internacional, la presunción de que todos los Estados

En este sentido, cabe preguntarse si el Orden Internacional en desarreglo, o desconfiguración, y la sindicada “voluntaria abdicación” de poder, liderazgo y responsabilidades estadounidenses en el Sistema Internacional postulados por Haass, no son más bien *estrategias acordadas* por el *Deep State*, el Estado Profundo norteamericano, a manera de inducir la situación de apolaridad o cero-polaridad, muy convenientes a los intereses estratégicos estadounidenses así como del capitalismo global, en términos de (reiteramos) deshacerse de las últimas barreras formales, legales e institucionales que impiden la apropiación irrestricta del excedente en el tablero mundial, compitiendo de manera más eficaz con la hegemonía ascendente de China.

En tal sentido, a tiempo de analizar si la declinación y desmantelamiento del Orden Unipolar es genuina y no provocada por el Imperialismo Estadounidense para maximizar sus ganancias -minimizando sus cargas, costes y pérdidas- buscaremos explorar la factibilidad de la emergencia de un sistema internacional multipolar, como Proyecto civilizatorio y territorial contra-hegemónico al Proyecto Unipolar Global occidental, moderno y atlantista.

Por lo tanto, tomando la concepción y provocación analítica del *mundo en desarreglo* y la supuesta voluntaria abdicación de poder, liderazgo y responsabilidades estadounidenses en el sistema internacional, intentaremos explorar, siguiendo *críticamente* a Richard Haass, las diversas perspectivas y constataciones sobre la desconfiguración, desarreglo y declinación del Orden Internacional, las diversas miradas sobre sus posibles causas u orígenes, para reflexionar sobre las posibles articulaciones de un nuevo orden, o *no orden*, emergente en el Siglo XXI: la prevalencia del Unipolarismo, la mutación a un Uni-multipolarismo, la transición hacia la Apolaridad —o No Polaridad—, como también explorar la factibilidad de la Multipolaridad.

La reflexión sobre las posibles configuraciones del Orden Internacional es verdaderamente importante en el presente. Esta nos dará indicadores sobre los escenarios prospectivos en el ám-

ejercen Soberanía y autodeterminación independientemente de (lo limitado de) sus factores, recursos de poder y las correlaciones de fuerzas en que se encuentra dicho Estado en el Sistema Internacional, así como considerar que el Estado es el principal sujeto geopolítico en la actualidad.

bito del sistema internacional, entendiendo que estos serán los contextos en los que posiblemente se moverán los actores internacionales en el futuro próximo.

Por ende, caracterizar y analizar el Orden Internacional en desconfiguración, desarreglo y declinación, la transición hacia un Orden No Polar, y la factibilidad de la emergencia de un Sistema Internacional Multipolar, se vuelve una tarea imprescindible para todos los Estados y organizaciones políticas en un presente y futuro próximo, tanto en términos de seguridad y defensa nacional como en toma de decisiones e, inclusive, en procesos de planificación estratégica.

Escenario Mundial en Desconfiguración, Desarreglo y/o Declinación

Como ya analizamos, el mundo actualmente se encuentra en un proceso de *desconfiguración y desarreglo*, o ante un Orden Internacional¹⁵ en progresiva *declinación*. Habida cuenta que dicho Orden Internacional, que es tributario del Sistema de Estados de Westfalia de 1648 y que, contemporáneamente, se estructuró en base a las correlaciones de fuerzas resultantes en la segunda posguerra mundial de 1945 en adelante, está siendo tensionado ante la presencia de nuevos *polos de poder en el mundo* que desafían la unipolaridad norteamericana.

Es decir, a pesar de la absoluta superioridad militar estadounidense, considerando que a los Estados Unidos se lo puede caracterizar como un *complejo militar-industrial-financiero* según Paul Baran y Paul Sweezy (1964), luego de los fracasos y derrotas en su proyecto de dominación en el cercano, medio y lejano Oriente por el control territorial en Asia Central, se evidencia que *EE. UU. no ha podido consolidar su Imperio Capitalista-Militar Mundial*.

De esa manera, ese país ha comenzado a declinar en superioridad estratégica en otros ámbitos o factores de poder, como en los

15 Orden Internacional: disposición de los actores dentro del sistema internacional donde las ideas, estructuras y actores hegemónicos juegan un papel preponderante a la hora de definir las reglas de juego en las Relaciones Internacionales entre los Estados (varios autores).

aspectos económico y/o comercial, donde paulatinamente empieza a desarticularse y declinar el Orden Internacional Unipolar existente desde 1989-1990, luego de la finalización del Sistema de Yalta, o Bipolarismo asentado en un Bloque Atlantista (EE. UU. y Europa) y un Bloque Soviético (ex Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, URSS).

Por otro lado, se pueden encontrar causas del deterioro de la hegemonía global estadounidense ante las consecuencias y desbordes de la aceleración y desregulación de la globalización o el llamado Nuevo Orden Mundial, que consolidaron la emergencia y liderazgo económico y comercial de la República Popular de China (RPC), así como de algunas de las economías del pacífico, el ascenso de nuevas potencias nucleares como Corea del Norte e Irán, y el progresivo desmantelamiento de las supremacías de los circuitos geoestratégicos en el Atlántico Norte, fundados con la modernidad europea, por lo que paulatinamente se ha ido desgastando el Unipolarismo del Bloque Norteamericano-Europeo, para dar paso a una etapa de transición del sistema internacional hacia la progresiva configuración de un mundo multipolar, policéntrico, descentrado y regionalizado.

En palabras del investigador y estratega ruso Alexander Dugin, autor de *Geopolítica del Mundo Multipolar*, puede ser descrito de la siguiente manera:

El momento unipolar ha encontrado un factor muy importante a lo largo de todo el periodo comprendido desde 1991 a 2016: la civilización como una nueva entidad. Este factor, que supera en tamaño al Estado-nación, pero que es más local y regional que el mundo único globalista y el Gobierno mundial de los liberales, no va a desaparecer después del completo fallo de la estrategia globalista. Por esta razón es tan importante hoy en día prestar atención a la multipolaridad como una idea, como la estructura de un plan, como un proyecto, como una teoría.

Constataciones del Orden Internacional en declinación, desarreglo y desconfiguración en el siglo XXI

Algunas evidencias que señalan la declinación, desarreglo y desconfiguración del Orden Internacional en el siglo XXI las encontramos, en primer lugar, en la progresiva mutación, laxitud y descomposición de la institucionalidad del orden de la segunda posguerra mundial, como el caso de las Naciones Unidas, que resultan obsoletas tanto en su estructura como en su funcionamiento.

Esto se debe a que no reflejan las actuales -y reales- correlaciones de fuerzas, de acuerdo a los remanentes y nuevos paradigmas geopolíticos y disposiciones de Orden Internacional (el unipolarismo, el híbrido uni-multipolarismo, la apolaridad o cero polaridad y el emergente multipolarismo).

Según Ian Bremer (2016), “las instituciones que nos Gobiernan y que básicamente estaban controladas por EE. UU. y sus aliados, ya no funcionan”.

Otra muestra del Orden Internacional en desarreglo y desconfiguración lo constituye la declinación, o la ralentización, de los procesos de integración y cooperación interestatales atlantistas, expresadas en el debilitamiento de la cohesión de la Unión Europea, con el reciente *Brexit* o salida del Reino Unido de la UE, en la lógica de perseguir sus propios intereses estratégicos.

A su vez y en contraposición a la hegemonía atlantista moderna, se evidencia el surgimiento de nuevos bloques de integración fuera del eje del Atlántico Norte, como el caso de la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS), organización intergubernamental conformada en 2001 por Rusia, China, Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán y Uzbquistán como Estados miembros, y por Afganistán, India, Irán, Mongolia y Pakistán como Estados observadores, junto con socios en diálogo como Bielorrusia, Sri Lanka y Turquía.

En el espacio sur del globo, la experiencia visionaria de integración contra hegemónica sudamericana con la fundación del CELAC, así como la integración y cooperación entre Estados ex colonias de los Imperios Europeos, aglutinados en el G-77, la unión de los Estados más prósperos del Commonwealth o de la

zona económica de las ex Colonias Británicas, como el CAN-ZUK (Canadá, Nueva Zelanda y el Reino Unido), que aglutina el 14 % de la economía mundial y, por otro lado, el acercamiento entre la República Popular de la China y la Federación Rusa, en materia de integración energética y de infraestructura vial.

Sin embargo, quizá el elemento más decisivo y notorio de este Orden Internacional en desconfiguración y mutación es la expansión comercial de China hacia las regiones periféricas del Orden Imperial centralizado, ubicadas precisamente sobre el eje pacífico sur, con la denominada “nueva” ruta de la seda que pretende integrar África, Asia y Sudamérica.

En consecuencia, la situación actual del Orden Internacional en desconfiguración, desarreglo o en declinación, entraña los siguientes rasgos estructurales a considerar como tendencias en los próximos años.

1. Un Unipolarismo anglo-europeo en decadencia, pero aun predominante, en disputa hegemónica con la emergencia de un multipolarismo pluricultural fáctico, que posiblemente se articule como proyecto de sistema internacional contra hegemónico

Previo al advenimiento del Unipolarismo a fines de la década de los ‘90, existió la configuración de Orden Internacional Bipolar (1947-1989), en donde solo dos polos —o centros de poder— tenían los factores o recursos de poder en *comparabilidad simétrica* (es decir, paridad económica, paridad tecnológica y paridad estratégica militar) como para definir el proceso de toma de decisiones, las reglas de juego y la delimitación geoestratégica o territorial de la política de bloques en el sistema internacional. En la práctica, EE. UU. y la por entonces URSS tenían un equilibrio *de jure y de facto* que configuraba el *bipolarismo estratégico*, con un dualismo político e ideológico, así como un dualismo de sistemas económicos y productivos.

Ante el derrumbe del Sistema de Yalta o el Bipolarismo entre 1989 (caída del Muro de Berlín) y 1991 (desmembramiento de la URSS), sobrevino el *Proyecto Unipolar Global*, basado en la tesis del “Fin de la Historia” de Francis Fukuyama (1992), que

entrañaba un agudo proceso de homogenización ideológica, política, cultural, económica y social por medio de la globalización del modelo neoliberal en la economía mundial, de la democracia liberal representativa en los sistemas políticos, y la irradiación o universalización de los valores de *occidente* o *americanización* en la cultura capitalista.

A su vez, el *Unipolarismo* se expresó por medio de la superioridad táctica-estratégica-tecnológica del complejo militar-industrial-financiero norteamericano, articulado en la Organización del Tratado del Atlántico Norte, OTAN.

Sin embargo, a pesar de lo anterior, la Unipolaridad (decadente) aun coexiste con vestigios del viejo sistema de Estados de la Paz de Westfalia, al menos de jure, mientras conserva ciertos equilibrios de poder y respeto hacia la Federación Rusa, en tanto orden remanente del Sistema Bipolar, sobre todo por su notable despliegue y poder militar.

Es decir, dicho Unipolarismo se encuentra actualmente interpelado por contradicciones agudas entre un sistema de Estados basados en los principios de soberanía, autodeterminación y derecho internacional, enfrentados a los intereses estratégicos de Estados Unidos en el mundo, y las nuevas y emergentes correlaciones de fuerzas producto del *fracaso* del Proyecto Unipolar Global del polo hegemónico.

En la actualidad presenciamos la declinación o decadencia del Orden Internacional Unipolar, ante la reducción del rol de EE. UU. como Imperio Militar Mundial. El punto clave histórico del Unipolarismo ha consistido en constatar “si los Estados Unidos son capaces de soportar solos la carga del Imperio Mundo Global” (Alexander Dugin, 2016).

En tal sentido, algunos eventos de la última década, “como los intentos de balcanización del cercano y medio Oriente promovido por EE. UU. y la OTAN, a través de la geopolítica del caos, a fin de obtener recursos naturales” (Barrios, 2016) y las diversas disputas por el control territorial han resultado no solo en un fracaso para el Proyecto Unipolar Global, sino que también han incidido en la conformación de alianzas y la promoción de nuevos polos de poder en el sistema internacional, como el emprendido por actores como Rusia, Irán y China.

Por lo tanto, la afirmación de “voluntaria abdicación” de poder, liderazgo y responsabilidades estadounidenses en el sistema internacional postulados por Richard Haass resultan, por lo menos, cuestionables, cuando más bien nos encontramos ante las resistencias de un mundo civilizatorio y culturalmente diverso, con nuevas economías y territorialidades emergentes.

Estos proyectos deciden emprender innovadoras relaciones económicas y comerciales, no tradicionales con sus pares, *prescindiendo de facto* de los circuitos comerciales monopólicos desarrollados por los Imperios europeos y sus herederos norteamericanos.

Encontramos que el *multipolarismo* como idea, como estructura de un plan, como proyecto, y como teoría, se basa, entre otros, en el neo eurasianismo como cosmovisión, así como tendencia planetaria y proyecto de integración.

Es *multipolarismo* se basa en la filosofía de la pluralidad / pluralismo, con *el pluriversum en lugar del universum*, la igualdad de derechos de las culturas y la pluralidad de los lugares hasta la pluralidad de los tiempos (Dugin, 2016).

2. La disputa internacional por un Orden (neo) Imperial (re) centralizado en los países desarrollados frente a un mundo cada vez más policéntrico, descentrado y regionalizado

Evidenciamos que, en una década, “la hegemonía global y la legitimidad estadounidense comenzaron a deteriorarse y que ninguna potencia parece emerger con la capacidad e intención de llenar el vacío de poder” (Álvarez, 2016) ante la declinación del Orden Unipolar.

Sin embargo, también evidenciamos los esfuerzos del centro (neo) Imperial por mantener, recobrar y re centralizar el control del Orden Internacional. Es decir, la necesidad de mantener la consistencia del Unipolarismo o transitar hacia un *Sistema de Uni-Multipolaridad*, en palabras de Helio Jaguaribe, citado por Miguel Ángel Barrios (2016), en donde se constata “el dominio absoluto de la superioridad militar, (a pesar de que) en otras dimensiones empezaba a declinar y compartir ese poder” (Álvarez, 2016).

Otros autores trabajan el escenario de la *A-Polaridad* (Ian Bremer) o *Cero-Polaridad* (Geydar Dzhemal) afirmando que vivimos “una despolarización acelerada causada por la falta de liderazgo de las potencias occidentales clásicas (EE. UU. y la Unión Europea) y la escasa intención de asumir tal responsabilidad por parte de las potencias emergentes, en particular China” (Álvarez, 2016).

La apolaridad se plantea como un escenario mundial caótico, complejo, inestable e impredecible en el futuro cercano. Pero, a pesar de lo anterior, los ejes emergentes del sur global y la zona Eurasiática, como espacios geográficos y como territorios contra-hegemónicos, se mantienen en una disposición *policéntrica* o con múltiples centros o polos geoestratégicos, *descentrados* o no centrados en un solo eje geográfico referencial, como el caso del eje atlántico norte y el “occidente”, y *regionalizado*, es decir, basado en lógicas territoriales locales de coordinación política, integración e intercambio económico y comercial.

Por lo tanto, luego de la finalización de la etapa de la posguerra fría y el auge del Orden Unipolar entre 1990 y el año 2001, los desplazamientos geopolíticos en el mundo son importantísimos. Es por eso que Estados Unidos emprende un

[...] reordenamiento integral del Sistema Mundial, reordenamiento que tiene en el Cercano y Medio Oriente, así como en el Asia Central sus principales espacios de manifestación. En ambos espacios la geopolítica —la intersección y gravitación de los factores materiales y espaciales en el diseño y práctica de la política exterior— ha retornado y adquirido relevancia en el despliegue estratégico de los EE. UU. El dato geopolítico más novedoso de la globalización es que EE. UU. se ha vuelto una potencia asiática (Barrios, 2016).

3. El Bloque histórico Unipolar del Eje Atlántico Norte en disputa con la emergencia y consolidación de los espacios Multipolares del Eje Pacífico Sur

Algunos autores prevén que el caos resultante de la despolarización acelerada, o la transición hacia la apolaridad, “se nutre

básicamente del debilitamiento y la demolición controlada de los Estado-Nación clásicos —formados al fragor del Sistema de Estados Europeo de Westfalia en 1648— que a través del proceso globalizador han sido reducidos a instituciones gestoras de población, pero carentes de Soberanía real” (Álvarez, 2016).

En este contexto, Esaúl Álvarez señala que la globalización no solo ha demolido el concepto de soberanía del Estado-Nación moderno, especialmente en el campo de la política exterior, sino que los efectos del desborde y desregulación de la Globalización han socavado la autonomía misma del Estado en el sistema internacional, minando la condición del Estado como actor de primer nivel en las Relaciones Internacionales.

Las consecuencias de lo anterior son bien profundas. Esta nueva situación atenta contra la pervivencia histórica de la unidad política denominada Estado moderno, al tiempo que pone en tensión la noción del Estado como “sujeto geopolítico”, ya que los factores *poder-territorio-población* y la gestión efectiva de la soberanía se ven debilitados o vaciados, de hecho, por los impactos supraestatales y subnacionales de la globalización.

En el contexto del desborde de la globalización, se van gestionando nuevas soberanías fácticas de actores transnacionales privados, que administran nuevos factores o recursos de poder, como capital, energía, tecnología e información, con lo que se van trastocando los paradigmas geopolíticos modernos o clásicos. “Por tanto, el paradigma geopolítico clásico -básicamente el realismo geopolítico- ha sido dinamitado por el nuevo orden cero-polar y es muy improbable que pueda regresar en el futuro próximo” (Álvarez, 2016).

Asimismo, con la remergencia de la ruta de la seda y el nuevo proyecto global de la China, muchos autores coinciden en afirmar que se trastocan no solo los circuitos comerciales impuestos por el surgimiento de la modernidad europea, sino también los fundamentos estructurales, geográficos y territoriales sobre los cuales se asentó el proyecto de hegemonía global del occidente, en tanto Proyecto Atlantista Unipolar Global, replanteándose dichos fundamentos en el contexto de la disputa por la configuración de un nuevo Orden en el sistema internacional.

“El nuevo centro de competencia geopolítica estaría en la zona sur-centro de Asia, comprendiendo el área del Golfo Pérsico (petróleo), la cuenca del Mar Caspio (gas y petróleo) y los países de Asia Central. Las bases militares de EE. UU. en Europa se están reduciendo y se establecen nuevas en el área del Golfo Pérsico y Asia Central” (Barrios, 2016).

Gráfico n.º 1: Áreas del Multipolarismo Policéntrico, Descentrado y Regionalizado.



Imagen extraída de Dugin, 2016.

Reflexiones finales

En este artículo hemos analizado la idea fuerza denominada *mundo en desarreglo* del estratega republicano Richard Haass, planteando la posibilidad de la desconfiguración del Orden Internacional Unipolar surgido a inicios del siglo XX, a partir del giro en la política exterior estadounidense ocasionado por los eventos del 11 de Septiembre de 2001 en las Torres Gemelas en Nueva York y el redireccionamiento de los intereses estratégicos de estos hacia el cercano y medio Oriente, con las guerras de Irak, Afganistán y Libia, en la búsqueda de apropiar no solo los hidrocarburos de la región sino el control de la ruta del petróleo, con la guerra en Siria.

El logro de tales objetivos y el posicionamiento estratégico en el Asia Central, *hubiera* consolidado a EE. UU. como Imperio

Militar-Capitalista en el mundo, con dominio en el eje Atlántico Norte, control del Cercano y Medio Oriente, y un posicionamiento estratégico para la proyección hacia el control del Asia Central y el mar de China.

Sin embargo, como hemos desarrollado en el análisis, dicho Proyecto Unipolar Global Estadounidense ha *fracasado* por sucesivas derrotas en guerra, tanto en el Cercano y el Medio Oriente, y por las contraofensivas de las alianzas de los polos emergentes ubicados en China, Rusia e Irán.

Ante tal situación, los investigadores y analistas estudiados, postulan el desarreglo y la declinación del Orden Unipolar Global, frente a la emergencia fáctica de diversos polos de poder que limitan el despliegue estratégico-militar norteamericano y, simultáneamente, rompen el monopolio anglo-europeo del capitalismo mundial.

Pero, a pesar de lo anterior, aun no se puede publicar el *obituario* del Orden Unipolar Global. Este prepara su contraofensiva y escalada bélica por lo que, previsiblemente, el futuro próximo del sistema internacional transitará hacia un Orden Apolar, Cero-Polar o No-Polar.

Este sistema de transición elimina todas las restricciones tanto formales, legales e institucionales, o *de jure*, en el ámbito internacional y vuelve a posicionar la dinámica de las relaciones internacionales por medio de las correlaciones de fuerzas en términos del realismo y pragmatismo político más puro y duro.

Lo anterior sugiere que la consolidación de un Orden Multipolar es aún lejana e incierta, frente a un Orden Unipolar decadente, pero aun dominante. La condición *sine qua non* para la existencia misma de un Orden Multipolar es, precisamente, el ensamble lo más pronto posible de los polos multipolares que puedan configurar los límites territoriales y de contención a las estrategias del *caos creativo* o la *geopolítica del caos* que opera bajo el (No) Orden Apolar, Cero-Polar o No Polar.

En este sentido, el Proyecto de Orden Internacional Multipolar se convierte en un proyecto alternativo y contra-hegemónico a los lineamientos de las hegemonías decadentes que intentan reciclarse por medio de un mundo en desarreglo.

Bibliografía

- Álvarez, E. (2017). *Geopolítica de la Globalización: El Fin del Paradigma Ilustrado y el Horizonte Multipolar*.
- Barrios, M. (2016). *Las Nuevas Realidades de la Multipolaridad Mundial*. Recuperado de: <https://www.geopolítica.ru/es/article/las-nuevas-realidades-de-la-multipolaridad-mundial>.
- Barrios, M. (2016b). *Las Causas Geopolíticas Estructurales de la Decadencia de los EE. UU.* Recuperado de: <https://www.geopolítica.ru/es/article/las-causas-geopolíticas-estructurales-de-la-decadencia-de-los-eeuu>.
- Dugin, A. (2017). *Geopolítica del Mundo Multipolar de Alexander Dugin*. Recuperado de: <http://katehon.com/es/news/geopolitica-del-mundo-multipoolar-de-alexander-dugin-ya-en-español>.
- Dugin, A (2016). *La Multipolaridad. Definición y Diferenciación entre sus Significados*. Recuperado de: <https://www.geopolítica.ru/es/artcle/la-multipolaridad-definición-ydiferenciación-entre-sus-significados>
- Haass, R. (2017). *On President Trump's To-Do List: Fixing a World in Disarray*. Penguin Press.
- Haass, R. (2017b). *America and the Great Abdication. Don't Mistake Donald Trump's Withdrawal from the World for Isolationism*.
- Haass, R. (2018). *A World in Disarray. American Foreign Policy and the Crisis of the Old Order*. Penguin Press.

China y su relación con EE. UU.: ¿declive de un imperio y nacimiento de otro?

Por Sabino Vaca Narvaja

En su reciente libro *Destined for War: Can America and China Escape Thucydides's Trap?*, Graham Allison¹⁶ afirma que la cuestión clave para el orden mundial, por estos días, es saber si China y Estados Unidos pueden evitar caer en la trampa de Tucídides: En su obra *Historia de la guerra del Peloponeso*, el historiador ateniense daba cuenta de la aprensión y recelo que se propagó en Esparta por el ascenso de Atenas, lo cual hizo inevitable la guerra entre estas dos ciudades de la antigua Grecia.

Retomando esta aguda observación, Allison señala que cuando un poder emergente amenaza con desplazar a un poder establecido, se genera una delicada dinámica histórica que deriva, a menudo, en conflictos violentos.

Algunas acciones recientes alientan esa sospecha. En mayo de 2018, el destructor USS Higgins y el buque crucero USS Anzietam de la Marina estadounidense, realizaron maniobras cerca del archipiélago de las islas Paracelso, en el mar de la China Meridional. En octubre, y en el medio de un conflicto cada vez más pronunciado en el plano comercial, otro buque de guerra estadounidense, el USS Decatur, surcó las aguas reclamadas por el gigante asiático frente a las costas de Filipinas, Malasia y el sur de Vietnam, generando nuevas tensiones.

¹⁶ Politólogo y experto en seguridad, director del Centro Belfer de Ciencias y Asuntos Internacionales en la Kennedy School de Harvard, conocido por su contribución al análisis, a fines de la década de 1960, de la toma de decisiones en el medio burocrático, especialmente en tiempos de crisis.

A estos despliegues, se suman las sanciones establecidas en los últimos meses por el gobierno estadounidense contra altos cargos militares chinos, la aprobación de ventas de armamento militar a Taiwán a través de las empresas militares Raytheon y Lockheed Martin, y la intrusión en el espacio aéreo de las islas chinas Nansha y aguas territoriales adyacentes por parte de dos bombarderos estadounidenses B-52.

Más cerca en el tiempo, el mismo día en que el presidente chino Xi Jinping se reunía en Buenos Aires con su par estadounidense Donald Trump en el marco de la última cumbre del G20, la directora financiera del gigante tecnológico chino Huawei era detenida en Canadá. El arresto de Meng Wanzhou se produjo luego que Washington pidiese su extradición por una supuesta violación por parte de la empresa aludida a las sanciones que en su momento fueran fijadas por Estados Unidos contra Irán. Resulta impensable que la misión estadounidense desconociera lo que estaba sucediendo en el mismo momento en que los líderes de ambos países celebraban en suelo argentino la reunión bilateral a través de la cual acordaban suspender temporalmente la guerra comercial iniciada el pasado mes de julio cuando Estados Unidos aplicó pesados aranceles de importación a productos chinos, a la espera de nuevas negociaciones.

Por otro lado, como señala una nota reciente aparecida en el diario español *El País*, el pedido de detención internacional emitido por los Estados Unidos posee una excepcionalidad y un nivel de agresividad inusitado, lo cual lleva a reflexionar sobre el trasfondo de tal decisión. Como resalta el mismo artículo, en ocasiones anteriores las entidades involucradas fueron —a lo sumo— severamente multadas¹⁷, pero en ningún caso se solicitó la detención internacional contra sus directivos. Puesto en perspectiva, resulta que Meng no es una mera gerente de una corporación cualquiera, sino la vicepresidenta, hija del fundador y su virtual sucesora al frente de Huawei (tercera empresa fabricante de telefonía móvil a nivel mundial, con una cuota de mercado de 9,3 % en 2016).

17 El caso más resonante a la fecha fue el del BNP Paribas, multado en 2015 con la suma de dólares 8900 millones por violar el embargo estadounidense contra Irán, Cuba y Sudán.

Como reacción a la detención de esta alta directiva, dos ciudadanos canadienses fueron arrestados en territorio chino, evidenciando que China está dispuesta a contrarrestar cada uno de los ataques que le sean infligidos. Sin embargo, cuando se le consultó a un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores chino si acaso la detención de Meng podía afectar las negociaciones comerciales bilaterales, rápidamente señaló que las partes deben respetar el consenso alcanzado entre los líderes de ambos países y continuar con el diálogo.

Más allá del sombrío argumento de Allison y de todo lo que venimos planteando (y si bien es cierto que el ascenso de China aparece cuestionando el poder unilateral que posee Estados Unidos desde inicios de la década de 1990 cuando tuvo lugar la caída de la ex Unión Soviética), no está tan claro que ambas potencias deseen verse envueltas en una confrontación directa de consecuencias impredecibles, al menos no en lo inmediato. Más bien, ninguno de estos dos actores globales busca ceder posiciones conquistadas.

En particular Estados Unidos, que en el último cuarto del siglo XX viene observando cómo se produce un notable proceso de relocalización del epicentro económico y geopolítico a nivel global, que se ha ido desplazando paulatinamente desde la región del Atlántico Norte hacia la región de Asia del Pacífico y la India produciendo una profunda reconfiguración del equilibrio de poder en la escena internacional, contexto en el cual China emerge ejerciendo un rol cada vez más relevante.

Xulio Ríos (2018) señala que esta nueva coyuntura ha llevado a Estados Unidos a sepultar definitivamente la doctrina Kissinger, por lo que este país pasó de la cooperación a la confrontación abierta con China. En el marco del orden bipolar que caracterizó a la Guerra Fría y que condicionó la geopolítica mundial, el exsecretario de Estado promovió el acercamiento de Estados Unidos a China persuadido de que la cooperación entre ambos países llevaría en un futuro inmediato a que el gigante asiático abrazase el liberalismo político y las ideas de mercado —y, claro está, de paso contrabalanceaba el poder ruso en el contexto de ruptura sino-soviética—. Al menos en el plano económico-comercial, el análisis parece haber sido acertado.

La muerte de Mao Zedong en 1976 y el fin de la revolución cultural, dio inicio en China a una lucha por la sucesión política que fue saldada dos años más tarde con la llegada de Deng Xiaoping al poder. El proceso de modernización de la economía impulsado por Deng estuvo basado en la apertura exterior, el libre mercado y la introducción de la tecnología avanzada que permitieron la transformación radical de la sociedad china.

Desde ese entonces, la economía de aquel país creció favorablemente y a un gran ritmo. A comienzos del proceso de reforma y apertura, China era una economía mayoritariamente agraria y escasamente desarrollada: el sector primario de la economía empleaba casi el 80 % de la población y “su PBI per cápita no alcanzaba a un tercio del promedio de los países de África subsahariana” (Ramón Berjano, 2018, p. 38). Cuarenta años después, China se ha vuelto una de las dos economías más grandes del planeta, tanto por su PBI como por su contribución al comercio mundial. En 2017, el PBI de China alcanzó los 12.238 miles de millones de dólares a precios actuales, lo cual representa aproximadamente el 15 % del PBI mundial (en 1980, el PBI chino era algo más del 4 % a nivel mundial)¹⁸.

A la vez, las exportaciones e importaciones de bienes a nivel global por parte de China representaron el 12,77 y el 10,22 %, lo cual la convirtió en la mayor economía de exportación y la segunda de importación. Si consideramos los volúmenes totales de bienes comercializados, se puede observar cómo China superó a Estados Unidos como principal motor de la economía mundial (4105 y 3956 miles de millones de dólares, respectivamente)¹⁹. En el plano doméstico, el gigante asiático observó un crecimiento sin precedentes que se traduce en que 700 millones de personas hayan salido de la pobreza en los últimos años, la población urbana de acuerdo a las últimas estimaciones asciende aproximadamente el 58 %, mientras que en 1978 era solo del 18 % (Berjano, 2018).

18 Fuente: Banco Mundial. Recuperado de <https://datos.bancomundial.org/indicador/NY.GDP.MKTP.CD>

19 Fuente: Organización Mundial del Comercio. Recuperado de <https://www.wto.org/english/>

Cuando hacemos un repaso de los logros alcanzados por China en los últimos cuarenta años, nos olvidamos de que China fue poderosa mucho antes de que Estados Unidos se organizara como país. China fue el poder dominante en el concierto de Asia oriental hasta aproximadamente 1850, momento en que su posición fue desafiada por el auge del imperialismo británico. Tal como concluye el economista Angus Maddison (2007), China estaría recuperando en el presente lo que fue su dinámica en el mundo hasta principios del siglo XIX. Lo que está detrás de la proclama del presidente Xi Jinping cuando se refiere al “sueño chino” (*zhong guo meng*) es una búsqueda por restituir al gigante asiático a su posición natural en el centro del mundo.

Para lograr este objetivo sin abandonar la gran causa del socialismo con características chinas, esforzándose al mismo tiempo para alcanzar el rejuvenecimiento de la nación, el país asiático implementó una batería de medidas con objetivos muy concretos como mejorar la calidad de vida de los habitantes del país, sostener el crecimiento económico de forma moderada y tender a una mejor distribución del ingreso. Lo más sugestivo en este sentido es que el actual proceso de cambios se encuentra lejos de haber finalizado. La economía china seguirá su proceso de expansión, maduración y sofisticación en las décadas venideras.

El “sueño chino” se traduce actualmente en tres fechas/objetivos de política china: los dos centenarios y el programa *Made in China 2025*. Con los dos centenarios, la élite política china hace referencia al centenario de la creación del Partido Comunista de China (PCCh) en 2021, por un lado, y al centenario de la creación de la República Popular China en 2049, por el otro. Para cuando se cumpla el centésimo aniversario del primero, China aguarda haber construido una sociedad moderadamente próspera, y así continuar con el proceso de desarrollo que mejore progresivamente la calidad de vida de la población, con la intención de erradicar la pobreza extrema por completo. Para el centenario de la creación de la República Popular, la meta buscada es ser un país socialista moderno, desarrollado, fuerte y armonioso.

Como señalamos, conjuntamente con las dos primeras iniciativas el Consejo de Estado chino aprobó en 2015 el programa *Made in China 2025*. El programa se propone convertir la eco-

nomía de China en un centro de alta tecnología e innovación tecnológica. Este sería el último peldaño en el desarrollo económico chino, pasando entonces de ser un país predominantemente agrícola, hace cuarenta años atrás, cuando daba comienzo el proceso iniciado por Deng, a ser un país productor de bienes altamente especializados y de alta tecnología.

Este conjunto de políticas públicas englobadas por este programa que llevan adelante los implementadores chinos busca desarrollar la producción doméstica en diez sectores claves, desde robótica a biofarmacéutica, esperando que contribuyan a estimular el desarrollo industrial del país. Una verdadera política de estado que pone a la ciencia y tecnología en el centro del modelo de desarrollo. Ya en 2005 el gobierno chino había publicado el Plan de Mediano y Largo Plazo para el Desarrollo de la Ciencia y la Tecnología (2006-2020), donde el estado se comprometía a volcar recursos para lograr una mayor autonomía de la tecnología foránea y “promover el ascenso de las empresas chinas en las cadenas globales de valor de las industrias que son intensivas en tecnología, programa de innovación autóctona que es elevado al mismo nivel estratégico que la política de reforma y apertura” (Girado, 2016).

Si como sostuvo el exvicepresidente de ZTE, Zeng Xuezhong, la tecnología 2G estuvo liderada por la finlandesa Nokia y el 3G perteneció a la estadounidense Apple y a la surcoreana Samsung, en el 4G ya se observaba una fuerte competencia china. La élite política china tomó nota de la importancia de tomar la delantera en la carrera por el primer puesto mundial en el campo de la inteligencia artificial y entiende que la tecnología 5G es una oportunidad única para conquistar la soberanía digital.

En el portal del Foro Económico Mundial, Briony Harris escribió que China va camino de convertirse en una superpotencia en las áreas clave de ciencia e innovación. Basándose en datos de la National Science Board estadounidense, la autora señala que China es el segundo país con mayor gasto en investigación y desarrollo (I+D) después de Estados Unidos, lo cual representaba en 2015 una suma cercana a los 2000 millones de dólares (aproximadamente el 21 % del total mundial). Un dato a tener en cuenta es que el gasto de China en I+D creció en un promedio

de 18 % por año entre 2010 y 2015, a una velocidad cuatro veces mayor que lo ocurrido con el gasto de Estados Unidos. Este crecimiento más acelerado del gasto en I+D en China, hace probable que el gigante asiático tome la delantera en los próximos cinco a diez años.

Otro dato de interés que enumera la autora se relaciona con las inversiones de capital de riesgo, donde por el momento China ocupa el segundo lugar y va en vías de alcanzar el primero. Si bien Estados Unidos atrae todavía más de la mitad de los fondos globales en este sector, su porcentaje vino declinando de manera sostenida, en tanto China crece aceleradamente (hoy representa cerca de un 30 % del total global).

Cuando Deng adoptó la política de reforma y apertura, no imaginaba crear una economía capitalista. Sin embargo, a fin alcanzar un rápido desarrollo económico, hubo de atender a lo que estaba sucediendo en el vecindario donde Corea del Sur, Taiwán y Singapur emergían como casos exitosos de modernización capitalista patrocinada por el Estado.

En toda Asia, el Estado desempeñó un papel crucial en la promoción de la industrialización exitosa. Singapur, que declaró su independencia después de 1965, desarrolló corporaciones vinculadas con el gobierno y aun hoy este posee una compañía de inversiones, la Temasek Holdings, cuyo único accionista es el ministerio de Finanzas. Como Lenin, Deng no rechazó usar las herramientas del mercado para lograr los objetivos socialistas. Para optimizar el potencial económico, liberalizó el sistema haciendo espacio al sector privado y al mercado.

Cuatro décadas después, el XIX Congreso Nacional del Partido Comunista de China renovó su compromiso con el sector privado de la economía, aunque reservando para lo público un papel rector en la orientación del desarrollo económico. Más allá de ciertos debates que siempre están presentes tanto en la academia como dentro del PCCh sobre la función del sector privado en la economía, existe un amplio consenso acerca de que solo el estado puede consolidar los logros de la revolución socialista y encarar el enfrentamiento con los Estados Unidos.

El director de investigación global de inteligencia artificial de la empresa International Data Corporation²⁰, Chwee Kan Chua, ha destacado que China lidera en esa área por una simple razón: se sustenta en el esfuerzo estatal. Aquí radica la fortaleza China, donde el gobierno desempeña un papel importante en la innovación, facilitado por tener una población numerosa capaz de adaptarse fácilmente a nuevas tecnologías. Valga un ejemplo: los chinos gastan con sus teléfonos once veces más de lo que gastan los estadounidenses.

Señalábamos anteriormente que China es el segundo país con mayor gasto en I+D (con posibilidad de seguir creciendo, ya que representa tan solo el 2,1 % del PBI). Por otro lado, el gigante asiático es el país con más estudiantes fuera de sus fronteras. De acuerdo al ministerio de Educación, 608.400 chinos viajaron al extranjero para formarse durante 2017. En el mismo período, regresaron al país 480.900 chinos, de los cuales 227.400 conquistaron un máster o un título superior. Según previsiones de *The Economist Intelligence Unit*, China liderará el mundo en número de graduados en estudios de ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas en el corto plazo. Y lo que es un dato clave, el destino de muchos de estos recursos humanos que concurren a especializarse en el exterior está en empresas tecnológicas chinas.

El milagro económico chino comenzó con la deslocalización de la producción propiciada por las directrices reformistas desplegadas por Deng Xiaping, concretadas en el programa de las *Cuatro Modernizaciones*²¹ y la política de *Puertas Abiertas*. Estas políticas permitieron que empresas extranjeras llegaran para fa-

20 Empresa estadounidense proveedora de inteligencia de mercado, servicios de asesoría y eventos para los mercados de tecnología de la información, telecomunicaciones y tecnología de consumo.

21 Las reformas, abarcaban las esferas de la agricultura, la industria, la ciencia y la tecnología, y el ejército. Los cambios, impulsados por el Partido bajo el paraguas de lo que denominó el socialismo con características chinas, comenzaron en el campo donde se promovió la paulatina descolectivización de la tierra y las comunas, y acto seguido se extendió a las ciudades donde se pusieron en marcha las primeras zonas económicas especiales, en particular el sur. Sin embargo, el despliegue se produjo a mediados de la década de 1990, con la introducción de la iniciativa privada y la apertura al capital extranjero.

bricar barato²² y luego exportar a sus respectivos mercados, con el objetivo de maximizar sus beneficios. Paulatinamente, China se fue consolidando como el principal receptor de inversión extranjera directa del mundo en desarrollo.

Para favorecer este proceso, el gobierno chino instituyó un contexto legal apropiado dirigido a proporcionar seguridad jurídica a los inversionistas —buscando a la vez orientar el flujo de inversiones de modo tal de propiciar un nuevo modelo productivo sustentado en la transferencia de tecnología permitiendo que las empresas chinas lograran el salto tecnológico y científico—, promoviendo que las compañías extranjeras invirtieran con socios locales en *joint ventures*. Esa coyuntura hizo que las empresas locales resulten actualmente competitivas en numerosos sectores y se coloquen a la vanguardia de la revolución tecnológica.

El interés de China por abarcar el proceso de innovación completo queda expuesto en los objetivos propuestos por el gobierno chino que, como destaca Martínez Cortés, amplía

[...] el financiamiento público y los incentivos fiscales, así como el financiamiento privado a las empresas innovadoras, a la par que ha mejorado el sistema de protección de los derechos de propiedad intelectual, el desarrollo de estándares tecnológicos internacionales y la construcción de infraestructuras científicas tales como incubadoras, laboratorios clave, parques científicos, entre otros (2015, p. 7).

Por otra parte, la acción del estado ha impulsado asociaciones con universidades líderes, la Academia de Ciencias y la industria, a la vez que fomentó la competencia entre ciudades y regiones para hacer crecer sus economías y atraer talento.

En China, el estado ha sido la solución: en un reciente trabajo, Buttollo y Staab (2018) destacan el rol estatal en el auge de la economía digital. De acuerdo a algunas creencias fuertemente arraigadas, fueron las tecnologías “disruptivas” y las personalida-

22 De acuerdo a datos recientes, a diferencia de lo sucedido en el inicio del programa de reforma y apertura, en China hay cada vez menos excedentes de mano de obra (la población económicamente activa disminuyó cerca de 3 puntos porcentuales al pasar de 69,2 % en 2012 a 66,3 % en 2015), lo cual hace cada vez más la mano de obra barata sea un mito en aquel país.

des “disruptivas” del empresariado las que promovieron este desarrollo. Sin embargo, algunos estudios muestran la importancia de los programas de inversión militar keynesianos en el desarrollo de empresas digitales líderes y de la investigación financiada con fondos públicos para la invención del primer iPhone.

A contramano del mantra neoliberal, que señala que cualquier intervención estatal es en sí misma distorsiva del mercado, el gobierno chino desarrolló una

[...] estructura específica de estatalidad inversora que, sin embargo, va claramente más allá de lo que se conoce de la historia de Silicon Valley. La estrategia china de alta tecnología se basa en una política industrial cuyo objetivo es la autonomía tecnológica y económica. Es una expresión del capitalismo de Estado 3.0, que se ha identificado como una característica de las grandes economías emergentes” (Buttollo y Staab, 2018).

Si bien Estados Unidos mantienen algunas ventajas con respecto a China en materia de inteligencia artificial (algoritmos más avanzados, hardware informático especializado y, principalmente, datos), esta brecha se está reduciendo y el gigante asiático ya le pisa los talones. Eso se debe a una diferencia fundamental: el papel regulador del estado. Detrás de la estrategia del gobierno chino en materia de fomento al desarrollo en la esfera de inteligencia artificial, existe un sentido de misión nacional.

Por ese motivo, China ha apostado a la innovación lo que hizo de la escena tecnológica china un nicho muy dinámico, en particular en materia de experimentar nuevas ideas y productos. Señalan Lucas y Waters (2018), citando a un inversor de riesgo de Silicon Valley, que Washington hizo poco o nada para promover una agenda nacional. O aun peor, ya que los frenos impuestos por la administración Trump a la inmigración afectó también a la industria tecnológica estadounidense, que a lo largo del tiempo se basó en gran medida en el talento extranjero, entre ellos los ingenieros indios y chinos²³.

23 Conforme al citado artículo, los jefes desarrolladores de inteligencia artificial en Apple, Facebook y Microsoft, así como la división de computación en

Cuando el actual presidente chino, Xi Jinping, expresa que China debe convertirse en una potencia en el tablero geopolítico del ciberespacio, está haciendo referencia a la importancia de tomar la delantera en este campo con el propósito de conquistar la autosuficiencia tecnológica, la soberanía digital y acrecentar el poder económico del país. De eso se trata el programa *Made in China 2025*. China ha decidido ya hace unos años dejar de prestar servicios en las funciones más bajas de las redes mundiales de producción, y en ese sentido la inteligencia artificial –junto a otras industrias de punta–, está llamada a convertirse en el espolón de proa del despegue definitivo de China en materia tecnológica.

Un debate que no es original, ya que se viene replicando en otras latitudes: recientemente, el presidente de Francia, Emmanuel Macron, brindó un discurso sobre inteligencia artificial en el Collège de France, donde hizo mención de la necesidad de conquistar una “soberanía digital europea”. Pero a la vez, existe la conciencia de que Europa no compite únicamente con otros países extracomunitarios, sino con grandes corporaciones que invierten en investigación, desarrollo e innovación, y principalmente en inteligencia artificial, más de lo que podrían algunos estados.

Como señala una nota reciente en el periódico boliviano *Página Siete*, es cada vez mayor la percepción de que Europa está siendo sometida a un nuevo colonialismo por parte de las grandes plataformas digitales estadounidenses o chinas, algunas de las cuales se aproximan a la condición de monopolios.

Volvamos sobre nuestros pasos: lo que estamos observando, entonces, no es ni más ni menos que la feroz competencia que se desarrolla entre el hegemon que da señales de agotamiento en su desempeño global (Estados Unidos) y una economía emergente (China) por ver quién se apodera de la iniciativa por la primacía tecnológica y comercial.

Estados Unidos no está dispuesto a perder su lugar en el pedestal, y apela a un sin número de herramientas para lograr su cometido, tal como quedó demostrado cuando en marzo de 2018 la administración Trump impuso aranceles comerciales por USD

la cloud de Google, nacieron todos fuera de los Estados Unidos.

50 mil millones a productos chinos. En un reporte de septiembre de ese mismo año (*Assessing and Strengthening the Manufacturing and Defense Industrial Base and Supply Chain Resiliency of the United States*), el ministerio de Defensa de los Estados Unidos destacaba que la erosión de la capacidad industrial estadounidense en las pasadas dos décadas amenazaba socavar los requerimientos de seguridad nacional, y que hoy Estados Unidos depende de algunas fuentes domésticas para algunos productos y de cadenas foráneas de suministros para otros, lo cual hace que no sea capaz de producir internamente componentes especializados para su rubro militar²⁴. El mismo reporte identificaba a las estrategias comerciales chinas y al programa *Made in China 2025* —junto al impacto adverso que generarían las políticas industriales de algunos otros países—, como una amenaza a la matriz industrial estadounidense y por lo tanto como un riesgo a la seguridad nacional de los Estados Unidos.

Asimismo, el reporte hace mención de las inversiones chinas en países en desarrollo —en particular en los países de África y América Latina—, identificando a las mismas como una “amenaza” adicional para la seguridad económica y nacional estadounidense²⁵.

La mención al “patio trasero” no es casual, ya que China viene adquiriendo una creciente influencia en América Latina y el Caribe lo cual se refleja en un cada vez mayor intercambio comer-

24 “The erosion of American manufacturing over the last two decades, however, has had a negative impact on these capabilities and threatens to undermine the ability of U.S. manufacturers to meet national security requirements. Today, we rely on single domestic sources for some products and foreign supply chains for others, and we face the possibility of not being able to produce specialized components for the military at home. As America’s manufacturing base has weakened, so too have critical workforce skills ranging from industrial welding, to high-technology skills for cybersecurity and aerospace. Support for a vibrant domestic manufacturing sector, a solid defense industrial base, and resilient supply chains is a national priority” (US Dept of Defense; 2018, p 25).

25 “From commodity materials to rare earths, Chinese investment in developing countries in exchange for an encumbrance on their natural resources and access to their markets, particularly in Africa and Latin America, adds an additional level of consideration for the scope of this threat to American economic and national security” (US Dept of Defense; 2018, p. 37).

cial entre las partes y el crecimiento de inversiones chinas en la región. Las inversiones chinas abarcan principalmente los rubros de infraestructura, energía, manufactura, innovación tecnológica, agricultura y tecnología de la información. China es el principal socio de Brasil, Chile, Perú y Uruguay, y el segundo mejor socio de México y Argentina. Entre 2003 y 2017, China invirtió más de USD 110 mil millones, aunque a un ritmo menor en los últimos años.

Un hecho relevante que sirve de indicador de la importancia que va adquiriendo el gigante asiático en la región es que siete países latinoamericanos se unieron al Banco Asiático de Inversión en Infraestructura (Argentina, entre otros). Otro dato significativo es que, a partir de mediados de 2017, Venezuela empezó a reportar el precio de su petróleo en yuanes chinos en lugar de dólares y creó una empresa binacional (Sinovesa) con la finalidad de explotar conjuntamente el hidrocarburo en la zona de la Faja del Orinoco. Asimismo, China conserva en carpeta varios ambiciosos proyectos en la región, destacándose la construcción de un canal interoceánico en Nicaragua (que vendría a competir con el canal de Panamá).

Por otra parte, fruto de la estrategia diplomática de *soft power* desplegada por el ministerio de Relaciones Exteriores chino, Costa Rica (2007), Panamá (2017), El Salvador (2018) y República Dominicana (2018) han dado reconocimiento diplomático al gigante asiático.

A mediados de 2018, el ahora saliente secretario de Defensa y jefe del Pentágono, James Mattis, visitó algunos países suramericanos. En su paso por Buenos Aires, Mattis expresó la preocupación de la administración estadounidense por la creciente influencia geoestratégica de China —y en menor medida, de Rusia— para la región. Unos días antes, en Brasil, Mattis había manifestado ante sus pares brasileños que aquel país debía tener mayor cuidado al momento de escoger a sus socios y que era necesario que redujera la dependencia que tenían con China. Tiempo atrás, a punto de iniciar su periplo latinoamericano, el exsecretario de Estado Rex Tillerson había señalado que América Latina no necesita de un “nuevo poder imperial”.

Xúlio Ríos (2018) en un artículo reciente ha destacado que en el nuevo Tratado de Libre Comercio establecido entre EE. UU., Canadá y México se ponen reparos a los acuerdos que las partes puedan firmar con China; en palabras del autor “EE. UU. está estableciendo una especie de cordón sanitario frente a China”.

De acuerdo a García Fernández (2018), esta mirada es compartida por algunos de los principales *think tanks* estadounidenses y cobra relevancia por la influencia que estas usinas de pensamiento tienen en el imaginario colectivo a través de su impacto en los medios hegemónicos. Uno de los *think tanks* que más espacio le dedica a la presencia china en la región es el *Inter American Dialogue*. Este espacio está compuesto por exfuncionarios, empresarios, académicos e intelectuales que representan a la derecha liberal y neoliberal, y es una de las fuentes de opinión experta crítica respecto de los gobiernos progresistas (Romano, Latjman y García; s/f).

El aumento de la presencia china en América Latina ha renovado un debate abierto desde hace un tiempo sobre el rol del gigante asiático en la región, debate que es anterior a la actual guerra comercial y tecnológica sino-estadounidense, pero que no deja de actualizarse por esta. Como señala Francisco Pestanha (2018):

[...] el debate se divide entre aquellos que perciben un ciclo virtuoso en el proceso de intercambio y cooperación entre China y ALC, y aquellos que conciben la presencia China como una nueva amenaza a la soberanía de los estados de la región. Contra el optimismo de aquellos que postulan una mirada entusiasta acerca de este proceso, florecen de modo simultáneo voces críticas que señalan la contracara del mismo en el sentido que su incidencia en la región supondría la consolidación y profundización de un modelo extractivo exportador y el establecimiento de una nueva tensión centro-periferia, con China como centro y América Latina como periferia” (Pestanha, 2018, p. 19).

Sin pretender zanjar esta discusión, creemos necesario alertar sobre los prejuicios “que emergen desde algunos sectores de

la comunidad académica latinoamericana, alineados de manera acrítica con la agenda de investigación promovida por las agencias estadounidenses y europeas de financiamiento científico” (Pestanha, 2018, p. 22). Cornejo y Navarro García, citados por el mismo autor, agregan que “cierta rigidez en la mirada sobre China ha permeado a buena parte de la academia latinoamericana a la hora de analizar la relación de este actor con la región, sintetizada en la tesis de la ‘amenaza china” (Pestanha, 2018, p. 22).

Escuchamos hace poco al excanciller argentino Jorge Taiana hacer referencia al concepto de “pueblos trasplantados”²⁶ para referirse a aquellos países que crecieron en base a la inmigración europea del siglo XIX y XX, y fueron educados en la tradición del conocimiento eurocentrista. Esta singular interpretación situó a Europa como centro gravitacional universal “excluyendo –en un movimiento de negación que va hacia al pasado- a todas las culturas que fueron centro del Mundo antiguo (entre ellas la cultura china)” (Dussel, citado por Pestanha, 2018, p. 22).

No podemos entender a China desde una visión occidentalista eurocéntrica, prevalente aun hoy en muchas regiones de América Latina. Los estudios sobre China a los que podemos echar mano están en idioma original o en inglés, lo cual establece una barrera adicional de conocimiento. Solo recientemente y de manera embrionaria se han publicado algunas obras sobre la relación sino-latinoamericana en nuestro idioma. Esto conduce a que los gobiernos de la región vayan a tientas y deban improvisar su política exterior con el gigante amarillo. En la esfera comercial, la cuestión no es mucho más auspiciosa: muchos negocios naufragan por el desconocimiento de la lengua y cultura china. Los estudios sobre China son aún incipientes, por lo que habrá que ver si se constituye una masa crítica de expertos en la temática.

Nos encontramos ante la necesidad de deconstruir la imagen estereotipada que han cimentado sobre China algunos *think tanks* y las sucesivas administraciones estadounidenses, propagada a través de conceptos que rápidamente penetraron en la prensa hegemónica y que forjaron un imaginario negativo sobre el gigante asiático. Para estos actores, China aparece caracterizada como un

26 Concepto acuñado por el antropólogo y sociólogo brasileño Darcy Ribeiro.

enemigo de la seguridad nacional, capaz de los actos más deleznable: desde obtener datos para realizar espionaje sobre otros gobiernos, empresas, organizaciones y personas físicas usuarias de su tecnología, como así también realizar robo de tecnología o desarrollar una actividad económica depredadora sobre otros países.

Para eso es inexcusable cambiar la percepción que tenemos del gigante asiático, dejando de lado los prejuicios e ignorancia que todavía persisten. No obstante, el acercamiento entre China y América Latina nos sitúa ante el desafío de trascender un esquema centro-periferia inherente al actual esquema de reproducción capitalista a escala global.

Facundo Barrio (2018) destaca que al reflexionar sobre el acercamiento entre nuestra región y un nuevo hegemón emergente, el punto de referencia axiomático que se establece es el vínculo histórico que se tuvo primero con Inglaterra y luego con los Estados Unidos, y la necesidad de evitar reproducir los mecanismos relacionales de subordinación entre la élite política local y la política exterior de una potencia extranjera. En este sentido, es necesario poder desentrañar si el trato que se establece con China es del tipo *win-win* (donde ganan todos) o es más bien un modelo de “neocolonialismo por invitación”, tal como fue definido por James Petras (2008). Otra pregunta ineludible es si las compras chinas de bienes latinoamericanos contribuyen a la reprimarización de las economías o si en cambio China es el socio ideal para acompañar la modernización regional, a través de diversos planes como la iniciativa de la Franja y la Ruta o el más reciente GEI-DCO (Global Energy Interconnection Development and Cooperation Organization). Con excepción de un par de economías que alcanzaron un superávit comercial (Brasil, Chile), el resto de los países poseen una balanza comercial deficitaria con China, consecuencia de exportar *commodities* primarios y de importar manufacturas. En este sentido, como señala la misma nota de Barrio, la iniciativa de la Franja y la Ruta no es una garantía sino una oportunidad para los países de Latinoamérica, que dependerá de la capacidad regional para posicionarse comercialmente ante el gigante asiático.

Bibliografía

- 中国梦 (zhong guo meng): Sueño chino (23 de marzo de 2013). *China Daily*. Recuperado de http://www.chinadaily.com.cn/opinion/2013-03/22/content_16333031.htm
- “América Latina no necesita un nuevo poder imperial”: la advertencia de Estados Unidos sobre la influencia de China en la región” (2 de febrero de 2018). *Semana*. Recuperado de: <https://www.semana.com/mundo/articulo/america-latina-no-necesita-un-nuevo-poder-imperial-la-advertencia-de-estados-unidos-sobre-la-influencia-de-china-en-la-region/555709>
- Aldama, Z. (5 de noviembre de 2018). “Redes 5G e inteligencia artificial: China quiere ser la superpotencia” en *El País*. Recuperado de: https://elpais.com/tecnologia/2018/11/05/actualidad/1541435768_129649.html
- Barrio, F. (10 de septiembre de 2018). “América Latina y China: cómo evitar otra ‘relación carnal’” en *Perfil*. Recuperado de: <https://www.perfil.com/noticias/elobservador/america-latina-y-china-como-evitar-otra-relacion-carnal.phtml>
- Barroso Mendizábal, M. (3 de junio de 2018). “El debate sobre la soberanía digital en China y el planeta” en *Página Siete*. Recuperado de: <https://www.paginasiete.bo/inversion/2018/6/3/el-debate-sobre-la-soberania-digital-en-china-el-planeta-181989.html>
- Buttollo, F. y Staab, P. (2018). “Cómo desafía China a Silicon Valley” en *Nueva Sociedad*. Recuperado de: <http://nuso.org/articulo/como-desafia-china-silicon-valey/#footnote-2>
- “China, el milagro económico que no cesa” (26 de diciembre de 2018). *La Voz de Galicia*. Recuperado de: https://www.lavozdegalicia.es/noticia/economia/2018/12/26/china-milagro-economico-cesa/0003_201812G26P34992.htm
- “Claves para entender el ‘sueño chino’, el pensamiento que guía al gigante asiático” (27 de octubre de 2017). *Sputnik mundo*. Recuperado de: <https://mundo.sputniknews.com/economia/201710251073454171-doctrina-sueno-chino/>
- Evans, P. (1996). “El estado como problema y como solución” en *Desarrollo Económico*, vol. 35, n.º 140.
- García Fernández, A. (1 de octubre de 2018). “China en América Latina, según Estados Unidos” en *Centro Estratégico Latinoamericano de Geopolítica (CELAG)*. Recuperado de <https://www.celag.org/china-america-latina-segun-eeuu/>

- Girado, G. (20 de noviembre de 2016). “Plan estratégico” en *Página 12*. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/4172-plan-estrategico>
- González, A. (9 de diciembre de 2018). “Irán como excusa” en *El País*. Recuperado de: https://elpais.com/internacional/2018/12/08/actualidad/1544300692_421218.html
- González, I. (7 de noviembre de 2016). “La época de la mano de obra barata en China terminó” en *El Financiero*. Recuperado de: <http://www.el-financiero.com.mx/economia/la-epoca-de-la-mano-de-obra-barata-en-china-termino>
- Harrys, A. (7 de febrero de 2018). “China is an innovation superpower. This is why” en *World Economic Forum*. Recuperado de: <https://www.weforum.org/agenda/2018/02/these-charts-show-how-china-is-becoming-an-innovation-superpower/>
- Jalife-Rahme, A. (4 de mayo de 2018). “La guerra de la ‘inteligencia artificial’ entre China y EE. UU.” en *Sputnik News*. Recuperado de: <https://mundo.sputniknews.com/firmas/201805041078414695-politica-relaciones-economia-pekín-washington/>
- Jalife-Rahme, A. (20 de octubre de 2018). “Ominoso reporte del Pentágono evoca una ‘guerra total’ vs China y Rusia” en *Data Urgente*. Recuperado de: <https://dataurgente.com/breaking-news/2018/10/20/ominoso-reporte-del-pentagono-evoca-una-guerra-total-vs-china-y-rusia/>
- Lucas, L. y Waters, R. (1 de mayo de 2018). “China and US compete to dominate big data” en *Financial Times*. Recuperado de: <https://www.ft.com/content/e33a6994-447e-11e8-93cf-67ac3a6482fd>
- Macdougall, J. (2017). “Review Essay. Destined for War: Can America and China Escape Thucydides’s Trap?” en *Parameters*, n.º 47.
- Maddison, A. (2007). *Chinese Economic Performance in the Long Run*. OECD Development Centre, Paris.
- Martínez Cortés, J. (2015). “China 2050: Base 2030” en *6º Simposio Electrónico Internacional (extraordinario) sobre Política China*. 20 al 30 de Noviembre de 2015.
- Meisner, M. (2007). “¿Qué capitalismo es el chino?” en *Le Monde Diplomatique*, n.º 99.
- Ortega, A. (23 de septiembre de 2018). “Colonialismo digital” en *El País*. Recuperado de: https://elpais.com/elpais/2018/09/28/opinion/1538132878_521032.html
- “Para competir con los Estados Unidos, China prepara su Silicon Valley” (9 de agosto de 2017). *El Cronista*. Recuperado de: <https://www.cronista.com/negocios/Para-competir-con-Estados-Unidos-China-prepara-su-Silicon-Valley-20170809-0056.html>

- Pestanha, F. (2018). “Prólogo” en Vaca Narvaja, S. y Zou, Z., *China, América Latina y la geopolítica de la Nueva Ruta de la Seda*. Remedios de Escalada: EDUNLa.
- Petras, J. (19 de diciembre de 2008). “El gran regalo de tierras: neocolonialismo por invitación” en *Rebelión*. Recuperado de: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=77703>
- Pino Acevedo, J. (2017). “¿Es China la trampa de la globalización?” en *Revista: CE - Contribuciones a la Economía* (julio - septiembre 2017). ISSN: 1696-8360. Recuperado de <http://www.eumed.net/ce/2017/3/trampa-globalizacion-china.html>
- Ríos, X. (26 de octubre de 2018). *Entrevista a Xulio Ríos por Julia González Úbeda*. Recuperado de: <https://m.publico.es/internacional/2065569/eeuu-dice-que-china-no-es-una-economia-de-mercado-porque-esta-administrado-por-el-partido-comunista>
- Ríos, X. (31 de octubre de 2018). “La maltrecha gloria de HK. Huffpost”. Recuperado de: https://www.huffingtonpost.es/xulio-rios/la-maltrecha-gloria-de-hk_a_23574568/
- Ríos, X. (4 de noviembre de 2018). “¿Privarse del sector privado?” en *Rebelión*. Recuperado de: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=248670>
- Romano, S., Latjman, T. y García, A. (s/f) ¿Por qué y cómo se piensa desde EE. UU. a América latina? en *Centro Estratégico Latinoamericano de Geopolítica (CELAG)*. Recuperado de: <http://www.celag.org/wp-content/uploads/2018/06/THINK-TANK-CELAG.pdf>
- Ruíz de Gauna, C. (29 de abril de 2018). “Es casi seguro que EE. UU. y China terminen en guerra (Entrevista a G. Allison)” en *Expansión*. Recuperado de: <http://www.expansion.com/economia/politica/2018/04/29/5ae5e498e2704e08618b461e.html>
- Toro Hardy, A. (28 de noviembre de 2018). “China- EE. UU.: competencia feroz” en *El Universal*. Recuperado de: <http://www.eluniversal.com/el-universal/26768/chinaeeuu-competencia-feroz#>
- The Conversation* (28 de junio de 2018). “Un nuevo mundo nace y EE. UU. ya no es su líder”. Recuperado de: <http://theconversation.com/un-nuevo-mundo-nace-y-eeuu-ya-no-es-su-lider-99117>
- US Dep of Defense (2018). *Assessing and Strengthening the Manufacturing and Defense Industrial Base and Supply Chain Resiliency of the United States*. Recuperado de: <https://media.defense.gov/2018/Oct/05/2002048904/-1/-1/1/ASSESSING-AND-STRENGTHENING-THE-MANUFACTURING-AND%20DEFENSE-INDUSTRIAL-BASE-AND-SUPPLY-CHAIN-RESILIENCY.PDF>

Colonialismo 2.0 en América Latina y el Caribe: ¿qué hacer?

Por Rosa Miriam Elizalde

¿Cómo proyectamos una imagen de futuro desde la izquierda en estas ciudadanía etéreas que produce el colonialismo 2.0, capaces de movilizarse por el maullido de un gato, pero anestesiadas frente a la muerte o el hambre de millones de seres humanos? ¿Cómo nos comunicamos con los jóvenes que tienen incorporados en su ADN la cultura digital? ¿Cómo hacemos para que la política no sea una abstracción o un bostezo?

Desde la década del 90 del siglo pasado, Herbert I. Schiller daba por sentado la existencia de un “Imperio Norteamericano Emergente”, cuyos misioneros viven en Hollywood.

Es un imperio con un mínimo de substancia moral, pero Hollywood es solo la zona más visible de ese imperio. Existe ya una amplia y activa coalición de intereses gubernamentales, militares y empresariales que abarcan las industrias informática, de la información y de medios de comunicación. La percepción del mundo que tienen estos actores es decididamente electrónica (Schiller, 2006).

En 1993 se instauró en Estados Unidos la política para el desarrollo de la infraestructura de la información nacional (NII) y desde ese momento la industria corporativa de la comunicación respondió a las prometedoras oportunidades con un frenético proceso de fusiones y concentraciones, acumulando recursos y capital en enormes compañías (Chapman y Rotenberg, 1993).

Estas empresas fueron acompañadas por una serie de subastas precipitadas del espectro radiofónico, ganadas por los gigantes de las telecomunicaciones. Una vez aseguradas estas condiciones

materiales, con los gigantes de la comunicación del sector privado preparados y alentados para explotar al máximo las recién nacidas redes digitales, se crearon las condiciones para cumplir lo que el jefe de Operaciones del Atlántico de los Estados Unidos, Hugh Pope declaró en 1997: “El mensaje es que no hay nación sobre la faz de la tierra a la que no podamos llegar” (Pope, 1997).

Nunca fue más imperial Estados Unidos que cuando se convirtió en zar de Internet y nos impuso un modelo de conectividad dependiente de las lógicas del mercado y la depredación ecológica, que codifica las relaciones humanas, las transforma en datos y, por tanto, en mercancías que producen valor. Los datos aislados no dicen nada, pero la enorme masa de datos agregados en una plataforma adquiere un valor inusitado y controversial, en una sociedad que transita aceleradamente de la producción y comercio de bienes y servicios físicos hacia los servicios digitales.

La nueva e intensa concentración comunicativa y cultural es mucho más global que la de las industrias culturales transnacionales o nacionales que conocíamos. Una sola empresa privada de Estados Unidos, por ejemplo, decide cómo gasta un cuarto de la población mundial cerca de 50 millones de horas diarias (Wagner y Molla, 2018). Su valor diferencial es que crecen los usuarios a ritmos vertiginosos con tasas gigantescas, no solo en números brutos sino en densidad y alcance.

Cuatro de las cinco aplicaciones más usadas en los celulares del mundo —Facebook, Instagram, WhatsApp y Messenger— pertenecen a la empresa fundada por Mark Zuckerberg y recaban datos monetizables permanentemente. En el primer trimestre de 2018 y a pesar de los escándalos de los últimos tiempos y los explotes en la bolsa de Wall Street, Facebook facturó 11 790 millones de dólares, casi cuatro mil millones más (un 49 %) que hace un año. De ese total, cerca del 98,5 % proviene de la publicidad (Wagner y Molla, 2018).

Google, por su parte, realiza cerca del 92 por ciento de las búsquedas en Internet, un mercado valorado en más de 92 000 millones de dólares (Mangles, C. 2018). Las 10 empresas más poderosas y ricas del mundo —cinco de ellas en el negocio de las telecomunicaciones— tienen unos ingresos conjuntos que suman 3,3 billones de dólares, lo que equivale al 4,5 % del PIB mundial.

Apple sola tiene un valor similar al del PIB de 43 países africanos (un billón de dólares). De hecho, solo hay 16 países con un PIB igual o superior al valor del mercado actual de Apple, según datos del Banco Mundial (Alini, 2018).

En la actualidad hay pocas instituciones públicas a nivel nacional o global que puedan enfrentar estos monstruosos poderes transnacionales, que han alterado dramáticamente la naturaleza de la comunicación pública. No existe Estado-nación que pueda remodelar la red por sí solo ni frenar el colonialismo 2.0, aun cuando ejecute normativas locales de protección antimonopólicas e impecables políticas de sostenibilidad en el orden social, ecológico, económico y tecnológico. Todavía menos puede construir una alternativa viable desconectado de la llamada “sociedad informacional”²⁷, cuya sombra —intangible, pero por eso no menos real—, alcanza incluso a quienes están fuera de la Internet.

América Latina y el Caribe en su laberinto

Según la Comisión Económica para Latinoamérica y el Caribe (Cepal), nuestra región es la más dependiente de los EE. UU. en términos del tráfico de Internet. El 80 % de la información electrónica de la región pasa por algún nodo administrado directa o indirectamente por Estados Unidos, fundamentalmente por el llamado “NAP de las Américas”, en Miami —el doble que Asia y cuatro veces el porcentaje de Europa—, y se calcula que entre un 80 y un 70 % de los datos que intercambian internamente los países latinoamericanos y caribeños, también van a ciudades estadounidenses, donde se ubican 10 de los 13 servidores raíces que conforman el código maestro de la Internet (CEPAL, 2018).

América Latina es la más atrasada en la producción de contenidos locales, sin embargo, es líder en presencia de internautas en las redes sociales. De los 100 sitios de Internet más populares en la región, solo 21 corresponden a contenido local, lo que significa que, en vez de crear riqueza para la región, el continente transfiere riqueza a Estados Unidos donde están alojadas las gran-

27 Adoptamos la definición de Manuel Castells que utiliza esta denominación para contraponer la actual era dominada por las redes informacionales a la sociedad industrial cuyo corazón tecnológico fue la máquina de vapor.

des empresas de Internet. Los expertos aseguran que uno de los aspectos más significativos de la cultura digital latinoamericana es el uso intensivo de las redes sociales. De hecho, algunos países de la región igualan e incluso superan el uso de redes sociales de países desarrollados, mientras la brecha entre usuarios de Internet en América Latina y usuarios de redes sociales es la más estrecha del mundo —la penetración de internet es del 68 %, mientras que la penetración de los medios sociales es del 63 %, apenas un 5 % de diferencia (Statista, 2018)—. De los diez países con mayor tiempo utilizado en redes sociales, cinco de ellos fueron latinoamericanos, ranking que fue liderado por usuarios brasileños, argentinos y mexicanos con 4 horas al día (CEPAL, 2018b).

El 28 % de los latinoamericanos viven en situación de exclusión social en la región, sin embargo, la cantidad de usuarios de internet se ha triplicado en esa franja poblacional con respecto a los cinco años precedentes. Nueve de cada diez latinoamericanos posee un teléfono móvil²⁸. Según una investigación del Banco Interamericano de Desarrollo (2017), el 57 % de las personas que tienen dificultades para conseguir comida, son muy activas en Facebook y WhatsApp, lo que indica que poseen algún teléfono inteligente en sus hogares. El 51 por ciento de aquellos que admitieron no tener agua potable en sus viviendas, también utilizan frecuentemente las redes sociales (Basco, 2017).

No es lo mismo brecha digital que brecha económica. Acceso a Internet no es lo mismo que capacidad para poner las llamadas Nuevas Tecnologías en función del desarrollo de un continente profundamente desigual. La falta de habilidades digitales y la imposibilidad de aprovechar el potencial de las nuevas tecnologías contribuye a perpetuar ese estado de vulnerabilidad, aun cuando los pobres tengan en sus manos los nuevos artefactos.

Hablando muy tempranamente sobre estos temas, el antropólogo brasileño Darcy Ribeiro (1998) alertaba que, de la mano de una tecnología revolucionaria, “hay una verdadera colonización en curso. Norteamérica está cumpliendo su papel con enorme efi-

28 “Más de 172,5 millones de afectados por exclusión en América Latina”. *El Siglo*, Guatemala, 8 de noviembre de 2017. Consultado el 5 de agosto de 2018: <http://s21.gt/2017/11/08/mas-de-172-5-millones-de-afectados-por-exclusion-social-en-america-latina-y-el-caribe/>

encia en el sentido de buscar complementariedades que nos harán dependientes permanentemente de ellos...”. Y añade: “Viendo esta nueva civilización y todas sus amenazas, tengo temor de que otra vez seamos pueblos que no cuajen, pueblos que a pesar de todas sus potencialidades se queden como pueblos de segunda”.

Estados Unidos y su Operación de “conectividad efectiva” para Latinoamérica

Ese es una primera mirada del problema. Veamos una segunda: tal escenario está encadenado con un programa más amplio para América Latina y el Caribe de control de los contenidos y de los entornos de participación de la ciudadanía que se ha ejecutado con total impunidad, sin que la izquierda le haya prestado la más mínima atención.

En el 2011 el Comité de Relaciones Exteriores del Senado de Estados Unidos aprobó lo que en algunos círculos académicos se conoce como operación de “conectividad efectiva”. Se trata de un plan, declarado en un documento público del Congreso estadounidense, para “expandir” los Nuevos Medios Sociales en el continente, enfocados en la promoción de los intereses norteamericanos en la región.

El documento explica cuál es el interés de los Estados Unidos en las llamadas redes sociales del continente:

Con más del 50 % de la población del mundo menor de 30 años de edad, los nuevos medios sociales y las tecnologías asociadas, que son tan populares dentro de este grupo demográfico, seguirán revolucionando las comunicaciones en el futuro. Los medios sociales y los incentivos tecnológicos en América Latina sobre la base de las realidades políticas, económicas y sociales serán cruciales para el éxito de los esfuerzos gubernamentales de EE. UU. en la región (United States Senate Committee on Foreign Relations, 2011).

Este documento resume la visita de una comisión de expertos a varios países de América Latina para conocer in situ las políticas

y financiamientos en esta área, además de entrevistas con directivos de las principales empresas de Internet y funcionarios norteamericanos. Concluye con recomendaciones específicas para cada uno de nuestros países, que implican “aumentar la conectividad y reducir al mínimo los riesgos críticos para EE. UU. Para eso, nuestro gobierno debe ser el líder en la inversión de infraestructura” (United States Senate Committee on Foreign Relations, 2011).

Y añade: “El número de usuarios de los medios sociales se incrementa exponencialmente y como la novedad se convierte en la norma, las posibilidades de influir en el discurso político y la política en el futuro están ahí” (United States Senate Committee on Foreign Relations, 2011).

¿Qué hay detrás de este modelo de “conectividad efectiva” para América Latina? La visión instrumental del ser humano, susceptible a ser dominado por las tecnologías digitales; la certeza de que en ningún caso las llamadas plataformas sociales son un servicio neutral que explotan un servicio genérico (como un electrodoméstico, un idioma, una cuchara...), sino que se fundan en cimientos tecnológicos e ideológicos, y son sistemas institucionalizados y automatizados que inevitablemente diseñan y manipulan las conexiones.

Hace unos pocos meses Facebook reconoció, finalmente, que es un medio de comunicación, después de años de presentarse como una plataforma de servicios genéricos (Martínez, 2017). Esperemos que termine la confusión que ha reinado en los circuitos académicos negados a ver la multinacional como lo que es, es decir, como el Humpty Dumpty de estos días. Hace 153 años en *Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas*, Lewis Carroll puso en labios del Mark Zuckerberg de aquella época un parlamento sumamente actual: “Cuando yo uso una palabra significa lo que yo decido que signifique: ni más ni menos”.

Lo que calcula el gobierno de Estados Unidos con su “operación de conectividad efectiva” es la posibilidad de que esas herramientas creen una simulación de base y a partir de ahí se derrumben sistemas políticos que no les resulten convenientes. ¿Qué parte de la operación de “conectividad efectiva” ha operado

desde las redes sociales en la situación que viven hoy Venezuela y Nicaragua, y antes vimos en Bolivia, Brasil, Ecuador y Argentina?

En nuestra región se han incrementado las voces que advierten la coincidencia de fenómenos perniciosos en el breve tiempo de evolución de Internet y en particular de las plataformas digitales, como el efecto burbuja, la hiperconcentración mediática, la opacidad de los algoritmos y la desaparición de la confianza en los medios, que al juntarse generan desastres de impredecibles consecuencias. Desgraciadamente, la velocidad con que todos estos procesos se desatan es inversamente proporcional a la producción teórica para poder interpretarlos, y vivimos de sorpresa en sorpresa, con una izquierda anestesiada frente a la nueva realidad sociotecnológica en curso.

El triunfo de Jair Bolsonaro y la derrota del PT en Brasil ha sido un aldabonazo a las consecuencias de los discursos de odio en las redes sociales, con su retórica de mano dura, racismo y prejuicio social, pero todavía muchos creen que la suerte electoral del Partido Social Liberal obedece a un “atraso” instrumental. No es así. Han actuado laboratorios y estrategias, la mayoría internacionales, que usualmente están en Estados Unidos, y que se articulan con el sistema de medios tradicionales. Mientras los medios masivos imponen la agenda, los otros se encargan de los anclajes emocionales y personales.

La investigación *Concentración y Diversidad en Internet*, del colectivo brasileño Intervozes (2018), reveló que en el caso de las más recientes elecciones de Brasil la web llegó a más de la mitad de los ciudadanos bajo la “influencia creciente de grandes conglomerados, de la conjunción de los viejos monopolios tradicionales y los nuevos monopolios digitales” (Valente y Pita, 2018). Concluye que dos grupos (Google y Facebook) concentraron el acceso a contenidos y apps, mientras que la circulación de noticias en la red estaba dominada por Globo (globo.com) y Folha (UOL). Estos ya controlaban también el mundo analógico con niveles de concentración y convergencia que el gobierno del Partido de los Trabajadores (PT) no supo regular, con el agravante de las enormes barreras que imponen las transnacionales de telecomunicaciones internacionales a la entrada de nuevos agentes.

De manera muy gráfica el Brasil de Bolsonaro ha expresado esta tensión entre la maquinaria analógica local y las plataformas internacionales, pero es un fenómeno común en América Latina. Una de las leyes empíricas de Internet, el efecto de atracción, se muestra en todos nuestros países con las principales plataformas ampliando su dominio en espiral bajo la regla de que mayor el número de usuarios y contenidos que circulan, mayor es el interés de estar dentro de ellas.

Más usuarios significa más datos personales, que como lo ha llamado recientemente *The New York Times* “son el petróleo del Siglo XXI” (Dance, LaForgia y Confessore, 2018). La recolección y el control de datos personales ofrece a los grandes grupos una alta capacidad de monitoreo de las demandas y emociones de los ciudadanos, de modo que estas plataformas son a la vez arena común y agentes en la disputa por la atención, la interacción y el consumo.

El cambio del modelo de producción del capitalismo, basado en la información como materia prima, determina el nuevo escenario donde lo global disuelve lo local, reconfigura las identidades y el bloque hegemónico mediático, con la conjunción de los medios tradicionales, los medios digitales, los comunicadores, voceros e influenciadores en el periodismo y la industria cultural.

Cuando la política es tecno-política

Solo las grandes empresas tienen la capacidad de cómputo para procesar las colosales cantidades de datos que dejamos en las redes sociales, en cada clic en los buscadores, los móviles, las tarjetas magnéticas, los chats y correos electrónicos. La sumatoria de trazas y el procesamiento de datos les permite crear valor. Cuantas más conexiones, más capital social. Pero los intereses fundamentales de la apertura de los datos y de la invitación a “compartir”, a dar un “me gusta” o “no me gusta”, a “retuiear”, etc., no son los de los usuarios, sino los de las corporaciones.

Este poder brinda a los propietarios una enorme ventaja sobre los usuarios en la batalla por el control de la información. Cambridge Analytica, rama londinense de una empresa contratista estadounidense dedicada a operaciones militares en red activa desde hace un cuarto de siglo, intervino en unas 200 elecciones en

medio mundo. El *modus operandi* era el de las “operaciones psicológicas”. Su objetivo era hacer cambiar la opinión de la gente e influirla, no mediante la persuasión, sino a través del “dominio informativo”. La novedad no es el uso de volantes, Radio Europa Libre o TV Martí, sino el Big Data y la Inteligencia Artificial que permiten encerrar a cada ciudadano que deja rastros en la red en una burbuja observable, parametrizada y previsible.

Los que siguen esta trama habrán visto que Cambridge Analytica ha reconocido que se involucró en procesos electorales contra los líderes de la izquierda en Argentina, Colombia, Brasil y México. En Argentina, por ejemplo, participaron en la campaña Mauricio Macri en el 2015. Se han denunciado los vínculos del Jefe de Gabinete del Presidente y del actual titular de la Agencia Federal de Inteligencia con esta empresa, que creó perfiles psicológicos detallados e identificó a personas permeables a los cambios de opinión para luego influir a través de noticias falsas y selección parcial de la información. Apenas accedió al poder, Macri, entre otros decretos con los que cercenó la base jurídica e institucional de la comunicación forjada en los gobiernos de izquierda en Argentina, aprobó uno que le permitió quedarse con las bases de datos de los organismos oficiales para utilizarlos en campañas a su favor (*Canal abierto*, 2018).

En diciembre de 2018, The New York Times hizo otra revelación previsible. Facebook no solo ha compartido los datos de sus usuarios con Cambridge Analytica, sino con más de 150 compañías. Apple, Amazon, Microsoft, Netflix o Spotify disfrutaron de distintos acuerdos con Facebook para usar los datos en distintos servicios, a cambio de información más detallada de sus usuarios (por su comportamiento en esas plataformas) que usaba, por ejemplo, para impulsar su función “Personas que quizá conozcas”, la cual sugiere contactar con gente conectada en otras plataformas (*Canal abierto*, 2018).

Obviamente, este procedimiento no excluye la información de los latinoamericanos y caribeños, que se vende al mejor postor, y son utilizadas por los equipos de campaña en tiempos electores. También en América Latina y el Caribe la política se ha convertido en tecnopolítica, en su variante más cínica. Con total impudicia, los gobiernos de derecha que se han re-enchufado en

los últimos años alardean de contar con equipos de comunicación contratados en Miami, Colombia y Brasil, que acceden a estas fuentes de datos (De León, 2018). El propio Alexander Nix, CEO de Cambridge Analytica, se enorgullecía ante sus clientes latinoamericanos de que para convencer “no importa la verdad, hace falta que lo que se diga sea creíble”, y subrayaba un hecho empírico incuestionable: el descrédito de la publicidad comercial masiva es directamente proporcional al aumento de la publicidad en los medios sociales, altamente personalizada y brutalmente efectiva.

Pero con Cambridge Analytica está ocurriendo lo que con Blackwater, el ejército de las guerras de Estados Unidos. Cayó en desgracia para servir eficientemente a la operación de invisibilizar la industria mercenaria de subcontratistas dedicados a las tareas de seguridad, inteligencia, mantenimiento o entrenamientos, que se ha expandido y sigue siendo muy útil al gobierno estadounidense y a sus aliados.

Basta revisar la página de los socios de Facebook (Facebook Marketing Partners) y descubrirán cientos de empresas que se dedican a comprar y vender datos, e intercambiarlos con la compañía del pulgar azul. Algunas, incluso, se han especializado en áreas geográficas o países, como Cisneros Interactive —del Grupo Cisneros, por supuesto, el mismo que participó en el Golpe de Estado contra Chávez en el 2002—, revendedor de Facebook que ya controla el mercado de la publicidad digital en 17 países de América Latina y el Caribe.

Falso divorcio

Muchas veces el debate de la izquierda se extravía entre tomar la calle o tomar la red, como si fueran excluyentes. Si hay una tarea principal en la izquierda es la de acabar de entender que la vida *on line* y *off line* no van separadas, son una continuidad, forman parte de un solo cuerpo, y que la red puede ser muchas cosas menos un mundo aparte intangible y etéreo.

Es el corazón de un sistema supranacional, el ciberespacio, que se relaciona directamente con el espacio físico, en al menos tres dimensiones:

1. Primero, sus rutas de comunicación, nodos y servidores (infraestructura física) están ubicados en alguna parte de la geografía.
2. Segundo, los protocolos o reglas de juego que permiten la interconexión de la gente, como los ciber-dominios, tienen una identidad nacional e implican zonas de soberanía, control estatal y lenguaje propio.
3. Y tercero, el ciberespacio enfatiza la geografía física de un modo especial: con servicios, aparatos de navegación, artilugios técnicos y dispositivos móviles, que materializan un mapa interactivo de flujos entrecruzados de información, tecnología y personas. Las personas tienen nacionalidad, obedecen a leyes y están, también, físicamente varadas en algún sitio.

Por tanto, este escenario se regula por jerarquías y nodos principales de una red (Internet) ubicados en un espacio físico concreto, que acentúan las disparidades de la sociedad contemporánea y han establecido una nueva cartografía en la que centro y periferia están perfectamente delimitados.

Aunque han cambiado las nociones de tiempo y espacio, de poder y libertad, lo individual y colectivo, lo público y privado, la cultura nacional e internacional, sigue siguiendo la lógica capitalista hegemónica la que enmarca la sociedad contemporánea.

La sociedad actual muestra una gran capacidad de autotransformación, pero sigue basándose en la mercancía, la explotación del trabajo y la acumulación privada del capital, en las antípodas de las posibilidades de cohesión social y sostenibilidad tecnológica desde una visión emancipadora. Se ha incrementado exponencialmente el valor del capital cognitivo, con acento en la apropiación y gestión del conocimiento y de todos sus derivados -innovación, creación, educación, aprendizaje o talento-, pero desde una generalizada visión instrumental que suele reducir este cambio de paradigma a las redes informáticas, cuando son los contenidos que circulan por ellas los que les dan sentido y las valorizan.

Qué hacer frente al Colonialismo 2.0

La comunicación no es asunto de tecnologías, aunque también hay que estar en la calle, tocar puerta a puerta como acaba de hacer Morena en México, para que la política se exprese en las redes sociales y haga frente a la restauración conservadora y la ofensiva imperial. Pero el escenario digital es una vía nada desdeñable para la reconexión de la izquierda con sus bases, particularmente con los jóvenes. Como expresara el investigador mexicano César Hernández Paredes, “no se tiene la certeza de que alguna elección se haya ganado únicamente por la vía de las redes sociales, pero existen pruebas de muchos comicios perdidos por no haber empleado tales plataformas” (Ávila y Herrera Reyes, 2019).

Estos temas, desgraciadamente, todavía están lejos de los debates profesionales y de los programas de los movimientos progresistas del continente. Sobran los discursos satanizadores o, por el contrario, hipnotizados, que describen la nueva civilización tecnológica —para utilizar el término de Darcy Ribeiro—, pero faltan estrategias y programas que permitan desafiar e intervenir las políticas públicas y generar líneas de acción y trabajo definidas para construir un modelo verdaderamente soberano de la información y la comunicación en nuestro continente.

Es imprescindible poner en el horizonte tareas concretas. Todavía no se ha logrado concretar en la región un canal propio de fibra óptica, que fue un sueño de la Unasur y sigue siendo una asignatura pendiente en América Latina (UNASUR, S/F). No existe una estrategia sistémica ni un marco jurídico homogéneo y fiable que minimice el control norteamericano, asegure que el tráfico de la red se intercambie entre países vecinos, fomente el uso de tecnologías que garanticen la confidencialidad de las comunicaciones, preserve los recursos humanos en la región y suprima los obstáculos a la comercialización de los instrumentos, contenidos y servicios digitales producidos en nuestro patio.

Desafortunadamente no se ha avanzado en una agenda comunicacional común, supranacional. Al incorporar temas como las comunicaciones, la gobernanza de Internet, de copyright, asuntos estratégicos para el futuro como la soberanía tecnológica, la innovación, el desarrollo de nuestra industria cultural, la trascendencia de incorporar las estéticas contemporáneas en la narrati-

va política, necesariamente es imprescindible armar una agenda común y espacios donde esta se concrete.

Los movimientos populares latinoamericanos y caribeños necesitan redes de observatorios que, además de ofrecer indicadores básicos y alertas sobre la colonización de nuestro espacio digital, permitan recuperar y socializar las buenas prácticas de uso de estas tecnologías y las acciones de resistencia en la región, a partir de la comprensión de que el éxito o el fracaso frente a estas nuevas desigualdades depende de decisiones políticas.

Es improbable que un país del Sur por sí solo —y mucho menos una organización aislada— pueda encontrar recursos para desafiar el poder de la derecha que se moviliza a la velocidad de un clic, pero un bloque de profesionales, organizaciones, movimientos y gobiernos de izquierda tendría mayor capacidad de desarrollar niveles de respuesta, por lo menos para afirmar soberanía regional en algunas áreas críticas. Permitiría más poder de negociación frente a las potencias en Inteligencia Artificial y Big Data y sus empresas, además de desafiar la instancias globales donde se definen la políticas de gobernanza.

La izquierda debe apropiarse de la big data. Cuesta mucho menos organizar un comando central comunicacional que financiar un canal de televisión. Por tanto, debería ser una cuestión clave en los debates políticos y profesionales sobre comunicación, y particularmente, en aquellos donde se discutan la equidad y el desarrollo, la creación de una escuela de comunicación política de la izquierda latinoamericana y caribeña, que facilite el acceso a conocimientos sobre las tramas de poder detrás de los medios, la necesidad de democratizarlos y las oportunidades propiciadas por las nuevas tecnologías de la información. Porque hay oportunidades y hay especialistas muy preparados con su corazoncito a la izquierda, debidamente condenados por herejes —como decía Roque Dalton—. Los hay, como también existen experiencias paradigmáticas de la izquierda en la articulación de redes, pero a veces pasan como cometas solitarios y no instituyen nada o casi nada.

Aquel debate sobre apocalípticos e integrados a la cultura de masas ha sido trascendido hace rato. Ese mundo estable que describía Umberto Eco ya no existe. Hay varios mundos en el hori-

zonte y uno puede ser aquel en el que los latinoamericanos y caribeños puedan crear sus propias herramientas liberadoras. Pero la búsqueda y construcción de alternativas no es un problema tecnocientífico, depende del “actuar colectivo” a corto y mediano plazo, con perspectivas tácticas y estratégicas en la comunicación cara a cara y virtual, que faciliten el cambio de las relaciones sociales y los entramados técnicos a favor de los pueblos.

Hagámoslo, porque no tenemos mucho tiempo.

Bibliografía

- Alini, E. (2018). “Apple hits \$1 trillion in value. Only 16 countries are worth more” en *Globalnews.ca*. Recuperado de: [en:https://globalnews.ca/news/4367056/apple-1-trillion-market-cap/](https://globalnews.ca/news/4367056/apple-1-trillion-market-cap/) (fecha de consulta: 5 de agosto de 2018).
- Ávila, Y. y Herrera Reyes, A. (2019). “Hay que tomar tanto las calles como las redes sin renunciar a la sensibilidad” en *Cuba periodistas*. Recuperado de: <http://www.cubaperiodistas.cu/index.php/2019/02/hay-que-tomar-tanto-las-calles-como-las-redes-sin-renunciar-a-la-sensibilidad/> (fecha de consulta: 7 de febrero de 2019).
- Basco, A. (2017). *La tecno-integración de América Latina: instituciones, comercio exponencial y equidad en la era de los algoritmos*. Banco Interamericano de Desarrollo (BID).
- Canal Abierto (2018). *Cambridge Analytica y ejército de trolls: confirman la manipulación en las elecciones 2015*. Recuperado de: <http://canalabierto.com.ar/2018/07/31/cambridge-analytica-y-ejercito-de-trolls-confirman-la-manipulacion-en-las-elecciones-2015/> (fecha de consulta: 5 de agosto de 2018).
- Castells, M. (2006). *La Sociedad Red*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Chapman, G. y Rotenberg, M. (1993). “The National Information Infrastructure: A Public Interest Opportunity” en *Computer Professionals For Social Responsibility*, vol. 11, n.º 2.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe, CEPAL (2018). *La ineficiencia de la desigualdad. Informe en el Trigésimo Séptimo período de sesiones de la CEPAL*. La Habana, Cuba.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe, CEPAL (2018b). *Datos, algoritmos y políticas: la redefinición del mundo digital (LC/CMSI.6/4)*. Santiago de Chile, Chile. Recuperado de: [en:https://](https://)

repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/43477/7/S1800053_es.pdf (fecha de consulta: 5 de agosto de 2018).

- Dance, G., LaForgia, M. y Confessore, N. (2018). “As Facebook Raised a Privacy Wall, It Carved an Opening for Tech Giants” en *The New York Times*. Recuperado de: <https://www.nytimes.com/2018/12/18/technology/facebook-privacy.html> (fecha de consulta: 19 de diciembre de 2018).
- De León, P. (7 de noviembre de 2018). “La pelea por el 2019. ‘Operativo reelección’: con un análisis barrio por barrio, la cúpula del PRO dio inicio a la reelección de María Eugenia Vidal” en *Clarín*. Recuperado de: https://www.clarin.com/politica/operativo-reeleccion-analisis-barrio-barrio-cupula-pro-dio-inicio-reeleccion-maria-eugenia-vidal_0_4kzu4g7f8.html (fecha de consulta: 12 de noviembre de 2018).
- El Siglo (2017). *Más de 172,5 millones de afectados por exclusión en América Latina*. Recuperado de: <http://s21.gt/2017/11/08/mas-de-172-5-millones-de-afectados-por-exclusion-social-en-america-latina-y-el-caribe/> (fecha de consulta: 5 de agosto de 2018).
- Mangles, C. (2018). *Search Engine Statistics 2018*. Recuperado de: <https://www.samartinsights.com/search-engine-marketing/search-engine-statistics/> (fecha de consulta: 5 de agosto de 2018).
- Martínez, A. (2017). “Zuckerberg recula: Facebook sí es un medio de comunicación” en *ABC*. Recuperado de: https://www.abc.es/tecnologia/redes/abci-zuckerberg-recula-facebook-si-medio-comunicacion-201612222024_noticia.html
- Pope, H. (1997). “U.S. Plays High-Stakes War Games in Kazakstan” en *Wall Street Journal*, pp. A-16.
- Rebeiro, D. (1998). “Amerindia hacia el Tercer Milenio” en *Oralidad, Lenguas, Identidad y Memoria de América*, n.º 9, p. 9.
- Schiller, H. (2006). “Augurios de supremacía electrónica global” en *CIC Cuadernos de Información y Comunicación*, vol. 11, pp. 167–178.
- Statista (2018). *Penetración de las redes sociales en América Latina entre 2013 y 2018*. Recuperado de: <https://es.statista.com/estadisticas/598526/america-latina-penetracion-redes-sociales--2018/> (fecha de consulta: 25 de diciembre de 2018).
- UNASUR (s/f). *Conectividad y fibra óptica es otro de los objetivos de UNASUR*. Recuperado de: <http://www.unasursg.org/es/node/152> (fecha de consulta: 5 de agosto de 2018).

- United States Senate Committee on Foreign Relations (2011). *Latin American Governments Need to “Friend” Social Media and Technology. Committee On Foreign Relations, United States Senate. One Hundred Twelfth Congress. First Session.* Recuperado de: <https://www.gpo.gov/fdsys/pkg/CPRT-112SPRT70501/html/CPRT-112SPRT70501.htm> (fecha de consulta: 5 de agosto de 2018).
- Valente, J. y Pita, M. (2018). *Concentração e diversidade na Internet. Researchgate.* Recuperado de: https://www.researchgate.net/publication/329339828_CONCENTRACAO_E_DIVERSIDADE_NA_INTERNET (fecha de consulta: 1 de enero de 2019).
- Wagner, K. y Molla, R. (2018). “People spent 50 million hours less per day on Facebook last quarter” en *Recode.net*. Recuperado de: <https://www.recode.net/2018/1/31/16956826/facebook-mark-zuckerberg-q4-earnings-2018-tax-bill-trump> (fecha de consulta: 5 de agosto de 2018).

¿Cuáles serán las nuevas estrategias y tácticas de la izquierda para derrotar la contraofensiva imperial?

Por Hugo Moldiz Mercado

Cincuenta y dos años se cumplen este 2019 desde que Ernesto Che Guevara, por instrucciones de la CIA, fuera asesinado en Bolivia. Han transcurrido también sesenta años desde aquel histórico triunfo de la revolución cubana que, con la máxima conducción de Fidel Castro y el invaluable aporte de hombres como el Che y Raúl Castro, inaugurara la tercera ola emancipadora de América Latina (Moldiz, 2013), sin la cual tampoco se explicarían los 40 años de revolución nicaragüense, los 20 de Revolución Bolivariana y los 13 de revolución boliviana.

No hay duda de que la América —nombre con el cual el Che se refería a toda la región sin contar a Estados Unidos y Canadá—, en cierto sentido, no es la misma a la que, con pleno conocimiento de su realidad histórica, el Che caracterizara con profundidad en textos como *Cuba, ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha contra el colonialismo?* (1961), *La influencia de la revolución cubana en América Latina* (1962) o *Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental* (1967). Y no es la misma porque desde enero de 1999, con el triunfo de Hugo Chávez en Venezuela, se abre un nuevo periodo, dentro de la tercera ola, de ricas experiencias populares que se manifiestan en la instalación de gobiernos de izquierda y progresistas en Bolivia, Ecuador, Uruguay, Brasil, El Salvador y Argentina, que convierten América Latina y el Caribe en escenario de disputa entre emancipación y dominación.

Pero la América Latina y el Caribe es la misma, también en cierto otro sentido, porque en algunos casos las causas que empujaron a Fidel y el Che a levantar las banderas de la revolución y el

comunismo no han merecido, salvo en la mayor de las Antillas, cambios estructurales que hayan superado el capitalismo. Pero, sobre todo, es la misma, porque los pueblos siguen teniendo al frente un enemigo común: el imperialismo norteamericano, que en esta segunda década del siglo XXI se ha propuesto retomar el control de la región como parte de la disputa geopolítica mundial.

Y ni que decir de la injerencia de EE. UU. en los asuntos internos de cada uno de los países de América Latina y el Caribe. De hecho, cuando se termina de escribir este texto, la tensión en la región va en aumento a partir de la decisión estadounidense de interrumpir la continuidad de la Revolución Bolivariana al costo que sea necesario. Los planes van desde un golpe de Estado, que solo tiene algunas posibilidades si el imperialismo logra dividir a las Fuerza Armada Nacional Bolivariana; asesinar al presidente Nicolás Maduro y poner en marcha la intervención militar con la participación de algunos ejércitos de la región.

La arremetida contra Venezuela es, por tanto, contra toda América Latina y, asimismo, una macabra jugada en la geopolítica mundial. En Honduras, Paraguay y Brasil desplazaron a gobiernos progresistas mediante los llamados golpes de estado de nuevo tipo. En Ecuador, la traición de Lenin Moreno, cuyos orígenes seguramente se encuentran durante el gobierno de Correa, EE. UU. y la derecha mandan. En la mira también figuran Nicaragua, Bolivia y Uruguay.

Pero sería una injusticia con la lucha y capacidad de resistencia de nuestros pueblos no evaluar con la mayor objetividad posible lo que ha ocurrido en la región en términos de resistir y enfrentar a las estrategias estadounidenses, particularmente tras el derrumbe del campo socialista y la matriz ideológica del fin de la historia. Desde fines del siglo XX y principios del siglo XXI hay un creciente cuestionamiento, aunque no su destrucción, al dominio hegemónico estadounidense.

La revolución cubana, caracterizado como un *acontecimiento cardinal* (Guevara, 1977), surge y se desarrolla en medio del mundo bipolar emergente a la finalización de la II Guerra Mundial, con el imperialismo norteamericano como única potencia realmente mundial.

El politólogo cubano Roberto Regalado (2012) sostiene que la constitución del primer Estado socialista en América Latina dio lugar a dos etapas, en las que se registran hechos y acontecimientos políticos contradictorios, de los cuales los más importantes son el auge de los movimientos y las guerras de liberación nacional, el triunfo de la Revolución popular Sandinista, la “inserción” de gobiernos militares reaccionarios de parte de los Estados Unidos al influjo de la Doctrina de la Seguridad Nacional, invasiones militares estadounidenses a República Dominicana, Granada y Panamá, la apertura de bases militares con el pretexto de la lucha contra las drogas y la emergencia de corrientes militares nacionalistas en varias fuerzas armadas de la región que abrieron experiencias de gobiernos de corte antimperialista.

A diferencia del mundo bipolar en que se movió la revolución cubana, las llamadas revoluciones del siglo XXI: venezolana boliviana y ecuatoriana, así como los procesos progresistas en Brasil, Argentina, Paraguay, Uruguay y El Salvador, se desarrollan en un mundo unipolar que paradójicamente entra en crisis en un corto tiempo no previsto ni por los más pesimistas intelectuales del capitalismo, dando lugar a un período de transición hegemónica que no ha concluido aún.

Entre 1991 y 1999, salvo la solitaria y heroica resistencia de la revolución cubana, asediada con el recrudecimiento del criminal bloqueo estadounidense tras el derrumbe de la URSS, en América Latina existía un mar o universo de gobiernos neoliberales.

El rechazo popular a los ajustes estructurales era generalizado, aunque variaba en intensidad en cada uno de los países latinoamericanos. Las medidas neoliberales, publicitadas por partidos de derecha y socialdemócratas, así como por medios de comunicación nacionales e internacionales que instalaron la invencibilidad del “pensamiento único”, no dieron el resultado que se esperaba.

La economía de la filtración, en la que el supuesto teórico era que los beneficios del crecimiento llegarían a los pobres fracasó como reconoce el exvicepresidente del Banco Mundial, Joseph E. Stiglitz (2002). Las economías no crecieron y si algunas lo hicieron, no distribuyeron los recursos en los sectores más depauperados, dando lugar a un proceso de concentración de la riqueza en pocas manos.

Sin embargo, si bien es cierto que el rechazo al neoliberalismo, como variante táctica del modo de producción capitalista en su fase globalizada, se dio en toda la América Latina, los grados de resistencia fueron distintos y los desenlaces también. En unos, la lucha reivindicativo corporativa fue el límite al que pudo llegar el nivel de organización y conciencia de las clases subalternas, y en otros, donde la crisis llegó al punto de “no retorno”, se pasó a cuestionar y superar el orden de cosas existente.

Este es el caso de Venezuela, Bolivia y Ecuador, donde profundas crisis de Estado desencadenaron procesos revolucionarios que dieron origen a la instalación de gobiernos de izquierda. Entre unos y otros (resistencias reivindicativas y cuestionamientos al tema del poder), se ubicaron otras insurgencias nacional-populares que instalaron a gobiernos progresistas en la región, como es el caso de Brasil, Argentina, Uruguay, Paraguay, Honduras y El Salvador. El caso de Nicaragua —que es la segunda y última revolución armada triunfante en el siglo XX— debe ser analizado aparte pues se trata en realidad del “retorno” sandinista al gobierno a partir de 2007, en un Estado cuyo aparato no fue desmontado por los gobiernos de derecha que se instalaron desde 1990.

No hay duda de que sin impronta de la revolución cubana, que este año cumple 60 años, todo habría sido más difícil. Empero, América Latina se debate en una hora crucial para seguir avanzando hacia su plena independencia económica y soberanía política en medio de un mundo unipolar o, en el mejor de los casos, en transición hegemónica hacia un mundo multipolar o de bipolaridad de nuevo tipo, en el que todavía tenemos más dudas que certezas sobre el papel que cumplirá esta parte del planeta.

A principios del siglo XXI, con mayor o menor precisión, se tenía la firme convicción de que América Latina contaba con la mejor condición de posibilidad de avanzar, con distintos grados, hacia su emancipación, pero al mismo tiempo se tenía cierta conciencia de que no iba a ser fácil ni mucho menos se dejaría de enfrentar la reacción más violenta y conservadora del imperialismo y las burguesías para evitar perder su poder y privilegios.

Ahora estamos en una coyuntura de máxima disputa. Estados Unidos y sus aliados en cada uno de los países de América Latina han vuelto a la carga, después de su “año sabático” como dice la

intelectual argentina-cubana Isabel Rauber (2017), que fue “un tiempo de preparación activa” de la desestabilización de los gobiernos de izquierda y progresistas y para “retomar el mando del rumbo político-económico-cultural de las sociedades latinoamericanas a favor de sus intereses de clase” (Rauber, 2017, p. 23).

¿Qué razones impulsan a Estados Unidos a volcar una mayor concentración hacia América Latina a poco de cumplirse la segunda década del siglo XXI? Evidentemente son varias. La realidad concreta, nos reflexionaba el filósofo de Tréveris, es el resultado de múltiples determinaciones. Por razones de espacio, solo decir que hay razones políticas y geopolíticas de carácter histórico y otros factores atribuibles a la naturaleza de la disputa actual en su dimensión mundial y continental.

Desde el punto de vista histórico, América Latina siempre ha estado en los ojos de Estados Unidos. Este país tuvo una temprana intervención en las luchas por la independencia del siglo XIX al poner en marcha la Doctrina Monroe (1823) de “América para los americanos” y que fue determinante para frenar los intentos de reconquista colonial de parte de la “Santa Alianza”, pero también para hacer fracasar el sueño integracionista de Bolívar en 1826. Es más, evitó la coronación de las gestas libertarias de Puerto Rico y Cuba a las que las consideraba una “extensión natural” de su territorio.

Desde un punto de vista geopolítico mundial actual, retomar el control de América Latina es fundamental para Estados Unidos, cuya declinación hegemónica lo coloca en aprietos en el planeta. Es decir, la disputa actual en la región entre emancipación y dominación es parte de la disputa mundial que el imperialismo tiene con China y Rusia, principalmente, y secundariamente con Irán, Corea y Turquía. Estados Unidos no cree en el equilibrio de poder, mucho menos en América Latina, como sostiene el ex canciller Kissinger (2017).

La región es vital para EE. UU. por los recursos naturales que necesita (petróleo, gas, minerales, agua, biodiversidad y otros) y porque representa su “isla continental” (Brezinsky, 1998) desde donde aspira, en condiciones adversas, a mantener su condición de única superpotencia. El fracaso de sus invasiones en Afganistán, Irak y Libia, a los que se debe sumar su repliegue oficial de

Siria, muestran la imposibilidad de EE. UU. para seguir dominando el mundo como hasta hace poco. Por otra parte, también se ha debilitado su grado de influencia en Europa, a tal punto que países como Alemania y Francia desarrollan líneas de aproximación, aunque en tensión, con China y Rusia.

Estrategias y formas de dominación y lucha en disputa

Mucha agua ha fluido en más de medio siglo. Los típicos gobiernos de la Seguridad Nacional —dictaduras militares o caricatura de gobiernos civiles— han quedado atrás. Los militares, los principales protagonistas después de fracasada la Alianza para el Progreso que Estados Unidos impuso en América Latina para contrarrestar la influencia de la revolución cubana, se replegaron a sus cuarteles poco después de la segunda parte de la década de los 70, cuando Jimmy Carter promovió la *democracia viable* en medio de un ascenso del descontento popular contra las condiciones políticas, económicas y sociales.

La presencia de los militares en la administración del poder político tenía un costo político muy alto para los Estados Unidos, dentro y fuera de sus fronteras. La derrota imperial en Vietnam y el triunfo de la revolución nicaragüense —que este año cumple su 40 aniversario— alentaba a los movimientos de liberación nacional y el despliegue de la lucha armada como estrategia y método/forma de lucha predominante, aunque no única.

Debilitaba, también, el consenso dentro de la sociedad estadounidense para mantener a las dictaduras militares y eso ponía en riesgo la trinidad de la guerra (gobierno, ejército y pueblo) sobre la que tanta reflexionó Carl von Clausewitz, uno de los teóricos más importantes de la ciencia de la guerra.

Por eso, era necesario distender la región y la manera de hacerlo era promoviendo aperturas democráticas en las que no se pusiera en peligro el poder de la burguesía y la influencia estadounidense, así como se obligara a los partidos y movimientos de izquierda, salvo que quisieran quedar aislados del pueblo, a renunciar a la lucha armada e incorporarse a la disputa electoral por el poder. Es evidente que las fuerzas populares no tenían ninguna posibilidad en ese campo.

Debilitados y divididos los movimientos revolucionarios, en los 80 y los 90, América Latina será escenario de aplicación con dureza del proyecto neoliberal que desmanteló los ya precarios llamados Estados nacionales, facilitó la entrega de los recursos naturales a las transnacionales y configuró el poder político bajo el espejismo de la democracia a secas, que no era más que la envoltura ideológica de la *democracia controlada* de Reagan y la *gobernabilidad democrática* de Bush. No sin apuntar la falta de vergüenza, de un amplio sector de la izquierda latinoamericana —partidos e intelectuales— que claudicó ante las banderas de la justicia social que en algún momento de esos 50 años levantó.

Así como Lenin dice que la política es la economía concentrada, es bueno no olvidar que la guerra es la continuación de la política por otros medios. Pues bien, lo que se va modificando en las estrategias que Estados Unidos lleva adelante en América Latina es el *concepto de victoria*.

En la década de los 60 y 70, el concepto de victoria de la Doctrina de la Seguridad Nacional era *la eliminación física del adversario*. Por eso, estaba más que legitimado para EE. UU. las invasiones y los golpes de Estado que dejaban como saldo el asesinato de miles de personas, la desaparición forzada de otros centenares de miles, el exilio y hasta matar en el vientre de las mujeres²⁹ a potenciales revolucionarios. No había lugar para la contemplación. Sobre la base de esa concepción de la guerra, con una izquierda dividida entre los que pretendían seguir apostando a las armas y los que fueron cautivados por las ilusiones democráticas, el capital se fue abriendo paso bajo la forma de neoliberalismo.

En los 80 y 90, el concepto de victoria adquirió un sentido más amplio. La derrota del enemigo adquiría para Estados Unidos una dimensión política. *Sin abandonar la idea del uso de las armas, la victoria sobre las fuerzas populares pasaba por el campo de la política*, de tal manera que al “quitar el agua al pez” el discurso anti sistémico no prendiera en el pueblo y más bien provocara rechazo. La caída de la URSS y de la Europa socialista del Este, fue el soporte político, ideológico y cultural que sirvió para desca-

29 En la década de los 70, Estados Unidos promovió el control forzoso de la natalidad en las zonas rurales como táctica militar.

lificar las ideas progresistas y de izquierda. No de nada se hablaba del *fin de la historia*³⁰ y del “*pensamiento único*”.

La modificación del concepto restringido de victoria por otro concepto más amplio, surgió a raíz de la derrota norteamericana en Vietnam y el triunfo de la revolución nicaragüense. Estados Unidos lanzó en los 80 la estrategia de las guerras según su intensidad y su campo territorial de acción³¹.

La Guerra de Baja Intensidad, experimentada por vez primera en Nicaragua después del triunfo sandinista, es la que más y mejor ejemplifica sus alcances. Contra la joven revolución desataron una guerra sin pausa que provocó miles de muertos y, sobre todo, fue sentando las bases de la futura derrota electoral en 1990. Así la democracia controlada daba la sensación aparente de participación política, cuando en los hechos la apertura de espacios legales de lucha estaba técnica e institucionalmente construida para garantizar el acceso y la reproducción del poder político para los partidos de la burguesía. La izquierda no tenía ninguna posibilidad de ganar elecciones.

La irrupción de los de abajo

Pero en la medida que los factores objetivos de la revolución lejos de disminuir más bien se ampliaron e intensificaron desde la última caracterización que hizo el Che en su *mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental*, una vigorosa irrupción de “los de abajo” fue tomando formas múltiples en varios países de América Latina hasta que se produjo la erupción de ese vol-

30 Francis Fukuyama, en 1992, tras el derrumbe del campo socialista formuló la tesis de que la lucha de ideologías se había acabado y que la democracia liberal era la única forma de instalar gobiernos y de regular el comportamiento de la sociedad.

31 La Guerra de Alta Intensidad involucraba directamente a las dos superpotencias (EE. UU. y la URSS) en una guerra nuclear. La Guerra de Mediana Intensidad se desarrollaba en el Medio Oriente, era de carácter convencional y tenía a las dos superpotencias involucradas indirectamente. La Guerra de Baja Intensidad tenía por escenario principal América Latina y el Caribe, aunque también el África, e implicaba su carácter no convencional en lo militar, aunque sin descartar invasiones directas, y la búsqueda de la derrota política a través de la instalación de democracias liberales y procesos de privatización fuertemente controlados.

cán que con sus lavas y ruidos subterráneos, como diría el Che, anunció el advenimiento de una nueva oleada de la lucha contra el imperialismo.

Esos pueblos se elevaron con sus luchas victoriosas en las calles a la categoría de gobiernos revolucionarios a través de Hugo Chávez en Venezuela (1999), Evo Morales en Bolivia (2006) y Rafael Correa en Ecuador (2007), así como produjeron el retorno de Daniel Ortega en Nicaragua (2007) y el triunfo del FMLN en El Salvador desde el 2009 con Mauricio Funes primero y Salvador Sánchez Cerén después. No menos importante fue la instalación de gobiernos progresistas en Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay. Hay que apuntar, parafraseando al Che, que esos grandes líderes —todos admiradores y amigos de Fidel— fueron los grandes artífices, en algunos casos ante la falta de partido o vanguardia organizada, de ir sembrando con su lucha “la conciencia de la necesidad y, más aún, la certeza de la posibilidad del cambio revolucionario” (Guevara, 1977, p. 227).

Pues bien, dos necesarios apuntes a propósito del pensamiento político del Che y la situación actual de América Latina, donde si la estrategia imperial se impone —cerrar todas las puertas legales de lucha por la vía de la expulsión populares, políticas y sociales, del sistema— obligará a las organizaciones de izquierda, aunque es probable también al progresismo, a modificar su estrategia y táctica, así como los métodos y las formas de lucha.

En primer lugar, la lucha abierta contra el imperialismo en Venezuela, Bolivia, Ecuador y Nicaragua se ha desarrollado, en esta última oleada, a través de la lucha política y electoral. El cambio de la estrategia y la táctica basadas en la lucha armada que la revolución cubana empleó exitosamente y que el Che la definió como la principal para lograr la destrucción del imperialismo y la constitución de revoluciones socialistas, obedece a las condiciones concretas de este momento más que a una negación de las enseñanzas de la primera revolución socialista en América Latina.

El relativo éxito de la estrategia estadounidense de desplazar la contradicción dictadura/democracia al campo de la democracia como “ilusión colectiva” en realidad provocó fisuras en la estrategia y táctica de la mayor parte de la izquierda latinoamericana. El grueso de estas organizaciones, incluidas las portadoras de ideas

revolucionarias, terminaron atrapadas por una lógica electoralista que las fue debilitando o vaciando ideológicamente de su horizonte emancipador socialista. Otras, en definitiva, nunca tuvieron más meta que la derrota de las dictaduras y la instalación de democracias de corte liberal, por lo cual desarrollaron líneas y alianzas con los partidos de derecha para ser gobierno y enfrentar a las posiciones de izquierda.

La lucha por la democracia como un fin en sí mismo y no como apertura de una coyuntura democrática penetró los más profundos poros de la sociedad y la izquierda, subsumida en unos casos por esa idea y en otros ubicada en el otro extremo al reivindicar la lucha armada como la única vía, facilitó la estrategia estadounidense que en sus líneas más gruesas la podemos ubicar en documentos de gran valor estratégico como los Santa Fe I, II y IV. De ahí que el neoliberalismo, ya experimentado en un gobierno militar como de Pinochet en Chile, encontró mejores posibilidades de implementación a través de la democracia controlada, de gobiernos de derecha y de centro, que legitimaba las políticas de achicamiento del Estado, privatización, transnacionalización, la precariedad del empleo y los salarios, así como el saqueo de los recursos naturales.

Pero el neoliberalismo fracasó en lo económico y su sistema político también en todos los países de América Latina y el Caribe. Pero en países como Venezuela, Ecuador y Bolivia ingresó en un punto de no retorno. En el primero se produjo una articulación militar-civil que hasta ahora es la garantía de la revolución. En el segundo pasó más o menos lo mismo al principio, pero fue rápidamente traicionada, aunque luego retomada por un poderoso movimiento ciudadano. En el tercero, los movimientos sociales, particularmente indígena campesino, fueron los protagonistas del proceso político más profundo de la historia de ese país. El denominador común de los tres es la ausencia de partido en el sentido clásico y su conducción por líderes carismáticos.

La lucha electoral era lo que cabía hacer en ese momento. La vía armada está destinada al fracaso si hay espacios legales abiertos y gobiernos surgidos de las urnas, por muy fraudulentos que sean. La diferencia está, sin embargo, en pensar que un gobierno de izquierda tiene el camino allanado para desarrollar un progra-

ma de transformación revolucionaria sin cambiar la arquitectura institucional, sin sustituir un aparato de Estado por otro, y sin elevarse, junto al pueblo, a la condición de bloque de poder. En el mejor de los casos será un buen administrador de un orden estatal que no es el suyo y en el que, por determinadas circunstancias, solo se ha producido una autonomía relativa de las clases dominantes frente a su Estado.

La vía electoral, como estrategia única, también fue la que condujo al PT en Brasil, el Frente Amplio en Uruguay y al FMLN en El Salvador, por hablar de organizaciones de izquierda, a su condición de gobierno. Pero también fue la puerta de entrada para lo nacional-popular en Argentina y de otros movimientos progresistas en Paraguay y Honduras.

Ahora bien, aquí cabe hacer una diferencia entre las organizaciones de izquierda que se propusieron superar el neoliberalismo y el capitalismo para construir el socialismo, con las que siendo de izquierda su horizonte de visibilidad no se encaminó en ningún momento en la misma dirección, pero también establecer la diferencia con otro tipo de progresismo que se fijó como meta un “capitalismo en serio”. La diferenciación no solo es por razones teóricas o para introducir criterios de valoración y prejuicio que no ayudan a nada, sino para comprender su táctica y estrategia anteriores y de las que puedan emplear en un escenario de cierre de todas las puertas legales de lucha.

De hecho, el Che, a quien ciertos ideólogos de la derecha y otros de izquierda claudicante le han construido la imagen de un militarista y hombre violento, nunca desestimó el provecho de recurrir, en algunos casos, a la lucha electoral u otras formas de lucha que permitiesen avanzar hacia la toma del poder, “que es el instrumento indispensable para aplicar y desarrollar el programa revolucionario”. Así en el texto referido señala: “sería error imperdonable desestimar el provecho que puede obtener el programa revolucionario de un proceso electoral dado” (Guevara, 1977, p. 33).

El uso de la estrategia y la táctica basadas principalmente en la lucha política y electoral, ha traído consigo, por tanto, otro tipo de problemas y desafíos para la izquierda revolucionaria. Las revoluciones del siglo XXI encuentran grandes dificultades para

destruir el viejo aparato estatal que institucionalmente y en ideología se resisten a ser cambiados (ejército, policía y burocracia). Salvo la revolución venezolana, donde el pueblo ha logrado una férrea unidad con las Fuerzas Armadas, esos destacamentos especiales de hombres armados en Bolivia y Ecuador todavía continúan respondiendo a la lógica del viejo estado. En Bolivia se hacen esfuerzos por introducir un sentimiento antiimperialista en las Fuerzas Armadas, pero sería una ingenuidad pensar que reaccionarían con el mismo grado de cohesión para defender el Proceso de Cambio en un escenario similar al venezolano.

En Venezuela, la unidad civil-militar, la conformación de las milicias populares, explican la gran capacidad de resistencia que se tiene a las acciones subversivas, violentas y de sabotaje que la derecha lleva adelante con la participación directa de los Estados Unidos. Esa articulación, que todavía no arroja elementos como para pensar que fue la sustitución de unas fuerzas armadas por otras, ha posibilitado la derrota del golpe militar de 2002 contra Chávez y en 2014 y 2017 contra Nicolás Maduro. Y, es ahora, la garantía de la defensa de la revolución ante los planes intervencionistas de EE. UU. que, con la complicidad de gobiernos del llamado “Grupo de Lima” y otros de Europa, pone en peligro la paz latinoamericana al crear un “presidente de transición” de la misma forma como lo hizo al constituir el Consejo Nacional de Transición en Libia como paso previo a la invasión militar.

Segundo, los hechos y acontecimientos políticos registrados en América latina desde principios del siglo XXI, aunque con mayor fuerza en los últimos cuatro años, colocan sobre la mesa de discusión política y académica la cuestión del tránsito pacífico del capitalismo al socialismo, o incluso, del neoliberalismo al post neoliberalismo.

El Che hace dos consideraciones sobre el tránsito pacífico del capitalismo al socialismo que bien vale la pena recordar por su relación con el pensamiento marxista y por lo que están enfrentando las llamadas revoluciones en el siglo XXI en América Latina. En primer lugar, destaca, aludiendo a los clásicos,

[...] alguna posibilidad de tránsito pacífico, e inmediatamente sostiene con insistencia que “tránsito pacífico no es

el logro de un poder formal en elecciones o mediante movimientos de opinión pública sin combate directo, sino la instauración del poder socialista, con todos sus atributos, sin el uso de la lucha armada (Guevara, 1977, p. 229).

Sería muy largo desarrollar a lo que el Che se refiere por “atributos” del poder socialista, pero solo hagamos referencia a lo que desde Marx a Lenin sostienen sobre lo que caracteriza a la revolución socialista: el proletariado se eleva a la condición de clase dominante (ahora lo que diríamos es que el pueblo se constituye en bloque en el poder), se socializa los medios de producción y se sienta las bases de la extinción del Estado en su tránsito del socialismo al comunismo. Esto implica cada vez menos Estado en sentido restringido y cada vez más Estado en sentido amplio, que es en realidad un no Estado liberal, donde las fronteras entre Sociedad Política y Sociedad Civil van desapareciendo. Obviamente no se trata de tres acciones en un solo momento, sino de tres momentos distintos.

Pues bien, los procesos de Venezuela, Bolivia y Ecuador han enfrentado la ira desatada por el imperialismo y sus oligarquías en distintos grados para impedir y revertir el curso revolucionario: golpes de Estado, guerras económicas, guerras mediáticas, injerencias externas y planes de asesinato de sus máximos líderes, por citar los más importantes. De las tres revoluciones es la venezolana donde más se han concentra las viejas y nuevas formas de guerra imperial y oligárquica. Esto confirma, como diría el Che:

[...] el tránsito al socialismo de aquel gobierno que, en las condiciones de la legalidad burguesa establecida llega al poder formal, deberá hacerse también en medio de una lucha violentísima contra todos los que traten de una manera u otra, de liquidar su avance hacia nuevas estructuras sociales (Guevara, 1977, p. 229).

Entonces tránsito pacífico, ninguno. A pesar de que la elevación del pueblo a su condición de bloque en el poder se ha producido a través de elecciones representativas y dentro de las reglas de juego de la democracia burguesa, estos procesos han avanzado hacia la ampliación de la democracia y la transformación de la

superestructura estatal mediante asambleas constituyentes, la recuperación del control de los recursos naturales y la implementación de modelos económicos con mecanismos de distribución de la riqueza nunca antes vistos, no sin enfrentar altos niveles de resistencia, incluso armada, de las oposiciones alentadas y financiadas por los Estados Unidos.

Hay que apuntar que, salvo el caso ecuatoriano que requiere otra explicación, las mayores resistencias a la contraofensiva imperial se están dando en países como Venezuela y Bolivia, donde las asambleas constituyentes han sido las estrategias y formas de lucha transformadoras. La derecha ha tenido más facilidad de desplazar a la izquierda y al progresismo del gobierno en aquellos países donde no se ha modificado la estructura institucional, como es el caso de Brasil, Argentina y El Salvador.

Sin embargo, estas revoluciones que han ampliado la democracia con la incorporación de otras formas de democracia (participativa, comunitaria y directa), son prisioneras de ciertas lógicas instaladas durante décadas en el imaginario de la gente a propósito de la periodicidad y temporalidad de los mandatos, así como de la figura idealizada de la alternancia, y cada vez que cuestionan estas reglas del viejo Estado deben enfrentar la violenta reacción de los enemigos de estos procesos.

Pero haber aclarado lo de tránsito pacífico, que valga la insistencia no existe o quizá, como decía el Che, solo será posible en el último país en liberarse, nos conduce a la necesidad de encarar lo que por transición al socialismo se debe entender en la hora presente de América Latina. El debate es largo y complejo, pero a la vez profundamente necesario (y urgente). ¿Cómo debemos entender la transición del capitalismo al comunismo? Como punto de partida tenemos el aporte teórico de Marx y la reflexión teórica y experiencia práctica de Lenin, el jefe del primer Estado socialista del mundo. Y tenemos, desde una perspectiva latinoamericana, la experiencia cubana y los apuntes teóricos del Che, quien fue bastante crítico con la propia variación que Lenin hizo de su propia concepción de transición al incorporar con la NPE la etapa del capitalismo de Estado sin burguesía.

Los gobiernos revolucionarios de América Latina han nacionalizado una gran parte de su economía sin que, sin embargo,

todavía se haya producido una modificación en las relaciones de producción capitalistas, y han puesto en marcha mecanismos de distribución de la riqueza que están disminuyendo la desigualdad social a pasos agigantados, así como los niveles de desarrollo no tienen parangón. Pero al mismo tiempo la respuesta de la población no es la que se espera y una parte significativa de los “beneficiarios” de estas políticas no solo que han adoptado la lógica y práctica de la llamada “clase media” —no sin contar involuntariamente con el apoyo de los gobiernos—, sino que de protagonistas activos del proceso han devenido en espectadores y consumistas.

Una de las respuestas al debate de la transición y a los problemas anteriormente descritos lo encontramos en el propio Che, cuando sostiene:

El comunismo es un fenómeno de conciencia, no se llega a él mediante un salto en el vacío, un cambio de la calidad productiva, o el choque simple entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. El comunismo es un fenómeno de conciencia y hay que desarrollar esa conciencia en el hombre, donde la educación individual y colectiva para el comunismo es una parte sustancial de él (Guevara, 2006, pp. 14-15).

De los procesos revolucionarios en el siglo XXI, es la Revolución Bolivariana la que más pasos ha dado para marchar hacia el horizonte socialista. Eso, como sucedió en Cuba, ha desatado la ira del imperialismo y enfrenta la mayor agresión que haya sufrido ese país desde su fundación. Los graves problemas en la economía, determinados principalmente por el ataque imperial, pero también por el predominio de una cultura no apoyada en la producción, han sido más que compensados por el desarrollo de una conciencia en el pueblo.

¿De la apertura aparente al cierre de los espacios legales de lucha?

Fidel Castro advirtió ya en 2009 “que antes que Obama concluya su mandato (se refiere al primero (2008-12), habrá seis a ocho gobiernos de derecha en América Latina que serán aliados del imperio” (Castro, 2013, p. 5).

La extraordinaria capacidad del líder histórico de la revolución cubana y latinoamericana -no debidamente reflexionada en su momento por la izquierda y el progresismo en el poder-, de adelantarse a los hechos, de verlos venir, nos anticipaba en ese su escrito que el imperialismo se vendría con todo para retomar el control de su “isla continental”. Ahora, casi 10 años después, ya con más objetividad y menos apasionamiento podemos encontrar que desde fines de la primera década (2010) se va configurando un cambio en las relaciones de fuerza en América Latina, explicado por dos factores interrelacionados: la ralentización de los procesos revolucionarios y progresistas, y por una contraofensiva imperial conservadora de rasgos fascistoides.

Sobre la desaceleración de los procesos de cambio en varios países de la región, que no es el centro principal del análisis, podemos mencionar en términos generales las causas las siguientes:

Primero, el (re)establecimiento de un nuevo tipo de desequilibrio entre la sociedad política y la sociedad civil que es típico en el capitalismo. Esto implica que los protagonistas de los cambios se debilitan, dejan de jugar un papel protagónico como lo tuvieron para derrotar al neoliberalismo y pasan a desempeñar un rol de espectadores, ya sea por factores inducidos desde el Estado o por una enajenación del poder, o ambos.

El sujeto histórico del cambio se desestructura, en parte porque piensa haber “tomado el cielo por asalto” y también por el sobrepeso del papel de los líderes. Eso empuja a que erróneamente se pretenda construir hegemonía desde el Estado, cuando la experiencia histórica muestra que “desde arriba” solo se ejerce dominación.

Segundo, la subsunción a la institucionalidad que aún en los gobiernos de perspectiva revolucionaria termina jugando un papel neutralizador de la *potentia* del pueblo. La burocracia se apropia de espacios, evita o aminora la participación social efectiva en la construcción de políticas públicas y despilitiza la gestión por un “tecnicismo” que en realidad facilita la permanencia a los que no creen en los cambios.

Tercero, se aprecian los límites de las democracias participativa y directa frente a la democracia representativa, cuyos mecanis-

mos fueron creados para producir y reproducir un tipo de poder distinto del que se ha pretendido construir.

Cuarto, la ausencia o la insuficiencia de una “revolución cultural” que modifique el modo de pensar y sentir.

Quinto, las dificultades o la falta de decisión de encarar la superación de la contradicción entre posneoliberalismo desde una perspectiva no capitalista. Es decir, el proyecto de superación del neoliberalismo, como horizonte de visibilidad, jugó el papel de motor en las luchas populares contra el neoliberalismo, pero años después se convierte en un freno, en una traba, en una camisa de fuerza, en la medida que no se avanza, porque no se puede o no se quiere, hacia el poscapitalismo.

En cuanto a la contraofensiva imperial, por las razones ya anotadas, es posible abrir la hipótesis de que la burguesía imperial se ha propuesto volver a cerrar todos los espacios legales de lucha y por tanto no solo desplazar a la izquierda y el progresismo del gobierno, sino expulsarlos nuevamente de cualquier espacio de participación.

La historia de América Latina y el Caribe es rica en ejemplos del alto nivel de intolerancia de EE. UU. frente a gobiernos partidarios de la reforma social progresista y, peor aún, ante proyectos que se plantean la superación del orden capitalista. Y, en esta segunda década del siglo XXI, no hay ninguna excepción de esa posición imperial.

Pero la hipótesis central a plantear, retomando todo lo desarrollado a lo largo del texto, es que el imperialismo está poniendo en marcha una estrategia de retoma del control de toda la América Latina y el Caribe por la vía de expulsar o excluir nuevamente del sistema a las fuerzas populares, de izquierda y progresistas que se propongan las más mínimas reformas que obstaculicen el ciclo de rotación del capital y que pongan en riesgo su papel geopolítico regional y mundial.

Para lograr eso, EE. UU. y la derecha deben no solo desplazar a la izquierda y el progresismo del gobierno (o del poder) sino descabezar y destruir a los partidos y movimientos sociales por la vía de la combinación de *lawfare* (juicios políticos sin sustento legal), linchamientos mediáticos a través de las llamadas *fake news*,

las proscipciones de nuevo tipo, y, donde sea posible, mediante el asesinato selectivo de sus dirigencias. Estamos hablando de la instauración de “democracias autoritarias” y la construcción de sociedades en las que se produzca una *elección democrática del fascismo* como señala el intelectual panameño Nils Castro. Cabe apuntar cuánta razón tiene Atilio Boron, tomando como ejemplo la victoria de Bolsonaro en Brasil, de que no hay el riesgo de un Estado fascista como se ha conocido en Europa, pero no menos cierto es el advenimiento de gobiernos neoliberales, conservadores y de rasgos fascistoides.

Esta expulsión o proscipción no declarada de la izquierda del juego democrático, paradójicamente desarrollada sobre un discurso de “recuperación de la democracia” que el “populismo de izquierda” se encargó de “destruir”, implicará el cierre de todos los espacios legales de lucha y participación social de “los de abajo”. La derecha no solo quiere recuperar el poder desplazando a la izquierda, sino quiere destruir todo lo que huele a cambio.

¿Cuál será la respuesta de la izquierda? ¿Cuáles será la estrategia y la táctica nuevas del pueblo y la izquierda para defender lo que la construido, y/o, en su defecto, para volver a su condición de gobierno de donde han sido expulsadas? ¿Dónde logre vencer el embate imperial o en aquellos lugares donde se creen condiciones para llegar al gobierno por vez primera, deberá mantener su concepción de poder vigente? ¿Cuál será el método, vía y forma de lucha predominantes para encarar este nuevo periodo?

Quizá iniciales respuestas a la amenaza imperial las encontramos en Venezuela. Radicalizar la democracia al máximo, lo que implica una protagónica participación del pueblo en la ampliación y cumplimiento de derechos, en la defensa armada de la revolución y seguir elevando el nivel de conciencia se presentan como las formas de lucha a llevar adelante.

También está el procurar modelos económicos que sean sostenibles en el tiempo y que sean capaces de enfrentar con éxito los bloqueos imperialistas. La izquierda tiene la enorme responsabilidad de mostrar que es la garante de que los pueblos vivan bien y de que el socialismo es el presente y futuro a construir.

No hay ninguna respuesta acabada a cada una de estas interrogantes. Sin embargo, será el propio imperialismo el que empujará a los pueblos, que mientras haya capitalismo nunca dejarán de luchar, a concebir, usar y desarrollar métodos y formas de lucha para abrir, de nuevo, las puertas de entrada a nuevos escenarios para la construcción de los horizontes irrenunciables de emancipación.

Bibliografía

- Castro, F. (2013). *Una historia de ciencia ficción. Reflexiones*. La Habana, Cuba: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado.
- Brezinski, Z. (1998). *El gran tablero mundial*. Madrid, España: Paidós.
- Guevara, E. (1977). *Cuba, ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha contra el colonialismo*. La Habana, Cuba: Editorial de Ciencias Sociales.
- Guevara, E. (2006). *Apuntes críticos a la Economía Política*. La Habana, Cuba: Oceansur.
- Kissinger, H. (2017). *La diplomacia*. México DF, México: Fondo de Cultura Económica.
- Moldiz, H. (2013). *América Latina y la tercera ola emancipadora*. México DF, México: Ocean Sur.
- Rauber, I. (2017). *Refundar la política. Desafíos para una nueva izquierda latinoamericana*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Continente.
- Regalado, R. (2012). *La izquierda latinoamericana en el gobierno, ¿alternativa o reciclaje?* México DF, México: Ocean Sur.
- Stiglitz, J. (2002). *El malestar de la globalización*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Taurus.

El ciclo progresista nuestroamericano: aportes para un debate teórico-político de nuestro tiempo

Por Atilio A. Boron y Paula Klachko

Introducción³²

La tercera oleada independentista de Nuestra América retomada a inicios del siglo XXI y sus concreciones históricas se ponen hoy en juego con la contraofensiva de la restauración neoliberal y neocolonial del gran capital.

El estallido apocalíptico de los experimentos neoliberales de la década de los '90 (cuyo ejemplos extremos fueron Argentina y Ecuador a finales del siglo pasado y comienzo del actual) y la irrupción política de masas que se fue gestando desarticulaban los diversos mecanismos de disciplinamiento social que reactualizaban el miedo inserto en los cuerpos mediante el terrorismo de estado que había hecho posible las reformas neoliberales de concentración y centralización del capital y genocidio social. Hacia el final de la década y en los inicios del milenio se produciría un tránsito desde la resistencia y lucha popular desde abajo a la lucha popular desde arriba³³, logrado mediante la conformación de

32 La primera versión de este artículo se terminó de escribir antes del 28 de octubre, día en que se realizó la segunda vuelta electoral en Brasil, que culminó con el triunfo de Jair Bolsonaro. No obstante, hemos revisado el texto y procurado actualizar algunas observaciones puntuales sobre el ascenso de la ultraderecha en Brasil, dilucidando si puede en sentido estricto hablarse de fascismo o de una paradójica resurrección, ahora por la vía de la legalidad burguesa, del terrorismo de Estado de las dictaduras cívico-militares del siglo pasado.

33 El concepto de lucha popular desde abajo y lucha popular desde arriba lo tomamos de V.I. Lenin Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática y fue trabajado en Arkonada, Katu y Klachko, Paula (2016) *Des-*

victoriosas alianzas representativas de los intereses populares que accedieron a los gobiernos en gran parte de los países sudamericanos. El acceso de fuerzas políticas progresistas, de izquierda o centroizquierda, a los gobiernos al interior de la institucionalidad liberal burguesa fue posible por la fractura en los bloques dominantes y la crisis de sus tradicionales herramientas políticas de control social, desgastadas por la implementación de políticas económicas que llevaron al hambre y la miseria de grandes mayorías nacionales. Sumidas en esa crisis de hegemonía, las clases dominantes intentaron arrastrar en su caída a la política, a la praxis política, en su conjunto. Su derrumbe debía ser, según sus mentores intelectuales, el desprestigio final e irreversible de la política. O, en términos más simples, el triunfo de la despolitización y la “antipolítica”.

Con envidiable sabiduría intentaron transformar su derrota en un triunfo, atribuyendo el holocausto social producido por su gestión a los “ruidos” de la política que primero desconcertaron y después pusieron en fuga a los mercados. Esto se tradujo en una prédica que hacía cundir la desesperanza, el desánimo, la desconfianza en relación con cualquier construcción o estrategia de acción colectivas. Los regímenes democráticos se degradaron a su mínima expresión y la violencia represiva del Estado, como en la Argentina de Diciembre del 2001 o, antes, en el Caracazo venezolano de 1989 ocupó el lugar del ágora democrática³⁴.

Como resultado de este proceso, las crecientes resistencias que tenían lugar en los noventas iban acompañadas de un divorcio, que probó ser temporal, entre la lucha política y la social, que recluía y aislaba a esta última de la posibilidad de proyectar las resistencias al plano de la disputa de poder, rompiendo el cerco que encerraba la acción de las masas en la defensa de los intereses más inmediatos o locales y oscurecía la visión de las transformaciones que podían impactar masivamente en la vida de los pueblos. Esa operación de despolitización de masas fue complementada, consciente o inconscientemente, por un discurso “por izquierda” de

de Abajo. Desde Arriba. De la resistencia a los gobiernos populares: escenarios y horizontes del cambio de época en América Latina, La Habana, Cuba: Editorial Caminos.

³⁴ Ver Romano y Díaz Parra, 2018.

algunas organizaciones populares que se refugiaron en sus genuinas construcciones territoriales o sectoriales, intentando salir de esa crisis de representación mediante un fuerte cuestionamiento a las prácticas burocráticas o de centralismo burocrático presentes (real o imaginariamente) en el campo popular. Profundizaron el ejercicio de la democracia mediante la práctica asamblearia radical, pero más como un fin en sí mismo que como medio para conquistar el poder, o por lo menos el gobierno.

En este sentido la tesis del mexicano-irlandés John Holloway (2002) acerca de “cambiar el mundo sin tomar el poder”³⁵ así como la negación del imperialismo y de la importancia estratégica de los estados nacionales en la ofensiva del gran capital y del disciplinamiento social, por parte de dos importantes teóricos de la izquierda contemporánea, Michael Hardt y Antonio Negri (2001), contribuyeron a justificar la condena —y, paradójicamente, cierto fetichismo— de las formas de organización por encima de su valoración como herramientas para la liberación nacional y social, no de un barrio o localidad sino de las masas populares, cosa que solo puede obtenerse disputando el poder con quienes controlan al Estado y así a todos los diversos ámbitos de nuestras vidas³⁶.

Para ello es indispensable visualizar con un enfoque totalizador los campos de batalla y los sujetos a quienes nos enfrentamos. Es decir, a nuestros enemigos en el terreno de las relaciones de fuerza internacionales (que en países dependientes son aún determinantes y constituyen las más de las veces el estado mayor conjunto que dirige las ofensivas antipopulares). Y a los enemigos locales, que interpusieron todos los obstáculos posibles al avance de los sectores populares y que no dejarán de apelar a cualquier recurso, legal o ilegal, constitucional o inconstitucional, pacífico o violento para abortar o destruir cualquier proyecto emancipatorio en la región³⁷.

35 Consideramos a estas posturas como una suerte de neoanarquismo que, más allá de sus loables intenciones, deja intacto el poder de decisión y privilegio en todas las esferas de la vida en manos de las oligarquías dominantes.

36 Ver Boron, 2001 y 2004.

37 Puede que la calificación de “enemigo” resuene como una palabrota fuera de lugar en un contexto democrático. Pero la historia ha enseñado que la derecha y nuestras clases dominantes jamás creyeron ni creerán en la democracia

Al contrario de lo que planteaban las posturas defensivas de aquellos y aquellas intelectuales que se denominaron tributarios de un “autonomismo” —que postulaba que las construcciones de base no debían contaminarse con alianzas con sindicatos, partidos o enlazarse en políticas de estado³⁸—, al acceder esas fuerzas social-políticas a gobiernos se potencia la posibilidad de construir poder popular³⁹. Va de suyo que esto alcanza distintos grados de concreción según las diversas experiencias nacionales; en algunos casos los avances no fueron lo suficientemente fuertes como para evitar que varios de esos gobiernos populares fuesen desalojados mediante golpes de estado de nuevo tipo (como en los casos de “Mel” Zelaya, Fernando Lugo y Dilma Rousseff) o estafas y manipulaciones electorales como las que con suprema infamia perpetrara Lenin Moreno en el Ecuador. Pero esas construcciones de poder popular han sido hasta ahora suficientes para desbaratar los planes del imperio y las resentidas oligarquías locales e impedir el derrocamiento de Nicolás Maduro, Evo Morales, Daniel Ortega o Salvador Sánchez Cerén, para ni hablar de la fortaleza exhibida por el poder popular en el caso de Cuba que le ha permitido resistir sesenta años de agresiones y sabotajes del imperialismo.

Pasados varios años de experiencias de gobiernos progresistas⁴⁰ las y los intelectuales de esa corriente autodenominada autonomista —que aborrece de lo estatal, muestra una clara simpatía por la “antipolítica” e idolatra ciertas luchas localizadas en torno

y su oposición siempre ha sido caracterizada por una radical deslealtad en relación a ese régimen político. Hemos desarrollado este tema en Atilio A. Boron, “Siete tesis sobre reforma y revolución en América Latina”, en prensa. Una primera versión se publicó como breve sección conclusiva de un artículo sobre los cien años de la Revolución Rusa, bajo el título: “Revolución Rusa, logros, derrotas y fracasos. Algunas lecciones para América Latina” en Cuadernos Marxistas (Buenos Aires, N° 13, noviembre de 2017), pp. 11-22.

38 Se podría establecer una línea de continuidad con los debates que se fueron dando en diversas oleadas de luchas históricas sobre espontaneísmo y dirección política, construcción de alianzas, autoridad y autonomía; por ejemplo, en la Primera Asociación Internacional de los Trabajadores y en la Segunda Internacional, entre otros ámbitos.

39 Ver capítulo IX, Arkonada y Klachko, 2016.

40 Utilizamos la noción de “progresista” en el sentido de Gramsci. Véase su texto, *El Cesarismo*. Recuperado de: http://www.gramsci.org.ar/TOMO3/084_cesarismo.htm

a, por ejemplo, la defensa del medio ambiente e identidades originarias—, subestiman tanto el papel del imperialismo como el de la lucha de clases como contradicción fundamental a la vez que motor de las dinámicas sociales y de las relaciones de poder que configuran la vida en las sociedades capitalistas.

En línea con esta perspectiva teórico-política se han destacado por su desprecio a lo que denominan “populismos” que, según ellas y ellos, llevarían ineluctablemente a la desmovilización y manipulación demagógica de las masas para relegitimar los mecanismos de la dominación desconociendo la intensa animosidad de las clases dominantes contra estos gobiernos que recortaron algunos, si bien no todos, sus privilegios de clase. Curiosamente, no se observa el mismo ahínco dirigido hacia gobiernos manipulados por el gran capital que masacra a sus sociedades, como el caso de México previo a la victoria de López Obrador o Colombia. En relación a ellos reina un llamativo silencio. La crítica sectaria y destructiva se dirige exclusivamente hacia los gobiernos populares.

Es un lugar común afirmar, desde una visión revolucionaria o como intelectuales orgánicas de las causas de los pueblos, que la autocrítica es tan necesaria como el agua en los procesos populares de transformación social. Pero esa crítica se torna productiva solo en la medida en que no abone la estrategia del enemigo y no destruya o debilite la propia. En otras palabras, si esos cuestionamientos favorecen el desarrollo de una conciencia clara acerca de la naturaleza del proceso revolucionario y sus obstáculos, propicia la rectificación requerida para mejorar la calidad de las políticas gubernamentales y dispersa la unidad de las fuerzas enemigas, entonces solo así cumplirá un papel objetivamente revolucionario. De lo contrario contribuirá a reforzar, al decir de Stella Calloni, la regresión neocolonial experimentada por algunos países del área.

Lo anterior es particularmente relevante cuando se tiene en cuenta que frente a la contraofensiva imperial y sus planes restauradores una cierta izquierda posmoderna (a cuyas críticas se pliegan con entusiasmo sectores mayoritarios del trotskismo y de la izquierda más dogmática) y las y los “anti-extractivistas” de distintas capillas insisten en sus flamígeras críticas a los gobiernos populares. En sus afebrados diagnósticos consideran que el saldo

de estas experiencias es negativo pues según ellos sus desaciertos habrían sido mucho más importantes que sus logros. Uno de ellos les dice a las masas populares que lo que se pudo construir y que tuvimos —o aún tenemos— fue “patético” (Zibechi, 2017).

El debate con estas tendencias se hace necesario dado que con sus sesgados análisis —sesgados a partir de la ya mencionada subestimación del papel del imperialismo y de la dinámica política de la lucha de clases— siembran el desánimo y la apatía, potencian la despolitización y la desmovilización de las clases y capas populares y, en un gesto temerario, se animan a dar por finalizado el ciclo progresista. Nos referimos a las posturas que sostienen autores tan variados como Maristella Svampa, Masimo Modonesi, Eduardo Gudynas, Raúl Zibechi, Pablo Stefanoni, entre otros.

En tal sentido, vale preguntarles que, si un proceso ha finalizado, ¿qué le sigue?, ¿el vacío?, ¿o es que estos autores adhieren sin decirlo a las tesis de Francis Fukuyama según la cual la historia ha concluido?, ¿o es que sibilinamente están diciendo que ha comenzado un “ciclo restaurador” con perspectivas de estabilización en el mediano y largo plazo? Esto sería absurdo al tomar nota de la fragilidad política del macrismo y el bolsonarismo, pero ante la vaguedad de sus argumentos, ¿por qué no pensar que es eso lo que quieren decir? Más comprensible hubiera sido que estas y estos autores dijeran que el ciclo progresista se ha estancado o está en reflujo en algunos países, pero no en otros. Tenemos a Bolsonaro como síntesis truculenta de una restauración reaccionaria, pero también a López Obrador en México, con un signo político que se encuentra en la antítesis del brasileño y que llegó tarde, pero llegó, al ciclo progresista que se vivió sobre todo en Sudamérica. ¿Por qué pensar que el futuro se encuentra en el sur y no en el norte de Nuestra América? Además, varios gobiernos populares aún con sus dificultades siguen en pie, a lo cual hay que sumarle el crecimiento de las luchas, la organización y las referencias políticas populares en países como Colombia y la Argentina. Que el ciclo se encuentra amenazado y que en algunos países se ha perdido el gobierno es indiscutible. Que la correlación de fuerzas no es la misma, como tampoco lo es el contexto económico mundial también es cierto. Pero recordemos que muchos de las y los críticos de estos gobiernos ya venían anunciando el “fin de ci-

clo” tan tempranamente como en el año 2010, lo que era más que nada un irresponsable —y agregaríamos, nada inocente— ejercicio profético que coincidía con los deseos de la administración de Barack Obama y después de Donald Trump y de la mayoría de los organismos, públicos o privados, que velan por la armonía de intereses de la “comunidad interamericana”.

Síntomas del supuesto fin de ciclo

Más allá de lo dicho más arriba no hay por qué negar la necesidad de efectuar un balance de la situación actual (correlaciones de fuerzas internacionales, sociales, políticas y militares) y de abrir un debate acerca de un posible final o las posibilidades de un relanzamiento de dicho ciclo progresista.

En cambio, lo que se observa es que varias y varios autores, basados en un cuestionamiento al manejo ambiental de los gobiernos populares, solo atinan a proclamar con una lectura economicista el fin del ciclo progresista como reflejo lineal y mecánico de la caída del precio de las *commodities*, en cuya explotación, extracción, consumo y exportación se basan o se basaban todos los gobiernos, tanto los populares como los demás.

Desde esa perspectiva caracterizan a toda la etapa del ciclo progresista como el “ciclo de las *commodities*”, o el “consenso de las *commodities*”, o directamente: el modelo extractivista, sea de derecha o de izquierda. A través de una suerte de “pacto de consumo” esos gobiernos habrían profundizado la matriz primario-exportadora y dependiente, con un cariz, agregan, aún más depredador que todos los modelos anteriores. Y “con el correr de los años, en la medida que determinados gobiernos no pudieron garantizar ese pacto de consumo, obviamente, la crisis fue haciéndose cada vez mayor” (Svampa, 2018).

Es necesario aclarar que el crecimiento del PBI por cualquier vía no necesariamente supone la redistribución hacia abajo del ingreso o de la renta. Por ejemplo, durante los primeros ocho años de gobierno del neoliberal Carlos Menem en la Argentina, el PBI creció y lo que se realizó fue una redistribución regresiva del ingreso, o sea, una redistribución hacia arriba. Una profunda reestructuración económica que redundó en una fenomenal

concentración y centralización de la riqueza y del capital⁴¹. Y lo mismo ha venido ocurriendo en la mayoría de los países del capitalismo desarrollado, en donde el muy modesto crecimiento de los últimos diez años solo fue apropiado por el decil superior de la distribución de la riqueza y dentro de él, por el uno por ciento de los super-ricos⁴².

No es el caso de los gobiernos populares que han utilizado el excedente generado, por ejemplo, por la renacionalización de los recursos estratégicos, para la inversión social y la reducción de la pobreza. Lo cual no acaba con la desigualdad social, pero redistribuye la riqueza de tal manera que ha mejorado la calidad de vida de millones de personas, lo que puede advertirse claramente a través de los indicadores sociales que luego citaremos.

Varias autoras y autores vienen poniendo el eje en la “corrupción extractivista”, que abarcaría tanto a gobiernos conservadores como progresistas, aunque reconocen que los últimos reparten más y son menos represivos⁴³. Pero, sin pretender caer en análisis ahistóricos que pudieran remitir a un capitalismo sin matices desde su conformación, no podemos dejar de decir que no existe un capitalismo no extractivista y no corrupto. Es más, toda actividad económica que modifica la naturaleza es extractivista y modifica con mayor o menor intensidad e irreversibilidad al medio ambiente. Esto vale desde el descubrimiento de la agricultura

41 Al respecto véase los trabajos del área de economía de FLACSO dirigida por Eduardo Basualdo y sus varios libros.

42 Uno de los estudios más detallados es el de Tim DiMuzio y Tom Mills, *The 1 percent and the rest of us*, recuperado de: http://bnarchives.yorku.ca/447/8/20150703_di_muzio_mills_the_1_per_cent_and_the_rest_of_us_interview_nlp.htm La extensa obra de Thomas Piketty, *El Capital en el Siglo XXI*, aporta datos irrefutables sobre las incontenibles tendencias hacia la concentración de la riqueza y los ingresos en el capitalismo contemporáneo.

43 Es curiosa la furia contra un extractivismo que tiene más de 500 años de historia pero que para algunas y algunos aparece como un fenómeno nuevo ante sus ojos. Lxs mismxs que, además de usar celulares y computadoras realizadas con esos metales raros que se obtienen extrayéndolos de la tierra, han realizado parte de sus investigaciones con financiamientos de becas de importantes instituciones occidentales (como la Solomon R. Guggenheim Foundation) cuyas filantropías provienen de familias dueñas de minas que erosionaban la misma tierra y extraían minerales y plusvalías en nuestros territorios.

y su explotación masiva en la antigua civilización egipcia hasta el presente.

No obstante, es preciso recordar que la primera y más importante forma de corrupción extractivista es aquella sobre la cual reposa el capitalismo: la extracción de plusvalía. Y con esto no estamos justificando otras formas de latrocinio o depredación, pero tampoco nos puede asombrar como si fuera un fenómeno nuevo cuando, además, Nuestra América se forjó en el extractivismo funcional a la acumulación originaria del capital en Europa desde la primera hora de la conquista.

Todos los proyectos de desarrollo, de diversificación e industrialización sustitutiva, aun dentro de los marcos capitalistas, pero rompiendo los lazos de dependencia fueron —y son— sistemáticamente desalentados, impedidos y hasta saboteados por las grandes potencias, y en el último siglo por Estados Unidos. Prosiguiendo con la cuestión del extractivismo, ¿cómo denominar al saqueo sistemático que se realiza con la especulación financiera y la fuga de capitales? Solo por mencionar una desorbitante forma de extracción de nuestras riquezas que se opera en minutos y acerca de la cual las y los autores que estamos analizando guardan un asombroso silencio.

Por otra parte, en un artículo del año 2016, Massimo Modonesi y Maristella Svampa señalaban a las iniciativas destituyentes o desestabilizadoras de las despechadas clases dominantes como síntomas del ocaso del ciclo progresista. Así enumeraban los casos de persecución mediática y judicial para impedir la reelección de líderes populares, al gobierno bolivariano de Venezuela “sitiado” por una Asamblea Nacional controlada por la oposición (una derecha golpista que en esos momentos desplegaban una ofensiva extremadamente violenta) y “desgastado por una grave crisis económica” (sobre lo que no presentaban análisis alguno de su génesis y condicionamientos externos), las derrotas electorales y el “desplazamiento” en Brasil de la presidenta Dilma Rousseff de su cargo “legal pero ilegítimamente”⁴⁴.

44 Consideramos altamente controversial decir que el ataque a Dilma Rousseff fue “legal”. La presunta legalidad de su juicio político ha sido fuertemente cuestionada por numerosas analistas y observadores de la vida política brasileña. El régimen político brasileño es presidencialista, y solo ante la constatación

Sin embargo, esta ofensiva que intenta proscribir candidatas o candidatos populares y desalojar a los gobiernos progresistas o de izquierda no ha tenido todos los resultados esperados. Fracasó hasta ahora en Bolivia, El Salvador, Nicaragua y Venezuela y cuando lograron su objetivo lo hicieron a costa de pisotear la propia institucionalidad burguesa apelando al “sicariato jurídico” o el *lawfare* como en Honduras, Paraguay y Brasil o a una escandalosa estafa poselectoral, como en Ecuador⁴⁵.

En cuanto a las derrotas electorales a nivel presidencial solo cuenta hasta ahora, la del kirchnerismo ocasionada por una serie de errores propios combinados con una campaña demagógica sin precedentes de una derecha que, una vez en el gobierno, se ha dedicado a dismantelar casi todas las conquistas sociales del período anterior.

Por otra parte, el fenómeno que tensiona al máximo, y sin duda reconfigura regresivamente la correlación de fuerzas al interior del ciclo progresista es la victoria de la ultraderecha, o la derecha radical, en Brasil en octubre de 2018, inscripta como remate del golpe de estado “blando” consumado en abril de 2016.

Por supuesto la contienda electoral se dio en condiciones para nada “normales”: tuvo como antecedente la ilegal e ilegítima destitución de Dilma Rousseff y, posteriormente, la farsa judicial mediante la cual “sin prueba pero con sus convicciones” un juez de Curitiba, Sergio Moro, frecuente alumno de los cursos de “buenas prácticas” jurídicas organizadas por el Departamento de Justicia de Estados Unidos condenó a prisión —y por lo tanto a la proscripción— a Luiz Inacio “Lula” da Silva, a la sazón cómodo ganador en todas las encuestas de intención de voto⁴⁶.

fehaciente de un delito podría haberse iniciado un juicio político a la presidenta. Sin embargo, como lo atestigua la misma sentencia que la despoja de su cargo, ese delito no existió.

45 Ver: Vollenweider y Romano, 2017

46 Moro fue, poco después de consumada la victoria de Jair Bolsonaro, recompensado por sus patrióticos servicios designándose nada menos que como Ministro de Justicia de Brasil. Un caso escandaloso de corrupción judicial que no parece haber perturbado a las buenas almas republicanas y democráticas que denuncian incesantemente la ausencia de “separación de poderes” en la República Bolivariana de Venezuela o en el Estado Plurinacional de Bolivia.

Como si lo anterior no fuera suficiente Bolsonaro rehusó participar en los debates presidenciales contando para ello con la anuencia de la corrupta Justicia brasileña y los médicos que lo atendieron luego de la puñalada de que fuera objeto un mes antes de las elecciones. El hoy presidente contó con el apoyo del inmenso aparato mediático de su país y los servicios de marketing político de Steve Bannon que, a través de los metadatos, pudo incidir significativamente sobre las preferencias electorales de la ciudadanía.

En todo caso, y para concluir, los teóricos del fin de ciclo progresista rehúsan ponderar el significado de la persistencia de los proyectos populares en los gobiernos de Bolivia y Venezuela, que junto con Ecuador (“ala que cayó al mar”, parafraseando la canción de Pablo Milanés sobre Puerto Rico) y por supuesto Cuba fueron los países que conformaron el núcleo duro del cambio de época progresista en Nuestra América. Se trata de gobiernos que realizaron una serie de reformas sociales, económicas y políticas planteándose, para el largo plazo, un horizonte poscapitalista. A pesar de todos los obstáculos y dificultades que atraviesan —en el caso de Cuba con más de sesenta años de hostilidad y bloqueo de Estados Unidos— estos proyectos populares se mantienen en el gobierno al igual que los gobiernos populares de El Salvador y Nicaragua, bajo un asedio fenomenal, todo lo cual exige un estudio más detallado de esta problemática que no podemos realizar aquí. A esto habría que agregar el gobierno “en disputa” del Uruguay pero que, en lo esencial, mantiene los rasgos característicos del ciclo progresista.

La autonomía, la irrupción plebeya y los liderazgos políticos

Coinciden las y los diversos autores con los que aquí debatimos que los ejes principales que habrían marcado ese cambio de época fueron los siguientes: la irrupción plebeya, las demandas de autonomía y la defensa de la tierra y el territorio (Modonesi y Svampa, 2016).

Curiosamente, componentes cruciales como el antiimperialismo, el latinoamericanismo y la creación de organismos regionales

sin la presencia de Estados Unidos o Canadá, como la UNASUR o la CELAC, la soberanía nacional, la recuperación de los bienes comunes y las políticas de combate a la pobreza y redistribución de la riqueza no parecen haber jugado papel alguno si nos atenemos a las visiones que plantean aquellas y aquellos autores. Sin embargo, fueron estos y no las exigencias de autonomía plebeya los que desencadenaron la furiosa reacción de las oligarquías locales y el imperialismo.

Por otra parte, si tal exigencia de autonomía existió durante el desenlace de la crisis de hegemonía de fines de los '90 y principios de los 2000, esta se restringió a algunos grupos locales⁴⁷, o sectores relacionados con alguna agenda específica como la cuestión de género, el tema ambiental, la defensa de los pueblos originarios o los derechos humanos, para citar lo más importantes. La experiencia en la que la reivindicación de la autonomía aparece con rasgos más pronunciados es el caso del zapatismo mexicano, que ha logrado construir significativas articulaciones de poder popular en sus localizados territorios del sureste mexicano. Pero el resto de esa gran nación fue sumida, por treinta y seis años de políticas neoliberales, en una tragedia social sin precedentes desde los enfrentamientos armados provocados por el estallido de la gran revolución de 1910.

En una reciente entrevista Raúl Zibechi (2018) destaca algunas admirables experiencias de construcción autónoma integral en Latinoamérica. Por ejemplo, las de las comunidades indígenas en el Cauca, región colombiana en la que pese a su autonomía han sido asesinados una gran cantidad de líderes y lideresas campesinas. Estas experiencias son muy loables por cierto y han conseguido algunos avances en sus territorios, pero justamente el éxito que van adquiriendo es directamente proporcional a su delimitación territorial. Las pedagógicas palabras del comandante Chávez son aleccionadoras al respecto. Él nos decía en 2009 que las comunas —construcciones autogestivas del pueblo en Venezuela⁴⁸— deben ser el espacio sobre el cual vamos a parir

47 En Argentina el autonomismo inspirado en la obra de Hardt, Negri y Holloway tuvo su impacto en algunas organizaciones de trabajadores desocupados y el movimiento piquetero, pero no en aquellas más numerosas.

48 Ver Teruggi, 2015.

el socialismo. “Una comuna debe ser una célula. Pero ¿quién ha visto una célula sola ella?”. Esas células deben articularse desde abajo elevando

[...] lo local a nivel universal. Lo local confinado solo a lo local es contrarrevolucionario. ¡Oigan bien! ¡Cuidado porque uno puede ser contrarrevolucionario creyendo que es el más grande revolucionario de la historia y resulta que está actuando contra la revolución, sin saberlo. Lo local unido a lo universal es un tejido social y político, es una fuerza revolucionaria formidable.

Así inspirándose y leyendo a Mao Tse Tung, Chávez volvía a afirmar que esos

[...] vasos capilares y núcleos deben ser unidades muy eficientes en la solución de los problemas locales, pero también eficientes en la lucha por la construcción del socialismo y su defensa. Capaces, deben ser, de movilizarse por objetivos políticos que vayan más allá de los mezquinos contornos de su aldea existencia En tanto son creación popular, de las masas, desde abajo, y constituyen una creación heroica⁴⁹.

La centralidad de la demanda de autonomía, que varias y varios autores de una “izquierda autonomista” colocan en el centro de sus preocupaciones, es tributaria de la suicida idea de la renuncia a la toma del poder. Pues para plantearse la toma del poder inevitablemente se deben tejer alianzas más allá de lo sectorial o lo local, como nos enseña la historia de todos los procesos revolucionarios. La pretendida autonomía remite en el terreno estratégico, dicen, a un horizonte emancipatorio. Pero abordándola como una cuestión de forma y no de contenido, queda en las sombras, obviamente, el hecho de que la autonomía de un movimiento social poco significa de por sí, pues bien puede asumir tanto un contenido político de derecha como de izquierda, y no necesariamente estar ligado a un proyecto de emancipación de la sociedad en su conjunto.

49 Ver Tatuy, 2018.

No pocas veces la historia latinoamericana ha demostrado que movimientos autónomos terminaron siendo una expresión más de la hegemonía burguesa. Ejemplos de ello pueden ser ciertas variantes del ecologismo que comenzaron con planteamientos radicales y terminaron proponiendo nada menos que un inverosímil “capitalismo verde” muy del agrado de las grandes transnacionales. Lo mismo cabe decir de algunas organizaciones campesinas o indígenas que terminaron como furgones de cola de la reacción en Bolivia y Ecuador. En *Dos Tácticas de la social democracia en la revolución democrática*, Lenin (1905) observa que la cuestión de la autonomía reside menos en el aspecto subjetivo que en el objetivo; no en la posición formal que la organización ocupa en la lucha, o su discurso político, sino en contar con la acumulación de fuerza necesaria como para volcar a favor del pueblo el desenlace material del enfrentamiento.

Los sujetos sociales y sus organizaciones pueden considerarse a sí mismos como autónomos, pero si no logran imprimir una dirección a los acontecimientos históricos, solos o mediante la articulación de las alianzas que sean necesarias para hacerlo, su pretensión de autonomía termina diluyéndose en las iniciativas de las clases y fracciones sociales dominantes. O en bellos testimonios locales sin afectar al capital, y por lo tanto a la vida de las masas.

Intentando escapar de la crisis de representación política e institucional a la que hacíamos referencia, que afectó también a organizaciones políticas sociales y sindicales contestatarias o de izquierda, algunos de estos grupos que estaban construyendo nuevas organizaciones cuestionaron la organización fuerte —partido de cuadros— orientada a la toma del poder.

Ello supuso una fuerte promoción de la participación de las bases en la toma de decisiones, impulsando formas de organización más democráticas y generando centralismos —sin los cuales no hay organización posible—, pero más democráticos y menos burocráticos, o menos elitistas. Una parte de estos movimientos seducidos por las ideas de la “asimetría del poder” cayeron en el culto al basismo y al horizontalismo, virtudes en cierto tipo de organizaciones y en algunos momentos históricos pero de dudosa efectividad práctica; y también cayeron víctimas de una radical

desconfianza para con —cuando no un abierto rechazo de— los partidos, sindicatos o de cualquier pre existente “instancia articuladora superior”, condenados según esta particular visión a traicionar las expectativas populares.

De todas maneras, como hemos dicho más arriba, esta malla de autocontención funcional a las operaciones de despolitización de masas de las élites fue rota por la misma potencia que anida en nuestros pueblos que se expresaron en la formidable capacidad de convocatoria plebeya demostrada, en distintos momentos, por fuerzas políticas y organizaciones populares que se alejaban del paradigma planteado más arriba. Los millones de venezolanos que acudían al llamado de Hugo Chávez o todavía hoy lo hacen ante la convocatoria del presidente Nicolás Maduro; o las multitudinarias concentraciones que supieron realizar el PT brasileño en los albores del 2000, el MAS boliviano o el Frente para la Victoria (FPV) en la Argentina al igual que las huelgas con movilización de masas convocadas por los sindicatos en ese país, o el Movimiento Regeneración Nacional (MORENA) en México, ¿fueron solo producto de la subordinación clientelística de las masas o expresaban algo más?

Los movimientos sociales, las organizaciones y los gobiernos

Desde el autonomismo posmoderno —muy cercano por sus lecturas institucionalistas a la clásica socialdemocracia liberal— intentan instalar una lógica de oposición entre los movimientos sociales y los gobiernos que aquellos constituyen proponiendo recuperar la historia y el protagonismo de los movimientos sociales en la gestación de la fase progresista como claves para desentrañar los rasgos de la supuesta nueva etapa posprogresista que se iniciaría, según esa perspectiva, ya por fuera de “las camisas de fuerza de la política partidaria, los cronogramas electorales y las alternancias gubernamentales” (Modonessi y Svampa, 2016). Desconocen de este modo que gran parte de los movimientos que suelen invocar, o al menos los más grandes de la región, vuelven voluntariamente a ponerse la “camisa de fuerza” y apoyan a líde-

res progresistas. Como los casos del MST en Brasil o del MAS en Bolivia.

Estas y estos autores señalan a la propuesta de construcción de la autonomía como proyecto político prevaleciente en las luchas previas al ciclo progresista, desconociendo que aquella se planteó predominantemente con respecto al poder del imperialismo y sus clases dominantes locales aliadas. No era una autonomía en abstracto sino en relación al enemigo imperial. Sin duda que desde mediados de los años 90 la génesis de las alianzas que más tarde conformarán los gobiernos progresistas o populares tuvo como protagonistas de las luchas y resistencias al neoliberalismo a un vasto conjunto de movimientos sociales. Esto es cierto, pero en su afán por subrayar su importancia, cosa con la cual coincidimos, subestiman el papel que también jugaron algunos partidos políticos. Hubo movimientos sociales muy fuertes en Brasil, pero ¿quién podría negarle protagonismo al PT? Lo mismo cabe decir en Bolivia, donde los movimientos decidieron convertirse en un “partido-movimiento”, el MAS, y con ese instrumento acceder al gobierno. En Venezuela la lucha popular encontró en un sector nacionalista del Ejército el sustituto funcional del partido ausente debido a la crisis y descomposición del sistema de partidos de la Cuarta República. Y en Ecuador la proliferación de vastos movimientos populares tuvo que gestar una fuerza política, la Alianza País, para llegar a la presidencia de la mano de Rafael Correa. Es desde ese proceso de luchas que se abre el ciclo progresista una vez que se logra acceder a muchos de los gobiernos quedando por ejemplo para 2009 un 62 % de la población de nuestra América en ese territorio político social⁵⁰.

Pero las y los críticos a estos procesos y quienes exaltan el papel de los movimientos a la vez que menosprecian la problemática y los límites del marco institucional, de los partidos y los cronogramas electorales jamás se plantean cual sería la vía al poder que podrían transitar los movimientos. En otras palabras, su rechazo al camino institucional ¿significa que están proponiendo una vía insurreccional de acceso al poder? Sabido es que en las actuales condiciones eso es inviable. Por lo tanto, nuestra sospecha es que no postulan nada: ni lo institucional ni la subversión revolucio-

50 Ver mapa en Klachko, 2018.

naria. Simplemente un renunciamiento a la toma del poder, a la conquista del poder. En otras palabras, ¡la resignación como política!

Aquellas luchas que abrieron el camino al ciclo progresista o de centro izquierda no fue producto de una irrupción espontaneísta de masas. Tal como lo enseñan los escritos de Gramsci el espontaneísmo no existe dado que toda actividad humana tiene algún grado de conciencia. Para Lenin (1902), el “elemento espontáneo” no es sino la forma embrionaria de lo consciente, mientras que lo consciente en un momento determinado puede ser espontaneo en relación a otro momento superior de la progresión de la lucha de clases.

Las y los referentes y agrupaciones político-sindicales-sociales tuvieron mucho que ver en la capacidad de articulación de estas luchas, suturando ese aparente divorcio entre la lucha social y la política⁵¹. En numerosos enfrentamientos sociales desarrollados en los años noventa y principios del nuevo siglo sindicatos y organizaciones tradicionales de las diversas capas y fracciones del pueblo (como los sindicatos cocaleros en Bolivia, o las organizaciones indígenas y campesinas en Ecuador, o los sindicatos industriales o de trabajadores estatales en Brasil y en Argentina, entre muchas otras) y hasta sectores de las fuerzas armadas (especialmente en

51 Véase entrevista a Álvaro García Linera, por Klachko, Paula (2015), *La conformación histórica del sujeto político-popular en Bolivia*, publicada en el sitio oficial de la Vicepresidencia: <https://www.vicepresidencia.gob.bo/> y con otro título en la *Revista del Observatorio Latinoamericano y Caribeño del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe*: <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/observatoriolatinoamericano/article/view/2482>. Por otra parte, en el movimiento piquetero, del que estos y estas autoras y autores poseen una visión romántica que recalca el basismo y la autonomía, la mayoría de las y los principales referentes o impulsores de esos movimientos eran agrupaciones políticas o referentes que habían sido parte de organizaciones de izquierda de ese momento o de los '70, eclesiásticas de base, y muchos referentes provenían de otras fracciones sociales. Hoy en día varios de los y las referentes herederos de ese movimiento, en el caso de la Argentina, como las que conforman la CTEP (Confederación de Trabajadores de la Economía Popular), y sus aliados provienen de esas filas también. Pues lo que importa no es el origen de clase ni la virginidad política, sino el alineamiento consciente con las fracciones sociales en lucha.

el caso de Venezuela) tuvieron, en algunos casos, un papel muy relevante en esas luchas.

El indudable activismo de diversas capas plebeyas movilizadas y sus organizaciones —nuevas⁵² o tradicionales— en las fases preliminares del ciclo progresista ha sido reconocido y reafirmado permanentemente por las y los líderes y las fuerzas políticas de los gobiernos progresistas. Han explícitamente reconocido que su éxito electoral se asentó sobre las grandes jornadas de lucha de finales del siglo pasado y comienzo del actual. Para no hablar de la permanente referencia de Evo Morales y Álvaro García Linera a las guerras del agua y del gas, entre otras; o las de Nicolás Maduro y antes Hugo Chávez al Caracazo y las insurrecciones de militares bolivarianos. Y es evidente, además, que estos desenlaces electorales que cambiaron el mapa sociopolítico de América Latina son reflejos, mediatizados pero reflejos al fin, de la turbulenta irrupción del universo plebeyo en la política nacional.

De ahí que sea erróneo el camino tomado desde las ciencias sociales tradicionales al pretender explicar los fenómenos y procesos sociales y políticos por las dinámicas institucionales o voluntades de tales o cuales personajes o líderes, sino que es preciso centrarse en la lucha de los sujetos que se enfrentan (alianzas de diversas fracciones de distintas clases cuyo carácter de clase está dado por el interés de la fracción que conduce la alianza), pero esas organizaciones y referentes expresan y forman parte de esas disputas. La lucha de clases en determinados momentos se reconduce hacia el plano institucional y es en este pasado reciente el

52 A menudo las organizaciones que emergieron de los procesos de resistencia en los 90s fueron nuevas en tanto fundadas en esa coyuntura, pero en muchos casos adoptando nombres que remiten a viejas banderas reivindicativas. No necesariamente fueron nuevas en cuanto a sus modalidades de organización e instrumentos de lucha, que recuperaron elementos de las tradiciones de los diversos pueblos latinoamericanos y las resignificaron en los nuevos escenarios. Hubo también un importante nivel de experimentación social de modos de organización alternativos, pero no con la masividad que pregonan algunos intelectuales deslumbrados por esas experiencias que, además, tuvieron una corta existencia. Pese a ello, como sostenemos más adelante, influyeron en la democratización de numerosas agrupaciones sociales. Véase al respecto Klachko, “Las formas de organización emergentes del ciclo de la rebelión popular de los ’90 en la Argentina” en *Documentos y Comunicaciones PIMSA 2007*, disponible en: <http://www.pimsa.secyt.gov.ar/publicaciones.htm>.

modo que encontraron estas alianzas populares de disputar parte del poder del estado mediante elecciones.

También en los '90 muchas y muchos intelectuales críticos tuvieron que lidiar contra quienes, aun aduciendo un discurso de supuesta izquierda, se sumaban al coro de voces que se entregaban a la resignación, exaltaban el fin de la historia y la desaparición del proletariado. Quienes ahora señalan el fin del ciclo progresista parecerían ser herederos de aquel discurso en el cual el repudio a los partidos políticos y los sindicatos, y la prédica a favor de una renuncia a la toma del poder, marcaban con fuerza el espíritu de la época. El actual discurso exaltando la autonomía y el supuesto divorcio de los gobiernos progresistas de las que serían sus bases, incluso en el caso de aquellos como Bolivia que habían surgido de su avasallante protagonismo, solo puede tener como resultado la resurrección de aquellas tesis noventistas.

Si bien es cierto que en los proyectos políticos del segundo anillo progresista —Argentina, Brasil, Uruguay, Paraguay— existió cierta despreocupación o subvaloración de la importancia de apostar a una mayor organización y movilización popular no puede decirse lo mismo del “núcleo duro” formado por Venezuela, Bolivia y Ecuador. Esto se puso en evidencia, por ejemplo, en el hecho de que frente al golpe de estado en contra de Dilma Rousseff —y antes contra Fernando Lugo en Paraguay— no se produjeran grandes movilizaciones populares para repeler esta iniciativa. En ese sentido es imprescindible realizar una fuerte autocritica en dos direcciones: por una parte, por esa irracional desconfianza ante la movilización popular como garantía única de su capacidad de sostenerse en el gobierno; por la otra, por no haber radicalizado el proceso y haber hecho menos de lo necesario en cuanto a la formación política de masas que apuntalara la conciencia política y social en un proyecto colectivo. Pero estas críticas no pueden sin más trasladarse a las experiencias que conforman el núcleo duro del cambio de época progresista, ni siquiera en la más consolidada de estas experiencias, Cuba. Justamente la clave de sus sesenta años de resistencia a la voracidad criminal del imperialismo radica en la intensa movilización, organización y conciencia del pueblo cubano⁵³.

53 Este año Cuba atravesó un renovado e intenso capítulo democrático de su

Tal como aseguran nuestros autores, estos movimientos establecieron complejas y volátiles relaciones con los gobiernos progresistas. Es cierto que no todo es un lecho de rosas, como lo demuestra la cambiante relación de la Central Obrera Boliviana (COB) con el gobierno boliviano, o la presión que ejercen las y los campesinos sobre el gobierno boliviano que apoyan. Pero no compartimos su lectura de la cooptación de los movimientos u organizaciones sociales que tomaron la decisión de alinearse con los gobiernos populares o simplemente ser parte de ellos⁵⁴.

Haciendo oídos sordos a esa perniciosa moda intelectual que recorrió el continente de punta a punta hace unos años y que exhortaba a no tomar el poder porque tal cosa contaminaría irremisiblemente con el virus estatista a los movimientos sociales y sus proyectos emancipatorios, numerosas organizaciones sociales y fuerzas políticas se dieron a la tarea de diseñar instrumentos, alianzas y estrategias tendientes, precisamente, a conquistar el poder —o al menos el gobierno— apelando a los dispositivos institucionales del estado burgués. Nutría esta opción el convencimiento de que la derrota sufrida por las tentativas insurreccionales de las décadas anteriores, con excepción de lo ocurrido en Nicaragua y El Salvador, habría cerrado ese ciclo (al menos de momento) y que el único camino abierto en ese entonces hacia el poder transitaba por el sinuoso y traicionero entramado insti-

vida política al haber debatido, masivamente, desde las bases (en los barrios, centros laborales y estudiantiles) la reforma constitucional, luego de lo cual se introdujeron numerosas propuestas de cambio, manteniendo el consenso acerca del carácter comunista de la revolución.

54 Algunas de las explicaciones de nuestros autores y autoras para resignarse al abandono de lo que entendían como autonomía, fue o bien que esas organizaciones sociales fueron desactivadas por la represión o bien por la cooptación, como apreciaban para el caso de varias organizaciones de trabajadores desocupados (piqueteras) en Argentina que se aliaron y alinearon con la fuerza social política en el gobierno a partir de 2004. Pero una vez más esa lectura deja en una inerte posición de pasividad absoluta a unas masas que son llevadas con una zanahoria por delante, sin tener en cuenta los factores que explican los alineamientos referentes a la confluencia de intereses, y la composición de alianzas para posibilitar la realización de la estrategia que objetivamente se plantean las masas trabajadoras. Véase el concepto de estrategia objetiva en Íñigo Carrera, *La estrategia de la clase obrera 1936*, 2007, Buenos Aires: Imago Mundi.

tucional de la democracia capitalista⁵⁵, que a su vez, como hemos dicho, abría espacios para tal irrupción en la lucha institucional debido a la crisis de representación de los partidos burgueses.

Las resistencias a los estragos del neoliberalismo hacia fines de los '90 propiciaron la emergencia de nuevos liderazgos y formaciones políticas entre las distintas capas populares, que venían protagonizando intensas luchas en los terrenos económico y político, inclusive el militar, como los casos del Partido de los Trabajadores (PT) brasileño, el Chavismo, el Frente Amplio (FA) del Uruguay, el Movimiento al Socialismo (MAS) boliviano, Alianza País en Ecuador, o el refuerzo del protagonismo de organizaciones revolucionarias como del Frente Sandinista para la Liberación Nacional en Nicaragua (FSLN) y del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) en El Salvador. En Argentina, la oposición a las consecuencias de las políticas neoliberales primero, y al neoliberalismo en su conjunto después, se expresó en un creciente movimiento de protesta a nivel nacional jalado por impactantes enfrentamientos sociales protagonizados por diversas fracciones plebeyas y mediante variados instrumentos de lucha (cortes de rutas, marchas, huelgas, etcétera) de los cuales brotaron nuevas organizaciones sociales, en un marco de fuertes disputas al interior de la clase dominante. Sin embargo, posteriormente, fue una combinación de distintas fuerzas políticas tradicionales la que llegó al gobierno recogiendo esas demandas, y desde allí se pusieron en cuestión algunas de las premisas del neoliberalismo. Esa es la historia del kirchnerismo, surgido al interior del Partido Justicialista y enfrentado a la línea neoliberal dura del mismo partido: el menemismo. También en otros países surgieron expresiones divergentes dentro partidos tradicionales o se formaron alianzas con facciones de dichos partidos políticos

55 El sandinismo triunfó en la guerra civil contra el estado somocista y sus mentores en Estados Unidos, aunque luego sucumbió, en el terreno electoral, porque no pudo soportar diez años de agresiones, sabotajes y bloqueos de la "contra" organizada, financiada y armada por Washington. Sin embargo, el sandinismo regresó al gobierno en 2006 con un nuevo triunfo electoral, luego ratificado por contundentes victorias en sucesivas reelecciones. En cuanto a El Salvador, los acuerdos de paz reflejan que la guerrilla salvadoreña no fue derrotada, sino que hubo un "empate técnico" entre el FMLN y el ejército salvadoreño y sus "asesores" norteamericanos.

que expresaron oposición a las políticas neoliberales y llegaron a los gobiernos, como el caso de la corta experiencia de la presidencia de Manuel “Mel” Zelaya del Partido Liberal en Honduras y del Frente Guasú en Paraguay, que estableció alianzas con el Partido Liberal.

La territorialidad

En ese afán de buscar diferencias con las “viejas” organizaciones⁵⁶ se señala que la “territorialidad” o “territorialización” fue otra de las dimensiones específicas de los nuevos movimientos sociales de la región. Esto es cierto, y también que ese anclaje en lo territorial como plataforma de resistencia creó nuevas relaciones sociales. Pero habría que subrayar, para entender cabalmente este proceso, que este repliegue sobre lo territorial fue alentado por la violenta ruptura del tejido social que provocaron las políticas neoliberales —ejecutadas desde los gobiernos, conviene no olvidarlo—, los altos niveles de desocupación y/o precarización laboral, que provocaron cierto debilitamiento del sindicalismo y que no dejaron otra alternativa a las clases populares que refugiarse —por un tiempo— en su última trinchera: el territorio, sus barrios, sus favelas, sus vecindades. Más que una opción ideológica, fue un hecho práctico que, es obvio, no podía dejar de dar lugar a la creación de nuevas relaciones sociales. No es lo mismo el compañero o la compañera de trabajo que el vecino desocupado o informalizado que comparte la marginalidad en un asentamiento de emergencia, una favela o una barriada popular; ni son las mismas necesidades o reclamos, ni, por lo tanto, pueden ser iguales las formas de lucha y organización. Esto sin perder de vista que lo que estaba cambiando era la composición de la clase obrera y, en general, del universo popular en dirección a otra de estructu-

56 Podemos encontrar un paralelismo con las teorías de Clause Offe sobre los viejos paradigmas vs los nuevos paradigmas políticos. Estos últimos se centrarían en contradicciones socioculturales, mientras que los primeros en contradicciones de base socioeconómica. Esta contradicción pierde centralidad para el autor y, por lo tanto, genera la decadencia de los sindicatos y de los partidos de la clase obrera para dar lugar a nuevos movimientos sociales cuyo eje es la defensa de identidades. Véase Offe, *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, 1988, Madrid: Editorial Sistema.

ración más difusa y volátil, tal como lo recuerda Álvaro García Linera (Klachko, 2015).

Aunque una parte de la izquierda intelectual se sumara a decirle “adiós al proletariado” (Gorz, 1981), este no desapareció ni como clase en sí ni como sujeto de lucha, pues en su sentido estricto —y no restringido, sino bien amplio— el concepto refiere a todas las personas que solo cuentan para la producción y reproducción de sus vidas con su fuerza de trabajo, sea esta física o mental, misma que deben vender a cambio de un salario a quienes poseen la propiedad sobre los medios de producción, logren o no hacerlo. Las modalidades del enlazamiento al capital van modificándose permanentemente con el cambio de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción, todo lo cual genera diversos escenarios y experiencias de lucha y, obviamente, cambia la morfología del universo asalariado⁵⁷.

Por otra parte varias de las organizaciones que se constituyen alrededor de una fuerte territorialización como el MST (puesta como ejemplo de ello y de autonomía integral por Zibechi) o agregamos, el movimiento comunal en Venezuela, constituyen parte de la base y fuerte apoyo —crítico, pero apoyo al fin— a los gobiernos progresistas de Brasil y revolucionario de Venezuela. Distinto es el caso del zapatismo que construye sus territorios generando estatalidades paralelas sin punto de encuentro ni intención de disputa del estado nacional. Los primeros también construyen estatalidad paralela, pero en una relación de apoyo crítico con los gobiernos, como la consigna de la Corriente Revolucionaria Bolívar y Zamora: “defender las conquistas, luchar por lo que falta”. Es muy interesante mencionar la marcha campesina admirable que se realizó en agosto de 2018 en la que campesinos y campesinas caminaron más de 500 km para ser escuchadas por el presidente Nicolás Maduro y que fueran recibidos todos y todas ellas en asamblea por el presidente, difundida en cadena nacional. Se han establecido acuerdos que las y los campesinos intentan hacer cumplir con duras medidas, es decir que el recibimiento por parte del alto representante del gobierno revolucionario no les desactiva, sino todo lo contrario, les empuja a profundizar las luchas.

57 Ver Tirado Sánchez y Romero, 2016.

Los horizontes y el estado

Para nuestras y nuestros autores el ocaso del viejo paradigma socialista revolucionario articulador de las luchas de las décadas de los sesentas y setentas, fue reemplazado por “un no-paradigma, un horizonte emancipatorio más difuso, donde prosperaron posturas de carácter destituyente y de rechazo a toda relación con el aparato del Estado”. Es cierto que la profunda crisis de representatividad desatada por la complicidad de muchos partidos y sindicatos de América Latina (¡para ni hablar de Europa!) con las políticas neoliberales de los noventas repercutió en todas las representaciones institucionales, incluidas las de la izquierda, abriendo profundos debates exigiendo una democratización de las organizaciones populares.

Este paradigma destituyente, como el “que se vayan todos” de la Argentina de 2001, con todas las dudas que suscita esta expresión, se correspondió con la fase de resistencia a los gobiernos neoliberales, pero luego, en varios países, se pudo sortear el obstáculo de la falta de representación política y de proyecto emancipador y se fueron constituyendo nuevos liderazgos y expresiones políticas que lograron acceder a los gobiernos nacionales, retomando las viejas banderas de lucha de los pueblos, como el socialismo, el buen vivir, la democracia, la defensa de la Madre Tierra, etcétera.

Por eso es importante subrayar que el proyecto destituyente de las luchas del pueblo se concretó para luego tornarse instituyente de algo nuevo, que a la vez incorpora la experiencia histórica previa, plasmado en las refundaciones constitucionales de las experiencias del núcleo duro del ciclo progresista. Una vez constituidos los gobiernos populares se pasa de la “fase heroica”, para utilizar palabras de García Linera, a cierto repliegue hacia la vida cotidiana que había sido tan afectada por las políticas neoliberales y a las arduas tareas de ejercer la función gubernamental.

A raíz de estos cambios y de las limitaciones que se imponen a la voracidad del capital —en mayor o menor medida—, la destitución de los gobiernos populares pasa a ser la preocupación obsesiva de las clases dominantes locales y sus jefes imperiales. Por eso, de prosperar la perspectiva destituyente que nuestros autores pretenden rescatar como uno de los elementos fundantes de los movimientos sociales que abrieron el ciclo progresista, cabría

ahora preguntarse, ¿destituyente de quién, o de quiénes? Porque una cosa es pretender derrocar a un gobierno que recupera los bienes comunes de la nación, se enfrenta al imperialismo -con mayor o menor envidia, pero se enfrenta con él- promueve la integración latinoamericana y redistribuye la riqueza, y otra muy distinta es hacerlo frente a los gobiernos neoliberales de ayer (Fujimori, Menem o De la Rúa, Sánchez de Losada, Salinas de Gortari, Fernando H. Cardoso, Sanguinetti, Abdalá Bucarám, etcétera) y de hoy. En relación a estos últimos esa vocación subversiva fue virtuosa, no así cuando se trata de deponer a los gobiernos de signo progresista que pese a sus limitaciones constituyen un fenómeno sociopolítico y de clase radicalmente diferente. Pueden tener, y tienen, muchas limitaciones. Pero es que la revolución no se resuelve con la pulcritud con que se demuestra un teorema de la trigonometría. Es algo infinitamente más complejo de lo que imaginan las y los “doctores de la revolución” que no formaron parte de ninguna y que ignoran que cada milímetro de avance supone ingentes esfuerzos y derribar innumerables obstáculos. Si se hace caso omiso de todas estas dificultades la crítica fluye como agua de manantial, pero es un agua envenenada por la ignorancia.

No menos enigmática resulta la propuesta de un horizonte emancipatorio difuso construido a partir del radical rechazo del Estado o sus aparatos. Esto revela una virginal inocencia que en el tenebroso mundo del imperialismo suele pagarse a precios exorbitantes. Porque, ¿cómo lograr la “emancipación difusa” que requiere librar una intensa, y por momentos violenta, lucha de clases en contra de las oligarquías dominantes y el imperialismo sin contar con el crucial protagonismo del Estado? ¿Cómo se preserva la Madre Tierra sin una legislación que controle y castigue la depredación capitalista? ¿Basta para ello con las exhortaciones de los movimientos sociales? Fue justamente ese divorcio entre movimientos sociales y Estado, o más precisamente, la complicidad del viejo estado oligárquico ecuatoriano con la Texaco y luego con la Chevron, antes del ascenso de Rafael Correa y que ahora vemos tristemente renacer, lo que explica el desastre producido en la Amazonía ecuatoriana. ¿Cómo se combate la precarización laboral y la concentración de la riqueza? ¿Basta con organizar asambleas hiperdemocráticas y horizontales para que

los capitalistas se inclinen ante el reclamo popular? Esta clase de razonamientos recuerda un pasaje de la Biblia en donde se cuenta que siete sacerdotes judíos hicieron sonar con fuerza sus trompetas logrando el milagro de derribar las imponentes murallas de Jericó. Leyendo a nuestros autores y a otras tributarias de una perspectiva política semejante parecería que bastara con que los sujetos sociales invoquen un difuso horizonte emancipatorio para que las murallas del capitalismo y el imperialismo se derrumben ante la potencia revolucionaria de su discurso. ¿Dónde y cuándo las clases subalternas pudieron derrotar al bloque dominante sin contar con el poder del Estado? ¡Un solo ejemplo, por favor, aunque sea uno solo! Pero Modonesi y Svampa hacen oídos sordos a estas reflexiones y concluyen que “rápidamente, se asistió al declive de las demandas y prácticas de autonomía y a la transformación de la perspectiva plebeya en populista, la afirmación del transformismo y el cesarismo —decisionista y carismático— como dispositivos desarticuladores de los movimientos desde abajo” (Modonesi y Svampa, 2016).

Sobre esto cabe también formular varios comentarios. Primero, ¿qué fue lo que ocurrió para que esos movimientos sociales velozmente arrojaran por la borda sus demandas y sus prácticas autonómicas? ¿Será acaso por la traición de sus jefes? —acusación favorita de las y los trotskistas desde tiempos inmemoriales, dirigida rutinariamente a todas las organizaciones que ellos no controlan—. ¿O no habrá sido que aquellas demandas tropezaron con un límite práctico que requerían, para el logro de sus objetivos, establecer algún tipo de relación con los aparatos estatales, sobre todo ante la existencia de gobiernos dispuestos a satisfacer sus demandas? Segundo, el tránsito de la irrupción plebeya al populismo merecería ser explicado muy cuidadosamente, aunque nomás fuera por la reconocida vaguedad que comporta el término populismo y que, en manos de su más importante cultor, Ernesto Laclau, servía para caracterizar la política de Hugo Chávez tanto como la de Álvaro Uribe. ¿Y qué decir del “cesarismo decisionista y carismático”? ¿Fue un ardid perverso para desarticular la vitalidad y el dinamismo de los movimientos sociales? ¿No sería más lógico pensar que si surgieron esa clase de regímenes políticos fue como producto de una constelación de

factores que, sin negarlos, excede con creces a los influjos de los movimientos sociales o la voluntad de los líderes estatales? ¿No había otros actores en las escenas políticas de los países que sobrevivieron al ciclo progresista y pugnaron por hacer retroceder el reloj de la historia? ¿No había allí oligarquías históricas, voraces burguesías, militares adoctrinados por Estados Unidos desde la Segunda Guerra Mundial, incontrolables poderes mediáticos y el papel omnipresente de “la embajada” —como lo demuestran hasta la saciedad los Wikileaks— todos conspirando para reprimir los anhelos emancipatorios de las masas y que, para neutralizar una contraofensiva de enemigos tan poderosos y tan bien organizados se requería una cierta concentración del poder político? En suma, ¿no había lucha de clases en los países gobernados por el progresismo?

¿Sobre qué bases se puede entonces pensar que la emergencia de fuertes liderazgos como los de Chávez, Lula, Kirchner, Evo y Correa fueron productos de “personalidades autoritarias” (un añejo tema de la sociología funcionalista de los años cincuenta) o una suerte de perversa “astucia de la razón” destinada a desmovilizar y desarticular los vigorosos movimientos sociales de finales del siglo pasado y comienzos del presente? En todo caso, ¿no sería prudente preguntarse acerca de los factores que explican la “verticalización” de los movimientos sociales, su dependencia del Estado, cuyos alcances, por otra parte, mal podrían generalizarse porque no tuvieron la misma fuerza en Bolivia y Ecuador que en Argentina? Y preguntarse, también, si efectivamente se produjo esa “monopolización de lo plebeyo” por parte de los gobiernos progresistas, cosa que en principio nos parece sumamente discutible y carente de persuasivo sustento empírico.

Modonesi y Svampa plantean que no pocos autonomistas radicales devinieron en furiosos populistas y asumieron la defensa y promoción irrestricta del líder. ¿No sería bueno también intentar explicar con los instrumentos del materialismo histórico la meteórica aparición de un liderazgo popular capaz de enturbiar la visión de los autonomistas y de subyugar la voluntad plebeya? O es que nuestros autores reposan sobre las teorías funcionalistas de la modernización según la cual un intenso proceso de cambios deja

a las masas “en disponibilidad” e indefensas para ser manipuladas a su antojo por un líder carismático.

Lejos de esta lectura equivocada es preciso recuperar el camino de la construcción colectiva de la historia, y analizar los hechos y procesos sociopolíticos como resultados del choque de múltiples sujetos que forman aquel “paralelogramo de fuerzas” referido por Engels (1890) y del cual surge la dirección del proceso histórico. Cabe preguntarse si la capitulación del autonomismo o la independencia política de los movimientos sociales y las organizaciones plebeyas no tiene mucho que ver con el hecho de que las fuerzas políticas progresistas o de izquierda en el gobierno pudieron expresar y dar satisfacción, aunque sea parcial, a las demandas de los diversos sujetos populares. Estrategias y proyectos que pueden corresponderse o no con las planteadas por algunas organizaciones, pero que evidentemente fueron leídas y articuladas —al menos en parte— por las fuerzas políticas y alguna/os líderes carismáticos. La experiencia concreta señala que las demandas que primaron y organizaron las estrategias objetivas de las luchas populares giraron en torno a la mejora en la calidad de vida y del trabajo, una mayor participación democrática, y mayores grados de soberanía política y económica frente a la entrega de nuestros países al imperialismo. Y estas demandas fueron, en mayor o menor medida según los casos, satisfechas por los gobiernos progresistas. Fue por eso que la reivindicación autonomista pasó, sin ser abandonada por completa, a un segundo plano.

Como hemos dicho más arriba el nivel de organización y la capacidad de movilización no son lo mismo en el grupo de países que constituyen el núcleo duro que en los del segundo anillo progresista, en los que el virus de la despolitización pareciera haber calado más hondo. Pero esa observable y relativa desmovilización producto también de la satisfacción de buena parte de sus demandas, no es completa, sino temporal, por oleadas, como lo conceptualiza García Linera. Es decir que no se vuelve a foja cero, sino miremos ahora la cantidad y calidad de luchas que se despliegan todos los días en Argentina, que ya lleva realizadas cuatro huelgas generales -momentos articuladores del conjunto de la clase obrera- en tres años contra las políticas de Macri. Actualmente desde variadas organizaciones del campo popular de dicho país

se intenta articular aún más las luchas y tejer una representación política que exprese esa alianza de fracciones de distintas clases que están en la calle y que pueda disputar en las elecciones de 2019. Para horror de estos autores, vuelven a tomar el “atajo electoral” (tal como lo denomina Zibechi). Pero... ¿Se podrá frenar el radical empeoramiento de las condiciones de vida de la gran mayoría del pueblo argentino y la ola represiva y desarticuladora de la organización popular y sus conquistas si no se triunfa en las próximas elecciones? ¿O, de nuevo, están proponiendo la vía insurreccional como el camino al poder a ser transitado por la resistencia plebeya? En suma, es preciso reconocer que existen momentos y fases, de distinta direccionalidad, al interior de un ciclo político de más larga duración. Lejos de ser flechas que ascienden ininterrumpidamente al diáfano cielo del socialismo las luchas populares tienen sus fases de ascenso, estancamiento y descensos, todo esto en virtud de su unidad interna y la efectividad de sus políticas de alianzas que en un momento dado le permiten adquirir fuerza y luego debilitarse, exhaustas de tantas refriegas. Pensar que ellas se desenvuelven siguiendo una ascendente trayectoria revolucionaria es una ilusión infantil, o una muestra de dogmatismo digna de los monjes medievales encerrados en sus conventos bien lejos de las ciudades, donde palpitan los conflictos y contradicciones de la vida real⁵⁸.

Productividad histórica y limitaciones de los “progresismos realmente existentes”

A nuestro entender el punto más débil de la argumentación de las y los autores con quienes debatimos consiste en incorporar bajo el rótulo de *progresismo* experiencias políticas y sociales muy distintas. Existe una importante diferencia entre aquellas experiencias que conformaron el núcleo duro del cambio de época progresista, que expresaron y expresan un horizonte poscapitalista y un segundo anillo progresista conformado por países con gobiernos en disputa, de los cuales los dos más relevantes por su peso geopolítico y económico han sido desalojados de la conducción de la maquinaria del estado. Hay una distinción entre las experiencias

58 Ver García Linera, 2015.

de alianzas en función de gobierno que se fijaron como objetivo la construcción de una sociedad no-capitalista: “socialismo del siglo veintiuno”, “socialismo bolivariano”, “sumak kawsay”, “vivir bien”, como se desprende de los casos de Venezuela, Bolivia y Ecuador; y otros cuyo objetivo era fundar un “capitalismo serio”, como se lo propusieron, sin éxito alguno, Lula da Silva en Brasil, Néstor Kirchner y Cristina Fernández en la Argentina, y, con mayor estabilidad, los gobiernos del Frente Amplio en Uruguay⁵⁹.

En lugar de esto se suele incomprensiblemente incluir, al menos en las reflexiones de Modonessi y Svampa (2016), bajo una misma categoría de “progresismo” a los gobiernos de Ricardo Lagos y Michelle Bachelet en Chile, claramente de centro derecha y casi conservadores, junto al Brasil, de Lula Da Silva y Dilma Rousseff, al Uruguay, de Tabaré Vázquez y Pepe Mujica, la Argentina de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner, al Ecuador de Rafael Correa, la Bolivia de Evo Morales, la Venezuela de Hugo Chávez y de Nicolás Maduro y la Nicaragua de Daniel Ortega y los gobiernos del FMLN en El Salvador, en particular el de Sánchez Cerén⁶⁰.

Quedan en la nebulosa, por omisión, los gobiernos de Fernando Lugo en Paraguay y de Manuel “Mel” Zelaya en Honduras. A Cuba, ¡menos mal!, no la incluyen en su progresismo descartable, pero se olvidan llamativamente, por cierto, de incorporarla en algún análisis o parte de sus textos. Para muchas y muchos autores enrolados en esta corriente Cuba simplemente no existe. Y Cuba es el faro de todos los procesos emancipatorios de América Latina y el Caribe. Nos parece imposible hablar de estos temas sin una referencia a la Revolución Cubana, cuya porfiada resistencia a los designios del imperialismo abrió la puerta a eso que el presidente Rafael Correa llamara “cambio de época”. Mucho más oscura y desgraciada habría sido la historia en América Latina y el Caribe si Cuba hubiese arriado las banderas del socialismo una vez desin-

59 Ver Borón, 2014.

60 No obstante, Modonessi y Svampa retroceden espantados ante su enumeración y aclaran, en el cuerpo del texto, que el progresismo abarca corrientes ideológicas y perspectivas políticas diversas, desde aquellas de inspiración más institucionalista, pasando por el desarrollismo más clásico, hasta experiencias políticas más radicales, de tinte plebeyo y nacional-popular o que terminaron declarándose socialistas.

tegrada la Unión Soviética, como se lo reclamaran con insistencia numerosos y numerosas líderes socialdemócratas, ya reconvertidos al neoliberalismo, de Europa y América Latina.

Para abreviar: el balance general de lo que Modonesi y Svampa engloban como los “progresismos realmente existentes” sentencia que estos fracasaron lamentablemente a la hora de introducir algún cambio mínimamente significativo. Zibechi (2017) va más lejos e involucra a las y los de abajo en su propio derrotero: “los movimientos también son responsables por las opciones que tomaron. En vez de construir mirando el largo plazo, preparándose para el inevitable colapso sistémico, tomaron el atajo electoral que los llevó a construir alianzas imposibles con resultados patéticos”.

En otros momentos al menos reconocen que el progresismo latinoamericano criticó al neoliberalismo, impuso cierta heterodoxia en las políticas macroeconómicas, mejoró la inclusión social, luchó contra la pobreza, etcétera. Pero dejan en las sombras una diferencia fundamental: que los gobiernos de izquierda –Venezuela, Bolivia y Ecuador– asumieron posturas y ejecutaron políticas más radicales en lo económico y social, construyeron notables constituciones que profundizaron la calidad democrática de sus países, hicieron de la naturaleza un sujeto de derecho (introduciendo una innovación fundamental en el derecho contemporáneo), y adoptaron planteamientos abiertamente antiimperialistas que las versiones más edulcoradas del progresismo, ni hablar del conservadurismo chileno, ni por asomo se atrevieron a ensayar. El ocultamiento del antiimperialismo en un cono de sombras es un rasgo común a las diversas familias trotskistas, neanarquistas, posmodernos de izquierda y a los pensadores liberales, cuya ceguera para ver ese fenómeno —o su empecinamiento en no querer verlo— llega a ser por momentos alucinante y que en consecuencia solo les permite ver el árbol y no percibir el bosque, con las consecuencias políticas que de ello se derivan.

A raíz de este planteamiento todos los gobiernos progresistas caen en un “populismo de alta intensidad” que se opone, absorbe y niega otras matrices ideológicas contestatarias, como la del indigenismo, el campesinado, las izquierdas clásicas y los autonomismos que desempeñaron, según esas y esos autores, un papel

importante en el inicio de la nueva época. En suma, se consolida un cambio controlado desde arriba, con líderes mesiánicos que “dan” cosas a un pueblo sumiso y sometido. El remate de esta interpretación es la caracterización de estos procesos progresistas (¿sin diferenciar al Chile de Bachelet de la Bolivia de Evo?) como “revoluciones pasivas” (Gramsci), o sea, como modernizaciones conservadoras que desmovilizan y subalternizan a los protagonistas del ciclo de lucha anterior.

Algunos autores, como Zibechi (2017), rescatan entonces aquellos grupos que han logrado sacudirse esa subordinación y emprender ¡finalmente! un camino de “autonomía” plantando oposición a los gobiernos populares. En la entrevista citada, el autor ponía como ejemplo de esto, y como punto iniciador de un nuevo ciclo de luchas, a los grupos de indígenas que se oponen a la construcción de la carretera que pasaría por el TIPNIS en Bolivia, que abrieron una punta de lanza (muy aprovechada y financiada) para el “oenegismo”⁶¹ funcional a la derecha y al imperialismo en su afán por debilitar la repostulación de Evo Morales como candidato presidencial. Uno de los referentes de esa disputa también viró para tomar el “atajo electoral” y lanzó su candidatura a presidente para competir contra “el Evo” en 2019⁶².

Es importante decir que -para estas y estos autores que tanto se rasgan las vestiduras porque supuestamente Evo no respeta los resultados electorales pese a haber admitido su derrota, por poco margen, en el plebiscito por su repostulación⁶³, el gobierno de los

61 Ver García Linera, 2015b.

62 Vargas, quien encabezó la VIII marcha en defensa del Territorio Indígena y Parque Nacional Isiboro Sécuré (TIPNIS), anunció la creación de un nuevo frente político, que buscará ser una alternativa para la población, de cara a las elecciones de 2019. “Estamos forjando una nueva alternativa sin ninguna participación de partidos políticos. Lo que busca esto es la unidad del pueblo boliviano, una unidad de criterios que a veces es muy difícil tener, pero no es imposible”, indicó Vargas. Recuperado de: <http://eju.tv/2017/12/presidenciales-de-bolivia-cinco-opositores-se-perfilan-como-candidatos-para-2019/>. ¡Forjar partidos políticos sin partidos políticos! Qué paradoja extraña ...

63 Sin tener en cuenta la enorme operación de prensa montada en los meses previos al plebiscito del 21 de febrero de 2016 para desprestigiar al presidente indio. Véase el documental *El cartel de la mentira* en el que se muestra como la prensa hegemónica le inventa un hijo no reconocido a Evo Morales que después dan por muerto y finalmente, una vez pasada las elecciones, claro, se

movimientos sociales implementó una consulta popular en las comunidades que irían a ser afectadas por el paso de la carretera y obtuvo como resultado que 8 de cada 10 habitantes de esas comunidades aprobaban su construcción, pero con ciertas modificaciones que el gobierno se comprometió a tomar.

Caracterización de los gobiernos “progresistas”

Modonesi y Svampa en el texto citado concluyen que hay tres limitaciones que impiden caracterizar a los gobiernos progresistas como “posneoliberales” o de izquierda⁶⁴. Primero, porque “aceptaron el proceso de globalización asimétrica” y sus consecuencias: límites a la redistribución de la riqueza, al combate a la desigualdad y al cambio de la matriz productiva. Tampoco avanzaron estos regímenes en reformas tributarias, más allá de tímidos intentos, y su política de recuperación de los bienes comunes para sus pueblos se hizo negociando con las grandes transnacionales de la industria, el agronegocio y la minería.

Ante esto cabe decir que la modificación de la globalización asimétrica es un proyecto que ni siquiera China está en condiciones de realizar, y que exigirle eso a un país latinoamericano revela un profundo desconocimiento del sistema internacional, de su carácter imperialista y de lo que nuestros países están en condiciones de hacer. En cuanto a que hubo límites en las políticas de redistribución de ingresos y riqueza es cierto, pero: ¿dónde y cuándo no los hubo? Reformas tributarias continúan siendo una asignatura pendiente, pero en algunos países en algo se avanzó, si bien no tanto como hubiera sido deseable. Por último, una vez más, si China concluyó a finales de los años setenta del siglo pasado que con sus propios recursos jamás podría garanti-

reconoce que nunca existió.

64 Algunos publicistas de los gobiernos progresistas, sobre todo en Brasil, insistieron en que en ese país ya se había llegado al “posneoliberalismo”, afirmación totalmente infundada como el tiempo se encargó de demostrar con particular crueldad. Solo en el “núcleo duro” de los gobiernos progresistas –Venezuela, Bolivia y Ecuador– se pudieron registrar algunos avances significativos en esa dirección. En menor medida hubo algunos progresos en la Argentina y menos todavía en Brasil y Uruguay. La matriz neoliberal instaurada en los noventa ha demostrado ser un hueso demasiado duro para roer.

zar el crecimiento de su economía para resolver los problemas de su población; que sin una asociación no-subordinada al capital extranjero, posible por la fortaleza de su aparato estatal, jamás darían el salto tecnológico requerido por el desarrollo de sus fuerzas productivas, ¿cómo podrían nuestros países prescindir de una negociación con quienes detentan un práctico monopolio de la alta tecnología?

A la luz de esto, ¿es razonable pensar que países latinoamericanos, incluyendo al Brasil, México y la Argentina, pueden lograr los avances económicos y sociales que esperan sin una negociación con las transnacionales que retienen en su poder los desarrollos tecnológicos más importantes de nuestro tiempo en las principales ramas de la economía? Tomemos el caso de Bolivia y el litio. Durante siglos la oligarquía de ese país mantuvo a su población en la ignorancia y el analfabetismo. ¿Cómo hacer para que, de la noche a la mañana, surja una capa de técnicos o técnicas del más alto nivel, familiarizados con la más actualizada metodología susceptible de ser empleada para la producción de litio? Por otra parte, la extracción y producción del litio, que es criticada por un irresponsable e incoherente pseudo ambientalismo (que seguramente use celulares o computadoras con baterías de litio), tiene un potencial enorme a desarrollar energía más limpia y renovable. Pero en Bolivia las transnacionales que elaboran el litio no tienen acceso al salar de Uyuni, que es de donde se lo obtiene y al cual solo ingresan las empresas estatales. Allí no entra el capital extranjero.

En cuanto a la desigualdad social suelen afirmar que durante la década pasada aquella se consolidó. Pero, solo por dar un ejemplo, ello no es así para Bolivia. Como señala García Linera (2015b) en 2005 “el 10 % más rico del país tenía 128 veces más ingresos que el 10% más pobre ubicándonos entre las sociedades más desiguales del mundo. Para el año 2009, esa diferencia ya se había reducido a 60 veces y continúa cayendo”. Para el total de América Latina, como lo muestra un informe de la CEPAL, la evolución de la pobreza pasó del 43,9 % en 2002 a 29,6 % en 2011, momento en que nuestros autores sitúan ese supuesto comienzo de un nuevo ciclo de lucha, y a 28 % en 2014. Mientras

que la indigencia ha pasado de 19,3 % a 11,6 % y 12 % respectivamente en esos años⁶⁵.

Respecto a la posibilidad de diversificar o modificar la matriz productiva podemos decir que, efectivamente, el cambio de la matriz productiva resultó ser muchísimo más complicado de lo imaginado. Uno de los pocos países que en años recientes lo hizo, en un lapso de 25 a 30 años, fue Corea del Sur saliendo de la segunda guerra mundial y de la propia guerra de Corea en el marco de la guerra fría, con mano dura sobre la población trabajadora por parte de una brutal dictadura —de las de verdad, no como vociferan contra Maduro y Evo Morales que se encuentran en las antípodas de lo que en nuestra América conocemos como dictaduras— y con la activa colaboración de los EE. UU. —que forzó la realización de una radical reforma agraria en Corea, para acabar con los bastiones del militarismo nacionalista de ese país—, cambios que Washington necesitaba para generar un “cordón sanitario” en contra de la expansión del comunismo triunfante en China. Ninguno de estos factores opera en los países latinoamericanos. Teniendo en cuenta la estructural dependencia externa de nuestros países, que fue cambiando su modalidad, pero sigue vigente desde hace más de 500 años, sin un avance más profundo y concreto de la unidad e integración latinoamericana es bastante improbable que en un corto plazo se logre modificar radicalmente la matriz productiva de nuestros países. Máxime en un contexto económico mundial como el actual, con el virulento resurgimiento del proteccionismo.

Democracia y polarización

Pero lo que de ninguna manera ocurrió fue algo que estas y estos autores también mencionan: que se criminalizara la protesta so-

65 Panorama económico y social de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños, 2014, recuperado de: <https://cpalsocial.org/documentos/167.pdf>. Las estadísticas corresponden a 19 países, entre los que no se incluye Cuba, sus indicadores sociales elevados están gratamente diferenciados del resto de América Latina. Se señala que a principios de la década de 2000 en la mayoría de los países de la región se inició un proceso de reducción de la desigualdad que a 2014 se mantenía. Entre 2002 y 2013 el índice de Gini promedio cayó aproximadamente un 10 %.

cial o se produjera un deterioro de los derechos adquiridos o se desconocieran los de los pueblos indígenas. Y en caso de que se hubiera producido algo en esa dirección esto no obedeció a una política sistemática sino a excepciones producto de circunstancias coyunturales. Sin embargo, las y los autores sugieren que al igual que en otros aspectos las políticas represivas continuaron en los gobiernos de signo progresista, lo cual es un error solo atribuible a un malsano encono en contra de estos gobiernos. Encono que no por casualidad corre en paralelo con su llamativo silencio en relación a las masivas violaciones a los derechos humanos y las libertades públicas perpetradas por los gobiernos México, Honduras, Colombia, Guatemala y Perú, que ni por asomo suscitan la indignación y la fiereza crítica que sí les provocan las flaquezas y limitaciones de los gobiernos del “ciclo progresista”.

Hay empero otra limitación más que habría impedido el tránsito del progresismo hacia el posneoliberalismo. En palabras de Modonesi y Svampa: “la concentración de poder político, la utilización clientelar del aparato del Estado, el cercenamiento del pluralismo y la intolerancia a las disidencias”. Críticas que suenan demasiado parecidas a las que emiten personajes como Mario Vargas Llosa o Carlos Alberto Montaner, o algunas de las ONG radicadas en Estados Unidos y que fustigan sin cesar a Venezuela o Nicaragua, pero se mantienen silentes frente al drama de los casi 8 millones de desplazadas y desplazados por el paramilitarismo y el narcotráfico en Colombia, para citar solo uno de los varios ejemplos posibles. Una vez más nos hallamos ante una crítica indiferenciada que en su generalidad nada explica ni nada permite entender. No solo eso, en su temeraria aseveración las y los autores hablan, sin aportar un solo dato concreto, de cuestiones tan graves como violación de derechos humanos e, inclusive, de una clara complicidad de los gobiernos progresistas —de nuevo, todos sin excepción— con las estrategias de restauración derechista por la vía electoral. El remate de este disparate es la afirmación de que “salvo parcialmente en el caso del Poder Comunal en Venezuela [...] el andamiaje estatal y partidocrático propio del (neo) liberalismo” ha quedado intacto. Las nuevas y radicales constituciones de Venezuela, Bolivia y Ecuador, que abrieron rumbos en la protección de la naturaleza y en la expansión de los

derechos democráticos son arrojadas por estas y estos autores, sin más miramiento, al trasto junto con la estatización de los bienes comunes y todo un conjunto de cambios que desataron la feroz reacción de la derecha vernácula y el imperialismo. Se verifica una vez más la verdad contenida en el refrán que dice que no hay peor ciego que el que no quiere ver. En cambio, para nuestros autores no fueron esas políticas las que despertaron la furia del arco opositor, sino que la “retórica plebeya produce la polarización de las sociedades y el empoderamiento de las derechas”, y no solo se quedan ahí, sino que también aducen que “la polarización populista nos deja sociedades dañadas, con heridas profundas que son heridas difíciles de sanar” (Svampa, 2018).

Una vez más no son las trabas de las élites dominantes a los avances en las conquistas de derechos o construcción de nuevas relaciones sociales las que generan las heridas, sino la polarización provocada artificialmente por las y los líderes populistas. En Argentina dicha polarización fue propagandizada por los medios hegemónicos como “la grieta” creada artificialmente por el kirchnerismo. Como si la sociedad capitalista no estuviera construida sobre una abismal grieta de clases y su correspondiente polarización en todas las dimensiones que se preocupan mucho en reproducir. Las apuestas a reducir las grietas mediante la conciliación de clases aun dentro del capitalismo son cíclicamente destruidas porque terminan afectando la tasa de ganancia con el crecimiento de los derechos y reclamos populares.

Las heridas difíciles de sanar lo son en todo caso para las clases dominantes, como los hidrocarburos nacionalizados en Bolivia, o la estatización de las AFJP (empresas aseguradoras de jubilaciones y pensiones) en Argentina, o los grandes avances en la unidad latinoamericana. También Svampa (2018) habla acerca de ciertas “incomodidades que generaron los gobiernos progresistas”, a lo que se puede responder con palabras de Cristina Fernández (2015) cuando dijo: “dejamos un país incómodo, sí, pero incómodo para los poderosos, no para el pueblo. Un país cómodo para el pueblo e incómodo para las élites”.

Y nuevamente constatamos la ausencia casi total en los análisis de los condicionantes históricos estructurales y, sobre todo, de las relaciones de fuerza internacionales, de la geopolítica del imperia-

lismo en la que se insertan estas experiencias, que no construyen sus proyectos sobre el agua límpida de un arroyo, sino sobre la historia heredada y las municiones pesadas de los poderosos del mundo. Tampoco se tiene en cuenta una subjetividad popular cargada de las ideas dominantes de la época, que son, como dijera Marx, las de la clase dominante, que trabajosamente se han propuesto desde varios gobiernos populares desandar mediante una pedagogía descolonizadora. Mientras tanto aquellos países que aún son gobernados por alianzas populares van construyendo escudos para proteger las conquistas sociales.

Llama la atención cuánto hacen estos y estas intelectuales que se dicen parte de una izquierda latinoamericana para contribuir a romper esos escudos de los pueblos. Veamos.

Tomar partido (por el enemigo). Una nota ilustrativa

A continuación, relatamos un episodio que constituye una muestra cabal de cómo estos posicionamientos intelectuales inciden de la peor manera en batallas decisivas. No son debates que se quedan en las frías paredes de las academias, sino que saltan llevados por sus voceros y voceras a la arena de la lucha de clases, pero no justamente del lado del pueblo. Contribuyen a la construcción de relatos funcionales no solo a las derechas locales ansiosas de recuperar el botín perdido del estado, sino a las ofensivas imperialistas más descarnadas, en este caso, de los avances en la amenaza de intervención militar en Venezuela.

En el marco de un proceso de creciente violencia opositora y destituyente desplegada entre abril y julio de 2017 por la derecha venezolana, movilizando a cierta juventud de clase media, algunos estudiantes de universidades privadas y las y los onegeista financiados por las agencias de “desarrollo” del primer mundo, sobre todo de EE. UU., a los que hay que agregar un cierto número de mercenarios -que luego fueron identificados apareciendo en los disturbios que tuvieron lugar en Nicaragua en 2018-, varios de las y los autores que aquí citamos y muchos otros y otras que se inscriben en similares líneas de pensamiento (y alineamiento) redactaron y firmaron una solicitada titulada: “Llamado internacional urgente a detener la escalada de violencia en Venezue-

la”, en la que acusaban al estado y al gobierno bolivariano de la responsabilidad de la violencia y de transitar hacia un régimen totalitario. Nos enteramos de esta solicitada por su publicación en la prensa de derecha (Infobae, 2017)⁶⁶.

Luego de que a fines de marzo el Tribunal Superior de Justicia asumiera temporalmente las competencias parlamentarias de la Asamblea Nacional —que se encontraba en desacato por juramentar a tres diputados impugnados por hechos de fraude⁶⁷— debido a la necesidad de avanzar con acuerdos económicos paralizados en dicha asamblea tan venerada por la religión institucionalista de nuestros autores, y aun cuando debido al conflicto

66 Días antes de la edición de este libro apareció una nueva declaración de casi las y los mismos intelectuales que firmaron la mencionada declaración de 2017. En esta nueva misiva condenan -menos mal- la posibilidad de una intervención militar de los EE. UU. y la escalada golpista que se profundiza con la autoproclamación como presidente encargado de un ignoto diputado de la fracción más ultraderechista de la oposición. Pero, mucho más en primer plano y utilizando más espacio, apuntan contra un supuesto “autoritarismo y represión” del gobierno de Nicolás Maduro. Proponen una tercera vía que existe solo en su imaginación, y abonan la tristemente célebre en Argentina “teoría de los dos demonios”. Recuperado de: <https://www.ecopoliticavenezuela.org/2019/01/29/declaracion-internacional-detener-la-escalada-del-conflicto-politico-venezuela/>. Desde otras usinas que se declaran progresistas y que, incluso, defendieron abiertamente a otros gobiernos progresistas también se criticaron, aunque con un perfil mucho más bajo, las medidas del gobierno venezolano y del Superior Tribunal de Justicia, por ejemplo, el Centro de Estudios Legales y Sociales. Es insoslayable tener en cuenta que algunos de sus soportes financieros son la Fundación Ford y la Open Society Foundation creada por el magnate George Soros. Recuperado de: <https://www.cels.org.ar/web/organizacion/financiamiento/>

67 “La decisión tomada por el TSJ se produjo en virtud de un recurso de interpretación interpuesto por la Corporación Venezolana del Petróleo, S.A. (CVP) al artículo 33 de la Ley Orgánica de Hidrocarburos, referente a la constitución de empresas mixtas, que exige la aprobación de la AN y la misma se encuentra en situación de omisión legislativa”. Recuperado de: <http://web.elsubmarinojuy.com.ar/claves-para-entender-la-sentencia-del-tsj-en-venezuela/>. Es importante destacar que desde sus inicios, a principios de 2016, esta asamblea en la voz de su principal representante, Julio Borge, manifestó que su objetivo era generar los mecanismos institucionales para desalojar al presidente de su cargo, lo que incluyó giras implorando la intervención militar extranjera y súplicas a las fuerzas armadas para dar un golpe de estado contra Nicolás Maduro en varias ocasiones. Esta información se puede encontrar fácilmente en internet.

suscitado se retrocedió con estas medidas, comienza esta nueva ola de violencia explícita como continuidad de las llamadas guarimbas de febrero de 2014 que habían dejado 43 muertos en el plan “la salida” para desalojar a Nicolás Maduro de la presidencia.

Venezuela estaba al borde de la guerra civil inducida por la táctica insurreccional de las oposiciones de derecha conducida por un estado mayor conjunto con sede en la secretaría de estado de los EE. UU. Estaban convencidos que iban a lograr el levantamiento de las masas populares y quebrar a la Fuerza Armada Nacional Bolivariana (FANB). Pero lo que lograron fue erosionar aún más su propia base social mostrando descarnadamente su disposición a la violencia y el odio al pueblo, esta vez dejando 172 muertos⁶⁸. Es importante mencionar la muerte de 3 personas producto de la quema y linchamiento por ser o parecer chavistas, entre otras atrocidades cometidas. Esta táctica violenta fue desplegada con toda crudeza ante un gobierno nacional que decidió no implementar la represión estatal en la medida que lo hubieran hecho cualquiera de los gobiernos de los países occidentales capitalistas ante una centésima de estos disturbios, desencadenando una masacre social.

En ese contexto y apenas un día antes de ser tratada en la OEA la sanción e intervención a Venezuela a instancias del converso secretario general de ese organismo, Luis Almagro —expulsado recientemente del Frente Amplio uruguayo (2018) por su mismo fanatismo antivenezolano y promotor de la intervención militar—, publican la mencionada solicitada. Allí invitan a “colocarse por encima de esta polarización” como si tal cosa fuera posible, como hemos debatido líneas arriba. Dejan en evidencia su admiración por la democracia petrificada que sucede bajo reglamentos en los grandes edificios parlamentarios que cristalizan viejas relaciones de fuerza, ya perimidas, aunque dentro se cocinen todas las opciones de golpe de estado, intervenciones militares, atentados y guerra económica, más que a las democracias protagónicas y participativas —que además dan vida a nuevas instituciones—,

68 Véase descripción exhaustiva de todas las víctimas con nombres y apellidos y sus causas y causantes en: [file:///C:/Users/Paula/Downloads/investigacion-periodica-3adstica-vc3adctimas-fatales-de-la-violencia-polc3adtica-abril-septiembre-2017-actualizado-15-09-17-con-mapas%20\(1\).pdf](file:///C:/Users/Paula/Downloads/investigacion-periodica-3adstica-vc3adctimas-fatales-de-la-violencia-polc3adtica-abril-septiembre-2017-actualizado-15-09-17-con-mapas%20(1).pdf)

como la de esos campesinos y campesinas que recuperan tierras y las gestionan en comunas socialistas, y que son recibidos y estimulados a seguir luchando por el alto mando revolucionario o las propias comunas que rápidamente serían arrancadas de la faz de la tierra de acceder al gobierno esas derechas aliadas al imperialismo sedientas de volver al privilegio de pertenecer a una colonia petrolera estadounidense.

A pesar de que la declaración termina con la siguiente frase: “las salidas a tales crisis siempre son largas y complejas, pero requieren más democracia, nunca menos”, denotan la convocatoria a una elección para la Asamblea Nacional Constituyente, que fue lo que justamente puso fin de un día para el otro de manera pacífica, democrática e institucional a esa escalada violenta de la oposición imperialista. Esta última por supuesto que no se dio por vencida y recurrió a otras tácticas, como la intensificación de la guerra económica y el boicot electoral visto su impedimento de volver a ganar elecciones, así como una renovada ofensiva diplomática, y un bloqueo financiero y comercial impulsado desde EE. UU. y Europa, con la complicidad de los gobiernos de derecha de la región.

Terminamos con estas palabras de la contradecларación redactada por Lautaro Rivara para la Red de Intelectuales y Artistas en Defensa de la Humanidad, REDH (Cuba Debate, 2018) y apoyada por importantes firmas de una intelectualidad orgánica a la emancipación popular: “Solo Venezuela, partera de este nuevo ciclo histórico, puede, con su caída, sellar su clausura irremediable. Así lo ha entendido Estados Unidos, más no así, pareciera, algunos de nuestros más prestigiados académicos”.

¿Un nuevo ciclo de luchas?

Por último, las y los autores revisados coinciden en dictaminar que los gobiernos progresistas contribuyeron a desactivar aquellas tendencias emancipatorias que se gestaban en los movimientos antineoliberales, o a anestesiar a las masas, o a desmovilizar a los sujetos organizados. Una (relativa) desactivación que no sería el natural reflujó de un ciclo de luchas o el reposo sigue a la satisfacción de las demandas largamente exigidas, o la canalización

institucional de la lucha de clases cuando los que comandan los Estados ofrecen esa apertura, incluso jugando en contra del poder. Se trataría, en cambio, de una verdadera traición de las fuerzas de izquierda o centroizquierda cuyo desenlace es el “fin del ciclo progresista”, que se produce por derecha y no por izquierda.

De todos modos, los autores no se desaniman pues perciben, diríamos que, con indisimulable alivio, que el derrumbe de aquellos gobiernos da lugar al nacimiento de nuevas resistencias saturadas de rasgos y componentes antisistémicos que antes se agitaban en las entrañas del progresismo pugnando por abrirse paso y que ahora, ante su final capitulación, emergen con fuerza. Así algunos de ellos destacan la emergencia desde 2010 de un nuevo ciclo de luchas que nace bajo los modelos “extractivistas”⁶⁹ de derecha y de izquierda. Este supuesto “nuevo ciclo de luchas” coincide con una creciente inserción de la derecha en las bases, a través de financiamientos varios, reclutamiento de jóvenes, principalmente mediante ONG y congregaciones religiosas como el neopentecostalismo⁷⁰, de nefastas consecuencias en las últimas elecciones presidenciales de Brasil.

Pero para estas y estos autores los componentes de este venturoso renacimiento serían el cuestionamiento del extractivismo, las novedosas gramáticas de lucha de los nuevos movimientos socioambientales, colectivos culturales y asambleas ciudadanas constructoras de una nueva narrativa emancipatoria⁷¹. No aso-

69 Véase Entrevista a Zibechi Op. Cit. El autor pone como ejemplos de ese nuevo ciclo de lucha a la marcha en defensa del Territorio Indígena y Parque Nacional Isiboro-Secure (TIPNIS) en 2011, al que ya hicimos referencia, y a una toma de tierras en un parque de la ciudad de Buenos Aires en el marco del proyecto de ciudad excluyente durante la jefatura de gobierno de Macri, en el que el gobierno nacional en aquel entonces de Cristina Fernández de Kirchner se distanció y condenó los ataques de la policía contra los ocupantes. En una investigación se muestra que “lo que hubo fue la suma de estrategias familiares, que obligaron luego a algún tipo de organización, que por lo corto del tiempo de los hechos, solo alcanzó niveles mínimos de diálogo y debate para tomar decisiones” (Cravino). Además, fueron hechos donde estuvieron presentes las disputas entre gobierno nacional y de la ciudad, de pobres contra pobres, con notable presencia de militantes de derecha y de izquierda, y no dio lugar a la constitución de ninguna nueva organización ni movimiento.

70 Ver Calderón y Zúñiga, 2018.

71 La crítica al extractivismo de las experiencias progresistas expone con cla-

man en este cuadro de situación las y los trabajadores y humildes de Nuestra América que vieron mejorada su calidad de vida y que ahora sufren los embates reaccionarios de los Macris, los Bolsonaros y sus émulos en toda la región.⁷²

En todo caso se observan en Nuestra América experiencias disímiles en los diversos territorios. Mientras que en Bolivia y Venezuela nuestros autores se detienen a ponderar los grupos que se levantan contra los gobiernos de izquierda, se consolida una fuerza revolucionaria con una sólida base social, sin la cual sería imposible explicar la tenaz persistencia de esos proyectos revolucionarios al timón del aparato de estado, pese a los ataques que reciben sin pausa. En cambio, en países con gobiernos surgidos de golpes de estado hemos visto ensayar crecientes formas de resistencia, como el caso de Honduras, así como vemos en otros casos que las masas se han replegado cediendo la iniciativa a las clases dominantes, como en Brasil. En Argentina el crecimiento de las luchas por fuera de los canales institucionales toma fuerza cuando comienzan a sentirse las consecuencias de las políticas de concentración del capital y de entrega de soberanía del gobierno de derecha que asume en diciembre de 2015. En todo caso podríamos hablar de un nuevo ciclo de luchas en este sentido, dado que, si nos posicionamos desde el campo del pueblo, y entonces nos referimos a las luchas de los pueblos, deberemos poner el foco en aquellas que resisten a las medidas que el capital trasnacional impone a través de sus gobiernos subordinados.

ridad la irresponsabilidad de los “anti-extractivistas”, para decirlo con la mayor benevolencia. Por ejemplo, aún estamos esperando que digan cómo hará Bolivia, que en 25 años doblará su población, para construir las escuelas, viviendas, hospitales, caminos y puentes que requerirá la duplicación del número de sus habitantes. ¿O es que todo eso se construirá sin hierro, cemento, cobre, sin aprovechar sus recursos gasíferos, por la sola magia del discurso? No parece ser una crítica seria. Para un examen detallado de este asunto ver Boron, 2014.

72 Una crítica devastadora a estas venturosas novedades de la lucha política se encuentra en el ya citado texto de Romano y Díaz Parra, especialmente cuando analizan el desenlace fatal del entusiasmo por las “microutopías” y el paralelo desprecio por todo lo que huele a “organización” y “estrategia”, cuestiones estas ya anatemizadas en sucesivas obras de Hardt y Negri y su alucinante exaltación de las multitudes nómades, inorgánicas, espontáneas, desclasadas como las alternativas únicas al fantasmagórico imperio de su teorización que, por supuesto, no guarda conexión alguna con el imperio “realmente existente”.

Desde el campo popular y sus organizaciones, que han acumulado una gran experiencia de lucha contra el neoliberalismo en los '90, es difícil pensar que esperarán impasibles a que pase otra década de barbarie neoliberal arrasando con todas sus conquistas. Por el contrario, ya han comenzado a movilizarse y están debatiendo con qué herramientas políticas y con qué proyectos volverán a disputar los gobiernos en las próximas elecciones. Es decir que las operaciones de despolitización tienen sus efectos en parte de la población, pero hay otra e importante que, espoleada por la ferocidad de la crisis, se repolitiza y se moviliza. Álvaro García Linera hace poco expresaba con razón que

[...] lo importante es que esta generación que hoy está de pie vivió los tiempos de la derrota, del neoliberalismo, vivió los tiempos de la victoria temporal de los gobiernos progresistas y revolucionarios y ahora está en este periodo intermedio. Por lo tanto, tiene el conocimiento, tiene la experiencia, para poder volver a retomar la iniciativa. A diferencia de los años 60 o 70 cuando se aniquila una generación, la derrota política y militar y la construcción de una nueva generación va a tardar 30 años. Aquí no, aquí es una misma generación que ha vivido derrota, victoria y temporal derrota y por lo tanto puede tener el conocimiento, la habilidad táctica, la capacidad de construcción de ideas fuerza como para volver a retomar la iniciativa. Si no hacemos eso, este periodo de toma parcial de iniciativa de la derecha puede extenderse y puede ampliarse a otros países de América Latina, lo que sin duda significaría una catástrofe porque, como ya estamos viendo, allá donde triunfa la derecha, derecha es: recorte de lo social, recorte del Estado, recorte de derechos y por lo tanto recorte del bienestar de la población, que fue lo que se logró en esos diez años virtuosos de gobiernos progresistas (Granovsky, 2016).

Por otra parte, las políticas agresivas y descarnadas que los representantes del capital concentrado descargan desde los gobiernos contra el pueblo genera condiciones para que algunas capas y grupos sociales o sus organizaciones, que se habían mostrado descontentas con determinadas políticas de los gobiernos progre-

sistas de ahora o de antes, puedan confluír en acciones conjuntas con los demás grupos que se oponen a los gobiernos de derecha. Saben, por experiencia propia, que estos procurarán avanzar muchos más que los anteriores por sobre sus derechos y los de la Madre Tierra, potenciando el poderío y los privilegios de los verdugos de las clases populares, como por ejemplo hizo el presidente argentino Mauricio Macri al eliminar las retenciones (impuestos sobre sus exportaciones) a las empresas mineras y a ciertas ramas de la agricultura, entre otros beneficios otorgados a su propia clase; y como también lo hizo Temer en Brasil generando un retroceso rápido y profundo en la calidad de vida de la población mediante la aplicación de las políticas neoliberales. Frente al desastre social que generan los gobiernos de derecha a su paso, se van construyendo unidades en la acción, en la lucha, en la calle, y se intenta tejer incluso representaciones políticas unitarias de ello, con mayor a menor éxito.

En Brasil, con la ilegal e inconstitucional proscripción de Lula ordenada por el juez Sergio Moro, aupado por el proyecto “Puentes” promovido por EE. UU. para supuestamente “luchar contra el terrorismo”.

El encarcelamiento de Lula acrecentó su popularidad y, operación mediática de por medio, se produjo una polarización política que satanizó a Lula y el PT y que tras el triunfo de Jair Messias Bolsonaro pone en juego la continuidad de un capitalismo con algo de democracia en el gigante sudamericano. En Argentina también se observan aglutinamientos en torno a la figura de Cristina Fernández a pesar de la ofensiva diaria que la acusa de corrupción a ella y su entorno. En Colombia y en Chile van creciendo organizaciones —la Colombia Humana y el Frente Amplio— que disputan y acumulan electoralmente con programas moderados, en sociedades donde la contradicción principal es: guerra civil o paz, en el caso de la primera; y, los legados de la dictadura pinochetista o, finalmente, un avance resuelto hacia la democracia, en el caso del segundo. En ambos casos hoy gobiernan los representantes de la guerra y de la dictadura respectivamente. La contradicción democracia o dictadura parece extenderse en nuestros territorios, como en Brasil. Y, volviendo a la actualidad, es en México donde una coalición de centroizquierda

destruye electoralmente al anquilosado PRI y gana las elecciones en este 2018 abriendo grandes expectativas en todos los pueblos de América; que si bien será un gobierno en disputa —como lo es el de Uruguay actualmente y como lo fueron también los gobiernos progresistas de Argentina y Brasil—, acaba con 36 años de entreguismo y plantea retomar una senda soberana, de frenar la militarización para acabar con la tragedia social y lograr cierta redistribución de la riqueza.

Es importante hacer notar que incluso en los movimientos más transversales y masivos como la *ola verde*⁷³ feminista en Argentina, hay un grado muy considerable de presencia de organizaciones políticas y los mismos reclamos por los derechos de las mujeres aparecen íntimamente ligados a los derechos de la población en general y señalando a los culpables políticos de la pérdida de conquistas: el gobierno de Macri y sus políticas neoliberales. La posible coincidencia entre las y los nuevos y los clásicos sujetos y sus respectivas formas y estrategias de lucha abre así insospechadas posibilidades de resistencia tanto contra las tentativas restauradoras de la derecha como ante las insuficiencias y vacilaciones del progresismo; defendiendo las conquistas realizadas en el pasado, y entendiendo que los gobiernos de izquierda dentro del amplio espectro del progresismo son, por ahora, la garantía del sostén institucional de esas conquistas.

Horizontes emancipatorios y batallas estratégicas: una reflexión final

El actual es un momento de impasse del ciclo progresista en Nuestra América; pero nada autoriza a pensar que ese ciclo ha concluido. Consideramos, por consiguiente, que la decisión de someter a discusión la totalidad de la experiencia de los gobiernos subsumidos bajo el confuso rótulo de “progresismo” debe ser bienvenida, porque sin duda hubo, y habrá, errores, turbulencias y contradicciones, como en cualquier otra experiencia política. La ofensiva imperialista y de las clases dominantes vernáculas que

73 El masivo protagonismo de jóvenes mujeres y de otros géneros en las calles se denomina así por los pañuelos verdes que simbolizan la lucha por la despenalización del aborto.

despliegan una revancha clasista descomunal pueden generar un escenario de crispación social que precipite el retorno de gobiernos de otro signo. Por lo tanto, la crítica y, en especial, la autocrítica de las experiencias gubernamentales, son importantes para ir más a fondo con las reformas sociales indispensables y evitar los errores cometidos en el pasado.

Una de las principales enseñanzas que nos dejan los gobiernos populares del cono sur desalojados por golpes de estado o por estafas pre o poselectorales es que las concesiones a la derecha, al contrario de lo que se pretende, solo sirve para debilitarlos y precipitar su ruina. Otra muy importante tiene que ver con reconocer que la lucha de clases no puede pasar solo por la vía institucional, lo cual es importante cuando la correlación de fuerzas lo permite, pero no se debe abandonar “la calle” y la lucha. Solo esta puede detener los afanes golpistas de la derecha, que como se comprobó en Honduras, Paraguay y Brasil, pueden procesarse sin mayores contratiempos en los marcos institucionales del estado burgués. Maduro tiene la calle —y las fuerzas armadas—, Dilma no la tenía. Y esta diferencia explica la distinta suerte de uno y otra. Tercero, las fuerzas progresistas y de izquierda —decepcionadas por la derrota de la “vía armada”— no pueden caer ahora en el error de apostar todas sus cartas exclusivamente en el juego democrático-electoral. No olvidar que para la derecha la democracia es solo una opción táctica, fácilmente descartable. Las elecciones son solo una de sus armas: la huelga de inversiones, las corridas bancarias, el ataque a la moneda, los sabotajes a los planes del gobierno, los golpes de estado e inclusive los asesinatos políticos⁷⁴ han sido frecuentemente utilizadas a lo largo de la historia latinoamericana y últimamente la persecución y operaciones de proscripción mediática y judicial denominada *lawfare*. Por eso las fuerzas del cambio y la transformación social, ni hablar los sectores radicalmente reformistas o revolucionarios, tienen siempre que tener a mano “un plan B”, para enfrentar a las maniobras de la burguesía y el imperialismo que manejan a su antojo la institucionalidad y las normas del estado capitalista⁷⁵. Y esto supone

74 El último y más grave ejemplo fue el intento de magnicidio al presidente Nicolás Maduro el 4 de agosto de 2018 organizado y financiado por la oposición venezolana desde Colombia y EE. UU.

75 Por ejemplo, en Honduras frente al cierre total por parte de las clases

la continuada organización, movilización y educación política del vasto y heterogéneo conglomerado popular, cosa que pocos gobiernos progresistas se preocuparon por hacer.

En estas y estos autores analizados se observa una animosidad contra esos gobiernos que impiden ver que desde el punto de vista de la vida concreta de millones de hombres y mujeres que conforman nuestros pueblos, sin duda el bien primó sobre el mal durante más de diez años, en los que pese a que no se ha “dado vuelta la tortilla”, se han logrado importantes conquistas materiales, culturales, políticas, en derechos humanos y civiles, y avances en el sueño de la integración latinoamericana, que dignificaron y significaron una fenomenal ampliación de la ciudadanía, —es decir: ampliación de derechos aun dentro del sistema capitalista— al igual que los llamados procesos nacional-populares o populismos de mediados del siglo veinte. Y de ninguna manera se ha congelado la dinámica de construcción política y social del campo popular desde abajo, aunque siempre se necesita que sea más y más profunda.

El hecho de que ahora se produzcan renovadas luchas contra las restauradas políticas neoliberales muestra que esas fuerzas están presentes y activas. La dialéctica de la historia que, obviamente se aleja de cualquier revolución de manual, nos enseña que,

dominantes de las vías institucionales luego del grotesco golpe de estado que continúa, Manuel Zelaya convoca a conformar comandos insurreccionales, aunque con el método de la no violencia, sin abandonar la participación electoral, hasta que caiga el dictador surgido del fraude. El día de las elecciones, el 26 de noviembre de 2017, el Tribunal Supremo Electoral hizo un anuncio parcial de los resultados electorales a la madrugada que, con el 57,19 de las actas escrutadas, daba como claro ganador al opositor Salvador Nasralla. Sin embargo, se cortó la energía y se cayó el sistema (640 veces, según denunció la oposición) hasta que la tendencia increíblemente se revirtió: el presidente en ejercicio y candidato a la reelección, Juan Orlando Hernández (JOH), terminó consagrado ganador. Por si fuera poco, ese resultado se anunció 21 días más tarde, y en medio de una gran cantidad de denuncias de fraude, incluso la OEA se vio obligada a dictaminar el fraude, y en un principio, el proceso electoral fue desconocido por Naciones Unidas y por la Unión Europea, aunque después no se escuchó más nada, pues, claro, el gobierno de EE. UU. reconoció oficialmente al nuevo presidente. Frente a ello hubo movilizaciones masivas en todo el país y sostenidas en el tiempo. Pero el gobierno decretó un toque de queda y desplegó a las Fuerzas Armadas, la Policía Militar y la Policía Nacional por todo el país. Al menos 34 manifestantes fueron asesinados.

aun con todas sus contradicciones, lo que viene después de los gobiernos progresistas —y mucho más lo será de los revolucionarios— son salvajes intentos restauradores y de escarmiento social, lanzados para recomponer la dominación del capital, maximizar sus tasas de ganancias removiendo a cualquier costo las limitaciones impuestas por movimientos y gobiernos populares. En varios de nuestros países el ataque de la derecha puso a los movimientos sociales en guardia y ya se están erigiendo fuertes resistencias a aquellas tentativas. Por ello, la defensa de los procesos progresistas y revolucionarios que están de pie -aún bajo el intenso e incesante fuego económico, político y mediático del imperialismo y la reacción- es la batalla estratégica de nuestro tiempo. Defensa que no excluye una necesaria autocrítica para rectificar rumbos, pero sin dejar de señalar que, vistos en perspectiva histórica, los aciertos históricos de estos procesos superan ampliamente sus desaciertos y limitaciones.

Queda por ver en esta etapa histórica que se abre con el ascenso de la ultraderecha en el plano internacional y, por cierto en una parte importante de Nuestra América, qué capacidad de resistencia ofensiva podrán desplegar los pueblos en la oposición a los gobiernos de ese signo político y en apoyo de los gobiernos populares, para poder relanzar el ciclo progresista que se iniciara a principios del siglo XXI y que hoy, aún con sus problemas, se encuentra de pie pero acosado por múltiples acechanzas.

Excursus: Bolsonaro y el fascismo⁷⁶

No podríamos poner punto final a este extenso trabajo sin referirnos a un tema que aparece recurrentemente en los análisis y diagnósticos políticos sobre la coyuntura actual de Nuestra América. En efecto, se ha vuelto un lugar común caracterizar al nuevo gobierno de Jair Bolsonaro como “fascista”.

Esto, a nuestro juicio, constituye un grave error. El fascismo no se deriva de las características de un líder político por más que en los test de personalidad —o en las actitudes de su vida cotidiana, como en el caso de Bolsonaro— se compruebe un aplastante

⁷⁶ Esta sección ha sido escrita por Atilio A. Boron; todo el resto de nuestro trabajo tiene la doble autoría con Paula Klachko.

predominio de actitudes reaccionarias, fanáticas, sexistas, xenofóbicas y racistas. Esto era lo que medían los sociólogos y psicólogos sociales estadounidenses a la salida de la Segunda Guerra Mundial con la famosa “Escala F”, donde la efe se refería al fascismo. Se pensaba en esos momentos, y algunos todavía alimentan esa creencia, que el fascismo era la cristalización en el plano del Estado y la vida política de personalidades desquiciadas, portadoras de graves psicopatologías, que, por razones circunstanciales, se habían encaramado al poder.

La intencionalidad política de esta operación era obvia: para el pensamiento convencional y para las ciencias sociales de la época la catástrofe del fascismo y el nazismo debían ser atribuidas al papel de algunos individuos: la paranoia de Hitler o los delirios de grandeza de Mussolini. El sistema, es decir, el capitalismo y sus contradicciones, era inocente y no tenía responsabilidad alguna ante el holocausto de la Segunda Guerra Mundial.

Descartada esa visión hay quienes insisten que la presencia de movimientos o inclusive partidos políticos de clara inspiración fascista inevitablemente teñirán de modo indeleble al gobierno de Bolsonaro. Otro error: tampoco son ellas las que definen la naturaleza profunda de una forma estatal como el fascismo. En el primer peronismo de los años cuarenta, así como en el varguismo brasileño pululaban en los círculos cercanos al poder varias organizaciones y personajes fascistas o fascistoides, que desde la década del treinta se habían venido desarrollando con fuerza en Latinoamérica. Pese a ello ni el peronismo ni el varguismo construyeron un Estado fascista. El peronismo clásico fue, usando la conceptualización gramsciana, un caso de “Cesarismo progresivo” al cual solo observadores muy prejuiciados pudieron caracterizar como fascista debido a la indudable presencia en él de grupos y personas tributarios de esa ideología. A diferencia del general Juan Perón esos personajes y esas organizaciones tenían una ideología fascista pero su gobierno no lo fue. Viniendo a nuestra época: Donald Trump es un fascista, hablando de su personalidad, pero el gobierno de Estados Unidos no lo es.

Desde la perspectiva del materialismo histórico al fascismo no lo definen personalidades ni grupos. Es una forma excepcional del Estado capitalista, con características absolutamente únicas e

irrepetibles. Irrumpió cuando su modo ideal de dominación, la democracia burguesa, se enfrentó a una gravísima crisis en el período transcurrido entre la Primera y la Segunda Guerra mundiales. Por eso decimos que es una “categoría histórica” y que ya no podrá reproducirse porque las condiciones que hicieron posible su surgimiento han desaparecido para siempre.

¿Cuáles fueron las condiciones tan especiales que demarcaron lo que podríamos llamar “la era del fascismo”, ausentes en el momento actual? En primer lugar, el fascismo fue la fórmula política con la cual un bloque dominante hegemonizado por una burguesía nacional resolvió por la vía reaccionaria y despótica una crisis de hegemonía causada por la inédita movilización insurreccional de las clases subalternas y la profundización del disenso al interior del bloque dominante a la salida de la Primera Guerra Mundial. Para colmo, esas burguesías en Alemania e Italia bregaban por lograr un lugar en el reparto del mundo colonial y las enfrentaba con las potencias dominantes en el terreno internacional, principalmente el Reino Unido y Francia. El resultado: la Segunda Guerra Mundial.

Hoy, en la era de la transnacionalización y la financiarización del capital y el predominio de megacorporaciones que operan a escala planetaria la burguesía nacional yace en el cementerio de las viejas clases dominantes. Su lugar lo ocupa ahora una burguesía imperial y multinacional, que ha subordinado fagocitado a sus congéneres nacionales (incluyendo las de los países del capitalismo desarrollado, como Estados Unidos, Alemania, Francia y el Reino Unido) y actúa en el tablero mundial con una unidad de mando que periódicamente se reúne en Davos para trazar estrategias globales de acumulación y dominación política. Y sin burguesía nacional no hay régimen fascista por ausencia de su principal protagonista.

Segundo, los regímenes fascistas fueron radicalmente estatistas. No solo descreían de las políticas liberales, sino que eran abiertamente antagónicos a ellas. Su política económica fue intervencionista, expandiendo el rango de las empresas públicas, protegiendo a las del sector privado nacional y estableciendo un férreo proteccionismo en el comercio exterior. Además, la reorganización de los aparatos estatales exigida para enfrentar las ame-

nazas de la insurgencia popular y la discordia entre “los de arriba” proyectó a un lugar de prominencia en el Estado a la policía política, los servicios de inteligencia y las oficinas de propaganda. Imposible que Bolsonaro intente algo de ese tipo dadas la actual estructura y complejidad del Estado brasileño, máxime cuando su política económica reposará en las manos de un Chicago’Boy y ha proclamado a los cuatro vientos su intención de liberalizar la vida económica.

Tercero, los fascismos europeos fueron regímenes de organización y movilización de masas, especialmente de capas medias. A la vez que perseguían y destruían las organizaciones sindicales del proletariado encuadraban vastos movimientos de las amenazadas capas medias y, en el caso italiano, llevando estos esfuerzos al ámbito obrero y dando origen a un sindicalismo vertical y subordinado a los mandatos del gobierno. O sea, la vida social fue “corporativizada” y hecha obediente a las órdenes emanadas “desde arriba”. Bolsonaro, en cambio, acentuará la despolitización -infelizmente iniciada cuando el gobierno de Lula cayó en la trampa tecnocrática y creyó que el “ruido” de la política espantaría a los mercados- y profundizará la disgregación y atomización de la sociedad brasileña, la privatización de la vida pública, la vuelta de mujeres y hombres a sus casas, sus templos y sus trabajos para cumplir sus roles tradicionales. Todo esto se sitúa en las antípodas del fascismo.

Cuarto, los fascismos fueron Estados rabiosamente nacionalistas. Pugnaban por redefinir a su favor el “reparto del mundo” lo que los enfrentó comercial y militarmente con las potencias dominantes. El nacionalismo de Bolsonaro, en cambio, es retórica insustancial, pura verborrea sin consecuencias prácticas. Su “proyecto nacional” es convertir a Brasil en el lacayo favorito de Washington en América Latina y el Caribe, desplazando a Colombia del deshonroso lugar de la “Israel sudamericana”. Lejos de ser reafirmación del interés nacional brasileño el bolsonarismo es el nombre del intento, esperamos que infructuoso, de total sometimiento y recolonización del Brasil bajo la égida de Estados Unidos.

Pero, dicho todo esto: ¿significa que el régimen de Bolsonaro se abstendrá de aplicar las brutales políticas represivas que ca-

racterizaron a los fascismos europeos. ¡De ninguna manera! Lo dijimos antes, en la época de las dictaduras genocidas “cívico-militares”: estos regímenes pueden ser —salvando el caso de la Shoa ejecutada por Hitler— aún más atroces que los fascismos europeos. Los treinta mil detenidos-desaparecidos en la Argentina y la generalización de formas execrables de tortura y ejecución de prisioneros ilustran la perversa malignidad que pueden adquirir esos regímenes; la fenomenal tasa de detención por cien mil habitantes que caracterizó a la dictadura uruguaya no tiene parangón a nivel mundial; Gramsci sobrevivió once años en las mazmorras del fascismo italiano y en la Argentina hubiera sido arrojado al mar desde un avión días después de su detención y tortura.

Por eso, la renuencia a calificar al gobierno de Bolsonaro como fascista no tiene la menor intención de edulcorar la imagen de un personaje surgido de las cloacas de la política brasileña; o de un gobierno que será fuente de enormes sufrimientos para el pueblo brasileño y para toda América Latina. Será un régimen parecido a las más sanguinarias dictaduras militares conocidas en el pasado, pero no será fascista. Perseguirá, encarcelará y asesinará sin piedad a quienes resistan sus atropellos. Las libertades serán coartadas y la cultura sometida a una persecución sin precedentes para erradicar “la ideología de género” y cualquier variante de pensamiento crítico. Toda persona u organización que se le oponga será blanco de su odio y su furia. Los Sin Tierra, los movimientos de mujeres, los LGTBIQ, los sindicatos, los movimientos estudiantiles, las organizaciones de las favelas, todo será objeto de su frenesí represivo.

Pero Bolsonaro no las tiene todas consigo y tropezará con muchas resistencias, si bien inorgánicas y desorganizadas al principio. Pero sus contradicciones son muchas y muy graves: el empresario —o la “burguesía autóctona”, que no nacional, como decía el Che— se opondrá a la apertura económica porque sería despedazado por la competencia china; los militares en actividad no quieren ni oír hablar de una incursión en tierras venezolanas para ofrecer su sangre a una invasión decidida por Donald Trump en función de los intereses nacionales de Estados Unidos; y las fuerzas populares, aún en su dispersión actual no se dejarán avasallar tan fácilmente. Además, comienzan a aparecer graves denuncias

de corrupción contra este falso “outsider” de la política que estuvo durante veintiocho años como diputado en el Congreso de Brasil, siendo testigo o partícipe de todas las componendas que se urdieron durante esos años.

Por lo tanto, sería bueno que recordara lo ocurrido con otro Torquemada brasileño: Fernando Collor de Melo, que como Bolsonaro llegó en los noventas con el fervor de un cruzado de la restauración moral y terminó sus días como presidente con un fugaz paso por el Palacio del Planalto. Pronto podremos saber qué futuro le espera al nuevo gobierno, pero el pronóstico no es muy favorable y la inestabilidad y las turbulencias estarán a la orden del día en Brasil. Habrá que estar preparados, porque la dinámica política puede adquirir una velocidad relampagueante y el campo popular debe poder reaccionar a tiempo. Por eso el objetivo de esta reflexión no fue entretenerse en una distinción académica en torno a las diversas formas de dominio despótico en el capitalismo sino contribuir a una precisa caracterización del enemigo, sin lo cual jamás se lo podrá combatir exitosamente. Y es importantísimo derrotarlo antes de que haga demasiado daño.

Bibliografía

- Arkonada, K. y Klachko, P. (2016). *Desde Abajo. Desde Arriba. De la resistencia a los gobiernos populares: escenarios y horizontes del cambio de época en América Latina*. La Habana, Cuba: Editorial Caminos.
- Borón, A. (2014). *América Latina en la geopolítica del imperialismo*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Luxemburg.
- Borón, A. (2001). “La selva y la polis. Interrogantes en torno a la teoría política del zapatismo” en *Revista Chiapas*, n.º 12. Recuperado de: <http://www.revistachiapas.org/No12/ch12boron.html>
- Borón, A. (2004). *Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri*. Buenos Aires, Argentina: CLACSO.
- Borón, A. (2014). *Socialismo Siglo XXI ¿Hay vida después del neoliberalismo?* Buenos Aires, Argentina: Ediciones Luxemburg.
- Boron, A. (2017). “Siete tesis sobre reforma y revolución en América Latina”⁷⁷, en prensa.

⁷⁷ Una primera versión se publicó como breve sección conclusiva de un artículo sobre los cien años de la Revolución Rusa, bajo el título: “Revolución

- Borón, A. y Klachko, P. (2016). *Sobre el "post-progresismo" en América Latina: aportes para un debate*. Recuperado de: <http://www.telesurtv.net/opinion/Sobre-el-post-progresismo-en-America-Latina-aportes-para-un-debate-20160924-0034.html>
- Calderón, J. y Zúñiga, T. (2018). *Evangélicos, pentecostales y neopentecostales: de la fe a la política*. Recuperado de: <https://www.celag.org/evangelicos-pentecostales-y-neopentecostales-de-la-fe-a-la-politica/>
- Cravino, M. (s/f). *Causas y azares: la ocupación del Parque Indoamericano*. Recuperado de: https://www.ungs.edu.ar/cm/uploaded_files/publicaciones/645_Derecho%20a%20la%20ciudad%20Web.pdf
- Di Muzio, T. y Mills, T. (s/f). *The 1 percent and the rest of us*. Recuperado de: http://bnarchives.yorku.ca/447/8/20150703_di_muzio_mills_the_1_per_cent_and_the_rest_of_us_interview_nlp.htm
- Engels, F. (1890). *Carta a José Bloch*. Recuperado de: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/cartas/e21-9-90.htm>
- Fernández de Kirchner, C. (1 de marzo de 2015). *Discurso de Apertura del 133° período de sesiones ordinarias del Congreso de la Nación*.
- Frente Amplio (2018). *Declaración del secretariado ejecutivo del FA del 18 de septiembre*. Recuperado de: <https://www.enperspectiva.net/documentos/comunicado-del-frente-amplio-rechazo-declaraciones-luis-almagro/>
- García Linera, Á. (2015). *La potencia plebeya: acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Buenos Aires, Argentina: CLACSO.
- García Linera, Á. (2015b): *El "oenegismo", enfermedad infantil del derechismo (o cómo la "reconducción" del Proceso de Cambio es la restauración neo-liberal)*. Vicepresidencia del Estado Plurinacional.
- Gorz, A. (1981). *Adiós al proletariado: Más allá del socialismo*. Madrid, España: El Viejo Topo.
- Gramsci, A. (s/f). *El Cesarismo*. Recuperado de: http://www.gramsci.org.ar/TOMO3/084_cesarismo.htm
- Granovsky, M. (2016). *Entrevista a Álvaro García Linera en la Facultad de Periodismo de la Universidad Nacional de La Plata*. CLACSO-TV. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=RuvvgMT826E>
- Hardt, M. y Negri, A (2001). *Empire*. Harvard, Estados Unidos: Harvard University Press.

Rusa, logros, derrotas y fracasos. Algunas lecciones para América Latina" en *Cuadernos Marxistas*, n.º 13, pp. 11-22.

- Holloway, J. (2002). *Cambiar al mundo sin tomar el poder*. Madrid, España: El viejo topo.
- Iñigo Carrera, N. (2011). *La estrategia de la clase obrera 1936*. Buenos Aires, Argentina: Imago Mundi.
- Klachko, P. (2007). “Las formas de organización emergentes del ciclo de la rebelión popular de los ’90 en la Argentina” en *Documentos y Comunicaciones PIMSA*. Recuperado de: <http://www.pimsa.secyt.gov.ar/publicaciones.htm>.
- Klachko, P. (2015a). *Entrevista a Álvaro García Linera “La conformación histórica del sujeto político-popular en Bolivia”*. Recuperado de: <https://www.vicepresidencia.gob.bo/>
- Klachko, P. (2015b). “Entrevista a Álvaro García Linera ‘El socialismo en una lucha intersticial que hacen la sociedad y el Estado en medio de un mar infinito de capitalismo’” en *Revista del Observatorio Latinoamericano y Caribeño del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe*. Recuperado de: <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/observatoriolatinoamericano/article/view/2482>.
- Klachko, P. (2018) “Nuestra América: ¿de dónde venimos y hacia dónde vamos?” en *Revista Batalla de ideas. Hacia la construcción de la izquierda popular*. Recuperado de: <http://batalladeideas.org/articulos/nuestra-america-de-donde-venimos-y-hacia-donde-vamos-por-paula-klachko/>
- Lenin, V. I. (1902). ¿Qué hacer?
- Lenin, V. I. (1905). *Dos Tácticas de la social democracia en la revolución democrática*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Anteo.
- Modonessi, M. y Svampa, M. (2016). *Post-progresismo y horizontes emancipatorios en América Latina*. Recuperado de: <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=215469>.
- Offe, C. (1988) *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Madrid, España: Editorial Sistema.
- Panorama económico y social de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (2014). Recuperado de: <https://cpalsocial.org/documentos/167.pdf>.
- Piketty T. (2014). *El Capital en el Siglo XXI*. México DF, México: Fondo de Cultura Económica.
- Romano, S. y Diaz Parra, I. (2018). *Antipolíticas. Neoliberalismo, realismo de izquierda y autonomismo en América latina*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Luxemburg.

- Svampa, M. (2018). *Del cambio de época al fin de ciclo*. Recuperado de: <https://www.aporrea.org/actualidad/n331057.html>
- Soto, M., Wilson, J. y Lenzo, J. (2018). *Chávez Radical XXI: Las comunas deben convertirse en un sistema unificado nacional*. Recuperado de: <https://www.tatuytv.org/chavez-radical-las-comunas-deben-convertirse-en-un-sistema-unificado-nacional/> o en https://www.youtube.com/watch?v=ZIK3rV_2ges
- Teruggi, M. (2015). *Lo que Chávez sembró. Testimonios desde el socialismo comunal*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Sudestada.
- Tirado Sánchez, A. y Romero, R. (2016) *La clase obrera no va al paraíso. Crónica de una desaparición forzada*. Madrid, España: Akal.
- Vollenweider, C. y Romano, S. (2017). *Lawfare. La judicialización de la política en América Latina*. Recuperado de: <http://www.celag.org/wp-content/uploads/2017/03/LawfareT.pdf>
- Zibechi, R. (2017). “Del fin de ciclo a la consolidación de las derechas” en *La Jornada*. Recuperado de: <https://www.jornada.com.mx/2017/10/27/opinion/016a1pol> .
- Zibechi, R. (2018). *Entrevista de Enric Llopis*. Recuperado de: <https://redh-cuba.org/2018/08/movimientos-sociales-en-america-latina-un-nuevo-ciclo-de-luchas/>

De una América Latina Feminista a los Feminismos Latinoamericanos

Por Abril García Mur

Aproximaciones al debate. Será feminista o no será

El neoliberalismo como consenso internacional está en crisis. No es novedad que su programa económico, político, social y cultural está perdiendo su capacidad masificadora y homogeneizadora. La respuesta, mirando Europa y los recientes giros políticos en nuestra región, parecieran tender a darle protagonismo a la ultraderecha —en algunos casos fascista— para intentar ensayar una salida a esta crisis. Racismo, xenofobia, evangelización, militarización, entre otras, aparecen como las respuestas más fáciles a brindarle a los intereses y necesidades de un segmento de nuestras ciudadanías.

Esos *monstruos* a los que dedicamos nuestros análisis tienen el futuro como un “sin salida”. Pero, ¿las cartas ya están jugadas? Regalar nuestros debates y expectativas a estos monstruos desvía la percepción de aquellas actrices y actores políticos y sociales que lejos están del conservadurismo venidero y que, en cambio, nos proponen algo: radicalizar.

Radicalizar no desconociendo nuestra historia ni procesos, ni tampoco imitando a las viejas izquierdas eurocéntricas. Por el contrario, ese movimiento se ensaya trayendo profundas y cargadas experiencias históricas que les constituyen como sujetas y sujetos en rebelión con las jerarquías capitalistas y patriarcales.

El movimiento feminista es uno de ellos. Ante la crisis del sistema, el feminismo nos propone nuevas estructuras, relaciones, modos, estrategias, que no reproduzcan la lógica del capital, no reproduciendo principalmente su génesis patriarcal.

En *Por un Populismo de Izquierda*, Chantal Mouffe establece dicha categoría articulada como respuesta a la crisis. Si bien piensa en el caso europeo, podemos aplicarla, siempre con nuestra lectura crítica, para pensar a América Latina a partir de nuestra reciente experiencia posneoliberal. Populismo como la construcción de un poder alternativo a partir de las instituciones estatales y democráticas existentes -las cuales ya gestionamos- a partir de la idea de Pueblo que amalgama las distintas demandas populares en un proyecto político. Mouffe hace hincapié en este punto al hablarle a la izquierda europea sobre la necesidad populista.

En América Latina, reflexionando sobre todo en el caso de Argentina, la clave pareciera ser estar en pensar un populismo, pero de izquierda. En algún punto pareciera necesario que nuestras experiencias populistas se renueven a partir de la radicalización de sus programas, la ampliación de los sujetos y sujetas políticas, y la profundización de una alternativa efectiva y victoriosa contra el neoliberalismo.

En ese sentido, el movimiento feminista, en estos últimos años, ha significado una tensión y una exigencia para nuestros movimientos populares.

Tanto para su desarrollo interno como por su capacidad de establecerse como herramienta articuladora de las demandas de las mujeres y la diversidad sexual, los feminismos latinoamericanos logran ser parte estos nuevos movimientos sociales que se organizan en demandas ciudadanas, alternativas y populares; con capacidad de articularse también transversalmente con otras demandas y espacios políticos generales.

Es evidente que el movimiento feminista exige pensar la cuestión de las mujeres y la diversidad sexual no como una problemática de minorías, sino como de mayorías. A su vez, el feminismo se plantea inescindible de cualquier proyecto transformador de la realidad. En tanto obreras, amas de casa, campesinas, indígenas, estudiantes, pobres, negras, jóvenes, lesbianas, trans, bisexuales, no binarias, somos doblemente explotadas, invisibilizadas, discriminadas, doblemente excluidas y marginalizadas.

La irrupción de una nueva ola feminista, con escenario en América Latina, puede contextualizarse como un emergente del

giro a la izquierda que caracterizó a la región en el entrado siglo XXI, en donde las mujeres y la diversidad sexual conquistamos ser concebidas como sujetas de muchos más derechos, destinatarias de políticas públicas y de mayores libertades colectivas.

A su vez, el feminismo logró constituirse como un movimiento autónomo con elevados niveles de heterogeneidad a su interior, que pudo adquirir un nivel de masificación alta en muy poco tiempo, especialmente en el caso de Argentina.

Acusados de cooptables por las lógicas neoliberales debido a sus posibilidades de ampliación, los feminismos vienen demostrando que la capacidad de pluralización —si bien es claro puede ser aprovechado en estrategias electorales o de gobernabilidad o por la lógica del capital— es lo que le permite su efectividad a la hora de la interpelación, la definición de objetivos colectivos y la politización de aquellas —y aquellos— antes difícilmente politizables. El delineamiento de las tácticas y las estrategias se proponen escapar a la lógica individual para volverse colectivas.

Los feminismos tenemos utopías y horizontes claros, pero, al mismo tiempo, necesidades urgentes. Esto distingue las dinámicas de los procesos que llevamos adelante: nos matan, nos violan, nos denigran, nos someten a trabajo no pago, nos imponen la diferenciación salarial, ahora, en este momento, todo el tiempo, todos los días.

Esos diálogos urgentes nos permiten la interpelación de cientos de personas subsumidas ante esa realidad capitalista y patriarcal. Sabemos que lo urgente se resuelve en la disputa estructural y por eso las feministas también disputamos el poder real al mismo tiempo que discutimos al poder en sí, en su esencia, sus formas, su propiedad. Estamos llenas de rabia, de indignación, estamos hartas, pero también sabemos que con eso no alcanza.

Por eso, esa indignación se vuelve Programa, se vuelve táctica y estrategia, y esa conversión que hacemos colectiva tiene el desafío de representar pluralidades construidas fuera de las lógicas jerárquicas, verticalistas, homogeneizadoras de la política patriarcal que aún hoy hegemoniza nuestras realidades políticas.

La construcción de un feminismo desde abajo ha proyectado un novedoso “problema” que los proyectos políticos deben con-

siderar a la hora de considerarse representantes populares. Las mujeres —junto con la diversidad de géneros— se han configurado como sujetas de transformación de nuestra realidad colectiva, que patean el tablero para hacerse escuchar, rompiendo los vicios machistas de nuestros movimientos populares.

De-velarnos, como el proceso de liberación de las mujeres argentinas que describe Franz Fanon, es un camino que no tiene retorno, que no puede esperar ni aquietarse, tampoco posponerse o coartarse, si ese proceso es cooptado es responsabilidad de los feminismos, pero también de los movimientos populares que, en más de una oportunidad, no están a la altura de reconocernos como sujetas claves en la construcción de un poder político pensado en beneficio de las mayorías.

La experiencia del movimiento feminista en Argentina de los últimos años fue producto de la historia feminista y popular nacional, de nuestra región y de otras experiencias internacionales; también resulta ser puntapié para la expansión de una cuarta ola feminista en toda América Latina y también fuera de la región.

La práctica feminista ha mostrado la capacidad, como movimiento, de profundizar y radicalizar los distintos programas que nos constituyen, para insertarnos desde ahí en disputas políticas generales.

La irrupción del “Ni una menos” pudo canalizar una demanda que se vuelve cada vez más urgente. Después de ese estallido popular, las reivindicaciones se profundizaron hacia el Paro Internacional de Mujeres, convocado desde Argentina, pero articulado con muchísimas organizaciones feministas y LGBTIQ de la región y el mundo.

Los paros internacionales fueron contenido teórico y práctico en la asociación de la explotación del capital de las mujeres y la diversidad sexual mediante el patriarcado.

Ese impulso permitió la radicalización del movimiento, su ampliación y su capacidad de disputar poder real en la lucha tanto por demandas específicas, como la legalización del aborto, como en planteos generales, donde no casualmente nos enfrentamos a los históricos monstruos de siempre.

A su vez, las disputas locales fueron también tomadas por las compañeras del movimiento feminista de toda América Latina, y pudieron visibilizar el aborto clandestino como deuda de la democracia y, sobre todo, como deuda de nuestros procesos populares.

A partir de las experiencias regionales, sobre las cuales haremos foco más adelante, es posible determinar que es la hora de los feminismos latinoamericanos.

Esos no son novedad en nuestra región y cuentan con larga data histórica en todos los procesos populares empujados en nuestros países, pero hoy hacen temblar cada vez más fuerte estructuras consolidadas del orden patriarcal. Feminismos que se alejan de los norteamericanos y los europeos, pero que todavía se encuentran descolonizándose y dejándose atravesar por las identidades trabajadoras, indígenas y campesinas que nos constituyen como América Latina.

La crisis del neoliberalismo nos indica que hace falta dar respuesta a problemas muy profundos. Como diría Silvia Federici, hace falta futuro y el movimiento feminista lo viene construyendo hace rato. Un futuro basado en la cooperación, la solidaridad —entre nosotras lo llamamos sororidad— que construya realmente poder a partir de nuevos vínculos que no colonicen los cuerpos, identidades, deseos, voluntades, ni las expresiones sociales. Construir redes, como las que venimos trazando desde los feminismos, que a partir de la pluralidad —sin perder la identidad de clase, pero ampliando sus visiones hacia la multiplicidad de géneros— nos encuentren a las mujeres, lesbianas, trans y bisexuales protagonistas de nuestra propia historia para conquistar lo imposible.

Derribando mitos

En el *Patriarcado del Salario*, Silvia Federici establece con claridad el problema del rechazo de la izquierda tradicional hacia los feminismos —si bien se refiere principalmente a Europa y EE. UU., es fácilmente aplicable a América Latina—. La autora afirma que cada vez que el movimiento feminista se ha autonomizado, se le puso sobre la mesa a la izquierda una perspectiva que conlleva más que “cuestiones de mujeres”.

Caracterizada por Federici como sectarista, en estos casos, la izquierda se contenta con sus propias visiones reduccionistas del alcance y los mecanismos del capitalismo para su funcionamiento, obviando al patriarcado como estructura fundamental de opresión y perpetuación del trabajo de reproducción como parte de la cadena de montaje de la reproducción de trabajadores para la producción de mercancías.

Apartándonos y delimitándonos como sujetas solidarias y acompañantes de la lucha, ha reproducido en sus objetivos la división capitalista del trabajo en tanto géneros. Por eso, antes de profundizar la cuarta ola protagonizada por los feminismos latinoamericanos, es preciso derribar algunos “mitos” que se construyen alrededor de nuestro movimiento, sobre todo que se establecen desde las organizaciones populares de las cuales las mujeres, lesbianas, trans y bisexuales somos protagonistas.

El Feminismo solo puede ser burgués porque no entiende la contradicción de clases

Para responder, resulta necesario volver a lo básico a nivel conceptual, simbólico y material. Cuando decimos patriarcado estamos hablando también del capitalismo, cuando hablamos de capitalismo también hablamos de patriarcado: es la estructura jerárquica que replica el mecanismo de opresión del capitalismo en la vinculación entre la figura y las acciones predeterminadas del varón que aparece como dominante por sobre los distintos géneros e identidades que no cumplan la norma: mujeres como binomia, lesbianas, trans, travestis, bisexuales, y toda la ampliación de identidades sexuales y de géneros posibles.

Volviendo a Silvia Federici en el *Patriarcado del Salario*, el patriarcado sostiene la división sexual del trabajo entre productivo y reproductivo.

El trabajo reproductivo, que en la familia realizamos las mujeres, es aquel que permite la perpetuación del mismo, ya que se encarga de criar y alimentar a las y los que formarán parte del este trabajo. En otras palabras, es el primer mando de la cadena de montaje que se sostiene constante a través del tiempo.

El trabajo reproductivo no es solo impuesto, sino que además es invisibilizado y aparece como voluntario, asociado al amor y al cuidado. Es, en palabras más descarnadas, trabajo no pago.

Pero, además, estamos en una instancia del capitalismo en el que quienes tenemos impuesto el trabajo no pago reproductivo también debemos salir a conseguir trabajo productivo, por lo cual nos encuentra en una situación de doble explotación, de sostenimiento de ambas cadenas de montaje.

Nos enfrenta a la quita de una plusvalía absoluta en el trabajo reproductivo y además a la quita de nuestra plusvalía relativa en el trabajo productivo. La mujer, según Federici, se enfrenta al capitalismo más feroz —incluso más que el de la fábrica— que dispone de nuestras vidas para la reproducción en un constante que se vuelve esclavizante, ya que, además, no cobramos por lo que hacemos, por lo cual el salario diferenciado —no solo la diferencia numérica entre varones y mujeres por la misma tarea, sino en el hecho de no tener salario por el trabajo reproductivo— se vuelve también herramienta de sujeción.

Ese capitalismo, en una de las reflexiones más interesantes de Federici, nos enfrenta al varón que nos domina en la casa, que cobra un salario mayor por lo que hace, que nos violenta, que nos exige, que nos requiere: la mujer se vuelve su sirvienta.

En esta jerarquización interna, intraclase, intragénero, se encuentra el corazón del patriarcado. El varón aparece como primer disciplinante, como primer sujeto opresor.

Eso es el patriarcado en términos básicos y económicos, pero también es la estructura que nos binomiza en géneros, que nos impone identidades a partir de la genitalidad, que nos persigue si no cumplimos con la heteronorma, que nos denigra, que permite que la violación sea una cultura y el femicidio moneda corriente, es el miedo a caminar por la calle y que los hijos sanos del patriarcado hagan lo que quieran con nuestros cuerpos. Es el sometimiento más crudo a los mandatos sexuales y reproductivos. Es una estructura que incluso precede al capitalismo y que demuestra que ese anhelo por el desarrollo capitalista para la humanización de las condiciones no fue pensado para las mujeres, lesbianas, trans y bisexuales.

El feminismo termina siendo inconducente porque lo coopta el neoliberalismo

Si leyera un texto sobre el Che lo seguiría considerando revolucionario. Si viera fotos suyas también, si lo viera en remeras, llaveros, sacacorchos, encendedores, cartucheras, carpetas también. ¿Por qué? Porque el capitalismo y el neoliberalismo como expresión se dedican a eso: convertir todo en mercancía. Anulándolo primero, readaptándolo luego, para distribuirlo después.

Con el feminismo pasa lo mismo. Es claro que post revolución sexual de los 70 las mujeres blancas, con poder, norteamericanas y europeas, convierten en *mainstream* a la mujer exitosa, empresaria y empoderada por sus negocios, zapatos e influencia onegeista. Hablamos de las mujeres de la ONU, Hillary Clinton, el empoderamiento como ascenso de clase.

Nancy Fraser advierte sobre la neoliberalización del feminismo y los riesgos que eso implica, en tanto no lo entendamos como una de nuestras disputas primordiales. La neoliberalización como construcción de sentido y socialización implica la posibilidad de cooptación.

El Feminismo, por su capacidad transversal en términos de demandas, pero también en términos de clase ya que las urgencias de violencias, abusos y violaciones atraviesan todos los sectores sociales, de masificación y de interpelación eficaz es un terreno estratégico para la disputa de sentidos, y en eso el neoliberalismo es bien atinado. Por eso, disputar el sentido del feminismo, disputar el sentido de los géneros, de las sexualidades, de las mujeres, de la comunidad LGBTIQ es parte de la trascendental tarea de interpelar a las masas.

Somos muchas personas subsumidas ante un sistema opresivo que buscamos liberación. Por eso, nuestros proyectos políticos deben tener la responsabilidad de dejarse atravesar por el movimiento feminista, tanto por deber histórico y como estrategia en la construcción de poder alternativo como respuesta política al neoliberalismo y el capitalismo.

El feminismo no es popular

El movimiento feminista es una construcción histórica de experiencias plurales de lucha. En América Latina las mujeres independentistas como Juana Azurduy, Bartolina Sisa, Manuela Pedraza, María Remedios Valle; las revolucionarias de México, Cuba, Nicaragua; las mujeres campesinas e indígenas de todos nuestros países; las sufragistas, las anarco socialistas de principio de siglo XX; las compañeras sindicalistas; las compañeras guerrilleras de los 70; las madres y abuelas de Plaza de Mayo; las piqueteras del 2001 y sus ollas populares; nuestras compañeras que se enfrentan a la neoliberalización de nuestra región son protagonistas invisibilizadas de la historia regional y, sobre todo, protagonistas de la historia de los feminismos latinoamericanos. De todas esas experiencias está conformada esta cuarta ola feminista heterogénea y masiva.

Las conquistas de derechos del movimiento feminista apuntan a acortar la brecha de desigualdad entre mujeres y varones, pero, sobre todo, se trata de disputar el lugar de las mujeres y la comunidad LGBTIQ en la estructura social, ya que ellas en contextos socioeconómicos de pobreza están expuestas a mayores niveles de violencia.

Históricamente las mujeres y la diversidad sexual en los barrios se movilizan, se organiza económica y socialmente en formas cooperativas y solidarias. Eso también constituye a los feminismos latinoamericanos, cuenten o no con la “etiqueta”. En países con mayor experiencia organizativa campesina indígena, las mujeres cobran un rol central en la construcción de procesos políticos como el caso de Brasil, Paraguay, México o Bolivia.

Con la Revolución/procesos populares la igualdad ya está garantizada de por sí, no hace falta el feminismo

Este punto resulta uno de los más interesantes para pensar nuestros procesos revolucionarios y qué lugar tuvimos las mujeres en ellos. En *Las Mujeres dicen basta*, Mirta Henault de la Unión Feminista Argentina (organización popular feminista argentina de la década del 70 y el 80) hace un interesante recorrido sobre las experiencias revolucionarias para analizar no solo el claro rol de

las mujeres como protagonistas sino su situación ya en revoluciones consolidadas.

Según esa autora, tanto la revolución rusa como la china y la cubana cuentan con mujeres referentas a la cabeza de los procesos. Esto permitió una primera avanzada en derechos y conquistas muy claros. En el caso ruso, con Alexandra Kollontai como principal dirigente que establece el aborto legal, la ley de divorcio y el reconocimiento —también de Vladimir Lenin— a las mujeres como trabajadoras y revolucionarias y no así solo como reproductoras de lo doméstico. En la revolución cultural de Mao, la mujer comienza a ser reconocida por el Estado como sujeta de derecho en tanto educación, cultura y trabajo, a su vez se avanza sobre la abolición de prácticas tradicionales que llevaban al sometimiento directo de la mujer (como formas de vestimenta o derechos de los varones sobre sus cuerpos). En el caso de Cuba, las mujeres guerrilleras y la comunidad LGBTIQ conquistan, sobre todo a partir de los 80, el reconocimiento político y social de la dirigencia revolucionaria como también derechos concretos, como el aborto.

Resulta interesante lo que esta autora afirma a partir de que las revoluciones se estabilizan en un orden propio, con evidentes matices en el caso cubano -ya que los avances fueron allí más dinámicos-: las mujeres aparecen como primer elemento de restauración del orden, se les vuelve a exigir su rol reproductivo en la familia, su inferioridad y su diferenciación con respecto a los varones.

En el caso ruso, por ejemplo, Stalin abolirá entre muchas cosas el aborto y el divorcio. Este problema revolucionario de re-invisibilización y re-sometimiento a los mandatos hacia las mujeres visibiliza el problema de fondo que es la falta de comprensión de lo poderoso que es el patriarcado como sistema que antecede —y puede incluso suceder— al capitalismo como estructura jerárquica. Por eso, en tanto no tiremos al patriarcado, no podremos superar la opresión como forma de vinculación social, política, económica y cultural.

Para sumar a este análisis es necesario mencionar el rol de las revoluciones en tanto la diversidad sexual. El reconocimiento a la comunidad LGBTIQ no solo no ha sido prioritario, sino que se

han perpetuado niveles de inequidad y de violencia muy altos en la aspiración de la construcción de un mundo nuevo. Esa es una deuda muy clara y necesaria de discutir, para pensar los actuales procesos políticos.

El giro a la izquierda en América Latina ha tenido que incorporar a sus programas políticas claras de reconocimiento estatal hacia la comunidad LGBTIQ. En el caso de Argentina, el matrimonio igualitario y la ley de identidad de género han sido fundamentales para la expansión de la demanda de diversidad sexual en la región.

El feminismo no tiene vocación de poder, solo acciones sociales y culturales; pero si la tiene, termina claudicando

El feminismo es un movimiento que busca poder, que busca ocupar cargos para tomar decisiones. No solo busca el reconocimiento para luego volver a nuestras casas. El feminismo articula sujetas de poder, encabezando luchas y disputas que, sin ser reconocidas, ahí estaban.

En esa vocación también está el horizonte: construir un nuevo poder. Estas nuevas formas tienen contenido, son menos corruptas, menos jerárquicas, menos opresivas, menos desiguales, más profundas, más duraderas, más efectivas, menos burguesas, menos capitalistas, menos patriarcales.

Eso nos disputa a la interna, pero sobre todo a la externa, es una nueva política totalmente opuesta al fascismo, la violencia, la racialización y el clasismo con la que la ultraderecha vuelve ferozmente.

Prácticas des-viciadas, colectivas, solidarias, con ganas de cambiarlo todo como respuesta política y como amalgamadoras de voluntades. El feminismo es esperanza de lo nuevo y, con una vocación de poder, se está edificando una construcción política con táctica y estrategia, porque no estamos jugando a tener derechos, sino que estamos conquistándolos.

En el caso de Argentina, en la pelea por la legalización del aborto se nos ha acusado de traicionar a nuestros sectores por dialogar estratégicamente con parlamentarias y parlamentarios que

lejos están de representar los intereses de la mayoría. Eso es algo que, por el contrario, los feminismos populares tienen más que claro porque son parte de las mayorías y porque las políticas de ajuste del macrismo afectan aún más profundamente a las mujeres, las trans, las lesbianas, etcétera.

Experiencias latinoamericanas del movimiento feminista: soberanía, independencia y justicia social

Planteadas algunas aproximaciones al debate teórico sobre la importancia estratégica de nuestros feminismos latinoamericanos en tanto la profunda crisis neoliberal, resulta importante resaltar la experiencia práctica de movilización que el feminismo viene llevando adelante como movimiento en varios países, sobre todo, en estos últimos años de cuarta ola.

En todos los países de la región las mujeres y comunidad LGBTIQ nos venimos organizando en las ciudades y en el campo articulando distintas demandas locales y sectoriales, importantes organizaciones feministas e indígenas como en Paraguay o en Honduras vienen construyendo feminismo latinoamericano hace rato.

Como se mencionó anteriormente, el caso de Argentina es producto, pero también causa, de una mayor visibilización del movimiento feminista a nivel nacional y regional. A partir del 2015, con la primera irrupción del “Ni una menos”, el movimiento se permite expandir a todos los sectores de la sociedad —y a otros países— la necesidad urgente de visibilizar, repudiar y organizarse ante la extrema violencia que vivimos las mujeres, lesbianas, trans y bisexuales.

El marco lo da la estadística de que nuestra sociedad asiste a un femicidio cada 29 horas. Esta primera movilización, sin todavía mucha politización, permite volver a posicionar el debate desde el feminismo. Esta primera irrupción permite volver el debate político y comprender por qué nos siguen matando, porque se agrava en condiciones de vulnerabilidad, que responsabilidad tiene el Estado y qué sucede cuando se vacía y no produce políticas, y sobre todo que no son casos aislados, sino que forman

parte de un sistema que precisa de esa violencia para perpetuarse: el patriarcado.

Seguido al “Ni una menos”, en el 2016, 2017 y 2018 el 8 de marzo se convirtió en el Paro Internacional de Mujeres, en donde se estableció, en las asambleas feministas organizadas de cara al paro del 2018, que nuestro movimiento es anticapitalista y anti-neoliberal, en un amplio consenso de que el patriarcado es causa y consecuencia de capitalismo como sistema global.

En estos paros la independencia económica, nuestra condición de trabajadoras productivas y reproductivas, nuestra invisibilización en la lucha, pero también en las organizaciones trabajadoras y sindicales viciadas por dirigencias machistas que constantemente desplazan a las mujeres, fueron algunos de los temas centrales.

El Paro Internacional de Mujeres sienta las bases políticas de nuestro heterogéneo y amplio movimiento. Luego de esta profundización, llega la hora de una nueva radicalización y masificación de una lucha histórica en nuestro país y una gran deuda de la democracia para con nosotras: el aborto seguro, legal y gratuito.

Por séptima vez consecutiva, la “Campaña por el Aborto Legal, Seguro y Gratuito”, junto a 300 organizaciones, presentó en abril del 2018 un nuevo proyecto de ley para su despenalización y legalización. Esta vez, esa presentación vino acompañada de movilizaciones de millones de personas en todo el país, particularmente los días de las votaciones en ambas cámaras del poder legislativo argentino (Diputados y Senado).

Este grito por la soberanía sobre nuestros cuerpos traspasa la idea de derecho individual para volverse un derecho colectivo. La desindividualización de esta disputa permitió interpelar masivamente, pero, a su vez, reinterpretar que estamos disputando cuando peleamos por un derecho: la decisión de abortar siempre debe ser autónoma, la conquista de ese derecho siempre va a ser colectiva.

Este proceso también fue fundamental para un delineamiento más profundo de qué entendemos cuando nos comprendemos feministas. Por un lado, demostró nuestra capacidad de movilización. Por el otro, significó una efectividad como grupo de presión a la hora de arrancarle a la cámara de diputados su voto a favor.

Finalmente, el voto negativo en el Senado permitió reabrir el debate sobre el nivel de representatividad de nuestra democracia neoliberales.

A su vez, permitió encontrarnos como sujetas de poder, al establecer tácticas de alineamiento con sectores más amplios que los nuestros. Por último, como se mencionó previamente, el movimiento feminista argentino se enfrentó, y seguirá enfrentando, a grandes monstruos como el neopentecostales y los sectores más conservadores políticos y económicos de nuestro país.

Como nota de color, pero no por eso menos importante, la referencia opositora más importante de la política argentina, Cristina Fernández de Kirchner, comprendió la responsabilidad de acompañarnos con su voto positivo como a su vez reconocernos parte fundante de un movimiento nacional, popular, democrático y feminista.

Por táctica o por convicción, resulta una conquista para quienes también desde el feminismo venimos formando parte de un proyecto articulado en esas definiciones, ese que además sostiene que sin feminismo no hay justicia social.

La lucha por el aborto, precedido por los paros y el Ni una menos, pero también producto de los 33 Encuentros (pluri)nacionales de mujeres (lesbianas, trans, bi) que se vienen organizando consecutivamente en nuestro país y que suponen el debate de miles en torno a los feminismos y las tareas, permitió consensuar algo claro: el patriarcado solo no se va a caer, lo tenemos que tirar.

En Brasil, el movimiento feminista viene componiéndose de compañeras y compañeros de organizaciones campesinas, indígenas y urbanas. Ante la avanzada fascista y misógina de Bolsonaro, que busca volver a legitimar la violencia contra las razas, los géneros y las clases, las mujeres y la diversidad sexual logró una articulación masiva en todo el país de un grito colectivo y muy conciso: “Ele não”.

Con movilizaciones masivas en puntos importantes del país las mujeres lograron consolidar una oposición —no partidaria, pero sí social— con bases muy claras a diferencia de las dificultades que encontró si la oposición partidaria, sobre todo a partir de la detención ilegal de Lula y su impedimento para candidatearse.

Las compañeras y compañeros de Brasil, recibieron el ataque posterior —incluso desde dentro del Movimiento Popular—, siendo acusadas de maximizar el voto femenino a Bolsonaro tras las movilizaciones del “Ele não”.

Esa visión, además de desviaren las variables centrales para pensar qué pasó en Brasil, no permite comprender que ante la radicalización hay respuesta y, cuando de patriarcado se trata, esta suele ser feroz. Bolsonaro y su arco político viraron su estrategia hacia la cooptación específica de mujeres alineadas a sus propuestas políticas y, sobre todo, al perfil de sus candidatas, reforzando su contenido misógino en el propio apoyo femenino, que pareciera que justifica todo ante casos de desigualdad y violencia.

Con los desafíos que eso supone al movimiento feminista, los feminismos en Brasil lograron en su articulación política una de las plataformas más claras para pensarse como oposición a Bolsonaro, determinado ahora como un enemigo directo en la avanzada por disminuir los niveles de desigualdad y opresión.

En Bolivia, los feminismos son parte de la experiencia histórica de los procesos populares nacionales y, al igual que en su proceso mundial, también están en pugna.

El indigenismo como factor central determina amplios debates teóricos y prácticos de cómo construir un movimiento feminista en Bolivia. Pero más allá de esto, el movimiento feminista boliviano —en varias de sus vertientes— se basa sobre el comunismo originario, la identidad indígena y el decolonialismo que, tal como establece Angela Davis, la construcción de poder sobre las mujeres es la articulación de género, raza y clase.

Con articulación directa con Evo o más alejadas las organizaciones feministas en Bolivia nos sirven de ejemplo para la construcción de un feminismo popular y, sobre todo, para un feminismo latinoamericano que no puede pensarse si no es decolonial. A su vez, estas organizaciones feministas encaran un rol central en la representación directa como interlocutoras de mujeres indígenas y campesinas organizadas.

En México, Andrés Manuel López Obrador llega al gobierno en el momento histórico de mayor representación femenina en el

Senado y en Diputados. A su vez, su gabinete está conformado por 8 mujeres y 8 varones.

En tal sentido, la iniciada cuarta transformación de México señala que, para plantear una alternativa política de peso, es importante contar con nosotras adentro.

Este vuelco en la representatividad femenina inaugura mayores posibilidades —nunca seguras ya que no es lo mismo representaciones femeninas que feministas— de disputa de derechos y ampliación del reconocimiento de las mujeres y la comunidad LGBTIQ. No por nada aparecen en la agenda oficial del actual gobierno mexicano los altos niveles de violencia expresados en femicidios, violaciones y abusos. Pero, como demostramos en el caso argentino, eso solo no alcanza. Ampliar la agenda de derechos hacia las mujeres para convertirla en una agenda feminista es, por un lado, un desafío que tiene el movimiento feminista mexicano pero que, a su vez, tiene el gobierno de AMLO, considerando también las necesidades de entendimiento que este tiene con sectores más conservadores para el sostenimiento de la gobernabilidad en un país en donde el neoliberalismo supo echar profundas raíces.

Será interesante seguir de cerca qué conquistas logrará representar este gabinete y cámara representativa femenina, pero a su vez cómo el movimiento feminista logrará articularse como una articulación popular, plural y desde abajo para su relación dialéctica con la política de arriba.

Por otro lado, en Cuba el movimiento feminista y de diversidad sexual se ha caracterizado por ser uno de los actores que más ha empujado históricamente la revolución. En un texto sobre el rol del movimiento feminista allí, destaco una afirmación de Fidel hacia las mujeres de la Federación de Mujeres cubanas: las mujeres (y al movimiento de diversidad sexual) demuestran que revolucionan la revolución. El movimiento feminista cubano viene haciendo el camino de reconocer, problematizar, empujar y radicalizar.

Políticas de Estado de avanzada como la ley de interrupción voluntaria del embarazo, la ley de identidad de género y la garan-

tía de cambio de genitalidad a personas transexuales en la salud pública caracterizan algunas de las conquistas del movimiento.

A su vez, sobre todo a partir de las últimas décadas, el movimiento LGBTIQ, pateando los tableros de los propios vicios revolucionarios, se ha posicionado como un actor clave a nivel social, pero también a nivel político, cuestionando y empujando la revolución, para ir purgándose de la reproducción de órdenes de tipo patriarcal, basados en la exclusión y desigualdad de géneros e identidades sexuales.

Este breve y acotado recorrido sobre parte de los procesos feministas en la región, atravesadas por el deseo de soberanía, igualdad, independencia y libertad, es decir de justicia social. Ese deseo, profundamente político y resultado histórico de nuestras luchas emancipatorias, son un grito urgente al reconocimiento de nuestro rol en cada proceso histórico de lucha por la liberación.

A su vez, ese deseo nos vuelve actoras estratégicas en la propuesta de un futuro nuevo de América Latina que se comenzó a forjar en los denominados gobiernos posneoliberales de las últimas décadas que, sin embargo, aún sigue dejando deudas con nuestro movimiento.

Si deseamos un mundo nuevo debemos hacerlo sin segregación, sin exclusión, sin violencia, sin homogeneización porque ese orden disciplinante pertenece al capitalismo y al patriarcado. Esos mecanismos disciplinadores y biopolíticos, en términos de Foucault, son estructuras fundantes de un sistema construido desde la desigualdad.

Feminismos latinoamericanos

América Latina es un territorio históricamente atravesado por disputas. Nuestro presente no hace más que confirmarlo.

Nuestra región es territorial, política, social, y culturalmente estratégica. Mientras los monstruos nacen, nosotras, nosotros, y nosotres, también. Mientras el racismo y la misoginia avanza nuestros feminismos se rearticulan y pisan cada vez más fuerte.

Los feminismos latinoamericanos son producto de esas realidades plurales y heterogéneas cargadas de lucha y resistencia indígena, campesina, obrera que caracterizan a nuestra región.

El feminismo, como el marxismo, nace en países de naturaleza colonialista que —sin ánimos de invisibilizar su importancia emancipatoria y su legado histórico— protagonizan las primeras tres olas feministas internacionales que, aún en su heterogeneidad, dejan afuera realidades fundamentales para pensar la profundidad a lo que nos estamos enfrentando.

El feminismo negro, por ejemplo, problematiza la representatividad de la segunda ola feminista, una de las más cruciales para entender nuestra historia como movimiento internacional. Por eso sabemos que hay colonialidad en la construcción de un feminismo que, eventualmente, se establezca blanco y en cierto punto burgués.

Hoy los feminismos latinoamericanos debemos ocupar ese lugar de revolucionar al movimiento feminista internacional, de revolucionar el proceso regional y de revolucionar los procesos nacionales. Ese futuro nuevo —que para Silvia Federici las feministas ya venimos construyendo— en América Latina, desde los feminismos, lo hacemos desde nuestra propia historia política. Esa historia que es indígena, independentista, revolucionaria, obrera, de organización, también de ocupación estatal y de conquistas de derechos.

Reconstruir una patria grande debe ser con la responsabilidad de construir un poder alternativo que sea popular, que sea nacional y se articule regionalmente, que sea transformador, que se despatriarcalice y deje de ser opresor, verticalista, es decir, que sea feminista.

Los proyectos políticos populares deben comprender los riesgos de la homogeneización, de la monotonía, de la reproducción de órdenes desiguales, de la re-invisibilización de las violencias hacia las mujeres y las personas LGBTIQ. Necesitamos empujar una noción de pueblo que sea descolonizante en todos los sentidos posibles: que no colonice territorios, cuerpos, identidades, voluntades; que nos reconozca a las mujeres y la diversidad sexual como mayorías y no minorías; que aprenda de los vínculos

de sororidad, cooperación y redes que los feminismos hace rato venimos construyendo; que no nos quemé por brujas como hizo el poder patriarcal, sino que nos reconozca como sujeta de derechos, de poder, de transformación.

El movimiento feminista tiene la capacidad de romper órdenes, de desnaturalizar violencias, de plantear horizontes posibles que difícilmente puedan retroceder.

Este texto es reflejo de esas discusiones colectivas, con compañeras, compañeros y compañeres que todos los días demuestran que nuestras expresiones de deseos sobre los feminismos se pueden y deben materializar en acción política, como un aporte al debate colectivo y programático de nuestros horizontes.

Bibliografía

- Adorno, T. y Horkheimer, M. (1944). “La industria cultural. Ilustración como engaño de masas” en *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid, España: Editorial Trotta.
- Curiel, O. (2007). *Los aportes de las afrodescendientes a la teoría y la práctica feminista. Desuniversalizando el sujeto* Mujeres. Buenos Aires, Argentina: Perfiles del Feminismo Iberoamericano.
- Davis, A. (1981). *Mujeres, raza y clase*. Madrid, España: Akal Ediciones.
- Federici, S. (2004). *El Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Buenos Aires, Argentina: Tinta Limón Ediciones.
- Federici, S. (2018). *El Patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*.
- Fraser, N. (2017). “De cómo cierto feminismo se convirtió en criada del capitalismo” en *La Nota sociológica*. Recuperado de: <https://lanotasociologica.wordpress.com/2017/09/27/de-como-cierto-feminismo-se-convirtio-en-criada-del-capitalismo-nancy-fraser-2/>
- García Mur, A. (2017). “Revolucionar la Revolución. El avance de las mujeres en el proceso transformador cubano” en *Revolución. Escuela de un sueño eterno*. Buenos Aires, Argentina: Cuadernos Relámpagos.
- Henault, M. (1972). “La mujer y los cambios sociales” en *Las mujeres dicen basta*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Nueva Mujer.
- Larguía, I. (1972). “Hacia una ciencia de la liberación de la mujer” en *Las mujeres dicen basta*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Nueva Mujer.

- Morton, P. (1972). "El trabajo de la mujer nunca se termina" en *Las mujeres dicen basta*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Nueva Mujer.
- Mouffe, C. (2018). *Por un populismo de izquierda*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI ediciones.

Género con clase: feminismo y clase obrera

Por Claudia Lazzaro

Los movimientos feministas y sufragistas, en sus orígenes, estuvieron dirigidos por mujeres de procedencia burguesa. A pesar de que los planteamientos feministas eran interclasistas, sus ideas no lograron penetrar ampliamente en los ambientes obreros. Ni feministas ni sufragistas consiguieron nunca movilizar ampliamente a las mujeres trabajadoras, debido a sus propios límites. Se trataba de un feminismo burgués que luchaba por derechos y libertades civiles individuales, que no ponía en discusión el modelo económico y político, es decir, sin ir a fondo contra un sistema de opresión de las mayorías en el cual las libertades individuales son inseparables del sistema de producción y, en consecuencia, el modelo político-social que deriva del mismo.

Los propios ideólogos del primer movimiento obrero, en la primera mitad del siglo XIX, mantuvieron posturas contradictorias respecto a la igualdad de derechos de la mujer. Flora Tristán, militante socialista y feminista francesa, desde La Unión Obrera en 1843 afirmaba:

A vosotros, obreros que sois las víctimas de la desigualdad de hecho y de la injusticia, a vosotros os toca establecer al fin sobre la tierra el reino de la justicia y de la igualdad absoluta entre la mujer y el hombre. Dad un gran ejemplo al mundo [...] y mientras reclamáis la justicia para vosotros, demostrad que sois justos, equitativos; proclamad, vosotros, los hombres fuertes, los hombres de brazos desnudos, que reconocéis a la mujer como a vuestra igual, y que, a este título, le reconocéis un derecho igual a los beneficios de la unión universal de los obreros y obreras (Ranea Triviño, 2019).

Esta posición contrasta con la de Pierre-Joseph Proudhon, que en su libro *Pornocracia* de 1875 expresaba:

Digo que el reinado de una mujer está en la familia, que la esfera de su irradiación es el domicilio conyugal, que de esta suerte al hombre, en quien la mujer debe amar no la belleza, sino la fuerza, desarrollara su dignidad, su individualidad, su carácter, su heroísmo y su justicia (Proudhon, 1995).

Por el contrario, uno de los primeros teóricos en vincular la lucha feminista con la lucha obrera fue el fundador del Partido Socialdemócrata Alemán, August Bebel, con su libro *La mujer y el socialismo* de 1879: “La mujer de la nueva sociedad será plenamente independiente en lo social y lo económico, no estará sometida lo más mínimo a ninguna dominación ni explotación, se enfrentará al hombre como persona libre, igual y dueña de su destino” (Babel, 2018).

Todo ese siglo XIX de luchas populares, obreras y feministas en el viejo continente no podrían no articularse con la historia de lucha de Nuestramérica en los siglos venideros. En particular, Argentina ha tenido mujeres que marcaron el rumbo en su emancipación política, económica y personal, incluso con un notable alcance colectivo.

Durante más de trescientos años, nuestro suelo ha sido escenario de lucha y organización popular. En tiempos de profundas crisis del sistema económico y político, donde las grandes potencias imperiales se enfrentaban en Guerras Mundiales, en Nuestramérica una y otra vez se levantaban poderosos movimientos populares convencidos de construir un nuevo sistema, sin opresión, hambre e injusticias.

Eso es así desde los orígenes de la lucha por la independencia y la justicia en suelo americano. Las mujeres han sido protagonistas silenciadas de las Revoluciones Independentistas del siglo XIX, con sus heroínas (Micaela Bastidas, María Remedios del Valle, Leona Vicario, entre otras); San Martín y las Granaderas; Martín Miguel de Güemes, “Macacha” Güemes y Juana Azurduy; Simón Bolívar y Manuela Sáenz, Artigas, las montoneras, las caudillas (Martina Chapanay y Victoria Peñaloza, entre otras decenas).

A su vez, en el siglo siguiente, las mujeres siguieron siendo protagonistas de la vida política y social del continente, desde la Revolución Mexicana (Carmen Alanís, Juana Gutiérrez, entre otras), pasando por los gobiernos nacional-populares de José Batlle en Uruguay, Arturo Alessandri en Chile, Getulio Vargas en Brasil, Juan Perón en Argentina, por Víctor Paz Estenssoro en la Bolivia de 1952, y Juan José Arévalo y Jacobo Arbenz en Guatemala; la victoriosa Revolución Cubana de 1959 (Vilma Espín, Haydee Santamaría y Celia Sánchez, entre otras) y su notable influencia en el ciclo de lucha regional, Joao Goulart y Allende, el Farabundo Martí y los Sandinistas, el gobierno de Cámpora y el retorno de Perón; el Cordobazo, el Rosariazo, la resistencia al Plan Cóndor y sus Dictaduras militares, la democracia reconquistada en los ochenta y el ciclo de luchas nuevamente abierto desde 1999 tras la victoria de Hugo Chávez en Venezuela.

En toda esa historia de nuestros pueblos las mujeres obraron de una manera fundamental, a pesar de que en la historia oficial se las invisibilice. Por eso el feminismo en Nuestramérica adquiere características muy particulares. En palabras de Ana Laura de Giorgi (2017):

Esta experiencia era la de la lucha, el combate, la revolución, la capacidad de subversión de las mujeres, en un continente colonizado, violentado y empobrecido. Las referentes latinoamericanas no eran tanto las sufragistas sino las que pertenecían a una generación más reciente, luchadoras, presas, exiliadas, guerrilleras, madres de desaparecidos, indígenas desplazadas, sindicalistas, figuras en las que el feminismo se inspiraba para realizar su nueva revolución que no era solo la de las mujeres sino la de todos los oprimidos en general. Así, a pesar del *sisterhood is global*, muchas rechazaron una hermandad que podía invisibilizar y neutralizar un objetivo de transformación estructural.

En el caso particular de nuestro país, Eva Perón, por lejos la mujer más importante de la historia política argentina del siglo XX, refiriéndose a este período de luchas afirmaba que su tiempo y el que vendría sería el *siglo del feminismo victorioso*.

En la historia de nuestro país existe un reconocimiento popular unánime a Evita. Sin embargo, algunos han intentado opacar y desteñir su imagen de luchadora. Incluso no falta algún trasnochado que, bien o mal intencionado, solo la mencione como “la esposa de...”.

Vale afirmar, entonces, que Eva Perón realizó una tarea decisiva para el reconocimiento de la igualdad de derechos políticos y civiles entre hombres y mujeres, impulsando el sufragio femenino y la creación de una expresión política para las mujeres: el Partido Peronista Femenino.

El 11 de noviembre de 1951 se realizaron en Argentina elecciones donde por primera vez participaban las mujeres. De ese proceso electoral, a su vez, resultaron electas 23 diputadas nacionales y 6 senadoras nacionales.

“Evita”, incluso, fue mucho más que la icónica “abanderada de los humildes”. El odio de las clases dominantes y la acartonada política argentina permanentemente intentaron enterrar esta historia. Eva Perón fue la figura de su proyecto político con más relación entre los trabajadores y los sindicatos, siendo la articuladora directa entre Perón y la clase obrera, lo que le permitió construir una notable posición de poder dentro del gobierno popular.

Pocas veces valorada en ese rol, Evita ejerció el poder y, en particular, el poder de negociación del proyecto político con los sindicatos. Desde ese rol, ella es una protagonista del desarrollo de la clase obrera argentina, de su organización, su programa y su radicalidad⁷⁸.

78 “[...] cuando hubo un golpe militar, de Menéndez, contra el gobierno democrático de Perón, Evita mandó a comprar armas. Evita las puso en la CGT para armar milicias obreras para defender el proyecto popular. Ella era una mujer de altas convicciones y también de acción, capaz de dar todo, hasta la propia vida” (Álvarez Rodríguez en Gilardi, 2012). La autora es exministra de gobierno de la provincia de Buenos Aires, actual diputada Nacional y sobrina nieta de Eva Duarte de Perón. “Evita era una verdadera revolucionaria” (*Infobae*, 25 de julio de 2012). Recuperado de: <https://www.infobae.com/2012/07/25/661148-evita-era-una-verdadera-revolucionaria/> (fecha de consulta: 7 de noviembre de 2018).

A su vez, ella cristaliza en la historia política argentina una idea central: Desde Evita para acá, de una vez y para siempre, las mujeres somos sujetas de la política.

En el artículo 37 de la Constitución de 1949 se reconoció la igualdad jurídica entre la mujer y el hombre, la igualdad ante el matrimonio y la patria potestad compartida por sobre los hijos.

El golpe cívico-militar de 1955, que derrocó al peronismo, bien a su ideario reaccionario, derogó esa nueva constitución con una fuerte impronta de justicia social, y las mujeres argentinas permanecieron en un vacío jurídico, que implicaba la legitimación, en la práctica, de una fuerte discriminación hacia las mujeres. Solo como ejemplo, las mujeres estuvieron desprotegidas en cuanto a los derechos sobre sus hijos hasta 1985, cuando se sancionó una nueva ley de patria potestad compartida.

En otras palabras, las clases dominantes argentinas desde 1955 no solo ejercieron una proscripción social sobre el movimiento obrero, y política, sobre el peronismo; las clases dominantes también proscribieron la plena participación económica, política y social de las mujeres.

En el siglo XXI, con el mencionado ascenso popular inaugurado con Chávez en 1999, las mujeres volverían a tener condiciones para emerger a la luz como protagonistas en la arena política. Lula Da Silva llegaría al gobierno de Brasil en 2002, Néstor Kirchner en la Argentina de 2003, Tabaré Vázquez en el Uruguay de 2005, Evo Morales en Bolivia y Rafael Correa en Ecuador durante el 2006. Luego vendría Lugo en Paraguay, el retorno de los Sandinistas al gobierno de Nicaragua y el Farabundo Martí al Salvador, empujando un ciclo de ascenso de las luchas populares en todos y cada uno de los países de la región.

En Argentina, el movimiento nacional y popular, bajo las banderas del peronismo, volvería a poner en el centro de la escena política a una mujer. Esta mujer no sería una figura menor en la arquitectura del poder de un proyecto político. Esta vez, una mujer ejercerá dos veces en forma consecutiva la presidencia de la Nación y, tras la muerte de Néstor Kirchner en 2009, será la figura central no solo del kirchnerismo, sino de la política argentina. Estamos hablando de Cristina Fernández.

Las mujeres dentro de este periodo fuimos destinatarias de una parte importante de las políticas públicas. Quizás una de las medidas más igualadoras ha sido el reconocimiento al trabajo no remunerado que hacemos las mujeres, durante años, administrando las tareas de cuidado y mantenimiento de la economía hogareña. Se instaló una política de seguridad social tan notable que permitió la jubilación de las amas de casa, trabajadoras invisibilizadas durante siglos de explotación capitalista y machista.

La entonces presidenta Cristina Fernández impulsó esa política, quizás haciéndose eco de esa frase de Silvia Federicci: “Eso que llaman amor, nosotras lo llamamos trabajo no pago”.

Fue una política pública que vino a saldar una deuda con las mujeres que durante años han trabajado sin poder tener ningún beneficio social en su vejez. Lamentablemente, el gobierno neoliberal de Mauricio Macri tiraría por la borda este derecho, volviendo a poner a las mujeres en su posición de relegada familiar y social.

Una vez más, en tiempos de profunda reacción política, la figuras femenina y política de Cristina Fernández, como la de Eva Perón en el pasado, ha sido cuestionada por ejercer el poder en beneficio de la clase obrera y las mujeres.

En tal sentido, resulta relevante la andanada de críticas que la prensa de la derecha destinó a programas de empoderamiento económico, político y social de las mujeres. Tal es el caso del programa “Ellas hacen”, destinado a mujeres de las barriadas pobres como herramienta de organización desde la economía social y popular.

Ante eso, resulta central la reflexión de Vanesa Siley, secretaria general del Sindicato de Trabajadores Judiciales, SITRAJU, referente nacional del movimiento de “Mujeres Sindicalistas” y diputada nacional por el kirchnerismo: “Si las mujeres estamos presentes en los gremios es mejor para todos. Cuando una mujer avanza ningún hombre retrocede, sino que crece la organización”.

Los nietos y nietas de la oligarquía de los años 30, hoy gobiernan y pretenden hacernos retroceder en la historia. A más de 100 años de la creación del Día Internacional de las Mujeres Trabajadoras, solo basta decir que las mujeres trabajadoras hemos sido las artífices del primer paro general a Mauricio Macri y a su gobierno

neoliberal. El día 19 de octubre de 2016, mujeres de todo el país iniciamos un histórico paro nacional de una hora en contra de la violencia de género y los femicidios, como paso previo a una movilización que se realizó en la ciudad de Buenos Aires y en el resto del país bajo la extendida consigna “Ni una menos”, para poner en estado público un debate sobre los femicidios y sobre las injusticias económicas que sufren las mujeres (La Nación, 2016).

No por casualidad, entonces, en este marco de resistencia a esta etapa oscura del país, cuando los derechos adquiridos y conquistados fueron deteriorados y avasallados, nacieron las “Mujeres Sindicalistas”, con la fuerza del saldo organizativo de la década anterior de avanzada de los movimientos populares y sus gobiernos. El espacio está ligado también al nacimiento de la Corriente Federal de Trabajadores, una corriente interna de la Confederación General del Trabajo, CGT, la central sindical más grande de Argentina, pero que también articula un programa común con compañeras sindicalistas de la Central de Trabajadores de Argentina, CTA.

Ya entrado el siglo XXI, las mujeres decidimos hacernos visibles, unirnos y constituirnos como un bastión de lucha y resistencia en el marco del Movimiento Sindical Argentino.

A partir de un primer encuentro nacional, en septiembre de 2016, las mujeres tomamos la decisión de que con nuestra visibilización fortaleceremos nuestros sindicatos y al conjunto de la clase obrera, al tiempo que modelamos otra manera de hacer política y de construir poder popular.

Desde esa fecha no nos hemos detenido. En 2017, celebramos nuestro segundo encuentro, e incorporamos, por primera vez en la historia de los programas del movimiento obrero argentino, un punto que habla sobre nosotras.

De esa manera, las Mujeres Sindicalistas incorporamos el “Punto 27” al Programa político de la Corriente Federal de Trabajadores (Sindical Federal, 2017):

“Vivas, libres e iguales nos queremos”

Se requieren políticas de los tres poderes del Estado destinadas a:

1. Eliminar todo tipo de modalidad de violencia, tanto simbólica como física hacia la mujer y
2. Eliminar cualquier motivo que obstaculice o discrimine a la mujer en el ámbito social, económico, laboral, cultural, comunicacional, sindical y/o político. Abordar la prevención y concientización social en ambos aspectos.

Considerando desde un sentido transversal a la perspectiva de género, este programa en su totalidad será siempre entendido, interpretado y aplicado con dicha visión.

En el cierre de ese encuentro participó Cristina Fernández diciendo:

Pocas veces se condensa, en un mismo espacio y a un mismo tiempo y en las mismas personas, dos colectivos tan poderosos, por un lado el colectivo de la mujer, que desde el “ni una menos” ha cambiado la historia de las mujeres, y el de las trabajadoras organizadas sindicalmente (Goldman, 2017).

Esa idea sintetiza la fuerza que las luchas obreras tienen cuando se articulan con las luchas feministas. Es el “género con clase” del que hablaba Hugo Chávez en Venezuela, y que en Argentina y el continente se ha materializado en una lucha que empoderó a las mujeres de la región, como parte de un enfrentamiento contra el neoliberalismo por parte de todos los sectores populares. Chávez decía que:

El socialismo del siglo XXI es antimachista. Admiro a la mujer y su lucha y su batalla, y llamo a los hombres de Venezuela a que desterremos para siempre el machismo de esta tierra, para que algún día declaremos a Venezuela territorio libre de machismo (Telesur, 2014).

En el año 2018, el movimiento de mujeres terminó de consolidar su representación masiva con una militancia que ya venía en crecimiento. Este año, el movimiento de mujeres explotó en convocatorias callejeras y en convencimiento militante, poniendo al feminismo como un debate central en la agenda pública.

En ese contexto, el espacio de Mujeres Sindicalistas también continuó con su crecimiento y consolidación, con una maduración de su propuesta y de unidad en un escenario donde conviven diversas miradas feministas. Contando con la participación de gran heterogeneidad de gremios tales como las distintas vertientes de la *Confederación General del Trabajo* (CGT), la *Confederación de Trabajadores de la Economía Popular* (CTEP), la *Confederación Nacional de Cooperativas de Trabajo* (CNCT), *CTA Autónoma*, *CTA de los Trabajadores* y más.

Esta construcción colectiva, horizontal y feminista dentro del sindicalismo viene a aportar toda una agenda de reivindicaciones para el conjunto de la clase trabajadora. Más de un sindicato ha incorporado al reclamo temas como las licencias compartidas o de cuidado, la violencia de género, la segregación ocupacional y las brechas de salario.

La historia latinoamericana y argentina nos muestran que nuestros feminismos no han sido parte de las apariencias democráticas de las clases dominantes. Día a día, todos los días, miles de mujeres están construyendo un feminismo popular, que apuesta por la liberación de nuestros Pueblos.

Las mujeres sindicalistas creemos que cuando el feminismo se articula a la lucha obrera y popular, se cae el oportunismo de la derecha, que en más de una ocasión ha usado el reclamo de mujeres como “máscara” para legitimar la sociedad de consumo que promueve este capitalismo globalizado.

Por eso, en las banderas del sindicalismo feminista también hemos incorporado temas como la flexibilización y la informalidad laboral. Las mujeres sindicalistas, en nuestra articulación transversal dentro del movimiento obrero organizado, impulsamos una estrategia de fortalecimiento de la organización obrera y popular en un contexto donde los sectores dominantes impulsan un duro intento de restauración neoliberal para toda la región.

Entendiendo a esto último como un enorme y verdadero peligro, el movimiento de mujeres impulsa una creciente unidad de acción y de concepción para derrotar esta ofensiva de los sectores del capital por sobre los sectores del trabajo.

En pleno siglo XXI, las brechas de género en el trabajo, o inequidades laborales, siguen siendo inquietantes. Por ejemplo, según datos del INDEC (2018), el menor acceso de las mujeres al trabajo —63 % de las personas inactivas son mujeres y de las personas ocupadas son solo el 43,2 %—; si acceden al mismo las condiciones en todas sus aristas son más bajas: posibilidades de ascenso —28,6% de personas en cargos directivos son mujeres—, inequidad salarial —25% menos que los varones—, trabajo no registrado —36% trabajan en negro—, inequidad en tiempo destinado al trabajo —19% de diferencia—, ya que se ven obligadas a buscar trabajos de tiempo parcial para complementar el trabajo doméstico no remunerado.

En este último caso, según datos del INDEC (2013), el 88,90 % de las mujeres son las que llevan adelante las tareas de gestión del hogar y de cuidados, sobre un 57,90 % que realizan los varones. Además, las mujeres trabajamos 6,4 horas diarias en tareas domésticas, mientras que los hombres ocupan solo 3,4 horas. Esta organización machista en el hogar se reproduce en los trabajos, generando trabajos feminizados ligados al cuidado o los servicios y trabajos masculinizados relacionados con el uso de la fuerza.

Simple estadísticas que reflejan aún la fuerte reproducción del estereotipo de mujer cuidadora, que constituye el factor primordial de desigualdad de género en el mundo laboral ya que la principal responsabilidad de la mujer es el trabajo doméstico no remunerado, el cual condiciona su tiempo y posible relación con el trabajo asalariado. Además del desarrollo de este último en condiciones claramente desiguales a los varones.

Las Mujeres hoy somos testigos de cómo la desigualdad de género se profundiza con “el avance tecnológico, la aparición del teletrabajo, la mundialización del capital y la financiación como principal factor de acumulación de riquezas, el mundo del trabajo ha cambiado y ha expulsado a las personas” (3.º Encuentro Nacional de Mujeres sindicalistas, 2019).

Nos resulta inevitable sufrir las consecuencias de un capitalismo en su fase más avanzada, donde se acrecienta cada día el hambre, la precarización y explotación laboral, la ruptura de los vínculos sociales, el dolor de un Pueblo que ve ante sus ojos el aumento de la miseria.

Por eso es fundamental desenmascarar a ese 1 % de la población mundial que se apropia de la riqueza de los y las trabajadoras de todo el planeta —y los gobiernos neoliberales que son funcionales a ese interés—, pero además la urgencia de sostener juntas la esperanza de construir un mundo donde prime la justicia social. Ello nos representa muchos desafíos: profundizar la organización y la construcción de un programa con iniciativa de clase para cambiar todo lo que deba ser cambiado, generar las condiciones para recuperar los gobiernos populares en nuestra región como forma de poner límites al capital en nombre de la justicia social, contribuir cada día con nuestra práctica colectiva a la construcción de un mundo cada vez más humano a través de la unidad, del fortalecimiento de los vínculos sociales, la solidaridad, el trabajo, la hermandad y el amor, pero sobre todo proponernos el sueño de saber que ¡vamos a vencer!

Ese es el feminismo popular que construimos cada día, codo a codo, con cada compañera, el de la rabia de las desposeídas, el de la firmeza de saber quiénes son los que hieren a nuestro pueblo, el de la convicción de que con organización popular no hay imposibles, el del coraje de sabernos inseparables de nuestra clase y de la alegría de mirarnos a los ojos y “comprobar que no hay fuerza capaz de doblegar a un pueblo que tiene consciencia de sus derechos” (Eva Perón).

Como se expresó en el último Encuentro de Mujeres Sindicalistas (2018), las mujeres saben que sin Justicia Social no habrá nunca igualdad de los géneros, porque la primera víctima de este ajuste es la mujer, trabajadora en el hogar, en relación de dependencia o en la economía popular.

Por eso, las mujeres sindicalistas defendemos:

- *Nuestras organizaciones sindicales*: partiendo de la base colectiva, un sindicato debe reflejar al universo que le corresponde representar. El sostenimiento en el mundo laboral de la segregación por géneros, nos ha llevado a las mujeres sindicalistas a vivir similar situación en las estructuras de los gremios. Pero esto no es responsabilidad de tal o cual dirigente, mucho menos del modelo sindical argentino (que por cierto es el más eficiente en la defensa de derechos), el problema sigue siendo

la ausencia de un Estado que planifique el trabajo con parámetros igualitarios.

- *La fuerza de la legitimidad*: nosotras venimos a defender como leonas a las organizaciones sindicales, pero también pretendemos hacerlas mejores, más democráticas, más fuertes. Entendiendo que cuánto más legítimo sea un sindicato, cuanto más afiliados y mayores niveles de aceptación social posea, más eficaz será en su misión social, las mujeres sindicalistas comprendemos el rol estratégico que cumplimentamos en este momento histórico. Sabemos que tenemos capacidad para integrar las estructuras de base pero también de conducción, por eso queremos Secretarías de Género pero también Secretarías Generales. Porque cuando una mujer avanza, ningún hombre retrocede, sino que crece la organización.
- *La organización vence al tiempo*: Uno de los principales desafíos que hoy enfrenta el movimiento de mujeres y disidencias que integramos y del cual nos sentimos plenamente parte, es como institucionalizar las reivindicaciones para hacerlas perdurar en el tiempo convirtiéndose en una realidad efectiva, y además de qué modo construir el ámbito de decisiones estratégicas para influir en la determinación de agenda. Uno de esos lugares es el Encuentro Nacional de Mujeres que se realiza una vez por año desde hace ya 33 años. Pero muchas veces esa agenda es utilizada con fines contrarios a nuestros intereses por los Gobiernos de derecha y los operadores de poderes económicos que necesitan divisiones sociales para evitar el avance del Pueblo hacia una vida mejor.

Frente a ello la salida siempre es la organización y la unidad en las luchas. Por eso miles y miles de compañeras entendemos que debemos unir al sindicalismo con el feminismo en la construcción de una alternativa de país. Porque como decía Evita: “De nada valdría un movimiento femenino en un mundo sin justicia social”.

Bibliografía

Bebel, A. (2018). *La mujer y el socialismo*. Madrid, España: Akal.

- Carosio, A. (2016). “Chávez y su impulso por construir un socialismo feminista” en *Humanidad en Red Venezuela*. Recuperado de: <http://humanidadenred.org.ve/?p=3424>
- Diario Clarín* (26 de febrero de 2018). “Carolina Stanley confirmó que habrá más controles sobre los planes sociales”. Recuperado de: https://www.clarin.com/politica/carolina-stanley-confirmo-control-planes-sociales_0_Byew0FZuz.html.
- De la Calle, E. (8 de marzo de 2018). “Ellas hacen: un programa estatal con perspectiva de género que el macrismo quiere desarticular” en *Agencia Paco Urondo*. Recuperado de: <http://www.agenciapacourondo.com.ar/generos/ellas-hacen-un-programa-estatal-con-perspectiva-de-genero-que-el-macrismo-quiere>.
- García López, A. (s/f). “Las heroínas calladas de la Independencia Hispanoamericana” en *Centro Virtual Cervantes*. Recuperado de: https://cvc.cervantes.es/literatura/mujer_independencias/garcia.htm (fecha de consulta: 7 de noviembre de 2018).
- Gilardi, N. (25 de julio 2012). Evita era una verdadera revolucionaria en *Portal Infobae*. Recuperado de: <https://www.infobae.com/2012/07/25/661148-evita-era-una-verdadera-revolucionaria/>
- Goldman, T. (3 de septiembre de 2017). “Un sindicalismo con perspectiva de género” en *Diario Página 12*. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/60596-un-sindicalismo-con-perspectiva-de-genero>.
- Minuto Uno* (2016). “Así fue el histórico paro de mujeres en argentina”. Recuperado de: <https://www.minutouno.com/notas/1515968-asi-fue-el-historico-paro-nacional-mujeres-la-argentina>
- Proudhon, P. (1995). *La Pornocracia*. Madrid, España: Huerga Fierro Editores.
- Ranea Triviño, B. (2019). *Feminismos*. Madrid, España: Ediciones Catarata.
- De Giorgi, A. (2017). *Feminismo y Política desde el Sur*. Recuperado de: <https://brecha.com.uy/feminismo-politica-desde-sur/>
- Sindical Federal (3 de septiembre de 2017). “Qué dice el punto 27 del Programa de la CFT” en *Portal Sindical Federal*. Recuperado de: <http://sindicalfederal.com.ar/2017/09/03/el-punto-27-del-programa-de-la-corriente-federal-de-trabajadores/>.
- Sindical Federal (12 de marzo de 2019). “La mujer, el trabajo y la comunidad organizada” en *2º Cuadernillo de Mujeres Sindicalistas, Portal Sindical Federal*. Recuperado de: <http://sindicalfederal.com.ar/2018/11/05/consulta-y-descarga-todos-los-materiales-de-las-mujeres-sindicalistas/>

- Sindical Federal (2019b). *3° Encuentro Nacional de Mujeres Sindicalistas*, Huerta Grande, Argentina. Recuperado de: http://sindicalfederal.com.ar/wp-content/uploads/Documento_Encuentro_13-12-1.pdf
- Struminger, B. (2016). “Paro de mujeres y reclamo en el obelisco” en *Diario La Nación*. Recuperado de: <https://www.lanacion.com.ar/1948339-paro-de-mujeres-y-reclamo-en-el-obelisco>.
- Telesur* (2014). “Chávez feminista”. Recuperado de: <https://www.telesurtv.net/analisis/Chavez-feminista--20140305-0053.html>.

Segunda sección

Realidades Nacionales

El México de López Obrador: reformismo, ruptura, y construcción de hegemonía

Por Katu Arkonada

“Estoy preparado para no fallarle a mi pueblo. Ahora que venía para acá, se emparejó un joven en bicicleta y me dijo: Tú no tienes derecho a fallarnos. Y ese es el compromiso que tengo con el pueblo: No tengo derecho a fallar” (discurso de Andrés Manuel López Obrador en su toma de posesión en la Cámara de Diputados de San Lázaro, 1 de diciembre de 2018).

Primero de diciembre de 2012: Enrique Peña Nieto llega a la Cámara de Diputados en una vagoneta blindada y toma posesión en medio de disturbios que derivaron en alrededor de un centenar de manifestantes detenidos, tras protestas convocadas por el movimiento estudiantil #YoSoy132, y decenas de heridos por las balas de goma lanzadas por la Policía Federal.

Primero de diciembre de 2018: Andrés Manuel López Obrador llega a San Lázaro en un utilitario Volkswagen Jetta, sin ninguna medida de protección, para después de su toma de protesta, dirigirse a la multitud que desbordaba la Plaza de la Constitución, el tradicional Zócalo de la Ciudad de México.

Dos imágenes de dos momentos históricos. La primera, el último intento de las élites económicas y el capital trasnacional por imponer en México el modelo neoliberal mediante la doctrina del shock. La segunda, 6 años después, un pueblo cansado del neoliberalismo que otorga a López Obrador la votación más alta de la historia, con más de 30 millones de votos representando el 53 % del censo electoral.

La elección del 1 de julio

Resulta paradójico que el primer país que realizó una revolución social en América Latina durante el siglo XX (1910⁷⁹) haya sido el último en incorporarse al ciclo progresista y posneoliberal abierto en la región a partir de la victoria del Comandante Chávez en 1998 en Venezuela.

Más allá de un cambio de gobierno, lo sucedido el 1 de julio de 2018 deja atrás la transición fallida a la democracia (neoliberal) y las reformas estructurales de la economía, y se trata de un cambio de régimen en toda regla, que por otro lado y como no puede ser de otra manera, viene acompañado de un recambio de élites políticas.

Andrés Manuel ha definido el periodo que se abre como el de la 4.^{ta} transformación, tras la Guerra de Independencia (1810-1821) encabezada por el cura Miguel Hidalgo, la Reforma (1858-1861) liderada por Benito Juárez, que impulsó la separación entre Iglesia y Estado, y la propia Revolución Mexicana (1910-1917).

Pero la principal semejanza es con la presidencia del General Lázaro Cárdenas (1934-1940), periodo donde se nacionalizó el petróleo y se realizó una reforma agraria, y donde el Estado cobró un rol importante como ordenador del mercado (sin estar subordinado a él).

Otra definición bastante acertada de lo que puede significar la cuarta transformación la ha dado el periodista uruguayo nacionalizado mexicano Carlos Fazio:

Su objetivo principal es desmontar el modelo neoliberal o al menos limar sus aristas más perversas. Y para ello se propone encabezar una revolución pacífica, de las conciencias, bajo el signo de la reconciliación (de clases), en la que prime el interés general (Fazio, 2018).

79 La revolución mexicana dio inicio el 20 de noviembre de 1910 cuando Francisco I. Madero se levantó en armas contra el militar y Presidente Porfirio Díaz. Para profundizar en este periodo histórico ver *La revolución interrumpida* de Adolfo Gilly, en <http://www.izquierda.info/ant/mx/Gilly-La-Revolucion-Interrumpida.pdf>.

Lo que es una realidad y nadie duda es la afirmación de AMLO de que tiene previsto realizar 2 sexenios en 1, es decir, 12 años en 6 (en México los mandatos duran 6 años y no hay posibilidad de reelección).

Para ello, el pueblo mexicano le ha dado una mayoría abrumadora. En la Cámara de Diputados su partido-movimiento, el Movimiento de Regeneración Nacional (Morena) cuenta con 256 de los 500 diputados y diputadas, el 51,2 %, que alcanza el 62,8 % si se suman los diputados y diputadas de la coalición ganadora Juntos Haremos Historia: 28 del Partido del Trabajo (PT) y 30 del Partido Encuentro Social (PES). En el Senado Morena cuenta con 59 senadores y senadoras (46,09 %), cifra que asciende a 70 de 128 (54,7 %) si sumamos a la coalición.

El 1 de julio, además, se pusieron en juego 9 de los 32 estados que tiene el país, y la coalición Juntos Haremos Historia ganó en 5 de ellos, entre ellos la capital de la República (Ciudad de México), Veracruz, Chiapas, Tabasco y Morelos.

Este tsunami electoral le deja a López Obrador las manos libres para llevar a cabo su proyecto de nación. El 1 de julio el pueblo de México voto masivamente contra la corrupción, una metáfora de la lucha contra el modelo neoliberal que ha dejado un México plagado de pobreza, desigualdad, y violencia.

El saldo de estos próximos 6 años en México va a depender sobre todo de la figura de AMLO, mucho más que de un sistema de partidos en crisis, y que de cualquiera de los 3 poderes del Estado.

¿Quién es Andrés Manuel López Obrador?

López Obrador viene del PRI, como casi todos los políticos mexicanos, excepto algunas honrosas excepciones provenientes del Partido Comunista y otros pequeños grupos de izquierda.

Fue Director del Instituto Indigenista de su natal Tabasco, Presidente en su mismo Estado del PRD al ser creado, y 2 veces candidato a Gobernador, antes de ser electo Presidente nacional del PRD y finalmente, en el año 2000, ser electo Jefe de Gobierno de la Ciudad de México.

En 2006 y 2012 fue candidato presidencial por una coalición encabezada por el partido hasta entonces referente de la izquierda, para después crear su propio partido-movimiento (Morena), con el que compitió, y ganó, en 2018.

En su primera elección presidencial, en 2006, fue objeto de fraude (ampliamente documentado⁸⁰) en favor de Felipe Calderón, que ganó por una diferencia de 0,62 % —en México no hay segunda vuelta— que representaban menos de 250.000 votos sobre un censo de 71 millones de votantes.

En los 12 años transcurridos entre su primera y tercera elección, Andrés Manuel López Obrador se dedicó a hacer su propia revolución permanente, o en este caso, campaña permanente, recorriendo uno por uno los 2458 municipios del país. Es, posiblemente, la persona que mejor conoce el tejido social y político de México.

Y aunque muchos han querido compararlo con Trump o incluso Bolsonaro, aquellos a quienes la palabra populismo les produce escozor —y probablemente ni siquiera la entienden—, si tenemos que hacer alguna comparación —no siempre necesaria—, AMLO sería un cruce entre el Lula de los primeros años (que buscaba la inclusión social y una cierta conciliación de clases) y un Evo Morales que habla y tiene el mismo color de piel que su pueblo, una persona a la que se ve sincera, y el México plebeyo se ve reflejada en él.

Probablemente su horizonte político-ideológico lo define su primer lema de campaña en 2006: “Por el bien de todos, primero los pobres”, y a pesar de todas las diferencias políticas que se puedan tener con él, no hay duda de que le mueve un profundo sentimiento de justicia social. Conoce México como nadie, y al igual que Benito Juárez separó el poder político del religioso, ya ha declarado en numerosas ocasiones que tiene intención de separar el poder político del económico, y de dejar atrás el modelo neoliberal.

80 Ver, por ejemplo, el documental *Fraude: México 2006* de Mandoki, en <https://youtu.be/GWJ6Ktkl7Jo>

Transición

Pero antes de gobernar, López Obrador tuvo que enfrentar la larguísima transición mexicana, de 5 meses, entre el 1 de julio y el 1 de diciembre.

Una transición llena de simbolismo

La primera iniciativa de Ley presentada por Morena en el Senado, una vez que se conformó la Cámara el 1 de septiembre, fue una iniciativa presentada por el Senador Germán Martínez (actual Director del Instituto Mexicano del Seguro Social IMSS) para extender los beneficios de la seguridad social a matrimonios entre personas del mismo sexo.

Por su parte, AMLO se dedicó a preparar las consultas ciudadanas. La primera de ellas, realizada entre el 25 y el 28 de octubre, avaló la decisión de cancelar las obras de construcción del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México, construido sobre terrenos acuíferos junto a un vaso regulador, zona de tránsito y reposo para 200 000 aves de 250 especies, y además un gran negocio basado en el mantenimiento de un aeropuerto que se iba a hundir poco a poco, mantenimiento calculado en 2000 millones de USD anuales. La obra era un desastre ambiental y un nido de corrupción para las empresas constructoras afines al PRI.

La segunda consulta se realizó el 24 y 25 de noviembre, a pocos días de la toma de protesta de López Obrador (las dos consultas fueron pagados con recursos propios de Morena) y sirvió para lograr apoyo a 10 proyectos fundamentales del programa de AMLO. Un tren que va a recorrer el sudeste mexicano, una refinería, salud y medicamentos gratuitos o becas para 2.6 millones de jóvenes “ni-nis”, entre otros proyectos.

En realidad, más allá del ejercicio de democracia participativa, las dos consultas sirvieron para marcar una nueva forma de gobernar, y, sobre todo, fue un mensaje a las élites económicas acostumbradas a gobernar México tras bambalinas: “Aquí mando yo”.

Aunque al mismo tiempo que se producían las consultas y se anulaba la construcción del NAICM de Texcoco, AMLO creaba un Consejo Asesor empresarial, con la participación de directivos de Televisa y Tv Azteca, en lo que parece un movimiento gramsciano de guerra de posiciones, sabiendo que no puede abrirse varios frentes de batalla al mismo tiempo.

Gobierno

Lo simbólico fue también muy importante en los primeros días del nuevo gobierno.

El 1 de diciembre desapareció el Estado Mayor Presidencial, el cuerpo conformado por miembros del Ejército y la Marina, dedicados a la seguridad del Presidente.

El mismo día, la residencia presidencial de Los Pinos, que hasta entonces ocuparon los diferentes presidentes de México, fue transformada en un centro cultural (AMLO sigue viviendo en su casa de siempre en la delegación Tlalpan) y pocos días después en esa misma residencia, ahora centro cultural, fue exhibida en una función masiva ante miles de personas la película Roma, de Alfonso Cuarón.

En su discurso de asunción, AMLO citó a Bolívar y Martí en una clara indicación de que piensa acercar relaciones con América Latina y el Caribe:

Me da mucho gusto contar con la presencia de presidentes de América latina y del Caribe. México no dejará de pensar en Simón Bolívar y en José Martí, quienes junto con Benito Juárez siguen guiando con sus ejemplos de patriotismo el camino a seguir de pueblos y de dirigentes políticos.

Y de lo simbólico, a lo efectivo del ejercicio de gobierno.

El lunes 3 de diciembre, el primer decreto presidencial firmado por AMLO en su sexenio fue para crear la Comisión de la Verdad por el caso Ayotzinapa, en presencia de los familiares de los 43 normalistas desaparecidos. No se puede dar un proceso de pacificación y reconciliación sin justicia para los familiares de las víctimas.

El 12 de diciembre se mandó al Congreso para su aprobación la iniciativa para derogar la “Reforma educativa”, otro de los proyectos estrella del gobierno de Peña Nieto, que básicamente era un intento por controlar políticamente la educación y a los sindicatos de maestros, privatizándola donde fuese necesario.

El 17 de diciembre se anunció la subida del salario mínimo en México a partir del 1 de enero, que pasaba de 88 pesos diarios a

103, un 16 % de incremento, la mayor subida de los últimos 25 años. Al mismo tiempo en la frontera norte el salario mínimo se duplicaba y pasaba a ser de 176 pesos diarios.

Asimismo, el 23 de diciembre quedaba aprobado un Presupuesto General para 2019, donde se ven claras las prioridades de López Obrador para el primer año del sexenio. Aumento del 1030 % en Energía, para Pemex (Petróleos Mexicanos) y CFE (Comisión Federal de Electricidad); y un aumento del 1028 % en Trabajo (desde donde se otorgarán las becas a los 2.6 millones de jóvenes en empresas privadas, sector público y universidades, con el fin de sacarlos de las calles y, por tanto, del crimen organizado). Al mismo tiempo, el presidente se bajaba drásticamente el salario hasta 108.000 pesos, y se aprobaba la Ley Federal de Remuneraciones de los Servidores Públicos, que establece que ningún servidor o servidora pública puede ganar más que el Presidente.

Estas medidas y algunas declaraciones dejan claro que se va a detener la entrega de los recursos naturales al capital transnacional y se va a dar a las políticas públicas un enfoque social, aunque siguiendo la estrategia de no abrirse muchos frentes de batalla al mismo tiempo, sea un presupuesto de austeridad que busca no aumentar la deuda pública, que no baja ni sube impuestos. Es decir, un presupuesto de transición con un cambio de enfoque y objetivos, más enfocado en lo social.

También hay que poner en el haber de AMLO las declaraciones y el no rotundo al fracking, a la privatización del agua y al uso de transgénicos.

Por otro lado, el 5 de diciembre asumía Claudia Sheinbaum (Morena) como Jefa de Gobierno de la Ciudad de México, y su primera medida fue hacer desaparecer el represor Cuerpo de Granaderos de la Secretaría de Seguridad Pública de la Ciudad, una de las demandas del movimiento estudiantil y de las luchas sociales desde 1968, cuando se masacró a los estudiantes en la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco.

El medio plazo

¿Qué podemos esperar del gobierno de Andrés Manuel López Obrador en los próximos 3 años, donde a mitad de sexenio, se celebrarán elecciones intermedias?

En primer lugar, una nueva estrategia en la famosa guerra contra las drogas iniciada por Felipe Calderón y que, según algunos analistas, ha dejado 270 000 muertos y 37 000 personas desaparecidas. La apuesta es clara: educación (100 nuevas universidades) y becas para que ningún joven tenga que ser parte del narco por necesidades económicas, al mismo tiempo que se amnistía a los campesinos condenados por narcotráfico, el eslabón más débil de la cadena, y se persigue a los jefes del narco con una Guardia Nacional compuesta sobre todo por el Ejército y la Marina (probablemente por disponer de información de inteligencia que da cuenta del grado de infiltración de la Policía Federal).

Además, López Obrador ha sido rotundo en afirmar que nunca dará a las Fuerzas Armadas la orden de reprimir al pueblo, a la protesta social, y se ha puesto sobre la mesa el debate en torno a la legalización de la marihuana e, incluso, de la amapola.

Al mismo tiempo AMLO ha señalado que no va a perseguir a los expresidentes, de nuevo profundizando en una estrategia que puede parecer contradictoria, pero que apunta a no abrirse demasiados frentes de guerra al mismo tiempo.

El segundo gran eje/indicador para medir el nuevo gobierno mexicano en el medio plazo podría ser la política exterior.

Las señales han sido buenas hasta el momento. Se ha apelado al artículo 89 de la Constitución mexicana que establece el principio de no intervención, el respeto a la autodeterminación de los pueblos y la solución pacífica de las controversias. Al mismo tiempo, la presencia el 1 de diciembre de Mike Pence, vicepresidente de Estados Unidos, por un lado, y Nicolás Maduro, por otro —a quien agradeció expresamente delante de los medios: “gracias por venir”—, son señales de que México y su Cancillería van a dejar de estar alineados a los intereses del Departamento de Estado.

Y el tercer elemento/indicador que podemos colocar es el del respeto a los Derechos Humanos. Ayotzinapa es solo un caso mediático de una realidad cotidiana de desapariciones y violaciones de DDHH. De manera paralela, se hace urgente encarar desde la óptica de los Derechos Humanos la realidad de los migrantes centroamericanos que atraviesan México (se calcula unos 200 000 anuales).

De cómo se resuelva eso, en la siempre complicada relación con el excéntrico presidente del vecino del norte, depende mucho la percepción que sobre México se pueda tener en el ámbito internacional.

De momento, se está impulsando en coordinación con Estados Unidos una especie de neo Plan Marshall, con 4 ejes —migración, comercio, seguridad y desarrollo económico nacional— que se aplicará en 9 estados del sur-sureste de México, así como en Guatemala, Honduras y El Salvador.

El largo plazo

¿Qué esperar entonces del gobierno de López Obrador a largo plazo, cuando finalice en 2024 su mandato de 6 años?

En primer lugar, debemos partir de la base de que estamos ante un gobierno en disputa. Las experiencias del ciclo progresista latinoamericano nos dejan como enseñanza que un gran liderazgo sin un partido y movimiento fuerte que lo arroje, termina siendo presa de varios problemas.

Frente a algunas lecturas pesimistas que intentan definir el proceso que se está dando como un bonapartismo o alguna suerte de revolución pasiva, es necesario responder que lo que sucede no es tan diferente a lo que ha sucedido en otros gobiernos progresistas en América Latina y el Caribe: un hiperliderazgo, movido por un profundo sentimiento de justicia social, con un aparato de mediación, en este caso un partido-movimiento, débil, dentro de un sistema de partidos en plena crisis provocada por el descrédito de la ciudadanía, cansada de la imposición neoliberal, y donde por tanto la relación entre el liderazgo y la ciudadanía/pueblo es muy directa, sin intermediarios.

Pero el proyecto está ahí, y desde luego que podemos considerarlo nacional-popular. Si se queda en un reformismo de lo establecido, en un simple recambio de élites con una cierta redistribución de la riqueza sin afectar los intereses de las élites económicas, o va más allá y realmente se constituye en una ruptura con el orden anterior, es algo que está en disputa, con sectores al interior de Morena y de la coalición de gobierno que van desde la extrema izquierda al centro-derecha.

Esa disputa al interior del gobierno, o de la llamada “cuarta transformación”, también implica una disputa por el concepto de “sociedad civil”, que no puede dejarse en manos de ONG o instituciones similares, y aun menos de los empresarios o de la comentocracia liberal que quiere hablar “en nombre de”. Solo una sociedad organizada, con intelectuales, sindicatos y movimientos sociales independientes, y críticos, puede empujar hacia la izquierda la orientación del nuevo gobierno.

Porque, además, no se puede dejar solo al nuevo gobierno en la disputa con las élites, económicas y mediáticas, que irá *in crescendo* en cuanto se recuperen del tsunami que les pasó por encima el 1 de julio. Dejarle toda la responsabilidad de esa batalla a López Obrador sería un error para quienes quieren un cambio para México, estén dentro o fuera del nuevo gobierno.

La primera escaramuza con el poder judicial, por la rebaja de sus estratosféricos salarios, ya dejó claro que nadie que haya vivido instalado en diferentes privilegios los últimos años va a renunciar a los mismos con facilidad.

En cualquier caso, el parámetro principal por el que vamos a poder medir el gobierno de López Obrador a su término, más allá del cumplimiento de las 100 promesas de su discurso en el Zócalo el día 1 de diciembre, es si logra reducir la pobreza y la desigualdad.

México, según datos de la CEPAL de Naciones Unidas, tiene un 41,2 % de la población en situación de pobreza, y un 16,3 % en situación de indigencia, o extrema pobreza. Eso hace un total de 57,5 % de la población, más de 60 millones de personas, en situación de pobreza o extrema pobreza. Y todo ello en un país del G20.



Pero la disminución de la pobreza y la desigualdad solo se podrán dar de la mano de una reforma fiscal que implique progresividad, una fiscalidad en la que paguen más los que ganan más.

E incluso antes de esa reforma fiscal, se pueden hacer varias cosas. México solo recauda el 17 % de su PIB, la mitad del promedio de 34 % que recaudan de media los 35 países que conforman la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). John Ackerman propone en primer lugar acabar con la evasión fiscal y el lavado de dinero, para solo después subir el Impuesto Sobre la Renta a las rentas más altas y definir un impuesto sobre las herencias, impuesto que no existe en México.

Solo así, con una mayor capacidad recaudatoria, se podrá invertir en salud, educación, y en una mayor redistribución de la riqueza, que logre completar el círculo virtuoso de aumento del consumo y del PIB.

Si, además, en la segunda mitad del sexenio, se introducen reformas constitucionales que consagren la igualdad frente a la desigualdad imperante en la 13ª economía mundial, el escenario puede ser de consolidación, a partir del México plebeyo, de una hegemonía lopezobradorista que transforme radicalmente el país norteamericano y lo consolide como pilar del cambio de época latinoamericano frente a los intentos de restauración conservadora.

Bibliografía

- CEPALSTAT. Naciones Unidas (2019). *Perfil nacional socio-demográfico de México*. Recuperado de: http://estadisticas.cepal.org/cepalstat/Perfil_Nacional_Social.html?pais=MEX&idioma=spanish
- Fazio, C. (12 de diciembre de 2018). “En busca de la utopía progresista” en *NODAL, Noticias de América Latina y el Caribe*. Recuperado de: [https://www.nodal.am/2018/12/andres-manuel-lopez-obrador-en-busca-de-la-utopia-progresista-por-carlos-fazio/-](https://www.nodal.am/2018/12/andres-manuel-lopez-obrador-en-busca-de-la-utopia-progresista-por-carlos-fazio/)
- Secretaría de Hacienda y Crédito Público (s/f). *Paquete económico y presupuesto*. Recuperado de: https://www.finanzaspublicas.hacienda.gob.mx/es/Finanzas_Publicas/Paquete_Economico_y_Presupuesto
- Zepeda Patterson, J. (21 de noviembre de 2018). “La ‘traición’ de López Obrador” en *El país*. Recuperado de: https://elpais.com/internacional/2018/11/21/actualidad/1542834133_875742.html

ANEXO

100 promesas⁸¹ de AMLO para su sexenio (discurso 1 de diciembre en el Zócalo de la Ciudad de México)

1. En primer lugar, vamos a darle atención especial a los pueblos indígenas de México; es una ignominia que nuestros pueblos originarios vivan desde hace siglos bajo la opresión y el racismo, con la pobreza y la marginación a cuestas. Todos los programas del gobierno tendrán como población preferente a los pueblos indígenas de las diversas culturas del país.
2. Se atenderá a todos los mexicanos sin importar creencias, clases, organizaciones, sexo, partidos, sectores económicos o culturales, pero se aplicará el principio de que, por el bien de todos, primero los pobres.
3. Se mantendrán las estancias infantiles de la antigua Secretaría de Desarrollo Social y se regularizarán los CENDIS promovidos por el Partido del Trabajo; ambos programas tendrán recursos garantizados en el presupuesto y pasarán a formar parte de las secretarías de Bienestar y de Educación Pública.
4. Los estudiantes de Primaria y Secundaria que provengan de familias de escasos recursos económicos recibirán becas educativas.
5. Todos los estudiantes de los Colegios de Bachilleres, escuelas técnicas, vocacionales y preparatorias públicas, recibirán una beca de 800 pesos mensuales.
6. Trescientos mil jóvenes, en condiciones de pobreza, que ingresen o estén estudiando en universidades, tendrán derecho a una beca de dos mil 400 pesos mensuales.
7. En 2019 estarán funcionando 100 universidades públicas, con carreras acordes a cada región del país para atender con

81 AMLO reafirma 100 promesas para “una modernidad forjada desde abajo”. Recuperado de: <https://www.proceso.com.mx/562104/amlo-reafirma-100-promesas-para-una-modernidad-forjada-desde-abajo-texto-integro>

educación de calidad y sin pago de colegiatura a 64 mil estudiantes del nivel superior.

8. Se protegerá el patrimonio cultural de México. Se impulsará la formación artística desde la educación básica y se apoyará a creadores y promotores culturales.
9. Se promoverá la investigación científica y tecnológica; se apoyará a estudiantes y académicos con becas y otros estímulos en bien del conocimiento. El CONAHCYT coordinará el Plan Nacional para la Innovación en beneficio de la sociedad y del desarrollo nacional con la participación de universidades, pueblos, científicos y empresas.
10. Se cancelará la llamada Reforma Educativa, se establecerá en el Artículo 3.º de la Constitución el derecho a la educación gratuita en todos los niveles de escolaridad y el gobierno no agravará nunca más a maestras y maestros.
11. Hoy comienza el plan para apoyar a los damnificados de los sismos con trabajo, vivienda y servicios públicos. Esto incluye un programa de construcción y reconstrucción de escuelas, centros de salud, edificios públicos y templos que forman parte del patrimonio cultural del país.
12. También hoy comienza un programa de mejoramiento urbano en colonias marginadas de la frontera norte: Tijuana, Mexicali, San Luis Río Colorado, Nogales, Ciudad Juárez, Acuña, Piedras Negras, Nuevo Laredo, Reynosa y Matamoros.
13. Se hará realidad el derecho a la salud. El propósito es garantizar a los mexicanos atención médica y medicamentos gratuitos; comenzaremos en las unidades médicas del Seguro Social ubicadas en las zonas más pobres del país y poco a poco se irá ampliando el programa hasta que logremos, a mediados del sexenio, establecer un sistema de salud de primera, como en Canadá o en los países nórdicos.
14. Bajarán los sueldos de los altos funcionarios y aumentarán proporcionalmente los sueldos de los trabajadores de base y sindicalizados que ganan menos de 20 mil pesos al mes.

15. Se aumentará la pensión a los adultos mayores en todo el país; es decir, se le entregará a cada uno mil 274 pesos mensuales.
16. También recibirán este apoyo un millón de discapacitados pobres, en especial, niñas y niños de pueblos y colonias marginadas.
17. Dos millones 300 mil jóvenes desempleados serán contratados para trabajar como aprendices en actividades productivas en el campo y la ciudad, y ganarán un sueldo de 3 mil 600 pesos mensuales.
18. En este mes iniciamos la construcción de caminos de concreto en municipios olvidados de Oaxaca, Guerrero y otros estados. Estos caminos se van a construir con trabajadores de las mismas comunidades para lograr un efecto multiplicador: el presupuesto quedará allí mismo, se reactivará la economía desde abajo, se crearán empleos con salarios justos y se harán las obras en beneficio de los pueblos.
19. Los pequeños productores del campo, ejidatarios, comuneros o pequeños propietarios recibirán un apoyo económico semestral para la siembra de alimentos.
20. Iniciará un programa de entrega de fertilizantes cuidando que no se dañen los suelos, en beneficio de productores agrícolas; el año próximo, este programa se aplicará de manera gratuita en apoyo a todos los campesinos del estado de Guerrero y así iremos ampliándolo en el resto del país. Además, pronto tendremos materia prima suficiente e iniciará la operación de la planta de fertilizante de Coatzacoalcos, Veracruz.
21. A los pequeños productores de maíz, frijol, arroz, trigo y leche se les comprarán estos alimentos a precios de garantía en almacenes o depósitos de Diconsa y Liconsa.
22. Se fomentará la actividad pesquera para mejorar la vida de las comunidades costeras y ribereñas. Los pescadores de atún y sardina recibirán un precio justo por sus productos.
23. Ya comenzaron los preparativos para plantar en los próximos dos años árboles frutales y maderables en un millón de hectáreas, con el objetivo de producir alimentos, reforestar, mejo-

- rar el medio ambiente, crear 400 mil empleos y arraigar a la gente en sus comunidades de origen.
24. Se unirán Diconsa y Liconsa en una sola empresa para el abasto y la distribución de alimentos de consumo popular. Se llamará Seguridad Alimentaria Mexicana (SEGALMEX). En los almacenes, tiendas y lecherías de esta nueva dependencia se distribuirá una canasta de alimentos básicos a precios bajos para combatir la desnutrición y el hambre del pueblo.
 25. Se otorgará créditos a la palabra y sin intereses a ejidatarios, comuneros y pequeños propietarios para la adquisición de novillonas, vacas y sementales.
 26. Los artesanos, dueños de talleres, tiendas y pequeñas empresas, también recibirán créditos a la palabra, baratos y sin tantos trámites y pérdida de tiempo.
 27. Se transferirá a las comunidades mineras el impuesto que se cobra a las empresas por la extracción del mineral.
 28. No aumentará el precio de las gasolinas, el gas, el diésel y la luz, solo se le aplicará el componente de inflación; es decir, no habrá gasolinazos.
 29. Los apoyos que otorgue el gobierno al pueblo se entregarán de manera directa, sin intermediarios, para evitar “moches”, corrupción y manipulación política. Por eso se está levantando un censo casa por casa para identificar a cada beneficiario, entregarle una tarjeta y que él mismo retire sus apoyos.
 30. Se creará el Banco del Bienestar para que la gente pobre, hasta en los pueblos más apartados, pueda cobrar la ayuda del gobierno y en esa misma cuenta pueda también recibir remesas y otros ingresos, así como mantener sus ahorros con rendimientos y garantías de seguridad.
 31. El incremento del presupuesto para financiar los programas del bienestar se obtendrá de ahorros por no permitir la corrupción y gobernar con austeridad republicana.
 32. No aumentarán los impuestos más allá de la inflación y no se crearán nuevos impuestos. Tampoco aumentaremos la deuda pública. No gastaremos más de lo que ingrese a la Hacienda Pública.

33. Seremos respetuosos de la autonomía del Banco de México y de sus políticas para evitar que haya inflación o devaluaciones.
34. Se aplicará una estricta política de austeridad republicana. No habrá amiguismo, nepotismo e influyentismo, ninguna de esas lacras de la política. Serán transparentes la nómina y los bienes de los funcionarios públicos y de sus familiares cercanos; haremos pocos, muy pocos, viajes al extranjero y solo por causa justificada; no se comprarán vehículos nuevos para funcionarios; únicamente tendrán escoltas los funcionarios responsables de tareas de seguridad; solo habrá tres asesores por secretaría; no habrá atención médica privada, ni cajas de ahorro exclusivas para funcionarios.
35. No se comprarán sistemas de cómputo en el primer año de gobierno.
36. Solo tendrán secretarios particulares los funcionarios integrantes del gabinete ampliado.
37. Se cancelarán fideicomisos o cualquier otro mecanismo utilizado para ocultar fondos públicos y evadir la legalidad y la transparencia.
38. Se suprimen todas las estructuras y programas duplicados (oficialías mayores, oficinas de prensa, publicaciones, defensorías jurídicas, compras, contraloría interna y otras) y estas funciones o programas se centralizarán en una sola unidad o coordinación, dependiente de la secretaría relacionada con los asuntos en cuestión.
39. Se reducirá en 50 por ciento el gasto de publicidad del gobierno.
40. Los funcionarios de Hacienda, Comunicaciones, Energía y otras dependencias, no podrán convivir en fiestas, comidas, juegos deportivos o viajar con contratistas, grandes contribuyentes, proveedores o inversionistas vinculados a la función pública.
41. Ningún funcionario público podrá ocupar en su domicilio a trabajadores al servicio del Estado, si no lo tiene permitido o no cuenta con autorización para ello.

42. Ningún funcionario, sin causa de emergencia, podrá ordenar cerrar calles, detener el tráfico o pasarse los altos o estacionarse en lugares prohibidos.
43. No se comprará ninguna mercancía que exista en los almacenes públicos en cantidad suficiente.
44. No se remodelarán oficinas, ni se comprará mobiliario de lujo.
45. Solo tendrán apoyo de choferes los secretarios y subsecretarios.
46. Salvo plena justificación, los policías y militares de las distintas corporaciones no estarán al servicio de funcionarios o particulares.
47. Se eliminarán partidas para vestuario o cualquier gasto de protocolo y ceremonial dedicado al presidente, a sus colaboradores cercanos y a familiares.
48. Se cuidarán los bienes de las oficinas a disposición de servidores públicos para proteger el patrimonio colectivo.
49. Se evitarán gastos innecesarios en el extranjero. Las únicas oficinas del gobierno serán las embajadas y los consulados. Solo habrá una delegación del gobierno federal en los estados y en todas las oficinas se ahorrará energía eléctrica, agua, servicios telefónicos, de internet, gasolinas y otros insumos pagados por el erario.
50. Se tratará con amabilidad a los ciudadanos en las oficinas públicas y en cualquier lugar, aceptando con humildad que ellos son los mandantes de nosotros, los servidores públicos.
51. Las compras del gobierno se harán de manera consolidada; mediante convocatoria y con observación ciudadana y de la oficina de transparencia de la ONU.
52. Los contratos de obra del gobierno se llevarán a cabo con la participación de ciudadanos y de observadores de la ONU.
53. No se autorizará la contratación de despachos para elaborar proyectos de ley, planes de desarrollo o cualquier tipo de análisis, recomendaciones, informes y otros documentos que

puedan elaborarse con el trabajo y la capacidad profesional de los servidores públicos.

54. Se descentralizará el gobierno federal y las secretarías van a estar ubicadas en distintos estados de la república, porque todo el país es México. Este proceso se llevará a cabo de manera voluntaria, sin afectar a los trabajadores al servicio del Estado; por el contrario, tendrán oportunidades para la adquisición de viviendas, educación para sus hijos, atención médica y seguridad social.
55. Habrá un auténtico estado de derecho. A nadie le estará permitido violar la Constitución y las leyes, y no habrá impunidad, fueros ni privilegios.
56. Se acabará la impunidad; se reformará el Artículo 108 de la Constitución para juzgar al presidente en funciones por cualquier delito que cometa, igual que a cualquier ciudadano.
57. Estará prohibido y se convertirá en delito grave, sin derecho a fianza, la corrupción, el robo de combustible, la portación ilegal de armas de fuego, la falsificación de facturas para la evasión fiscal, el fraude electoral, la compra de votos y el uso de presupuesto para favorecer a candidatos y partidos.
58. No habrá partidas en el presupuesto a disposición de diputados o senadores. Se acabará la vergonzosa práctica de los llamados “moches”.
59. Ningún funcionario público podrá recibir regalos cuyo valor exceda los 5 mil pesos.
60. En las relaciones comerciales o financieras con empresas internacionales se dará preferencia a aquellas originarias de países cuyos gobiernos se caractericen por su honestidad y castiguen sin tolerancia alguna las prácticas de sobornos o de corrupción.
61. Desde hoy están abiertas las puertas de Los Pinos, que ha dejado de ser la residencia oficial del presidente para convertirse en un espacio dedicado a la recreación, el arte y la cultura del pueblo.
62. Ya el Estado Mayor presidencial pasó a formar parte de la Secretaría de la Defensa; de la misma manera desaparece el

- CISEN. No habrá espionaje a opositores ni a ciudadanos y la oficina sucesora tendrá como única encomienda hacer labores de inteligencia para garantizar la paz y preservar la seguridad nacional.
63. Está en venta el avión presidencial y toda la flotilla de aviones y helicópteros que eran utilizados para el traslado de altos funcionarios públicos.
 64. Ya no recibirán pensión los expresidentes, ni tendrán a su servicio funcionarios públicos sean civiles o militares.
 65. No habrá inspectores de vía pública para estar supervisando a establecimientos comerciales, empresariales o de servicios. Vamos a confiar en los ciudadanos y se implementará un programa de vigilancia por sorteo. Se evitará el soborno o la mordida; otorgaremos confianza a los ciudadanos, quienes bajo protesta de decir verdad actuarán con rectitud y cumplirán con sus responsabilidades.
 66. Reiteramos: no estamos en contra de quienes invierten generan empleos y se comprometen con el desarrollo de México, sino de la riqueza mal habida.
 67. Se fomentará el turismo para impulsar el desarrollo y crear empleos; también, desde este mes, iniciará un programa de mejoramiento urbano en las colonias marginadas de cinco centros turísticos: Los Cabos, Puerto Vallarta, Bahía de Banderas, Acapulco y Solidaridad.
 68. Se construirá el Tren Maya para comunicar por este medio de transporte rápido y moderno a turistas y pasajeros nacionales en los estados de Chiapas, Tabasco, Campeche, Yucatán y Quintana Roo.
 69. Se creará un corredor económico y comercial en el Istmo de Tehuantepec que comunicará Asia y la costa este de EU. Se construirá una vía ferroviaria para contenedores; se ampliará la carretera; se rehabilitarán los puertos de Salina Cruz y Coatzacoalcos; se aprovecharán petróleo, gas, agua, viento y electricidad de la región; se instalarán plantas de ensamblaje y manufactureras, y habrá subsidios fiscales para promover la inversión y crear empleos.

70. Vamos a destinar mayor inversión pública para producir con urgencia más petróleo, gas y energía eléctrica y así enfrentar la crisis que dejaron los políticos neoliberales y los responsables de la llamada reforma energética. Llamo a los técnicos y obreros petroleros, en activo o jubilados, para actuar con patriotismo como se hizo en los tiempos del general Lázaro Cárdenas, y a que volvamos a rescatar la industria petrolera nacional.
71. Se rehabilitarán las seis refinerías existentes y se iniciará, en unos días más, la construcción de una nueva refinería en Dos Bocas, Paraíso, Tabasco, para lograr que en tres años se produzca en México toda la gasolina que consumimos.
72. Se detendrá el plan de desmantelamiento de la Comisión Federal de Electricidad; ni una planta más será cerrada, por el contrario, se modernizarán las existentes y se le dará atención especial a las hidroeléctricas para producir más energía limpia y de menor costo.
73. Impulsaremos el desarrollo de fuentes de energía alternativas renovables, como la eólica, la solar, la geotérmica y la mareomotriz.
74. Protegeremos la diversidad biológica y cultural de México. Impulsaremos prácticas agroecológicas que aumenten la productividad sin dañar a la naturaleza. No se permitirá la introducción y el uso de semillas transgénicas.
75. No usaremos métodos de extracción de materias primas que afecten la naturaleza y agoten las vertientes de agua como el fracking.
76. No se permitirá ningún proyecto económico, productivo, comercial o turístico que afecte el medio ambiente. Se evitará la contaminación del suelo, agua y aire y se protegerá la flora y la fauna. No se privatizará el agua.
77. Habrá cobertura universal en telecomunicaciones y se conectará al país con internet utilizando la infraestructura y las líneas de la Comisión Federal de Electricidad. Este servicio será gratuito en carreteras, plazas, escuelas, hospitales e instalaciones públicas.

78. En tres años quedará solucionado en definitiva el problema de la saturación del actual aeropuerto de la Ciudad de México; para entonces ya estarán funcionando las vialidades, dos pistas nuevas y la terminal de pasajeros en la base aérea de Santa Lucía, con lo cual se salvará el Lago de Texcoco y nos habremos ahorrado 100 mil millones de pesos.
79. Desde el 1 de enero se creará la zona libre en los 3 mil 180 kilómetros de frontera con Estados Unidos; es decir, el año entrante en esa franja de nuestro país se impulsarán actividades productivas, se promoverá la inversión, se crearán empleos, bajará el IVA del 16 al 8 por ciento y el Impuesto Sobre la Renta será del 20 por ciento. Costarán lo mismo los combustibles de este y de aquel lado de frontera y aumentará al doble el salario mínimo.
80. El salario mínimo nunca se fijará por debajo de la inflación, como llegó a suceder en el periodo neoliberal.
81. Se reformará el Artículo 35 de la Constitución para quitar todos los obstáculos y candados en la celebración de consultas ciudadanas, a fin de que el pueblo tenga siempre el derecho a participar en las decisiones de interés público.
82. Cumpliré el compromiso de someterme a la revocación del mandato; el primer domingo de julio de 2021, habrá una consulta para preguntarle a los mexicanos si continúo en la presidencia o si renuncio, porque como lo creo y lo he dicho muchas veces, el pueblo pone y el pueblo quita, el pueblo es soberano.
83. No habrá divorcio entre el poder y el pueblo, nunca perderé la comunicación con ustedes, con la gente; estaré cinco días a la semana en municipios y estados del país recogiendo los sentimientos del pueblo y resolviendo problemas y evaluando el avance de los programas de desarrollo y bienestar.
84. Todos los días, a partir del lunes próximo, desde las 6 de la mañana encabezaré en el Palacio Nacional, la reunión del Gabinete de Seguridad para garantizar la paz y la tranquilidad a los mexicanos.

85. Se creará, si lo aprueban el pueblo y el Congreso, una Guardia Nacional para garantizar la seguridad pública en el país.
86. Se van a constituir 266 coordinaciones de seguridad pública en todo el país atendidas por la guardia nacional para proteger a los ciudadanos que son víctimas de asesinatos, secuestros, robos y otros delitos.
87. El presidente de la República, de conformidad con la ley, es el Comandante Supremo de las Fuerzas Armadas, y nunca dará la orden de que el Ejército o la Marina masacren al pueblo. Se acabará la guerra; construiremos la paz y buscaremos la hermandad entre todos los mexicanos.
88. Hoy inició el proceso de amnistía para dejar en libertad a presos políticos o víctimas de represalias de caciques, funcionarios o gobernantes del antiguo régimen autoritario. Se cancelarán las acusaciones penales fabricadas en contra de activistas y luchadores sociales. La Secretaría de Gobernación tiene a su cargo hacer realidad esta determinación.
89. Se investigará a fondo la desaparición de los jóvenes de Ayotzinapa; se conocerá la verdad y se castigará a los responsables.
90. Se respetará la libertad de expresión; nunca el gobierno aplicará censura a ningún periodista o medio de comunicación.
91. La Fiscalía General contará, en los hechos, con absoluta autonomía; no recibirá consigna del presidente de la República y sus prácticas se apegarán al principio del derecho liberal, según el cual, “al margen de la ley, nada y por encima de la ley, nadie”.
92. Mantendremos relaciones respetuosas con el Poder Legislativo y con el Poder Judicial y el Poder Ejecutivo dejará de ser el poder de los poderes.
93. Desde anoche entró en vigor el Plan de Protección Civil; el ABC para los casos de inundaciones, incendios, temblores y otros desastres.
94. La política exterior se sustentará en la cautela diplomática y en los principios de autodeterminación de los pueblos, no intervención, solución pacífica de controversias, igualdad jurídica de los estados, cooperación para el desarrollo, la amistad,

la paz, la defensa de los derechos humanos, la protección del medio ambiente y el respeto a los derechos de los migrantes; los nuestros, los centroamericanos y los de todos los países y continentes.

95. La relación con el gobierno de Estados Unidos será de respeto, beneficio mutuo y buena vecindad. Es momento de cambiar la relación bilateral hacia la cooperación para el desarrollo. Crear empleos en México y en Centroamérica es la alternativa a la migración, no las medidas coercitivas.
96. Como nos comprometimos, los 50 consulados que México tiene en Estado Unidos se van a convertir en defensorías para la defensa de migrantes. Vamos a defender los derechos humanos de nuestros paisanos.
97. Se logrará el renacimiento de México haciendo realidad el progreso con justicia y una manera de vivir sustentada en el amor a la familia, al prójimo, a la naturaleza, a la patria y a la humanidad. Promoveremos el bienestar material y el bienestar del alma.
98. Se garantizará la libre manifestación de ideas y de creencias religiosas y la libertad de prensa. Estamos por el diálogo, la tolerancia, la diversidad y el respeto a los derechos humanos.
99. Vamos a convocar a maestros, antropólogos, psicólogos, sociólogos, filósofos y profesionales de otras disciplinas, así como a religiosos, librepensadores, ancianos respetables y ciudadanos en general para la celebración de un congreso en el cual se elabore una Constitución Moral, que ayude a fortalecer valores nacionales, culturales y espirituales.
100. Asimismo, vamos a preservar nuestra memoria histórica. Se promoverá la lectura en general y particularmente de la historia, el civismo, la ética; nunca se olvidará de dónde venimos; por eso se exaltarán nuestras culturas originarias, las transformaciones históricas y el sacrificio de nuestros héroes; por ejemplo, el año próximo que se cumplen 100 años del asesinato de Emiliano Zapata, en toda la papelería del gobierno se recordará su nombre y su lema “Tierra y Libertad”.

México: por los caminos de la Cuarta Transformación

Por Luis Hernández Navarro

Del Camino Real al quién manda

La fotografía es elocuente. Fue tomada tan solo tres días después del triunfo “claro, contundente e inobjetable” de Andrés Manuel López Obrador, y apenas el día posterior a su reunión en el Palacio Nacional, con el presidente Enrique Peña Nieto. En ella, efusivo, Claudio X. González abraza a Andrés Manuel López Obrador, hasta poco tiempo antes su acérrimo enemigo. Su mano derecha está a punto de palmear la espalda del futuro presidente. En su cara se dibuja una enorme sonrisa.

Ese “abrazo del Camino Real” –un bonito hotel donde se realizó la reunión- pareció sellar un pacto entre el poderoso Consejo Coordinador Empresarial (CCE) y el candidato triunfante en la elección presidencial.

Varios periódicos nacionales que llevaron en su primera plana esta foto o alguna otra parecida resumieron el sentido de la “luna de miel” entre los señores del dinero y el futuro mandatario: “Confianza y certidumbre”, el signo de la nueva relación, publicaron. “Reconciliación”, dijeron otros.

El mensaje de la imagen fue claro: el pleito entre ambos había quedado atrás. A partir de ahora, los empresarios dejarán de llamar al tabasqueño López y se referirán a él como don Andrés Manuel López Obrador. Y el para ese momento ya casi presidente electo dejará de calificarlos de rapaces y dirá que son responsables.

Los mercados respiraron tranquilos con la foto. Las profecías de un inminente apocalipsis financiero inmediatamente después del triunfo del tres veces candidato no se cumplieron. En la reunión del Camino Real, el candidato ganador se comprometió a mantener la estabilidad macroeconómica. Igual lo hizo en el

primer discurso que dio, inmediatamente después de que los candidatos derrotados y el presidente Peña Nieto le reconocieron su triunfo. En la lista de sus compromisos no hay ambigüedad alguna: disciplina financiera, autonomía del Banco de México, no afectar la propiedad, bajar el coeficiente de deuda pública al PIB y revisar contratos bajo la norma de las leyes.

En el evento con el CCE, los empresarios respaldaron el plan de becas de trabajo de AMLO. El programa, que tendrá un costo de 100 mil millones de pesos, consiste en contratar a unos de 2.3 millones de muchachos en empresas, talleres y comercios como aprendices, a cargo de tutores, y con un sueldo financiado por el gobierno, proveniente de recursos obtenidos de recortar gasto superfluo.

El empresario Alfonso Romo, coordinador del Proyecto de Nación de AMLO y jefe de la Oficina de Presidencia, cerró la pinza de la operación para acercar el mundo patronal al próximo jefe del Ejecutivo. En entrevista con la revista *Forbes* dijo que México está llamado a ser un paraíso para la inversión privada. Añadió que las Zonas Económicas Especiales (ZEE) deberán extenderse en Chiapas, Oaxaca y Guerrero, sin “dejar nada fuera”.

Poco antes, en un aviso para navegantes, el mismo Romo, que, desde el proyecto Vaquerías a finales del sexenio de Carlos Salinas de Gortari forjó parte de su fortuna al amparo de su relación con los presidentes en turno, confesó a Martha Anaya: “La idea y la instrucción personal de AMLO es crear confianza y no parar el país; recibir y echar a andar el plan que traemos, pero sin perder la inercia...”. Para que no hubiera dudas del rumbo a seguir, añadió: “El país nos está dando un mandato de centro. Es un Plan de Gobierno de centro que toma en cuenta a los olvidados”.

Los empresarios recibieron bien los mensajes. En un video, integrantes del influyente Consejo Mexicano de Negocios (CMN), hasta poco antes hostiles a López Obrador, cuyos rostros son conocidos básicamente por aparecer en publicaciones de “sociales” que dan cuenta de sus celebraciones y funciones filantrópicas, reconocieron el triunfo del fundador del Movimiento de Renovación Nacional, MORENA, y reiteraron que no dejarán de invertir en México. “Todos queremos que al nuevo gobierno le vaya bien, porque queremos que a México le vaya bien”, dijo Antonio Fernández Carbajal, del grupo Femsa.

Los mercados lo acogieron aún mejor. Durante los días posteriores a los comicios, el peso registró su mejor semana en casi siete años: una ganancia de más del 4 %. Y el mercado global accionario fue el segundo con mejor desempeño —medido en dólares— a nivel global, con revalorización de acciones.

Sin embargo, semanas después, a finales de octubre, la imagen será. La cámara capta de arriba a abajo a Andrés Manuel López Obrador, ya para ese momento presidente electo. Él está sentado, vestido con traje gris, camisa blanca y corbata a rayas azules y rojas. A su espalda hay una pequeña escultura del exmandatario Benito Juárez, una foto de Lázaro Cárdenas, el recuperador de la soberanía energética nacional, y una bandera mexicana que tiene como escudo un águila republicana, utilizada por el mismo Juárez hace más de siglo y medio.

A su costado, hay una pequeña pila de libros. Arriba de ella se encuentra: “¿Quién manda aquí? La crisis global de la democracia representativa”, de Felipe González, Gerson Damiani y José Fernández Albertos. Abajo de este hay uno sobre “*Regeneración*”, la prensa magonista que anticipó y preparó la Revolución mexicana de 1917.

La estampa, llena de simbolismo, es parte de un video que López Obrador grabó como respuesta a las presiones económicas que algunos grupos empresariales orquestaron a raíz de su decisión de cancelar la construcción del Nuevo Aeropuerto Internacional de México (NAIM) en Texcoco, una megaobra multimillonaria.

En el video, el presidente electo pide a los ciudadanos mantener la calma, y denuncia que estos grupos patronales, al amparo de la corrupción, pretendían realizar grandes negocios indebidos en el terreno que actualmente ocupa el aeropuerto en funciones. Y, para que no les quede duda de que el mensaje central del comunicado es él quien va a mandar, dice: “No estoy de florero. No estoy de adorno. Traigo un mandato de los mexicanos. Quieren los mexicanos que se acabe la corrupción y la impunidad”.

Mantener o no la construcción de un nuevo aeropuerto en Texcoco o trasladarla a Santa Lucía, donde ya opera una base aérea militar, se convirtió, a finales de octubre en la disputa más importante que sostuvo AMLO con la cúpula empresarial, en

el largo interregno que va, desde su triunfo electoral en julio de 2018 a su toma de posesión el 1 de diciembre.

La decisión de cancelar la obra fue finalmente justificada realizando una consulta ciudadana informal en la que participaron poco más de un millón de ciudadanos, y en la que sufragaron por la suspensión casi las tres cuartas partes de los votantes.

Los empresarios, por medio del CCE, respondieron diciendo que “la cancelación del NAIM tendrá implicaciones jurídicas y financieras con acreedores y contratistas, pero especialmente riesgos reputacionales en perjuicio de México y futuros proyectos de inversión”.

Con el video y con una conferencia de prensa anunciando la decisión de abortar la obra, el entonces futuro mandatario quiso dejar perfectamente claro, que lo que estaba en el fondo de esa disputa era la cuestión del poder. Frente a los periodistas, preguntó: “¿Quién manda? ¿No es el pueblo? ¿No es esa la democracia?”. Y respondió:

Ese es el cambio. Se acabó el predominio de una minoría y la vinculación del poder económico y político, que el gobierno esté secuestrado al servicio de un grupo. Imagínense el Estado mexicano, democrático, de derecho al que aspiramos, supeditado a mercados financieros.

La reacción inicial de los mercados fue inequívoca. El mercado accionario retrocedió, el índice de bolsa cayó y el peso perdió valor frente al dólar. Las calificadoras amagaron con evaluar severamente el riesgo país. En diez días, inversionistas extranjeros sacaron de México el equivalente a unos 1900 millones de Euros.

Sin embargo, en palabras de López Obrador, la tormenta fue llovizna. Después de una reunión con los principales contratistas que participaban en el proyecto aeropuerto de Texcoco, los indicadores económicos se recuperaron significativamente. Los constructores recibieron garantías de que las cláusulas de terminación anticipada de contrato van a aplicarse, y de que se les va a finiquitar en función de los montos que les adeuden. A cambio, ellos aceptaron no llevar los casos a tribunales.

Pero, la llovizna no menguó. Apenas dos días después de su investidura formal como jefe del Ejecutivo, el asunto del NAIM siguió provocando inundaciones. Subsiste el problema de cómo pagará el futuro gobierno a los inversionistas del proyecto los bonos por más de 6 mil millones de dólares que se colocaron en los mercados financieros.

Sin embargo, el asunto del quién manda no quedó allí. El triunfo inicial de la separación del poder político del económico duró poco tiempo. Ricardo Monreal, coordinador en el Senado del partido gobernante MORENA, presentó una iniciativa las reformar las leyes que regulan el funcionamiento de los bancos, con el fin de eliminar muchas de las comisiones que estas instituciones cobran a sus usuarios por distintos servicios.

La medida no había sido debatida durante la campaña electoral y fue tomada de manera sorpresiva, sin consulta con las instituciones financieras privadas, el Banco de México o la Comisión Nacional Bancaria. La Bolsa de Valores se desplomó casi un 6 % y el dólar se fue arriba de los 20 pesos.

La iniciativa es popular. Las comisiones bancarias en México son excesivas. Los bancos las justifican en nombre de la poca bancarización de la economía. En los hechos, sirven para aportar importantes ganancias a las matrices españolas, inglesas o estadounidenses. Su reducción es una demanda de importantes sectores sociales.

Sin embargo, ante el nerviosismo el senador Monreal tuvo que recular y decir que la propuesta no se avalaría hasta escuchar a los banqueros. Carlos Urzúa, el secretario de Hacienda de López Obrador, se desmarcó de la propuesta y declaró que había que ser muy cuidadosos en este terreno. La dirigente de MORENA Yeidckol Polevnsky cuestionó la iniciativa. Y, como la tormenta bursátil no cesaba, López Obrador tuvo que declarar que respetaba la iniciativa, pero que en los primeros 3 años, su gobierno no pensaba modificar el marco legal con relación al sector financiero y fiscal.

De esta manera, AMLO tuvo que enfrentar un problema generado desde sus propias filas donde no lo había. De paso, en no pocos sectores de la población quedó la sensación de que el futuro

gobierno trabaja de manera descoordinada, y de que los bancos se salieron con la suya, así sea temporalmente.

De eso que llaman la cuarta transformación

Es el sello de la casa. De manera recurrente, AMLO ha dicho que se propone encabezar la cuarta transformación en la historia de México. No es una propuesta más, sino uno de los ejes centrales de su proyecto. Se trata, ni más ni menos, de refundar el Estado mexicano.

Al comenzar 2018, en Izamal, Yucatán, todavía como precandidato a la Presidencia, anunció:

Nuestra lucha tiene como antecedentes a las tres grandes transformaciones que ha registrado la historia de nuestro país: la Independencia, la Reforma y la Revolución convocada en 1910. Ahora de manera pacífica buscamos, entre todos y desde abajo, llevar a cabo la cuarta transformación de la vida pública de México.

AMLO sabe de lo que habla. Ha estudiado, investigado y escrito sobre historia de México. Su visión de la política está anclada en una reflexión genuina y original sobre lo sucedido en el país.

Sin embargo, a pesar de ello, el candidato no ha precisado ni detallado su iniciativa de cuarta transformación. La ha ido desgranando a lo largo de la campaña en mítines y debates, o en declaraciones como presidente electo o en su toma de posición, enunciando en lo general algunos de sus rasgos. Se trata —ha dicho— de un cambio profundo, pacífico y radical, que arrancará de raíz el régimen corrupto, de injusticia y privilegios; de una metamorfosis del cuerpo político en el que la soberanía volverá a radicar en el pueblo.

Como ha explicado Enrique Semo, las revoluciones de Independencia, Reforma y Revolución tuvieron objetivos precisos asociados a la conformación del capitalismo y la nación. Pero ahora, a diferencia de ellas, no se ha explicado cuál es el punto de llegada de esta cuarta transformación, ni sus fuerzas motrices y dirigentes, ni su programa.

Las revoluciones de Independencia, Reforma y Revolución parieron nuevas constituciones. López Obrador ha rechazado convocar a una nueva constituyente. Más aún, ha anunciado que no promoverá cambios en la Carta Magna durante los tres primeros años de su gobierno.

¿Cómo se puede refundar una nación y formalizar jurídicamente un nuevo pacto social sin una nueva Constitución? ¿Luchando contra la corrupción? Para el presidente electo, la corrupción es el principal problema del país. Según él, la desigualdad se relaciona no con la explotación del patrón al obrero sino por la corrupción de la “mafia” que gobierna. Desde su punto de vista, quienes hablan de explotación están equivocados porque “en México, esas leyes no aplican”.

En su toma de posesión dijo:

Nada ha dañado más a México que la deshonestidad de los gobernantes y de la pequeña minoría que ha lucrado con el influyentísimo. Esa es la causa principal de la desigualdad económica y social, y también de la inseguridad y de la violencia que padecemos.

Desde su lógica, el combate a la corrupción y a la impunidad permitirá liberar recursos suficientes para impulsar el desarrollo de México. Combinando —explicó— la lucha contra la corrupción y la austeridad republicana, se hace innecesario aumentar impuestos e incrementar los precios de los combustibles más allá de la inflación.

Obviamente, es muy importante moralizar la vida pública del país. Pero, aunque la lucha contra la corrupción sea condición necesaria para inaugurar una nueva etapa en la vida pública del país, no es suficiente para hacerlo.

En nuestro país —explica Enrique Semo— la era de las revoluciones burguesas se clausuró en 1940. Ningún gran movimiento social transformador puede tener como signo el desarrollo del capitalismo o la constitución de la nación. Esto quiere decir que una cuarta transformación como la que López Obrador anuncia requeriría de una ruptura con el actual modelo de desarrollo. Pero no hay señales de que algo así vaya a suceder. Más allá de la

fuerte crítica al modelo neoliberal que hizo en su toma de posesión, algunos de los rasgos centrales del Consenso de Washington se mantienen: autonomía del Banco de México, control de las variables macroeconómicas, libre comercio, no intervención del Estado en actividades productivas (excepto las energéticas).

En distintos momentos, López Obrador ha planteado que se propone desmontar el poder de la oligarquía para establecer el poder de la República; separar el poder público del privado, el poder económico del poder político.

Una concepción de esta naturaleza supone una visión bonapartista de la política: elevarse por encima de las clases sociales para gobernar al margen de ellas. Sin embargo, la República no existe al margen de las clases sociales.

En los hechos, más que ubicarse por arriba del poder económico, el nuevo presidente pareciera estar echando a caminar un recambio de las elites empresariales y sus representaciones. Lo que las dos imágenes muestran es cómo el jefe del Ejecutivo está definiendo su margen de autonomía con el poder económico hegemónico, favoreciendo a nuevos grupos empresariales con grandes obras, luchando contra la corrupción e impulsando megaproyectos y reformas similares a las que gobiernos del Partido de la Revolución Institucional (PRI) y el Partido Autonomista Nacional (PAN) quisieron infructuosamente realizar.

Una figura relevante en este reacomodo es Miguel Torruco Marqués, secretario de Turismo de López Obrador. Su cercanía con el multimillonario presidente de TelMex - Claro, Carlos Slim, es pública. Él se ha encargado de acercar a un buen número de empresarios al nuevo jefe del Ejecutivo.

En esta dirección se inscribe la designación de un consejo asesor empresarial en el que participan, de manera destacada los dueños de las tres televisoras del país, Jorge Hank, delfín financiero del Grupo Atlacomulco y hombres de empresa cercanos a Alfonso Romo. No son pocos analistas que ven en este grupo un rival del CCE.

También, el choque de posiciones sobre el gobierno dentro de los señores del dinero. Mientras el representante de la Coparmex, Gustavo de Hoyos, declaró que el discurso de AMLO en su toma

de posesión había sido muy retrógrado, Carlos Slim aseguró que hay coincidencia en lo esencial con el presidente.

A comienzos de 2019 deberá elegirse una nueva dirigencia del CCE. Quien más se menciona para quedar al frente del organismo es Carlos Salazar, exdirector de Femsa. También busca esa posición Bosco de la Vega, parte del Consejo Nacional Agropecuario. Ambos tienen cercanía con Claudio X. González, que es quien manda allí.

También en 2019 se renovará la directiva de la Asociación de Bancos. El actual presidente, Marcos Martínez, de Santander, no es bien visto por los dos grandes bancos, Bancomer y CitiBanamex, que lo ven tibio frente a López Obrador. Lo critican por no haber sido más firme frente al gobierno o en temas como el de las comisiones. El asunto es que Ana Botín, la mera de Santander, está muy relacionada con Miguel Ángel Revilla, presidente de la comunidad autónoma de Cantabria (donde los Botín mandan) y amigo del nuevo presidente. Por lo pronto, para encabezar la asociación se anda moviendo Luis Niño de Rivera, de Banco Azteca, es decir, de Ricardo Salinas Pliego.

La constitución moral

El 26 de noviembre el todavía presidente electo, les explicó a los integrantes de su futuro gabinete: “Me sentía insatisfecho... Sentía que nuestro proyecto estaba cojo, mirando solo al bienestar material. Faltaba esto: fortalecer los valores para llevar a cabo la cuarta transformación”.

Y añadió:

Hay quienes piensan que tiene que ver con lo religioso, con lo personal, que es una invasión a nuestra intimidad..., pero es muy importante la moral. La política es un imperativo ético y se tiene que pensar en el fortalecimiento de valores.

Para resolver esa carencia, Andrés Manuel López Obrador plantea redactar una constitución moral. Para ello formó un grupo de cuatro personas, encargado de coordinar el trabajo para recoger ideas, opiniones y sentimientos para su elaboración.

La propuesta fue presentada originalmente durante la campaña electoral, en un acto con el Partido Encuentro Social. En la constitución moral —dijo el entonces candidato— deben incluirse principios y derechos de nuestro tiempo, conseguidos o por conseguir, como la no discriminación, la diversidad, el respeto a la diversidad, la pluralidad, el derecho a la libre manifestación de las ideas. Estos fundamentos deben tomarse en cuenta para poder hacer realidad una república amorosa.

Es comprensible que el futuro gobierno quiera moralizar la administración pública. La administración de Enrique Peña Nieto estuvo marcada por sonados escándalos de corrupción y frivolidad que ofendieron e indignaron a amplios sectores de la población. El triunfo electoral de López Obrador caminó de la mano de su imagen de político honesto capaz de poner fin a esta falta de decoro.

Las iniciativas de moralización no fueron inusuales en gobiernos anteriores. Ante las desvergüenzas y las corruptelas del periodo alemanista (1946-1952), el presidente Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958), en uno de los clásicos movimientos pendulares que caracterizan la política, propuso que los funcionarios y los empleados públicos procedan con la más absoluta honradez y así lograr la moral administrativa y pública de México. Para aterrizarlo formó Juntas de Mejoramiento Moral, Cívico y Material.

Algo similar sucedió años después con la descomposición y la suntuosidad, de la administración de José López Portillo (1976-1982). Su sucesor, el neoliberal Miguel de la Madrid, respondió con una supuesta cruzada contra la corrupción moral y metió a la cárcel al jefe policial Arturo Durazo. El resultado final de su iniciativa (como la de Ruiz Cortines) fue un absoluto fracaso.

El nuevo presidente y la comisión redactora de la constitución moral han reconocido que su propuesta está inspirada en la *Cartilla moral*, de Alfonso Reyes, un texto elaborado por el literato mexicano a petición del entonces secretario de Educación Pública, Jaime Torres Bodet. En él se establece que la moral es una constitución no escrita con preceptos de validez universal.

La *Cartilla moral* fue redactada en 1944 en el contexto de la ofensiva del presidente Manuel Ávila Camacho en contra de

la educación socialista, finalmente sustituida por la escuela del amor. En los hechos, nunca funcionó. La campaña de alfabetización para la que fue escrita como complemento se echó a caminar sin ella. En la historia de la educación en México es apenas una anécdota. En su voluminosa autobiografía, Torres Bodet apenas le dedica unas cuantas líneas. Esa es la importancia del documento. Que se le quiera revivir ahora es un absurdo.

¿Qué es la constitución moral? Jesús Ramírez Cuevas, coordinador de Comunicación Social del presidente, dijo: No es una ley que vaya a ser obedecida: se trata de un tratado de ética y de moral que llevara el nombre de Constitución. Consiste —añadió— en hacer un compendio de valores, ideas que puedan ayudar a la transformación desde la perspectiva de la moral y la ética. En otra entrevista señaló que la iniciativa la definió como un tratado filosófico que buscará replantear los valores sociales para constituir una sociedad incluyente, democrática.

Otro de los integrantes de la comisión para elaborar el documento, el periodista Enrique Galván Ochoa, explicó que “la idea de @lopezobrador es agrupar en un estatuto los valores que ya tenemos. Con la participación de la sociedad. No es una legislación coercitiva. Es un estatuto que agrupará valores éticos”. Una contradicción, porque, según el diccionario de la RAE, un estatuto es la regla que tiene fuerza de ley para el gobierno de un cuerpo.

Llamar constitución a lo que no es una constitución es un absurdo. Es como llamarle perro a un gato. La Constitución —afirma Alfonso Reyes en la *Cartilla moral*— es la ley de todas las demás leyes. Y las leyes están para cumplirse. Son de observancia obligatoria. No existe una legislación que no sea coercitiva. La moral y las leyes son cosas distintas. Como señala Luis Gómez Romero, estamos obligados a acatar el derecho, pero no a ser buenos. En nuestro corazón solo manda la conciencia.

Es descabellado pretender elaborar desde el Estado un tratado filosófico o un tratado de ética y moral. No corresponde al Estado hacerlo. Es fundamental que combata la corrupción. Es comprensible que promueva un código de ética para los servidores, que impulse la enseñanza del civismo y el estudio de ética en la educación media superior. Pero es inadmisibles que pretenda establecer lineamientos morales.

Rumbo a lo desconocido

Como se señalaba líneas arriba, Alfonso Romo, el jefe de la Oficina de la Presidencia de AMLO y coordinador de su plan de gobierno, dijo a la periodista Martha Anaya: “El país nos está dando un mandato de centro. Es un plan de gobierno de centro que toma en cuenta a los olvidados. Lo importante es sacar de la pobreza a México”.

Ese plan de gobierno de centro del que habla el empresario puede modificar algunas piezas del actual modelo económico, pero no camina en dirección a la refundación de la República desde la izquierda. Según el mismo Romo, se trata de convertir a México en el paraíso de la inversión privada, y al sureste del país en una gran Zona Económica Especial (ZEE).

Con el nuevo gobierno no está en juego el cambio del modelo económico; no está a la orden del día el fin del modelo neoliberal en México. No está en puerta la opción de transitar hacia una ruta distinta a la del Consenso de Washington.

No lo está, por dos razones distintas. Primero, porque a pesar de la retórica, López Obrador no postula la necesidad de caminar por una vía posneoliberal. Su programa de gobierno no plantea esa alternativa. Segundo, porque desde 1994-1996 se han aprobado una serie de candados legales que blindan jurídicamente la ruta tecnocrática.

El Proyecto alternativo de nación coordinado por Alfonso Romo sostiene que hay que recuperar democráticamente al Estado y convertirlo en el promotor del desarrollo político, económico y social del país. Plantea que se consultará a la gente si las reformas estructurales se mantienen o se cancelan.

Anuncia que el presupuesto será realmente público y se dará preferencia a los pobres. Insiste en la centralidad de la lucha contra la corrupción. Pero no habla explícitamente —como hizo en el pasado— de limar las espinas más filosas del erizo neoliberal.

Sin embargo, aunque no hay ruptura de fondo con el modelo de desarrollo seguido hasta ahora, eso no significa que su proyecto sea mera continuidad del actual. Por supuesto que hay cambios. ¿Dónde están? En la revisión de los contratos para la obra pública y las concesiones gubernamentales, que son, a decir

de Lorenzo Meyer, el corazón de la política. Sobre todo, los de la construcción del Nuevo Aeropuerto Internacional de Ciudad de México (NAICM) y los de las concesiones de explotación de campos petroleros.

Una y otra vez, Alfonso Romo ha dado garantías a los inversionistas de que no se afectaran sus intereses. Sin embargo, una parte de estos chocan frontalmente con los de las comunidades rurales y pueblos indígenas. Así sucede, por ejemplo, con las concesiones mineras o con los proyectos energéticos. También con la anunciada de construir un ferrocarril en el Istmo de Tehuantepec, con el Tren Maya o con la intención de fomentar plantaciones forestales. El choque entre estas dos lógicas es inminente y de pronósticos reservados.

La nueva oposición

El vendaval que llevó a López Obrador a la Presidencia desbarató el sistema de partidos tal y como había existido hasta ahora. No acabó con la partidocracia (los partidos siguen teniendo el monopolio de la representación política) pero golpeó con fuerza al PRI y al PAN, casi hizo desaparecer al PRD y al PVEM, y borró del mapa a Nueva Alianza.

La oposición política al nuevo gobierno no vendrá, en lo esencial, de los partidos políticos. No por lo pronto. No tienen ni el Senado ni en la Cámara de Diputados ni la fuerza ni la consistencia para hacerlo. PRI y PAN están fracturados. Ya lo estaban antes de los pasados comicios, pero ahora su fractura es mayor. La pelea por ver quiénes se quedan con ellos es a muerte.

Por el momento, quien controla el tricolor (PRI) es Osorio Chong, pero, se lo pelean dos grupos: el de Luis Videgaray y Aurelio Nuño (responsable directo de la debacle), y el de Emilio Gamboa y Manlio Fabio Beltrones. De hecho, la remoción de Zamora en la CNOP fue para que llegara allí el sonoreense. Sin embargo, esto no ha sucedido. Por el otro lado, el gobernador de Campeche, Alejandro Moreno, juega la carta de llegar él a la dirección del partido, apostando a convertirse en una pieza clave en la construcción lopezobradorista de un bloque de poder en el Sureste.

La fractura del PAN es ya un hecho. Felipe Calderón está fuera y apuesta a construir un nuevo partido, replicando la experiencia de MORENA. Un sector empresarial parece haber apostado ya de manera clara por fortalecer el liderazgo de Marko Cortés.

Ante el descalabro del PAN y la balcanización y desfundamiento del PRI, la sociedad civil tutelada y auspiciada por Claudio X. González y socios, que fue planchada por los comicios de julio (la red de mexicanos contra la Corrupción), junto a algunos medios de comunicación (con *Reforma* como punta de lanza) aspira a convertirse en el relevo de la nueva oposición de derecha al nuevo gobierno.

La otra oposición está a la izquierda de AMLO. Y está implantada en el mundo indígena y en el zapatismo.

Apenas unos cuantos días después de anunciar la cancelación del NAIM, López Obrador anunció la realización de una nueva consulta sobre el Tren Maya, la construcción de un canal seco en el Istmo de Tehuantepec, una nueva refinería en el estado de Tabasco y la aplicación de 10 programas sociales.

El Tren Maya es un servicio de transporte ferroviario que recorrerá la península de Yucatán. Sus estaciones estarán distribuidas en mil 500 kilómetros asemejando la forma de un papalote. Se acompañará de la relocalización de la población y la creación de nuevos centros urbanos. Su objetivo es hacer de la región Maya un corredor de desarrollo que, aunque no se reconoce como tal, en los hechos funcione como una Zona Económica Especial (ZEE). Una ZEE es un enclave donde el marco regulatorio en el que deben funcionar las empresas —por ejemplo, el pago de impuestos o el cumplimiento de las obligaciones administrativas— se minimiza en relación al existente en el resto del país.

El canal *Transístmico* busca promover el desarrollo regional, mediante la construcción de un canal seco que conecte el Golfo de México con el océano Pacífico, enlazando los puertos de Coatzacoalcos, Veracruz, y Salina Cruz, Oaxaca. Considera también una zona franca y ser parte de las ZEE. Su realización ha sido un sueño fallido a lo largo de los últimos 51 años.

Tanto el Tren Maya como el Transístmico se construirán en territorios indígenas. El de la Península de Yucatán en una re-

gión maya. El de Tehuantepec en un territorio habitado por 12 pueblos originarios, que viven en 539 comunidades: chinantecos, chochocos, chontales, huaves, mazatecos, mixtecos, mixes, zapotecos, nahuatlacos, popolucas y zoques.

El Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo, firmado por México, obliga a que, en obras de esta naturaleza, se organice una consulta previa, libre e informada a las comunidades indígenas, para que estas fijen su posición. Esta consulta, diferente a la que AMLO convocó a la ciudadanía, no se ha efectuado. A pesar de ello, el presidente electo ya anunció que las obras del Tren Maya comenzarán el 16 de septiembre.

Estos pueblos han resistido ancestralmente a los proyectos de modernización que buscan despojarlos de sus tierras, territorios y recursos naturales de la mano del progreso. Más allá de la voluntad de transformación y de la lucha contra la corrupción, el corredor transísmico, la extensión de las ZEE anuncia el inminente choque de estos proyectos con los pueblos indígenas.

Este conflicto fue anunciado en la Segunda Asamblea Nacional del Congreso Nacional Indígena-Concejo Indígena de Gobierno-Ejército Zapatista de Liberación Nacional llevada a cabo del 11 al 14 de octubre en San Cristóbal de las Casas. Allí se señaló que el próximo gobierno de AMLO, “con sus prácticas viciadas, tiene su mirada puesta en nuestros territorios”, señalaron los participantes.

Los participantes denunciaron que con la ratificación del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos el próximo gobierno dará continuidad a la política neoliberal que daña a los pueblos indígenas del país y que, además, los 50 mil jóvenes reclutados para las filas de las fuerzas armadas, como propuso AMLO, servirán a la represión y el despojo. “No tenemos más que defender la vida con o sin las mentiras del gobierno que sale, del gobierno que entra, porque las palabras sobran cuando se amenaza a los pueblos”, señalaron.

El conflicto escalará aún más porque el pasado 23 de octubre, el senador Ricardo Monreal, presentó una iniciativa de reforma que propone la abrogación de la actual Ley Agraria y la expedición de una Ley para el Desarrollo Agrario. Su objetivo central es

reforzar los mecanismos para la privatización de las tierras ejidales y comunales (campesinas e indígenas) y la destrucción de la propiedad social. Se trata de otra reforma estructural neoliberal que convalida poner la producción de hidrocarburos, de energía eléctrica y minera por encima de cualquier otra, reforzando el rol de la tierra como mercancía y colocar.

Pareciera ser que lo que la administración de López Obrador pretende hacer en parte es llevar a buen término varias de las reformas neoliberales que los gobiernos del PRI y del PAN no pudieron llevar a buen término.

¿Un nuevo PRI?

Abierta o soterradamente, sectores muy importantes del PRI apoyaron a López Obrador en todo el país durante su campaña. Obligados a sumarse a un candidato y a un dirigente que no eran de su partido, excluidos de las candidaturas, sin recursos económicos para hacer proselitismo y maltratados por el equipo de campaña de José Antonio Meade, multitud de tricolores votaron por MORENA. La tecnoburocracia del ITAM los despojó del gobierno, del partido y de los puestos de elección popular. Nunca tuvieron incentivos para que sus siglas triunfaran. Ellos se vengaron sumándose a las filas del amloísmo.

El apoyo no fue de gratis. Los compromisos establecidos pueden verse en la composición del Legislativo y en el futuro gabinete. Su cultura política permea sus maniobras políticas. Es particularmente notable la enorme cantidad de figuras relevantes provenientes del zedillismo, una corriente política que tienen su principal característica, como Baudalaire decía del diablo, en hacernos creer que no existe. El expresidente, se recordará, tuvo con López Obrador un intenso trato político cuando este fue dirigente nacional del PRD y responsable de aterrizar los Acuerdos de Barcelona.

López Obrador apuesta a construir un nuevo terreno de relación con los sectores populares a partir de sus programas de becas y ayudas económicas. Decidió hacer a un lado a los gestores tradicionales de estas demandas (a los que juzga de corruptos) y establecer una relación directa con la población, a partir del

levantamiento de un padrón de beneficiarios. Se trata del viejo PRONASOL, el Programa Nacional de Solidaridad, que el neoliberal Carlos Salinas de Gortari hizo emblema de su gobierno, solo que ahora sin promover el tejido asociativo que tomó forma en los comités de solidaridad.

Si esta iniciativa tiene éxito, dejará muy mal parados a las organizaciones campesinas tradicionales, las asociaciones urbano-populares y al Partido del Trabajo, que construyen sus bases desde la gestión de la demanda popular.

No deja de ser interesante el que el principal responsable de estos programas, y de la coordinación con los responsables estatales sea Gabriel García Hernández, secretario de Organización de MORENA.

Estos padrones de afiliados y el ejército para levantarlos y administrarlos serán, en los hechos, la estructura de un MORENA renovado.

Lejos de Dios, cerca de Estados Unidos

A lo largo de la campaña presidencial, diversos enemigos de AMLO lo acusaron de ser el Donald Trump mexicano. No era un halago, sino una forma de golpearlo políticamente. Inopinadamente, semanas después, a través de una misiva, el futuro mandatario mexicano admitió que existen importantes semejanzas entre ambos.

En el último párrafo de la carta que envió al presidente de Estados Unidos, AMLO encuentra paralelismos con él y le dice: “Me anima el hecho de que ambos sabemos cumplir lo que decimos y hemos enfrentado la adversidad con éxito. Conseguimos poner a nuestros votantes y ciudadanos al centro para desplazar al *establishment* o régimen predominante”.

La afirmación sorprende. Trump ha ofendido a México y a los mexicanos. Ha agredido y perseguido a los connacionales que viven en Estados Unidos. Impuso, en plena renegociación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, aranceles a exportaciones mexicanas. En lugar de un cambio de paradigma en las relaciones exteriores, el que el próximo presidente mexicano se homologue con el estadounidense es un desacierto.

¿Cuál es la necesidad de encontrar similitudes con él? ¿En qué principio de política exterior se sustenta una maniobra como esa? ¿Qué gana la diplomacia mexicana equiparando a su virtual presidente electo con uno de los políticos más detestados en el mundo? No se trata de que el tabasqueño ataque al neoyorquino o de que le diga cosas que pongan en peligro el futuro de la relación entre ambos países. Nada de eso. Pero sí de mantener una sana distancia. Si en lugar de su firma esas palabras llevaran la de cualquier otro político mexicano se habría producido un verdadero escándalo.

La carta de AMLO a Donald Trump es mucho más que mero saludo al vecino del norte, la manifestación del deseo de sostener relaciones binacionales cordiales o una agenda de los asuntos a tratar en común. Es, también, un inusual informe unilateral de las medidas que su gobierno tomará para frenar la migración hacia Estados Unidos. Habrá muchos cambios, señor presidente Trump, escribe el tabasqueño.

El objetivo explícito de las medidas comunicadas a Trump es que los mexicanos no tengan que migrar por pobreza o violencia, esforzándose en lograr que encuentren trabajo y bienestar en sus lugares de origen. Se busca levantar una serie de cortinas de empleo que frenen el desplazamiento de la fuerza de trabajo hacia Estados Unidos.

Entre las acciones que se echarían a caminar se encuentra la siembra de un millón de hectáreas de árboles frutales y maderables en el sureste del país, para crear 400 mil empleos. También, el impulso al corredor económico en el Istmo de Tehuantepec.

Adicionalmente, se recorrerán las aduanas mexicanas hacia el sur, 20 o 30 kilómetros, y se disminuirán a la mitad los impuestos cobrados en la zona fronteriza. Asimismo, se establecerá una franja libre en los 3 mil 185 kilómetros de frontera. “Esta será —dice la carta— la última cortina para retener trabajadores dentro de nuestro territorio”.

La sorprendente actitud hacia Donald Trump tiene su contraparte en el anuncio de que, a partir de ahora, la diplomacia mexicana se guiará por el principio del respeto a la autodeterminación de los pueblos y el no involucramiento en sus asuntos internos.

A su toma de posesión invitó a todos los mandatarios con quien México tiene relaciones diplomáticas, incluido el presidente de la República Bolivariana de Venezuela, Nicolás Maduro. Estas medidas contrastan con la casi absoluta subordinación que la diplomacia mexicana ha tenido en los últimos años a los dictados de Washington.

* * *

Como sucede en los primeros instantes que siguen a un súbito accidente de tráfico en una supercarretera en el que se impactan muchos automóviles, es difícil saber con precisión hacia dónde marcha México en estos momentos. Muchos hechos de signo contrario están sucediendo de manera simultánea. Situaciones de signo opuesto chocan unas con otras.

Curiosa ironía, en cada ocasión en la que una élite ha pretendido reformar radicalmente al país desde arriba en contra de los de abajo, el país real terminó cobrándole la factura a los modernizadores y descarrilando sus reformas.

Así sucedió cuando México era todavía la Nueva España, con las reformas borbónicas que terminaron desembocando en la Revolución de Independencia; así pasó con la modernización y la pax social porfirista, descarrilada por la Revolución Mexicana, y así aconteció con la reforma al artículo 27 constitucional (que metió al mercado las tierras indígenas y campesinas) y la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte durante la administración de Carlos Salinas de Gortari, severamente cuestionados por el levantamiento zapatista del primero de enero de 1994. Nada asegura que en esta ocasión con la cuarta transformación y su pretensión de refundar la nación desde las alturas esto no volverá a suceder.

Reflexiones sobre el nuevo escenario argentino

Por Paula Giménez

Este artículo pretende aportar al debate acerca de la comprensión sobre la lucha intercapitalista, partiendo de la afirmación de que nos encontramos en un momento de lucha teórica, es decir, lucha por la conducción de la fuerza social que resultará victoriosa en el enfrentamiento entre lo nuevo y lo viejo, en una crisis que expresa que lo que hay más allá de los monstruos no es algo predefinido, sino que está en profunda disputa: un mundo de mórbida virtualidad, dominado por la injusticia y la explotación, o un mundo desmercantilizado, interconectado, glocal, cooperativo, comunitario, solidario. Nadie puede robarnos el sueño ni la voluntad de emprender ese camino, más allá de los monstruos.

1. El mundo que nos enmarca

El momento geopolítico actual se inscribe a nivel mundial en una fase de desarrollo del capitalismo que podríamos denominar como Fase de Dominación del Capital Financiero Transnacional, identificado con el lema de un “capitalismo sin fronteras”. Esta fase se encuentra a su vez en una profunda crisis capitalista, con movimientos orgánicos relativamente permanentes (Gramsci, 1999), surgida desde el núcleo del poder económico mundial en 2008, en un momento donde el capital ha llegado a su etapa de máxima acumulación, concentración y centralización de la riqueza.

Este momento se caracteriza por una forma de desarrollo y acumulación expansiva del capital, la globalización financiera y el manejo del dinero especulativo en alta escala, con un desprendimiento absoluto del manejo de todas las tareas productivas direc-

tas, donde el control de los eslabones estratégicos de las cadenas globales de valor en las que se organiza el sistema de producción pasa a manos de uno pocos operadores centralizados y concentrados: los dueños del dinero y del trabajo de alto conocimiento.

A su vez, la necesidad estructural del capitalismo de incrementar la inversión en medios y tecnología, en detrimento de mano de obra humana, produce una creciente apropiación de plusvalía social (ganancia), al tiempo que disminuye la proporción de esa ganancia en relación al capital total invertido (Marx, 1846). Esto lleva indefectiblemente a aumentar la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, agudizando las luchas en el sistema capitalista, ahora a escala global. Para comprenderlo, observemos los datos.

Según el último informe de la Oxfam International, publicado a fines de enero de 2018, los grados de desigualdad en la distribución de la riqueza socialmente producida a nivel mundial, han llegado al punto tal que el 1 % de la humanidad controla el 82 % de la riqueza mundial generada hasta el 2017. El mismo informe afirma que en América Latina el 10 % más rico de la población concentra el 68 % de la riqueza total, mientras el 50 % más pobre solo accede al 3,5 % de dicha riqueza.

Si partimos de la teoría de lucha de clases (Marx, 2017), entenderemos por qué la contradicción capital-trabajo no es la única contradicción que existe. Sabemos bien que, al interior del capital, los intereses también entran en pugna:

[...] la población sobrante no es el único y exclusivo problema del capitalismo. En el propio proceso de reemplazo de la fuerza de trabajo por robótica e inteligencia artificial se achica el tiempo de trabajo socialmente necesario para producir las mercancías que la humanidad consume a diario —o acumula en inmensos stocks— y, con él, la ganancia a repartir entre la masa de capitales. Por lo tanto, el desarrollo tecnológico y la concentración de capital implican también, y sobre todo, lucha al interior de los grupos monopólicos, dado que cada uno necesita apropiarse de una porción cada vez más grande de una cantidad de tiempo de trabajo impago que es, en la tendencia, cada vez más chica (Análisis de Coyuntura, 2019, p. 5).

En esta expresión de la lucha intercapitalista emerge una nueva personificación social, la *Oligarquía Financiera* (Lenin, 1916), solo que ahora con escala global, que de acuerdo con William Robinson (2007) podría definirse también como Clase Capitalista Transnacional (CCT) y de acuerdo a Beba Balvé (1988) y Martín Asborno (1992) podría denominarse en una caracterización más específica de *Moderna Aristocracia Financiera*, o *Neoaristocracia* según Delgado Jordán (2018).

Según Asborno, la Aristocracia Financiera es la capa de la burguesía financiera con la capacidad monopólica de control de la riqueza, de ejercicio de poder social y material sobre el resto de la oligarquía financiera (surgida genéricamente de la fusión del capital bancario e industrial) y el resto de la sociedad, con la meta de afianzar su hegemonía económica, política e ideológico-cultural.

“En esta fase del capitalismo, esta Aristocracia, u Oligarquía Financiera en términos genéricos logra conformarse como un núcleo de poder global, constituyéndose como la nueva clase dominante”. Esto sucede como resultado de la lucha intercapitalista en el plano estructural, por quienes lograron dar un salto en escala a través de cambios profundos en su composición orgánica (aumento de la inversión en capital constante), lo que se traduce dialécticamente en una supremacía en términos sociales, culturales, y políticos.

Lo que surgió de la transnacionalización del capital financiero es, sobre todo, una nueva configuración de las relaciones sociales de producción asociada a la deslocalización de las inversiones de capital hacia territorios que les generan condiciones favorables para la mayor ganancia posible, principalmente en aspectos económicos como menor pago de impuestos, y mano de obra barata, con escasa o nula sindicalización.

Esto ha sido posible porque el sistema bancario ha sufrido una profunda transformación en las últimas décadas. Entre 1979 y 1982, EE. UU. y el Reino Unido implementaron medidas de liberalización y desregulación financiera, consolidando un espacio financiero mundial por el que prácticamente deben transitar — de forma por demás articulada— todos los procesos financieros “nacionales”.

Este sistema financiero, a su vez, ha dejado de componerse por un conjunto de instituciones profundamente controladas que destinaban crédito a diversos sectores económicos-productivos, con una importante función de intermediación financiera y una alta asimilación de riesgos, a un grupo aún más concentrado de bancos que otorgan créditos a trabajadores, principalmente para el consumo, despojándose de los riesgos y obteniendo una serie de nuevos beneficios basados en cobro de comisiones, servicios de administración de los fondos de inversión, asesoría a los seguros independientes, compra de activos y pasivos corporativos, adquisición y especulación de títulos públicos, fondos de cobertura y articulación de Fondos de Fondos de Inversión a una escala global, etcétera.

Como salida a la crisis sistémica actual, la Oligarquía Financiera —especialmente su segmento más específico, la Aristocracia— está invirtiendo miles de millones de dólares, por un lado, en la conformación de un *Estado Policiaco Global* a través de la militarización, represión y control de la sociedad y, por otro lado, en la *digitalización del capitalismo*, como un escape para ubicar el excedente de su capital acumulado (Robinson, 2017).

Esto implica la transformación de toda la estructura de procesos y procedimientos de la totalidad de la producción manufacturera y de comercialización, apostando a la innovación y desarrollo de tecnologías fundamentales como inteligencia artificial, robotización, internet de las cosas, computación cuántica, bio y nanotecnología y 5G (Schwab, 2017; Morozov, 2018; Sadin, 2018).

Sin embargo, dichos actores económicos, grandes capitalistas con intereses corporativos, no representan un grupo homogéneo, sino que, por el contrario, disputan el control de la riqueza socialmente producida y lo hacen a través de la conformación de Proyectos Estratégicos de escala global que determinan qué, cómo, cuándo y dónde producir.

El tablero mundial, entonces, se encuentra atravesado por la tensión entre diferentes *Proyectos Estratégicos* que, en términos de Daniel Estulin (2019), son aquellos que han alcanzado la capacidad de disputar la gobernanza a escala global, el desarrollo de infraestructura militar de avanzada, un sistema económico independiente y un sistema de inteligencia con alcance mundial.

En ese marco, la pugna principal en el escenario mundial se libra hacia el interior del bloque angloamericano de poder, entre el Proyecto Político-Estratégico de la *Oligarquía Neoconservadora*, con eje en la *City de Wall Street* como nodo central intentando subordinar a ciertas cadenas globales de valor (petrolera, química, siderúrgica, alimentaria, TICS) concentradas en el complejo militar-industrial y el Pentágono; contra el Proyecto Político-Estratégico de la *Oligarquía Globalista*, sin centro geográfico y con base en la conducción de la totalidad de la red de *Cities Financieras* (*Londres-Wall Street-Hong Kong-Shanghái*), los organismos internacionales (FMI, Banco Mundial, OMC, OTAN), los paraísos fiscales, el conjunto de las cadenas de valor global y el complejo tecnológico infotelecomunicacional (*Silicon Valley y Hollywood*).

Ambas facciones del bloque de poder angloamericano, la *globalista* y la *neoconservadora*, asumen al conjunto del Planeta como su territorio y rompen la dimensión Centro-Periferia de la vieja forma imperialista de Estado-Nación, pero *batallan entre sí para dirimir qué diseño institucional, social, económico y militar* tendrá lo que podríamos denominar como su posible y deseada *Pax Global*.

En otras palabras, en el enfrentamiento entre estos dos grandes proyectos estratégicos se pone en juego la construcción de un nuevo orden mundial, algo que distintos autores caracterizan como un enfrentamiento entre “Fuerzas Globalizadoras y Desglobalizadoras” (García Linera, 2018); “Nacionalistas versus Globalizadores” (Jalife, 2019); “Unipolarismo Financiero Continental versus Unipolarismo Financiero Global” (Dierckxsens y Formento, 2017); “Unipolarismo de dos estrategias: unilateral y multilateral” (Merino, 2014), e incluso en los planteos de proyectos globales de “Nueva Babilonia” y “Nueva Jerusalén” (Estulin, 2018), entre otras.

Ambos proyectos estratégicos apalancan también la *Valorización Financiera* como matriz económica, la *Ciudadanía Genérica* como matriz cultural (“Clases Medias Globales”), y al *Neoliberalismo* como programa económico y como doctrina política para someter a los Pueblos a una dinámica de neocolonialismo y de “acumulación por desposesión” o “nuevo imperialismo” (Harvey, 2004).

En el marco de esa pugna, constituida en contradicción principal, aparecen —con claridad desde el año 2011— otros proyectos en la puja mundial. Algunos de notable valor contrahegemónico, constituyendo un escenario de *multipolarismo relativo*, fundamentalmente a partir del vector que nace de la alianza de Rusia con China, y se expresa, con claridad, en las conflagraciones bélicas “en escenarios secundarios” de Siria, Ucrania y Venezuela.

Desde la propia teoría de la contradicción (Tse-Tung, 1968), está claro que, aunque un proyecto estratégico aparezca como dominante, hay proyectos subalternos o subordinados que intentan desarrollar las condiciones para volverse dominantes. De hecho, hay situaciones donde dos proyectos o alianzas entre proyectos empatan fuerzas y la conflictividad entra en una espiral ascendente hasta que se dirime quién impone las condiciones.

Por eso a un proyecto estratégico no hay que verlo como una fuerza unívoca. Dentro de ella conviven, incluso, contradicciones internas de diferente peso que se integran en torno a acuerdos —incluso coyunturales— para actuar como fuerzas en condiciones de ser sumadas. Precisamente eso es la Política, es decir, el programa de alianzas sociales y sus términos, articulando e impulsando grupos de actores, clases, fracciones de clases, bajo la forma social en que aparezcan.

Para dar cuenta de ello, Gramsci (2006) refiere a un “empate catastrófico”, como al proceso de contradicciones internas que se dan en toda fuerza, donde existe una situación de “cesarismo” de totalidad de una cosa (al menos en apariencia), pero que en realidad están en pugna por la progresión o la regresión de alguna de esas dos fuerzas o incluso la destrucción de ambas. A su vez se abre la posibilidad de intervención de una tercera fuerza que genera sometimiento a ambas. “Se trata de ver si en la dialéctica -Revolución-Restauración-, prevalece el elemento de revolución o el elemento de restauración, pues es indudable que en el movimiento histórico, no se vuelve nunca atrás y no existe restauración in toto” (Gramsci, 1999, p. 65).

Es así que los proyectos estratégicos constituyen una fuerza de desarrollo ininterrumpido que se juega en términos territoriales y temporales, sumando actores y excluyendo a otros de manera

continua; un proyecto estratégico se construye y reconstruye de manera permanente.

Observar este orden en las relaciones de fuerzas entre proyectos estratégicos nos permite clasificar a los diferentes intereses, u organizaciones de intereses, por su participación en la distribución de la riqueza, distinguirlos a unos de otros y observar qué proyecto tiene o en qué proyecto estratégico se encuentra cada aliado subordinado.

En este escenario de agudización de tensiones, se ponen en crisis todas las formas anteriores de organización, motorizando una vez más la lucha de clases, generando condiciones para profundizar el debate sobre la representatividad de esas luchas, el rol de los cuadros políticos y el camino emancipador de las clases subalternas en su conjunto.

2. La sociedad del conocimiento

Los cambios descritos en el apartado anterior nos llevan a visualizar una transformación radical en el sistema mundo: surge ante nuestros ojos la denominada “sociedad del conocimiento”.

Esta sociedad presupone la construcción y articulación de una nueva forma de organización económica, social y cultural, donde el “conocimiento” se constituye en el factor clave de la producción de valor y, en consecuencia, en el eje central de la estructura económica y la superestructura social.

La estrategia del capital se vuelca hacia la inversión de sus ganancias en capital constante —tecnología de punta— que tienen que ver con la robotización, digitalización e inteligencia artificial, basada en la Big Data y el desarrollo de quinta generación (5G) —un sistema 100 veces más potente que el 4G— donde se destacan como principales inversionistas ciertas transnacionales con capacidad de crear, renovar y batallar una “guerra de patentes”: la coreana Samsung, la china Huawei, la suiza Ericsson, la china ZTE, la norteamericana Qualcomm y Apple, disminuyendo en consecuencia la incorporación de la fuerza de trabajo vivo.

Un dato para historiar, en 1995 se celebró en Bruselas la 1.^{er} Cumbre sobre TICs “Conferencia Internacional sobre la Sociedad de la Información”. Con la presencia de los ministros de industria

y telecomunicaciones del Grupo de los Siete y empresarios privados de empresas electrónicas y aeroespaciales de Norteamérica, Japón y Europa, que insistían en la necesidad de desregular el mercado de las telecomunicaciones”

Según Schwab (2017), las megatendencias tecnológicas y los cambios tecnológicos específicos que repercuten en la sociedad en general, darán forma a nuestro futuro mundo digital e hiperconectado. En 2015, un informe del Foro Económico Mundial ya identificaba algunos puntos de inflexión para los próximos diez años. Entre ellos, señalaba que el 90 % de la población utilizará teléfonos inteligentes y tendrá acceso regular a internet; el 10 % de todos los vehículos de las carreteras de EE. UU. serán sin conductor; el 5 % de los productos de consumo estarán impresos en 3D; más del 50 % del tráfico de internet en los hogares será para electrodomésticos y dispositivos, entre otras.

Sin lugar a dudas, estos procesos de automatización y digitalización de la economía han abierto una nueva fase del sistema capitalista. La digitalización de la economía está haciendo cambiar el proceso de producción y las mercancías centrales pasan a ser hoy bienes inmateriales, es decir, “conocimiento”. La creación de plataformas digitales y su uso expansivo, ha permitido la aceleración de este proceso (Schwab, 2017).

Las tecnologías de la información y comunicación (TIC) desempeñan en este proceso un papel esencial. A la altura de las nuevas demandas, los conocimientos necesarios para la inserción profesional y social de las personas, en términos de formación, están disponibles en línea, con acceso abierto, gratuito, en diferentes idiomas y con diversos medios —escritura, animaciones gráficas, documentales con las más variadas combinaciones—.

La era multimedial ha llegado para quedarse, para profundizar las tensiones entre aquellos que se disputan el control absoluto del tiempo social de producción global, asumiendo la forma de crisis orgánica y, por ende, agudizando al máximo las contradicciones hacia adentro del capitalismo.

Con la democratización del acceso a Internet, enfrentamos la realidad de que la casi totalidad del conocimiento consolidado por la humanidad está accesible en línea —no sin limitaciones

que deciden los dueños del espacio virtual—, desde un dispositivo que cabe en el bolsillo. El inmenso universo de conocimientos hoy se encuentra disponible “gratuitamente” e “instantáneamente”, y las redes de fibra óptica tendidas a nivel mundial se encargan de hacer llegar a cada punto del planeta, señales inmateriales electrónicas que, a un “click”, abren la puerta al saber (y también a nuestros datos).

Donald Trump, en el discurso para el Estado de la Unión de enero de 2019, lanzó un programa al estilo de “Made in China 2025” o lo que podría denominarse: la “Ruta Digitalizada de la Seda” o “Ruta de los Megabytes” basado en una inversión privada de US\$ 275.000 millones en 5 años y fondos públicos por US\$ 300.000, respaldado por una ley que enviará este año al Congreso, y a partir del cual se generarían más de 2,5 millones de puestos de trabajo de alta calificación. Las empresas beneficiarias serían AT&T, Verizon, T-Mobile. Este programa vincularía una “Ruta” conectando a Canadá y México para luego llegar a Europa, Japón y Australia.

Lo nuevo de este momento, entonces, tiene que ver con la disputa por el control de la tecnología de punta y el conocimiento estratégico. El lugar que ocupa en los procesos sociales: el conocimiento, una vez producido, puede ser difundido de forma ilimitada y gratuita por todo el planeta, con *costo adicional cero*.

Asimismo, gran parte de las mercancías en la actualidad se presentan como conocimiento, siendo bienes no restrictivos. ¿Qué quiere decir esto? Cuando un bien material es restrictivo, “yo tengo una cosa, si yo te doy esa cosa, dejo de tenerla”. El conocimiento como mercancía, esto es, como bien no restrictivo, hace que esta situación cambie: “si yo doy el conocimiento, no es que me quedo sin ese conocimiento”. Entonces, la lógica de mediación cambia, ahora no solo es quien posee la mercancía, sino quien accede a ella (Sundararajan, 2016). El bien no restrictivo se accede por un servicio, donde nada efectivamente se posee y donde se puede cortar el acceso a ese conocimiento cuando los propietarios quieran.

En *Las guerras campesinas en Alemania*, Friederich Engels (1987) describe una sociedad convulsionada, donde la situación revolucionaria de los campesinos se debe a que el feudalismo está

en una franca crisis y en donde, a pesar de que el capitalismo aún no esté plenamente constituido, es posible ver todos los embriones de la moderna sociedad capitalista. Salvando las distancias, y considerando las transformaciones anteriormente enunciadas, cabe preguntarnos entonces ¿qué embriones oculta esta fase transnacional del sistema capitalista? ¿Efectivamente la “sociedad del conocimiento” puede ser el germen de una sociedad poscapitalista? ¿Hacia dónde irá esa sociedad? ¿Hacia la emancipación humana o hacia el sometimiento?

Más allá de esas preguntas, si vale afirmar que la sociedad del conocimiento es el núcleo que nutre no solo transformaciones al interior del Capital sino además al interior del polo del Trabajo, englobando al conjunto del sistema social imperante no solo como mero proceso económico, sino también como proceso social, político, cultural, educativo y militar, redefiniendo el conjunto de relaciones sociales.

Los procesos de automatización, robotización e inteligencia artificial que venimos mencionando, abren una nueva etapa en la configuración mundial del trabajo orientada al trabajo del “conocimiento”. Se conforman así nuevas fracciones dentro de la clase trabajadora que agudizan las diferencias salariales al interior de la misma.

Según estudios realizados por Jeff Desjardins (2017) para Visual Capitalist, las mayores ganancias por empleado provienen del sector de las finanzas, seguido por el sector de las tecnológicas: Facebook ocupa un tercer lugar con \$ 599,307 siendo el 7.º y el 8.º lugar para empresas como Apple y Alphabet, \$ 393,853 y \$270,329 dólares de ganancia por trabajador respectivamente.

El aumento de inversión tecnológica es, además, directamente proporcional al aumento de las filas del “ejército de reserva”. Al respecto, un estudio de la OIT (2018) muestra que el desempleo en el mundo ha alcanzado en la actualidad su nivel más elevado desde la gran depresión de los años 30. Más de 800 millones de seres humanos están en la actualidad desempleados o subempleados en el mundo. Más aún, se dice que, por cada trabajador ocupado, hay dos desocupados. Una situación no solo preocupante, sino urgente.

3. Nuevas formas de construir hegemonía: la guerra de quinta generación

La guerra de quinta generación es la manera que adoptan estos capitales dominantes, articulados en redes globales de valor, para sostener su hegemonía sobre el conjunto de la población, entendiendo a la hegemonía como la define Gramsci (2006): “capacidad de influencia y conducción” o “consenso del dominado”.

Este tipo de guerra implica el control con máximo nivel de hegemonía, haciendo uso de las corporaciones de la tecnología y la comunicación, para llevar adelante operaciones psicológicas de dominación altamente sofisticadas. Imponer una lógica de pensar, un sentido común, interpelando las emociones, la percepción y la sensibilidad más que al raciocinio.

El “control de las mentes” pasa a ser el objetivo y para lograrlo diseñan herramientas de persuasión a través de la virtualidad, usando las redes sociales y las aplicaciones virtuales para disparar diariamente, permanentemente y segmentadamente un conjunto de “mensajes individualizados” que conducen la subjetividad humana con la sutileza con la que atardece cada día.

Para Aharonian (2018), toda esta complejidad se expresa a través de la denominada guerra de quinta generación o guerra sin límites,

[...] introducida desde el 2009 como concepto estratégico operacional en las intervenciones EE. UU.-OTAN, no interesa ganar o perder, sino demoler la fuerza intelectual del enemigo, obligándolo a buscar un compromiso, valiéndose de cualquier medio, incluso sin uso de las armas. Se trata de una manipulación directa del ser humano a través de su parte neurológica (Aharonian, 2018, p. 1).

La revolución de las TICs ha permitido que la prensa escrita, la radio y la TV (el denominado cuarto poder en el pasado), junto a la internet y las plataformas digitales (el quinto poder) constituyan la centralidad de un poder mundial globalizado. Las TICs dominan hoy el sentido común ciudadano, moldeando a imagen y semejanza de quienes dominan a la opinión pública.

Por supuesto, quien controla el sentir y la opinión pública, controla el mundo. Internet se ha convertido en el sistema nervioso central de la economía global, así como del conocimiento, la información, la política y la vida sociocultural de la humanidad.

La globalización de la comunicación y sobre todo de los temas de vigilancia, manipulación, transparencia y gobernanza en Internet y el ciberespacio constituyen el eje para el dominio y control global de la sociedad.

En la guerra de quinta generación, el campo de batalla ya no está en el exterior, sino dentro de la cabeza de cada ser humano. Las operaciones ya no solo se trazan a partir de la colonización militar para controlar un territorio, sino a partir de la colonización mental para controlar a la sociedad. Se trata de la conformación de alienados-programados (Freytas, 2006), que representan un prototipo de hombre y mujer universal, moldeado por las políticas modeladoras y consumistas de las empresas transnacionales a una escala planetaria.

Toda esta inteligencia está articulada desde los *Think Tanks* (tanques de pensamiento) que convergen hacia el mismo objetivo, el control mental del individuo y con este el control social absoluto. Cada Tanque de Pensamiento se nutre de los datos y herramientas necesarias organizando a sus intelectuales orgánicos para investigar/reflexionar, influir/impactar. El uso de unos u otros recursos irá siempre en función del momento histórico y de la población “nativa” que el “tanque” tiene fijado como objetivo.

Este tipo de organización en redes de conducción estratégica permite influir e impactar en grandes masas de población. Se desdibujan, entonces, los momentos del conflicto; los enfrentamientos se producen a través de enjambres (Jiménez, 2008), que atacan de diferentes puntos y dimensiones.

El enjambre, según Arquilla y Ronfeldt (2001) se concibe como una consecuencia del concepto de guerra en red. Se trata de abrumar rápidamente al adversario mediante el ataque simultáneo de múltiples elementos conectados en red. Cada uno de ellos actúa según su propia iniciativa, pero su acción general está coordinada gracias a su interconexión. Algo similar al ataque de un enjambre de abejas.

Asistimos, entonces, a un guerra multidimensional: psicológica (dominando y manipulando la percepción, manipulación de las mentes), virtual (mediante el dominio de los sistemas informáticos transnacionales), de recursos (controlando el acceso o manipulando su valor en el mercado), ambiental, cultural, de las drogas, de la ayuda económica (empleando la dependencia a la ayuda financiera, deudas), financiera (dominando el sistema bancario su mercado el ataque a la moneda), de las leyes o jurídica (*lawfare*); civil (guerras irregulares, conflictividad social, “guarimbas”, “primaveras”); o institucional (*impeachment*, golpes blandos, soborno, magnicidio), entre otras variantes.

La expresión de esta guerra se da en la tensión sobre el concepto de territorio, poniendo la centralidad entre un territorio social, comunitario, glocal, interconectado, virtual; y un territorio de dominación digitalizado, virtual, financierizado y de explotación.

4. La situación argentina

Hemos observado cómo, en las últimas décadas el capitalismo ha llegado a transformarse de manera tal que las relaciones sociales, las superestructuras “democráticas” de la burguesía y las formas de producir y realizar el poder han cambiado sustancialmente.

Para el caso argentino, todo este proceso empezó a ser edificado a partir de la Dictadura Cívico-Militar de 1976, que sintetizó una estrategia a través de la cual el capital financiero transnacional se impuso como dominante en nuestro territorio.

En el ámbito económico este cambio significó la estatización de la deuda privada, la destrucción de la industria nacional, la financierización de la economía, el endeudamiento desmedido, y el desarrollo de condiciones de dependencia y miseria, cada vez mayores para el pueblo argentino.

En el plano político, el ascenso del dominio del capital financiero transnacionalizado sobre la estructura económico-social argentina representó la crisis de representación -y posterior ruptura- de los partidos de masas, entendidos como expresiones institucionales de grandes alianzas de intereses, de grandes alianzas de clases, imponiéndose una nueva forma de organizar la representación política, a partir de la comercialización de candidatos y

el montaje de los “Partidos Atrapatodos” o *Catch-All Party*, donde la dirigencia y la estructura político-militante se reemplazan por la encuesta y el sondeo como herramienta para diseño de campañas políticas, que sustituyen programas políticos por campañas publicitarias.

Los medios masivos de comunicación asumen un rol protagónico en esta nueva forma de organización de la sociedad. Los dirigentes y militantes pasaron a estar vinculados a la “vieja política”, reemplazados por personajes mediáticos, con un currículum “limpio”, sin experiencia en el terreno político. Las denuncias a la “política de punteros” (dirigentes territoriales) posibilitó la estigmatización de la militancia, que abrió paso a la farandulización de la política, es decir, al uso de actores, deportistas y figuras mediáticas como principales candidatos a ocupar puestos en el sistema institucional de representación.

Esta transformación no debe pasar inadvertida, ya que explica la forma de ejercer la hegemonía que asume el capitalismo financiero transnacionalizado, recorriendo un camino de cooptación de la gran burguesía industrial y agraria, y subordinando a las pequeñas burguesías y a la clase trabajadora en conjunto, abandonando el *Partido de Masas* (cuadros, militantes, adherentes) e imponiendo la forma de organización de *Partido de Comercialización de Candidatos* (gerentes o CEO, medios masivos de comunicación, encuestas, audiencia).

Si bien esta es una forma política que emerge en los noventa, la victoria electoral de Cambiemos ha puesto este desarrollo político en formas mucho más *aggiornadas*, vinculadas al despliegue de las redes sociales y a la conformación del *duranbarbismo* como el diseño sobre el cual se asentó la campaña electoral 2015 y la totalidad del gobierno macrista.

4.1. La disputa por el territorio argentino

Ante la crisis de 2001, desatada por una de las mayores recesiones económicas de la historia argentina por la mantención a ultranza del régimen de convertibilidad cambiaria con el dólar, se plantearon dos grandes alternativas de solución: 1) la dolarización económica definitiva; 2) la salida de la convertibilidad mediante

una devaluación que le permita ganar en competitividad a la economía argentina (Basualdo, 2006, p. 163).

La transición presidencial de Eduardo Duhalde concretó la opción devaluacionista. Así, los capitales locales y extranjeros con fuerte asiento productivo fueron los grandes ganadores de la situación; aún a costa de altos índices de desocupación, pobreza e indigencia que se irían reduciendo, es cierto, a medida que el país creciera a partir de 2003 a una tasa media que rondaba el 8 % anual.

Refiriéndose al 2001, Julio Godio afirma que:

[...] la naturaleza de la contradicción política principal en esos años fue entre el neoliberalismo y el nacionalismo neo-desarrollista [...]. Esa contradicción principal no fue ni es exclusivamente nacional sino que forma parte de una contradicción instalada en la mayoría de los países de América del Sur (Godio, 2008, p. 16).

La consolidación de un nuevo modelo económico a partir de 2003 con la asunción de Néstor Kirchner habilita la emergencia de un nuevo bloque histórico en posición de gobierno, unificado por un determinado proyecto estratégico, y cuyo nivel de homogeneidad siempre dependió de la manera en que esta fuerza social se reunificó, dividió o reconfiguró en cada hecho socio-histórico relevante acontecido en el país a partir de dicha fecha.

En tal sentido, el llamado “conflicto con el campo” de 2008, que enfrentó al gobierno kirchnerista con las patronales agrarias, resolvió un quiebre en el proyecto devaluacionista y productivo que se había hecho con el control del gobierno luego de la crisis económica, política y social de 2001. El país quedó, a partir de 2008, dividido entre dos grandes proyectos estratégicos:

1. *Un proyecto con agregado de valor y ramas de industrias estratégicas*: industrial-energético mercadointernista y regional, en posición de gobierno con el *kirchnerismo* (con sus respectivas expresiones financieras);
2. *Un proyecto especializado en commodities y en la valorización financiera*: agroindustrial mercadoexternista, con fuertes ex-

presiones del Capital transnacionalizado, en oposición al gobierno, a partir de una fractura del bloque dominante y el re-alineamiento de actores del proyecto dolarizador-neoliberal (que había perdido posiciones de gobierno tras la crisis de 2001).

Aunque con matices, esta perspectiva es sostenida por varios autores como García Delgado (2006), Sartelli (2008), Gallego (2009), Harari (2008), Formento y Merino (2011) y Basualdo (2011). En Argentina, los polos de poder que se confrontan se asientan sobre dos visiones que aglutinan intereses de diferente orden en su interior y se relacionan con proyectos estratégicos a nivel regional y mundial.

El proyecto representado por el *kirchnerismo* (industrial-energético mercadointernista y regional) contiene hacia adentro al *globalismo*, buscando desarrollar las condiciones para la inserción en el mercado mundial dentro de las cadenas globales regionales de industria liviana (ensambles: automotriz, y telefonía en Tierra del Fuego), agroindustria (maquinarias y Valor Agregado en Origen) y línea blanca, como así también industria estratégica como los satélites Arsat y energía nuclear, asumiendo un carácter “*neodesarrolista*” de expansión de las fuerzas productivas, mercado internista con inclusión social, asentado en los proyectos de integración y el entramado comercial con capacidad de generar trabajo y producción, con la ampliación y el crecimiento del Mercosur como ámbito económico principal del sector de la economía argentina con capacidad de generar algún tipo de agregado de valor.

La crisis internacional, desatada en 2008, y el surgimiento de nuevos actores políticos y económicos como China y Rusia, generaron algún equilibrio y márgenes de autonomía para el país y la región y constituyeron una creciente alternativa comercial y financiera a las viejas estructuras vinculadas al poder económico angloamericano (FMI, Banco Mundial), generando las condiciones para el histórico “No al ALCA” de 2005, en un giro geopolítico tendencialmente multipolar.

Hacia 2008, ante la encerrona política del conflicto agropecuario, la evidente derrota en las elecciones de medio término en 2009 y el supuesto descontento social amplificado por los gran-

des medios de comunicación, en vez de decaer y proyectar una “salida negociada” del poder institucional, el *kirchnerismo* apostó al empoderamiento de los más variados actores sociales y sindicales, lo que le permitió rearticular una profunda iniciativa con fuertes acciones políticas, político-económicas y estratégicas.

Desde la Ley que puso fin a las AFJP —administradoras de fondos de jubilaciones—, la reestatización de Aerolíneas Argentinas entre septiembre de 2008 y enero de 2009; pasando por la construcción ciudadana y posterior aprobación de una nueva Ley de Comunicación Audiovisual así como el decreto que promulgó la creación de la Asignación Universal por Hijo (AUH) —un gigantesco y potente estipendio familiar— en octubre de 2009; hasta llegar a los grandes festejos del Bicentenario de la Revolución de Mayo en el 2010; son algunos de los hechos que el kirchnerismo realizaría para torcer ese momento de cierta debilidad política.

El acierto del gobierno fue, en ese entonces, comprender que la quietud era sinónimo de derrota y que, para continuar en el gobierno, debía pararse en el doble y contradictorio proceso de la confrontación y la construcción. Todo esto a sabiendas que la crisis económica mundial no era ya solo la opinión de algún especialista, sino una realidad que día a día se materializaba en más dificultades internacionales para el país.

Tras la muerte de Néstor Kirchner en 2010 y el segundo y aplastante triunfo electoral de Cristina Fernández en 2011 con el 54 % de los votos, se llevaron adelante grandes medidas —como la nacionalización de YPF en mayo de 2012 y la reestatización del servicio de trenes en mayo de 2015— al tiempo que se articulaba un rápido y profundo proceso de centralización política y un cambio en la forma en la que se implementan las políticas públicas hacia los sectores populares.

Es a partir de allí que se observa que la pequeña burguesía progresista, “laclauneana”, se constituye en el “*núcleo irradiante*” (García Linera, 2016, 2017) y comienza a ser dominante dentro del sistema institucional público, es decir, el Estado.

Desde allí se buscó profundizar el camino industrializador en algo que se dio a conocer, tras el triunfo de 2011, como la “sin-

tonía fina” del modelo económico. Ese proceso se desarrolló de cara al capital financiero transnacional y al conglomerado de lo que Eduardo Basualdo (2006) denomina “Grupos Económicos Locales”, pero no necesariamente de frente a los demás actores sociales —y populares—. Esos actores dejaron de discutir desde dentro del gobierno y quedaron subordinados a esa pequeña burguesía que profesionaliza la gestión del Estado y apuesta por el desarrollo económico (sumando a actores oligopólicos), pero anula la articulación de intereses y grupos sociales de las clases subalternas (la clase trabajadora, el proletariado, el conjunto de los excluidos del sistema).

En ese atrincheramiento en el Estado, el núcleo hegemónico pierde irradiación, lo que facilita las rupturas de las alianzas sociales y políticas, dejando a vastos segmentos poblacionales a disposición de ser seducidos primero, y articulados luego, hacia un cada vez más reanimado bloque opositor de fuerzas.

Vale reconocer que la oposición al despliegue del proyecto nacional y popular siempre fue fuerte, pero tenía enormes dificultades para articularse. En pleno conflicto con las patronales agrarias, allá por el año 2008, Mariano Grondona, por entonces principal editorialista del derechista diario *La Nación*, señalaba que el kirchnerismo estaba cercado por cinco oposiciones principales:

En Santa Fe, predomina la socialdemocracia de Hermes Binner. En la Capital Federal, el Pro de Mauricio Macri. Hay que agregar a Elisa Carrió, la más votada en el país después de los Kirchner. Pero en esta breve lista faltan dos presencias formidables. Una es la del campo, que arrastra la masiva irrupción federal del interior. La otra es el creciente disenso del “peronismo republicano”, no kirchnerista, que empieza a desbordar la dura disciplina del ex presidente. El problema principal de esta amplia lista no kirchnerista no es tanto que sea incompleta (lo es), sino que aún no se sabe cómo coordinarla. Al rompecabezas de la oposición le falta, por lo visto, su pieza esencial (Grondona, 2008).

Todas esas “oposiciones”, enlazadas al “proyecto especializado en commodities y en la valorización financiera”, en mayor o menor medida, fueron sintetizadas en la Alianza electoral de Cambiemos conformada por los partidos Propuesta Republicana (Pro), Unión Cívica Radical (UCR) y la Coalición Cívica (CC), de cara a las elecciones de 2015.

Ya desde esa fecha se observaba una rearticulación lenta, pero en proceso, de un bloque histórico neoliberal. Esa rearticulación fue producto, en un primer momento, por desinteligencias en las medidas implementadas desde el Estado por el kirchnerismo, cuando el núcleo hegemónico pierde capacidad de irradiación y articulación social. El problema radicó en que el denominado proyecto nacional y popular empoderó las herramientas institucionales del Estado —y a la fracción social irradiante— en detrimento de la “alianza plebeya” —en términos de García Linera (2008)— con los movimientos sociales, el movimiento obrero, el movimiento universitario, los campesinos y pequeños productores, y las pymes.

Esto empezó a profundizar las contradicciones en el campo del pueblo y diluir las contradicciones en el polo neoliberal, obviamente, ayudado por la situación de crisis económica mundial y nacional y la caída pronunciada del precio de las commodities internacionales que, para el caso argentino, posibilitan la captación de las divisas necesarias para los desafíos crecientes del proceso de industrialización, fenómeno conocido en Argentina como “restricción externa”.

4.2 El bloque neoliberal

A partir de 2013 se comenzó a evidenciar que el bloque de intereses neoliberales ya caminaba con méritos propios la rearticulación de su fuerza social y política. Esa situación se expresó en la derrota en las elecciones parlamentarias del Frente para la Victoria —la alianza electoral kirchnerista— en la provincia de Buenos Aires. Allí Sergio Massa, el ex Jefe de Gabinete de Cristina Fernández de Kirchner y con orígenes en el neoliberal partido Unión del Centro Democrático —UCeDé—, se impondría como ganador, señalando que el país ya estaba en otro momento político.

En términos internacionales, el gobierno argentino iniciaba desde esa fecha un fuerte realineamiento geopolítico internacional, expresado en la profundización de la integración política regional —con la creación de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y del Caribe (CELAC)—, junto a un creciente acercamiento económico y geopolítico a Rusia y a China.

En el año 2014 entrará en vigor un fallo del juez neoyorquino Thomas Griesa que golpeó de lleno sobre la principal política económica del modelo kirchnerista: la política de desendeudamiento.

A finales de 2001, Argentina había declarado la suspensión del pago de la deuda externa por un total aproximado de 132 mil millones de dólares, mientras atravesaba una desastrosa situación social y económica. El PBI se había reducido un 28 %, un 58 % de los argentinos vivía en la pobreza y el desempleo superaba el 20 %.

Argentina, entonces, reestructuró su deuda con dos rondas de negociaciones, en 2005 y 2010, que fueron intermediadas por actores globales del sistema financiero, centralmente el *HSBC*, *Citigroup*, *Deutsche Bank*, *JP Morgan*, entre otros. La renegociación implicó una quita del valor nominal de los bonos que fue aceptado por el 93% de los tenedores. Según cálculos de Tomás Lukin (2016):

Entre 2005 y 2015, el país desembolsó casi 200.000 millones de dólares para el pago de vencimientos de intereses y capital. Ese excesivo esfuerzo requerido por la política de desendeudamiento no solo permitió capear con mayor holgura episodios como la crisis internacional, sino que garantizó los grados de libertad necesarios para sostener crecientes niveles de demanda interna e impulsar el proceso de redistribución del ingreso.

Entre las compañías que se negaron a sentarse a la mesa de negociación abierta por el Estado argentino e intermediado por un segmento de la banca transnacional, que representaban ese 7 % de fondos bautizados como “buitres”, destacaban “NML Capital

—una subsidiaria de Elliott Management, un fondo de inversión codirigido por Paul Singer, quien es un importante contribuyente del Partido Republicano—, así como Aurelius Capital y Dart Management” (Guzmán y Stiglitz, 2016).

Luego de que el Estado argentino aceptara lo dispuesto por el Juez Griesa, tras el triunfo de Mauricio Macri, NML Capital obtuvo una ganancia de 2,28 mil millones de dólares por una inversión que apenas rondó los 177 millones de dólares, es decir, obtuvo un rendimiento total de 1180 %.

Ese bloque neoliberal encontró en Mauricio Macri, por entonces jefe de gobierno de la ciudad de Buenos Aires, su síntesis político electoral, que se impondría en ballotage en noviembre de 2015 sobre el candidato oficialista, Daniel Scioli, por apenas 600 mil votos, en un padrón de 32 millones de votantes potenciales.

A partir de este cambio en la relación de fuerzas en posición de gobierno, el bloque neoliberal avanzó sobre la base de derechos sociales y económicos, sobre el entramado productivo y el mercado interno de consumo que lo sostiene, redificando un modelo económico pensado en beneficio del capital financiero transnacional y en el entramado agroexportador, energético y minero

Esta trama superpuesta de los más grandes intereses económicos tiene a disposición toda una serie de poderosos “medios” para estructurar su “Orden”: institucionales, económicos, comunicacionales, ideológicos, virtuales.

En tal sentido, vale mencionar la evidente articulación del macrismo con la ultraderecha global, aquella que pudo haberle facilitado una beneficiosa operación en redes sociales. Aunque no investigado, cuando el caso de “Cambridge Analytica” salió a la luz, se confirmó la aplicación de las tácticas de la guerra de quinta generación en nuestro país.

Tal es así que, bajo el rótulo “Desinformación y Fake News: Reporte interino”, el Comité de Digital, Cultura, Medios y Deportes de la Cámara de los Comunes del Parlamento Británico (2018), compuesto por doce parlamentarios de las más variadas expresiones políticas, reconoce en su párrafo 219:

El Comité vio evidencia confidencial —un resumen de una reunión de administración en SCL Group del 27 de mayo

de 2015— en relación con una campaña anti-Kirchner en Argentina, describiendo “esfuerzos de recolección de datos de inteligencia de proximidad” y “guerra de información”, y el uso de “oficiales retirados de la Agencia de Inteligencia y Seguridad de Israel, EE. UU., Reino Unido, España y Rusia”, y la creación de cuentas falsas de Facebook y Twitter para apoyar la campaña anti-Kirchner. Cuando se le preguntó si SCL Group había trabajado para un partido de la oposición, o alguna otra persona interesada en influir en la política en Argentina, contra el Gobierno, Alexander Nix respondió: “Esa sería la apariencia de eso, sí”.

SCL Group (Strategic Communication Laboratories) era la empresa matriz de Cambridge Analytica, mientras que Alexander Nix era el CEO destituido de esta última empresa. En la indagatoria de la comisión parlamentaria se sospechaba de un trabajo elaborado a pedido de Paul Singer, dueño de NML Capital, el fondo buitre querellante contra argentina e, incluso, de un sector de la por entonces oposición a Kirchner.

En otro importante aspecto de la “guerra comunicacional”, resultó trascendental la aprobación por parte del Estado argentino de la fusión entre la empresa *Telecom* y *Cablevisión-Clarín*, creando un gigante multimediático que ahora tendrá bajo su órbita negocios que abarcan desde la transmisión de contenidos audiovisuales y los datos hasta la telefonía móvil y fija (*Perfil*, 2018).

Pese a todo esto, el poder del proyecto político de la Alianza Cambiemos no es infinito. Sus propias contradicciones y la evidente implementación de un modelo económico de desocupación, miseria y hambre, abren las posibilidades de su propio colapso.

4.3 La alianza Cambiemos contiene la interna del poder angloamericano

La batalla interimperialista por el diseño y el control del orden mundial se articula dialécticamente con la coyuntura local a pesar de que los medios de comunicación, formadores de la opinión política, tengan la responsabilidad consciente de invisibilizar que

nuestros problemas, discusiones y luchas no escapan a lo que sucede en el conjunto del sistema económico y político mundial.

La victoria electoral de la alianza Cambiemos institucionalizó un cambio en las correlaciones de fuerza en nuestro territorio y las dos facciones del bloque capitalista angloamericano, la *globalista* y la *neoconservadora*, asumieron posición de gobierno impulsando políticas favorables al Bloque Neoliberal Financiero-Exportador-Extractivista-Agroalimentario-Comunicacional que se encuentra compuesto por:

- Red Financiera Transnacional, bajo dominio actual de su estrategia *neoconservadora* como dominante en el gobierno del Estado por sobre la *globalista* (luego de la victoria de Donald Trump).
- Grupos Económicos Locales, vinculados a los oligopolios energético, siderúrgico, minero, petroquímico, y de la construcción (*Techint, Pampa Energía, Camuzzi, SOCMA, PAE*, entre otras);
- Las cadenas agroalimentarias y agroindustriales, con las 6 grandes exportadoras (*ADM-Toeffer, Bunge, Cargill, Dreyfus, Cofco-Nidera*, y la argentina *AGD*), las semilleras (*Bayer-Monsanto, Cofco-Syngenta*), y los grandes productores (*Los Grobo*, y el entramado político empresarial de la *Sociedad Rural Argentina*).
- Las corporaciones de las TICs, las *fintech* y las plataformas de comercialización, propias del capitalismo 2.0 (*Grupo Clarín, Telefónica, Claro, Mercado Libre, Uber, Glovo, Rappi*, entre otras).

De los dos proyectos del bloque de poder angloamericano, el *neoconservador* pareciera encontrarse hoy más fortalecido. De hecho, el triunfo de Donald Trump en las elecciones presidenciales norteamericanas fue el acontecimiento principal que habilitó un cambio en las correlaciones de fuerzas internas de la alianza económica, social y política que ocupa hoy el gobierno del Estado argentino.

Nicolás Dujovne, hombre vinculable hasta familiarmente con el presidente norteamericano, es el alfil más relevante del *proyecto neoconservador* dentro de la denominada “alianza Cambiemos”.

A este “superministro”, las tres corridas financieras del año 2018 (febrero, abril y agosto) no pudieron desplazarlo de su jefatura económica. La designación en septiembre de ese año de un colaborador suyo, Guido Sandleris, como presidente del Banco Central de la República Argentina (BCRA), indica que Dujovne es el garante del acuerdo “de asistencia” del ejecutivo argentino por 56 mil millones de dólares con el Fondo Monetario Internacional y la jefatura neoconservadora de Donald Trump.

Más allá del manejo de la economía, es decir, en estrictos términos políticos, el *proyecto neoconservador* se articula en los funcionarios del gobierno que integraron la *Fundación Pensar*, creada en 2010 como relanzamiento de la *Fundación Creer y Crecer* que Macri supo armar junto a su primer Partido Político: Compromiso por el Cambio. *Pensar* “se trata de una usina claramente partidaria, inspirada en la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales (FAES), la usina de ideas del Partido Popular de España” (Fuego Simondet, 2015).

En las ideas de esta usina se asentaron aquellos que buscan una visión más de alianzas, de ampliar la base, de un *Cambiemos* articulado al peronismo “racional” y a los gobernadores e intendentes preocupados por obtener un buen diálogo con la embajada norteamericana, con el lobby de la *American Society and Council of America (AS/COA)*, con la Cámara de Comercio de los Estados Unidos en Argentina (*American Chamber*, o *AmCham*), y con los negocios e intereses sionistas, de mucha presencia en Argentina a través de la actual y derechista conducción de la DAIA, la Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas.

El ministro del interior, Rogelio Frigerio, y el presidente de la Cámara de Diputados, Emilio Monzó, supuestos experonistas, son los articuladores principales a nivel político institucional de esta perspectiva y con pasados prominentes en la mencionada fundación que, si se la amplía en clave de perspectiva política, puede incluir a Patricia Bullrich, Ministra de Seguridad; Jorge Faurié, el Ministro de Relaciones Exteriores; Claudio Avruj y Waldo Wolff, Secretario de Derechos Humanos y Diputado Na-

cional respectivamente, ambos referentes del sionismo argentino; Laura Alonso, Directora de la Oficina Anticorrupción y ex Directora Ejecutiva de la Fundación Poder Ciudadano, la filial argentina de *Transparency International*, la controvertida ONG global cuyo fundador fue el alemán Peter Eigen, exdirector regional del Banco Mundial.

Su apuesta es por extender “el cambio” más allá de *Cambiamos*, consolidando un bloque histórico que anule toda posibilidad de retorno “al populismo”. Su estrategia les permitiría barajar un futuro esquema de alternancias con una propuesta política que no impute las bases centrales del modelo económico neoliberal, donde podría destacar la figura de Sergio Massa, con probados vínculos con la embajada norteamericana luego de la filtración de cables diplomáticos de *wikileaks*.

Por otro lado, el proyecto *globalista*, dominante en los primeros meses de la gestión macrista, se articula políticamente en los cuadros provenientes de la hoy extinta *Fundación Grupo Sophia*, un *think tank* fundado en 1994 que reclutó a sus miembros centralmente entre profesionales de la Ciencia Política, la Economía y la Sociología de la Universidad Católica Argentina (UCA) para luego realizar un recorrido formativo en Universidades británicas o norteamericanas.

Muchos de sus integrantes tienen, además, una vasta experiencia en la alta gerencia privada. Los dos mejores ejemplos son el ex coordinador del gabinete económico y actual secretario de energía, Gustavo Lopetegui, y el ex secretario de coordinación interministerial, Mario Quintana, que hicieron su paso por *McKinsey*, la consultora de negocios más importante a nivel global, conocida en el mundo de las finanzas como “la firma”.

El jefe de gabinete, Marcos Peña; la ministra de desarrollo social, Carolina Stanley; el jefe de gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Horacio Rodríguez Larreta; y la gobernadora de la Provincia de Buenos Aires y figura electoral de referencia, María Eugenia Vidal; son miembros prominentes de este grupo.

Los *Sophia Boys* (& *Girls*) son los articuladores de una alianza política con la gran banca transnacional y las empresas multinacionales que se materializó en el estado práctico argentino con la

presencia de muchos *CEO's* y Gerentes en las altas esferas de la gestión pública, donde destacaron Juan José Aranguren, ex ministro de energía y CEO de Royal Dutch Shell; Federico Sturzenegger, ex director del BCRA y hombre del HSBC; Luis “Toto” Caputo, reemplazante de Sturzenegger y hombre del JP Morgan y el Deutsche Bank; entre otros.

Tanto el *Grupo Sophia* como *Pensar* se encuentran hoy disueltas o sin actividad pública, pero es indudable que su constitución y desarrollo permitió afinar la visión estratégica, diseñar los planes políticos, y articular, amalgamar y formar a gran parte de los funcionarios que conducen y disputan el proceso abierto después del 10 de diciembre de 2015.

Estas fundaciones fueron, en otras palabras, verdaderos Partidos de Cuadros. Citarlos nos permite graficar la presencia de los polos de la contradicción principal mundial en la alianza económica, social y política que conduce hoy el territorio social argentino. Por supuesto, esa presencia no es mecánica ni rígida; los actores e intereses operan de manera dialéctica con una realidad ostensiblemente compleja.

Más allá de la articulación interna de *Cambiamos*, es menester reconocer la capacidad que este proyecto estratégico ha tenido para vincularse con los ejecutivos de las grandes empresas argentinas y, centralmente, con la mayoría de los grupos de poder mediáticos (*Clarín, América y La Nación*), y los propietarios de las redes sociales de internet que explícitamente jugaron a favor del *macrismo* durante la campaña electoral de 2015.

Y no solo nos referimos al mencionado escándalo de *Cambridge Analytica*, sino también a las propuestas de negocios del gobierno macrista con el propio Facebook. Hacia el año 2016 el gobierno argentino anunció la puesta en marcha de una prueba piloto para que la administración pública nacional utilice la plataforma *FAW*.

Por otro lado, resulta asombroso —y a la vista de todas y todos— el rápido ingreso al país de las plataformas de internet, como *Uber, Rappi, Pedidos Ya, Glovo*, entre otras. En menos de cuatro años -el tiempo de gestión presidencial macrista- estas plataformas virtuales de trabajo precarizado han cambiado el paisaje urbano de las grandes ciudades del país.

Estas nuevas formas de explotación, bajo un lenguaje que parece novedoso y atractivo para los jóvenes, esconden uno de los fraudes laborales más grandes de la historia. Términos como “horarios dinámicos”, “ser tu propio jefe”, “colaboradores independientes” de las “plataformas” no hacen más que negar simbólicamente y materialmente la condición de trabajadores y sus correspondientes derechos laborales.

En Argentina ya hay 100 mil personas empleadas por las apps. Solo en julio del año 2018, *Rappi* procesó más de 200 mil pedidos y la empresa espera cerrar el año con una facturación de cinco millones de dólares por mes y niveles de crecimiento de entre el 30 y el 50 %. Según Mario Hernández:

La colombiana Rappi desembarcó en Argentina en octubre de 2017, poco después lo hizo la española Glovo. Aprovechando una ley impulsada por el macrismo, se inscribió como Sociedad por Acciones Simplificadas (SAS). Las SAS tienen varias ventajas: pueden constituirse con un solo socio, menores costos, más flexibilidad de funcionamiento y facilidades para “incorporar inversiones”. Rappi Argentina tiene un administrador, Lucas Asad, que fundó la empresa con 17.000 pesos. Pero detrás de los “emprendedores” de Rappi están, a nivel internacional, fondos de inversión como DST Global (Israel-Rusia), Sequoia Capital (EE. UU.) y Andreessen Horowitz (EE. UU.), que en los últimos tres años le aportaron 462 millones de dólares (Hernández, 2019).

Este tipo de empresas se han asociado a grandes cadenas de distintos rubros como Mc Donald’s, Farmacity, Volta, etcétera. Como respuesta, en octubre de 2018, por iniciativa de trabajadores de la aplicación Rappi, en Argentina se creó APP (Asociación de Personal de Plataforma), un sindicato que nuclea trabajadores de plataforma en Argentina y América Latina, para luchar en este nuevo escenario. Es que los repartidores vinculados a estas tecnologías no gozan de ninguna clase de ingreso fijo ni limitación de la jornada laboral, además de desempeñarse sin cobertura de riesgos de trabajo. De hecho, las multinacionales detrás de estos sitios no asumen ninguna de las regulaciones tributarias, laborales ni comerciales. A finales de febrero de 2019, 450 trabajadores

de la plataforma “Pedidos Ya” fueron cesanteados sin previo aviso. El mecanismo es sencillo: fueron bloqueadas sus ID de la app.

No por nada el macrismo apuesta al territorio de lo virtual para mediar y organizar a la sociedad. Aunque no se desligue de las construcciones políticas territoriales, donde la Unión Cívica Radical aporta la mayor cuota, su articulación con la ciudadanía emerge desde ese entramado TIC. Esto último en Argentina ha mostrado, en reiteradas oportunidades, su capacidad de movilizar a gran cantidad de “ciudadanos genéricos” (sin identidad de clase, sin historia), alimentados a diario con noticias y operaciones mediáticas a partir de las cuales la alianza de gobierno construye su opinión política y garantiza su conducción ideológica. Después de todo, hay un televisor en cada rincón de la casa y un celular en la mano de cada argentino.

A eso se suma la trinchera legal y política del llamado *Partido Judicial*, articulado también internacionalmente, y que cumple los roles fundamentales de disciplinamiento de las clases subalternas, mediante la criminalización de todos los movimientos de enfrentamiento político y social, y la judicialización selectiva de las figuras de la oposición, con el “Memorandum con Irán/Caso Nisman” y los “Cuadernos de Centeno” como las causas judiciales de relevancia, megaoperaciones amplificadas siempre mediáticamente para que surtan el efecto deseado.

La escandalosa investigación que lleva adelante el Juez Ramos Padilla ventila un entramado de espionaje y corrupción paraestatal de gran escala y con absoluta impunidad. Dicha denuncia, y su posterior investigación, involucra actores de todo tipo: funcionarios del poder ejecutivo, parlamentarios oficialistas, fiscales y jueces del fuero federal y vínculos con la Embajada y diversos organismos de inteligencia y seguridad estadounidenses. Esta red tiene como objetivo principal golpear a la oposición, y es una expresión al descubierto de las operaciones de *lawfare* que ya bien se conocen en la región.

En el “gobierno de CEO’s” hay un enorme acuerdo: La implementación del modelo neoliberal debe caer sobre las espaldas del empresariado pyme y de los sectores asalariados y desocupados. Este es un consenso entre los dos grandes proyectos estratégicos de la oligarquía financiera, los grupos económicos locales

(Techint, Pérez Companc) y los sectores agroexportadores (AGD, Arcor, Los Grobo, Bunge, ADM, Cargill). El conjunto de las disputas manifiesta una crisis, donde todos los actores se ven obligados a incrementar sus apuestas.

5. El Bloque de oposición contiene a las fuerzas de liberación

Podemos afirmar entonces, en línea con lo desarrollado anteriormente, que en Argentina se encuentran potencialmente constituidas dos *Fuerzas Sociales* con vanguardias políticas-organizativas medianamente diferenciables, capacidad de movilización, programa político, e intereses contrapuestos: el *Bloque Neoliberal*, que expresa al conjunto del Régimen Burgués dominante, y el *Bloque de Oposición*, que contiene dentro de sí a los *CEO* 's pequeñoburgueses, al reformismo burgués en su conjunto y a la mayoría de las Organizaciones Libres del Pueblo, con todas sus contradicciones hacia adentro, entre ellas, las Fuerzas de Liberación.

En tal sentido, en oposición al gobierno se encuentra, aunque debilitado, el *Proyecto Desarrollista o Posneoliberal* (García Delgado, 2017) con una expresión central en el *kirchnerismo*. Como ya se explicó anteriormente, este *Proyecto* se asienta, primeramente, en el entramado industrial Pyme, que es generador de más del 80% de los puestos de trabajo privados formales. Originariamente contaba en sus filas de manera protagónica con el llamado “Grupo Productivo”, expresión de los grandes grupos económicos locales, que hoy se encuentran en posición subordinada, cada vez más incómodamente, en la alianza económica y política macrista.

El *Proyecto Desarrollista* se referencia y articula en Cristina Fernández de Kirchner, en el Papa Francisco —de indudable influencia en Argentina y la Región—, y en menor medida, en el peronismo a través de personalidades como las de Alberto Fernández (exjefe de Gabinete del kirchnerismo⁸²), Alberto Rodrí-

82 A pocos días del cierre de este análisis, Cristina Fernández de Kirchner, figura electoral central de la oposición política a la Alianza Cambiemos, anunció su candidatura a la vicepresidencia mientras nombraba a Alberto Fernández, su otrora ex jefe de gabinete, como candidato a presidente, luego de 10 años de enemistad. Hace poco más de un año, las diferencias que los distanciaron se saldaron y, el ahora candidato, se encontraba trabajando en la rearticulación de fuerzas para una eventual candidatura de CFK.

guez Saá (gobernador de San Luis), José Luis Gioja (presidente del Partido Justicialista), y Felipe Solá (ex gobernador de la provincia de Buenos Aires), entre otros.

Este bloque reivindica, en mayor o menor medida, los logros de la llamada “Década Ganada”, en la inclusión social, en los derechos políticos y sociales conquistados, en los Derechos Humanos y en los pilares del anterior modelo económico: desendeudamiento, servicios públicos con tarifas subsidiadas, coordinación y ampliación de las políticas económicas comunes con los países de la región (Mercosur, UNASUR, CELAC), articulación con el *multipolarismo relativo*, ampliación de la participación del Estado en el PBI, control total (correo, trenes, AFJP) o asociado (YPF) de algunas de las empresas y servicios que antes del ciclo 1976-2001 estuvieron en manos del *Estado Empresario*, actuando en reemplazo de una perimida o inexistente burguesía nacional.

El mencionado proyecto conserva aún una gran capacidad electoral, pero tiene enormes dificultades para sintetizarse unitariamente en la órbita de la política. Eso explica también, en parte, sus incapacidades de traducir el generalizado movimiento de protesta contra las políticas del gobierno en acciones consecuentes y conducentes en el frente institucional en general, y parlamentario en particular.

El escenario de creciente disputa intercapitalista hacia el interior del territorio social argentino, sumado a los crecientes niveles de conflictividad social y política, abrieron las posibilidades para que en el país, más allá de la insoslayable presencia institucional del *Proyecto Desarrollista*, emergiera una *Fuerza Social de Oposición Política*, capaz de bloquear, en más de una oportunidad, la ofensiva neoliberal, y de plantear un proyecto popular más allá de los límites que imponen los juegos de la democracia representativa en estos tiempos de monstruos.

Vinculado a un núcleo político-gremial, esta fuerza articula al movimiento obrero con los pequeños y medianos empresarios, con las organizaciones sociales, con los partidos de la oposición, con la explosión del movimiento feminista, y con las protestas de educadores y universitarios. Las expresiones más contundentes de esta heterogénea fuerza popular, con algunos rasgos de tercer proyecto en disputa, se vivieron en las jornadas de lucha por la

reforma laboral y previsional en diciembre de 2017. Desde allí, efectivamente, aparece como *fuerza social de oposición política* articulando una agenda de defensa de conquistas sociales históricas y de pelea por nuevos derechos.

Nos encontramos en un convulsionado escenario de transformaciones, y en el mover de sus fichas y jugadores surgen nuevos elementos sociales, políticos, ideológicos que van creando lazos de solidaridad, de lucha, que fortalecen los tres elementos centrales que tiene que tener una fuerza social popular con capacidad de golpear sobre las cristalizadas correlaciones de fuerza y revolucionar al conjunto de la sociedad:

- Conciencia, es decir, una visión, un programa, un análisis de situación, una política consecuente de formación de cuadros;
- Heterogeneidad, de sectores sociales y de actores políticos, para lograr una potencia plebeya con capacidad de imponer su causa al régimen del capital; y
- Organización, siempre flexible y dinámica, que nos permita armar una red social y popular de carácter contrahegemónica.

Un problema central radica en saber transitar correctamente el escenario electoral de 2019, sabiendo que una eventual derrota electoral del macrismo, por más contundente que sea, no significa, directamente, una derrota política del neoliberalismo.

Ganar una elección no es lo mismo a realizar políticamente una victoria. Por eso, lo central pasa por fortalecer esta fuerza social de oposición política, para que adquiera rasgos de *liberación*, sin la cual cualquier “vuelta” será una ilusión, aún con la ex presidenta Cristina Fernández, la principal figura de la oposición institucional, ganando la elección.

Hay que recordar que el sistema de partidos en una república es la forma que tiene la burguesía, y sus distintas fracciones, de organizar los intereses de las masas bajo su conducción estratégica.

Podemos aseverar que el mundo y la sociedad se encuentran atravesados por una tensión global, una lucha de los diferentes jugadores mundiales financieros por imponer un nuevo orden mundial. Como dijo el Papa Francisco: “nos encontramos en la

tercera guerra mundial”, y como ya sucedió en las anteriores, son momentos que permiten barajar y dar de nuevo, momentos de enfrentamiento total. Esta lucha global de las *Modernas Aristocracias Financieras* se traslada, directa o indirectamente, a cada rincón del mundo. De esta manera, podemos afirmar que la centralidad electoral de Cristina Fernández también expresa la tensión interburguesa e interimperialista.

En ese sentido, aunque no podamos sustraernos, es importante visualizar que las elecciones pueden entorpecer, retrasar y hasta dividir la unidad de los sectores populares. Vale repetir, sin embargo, que las elecciones constituyen contiendas con una enorme capacidad de reordenar el tablero político y social.

Pareciera que en la Argentina de 2019 se expresan dos proyectos “revolucionarios” y varios proyectos conservadores. Los proyectos revolucionarios, es decir, aquellos que están dispuestos a cambiar las estructuras sociales —tanto, en términos de Gramsci, en un sentido activo como pasivo—, son el de Cambiemos - Mauricio Macri por un lado, y el de Unidad Ciudadana - Cristina Fernández, por otro; mientras que los proyectos “conservadores” son los expresados por Sergio Massa, Juan Urtubey (gobernador de Salta) y Roberto Lavagna (exministro de Economía, alfil del expresidente Eduardo Duhalde), entre otros.

¿Qué significa revolucionario? Significa que rompe todas las estructuras anteriores obsoletas y agudiza las contradicciones de ese viejo orden y de esas “viejas clases”, “modernizando” (el nuevo orden global) y profundizando las tensiones sobre esas viejas estructuras.

El primero de los proyectos revolucionarios mencionados contiene a los CEO y gerentes del capital transnacionalizado, cuya propuesta tiene que ver con la patria chica y con la exclusión social; pretende consolidar a la Argentina como un paraíso de la timba financiera global, una plataforma de ensamble de ciertas cadenas agroalimentarias y energéticas, y un exportador de conocimientos —y cerebros— a bajísimo costo.

El otro proyecto se articula en la experiencia desarrollista del ciclo 2003-2015, que desde su núcleo irradiante (¿acaso representado en “CEO pequeñoburgueses” formados para administrar el Estado argentino?) plantea una reestructuración globalizante

del país, pero con una creciente inclusión y justicia social, y con integración regional para formar y articular eslabones regionales de valor —como parte de cadenas globales—. Este proyecto se asienta, además, en la industria liviana del mercado interno, y la apuesta de su propuesta es que la política económica también los pueda insertar a la región, pero para un mundo globalmente integrado. Para el cumplimiento de ese objetivo, el Proyecto Desarrollista reimpulsó una industrialización diversificada con protagonismo estatal, con desarrollos estratégicos en la energía nuclear y las infotelecomunicaciones, políticas que incluso amplían —y tensionan— el perfil desarrollista con uno popular y soberanista.

En ese marco, promoviendo —y a la vez tensionando— esta propuesta política se encuentra el Frente Sindical, integrado por la Central de Trabajadores de Argentina (CTA) con referencia en Hugo Yasky (CTERA, Sindicato Docente), la CTA Autónoma con referencia en Pablo Micheli (ATE, Estatales), la Corriente Federal de Trabajadores (CFT) y la secretaría gremial de la Confederación General del Trabajo (CGT) en manos del *moyanismo* (conducción del poderoso Sindicato de Camioneros), Metalúrgicos (UOM), Sanidad (FATSA), entre otros, que nucleados junto a más de 70 sindicatos conforman el Frente Sindical para el Modelo Nacional (FreSiMoNa).

Cada vez más integrados se observan, también, los sectores pymes, cooperativos y agrarios —que recientemente han conformado, entre múltiples iniciativas, un “Frente Productivo” y el movimiento #NiUnaPymeMenos—, el diverso movimiento de mujeres, y los movimientos sociales. En éstos últimos convergen, con distintos niveles de unidad y disputa interna, la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP), el Movimiento Evita, el Movimiento de Trabajadores Excluidos (MTE), el Frente Popular Darío Santillán, el Movimiento Barrios de Pie, la Corriente Clasista y Combativa (CCC), la Confederación Nacional de Cooperativas de Trabajo (CNCT), el Frente por la Dignidad Milagro Sala, y la Federación de Tierra, Vivienda y Hábitat (FTV-Miles).

En ese marco, las apuestas deben estar dirigidas a compactar y fortalecer esta heterogénea *fuera social de oposición política* para que, llegado el caso, tengan una creciente capacidad de influir

y conducir los destinos de un nuevo gobierno posneoliberal — guiado crecientemente por un programa popular y revolucionario—, o, en la peor de las situaciones, resistir una eventual (y no descartada) continuidad del proyecto neoliberal.

Este núcleo político-gremial, se plantea como una fuerza social en un escenario que, de consolidar un programa (un mapa de alianzas sociales) y lograda la capacidad de superar las mezquinidades de la cotidianidad, presenta las condiciones para avanzar hacia la conformación de un proyecto político revolucionario, transformador, para las mayorías, con capacidad de producir y realizar la fuerza popular de liberación en una batalla decisiva contra el neoliberalismo y el capitalismo transnacionalizado.

Para ello, resulta relevante el abordaje de una disputa tanto en el territorio social y comunitario como en el territorio virtual.

6. Algunas conclusiones sobre la praxis revolucionaria

La descripción realizada pretende explicitar las diferencias centrales entre los principales proyectos que disputan la hegemonía en la Argentina, conectados, obviamente, con los cambios o continuidades que se desarrollan a nivel mundial.

Observamos en Argentina la consolidación y dominio del capital financiero rentista y parasitario bajo conducción de la Moderna Aristocracia Financiera, conducida por la Ceocracia y su articulación de un conjunto de sectores (financiero, agroalimentario y extractivista exportador, energético, TICs) con un interés territorial más especulativo que productivo.

Esta nueva fase permite observar un movimiento en los cambios de la estructura social construida en los procesos históricos nacionales y populares de Argentina. Este movimiento no es más ni menos que una crisis institucional-política, correspondiente a un cambio en las relaciones de fuerzas entre proyectos estratégicos: el giro económico hacia la valorización financiera y geopolítico hacia los intereses transnacionales, ha generado condiciones devastadoras en la población generando situaciones de exclusión y de inviabilidad económica sin precedentes.

En una nota periodística publicada recientemente Rubén Chorny (2019) afirma que la coalición Cambiemos:

Levantó el default de la deuda privada, reabrió con ello el crédito financiero, se sobreendeudó sin respaldo productivo y así le explotó la bomba cortoplacista en la mano. Eliminado el cepo al entrar no más, las corporaciones dejaron de estar compelidas a reinvertir utilidades y, al revés, aprovecharon la facilidad para sacar capitales hacia las casas matrices. O sea que más que lluvia hubo fuga de divisas (Chorny, 2019).

La salida a esta situación fue, una vez más, recurrir al Fondo Monetario Internacional (FMI). Al respecto, la economista Delfina Rossi (2018) afirma: “la receta del FMI y del gobierno consistía en tres pasos: vender dólares, subir tasas y eliminar las Lebac’s”, y se pregunta: ¿por qué estas políticas no funcionan?

Porque el proceso de fuga de capitales podría llegar al infinito en un escenario de profunda crisis de confianza, de caída de la producción e inversión nacional, y de aumento de tasas en las principales plazas del mundo. Es decir, es más rentable comprar dólares y ponerlos en acciones en Wall Street, o bonos de deuda de Estados Unidos, que intentar hacer cualquier inversión en Argentina, hasta la compra de vivienda dejó de ser atractiva (Rossi, 2018).

No es sustentable acudir permanentemente al FMI y el gobierno macrista está atrapado en lo que los economistas llaman un “esquema de Ponzi”. Según Rossi (2018), esto sucede cuando

[...] Macri anuncia que seguirán pidiendo ayuda para garantizar el esquema de libre movilidad de capitales, se manda la señal a los actores de que pueden seguir sacando capitales del país mientras les sea rentable (y mejor ahora antes de que empeore el tipo de cambio), lo que obliga al Gobierno a mantener un esquema de aumento de la deuda externa. El problema surge cuando “el mundo” no quiere refinanciarte.

Estamos viviendo un proceso de reconversión del tejido productivo impulsado en la “década ganada” con costos sociales elevados, generando cambios en las condiciones sociales, que pueden observarse en los índices de desempleo y subempleo, elevada

deuda interna y externa, disminución de la capacidad industrial, índices de pobreza e indigencia (ejército de reserva). Este proyecto está beneficiando a una reducida cantidad de ramas de producción y un pequeño segmento de la sociedad, a través de la fuga de capitales (casi USD 19.000 millones en lo que va del año) y el impulso de políticas basadas en la especulación y financiarización de la economía.

Esta delicada situación da cuenta de la necesidad de construir un programa de unidad de las clases subalternas que, por supuesto, no se relaciona solo con el momento electoral y la “pluralidad” representativa (cosa que sobra hoy, en un parlamento plagado de representaciones de “fragmentos”).

A su vez, vale mencionar una de las enseñanzas más importantes que nos dejaron los doce años de *kirchnerismo*: no alcanza solo con potenciar el mercado interno, repartir un poco mejor parte de la riqueza y elevar los niveles generales de consumo de la población.

Se deben buscar acciones conducentes capaces de potenciar todo lo que impida la gobernabilidad del capitalismo transnacionalizado, articulando una propuesta positiva dentro de un programa que, se sabe, básicamente es una política de alianzas de diversos intereses sociales.

Para ello, el movimiento popular argentino tiene en su memoria de luchas los *programas* históricos del movimiento obrero: *Huerta Grande, La Falda, 1 de mayo de la CGT-A*. Desde allí se puede visualizar lo que ellos hoy significan y sobre qué sectores e intereses hay que imponer toda la fuerza organizada del Pueblo.

Todo Proyecto verdaderamente revolucionario —es decir, dispuesto a cambiar las estructuras sociales de explotación y las superestructuras de dominación— debe sustentarse en las organizaciones de las clases subalternas y el Pueblo, y en el conjunto de las acciones que podamos desplegar como tarea política principal.

Ya no alcanza pensarnos desde la idea de Nación; incluso no basta pensarnos solo como latinoamericanos. Pensar las alianzas hoy implica entender la fuerza en avanzada de un enemigo común: el capitalismo globalizado. La articulación (el enlace o la conexión en tiempos de revolución industrial 4.0) tiene que estar en pos de unir al 99 % contra el único enemigo en común: el 1

% que se queda con la riqueza socialmente producida de la humanidad toda.

Hay miles de ejemplos. La lucha que están llevando globalmente los chalecos amarillos y su moral combatiente, de autoorganización y de acción directa, va más allá de los combates en las grandes urbes europeas que nos muestran los medios. La lucha de las mujeres y la fuerza con que hemos demostrado pararnos firmes frente al patriarcado, (que no es más que otra expresión de la explotación capitalista) es también un ejemplo de las nuevas luchas que debemos saber organizar y desarrollar para no caer en posiciones conservadoras, pero teniendo el resguardo de no ser vanguardistas ni posmodernos. Otro ejemplo lo ha dado el bravo pueblo venezolano y su mensaje de “Trump: Hands off Venezuela”, dando una enorme demostración de pelea; la capacidad de sostener y organizar un proceso político profundamente revolucionario y el fortalecimiento de las comunas como base y sustento de la revolución, son ejemplos a conocer y estudiar para el conjunto de movimientos populares de la región y el mundo.

Debemos saber que partimos de un escenario burgués, con ideas fuerzas capitalistas en crisis y, por ende, asumir que es momento de construir una alternativa. Pasar a la iniciativa popular, iniciativa obrera, iniciativa social. Para eso tenemos que articular una fuerza social que genere la capacidad para influir tanto en el sentido común de la sociedad como en el sentido económico y político del territorio.

Retomando iniciativas como el ejemplo de la capital de la lucha de los pueblos, como lo es Palestina contra el imperio anglo-sionista. En el territorio nacional podemos nombrar la lucha del Astillero Río Santiago, la lucha contra la reforma laboral y previsional, la victoria contra el cierre de las escuelas nocturnas en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, las marchas contra el tarifazo, en defensa por la educación pública, entre tantas otras que se expresan, como proceso de ebullición sectorial, que parten desde los intereses particulares y se orientan hacia intereses generales, sintetizando en una única lucha común: la lucha contra la exclusión.

Pero, esa fuerza, ¿cómo se conforma? Creemos que a través de la formación de cuadros políticos que articulen no como “mer-

cajeros de la política” saliendo a vender la fuerza acumulada al mercado electoral, sino apostando a construir una fuerza desde el ámbito de lo social, con el fin de acumular un poder que nos permita enfrentar a ese 1 % de la elite mundial.

El único camino posible es derrotar a este sistema. Es fundamental, sobre todo para las nuevas generaciones, que desarrollemos la capacidad de romper con estructuras conservadoras y anquilosadas, y seamos lo suficientemente creativos, innovadores para revolucionar lo instituido, y alcanzar una fuerza instituyente, transformadora, revolucionaria.

Si no nos dan las relaciones de fuerza para tensionar un programa propio, entonces: ¿cuánta fuerza?, ¿cuánta conciencia y cuánta materialidad acumulamos para combatir al verdadero enemigo, al capital financiero transnacionalizado? Es importante saber que, en un momento de crisis, todo está en tensión, todo está en disputa. Y que es la relación medios/fines la que nos permite ordenar cuáles son nuestras luchas y cuáles son parte del plan de otros.

El tema es que, como se ha mencionado a lo largo del artículo, lo que aquí se nos presenta es un problema de carácter estructural, que nos obliga a correr los riesgos de las simples afirmaciones coyunturales para observar, con toda su complejidad, la crisis orgánica que atraviesa el sistema capitalista.

¿Qué significa esto? Que no hay margen de error, que no se puede fallar. Que hay una realidad que nos lleva a dos caminos posibles: o vamos hacia un mundo con mayor exclusión y explotación, o transitamos hacia un mundo desmercantilizado, con capacidad de desarrollar resiliencia, integrado glocalmente (desde lo local a lo universal y de lo universal a lo local), comunitariamente, con perspectiva social y para el beneficio de las mayorías.

¡Imagínense el potencial de desarrollo de las fuerzas productivas en un sistema social donde millones de seres humanos vivamos enlazados en una red profundamente humanitaria! ¡Donde el conocimiento estratégico sea construido y esté a disposición de cada habitante de la tierra!

Debemos tener la capacidad de desarrollar organizaciones que puedan responder a estos interrogantes, de diseñar las nuevas organizaciones, para lo nuevo que hay que construir.

La humanidad asistió el pasaje de la sociedad agrícola a la sociedad industrial. De allí a la financiera y, por estos tiempos, a la sociedad del conocimiento. Dejamos de ser la sociedad de lo “tangible” (la mercancía, lo material) para pasar a ser, crecientemente, la sociedad de lo “intangible” (datos, conocimiento). La batalla central que se juega es por el control del conocimiento estratégico que garantiza la dominación de las mentes. Por eso la *Moderna Aristocracia Financiera* sabe cómo expropiar la capacidad de construir conocimiento de la inmensa mayoría.

Como dice Marín (2015), la toma de conciencia de construir conocimiento no es fácil. El ruido, el caos, el desorden que impone la clase dominante hace daño, aún más en tiempos de Guerra de Quinta Generación que apelan a lo más individual, los sentidos, la experiencia atomizada.

Se debe profundizar en la construcción de ese conocimiento, de esa teoría revolucionaria capaz de desarmar la niebla que oculta las condiciones de opresión a las clases subalternas. Librar la batalla de ideas y del sentido común. En todo tiempo, pero particularmente en el que transitamos, el conocimiento es el arma revolucionaria por excelencia para darle sentido y direccionalidad a la lucha.

El saber no es condición de transformación si no que puede ser condición de conservadurismo. Solo el saber puesto en la práctica, en la lucha, es condición de avanzar hacia la victoria. Para esto hay que entender cuáles son los grados y niveles de articulación social, cuáles son los niveles de escala política y cuáles son los niveles teóricos en los que nos encontramos. Si no comprendemos, lo único que nos maneja es la voluntad y lo único que nos dirige es el ánimo.

En los lugares de trabajo, en las aulas, en los barrios, en las calles, en las instituciones, hay que construir la fuerza que nos permita romper con la posición dominante del neoliberalismo y generar también las condiciones para disputar dentro de la fuerza social del reformismo burgués, en la que nos encontramos subordinados, para que la fuerza revolucionaria alcance capacidad de direccionar la lucha a un tiempo y un espacio propio, de la que pueda emerger una situación revolucionaria.

Tenemos que poder moldear esa nueva sociedad. Dilucidar cómo la tecnología, cómo los medios de producción pueden estar a disposición de un nuevo mundo. Eso también nos va a permitir construir consignas: Inteligencia artificial para la producción, Tecnología para las mayorías. Modelar la sociedad de los comunes, y también la transición hacia esa sociedad.

No puede haber victoria política sin ideas fuerzas de las que se apropie el pueblo, sin un nuevo sentido común que florezca en cada rincón. Ese nuevo sentido común, esa nueva conciencia histórica, ese nuevo ser, es por la vía de la lucha y por la vía de la reflexión. Herramientas que aliadas lograrán la victoria final.

Bibliografía

- Aharonian, A. (2018, 27 de Agosto). “¿Enfrentar la guerra de quinta generación con arcos y flechas?” en *Nodal*. Recuperado de: <https://www.nodal.am/2018/08/enfrentar-la-guerra-de-quinta-generacion-con-arcos-y-flechas-por-aram-aharonian/>
- Balvé, B. (1993). *Clase Social, Sujeto y Proceso Social. Serie Análisis*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones CICSO.
- Balvé, B. (2008). *Poder-Guerra*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones CICSO.
- Balvé, B. y Balvé, B. (1989). *El '69. Huelga política de masas*. Buenos Aires, Argentina: Ed. Contrapunto.
- Basualdo, E. y Arceo, E. (Comps.) (2006). *Neoliberalismo y sectores dominantes*. Buenos Aires, Argentina: CLACSO Libros.
- Betto, F. (2015). “El Papa entre Cuba y Estados Unidos” en *Cuba Debate*. Recuperado de: <http://www.cubadebate.cu/opinion/2015/09/24/el-papa-entre-cuba-y-estados-unidos/#.XI8XbslKjIU>
- Caciabue, M. (7 de septiembre de 2018). *La mente humana como un campo de batalla. Revolución tecnológica y guerra de redes*. Recuperado de: <https://www.nodal.am/2018/09/la-mente-humana-como-un-campo-de-batalla-revolucion-tecnologica-y-guerra-de-redes-por-matias-caciabue/>
- Campione, D. (2007). *Para leer a Gramsci*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.
- Canosa, N. (2019). *Extorsión, coimas y persecución: el vínculo de Stornelli, Bonadio y La Embajada*. Recuperado de: <https://www.telesurtv.net/opinion/Extorsion-coimas-y-persecucion-el-vinculo-de-Stornelli-Bonad>

- dio-y-la-embajada-20190316-0020.html (fecha de consulta: 16 de marzo de 2019).
- Chorny, R. (23 de febrero de 2019). “Ni en la reinserción al mundo le pegó Macri” en *Urgente24*. Recuperado de: <https://www.urgente24.com/analisis/investigacion/ni-en-la-reinsercion-al-mundo-la-pego-macri> (fecha de consulta: 24 de febrero de 2019).
- Clarín* (29 de junio de 2018). “Con exigencias, se aprobó la fusión entre Telecom y Cablevisión”. Recuperado de: https://www.clarin.com/economia/economia/exigencias-aprobo-fusion-telecom-cablevision_0_HyPvqxNzQ.html
- Clarín* (8 de enero de 2012). “‘Sintonía fina’, el nombre del ajuste”. Recuperado de: https://www.clarin.com/opinion/Sintonia-fina-nombre-ajuste_0_rJXg2o_hvXx.html
- Comité de Digital, Cultura, Medios y Deportes de la Cámara de los Comunes del Parlamento Británico (2018). *Desinformación y Fake News: Reporte interino*. Recuperado de: https://es.scribd.com/document/385043083/Facebook-Cambridge-Analytica-Informe-Parlamento-Britanico#from_embed (fecha de consulta: 10 de noviembre de 2018).
- Coutinho, C. (1999). *Gramsci - Um Estudo sobre seu Pensamento Político*. Rio de Janeiro, Brasil: Editora Civilização Brasileira.
- Delgado Jordán, G. (2018). *La Neo-Aristocracia*. Recuperado de: <http://www.nuestrasvoces.com.ar/mi-voz/la-neo-aristocracia/>
- Dierckxsens, W. y Formento, W. (2017). *El multipolarismo avanza a costa del unipolarismo*. Recuperado de: <https://www.alainet.org/es/articulo/187381> (fecha de consulta: 15 de octubre de 2018).
- Dowbor, L. (2017). *A era do capital improdutivo*. São Paulo, Brasil: Autonomia Literária-Fundação Perseu Abramo.
- Estulin, D. (2018). *Política del cielo y los seis proyectos globales que controlan el mundo*. Recuperado de: <https://www.mentealternativa.com/daniel-estulin-politica-del-cielo-seis-proyectos-globales-controlan-el-mundo/>
- Formento, W. (2011). *Crisis financiera global*. Buenos Aires, Argentina: Peña Lillo-Ediciones Continente.
- Foro Económico Mundial, Deep Shift - Technology Tipping Points and Societal Impact, informe de evaluación, Consejo de la Agenda Global sobre el Futuro del Software y la Sociedad, Foro Económico Mundial, septiembre 2015.

- Fuego Simondet, J. (29 de noviembre de 2015). “Sophia y Pensar, los semilleros que nutrieron los equipos del macrismo” en *La Nación*. Recuperado de: <https://www.lanacion.com.ar/politica/sophia-y-pensar-los-semilleros-que-nutrieron-los-equipos-del-macrismo-nid1849827> (fecha de consulta: 15 de noviembre de 2018).
- García Delgado, D. (2006). “Introducción” en García Delgado, D. y Nosetto, L. (Comps.). *El desarrollo en un contexto posneoliberal. Hacia una sociedad para todos*. Buenos Aires: CICCUS.
- García Linera, Á. (2008). *La potencia plebeya*. Buenos Aires, Argentina: Clacso/Prometeo Libros.
- García Linera, Á. (2013). *Democracia, Estado, Nación*. La Paz, Bolivia: Vicepresidencia del Estado Plurinacional. Presidencia de la Asamblea Legislativa Plurinacional.
- García Linera, Á. (2017). “Álvaro García Linera explica el concepto de ‘Núcleo Irradiante’” en *Eldiario.es*. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=yypSNmKq3pik> (fecha de consulta: 10 de octubre de 2018).
- Gasalla, J. (9 de junio de 2018). “Argentina es la 21° economía más grande del mundo” en *Infobae*. Recuperado de: <https://www.infobae.com/economia/2018/06/09/argentina-es-la-21-economia-mas-grande-del-mundo/>
- Giménez, P. (2018) “Las grandes mayorías unidas y universalizadas o divididas y dominadas” en *Nodal*. Recuperado de: <https://www.nodal.am/2018/03/las-grandes-mayorias-unidas-universalizadas-divididas-dominadas-paula-gimenez/>
- Godio, J. (2008). *El tiempo de CFK. Entre la movilización y la institucionalidad*. Buenos Aires, Argentina: Corregidor.
- González, A. (12 de junio de 2018). “‘Frikis’, ‘gamers’... Las nuevas tribus se articulan en base al conocimiento” en *El país*. Recuperado de: https://retina.elpais.com/retina/2018/06/11/tendencias/1528716529_919450.html
- Gramsci, A. (1971). *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- Gramsci, A. (1993). *La política y el Estado moderno*. Buenos Aires, Planeta-Agostini.
- Gramsci, A. (1999): *Cadernos do cárcere* [traducción de Carlos Nelson Coutinho]. Rio de Janeiro, Brasil: Editora Civilização Brasileira.
- Gramsci, A. (2004). *Antología*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.

- Guzmán, M. y Stiglitz, J. E. (1 de abril de 2016). “Cómo los fondos buitres se aprovecharon de Argentina” en *Ney York Times*. Recuperado de: <https://www.nytimes.com/es/2016/04/01/como-los-fondos-buitre-se-aprovecharon-de-argentina/>
- Harvey, D. (2004). *El “nuevo” imperialismo: acumulación por desposesión. Socialist register*.
- Hernández Viguera, J. (2015). *Los fondos buitres, capitalismo depredador*. Buenos Aires, Argentina: Capital Intelectual.
- Hernández, M. (2018). *El mundo Rappi*. Recuperado de: <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=252611>
- Herrera Jiménez, H. (18 de septiembre de 2018). “Guerra en red: Guerra de enjambre” en *Aporrea*. Recuperado de: <https://www.aporrea.org/tiburon/a63981.html>
- Jalife, A. (2019). “Nueva dicotomía: Globalistas VS Nacionalistas; Caduco Izquierda vs Derecha” en *Conferencias exclusivas de Alfredo Jalife*. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=VIXjJuQ-Wjc> (fecha de consulta: 31 de enero de 2019).
- Lenin, V. (1980). “El Imperialismo, Fase Superior del Capitalismo” en *Obras Escogidas*. Moscú, Rusia: Progreso.
- Lenin, V. (1980). “El Imperialismo, Fase Superior del Capitalismo” en *Obras Escogidas*. Moscú, Rusia: Progreso.
- Lukin, T. (19 de abril de 2016). “Adiós al desendeudamiento” en *Página 12*. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/economia/2-297310-2016-04-19.html>
- Marín, J. C. (1981). “La noción de polaridad en los procesos de formación y realización del poder” en *Serie Teoría - Análisis n.º 8*. Buenos Aires, Argentina: CICSO.
- Marín, J. C. (2015). “El conocimiento es el arma revolucionaria por excelencia” [entrevista a Juan Carlos Marín, a cargo de Eduardo Sartelli] en *El Aromo*, n.º 74. Recuperado de: <http://razonyrevolucion.org/el-conocimiento-es-el-arma-revolucionaria-por-excelencia-entrevista-a-juan-carlos-marin-a-cargo-de-eduardo-sartelli/>
- Marx, K. (2008). *Crítica de la economía política*. Buenos Aires, Argentina: Claridad.
- Marx, K. (2011). *Luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*. NoBooks Editorial.

- Merino, G. (2013). *Lucha por la hegemonía y procesos instituyentes en la Argentina del 2001. Claves para entender el posneoliberalismo*. Recuperado de: <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/1775>
- Merino, G. (2014). “Lucha entre polos de poder por la configuración del orden mundial. El escenario actual” en *Memoria Académica*. Recuperado de: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.8243/pr.8243.pdf (fecha de consulta: 15 de octubre de 2018).
- Merino, G. (2014). *Crisis del orden mundial y encrucijada nacional-latinoamericana*. Posadas, Argentina: Editorial Universitaria - UNaM.
- Merino, G. (2015). *El Grupo Productivo y el cambio de modelo*. Posadas, Argentina: Editorial Universitaria - UNaM.
- Moldiz, H. (2013). *América Latina y la tercera ola emancipadora*. Distrito Federal, México: Ocean Sur.
- Morin, F. (2 de agosto de 2015). “El oligopolio bancario actúa como una banda organizada” en *Página 12*. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-278454-2015-08-02.html>
- Morozov, E. (2018). *Capitalismo Big Tech ¿Welfare o neofeudalismo digital?* Madrid. España: Enclave de Libros.
- O’Donell, S. (2015). *ArgenLeaks*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.
- Oxfam (2018). *El 1 % más rico de la población mundial acaparó el 82 % de la riqueza generada el año pasado, mientras que la mitad más pobre no se benefició en absoluto*. Recuperado de: <https://www.oxfam.org/es/sala-de-prensa/notas-de-prensa/2018-01-22/el-1-mas-rico-de-la-poblacion-mundial-acaparo-el-82-de-la>
- Revista Análisis de Coyuntura* (enero de 2019). “De la prehistoria a la historia”.
- Robinson, W. (2007). *Una teoría sobre el capitalismo global*. Bogotá, Colombia: Ediciones Desde Abajo.
- Robinson, W. (2019). *¿La Próxima Crisis Económica? Capitalismo Digital y Estado Policiaco Global*. Recuperado de: <http://economiasur.com/2017/11/la-proxima-crisis-economica-capitalismo-digital-y-estado-policiaco-global/>
- Robinson, W. (2019). “Trumpismo, fascismo del siglo XXI, y dictadura de la clase capitalista transnacional” en Castorena, Gandásegui y Morgenfeld (Comps.). *Estados Unidos contra el mundo: Trump y la nueva geopolítica*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.
- Rodrik, D. (2016). *La falsa promesa económica de la gobernanza global*. Recuperado de: <http://economiasur.com/2016/12/la-falsa-promesa-economica-de-la-gobernanza-global/> (fecha de consulta: 8 de agosto de 2018).

- Rossi, D. (30 de agosto de 2018). “Devaluación y crisis: profundizando la caída” en *El Destape Web*. Recuperado de: <https://www.eldestapeweb.com/por-delfina-rossi/devaluacion-y-crisis-profundizando-la-caida-n48442>
- Rossi, D. (30 de agosto de 2018). “Devaluación y crisis: profundizando la caída” en *El destape web*. Recuperado de: <https://www.eldestapeweb.com/por-delfina-rossi/devaluacion-y-crisis-profundizando-la-caida-n48442>
- Ruiz, I. (31 de mayo de 2015). “La farandulización: nueva ola de famosos en las listas electorales” en *La nación*. Recuperado de: <https://www.lanacion.com.ar/politica/la-farandulizacion-nueva-ola-de-famosos-en-las-listas-electorales-nid1797503>
- Sadin, E. (2018). *La siliconización del mundo*. Buenos Aires, Argentina: Caja Negra Editora.
- Schwab, K. (2017). *La cuarta revolución industrial*. Buenos Aires, Argentina: Printing Books S. A.
- Soros, G. (2004). *La burbuja de la supremacía norteamericana*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Sudamericana.
- Sundararajan, A. (2016). *The Saring Economy. The End Of Employment and the Rise of Crowd-Based Capitalism*. Massachuset, Estados Unidos: The MIT Press.
- Zuccaro, A. y Bilmes, J. (15 de octubre de 2018). “Capital financiero, partidos políticos y hegemonía” en *Revista Politikon*. Recuperado de: <https://www.revistapolitikon.com.ar/capital-financiero-global-partidos-politicos-y-hegemonia/>

El neoliberalismo de Cambiemos: entre la crisis económica y su proyecto político refundacional

Por Aldana Martino

Un fantasma recorre la Argentina: la posibilidad de ganarle a Mauricio Macri y a la alianza social y política “Cambiemos” en la elección del 2019, una tarea titánica que parecía imposible hasta hace algunos meses atrás.

Para eso deben combinarse tres cosas. Por un lado, que el Gobierno siga llevando el país al Fondo, es decir, al Monetario Internacional, pero también al más literal de los fondos posibles. Por otro, que el movimiento popular tenga la capacidad de unirse y de no volver a cometer los mismos errores que cometimos de cara al proceso electoral del año 2015, cuando subestimamos la capacidad de la derecha argentina de acceder al poder por medio de las urnas y de construir una alternativa política que pueda conectar exitosamente con las “necesidades” ciudadanas. Por último, que logremos construir una propuesta política de mayorías de acuerdo al momento actual: que asuma que al ganar va a recibir un país con los peores indicadores económicos de su historia, y que a la vez se atreva a proponer un país futuro todavía mejor que el que tuvimos en la década anterior.

Para todo esto, es menester caracterizar las virtudes y desaciertos de la fuerza que gobierna, y cuáles fueron sus fortalezas desde que ganaron hasta el día de hoy, luego de casi cuatro años de gobierno.

Cambiemos, en general, y el PRO, en particular han demostrado tener un proyecto político refundacional para la Argentina. Nos proponemos acá pensar cuales son los puntos de apoyo de este, analizando al macrismo antes del poder y luego ya desde el gobierno.

¿Qué es Cambiemos?

Cuando Cambiemos ganó las elecciones en el año 2015, se depositó casi enteramente en los grandes medios de comunicación la responsabilidad de haberlos presentado como una nueva fuerza, con la misma dosis de frescura que de blindaje respecto de lo que realmente son: un conjunto de CEO y grandes empresarios, con los apellidos de las familias más importantes del país, que históricamente fueron dueños de las tierras de “La Argentina, granero del mundo”.

Esto tuvo dos problemas. Por un lado, nos pusimos en un lugar de muchísima debilidad al afirmar que fueron suficientes los medios de comunicación para derrotarnos. Por el otro, que si bien las mentiras en las promesas de campaña han sido un factor muy importante en la victoria de Cambiemos, reducir el análisis a eso nos produjo una dificultad para entender el fenómeno político que se estaba dando en nuestro país y el impacto que iba a tener en toda la región el hecho de que por primera vez en más de un siglo la Argentina sería gobernada por la elite económica y social con un triunfo “honesto” desde las urnas, sin la necesidad de recurrir a los cuarteles o de colonizar “desde adentro” a algún partido político tradicional.

Casi cuatro años después, es menester hacer un análisis de las características de esta fuerza, para sumar a una mirada regional que aporte a pensar en el rompecabezas completo de esta Latinoamérica en disputa.

Por eso, no hay forma de explicar el ascenso de las derechas en América Latina sin hablar del período anterior. Nuestro país no estuvo exento de un fenómeno que se dio también a nivel regional. El proceso popular argentino no logró que la mejora de las condiciones de vida de la población sea masivamente interpretada como una consecuencia de un proyecto político, de un modelo de país.

Difícil tarea en Argentina, de todos modos, después de 40 años de neoliberalismo que, en forma de dictadura genocida y luego de democracias de vaciamiento económico, hiperinflación y privatización, intentaron con bastante éxito escindir “la política” de la vida cotidiana de la gente, para reservarla solo al reducto de “los políticos” quienes, encima, a los ojos de todo el mundo, eran los responsables de la crisis.

La vara de las necesidades se eleva a medida que se van satisfaciendo. En la brecha surgida entre una notable mejor capacidad de consumo y las nuevas necesidades sociales e individuales generadas logró insertarse el discurso de Cambiemos, meritocrático y liberal.

Quizás acá debamos apuntarnos mentalmente que, junto con la subestimación de la capacidad del PRO primero y de Cambiemos después, hubo de nuestra parte una sobreestimación de la economía respecto de la política: la mejora de las condiciones de vida de la población es un objetivo en sí mismo de cualquier proyecto popular, pero también debe ser la condición de posibilidad para construir la conciencia política y la organización necesarias para sostener y profundizar las conquistas. Así, la realidad nos demostró que no se pierden y se ganan elecciones solamente de acuerdo a la política económica que se haya tenido desde la gestión.

Sobre la base de los límites de los procesos posneoliberales, las derechas en todo el continente supieron foguear las demandas sociales, para luego individualizarlas y erigirse ellos en los garantes de un futuro “moderno”. Esa operación política y mediática les permitió en Argentina articular el poder económico y político que les permitió vencer en las urnas.

Ahora bien, los intereses y las demandas sociales no vienen dadas: son construcciones, surgen de las contingencias entre las fuerzas políticas y sociales, de la combinación de los sucesos económicos, sociales y culturales, de la fuerza de la historia. De la política, en resumen.

Cambiemos supo interpretar los anhelos que la población tenía al momento de la elección. No sin antes construirlos también, por supuesto, con la ventaja de contar con los medios de comunicación masivos a su disposición para instalar temas de agenda que les permitieran transmitir su idea de “grieta” social.

Esa grieta la construyeron a su medida y le sumaron la demonización del proyecto adversario: libertades versus gobiernos totalizantes y autoritarios, esfuerzo personal versus corrupción, participación individual versus partidos políticos vetustos y tradicionales.

Ganaron, entonces, porque supieron hacer política. Tuvieron ellos el sentido del momento histórico y supieron cómo aprovechar un momento decreciente de nuestra oleada regional. Y digo decreciente porque, por supuesto, no estamos ante un fin de ciclo y la victoria de López Obrador en México es la demostración más cabal de lo afirmado.

¿Cómo surge el PRO?

La crisis del 2001 en Argentina abrió una nueva etapa política porque, además de económica y social, fue una crisis de representación. Los partidos históricos que gobernaron nuestro país sufrieron cimbronazos cuando el “que se vayan todos” sonó en las calles. Si bien la protesta no auguraba un nuevo orden, dado que luego de la dictadura genocida y del saqueo neoliberal las condiciones de organización de nuestro pueblo eran fuertes en la resistencia pero pobres en la propuesta, sí anticipaba un necesario viraje de la política para quien quisiera construir una propuesta de gobierno.

Fue un momento de reconversión de los partidos, y de nacimiento de una nueva discusión sobre la idea de la participación y la democracia.

Así, en un peronismo que supo reinventarse tomó fuerza el sector más progresivo que, con la construcción del Frente para la Victoria, se sacudió de encima al neoliberalismo que lo colonizó con el gobierno de Carlos Menem en la década del noventa y ganó de la mano de Néstor Kirchner las elecciones en el 2003 para abrir un proceso popular, de reparación, democrático, de recuperación de derechos, de reindustrialización, mercado interno, empleo y consumo.

El 2001, paradójicamente, también fue una oportunidad para el espacio político liderado por Mauricio Macri. En los think tanks que les dieron nacimiento, como el Grupo Sophia, el G25 y la Fundación Creer y Crecer, empezaba a gestarse su plan de gobierno y su idea de campaña política. Como dice Gabriel Vommaro en su libro “La larga marcha de Cambiemos”: “La crisis de 2001 aceleró el llamado a meterse en política para, en la visión del team leader, moralizarla y hacerla más eficiente. Se trató entonces de reemplazar la ‘vieja política’, de manera paulatina, por una ‘nueva’”.

“Compromiso para el Cambio”, el germen del macrismo, perdería las elecciones para la jefatura de la Ciudad de Buenos Aires del año 2003 siendo esta, hasta ahora, la única elección que perdieron. Lograron ganar cuatro años después, en 2007, e hicieron de la capital de nuestro país el laboratorio de sus políticas, esas que luego exportarían a la nación desde el año 2015.

Es imposible no enmarcar el crecimiento del PRO en un fenómeno general a nivel regional y mundial. La crisis que comenzó en 2008 trajo aparejado un quebrantamiento del *statu quo* que se expresa, en muchos casos, en un agotamiento definitivo de la política del capitalismo “de bienestar”.

Así, sucesos como el Brexit, el crecimiento de la ultraderecha en Europa y la victoria de Trump en Estados Unidos, son demostraciones de intentos de encontrar salidas pretendidamente contra-crisis de las poblaciones en el mundo, que no son siempre por izquierda. Ni de cerca, de hecho.

Este contexto influyó sin dudas en la construcción de la propuesta del PRO. El objetivo era aparecer como una nueva fuerza política, con la eficiencia que traían de su experiencia empresarial y la moral inoxidable que les otorga ser de la clase propietaria y no venir de la “clase política”, corrupta casi que por *default* en el discurso mediático instalado en Argentina desde hace, al menos, más de 30 años.

Por supuesto, contaron con el inestimable apoyo de los Estados Unidos que, con la crisis, se vio obligado a volver a posar los ojos en América Latina. Ya no podía darse el lujo de dejar que en su patio trasero continúe el ciclo de gobiernos populares con políticas de integración regional.

Hacer un recuento breve de los orígenes del PRO ayuda a abandonar la idea de que han sido un “producto publicitario que llevó al gobierno a un equipo de inútiles”, y entenderlos mejor como fuerza política con su génesis, su contexto, su estrategia y su programa económico y social.

El escenario desde el 2015

Durante estos casi cuatro años de gobierno, han demostrado que han llegado con un proyecto de refundación de nuestro país,

trayendo consigo no solo el plan económico sino los valores del neoliberalismo de esta década.

Entonces, ¿cuáles son las claves de la construcción de su proyecto refundacional?

Su plan económico no es muy distinto al del neoliberalismo de los noventa, basado principalmente en la especulación financiera, el endeudamiento externo indiscriminado, la apertura total de importaciones, la consecuente desindustrialización, etcétera. Se conocen casi que de memoria la enumeración de políticas económicas regresivas clásicas y, mejor aún, sus terribles consecuencias.

Sin embargo, Cambiemos ha sabido combinar este programa con tácticas políticas muy hábiles que les permitieron atravesar sus primeros dos años de gobierno sin crisis. El gobierno parecía caminar a un modelo de desigualdad estructural, hacia la normalización de la idea de las élites gobernando, el libre mercado conduciendo y los individuos reclusos al ámbito privado: un modelo a la chilena o la colombiana.

Las elecciones legislativas del 2017 los consagró como primera fuerza política a lo largo y ancho del país, consolidando su proyecto político y dándole potencia a su camino de medidas sociales regresivas.

Sin embargo, no mucho tiempo después estalló su primera gran crisis de gobernabilidad. Llegó en diciembre de 2017, un mes siempre conflictivo en Argentina, cuando se votó en el Congreso de la Nación una reforma previsional que afectaba a cientos de miles de jubilados que habían sido beneficiados con las medidas del gobierno de Cristina Fernández de Kirchner.

El pueblo entero se movilizó para luchar en las calles, como hacía décadas no pasaba. Primero las organizaciones políticas y sociales, fuertemente reprimidas y, luego, la gente que de a pie llegó de todos los puntos de la Ciudad al Congreso para decirle no a la reforma. Hablamos de columnas enteras de vecinos que seguían llegando a las 3 de la madrugada luego de caminar 50 cuadras. Esa situación empujó una unidad inédita de la oposición parlamentaria, donde Cambiemos logra imponer su reforma regresiva, pero con altísimos costos políticos.

Hasta ese momento, el *modus operandi* del Gobierno era el ensayo y error porque para cada batalla que quería dar, económica o ideológica, tenía que desandar fuertes consensos sociales existentes en el país sobre determinados temas. Con su propuesta de reforma previsional y jubilatoria, puso quinta velocidad a fondo por primera vez. Contaba con la legitimidad de haber ganado las elecciones de medio mandato hacía dos meses. Sin embargo, jamás midieron que Argentina es un país de larga tradición en la movilización de calles.

Desde ese diciembre, algo cambió en el sostén discursivo del macrismo: ya no podían echarle la culpa a la “pesada herencia” del gobierno anterior. Estábamos ante la primer gran consecuencia de sus propias decisiones políticas y de su propio programa económico.

Durante los primeros dos años de su gobierno, decidieron aplicar una política económica gradualista. Es importante decir que pudieron tomar esta decisión política gracias a las condiciones en las que recibieron al país: desendeudado casi por completo, con un mejor nivel de vida para toda la población y con una industria y un mercado interno notablemente fortalecido.

El financiamiento externo era la clave de su proyecto refundacional. Así podían evitar la crisis que produciría una política más *shockista*. Sin embargo, desde mayo de 2018, el mercado puso pie en el acelerador y con una corrida cambiaria que devaluó nuestra moneda nacional al menos un 30% en tres meses, presionó al gobierno para que adopte políticas económicas más duras. El final es un spoiler en sí mismo: la vuelta, mediante un préstamo, al Fondo Monetario Internacional.

Las claves políticas ideológicas de Cambiemos

A diferencia de los noventa, parte de la estabilización de la desigualdad que busca Cambiemos necesita de un Estado presente que regule el pasaje de una década democrática y popular a un período de saqueo neoliberal.

Quizás por eso no privatizaron las empresas recuperadas para el Estado por el kirchnerismo (como YPF y Aerolíneas Argentinas, a pesar del paulatino desfinanciamiento), y si bien han lleva-

do adelante un clásico achicamiento de la estructura administrativa con un clarísimo mensaje ideológico detrás, convirtiendo los Ministerios de Salud y Trabajo, entre otros, en secretarías, hacen uso de la herramienta del Estado para “estar cerca” de la población, con las políticas de espacio público de la Ciudad de Buenos Aires como principal ejemplo.

Más que un achicamiento clásico del Estado, deslegitimador del mismo, se muestran como grandes gestores de este y explican sus políticas económicas de reducción del gasto público y aumentos de tarifas como “medidas necesarias para cubrir el déficit fiscal”.

Otro importante elemento es la concepción que proponen sobre democracia y sobre la participación. En oposición a la década anterior, con una gestión que pregonaba que “la Patria es el otro” y una fuerte apuesta a la participación a través de la organización política y social, Cambiemos propone métodos de participación en la vida pública a través de la individualización de los sujetos. Así, se relaciona políticamente con “los vecinos” de forma directa, particularizada, mediante el “timbreo”, e invita a participar de la vida política en las grandes urbes a través de encuestas cibernéticas.

Su propuesta desalienta la idea de la organización social mediante la demonización de la participación política y la movilización, pero también con políticas activas de negociación con diversos sectores sociales para intentar administrar el conflicto social.

Sin embargo, la democracia en Argentina es a la vez un concepto en disputa y un hueso difícil de roer. A diferencia de otros países, en nuestro país hay un fuerte consenso sobre que cualquier gobierno democrático es mejor que un gobierno autoritario.

La última dictadura cívico-militar, que desapareció a 30.000 personas, asesinó a miles más y practicó el terrorismo de Estado más cruento de nuestra historia, es casi unánimemente repudiada por nuestra sociedad. La política activa de derechos humanos de la década anterior y los juicios a los genocidas que se abrieron a lo largo y ancho de país es de las políticas del kirchnerismo menos criticadas por la derecha.

De todas maneras, desandar ese consenso es uno de los puntos fuertes del Gobierno nacional en su batalla ideológica y cultural.

Así, con referencias a la dictadura como “guerra sucia” por el propio presidente y por varios funcionarios, con la calificación de las políticas de memoria como “curro de los derechos humanos”, la sentencia judicial del famoso “2x1” que dejaba a varios genocidas en la calle y el desfinanciamiento de los sitios para la memoria, entre muchas otras cosas, han intentado de a poco ir horadando esa memoria colectiva.

Instalar paulatinamente un clima de desmemoria y reconciliación con la dictadura era clave para que la sociedad conecte inquietudes propias con demandas de políticas más autoritarias. Cambiemos necesita una sociedad más proclive a aceptar una política de represión a la protesta social y de seguridad mediante la mano dura, condición sine qua non a su vez para poder aplicar el brutal ajuste contra el pueblo trabajador.

Por supuesto, encontraron una resistencia muy importante en la calle, pero es una batalla ideológica que siguen dando.

Si a esto le sumamos que los denominados progresismos en la región tienen aún cierta vacancia en cuanto a una propuesta de seguridad con vocación mayoritaria, completamos un cuadro propicio para que la Ministra de Seguridad de Mauricio Macri, Patricia Bullrich, proponga abiertamente que la policía pueda disparar por la espalda ante casi cualquier sospecha de delito, y que esa propuesta encuentre adhesiones.

La política represiva y de seguridad se endurece al compás del recrudecimiento de la crisis económica. Además, hay que encontrar culpables para las crisis, y los chivos expiatorios, para el gobierno, son los migrantes que nos sacan el trabajo y los pobres que delinquen.

Nada nuevo bajo el sol. En Cambiemos sobran los argumentos para caminar hacia un modelo de tolerancia 0, parecido al de Rudolph Guliani en Nueva York hacia fines del siglo pasado.

Florece así códigos contravencionales ultra punitivistas y doctrinas de seguridad ciudadana que justifican el gatillo fácil. En un país con un piso de valoración muy alto de los derechos humanos, son retrocesos políticos enormes que, a pesar de la

enorme resistencia, forman parte de la construcción del tipo de sociedad que el proyecto en posición de gobierno desea.

¿Se refundó la refundación?

El proyecto hegemónico de Cambiemos no está acabado, y es interesante repasar cuáles han sido las virtudes para frenarlo.

Apenas asumieron, el exministro de Trabajo Carlos Tomada dijo en una entrevista: “vienen por el trabajo”. Se refería a que una de las piedras angulares de su proyecto tenía que ver con desvalorizar fuertemente el trabajo respecto de la relación con el capital.

En su visión, Cambiemos necesitó y necesita desplomar el valor de la mano de obra para hacer del país un terreno atractivo para las inversiones extranjeras, favoreciendo sus propios negocios, a través de un programa de desindustrialización y fuerte precarización laboral.

En sus casi cuatro años de gobierno creció el desempleo, que ahora está cerca de los dos dígitos, y la industria y el comercio pyme se encuentra en franca crisis. Según un informe del Centro de Economía Política Argentina, CEPA, entre 2017 y 2018 se contabilizaron 106.230 despidos y suspensiones, es decir, 4.226 despidos y suspensiones por mes, con un pico de 12.162 despidos durante el mes de septiembre, justo un mes después de la última corrida financiera, ocurrida a fines de agosto de 2018, responsable de haber agravado el cuadro de inflación con recesión económica que vive el país.

Sin embargo, es notable ver como en Argentina la defensa del trabajo cuenta con una fuerte base de organización.

Es imposible no hablar del peronismo en este punto. Nuestro país vivió un proceso popular, progresivo, de industrialización, de participación política que transformó al país. Perón llevó al país a una situación de pleno empleo entre las décadas del 40 y el 50 —e incluso hasta 1975—, con las banderas de justicia social, independencia económica y soberanía política.

La valorización del trabajo no solo estaba dada por los puestos de trabajo y los derechos laborales, sino por la organización de la

clase obrera en sindicatos fuertes que, aunque hayan nacido mucho antes, con el aporte de las corrientes socialistas, anarquistas y comunistas que llegaron con la inmigración europea a nuestro país, durante el peronismo adquirieron una fuerza organizativa y un valor político inusitado.

Si bien en tiempos de macrismo la conducción de la Confederación General del Trabajo (CGT), la central de trabajadores más importante del país, ha tenido un rol muy cuestionable, los sindicatos siguen siendo muy fuertes, y constituyen el eje social de la oposición política. A pesar de la quietud de la conducción cegetista, los gremios nucleados en su secretaría gremial, en la facción interna denominada Corriente Federal de Trabajadores (CFT), en la Central de Trabajadores de la Argentina (CTA), han librado fuertes y crecientes luchas contra instalación de las políticas neoliberales.

A la tradición sindical argentina se suma, por supuesto, el insoslayable factor de que en la década anterior se hayan creado más de 5 millones de puestos de trabajo con un Ministerio de Trabajo muy fortalecido (hoy reducido a secretaría), y se abrieran las negociaciones paritarias para todos los sectores, públicos y privados.

Otro elemento importante en este punto es la emergencia del sector de la economía popular. Las y los trabajadores de este segmento, es decir, que están por fuera de la formalidad, si bien ya se organizaban en el gobierno anterior, en esta etapa emergieron como un actor fundamental no solo en la dinamización de la política sino en la defensa del trabajo.

Este proyecto neoliberal atroz, expulsa cada vez a más trabajadoras y trabajadores del mercado, y la Central de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP), entre otras, se ha convertido en este tiempo en el vector organizador de muchos de esos sectores, que pelean por el reconocimiento de su trabajo con todos los derechos que debiera tener cualquier trabajador.

Así, con todo esto, hace tres años que quieren aprobar en el Congreso una reforma laboral a medida del FMI, y no pueden hacerlo: no consiguen las adhesiones políticas suficientes. Ni el sindicalista más entreguista de todos está dispuesto a permitir que algo así suceda.

Para construir transformaciones de relevancia, las fuerzas populares debemos entender que la clase trabajadora mutó y se compone de nuevos sectores: Desocupados, precarizados, trabajadores de la economía popular, e incluso las mujeres como una categoría de clase oprimida de forma particular. Con todos esos actores hay que pensar tanto la resistencia como la propuesta política.

La fuertísima tradición de movilización en la calle que hay en Argentina es otro de los grandes resortes de la resistencia a la implantación del proyecto de Cambiemos.

Nuestro pueblo no abandonó la calle y no lo hará. Y si bien parece un mecanismo poco efectivo cuando el Cambiemos gobierna la Nación y los distritos más importantes del país, consiguiendo a menudo las alianzas políticas necesarias para aprobar lo que quieran en el parlamento, la calle funciona de termómetro constante de los costos políticos que tienen sus decisiones. Fue siempre y sigue siendo el escenario de disputa política más importante de nuestro país.

Pero hay otro elemento fundamental que debemos tener en cuenta antes de afirmar que están camino a lograr su objetivo de restauración política neoliberal. La ampliación de derechos que vivimos en la década anterior todavía es memoria fresca en nuestro pueblo.

Los niveles de vida alcanzados, aunque insuficientes, le han servido a la derecha para construir su discurso meritocrático y liberal, pero también son para las organizaciones populares un piso fuerte que nos permite interpelar a la población desde la más sencilla pregunta: ¿estás mejor o estás peor que antes?

¿Y nosotras? ¿y nosotros?

La victoria de Cambiemos generó una dispersión de la oposición y de las organizaciones populares de la que aún cuesta recuperarse. No hay dudas de que la dispersión es un problema fundamental a saldar. Pero, mientras tanto, urge pensar cuáles son las discusiones que tenemos que instalar para ir construyendo un escenario más favorable. Una pelea por el sentido que nos permi-

ta ganarle a su promesa de futuro “que justifica el sufrimiento actual, necesario pero pasajero, de los argentinos y las argentinas”.

Estamos viviendo el fenómeno y, por lo mismo, es muy difícil aún analizarlo con claridad. Pero hay una nota característica de estos casi cuatro años de gobierno macrista, y es que quienes dinamizaron la agenda de la resistencia, condujeron, pusieron la fecha de las movilizaciones y ganaron batallas no han sido las organizaciones políticas, sino las gremiales y sectoriales: las centrales sindicales, las y los docentes y universitarios peleando por la educación pública, las y los trabajadores de la economía popular, y por supuesto, las mujeres e identidades LGTTTBIQ, que en Argentina han transformado todo y de quienes nos ocuparemos en particular más adelante.

Cualquiera podría decir que esto es una respuesta lógica de una etapa de resistencia.

Sin embargo, debemos tomar nota de esto. Por un lado, porque está puesto en crisis cuál es el rol de las organizaciones políticas. Por otro, porque resistir no es lo mismo que proponer y sin que toda la resistencia se capitalice en una propuesta alternativa, no hay forma de ganarles. Por último, porque independientemente de quién sea la candidata o el candidato de campo popular en 2019, la fuerza de la coalición política que se logre conformar va a estar dada por la amplitud de la representatividad real de todos estos actores sociales que dieron pelea y no por los nombres de los y las dirigentes.

En este punto, no podemos dejar de hablar del movimiento de mujeres e identidades de género disidentes. Los feminismos estos últimos años han sido el actor más dinamizador de la política. La pelea por el aborto legal, seguro y gratuito sacó a las calles a millones de mujeres, y de conquistarlo hubiera sido el primer y único derecho ganado en estos 3 años de retrocesos.

Las mujeres y las identidades disidentes salimos a sentenciar para siempre que lo personal es político, que el patriarcado condiciona nuestras vidas de todas las formas posibles, y que no solo vamos a pelear porque no nos maten ni nos abusen, sino para cuestionar el rol al que fue históricamente relegado a la mujer: la reclusión al ámbito público, la reproducción y sus consecuentes tareas de cuidado y trabajo no remunerado. Hablamos de la

feminización de la pobreza y hablamos del aborto no solo como derecho a no morir sino como derecho al deseo y el goce de la sexualidad.

Pero, además, los feminismos populares en la Argentina transformaron también la forma de hacer política. La agenda de las fuerzas políticas nunca más podrá soslayar nuestras reivindicaciones, y es muy interesante ver cómo esta transformación profunda de nuestra sociedad, esta cuarta ola feminista, definitivamente se constituyó con fuerza durante la vuelta del neoliberalismo a la centralidad del escenario político argentino.

Los aportes del feminismo, del sindicalismo, de la economía popular, del sector educativo, e incluso de los sectores productivos pyme, tienen que empujarnos a definir una agenda política que nos permita aparecer como una opción posible para nuestro pueblo.

Pero tenemos que tener mucho cuidado de descansar en la idea, de nuevo autocomplaciente, de que tarde o temprano ganaremos porque el proyecto económico del gobierno es inviable y nos llevará inexorablemente a una crisis de tal magnitud que el pueblo va a clamar por que vuelva Cristina, o el peronismo, o el progresismo, o cualquier cosa menos el monstruo neoliberal.

Antes de eso, primero, hay que preguntarse si existe tal monstruo en el imaginario colectivo. Probablemente no, y es gracias a que la estabilidad política, económica y social del período anterior permitió que los monstruos neoliberales hagan uso de ese viento de cola para vestirse de modernos gradualistas.

Segundo, porque se debe asumir la tarea de construir una alternativa de poder en estas condiciones, con estas correlaciones de fuerzas. Los cambios de gobierno no se producen solo en crisis. La derecha no ganó durante una crisis: ganó luego de la década más estable y creciente del país en los últimos 40 años. La crisis es hambre, pero también es violencia, es ruptura del entramado social, y genera un descreimiento en la política del que es muy difícil recuperarse. No podemos esperar a esa crisis porque no queremos un país de miseria y hambre.

Hay que agregar a la situación económica un factor que no podemos desconocer, y es que Cambiemos logró una asimilación social de sus líderes, de su mensaje. Pudo, y esa es la novedad, construir una derecha que genere una identificación en el plano de lo afectivo y emocional con una parte del electorado.

La elección de octubre de 2019 en Argentina deviene en una parada fundamental para toda la región. Habrá 2019, no solo si la oposición avanza en mayores niveles de unidad y la gente sigue estando dispuesta a resistir, sino si las fuerzas populares son capaces de tener la audacia para imponer agenda, para oponerle a su individualización la construcción de nuevas mayorías, y para dar la batalla por el sentido.

Hay que dejar de ser los agoreros de la desgracia, de lo que va a suceder si este proyecto continúa en posición de gobierno, salir del “yo te dije que esto iba a pasar” e interpretar cuáles son las demandas e inquietudes en todos los sectores de la población para intentar articularlas en una propuesta política transformadora.

Podremos recuperar el poder, no solo del Estado sino el que se aloja en la sociedad toda, si logramos develar que, en realidad, la grieta con Cambiemos es otra: es individuo versus ciudadano y ciudadana titular de derechos, es meritocracia versus proyecto político inclusivo, es liberalismo versus soberanía nacional. Si podemos volver a hacer de todo eso, una nueva alternativa de gobierno y de poder emergerá para la Argentina.

Bibliografía

- Basualdo, E. (2010) *Estudios de historia económica argentina*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.
- Centro de Estudio de Política Económica Argentina (CEPA) (2019). *Un año de caída. Despidos y suspensiones durante 2018*.
- Etchemendy, S. y BerinsCollier, R. (2007). “Golpeados pero de pie. Resurgimiento sindical y neocorporativismo segmentado en Argentina (2003-2007)” en *Postdata*, pp. 145-192. Recuperado de: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-96012008000100007&lng=es&tlng=es
- James, D. (1988). *Resistencia e integración: el peronismo y la clase trabajadora argentina*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.

- Villasenin, L. (2018). *¿Una hegemonía macrista?* Buenos Aires, Argentina: Acercándonos Ediciones.
- Vommaro, G. (2017). *La larga marcha de Cambiemos*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.

El Gobierno Bolsonaro y la izquierda brasileña

Por Valter Pomar⁸³

Si en Brasil las libertades democráticas estuvieran plenamente vigentes, el presidente que debería haber tomado posesión el primero de enero de 2019 se llamaría Luis Inacio Lula da Silva, del Partido de los Trabajadores.

Pero las libertades democráticas en Brasil están *sub judice*, es decir, pendientes de resolución judicial. Lula está preso y quien tomó posesión es el capitán Jair Messias Bolsonaro, del Partido Social Liberal (PSL), con 57 millones de votos. Fernando Haddad, candidato del PT luego de que el Tribunal Superior Electoral (TSE) de Brasil impusiera un veto a la candidatura de Lula, recibió 47 millones de votos. Además, 31 millones de brasileños y de brasileñas votaron en blanco, anularon el voto o no comparecieron para votar.

Visto de cerca o visto desde lejos, Bolsonaro tiene todos los rasgos de un cavernícola. Defensor acérrimo de los Estados Unidos y enemigo mortal del Partido de los Trabajadores, Bolsonaro fue diputado federal durante 27 años, defendiendo públicamente la dictadura militar, la tortura de los presos políticos, el racismo, la homofobia y la misoginia.

En el período más reciente, ya como candidato a la presidencia de la República, se hizo notar también por la defensa de un programa económico ultraliberal, resumido en una frase que él

83 Este texto fue escrito en la tercera semana de diciembre de 2018, faltando pocos días para la posesión del nuevo presidente de la República de Brasil, elegido el 28 de octubre del mismo año, en segunda vuelta. Texto concluido el día 24/12/2018.

repetía siempre: “la gente tiene que elegir entre tener derechos y estar desempleados, o renunciar a los derechos y tener empleo”.

Una vez elegido, el actual presidente, no cambió de tono, ni de actitud. En esto, por lo menos hasta ahora, Bolsonaro marca una diferencia importante frente a muchos liderazgos políticos de izquierda y centro-izquierda, que se eligen agitando para la izquierda y después gobiernan con la centro-derecha.

Su ministerio de hacienda fue entregado al neoliberal Paulo Guedes, vinculado al capital financiero más especulativo. El Ministerio de Trabajo fue extinto. El ministerio de Educación y el ministerio de Relaciones Exteriores fueron entregados a dos fundamentalistas de derecha, que consideran que el origen de los problemas del mundo está en los filósofos ateos del iluminismo, en la fase jacobina de la Revolución Francesa, y en el “marxismo cultural”.

Otros ministerios fueron entregados a fundamentalistas evangélicos pentecostales, incluso a una persona que habla públicamente que lo único que va a salvar al Brasil es la religión. Algunos ministerios fueron entregados a generales. De hecho, hoy hay más generales en puestos de ministro de los que hubo en algunos momentos de la dictadura militar brasileña (1964-1985).

En resumen, el gabinete montado por Bolsonaro es tan cavernícola como el propio presidente. La historia de Brasil y del mundo tiene varios ejemplos de gobiernos encabezados por cavernícolas, que duraron muchos años y causaron mucho estrago.

La estupidez de Bolsonaro no afirma la posibilidad de que caiga mañana. Solo quiere decir que va a actuar de forma estúpidamente cruel contra el pueblo, la clase trabajadora y la izquierda.

En cierto sentido, Jair Bolsonaro era el hombre cierto, a la hora y en el lugar adecuado para coronar la operación golpista que el Partido de la Socialdemocracia Brasileña (PSDB) desencadenó al día siguiente de la segunda vuelta de 2014.

Claro que la Social Democracia imaginaba que el resultado sería otro. Creyeron que su candidato ganaría las elecciones presidenciales. Pero Geraldo Alckmin, exgobernador del principal estado brasileño, San Pablo, no llegó al 10% de los votos.

También muchas personas de centro y de izquierda imaginaban que el resultado de las elecciones presidenciales sería otro. Por ejemplo, Ciro Gomes, candidato del Partido Democrático Laborista (PDT) se presentaba como “futuro presidente de la República”. Boulos, candidato del Partido del Socialismo y de la Libertad (PSOL), creía que heredaría los votos del electorado huérfano del Partido de los Trabajadores. Y dentro del propio PT, muchas personas creían que Bolsonaro no podía ser elegido, creencia que derivaba de otras creencias, tales como pensar que el Brasil ya había superado esta etapa, que la clase dominante de Brasil no lo permitiría, que los militares no lo permitirían, etcétera.

En efecto, el resultado de la elección presidencial podría haber sido otro si el golpe de 2016 no hubiera ocurrido, si Lula no hubiera sido condenado, preso e impedido de concurrir a las elecciones, si el Supremo Tribunal Federal -el mismo que mantuvo en prisión a Lula- hubiera condenado Bolsonaro por el crimen de racismo, si los medios de comunicación no vinieran desde 2005 torpedeando la imagen del Partido de los Trabajadores, si el gran capital y el actual gobierno de los Estados Unidos no hubieran jugado en favor de la candidatura Bolsonaro, si el TSE hubiera, por lo menos, investigado a tiempo los crímenes electorales que Bolsonaro cometió en primera y en segunda vuelta, etc.

Algunos de los factores arriba listados no dependían de la acción o de la falta de acción de las fuerzas democráticas, populares y socialistas.

Por lo tanto, la victoria del “mesías” fue, en parte, producto de la fuerza acumulada y de los “aciertos” tácticos de la ultraderecha, que percibió que había espacio para una candidatura que fuera, al mismo tiempo, antipetista y que pareciera ser antipolítica tradicional.

Pero el “acumulado” y los “aciertos” de la ultraderecha y, de manera general, el tino de los sectores que hicieron el golpe de 2016 contra la presidenta Dilma Rousseff, no pueden comprenderse sin tener en cuenta los errores cometidos por las fuerzas democráticas, populares y socialistas. Y el principal de estos errores fue la ilusión.

La ilusión en que no habría golpe, ilusión en que no condenarían a Lula, ilusión en que no arrestarían a Lula, ilusión en que no bloquearían la candidatura de Lula, ilusión en que la cúpula de las FFAA no apoyarían al capitán Bolsonaro, ilusión en que la cúpula del sistema judicial no iba ser cómplice de las ilegalidades cometidas por el Juez Sergio Moro -el protagonista de la persecución judicial contra Lula y el PT-, ilusión en que el TSE iba a barrer la campaña sucia de Bolsonaro, ilusión en que el gran empresariado capitalista rechazaría el ultraliberalismo salvaje de Paulo Guedes, ilusión en que los sectores de centro y los sectores medios iban a apoyar a Haddad en la segunda vuelta, ilusión...

Ahora, la ilusión del momento, que afecta a amplios sectores democráticos y populares, es aquella que nos afirma que el gobierno Bolsonaro será parecido a los gobiernos de José Sarney, Fernando Collor de Mello y Fernando Henrique Cardoso. Solo un poco peor, pero parecido. Por lo tanto, será un gobierno al que le haremos una oposición también normal y con el que disputaremos en las elecciones de 2020 y 2022.

Pero esto es una ilusión más. Bolsonaro no será como los gobiernos del Brasil antes del triunfo del PT en 2002.

El Gobierno Bolsonaro no se limitará a un programa neoliberal y de sumisión a los Estados Unidos. El Gobierno Bolsonaro se encuentra implementando, desde el primer día, un plan sistemático de destrucción de las libertades democráticas, es decir, de todos los espacios, organizaciones y leyes que permitieron que -desde 1989 hasta 2014- la izquierda brasileña fuera una alternativa de gobierno y pudiera soñar con convertirse en una alternativa de poder.

En la mira del actual gobierno están los sindicatos y las centrales sindicales, los movimientos sociales urbanos y rurales, los partidos de izquierda -especialmente el PT-, los derechos de movilización y lucha.

Además, las ideas de izquierda están siendo estigmatizadas, perseguidas y criminalizadas. Y, nadie se engañe en cuanto a eso, también están en la mira del gobierno Bolsonaro la vida y la libertad de los militantes de la izquierda brasileña.

Sobre este último aspecto, cabe recordar que tuvimos, durante la campaña electoral dos personas fueron asesinadas porque eran

militantes del PT. Los asesinos eran personas vinculadas a la candidatura de Bolsonaro.

Pasada la elección, al menos dos dirigentes del Movimiento Sin Tierra (MST) fueron asesinados. Poco antes, en Natal, fue asesinado un policial militar integrante de una organización de policías antifascistas, que además era responsable de la seguridad de una gobernadora que el PT, elegida en el estado de Rio Grande do Norte.

Aunque el gobierno de Bolsonaro no lo haga directamente -aunque pueda seguramente hacerlo-, su mera existencia crea un ambiente que favorece la actuación de grupos paramilitares y de lobos solitarios.

Una confirmación reciente de esto fue el show de horror de la derecha del 19 de octubre de 2018. En ese día, en todo Brasil, fueron diplomados los gobernadores, senadores y diputados elegidos el 7 de octubre de 2018, fecha de la primera vuelta de las elecciones brasileñas.

El acto de graduación de los elegidos es, generalmente, un momento festivo. En todo el país, los y las integrantes del PT, al ser diplomados, levantaron la mano haciendo con los dedos la letra “L”. L de Lula. Algunos optaron por llevar un cartel que decía “Lula Libre”. El objetivo, en todos los casos, era dejar claro que seguimos en lucha por anular la sentencia y sacar a Lula de la cárcel.

Pues bien, en todo el país, varios diplomados de partidos de derecha y sus respectivos invitados a esas ceremonias, reaccionaron duramente contra la manifestación silenciosa de los petistas.

El hecho más grave ocurrió en Belo Horizonte, capital del estado de Minas Gerais, donde un policía electo diputado intentó arrancar un cartel de las manos del diputado petista Rogério Correia. Resultado: tapas, golpes y empujones.

Otra confirmación reciente, del mismo 19 de diciembre, fueron los ataques y el chantaje directo y público del comando del Ejército contra el ministro del Supremo Tribunal Federal Marco Aurelio de Mello. A través de una decisión única, mandó a liberar a todos los presos que aún no fueron juzgados por la tercera instancia judicial. Tal disposición se fundamentaba en que la cons-

titución brasileira determina que alguien puede ser encarcelado solamente después de que todas las instancias tomaran sus decisiones. Eso pasa con Lula contra quien hasta ahora hay decisiones solamente en dos instancias judiciales.

La decisión del ministro Marco Aurelio de Mello, que respeta el llamado Estado de Derecho, solamente podía ser anulada por el plenario del Supremo Tribunal Federal. Pero el Alto Comando del Ejército, el oligopolio multimediático y la derecha hicieron sus presiones para que el presidente del STF, Luís Toffoli, decidió revocar tal decisión.

Cabe decir que Toffoli fue filiado al PT, fue abogado del PT, fue integrante del gobierno de Lula y fue propuesto por un gobierno del PT para ser ministro del STF. Nunca hubiera llegado sin el apoyo del Partido. Pero, una vez ministro, se olvidó de su pasado. No solamente de su pasado como petista, sino también de su pasado como demócrata: llegó al punto de decir que lo ocurrido en Brasil en 1964 no fue un golpe militar, sino un “movimiento” militar.

Como resultado de la decisión de Toffoli, Lula pasó la Navidad de 2018 y asistió al inicio del Año Nuevo de 2019 en la cárcel. De allí, pudo ver por la televisión la posesión de Bolsonaro, que fue directamente beneficiado por la condena a Lula del juez Sergio Moro, el actual ministro de justicia del gobierno de cavernícolas.

En el “Ministerio de Justicia” —el nombre es este, aunque la finalidad sea claramente otra—, Moro va a comandar a la Policía Federal, va a administrar el registro de las entidades sindicales —atribución que era de competencia al ahora extinto Ministerio de Trabajo— y va a dirigir el Consejo de Control de la Actividad Financiera, COAF, institución que tiene el poder de romper el secreto bancario de toda persona, física o jurídica.

Moro concentra en sus manos los instrumentos para ejercer poderes de Gestapo. Claro, en lugar de la tortura clásica, al menos por ahora, tendremos prisiones preventivas interminables, al menos para los que no aceptan los beneficios de la “delación premiada”. Los beneficios consisten en los siguientes: si hablas lo que los investigadores solicitan, puedes tener no solamente reducida la pena o incluso la libertad, sino que también puedes usufruc-

tuar de su patrimonio, en tanto este haya sido producto de una presunta actividad delictiva.

El principal delator del país se llama Antonio Palocci. En los años ochenta, Palocci fue militante de una organización trotskista llamada “El Trabajo”. Luego ingresó en la tendencia petista “Articulación de los 113”, la misma de Lula. Después, Palocci fue elegido alcalde de la ciudad de Ribeirão Preto, en el interior del estado de São Paulo. Prontamente se convirtió en el presidente del PT en el estado de São Paulo y más adelante fue llamado a coordinar el programa de la candidatura de Lula en 2002, ocupando el lugar de Celso Daniel, asesinado poco antes en un episodio que aun hoy provoca mucha polémica.

Como coordinador del programa, Palocci fue fundamental en el trabajo de convencer a Lula de que sería necesario hacer, aun durante la pelea electoral de 2002, un acuerdo con el sector financiero. De ahí surgió la llamada “Carta a los brasileños”, a través de la cual la candidatura Lula se comprometía con ciertas demandas de los banqueros y demás grandes capitalistas de Brasil y del mundo.

Como garantes del cumplimiento de lo que disponía esta Carta, el señor Meirelles —expresidente del *Bank of Boston* y diputado federal electo por el PSDB (el mayor adversario del PT hasta 2014)— fue nombrado presidente del Banco Central de Brasil y Antonio Palocci fue nombrado ministro de Hacienda.

En parte, como resultado de la política económica defendida por Palocci, el PT sufrió un revés importante en las elecciones municipales de 2004 y perdió la presidencia de la Cámara de los Diputados. Y, en marzo de 2005, empezó la campaña según la cual el PT estaba por detrás del “mayor caso de corrupción de la historia de Brasil”. Por ironía, Palacio fue uno de los que tuvieron que salir del gobierno Lula por esta acusación, abriendo espacio para un cambio de orientación de la política económica que permitió a Lula ganar la reelección en 2006.

Entre 2007 y 2010 Palocci fue diputado federal y empezó una carrera como consultor de suceso, convirtiéndose en un hombre rico. Regresó al gobierno federal en el gobierno Dilma, como ministro de la Casa Civil, de donde fue derribado una vez más,

exactamente por denuncias envolviendo sus actividades empresariales. Siguió activo en la política y también en los negocios, hasta ser encarcelado como parte de la denominada Operación Lava Jato, coordinada por el juez Moro.

Para tener acceso a la parte de este dinero, para recuperar la libertad, pero también porque no se siente más vinculado al PT, Palocci hizo una propuesta pública de cooperación al juez Moro. Y, después de muchas peripecias, hizo un acuerdo oficial con los investigadores y pasó a hacer testimonios donde acusa a Lula, Dilma y a otros integrantes del Partido y del gobierno.

Las acusaciones, las primeras y hasta ahora las únicas que tienen como procedencia alguien que ocupó puestos centrales en el Partido y en los gobiernos Lula y Dilma, van en el sentido de “confirmar” la imagen de que el Partido de los Trabajadores sería una “organización criminal”, que incluso habría recibido recursos venidos del exterior, algo prohibido por la Constitución brasileña.

Palocci está proporcionando pretextos para una eventual casación de la leyenda partidista y para intentar poner al PT en la ilegalidad.

Cambio de régimen

Mismo que los golpistas no lleguen a este punto de impedir la actuación legal del PT, es posible decir que las elecciones de 2018 abrieron el camino para un cambio en el régimen político brasileño. En otras palabras, las clases dominantes no aceptan más conducir la disputa política en los marcos de la Constitución de 1988. Quieren un régimen político que proporcione menos libertades democráticas, donde la izquierda no pueda obtener los medios para ser alternativa de gobierno, ni mucho menos soñar en ser alternativa de poder.

¿Por qué las clases dominantes brasileñas no aceptan más el régimen político inaugurado en 1988? En primer lugar, porque nunca lo aceptaron realmente. Aunque la Constitución de 1988 fuera mucho limitada, parte de las clases dominantes decían que ella convertía el Brasil en un país ingobernable, esto porque previa demasiados derechos para el pueblo. Por esto, los gobiernos

Collor (1990-1991), Itamar (1992-1994) y Fernando Henrique Cardoso (1995-2002) fueron llenos de intentos de cambiar la Constitución.

El gobierno Lula (2003-2010) fue el primer que intentó cumplir la Constitución, lo que no deja de sonar irónico, si recordarnos que el PT, por discordar de los límites de la Constitución de 1988, orientó su bancada parlamentaria en el Congreso Constituyente a decir “no” en la votación simbólica del texto completo.

Pero en los tres primeros años, la política económica fue de Palocci. Y mismo después de la caída de Palocci y del cambio en la política económica, las clases dominantes vivían una situación tranquila, una vez que los avances sociales no se hacían a costa de sus beneficios, sino esencialmente debido a la ampliación de las remesas externas producto al boom de las *commodities*.

Pero, la crisis internacional de 2008 y la reacción de los Estados Unidos y Europa a la crisis provocó una reducción en los beneficios provenientes del comercio exterior. Y los capitalistas brasileños propusieron compensar esta reducción de las remesas externas, reduciendo el valor percibido por las clases trabajadoras, directamente a través de sus salarios o indirectamente a través de los impuestos pagados al Estado para financiar servicios públicos y transferencias de renta destinadas a la clase trabajadora.

Para reducir el salario directo e indirecto de la clase trabajadora era necesario derrotar el PT. Lo intentaron, pero no lo consiguieron hacer en las elecciones de 2014.

Entonces, las clases dominantes pasaron al golpe, que tuvo éxito en 2016. Pero, a pesar del golpe, la izquierda siguió con fuerza, lo que “obligó” a los golpistas a impedir la candidatura de Lula, que podría haber vencido también en las últimas elecciones presidenciales de 2018.

Pero, aún sin Lula, la izquierda sigue fuerte. Fue a la segunda vuelta y obtuvo 47 millones de votos. Por lo tanto, los capitalistas brasileños están convencidos de que se hace necesario reducir las libertades democráticas, reprimir a los movimientos sociales, destruir el movimiento sindical y popular, criminalizar a la izquierda partidaria y a nuestras ideas. En otras palabras, están convencidos de que se hace necesario “cambiar de régimen político”.

¿El cambio de régimen va hasta qué punto? ¿A una dictadura militar clásica? ¿A un neofascismo *tupiniquim*, es decir, brasilero? No hay manera aún de saberlo, porque eso dependerá, en parte, tanto de la situación internacional como de la resistencia ofrecida por las izquierdas y la clase obrera.

Sin embargo, es posible decir que el principal enemigo del nuevo régimen naciente es el Partido de los Trabajadores. El PT fue entre 1989 y 2018, y lo sigue siendo hoy, el principal protagonista de las fuerzas de izquierda, democráticas y populares.

Una nueva estrategia

Desde la elección de Bolsonaro, el desafío para el conjunto de la izquierda brasilera es cualitativamente diferente al que enfrentamos entre 1989 y octubre de 2018.

Se hace urgente, inaplazable e ineludible que cada organización de la izquierda brasileña rediscuta su estrategia, su programa, sus formas de organización y sus tácticas.

En tal sentido, dentro del PT hay opiniones diferentes acerca de cuál debe ser nuestra estrategia a partir de ahora.

Las divergencias comienzan en cómo caracterizar al gobierno de Bolsonaro. De ahí resulta un abanico de diferentes definiciones acerca de cómo deben comportarse los que no votaron por él.

Algunos defienden una oposición “puntual”, otros defienden una oposición “global”. Algunos defienden una oposición prioritariamente institucional-electoral, otros defienden una oposición prioritariamente político-social. Algunos imaginan que Bolsonaro tal vez sea alejado de la presidencia en cualquier momento, otros consideran que es posible que él incluso alcance un segundo mandato en 2022.

Por detrás de estas diferencias, que se pueden denominar de tácticas, hay un debate estratégico acerca de cómo caracterizar el período histórico que estamos viviendo en Brasil y el Continente.

Como ya dijimos, algunos sostienen que la elección de Bolsonaro abre un nuevo período histórico, pero otros consideran que no.

¿Cuáles serían los signos de que estamos en el mismo período histórico? Básicamente, Bolsonaro llegó a la presidencia a través de elecciones y las instituciones continúan funcionando “como antes”.

¿Cuáles serían los signos de que no estamos en el mismo período histórico? Básicamente, Bolsonaro llegó a la presidencia porque Lula fue impedido arbitrariamente de ser candidato y las “instituciones” atropellaron la Constitución para garantizar que eso ocurra.

Por lo tanto, algunos ven normalidad donde otros ven un golpe, y de cada análisis surgen estrategias distintas.

Para los que vean continuidad, seguiría siendo válida la estrategia aprobada por la mayoría del Partido de los Trabajadores desde 1995, a saber:

1. establecer como objetivo programático derrotar el neoliberalismo y en su lugar construir un desarrollo capitalista estimulado por un mercado de consumo de masas;
2. establecer como objetivo principal la disputa del gobierno federal, a ser conquistado esencialmente a través de procesos electorales, acción institucional y alianzas con partidos de centro y centro-derecha que representen los sectores productivos del empresariado;
3. establecer como principal instrumento organizativo un partido capaz de transformar su acumulación cultural y social en fuerza electoral.

Para los que ven un cambio de período histórico, se trata de producir una nueva estrategia, pero que también tendrá algunos puntos de contacto con la estrategia defendida por la mayoría del PT antes de 1990 y por la minoría del PT después de 1995, a saber:

1. establecer como objetivo programático derrotar al capitalismo y en su lugar construir una alternativa democrática, popular y socialista;
2. establecer como objetivo principal la construcción y conquista del poder, combinando disputa cultural, lucha de masas, procesos electorales, acción institucional y alianzas con los

partidos y movimientos que representen a los sectores populares y de izquierda;

3. establecer como principal instrumento organizativo un partido capaz de transformar su acumulación cultural, social y electoral en palancas para que las clases trabajadoras construyan y conquisten el poder, no solo el gobierno.

Por supuesto que el resumen anterior es esquemático, claro que hay matices fundamentales entre las diferentes posiciones, y claro que se podría argumentar que son tres o cuatro, y no solo dos, las posiciones existentes en el interior de la izquierda y en el interior del PT.

Pero eso no significa que sea incorrecto resumir la polémica estratégica en la izquierda brasileña en tres pares: capitalismo o socialismo, elección o lucha, partido electoral o partido de combate.

Capitalismo y socialismo

La crisis de 2008 y todo lo que ocurrió después confirmaron dos tesis.

Primero, que el capitalismo en su forma actual es extremadamente inestable, propenso a crisis brutales, que se desdoblán en guerras comerciales, políticas, culturales y militares.

Segundo, que el capitalismo hegemónico hoy tiene baja capacidad de reformarse a sí mismo.

Por el contrario, este capitalismo hegemónico hoy opera para destruir las instituciones estatales y no estatales que podrían contribuir a una reforma del propio capitalismo.

Dicho de otra forma: es cada vez menor la posibilidad de convivencia pacífica entre el capitalismo, las políticas de bienestar social y las libertades democráticas. Así como es cada vez menor la posibilidad de convivencia pacífica de las grandes potencias entre sí y de estas con los países “periféricos”.

La lucha entre las clases y la lucha entre los Estados tienden a conflictos cada vez más duros.

Parte de la izquierda brasileña y del PT ya lo sabía, antes de 2008. Pero parte de la izquierda y del PT no creía en esto, antes de 2008. Y sigue sin querer creer, mismo después de 2008, de 2016 y del 2018. Esa parte de la izquierda sigue dejando el socialismo en la heladera.

Antes, lo hacían porque consideraban que el socialismo no sería necesario. Al final, estaríamos supuestamente consiguiendo avanzar, mejorar la vida del pueblo, ampliar las libertades, afirmar la soberanía, construir la integración regional, cambiar poco a poco el mundo, aunque sin tocar las bases estructurales del capitalismo existente en Brasil.

Y ahora, después del golpe de 2016 y de la elección de Bolsonaro, defienden mantener el socialismo en la heladera porque piensan que la lucha por el socialismo no sería posible en esta coyuntura.

Argumentan que ahora estamos perdiendo todo lo que conquistamos antes, luego nuestra tarea es resistir, impedir el desmonte, recuperar el terreno perdido.

Y después, quien sabe, cuando todo vuelva a la normalidad, entonces podremos volver a colocar en el orden del día banderas de más largo plazo, tales como el socialismo.

En rigor, la manera de razonar descrita en los párrafos anteriores convierte al socialismo en absolutamente nada. Porque, según aquel razonamiento, el socialismo no sería necesario cuanto estamos fuertes y no sería posible cuanto estamos débiles.

Por lo tanto, no serviría para nada, salvo para hablar cosas bonitas en días de fiesta.

Evidentemente, no hay como negar que es posible conquistar muchos avances, muchas reformas sociales y políticas, sin poner en cuestión la propiedad privada sobre los medios de producción y sobre los instrumentos de poder.

Pero la experiencia latinoamericana (1998-2018) y, antes de eso, la experiencia de la socialdemocracia europea (1945-1991), también demuestran que la supervivencia de las reformas y de los avances sociales en los marcos del capitalismo depende, en lo fundamental, de la correlación de fuerzas entre la clase capitalista y las clases trabajadoras.

Y, por más que las clases trabajadoras mejoren sus posiciones, si no tocan los medios de producción y los instrumentos de poder, los capitalistas siempre tendrán los medios para colocar las cosas en su debido lugar.

Por eso, el tema del socialismo no es ni puede ser algo para mañana o después de mañana. El tema del socialismo, en el sentido de una *estrategia que pretende que la clase obrera construya y conquiste los medios de producción y los instrumentos de poder*, es un tema ineludible para quien quiera no solo hacer cambios más o menos superficiales, sino también transformaciones profundas y duraderas.

Por supuesto, adoptar el objetivo resumido en el párrafo anterior no garantiza, por sí solo, el éxito. Ejemplo de esto es la experiencia de la Unidad Popular chilena, cuyos protagonistas decían claramente que su objetivo era construir el socialismo, a través de la creación de un área de propiedad social y de institucionalización del poder popular. Pero los principales protagonistas de la Unidad Popular tenían ilusiones acerca del compromiso de las fuerzas armadas con la legalidad y la Constitución y debido centralmente a eso, acabaron siendo derrotados de una forma bárbara.

Si tener claro el objetivo estratégico no garantiza victoria, de seguro no tener claro el objetivo estratégico es garantía de derrota, tarde o temprana.

Por eso, aunque la izquierda brasileña vaya a iniciar el período de gobierno Bolsonaro en la defensiva, necesitamos plantear el problema estratégico de la forma correcta.

Colocar el problema estratégico de la forma correcta es dejar claro que no podemos contentarnos con ser gobierno, y debemos querer ser poder.

Tener este objetivo nos conduce a tener que realizar ecuaciones de otra forma, distinta de la que prevaleció entre 1989 y 2018 en relación a la importancia relativa de la participación de la izquierda en las luchas sociales, en las luchas electorales, en la acción institucional, en la organización partidista y en la lucha cultural.

Formas de lucha y acumulación de fuerzas

El golpe de 2016 confirmó dos tesis. Primero, que conquistar electoralmente el gobierno federal, aunque por cuatro veces seguidas, no es igual a conquistar el poder. En segundo lugar, confirmó que sea para defender, o sea para derrocar a un gobierno electo, es esencial combinar las formas de lucha. La derecha hizo esto a la perfección y también por eso salió victoriosa de la pelea. Las dos ideas son obvias y es probable que gran parte de la izquierda brasileña esté de acuerdo con ambas.

Sin embargo, cuando se trata de sacar consecuencias prácticas para nuestro accionar a partir de 2019, prevalece todo tipo de justificación para desconsiderar las ideas arriba resumidas.

Se argumenta, por ejemplo, que entre 2002 y 2014 no teníamos correlación de fuerzas para hacer mucho más allá de lo que priorizamos hacer: disputar y elegir. Si hubiéramos hecho algo relevante que superara estos límites, habríamos sido... ¡eliminados del gobierno!

A esta altura, queda clara la falsedad de esta argumentación: disputamos elecciones presidenciales en Brasil desde 1989, ganamos las elecciones presidenciales entre 2002 y 2014, siempre respetamos las leyes y las instituciones, no hicimos nada más allá. Sin embargo, fuimos derribados mediante un golpe de Estado de una derecha que combinó todas las formas de lucha.

Esto prueba tan solamente que el problema de las clases dominantes no es solamente con la cantidad de lo que hacemos, sino con la calidad de lo que hacemos y con el peligro que representamos. Siendo así, hacer poco no impide los golpes.

Esto no prueba que intentar hacer algo más provoca golpes más tempranos. Por lo contrario, hacer poco y/o intentar hacerlo tardíamente puede facilitar los golpes.

Lo casi nada que hicimos en cuanto a los medios oligopólicos, en cuanto a la fuerza de los cavernícolas en los medios militares, los errores que cometimos en cuanto al denominado Poder Judicial, todo esto y mucho más contribuyo, objetivamente, para que los golpistas tuviesen más facilidades en su accionar.

No se debe olvidar el tema de la correlación de fuerzas, nunca. Pero no se puede convertir la correlación de fuerzas en un fetiche,

como si la correlación de fuerzas fuera algo que no se puede cambiar; y como si cambiar la correlación de fuerzas no fuera siempre un intento, una apuesta, un riesgo que se corre para intentar... cambiar esa misma correlación.

Por lo tanto, a no ser que desistamos de intentar hacer cambios y/o a no ser que adoptemos el masoquismo como filosofía política, cabe discutir cuál es la estrategia adecuada, para el caso de la izquierda brasileña, para conseguir volver al gobierno federal, a través de un proceso electoral.

Mejor dicho, qué tipo de política debemos adoptar para acumular fuerzas, disputar las elecciones, vencer y gobernar de una nueva manera.

Discutir la estrategia incluye definir cómo articular siete variables: la lucha cultural, la lucha social, la lucha electoral-institucional, la autoorganización de la clase, las relaciones internacionales, la política de alianzas, el programa y el tema del poder.

En líneas muy sumarias:

1. hay que tener como objetivo conquistar el poder, o sea, convertir las clases trabajadoras en clases dominantes, no contentándose con ser gobierno y sin tener ilusiones sobre el carácter supuestamente neutro del aparato del Estado.
2. Hay que construir un programa de transformaciones para el Brasil, que combine medidas democrático-populares con medidas socialistas, o sea, que combine medidas en favor de las clases trabajadoras con medidas que restrinjan duramente la propiedad de los capitalistas.
3. Hay que abandonar la ilusión de que la clase capitalista, o cualquiera de sus fracciones, sea o pueda ser una aliada estratégica de las clases trabajadoras. Dicho de otra forma, hay que abandonar la idea de que sea correcto tener como objetivo estratégico un “capitalismo democrático y popular”. La alianza capaz de mudar el país es aquella entre la clase de los trabajadores asalariados con la clase de los trabajadores pequeño propietarios.
4. Hay que percibir que la política de alianzas incluye gobiernos, partidos y movimientos en otros países. Sobre esto, tuvimos muchas experiencias importantes, como el Foro de São Pau-

lo, creado en 1990. Pero se hace necesario comprender mejor la diferencia entre la política exterior del país y la política de relaciones internacionales del gobierno; la diferencia entre nuestros aliados en la región y nuestros aliados en otras regiones del mundo; la diferencia entre ser abierto al diálogo con todos los sectores “progresistas” y la necesidad de construir alianzas estratégicas con la izquierda antiimperialista y socialista; la diferencia entre China y Estados Unidos; y, por último pero no menos importante, la diferencia de tradiciones entre la izquierda brasileña y la latinoamericana. Vale decir que hay muchos sectores de la izquierda latino-americana, así como europea y estadounidense, que tiene mucha dificultad de comprender las particularidades históricas del Brasil y del PT.

5. Hay que poner en el más alto nivel de importancia a) la autoorganización de la clase, a través de sus diferentes instrumentos, destacando los sindicatos y el partido político y b) la lucha cultural, necesaria para constituir una conciencia de clase socialista-revolucionaria, democrático-radical y nacional-popular.
6. La lucha social (entendida como la movilización independiente de las clases trabajadoras por sus objetivos inmediatos), la lucha electoral (entendida por disputa de espacios en los aparatos estatales, por parte de los partidos vinculados a las clases trabajadoras), la acción institucional (entendida como el accionar de los mandatos, de los gobiernos y de las demás instituciones estatales conquistadas a través de la lucha electoral) deben volver a ser comprendidas como diferentes formas que la lucha de clase asume, cabiendo analizar concretamente la centralidad de cada una y la relación entre ellas, en cada momento dado.

Por lo tanto, desde el punto de vista táctico, de lo que se trata es de no fetichizar las formas de lucha. No debemos dar a la institucionalidad la condición de dimensión y espacio prioritario, por encima de todo y de todos, ni debemos pensar que cada lucha social concreta sea producto de la alineación de los astros y deba, por lo tanto, ser convertida en centro inmutable de toda la existencia y la única labor de la izquierda.

Cuando se toma el problema de conjunto, no desde el punto de vista táctico, sino desde el punto de vista estratégico, no hay como negar que la “lucha social” es superior a “lucha electoral-institucional”, por el simple hecho de que esta última es en sí misma una mediación entre la clase trabajadora y la institucionalidad burguesa. Allí, emerge un terreno donde la clase trabajadora se somete a dos principios liberales: el principio del “voto individual” que supuestamente iguala a todos y el principio del predominio de los menos conscientes sobre los más conscientes.

La lucha electoral, y la acción institucional que de ella se desprende, operan en un terreno construido y, en lo fundamental, controlado por la clase dominante.

Por lo tanto, mientras este control no se modifique substancialmente, la institucionalidad continuará siendo un espacio a ser parcialmente conquistado, por las clases trabajadoras, “desde fuera” y con el objetivo de cambiar todo.

Se concluye que, en este sentido estratégico, la lucha social no tiene la misma importancia, para la clase trabajadora, que tiene la lucha electoral-institucional. Los opositores de esta afirmación, muchas veces, presentan como argumento la importancia que tuvo, para toda la izquierda latinoamericana, la conquista de gobiernos.

Pero los que argumentan esto olvidan tres cosas. Primero, que la conquista de los gobiernos estuvo directamente vinculada al acúmulo anterior que la izquierda de cada país hizo, en otros terrenos ajenos al electoral. Segundo, que los avances proporcionados por los gobiernos tuvieron relación con la fuerza que la izquierda tenía fuera de las instituciones. Tercero, que la capacidad de resistencia de los gobiernos tiene relación con la fuerza y la capacidad de movilización que la izquierda de cada país tiene en la sociedad.

En Brasil, entre 2002 y 2014, predominó en parte de la izquierda la idea de que la lucha electoral y la acción de gobierno serían formas superiores, más avanzadas que la lucha social, la lucha cultural y la autoorganización de la clase.

Para ser más exacto, predominó en la práctica una sobreestimación de la lucha electoral y de la acción institucional, dejando

en segundo o tercer plano todo lo que se refería a la autoorganización de la clase, la lucha cultural y las luchas sociales.

Por supuesto, también había un sector de la izquierda, minoritario, que subestimaba la importancia de las disputas electorales, subestimaba la importancia de gobernar el país, al tiempo que sobreestimaba y fetichizaba las luchas y los movimientos sociales.

Pero los daños sufridos por nosotros, daños materializados en el golpe de 2016, en la prisión de Lula y en la elección de Bolsonaro, no se debe a los errores y preconceptos de la ultra izquierda acerca de la participación en las elecciones y la actuación en los gobiernos.

Los daños sufridos por nosotros, en el período indicado, se deben esencialmente a los errores derivados de una estrategia electoralista e institucionalista.

Acá cabe aclarar algo muy simple: el golpe de 2016 y toda la ofensiva contra la izquierda brasileña ocurrieron porque representamos los intereses de los sectores populares y, también, porque nuestra acción concreta, incluso en los gobiernos, incomodó a las clases dominantes.

Pero el golpe de 2016 y lo que vino después, si tuvieron como motivo y objetivo atacar nuestros aciertos, y solo tuvieron éxito debido a nuestros errores.

Y entre estos errores está, sin lugar a dudas, una estrategia que creyó en el Estado como espacio neutro y prioritario de acumulación de fuerzas.

En las palabras de un importante exministro del gobierno de Lula, una estrategia que hacía del Partido de los Trabajadores parte integrante del aparato de Estado y no, como debía ser, una alternativa sistémica.

Por lo tanto, si queremos llegar nuevamente al gobierno, y si no queremos -una vez en el gobierno- tener otra vez el mismo destino que tuvimos en 2016-2018, cabe formular una estrategia que utilice nuestra presencia en los gobiernos para construir las condiciones de acumulación de poder -popular, revolucionario-.

Claro que este tipo de razonamiento puede parecer contrario al sentido común, pues se está diciendo que debemos orientarnos ahora, cuando estamos más débiles, por una postura estratégica

más radical, más socialista, más orientada en dirección a conquistar el poder.

Y de hecho se trata de eso: tenemos que movernos en dirección distinta del sentido común. Por supuesto que, cuando se trata de definir nuestras orientaciones tácticas, es fundamental poner en consideración el sentido común. Pero lo mismo no vale cuando se trata de definir nuestras orientaciones estratégicas, porque estas tienen como objetivo definir el camino en dirección a objetivos que no hacen parte del sentido común de las personas.

Diferenciar estos dos ámbitos (la táctica y la estrategia) ganará aún más relevancia, si el gobierno Bolsonaro tiene éxito en destruir los instrumentos que hicieron posible a la izquierda brasileña, entre 1989 y 2018, convertirse en una alternativa de gobierno.

En 2015 ocurrió un congreso partidista. Una de las tendencias petistas, la Articulación de Izquierda, lanzó una tesis titulada *Un partido para tiempos de guerra*.

Esta tesis fue criticada, por sectores del propio PT, como alarmista. Hoy, sin embargo, la expresión “tiempos de guerra” está en la boca de 9 de cada 10 afiliados del PT. Sin embargo, no ocurrió absolutamente ningún cambio en el modus operandi del conjunto del Partido.

El PT y casi toda la izquierda brasileña sigue organizada en la perspectiva de “disputar elecciones”.

En parte por esta razón algunos sectores del PT están tratando de hacer de Fernando Haddad un “líder” que sustituya a Lula... para las elecciones presidenciales de 2022.

No perciben que el tipo de “líder” individual forjado en una elección no es necesariamente el tipo de liderazgo colectivo que necesitamos para atravesar el “desierto”. No logran percibir que un liderazgo como el de Lula es insustituible, porque fue forjado a lo largo de décadas, en situaciones políticas y sociales muy distintas.

Pero las cuestiones de fondo son: ¿cómo ganar elecciones, gobernar para realizar transformaciones profundas y al mismo tiempo empoderar a las clases trabajadoras? ¿Y cómo actuar en

condiciones políticas en que la clase dominante no acepta más que la izquierda gane elecciones y gobierne?

Los factores PT y Lula

Durante el período 1945 a 1964, la clase trabajadora tenía dos partidos: el Partido Comunista do Brasil, rebautizado en 1962 de Partido Comunista Brasileiro; y el Partido Trabalhista Brasileiro, con orientación laborista.

Ambos partidos fueron muy afectados durante el período de dictadura militar (1964-1984) y, desde la segunda mitad de los años ochenta, poco a poco el Partido dos Trabalhadores fue ocupando parte del espacio de ambos.

Fue un proceso complejo, teniendo por acumulado las luchas de la clase trabajadora desde fines de los años 1970. De toda forma, en un primer momento el PT combatió y después, en segundo momento, “internalizó” parte de las tradiciones comunistas, populistas, laboristas y nacional-desarrollistas.

Esto no hizo del PT el “partido único” de la izquierda brasileira, pero le dotó de un nivel de fuerza y de hegemonía muy elevadas.

Por eso la destrucción del PT es fundamental para la derecha, pero también impone a algunos sectores de la izquierda un problema mucho difícil: la relación con el PT y con Lula. Esto porque la diferencia de fuerza entre el PT y los demás partidos de la izquierda torna muy difícil imaginar que el PT pueda ser superado, incluso equiparado, sin que ocurra alguna catástrofe.

De hecho, hay algunos sectores de la izquierda que se proponen derrotar o, por lo menos, superar el PT y, por esto, algunas veces explícitamente, tienen una postura ambigua frente a las dificultades enfrentadas por el PT en su pelea con las clases dominantes.

Algunos sectores de la izquierda llevarán tan lejos esta intención de derrotar o superar el PT, que construyen una red de argumentos coincidentes entre estos sectores de la izquierda y algunos oponentes de centro e inclusive de derecha.

Esto hoy queda claro cuando pasamos revista tanto el antipe-tismo cuanto al antilulismo. Claro que es posible ser de izquierda y no hacer parte del PT, así como es posible defender Lula de los ataques de la derecha, sin convertirse en “lulista”.

Pero, de hecho, hay sectores críticos al PT y a Lula que fueron tan lejos en sus críticas, que de hecho se convirtieron en línea auxiliar del golpismo de la ultraderecha.

Hasta el momento, todas las tentativas de equiparar o superar el PT por la izquierda no tuvieron éxito. Pero, sigue siendo realista preguntarse ¿hacia dónde va Lula? y ¿el PT sobrevivirá?

Lula no tenemos certeza de hasta dónde va. Él fue, durante muchos años, el principal líder de la Articulación de los 113. En esta condición, contribuyó a elaborar la estrategia para el período 1980-1989, así como la estrategia para el período 1995-2018. Hoy, preso, Lula es uno de las principales víctimas de las ilusiones y las limitaciones de esta segunda estrategia. Una cuestión es: ¿Lula contribuirá para elaborar una estrategia para el nuevo período?, ¿y con qué orientación lo hará?

Tampoco tenemos certeza hasta dónde va el PT. Al mismo tiempo en que seguimos siendo el partido referente para la vanguardia de las clases trabajadoras, también están cada vez más claros los límites, las contradicciones y las dificultades que el PT exhibe para formular una política adecuada a una nueva situación histórica.

Hoy el PT corre el riesgo de ser destruido por la derecha. Y también corre el riesgo de destruirse a sí mismo, esencialmente por los errores y las insuficiencias de su dirección.

No sabemos, por lo tanto, lo que va a pasar. Pero sabemos, con toda certeza, que lo que es bueno para los gringos, y lo que es bueno para la oligarquía dominante, no es bueno para las clases trabajadoras.

Así, nos proponemos a dedicar todas nuestras fuerzas para defender el PT, para liberar a Lula, para combatir a Bolsonaro y a la coalición golpista. Y lo haremos teniendo como estrella polar a la clase trabajadora, el internacionalismo, Nuestramérica, la revolución y el socialismo.

Lo demás, “quem viver, verá”.

La contrarrevolución en Brasil. Una aproximación latinoamericana

Por Gustavo Codas

“En Brasil, los liberales son fascistas de vacaciones” (Freire, 1984).

La reciente elección de Jair Bolsonaro para presidente de Brasil en octubre 2018 se suma a la de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos en 2016, en lo que parece indicar un giro reaccionario en la coyuntura hemisférica e internacional. En este artículo se analiza la política brasileña desde una perspectiva latinoamericana. En un capitalismo en profunda transformación y crisis, hay un impasse de la hegemonía neoliberal al que el gran capital responde con las estrategias neofascistas de la ultraderecha política.

En Brasil eso se tradujo en una crisis del régimen político fundado treinta años atrás por la Constituyente de 1988, lo que indica una señal de debilidad, no de fortaleza, de la estrategia del capital.

El principal resultado político de la elección brasileña del 2018 no fue la derrota del Partido de los Trabajadores (PT). Su candidato, Lula, no pudo asumir la postulación porque una maniobra judicial lo quitó de la corrida, lo metió preso y para evitar que ayude al que lo sustituyó, le prohibió dar declaraciones públicas durante la campaña. Según todas las encuestas —¡todas!—, si Lula hubiera sido el candidato, la coalición liderada por el PT hubiera tenido las mayores chances de ganar la puja. Pero el PT fue derrotado, en términos estratégicos en el ciclo 2015-16, por lo que lo ocurrido durante 2018 fue, apenas, su corolario político electoral.

El resultado más impactante fue la derrota de las fuerzas de centro y centro-derecha del espectro político brasileño. Esas fuerzas gobernaron desde la transición democrática en mediados de los años 1980 hasta el final del ciclo neoliberal en 2002. Después, su principal representante, el Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB) fue derrotado en cuatro oportunidades por el PT (dos veces con Lula, 2002 y 2006, dos con Dilma Rousseff, 2010 y 2014).

Esas fuerzas de centro-derecha solo llegaron al comando de la Nación gracias al golpe de estado del 2016 que llevó al que fuera vice de Dilma, Michel Temer, del Movimiento Democrático Brasileño (MDB), a la titularidad en una maniobra liderada por el PSDB para quitar al PT del gobierno.

Lo nuevo ahora es que, hasta 2018, la extrema derecha tenía que mimetizarse en el centro y centro-derecha, mientras que ahora los lidera.

Es decir, quien despertó al monstruo fueron los derechistas moderados. En 2010 el candidato del PSDB José Serra, para intentar derrotar a Dilma, agitó la agenda ultraconservadora antiabortista. No lo consiguió. En 2014, Aécio Neves, del mismo partido, enfrentó la reelección de Dilma denunciándola como parte de una organización criminal y no un partido político.

Derrotada esa derecha “moderada”, buscó primero medios legales para desconocer el resultado y después impulsó todo tipo de boicot para impedir que gobernara.

Hubo un quiebre del pacto impulsado en la transición democrática de la década del ochenta. Por primera vez desde 1989, cuando las elecciones democráticas volvieron al Brasil, las fuerzas derrotadas no aceptaron el resultado. Accionaron al Poder Judicial, la Policía Federal, la Fiscalía, el Congreso Nacional, los medios de comunicación de masas, las organizaciones patronales, que junto con movilizaciones callejeras primero bloquearon la capacidad de acción del gobierno de Dilma y en seguida dieron un golpe de estado exitoso manipulando la figura constitucional del *impeachment* (juicio político).

El golpe fue posible porque en 2015-2016 se combinaron dos factores. Uno fue la campaña orientada a desgastar al PT y sus líderes bajo la acusación de corrupción. La misma se había ini-

ciado en 2006 y venía en aumento. Pero partir de 2014 llegó a un punto de saturación con lo que se conoció como “Operación Lava Jato”, buscando llegar directamente a Lula. Y aunque no consiguieron pruebas, lo condenaron en base a “convicciones”.

El otro factor fue la desestabilización económica provocada por las presiones de los capitales y por una mayoría reaccionaria formada en la Cámara de Diputados. A finales de 2014 el intento de Dilma de aplacar al capital y a la derecha nombrando a un Chicago Boy como ministro de Hacienda, Joaquim Levy, tuvo el efecto contrario: los animó a ir hasta el final que veían cercano.

A la mayoría de la población que acababa de votarla, le provocó un quiebre de expectativas. La habían apoyado justamente porque en su mandato se había hecho lo contrario a las recetas neoliberales: se había defendido el empleo, la salud y educación pública, las empresas estatales, la soberanía nacional, etcétera. Esa reversión provocó una caída a pique de la imagen de la presidenta.

La derrota del PT ocurrió en 2015, se consumó en el golpe de estado en 2016 y se tradujo en la prisión e impedimento de la candidatura Lula en 2018. Hubo un cambio de régimen político. En una democracia bajo estado de excepción en los hechos, las fuerzas democrático-populares no podían ganar elecciones a nivel nacional. Vale afirmar, también, que hubo una cierta ausencia de estrategia por parte del PT y las izquierdas capaces de enfrentar la ofensiva de la derecha.

¿Ocurrió en Brasil el llamado fin del “ciclo progresista”? Hay que matizar el análisis. Bajo la superficie de la normalidad del calendario electoral hubo una crisis de régimen político. Y esa crisis plantea una encrucijada que se expresó en las intenciones de voto por Lula y Bolsonaro, con un sector expresivo que, al no poder votar por el primero, votó al segundo, con la idea de ser “el voto antisistema”.

Ganó la ultraderecha, pero podría haber ganado la izquierda. Fue victoriosa la primera sin un proyecto articulado ni previamente legitimado, algo que está tratando de hacer mientras marcha. Lo cierto es que, sobre los escombros del Estado fundado en la transición democrática treinta años atrás, la ultraderecha victoriosa electoralmente está buscando impulsar una Constituyente *de facto*, sin participación popular.

Así, buscarían la transformación del régimen brasileño en Estado policiaco, bajo el comando del exjuez Sergio Moro, responsable de la detención de Lula y ahora como Ministro de Justicia, lo que sería suficiente para su cruzada contra las izquierdas y los movimientos sociales, mientras implementan su programa económico ultraliberal.

Sobre ese mismo escenario en ruinas de la República, ¿qué hubiera hecho Lula? En la plataforma que fue preparada por el partido para su candidatura, bajo su supervisión, se afirmaba que su victoria abriría un proceso constituyente (Guimarães, 2018), con amplia participación popular, para la transformación democrática. Su victoria habría provocado, de hecho, un estruendo político-social y abierto un escenario de múltiples posibilidades, para avanzar en una revolución democrática, como pregonaba su programa desde la campaña desde 1994 y cuyo horizonte se perdió con la gestión de gobierno después de 2003.

Con la derrota electoral de las izquierdas lideradas por el PT la urgencia política ahora es otra: la resistencia democrática y popular frente al neofascismo que se apoderó de casamatas importantes del Estado brasileño y cuyo discurso tiene eco en sectores amplios de la población, incluso entre los pobres.

En este artículo analizaremos, seguidamente, la estrategia de la extrema derecha que resultó victoriosa. Después volveremos sobre los pasos de la izquierda desde la preparación de la victoria de la candidatura de Lula en 2002 para entender sus principales impasses. Finalmente, discutiremos los desafíos para una contraofensiva progresista.

La larga marcha “gramscista” de la extrema derecha

La construcción del bloque de extrema derecha brasileña, el bolsonarismo, aunque tiene ribetes de golpes de suerte, es resultado de una larga construcción que no había sido detectada correctamente, aunque desde el 2013 ya formara parte del paisaje político nacional (Velasco, Kaysel y Cudas, 2015).

Consiste en la confluencia de las siguientes vertientes políticas: políticos y pastores evangélicos fundamentalistas (bancada de la “biblia”); nuevos grupos de extrema derecha que impulsados

con dinero de fundaciones ultraliberales estadounidenses ganaron espacios públicos desde la crisis política del 2013; fuerzas identificadas con agentes de seguridad del Estado (bancada de la “bala”), que operan en las orillas de la ley, cercanos a escuadrones de la muerte y algunos casos a “milicias” (policías que disputan negocios ilegales con los narcos); diputados y líderes gremiales del agronegocio capitalista (bancada del “buey”); a los que finalmente se les sumaron militares en activo y de la reserva que reivindican un relato nacional-patriótico de las intervenciones de las Fuerzas Armadas en la política, notoriamente durante la dictadura de 1964-1985.

Además de esos sectores, hay que destacar que cuando en 2018 los CEO de grandes empresas y los banqueros vieron que era la extrema derecha la que podría derrotar al PT, abandonaron al candidato del PSDB, un político de centro-derecha, y se volcaron entusiastas a apoyar la candidatura de aquella con un argumento fuerte: solo un “Pinochet” (o sea, Bolsonaro) podría impulsar el programa económico que ellos necesitaban que se aplique (lo que la indicación de Paulo Guedes como superministro de economía les garantizaba).

Su cohesión en torno a Bolsonaro les viene de la certeza de que juntos son capaces de derrotar al PT y al bloque de izquierdas y de que, con él en la presidencia, podrán imponer lo fundamental de su programa sectorial.

Durante los años de gobiernos del PT (2003-2015) los fundamentalistas y el agronegocio tuvieron momentos de acercamiento con las administraciones de Lula y Dilma. Hubo acuerdos políticos donde el progresismo asimiló en parte agendas de esos sectores a cambio de que le dieran gobernabilidad en el Congreso Nacional o apoyos electorales. Pero la relación en lo fundamental fue tensa.

El fundamentalismo evangélico entró definitivamente en el ruedo político desde la mencionada campaña presidencial de Jose Serra por el PSDB en 2010. Serra movió todo el escenario político hacia el moralismo cínico donde el fundamentalismo hace oficina. Curiosamente ese candidato estuvo anteriormente identificado con el sector más progresista del PSDB.

Pero la política brasileña entró a un nuevo ciclo con la elección presidencial de octubre del 2014, cuando Dilma obtuvo su reelección, por un margen estrecho, pero claro. El PSDB inició una jornada inédita bajo democracia.

Primero acusó que hubo fraude, pidió recuento de votos. En seguida, trató de que la Justicia Electoral no entregara el certificado a la vencedora. Finalmente, ya bajo el gobierno se alió a Eduardo Cunha un político evangélico corrupto que capturó la presidencia de la Cámara de Diputados, para bloquear todas las iniciativas del gobierno en el legislativo y boicotear su gestión económica, a pesar de que Joaquim Levy, el ministro Chicago Boy, impulsara medidas que también estaban en la agenda del PSDB.

Desde junio de 2013 movilizaciones que comenzaron con un tinte popular —contra el aumento de los pasajes en la ciudad de Sao Paulo— degeneraron en poco tiempo y abiertamente en acciones masivas de la derecha, aguijoneadas por la prensa y los partidos de ese signo liderados por el PSDB. Fue en ese caldo que ganaron destaque regional y nacional grupos de extrema derecha que venían siendo trabajados con recursos de fundaciones estadounidenses.

El empujón final del bolsonarismo vendría, sin embargo, de un sector que estaba políticamente sumergido, las Fuerzas Armadas. Mirando retrospectivamente, podemos tomar nota de algunos momentos que llevaron a ese cambio de postura política en los militares.

Antes de la primera victoria de Lula, en 2002, Sergio Coutinho (2002), un general brasileño en situación de retiro, publicó un pequeño libro con el título de “La revolución gramscista en Occidente. La concepción revolucionaria de Antonio Gramsci en los Cuadernos de la Cárcel”. La idea que atraviesa el libro es que el “comunismo” fue derrotado entre los años 1960 y 1990 en el Brasil y el mundo. Pero contrariamente a lo que creyeron los victoriosos, el peligro solo cambió de estrategia. Adoptó lo que ellos denominan “gramscismo”.

Coutinho lee a Gramsci en clave de estrategia militar de seguridad nacional. Se da cuenta que la misma lucha que los militares

brasileños habían dado en la “guerra de movimientos” anterior contra el comunismo internacional, estaba ahora ocurriendo en “trincheras” de una “guerra de posiciones” que ellos no habían percibido ¡y que estaban perdiendo!

El “comunismo” en vez de asaltar al Estado estaba “tomando trincheras” en las aulas de las universidades y colegios secundarios; en la sexualidad y en las costumbres; en el relato de la historia nacional y en la construcción de una noción de pueblo ajena a la historiografía nacional-patriótica de la oligarquía; en el cuestionamiento al derecho a la propiedad privada que resulta de la acción de los movimientos de Sin Tierra y Sin Techo; en la afirmación de derechos de las mujeres, de la población afrodescendiente, de los sectores LGTBIQ y de los pueblos originarios que entran en conflicto con tradiciones cristianas y nacionales, entre otras “trincheras” en disputa.

Pero en toda la primera parte de los dos gobiernos Lula (2003-2006, 2007-2010) el presidente decidió no interferir en los temas militares. Fue solo en un segundo momento en que acciones de Lula hicieron sonar la alarma.

Las dos primeras alarmas probablemente saltaron cuando desde el gobierno se promovió una total renovación del pensamiento militar brasileño con la aprobación de una nueva Estrategia Nacional de Defensa, Política Nacional de Defensa y Libro Blanco de Defensa (2008) en un contexto en que el Brasil estaba empeñado en construir el Consejo de Defensa de UNASUR y sus herramientas –una escuela, una doctrina, una estrategia– para los doce países que la componían sin la presencia de los Estados Unidos, a la par que el ejecutivo federal lanzó el Programa Nacional de Derechos Humanos (2009).

Esto coincide que la “vuelta” del imperialismo estadounidense a la región y la reaproximación entre militares brasileños y norteamericanos ya bajo el gobierno Obama. Es el momento en que los EE. UU. reaccionan a su pérdida de presencia hegemónica frente a China y Rusia. Es cuando salta a la luz pública el espionaje –denunciado por Snowden– contra el gobierno brasileño y Petrobras. Acompaña una aceleración de las acciones combinadas por policías federales, fiscales y jueces en EE. UU. y Brasil que resultarían en la operación “Lava Jato”.

El cambio de actitud de los militares brasileños vendrá, de forma definitiva, cuando en su último año de gobierno Lula aprueba la ley de verdad histórica (2010) y, al comienzo de su gobierno, Dilma instala la Comisión de la Verdad que va a generar informes sobre las violaciones de derechos humanos en tiempos de la dictadura.

Es entonces cuando los militares perciben que el “comunismo” estaba a punto de tomar “la última trinchera” que le faltaba, la legitimidad de las Fuerzas Armadas.

Así, en abierta desobediencia a la jerarquía, hubo voces de militares de alta jerarquía que cuestionaron la acción de la Comisión y defendieron el legado de los gobiernos militares.

Bolsonaro, un diputado de segunda línea y de baja capacidad discursiva, se hizo notar entonces con un estridente discurso de ataque a la política de derechos humanos del gobierno y de defensa de los torturadores militares.

Este “gramscismo” de la extrema derecha es importante tener en cuenta porque ayuda a explicar la amplitud de la ofensiva que está construyendo. No se trata apenas de tomar la presidencia y tener una mayoría parlamentaria para aprobar leyes e implementar políticas sintonizadas con tal o cual agenda materia económica, social o política.

El bolsonarismo se propone luchar en todas aquellas “trincheras” contra un “enemigo” que, dentro del país, es parte de una conspiración mundial contra la civilización occidental y cristiana de la que Brasil es parte y guardián.

La fórmula, no por ridícula, es menos potente en la coyuntura brasileña. Tiene ecos evidentes de los años de auge de la guerra fría en nuestra región -los 60 y 70 del siglo pasado- aunque todavía le faltan piezas a su rompecabezas. ¿Quién sería, entonces, el enemigo internacional? ¿Quién encarna ese comunismo internacional, redivivo en pleno siglo XXI, una vez que la URSS se acabó en 1991? ¿Quién es el enemigo en un mundo donde el Partido Comunista chino lidera el polo más dinámico de la economía capitalista internacional y es el principal socio comercial y económico do Brasil? Respuesta: ¡El Foro de São Paulo!

El Foro ha sido su reencarnación. Desde sus orígenes en 1990 hasta los años 2000 tanto Fidel Castro como Lula cumplieron papel decisivo en su conducción, es decir, les permite —contra toda evidencia— proyectar una continuidad de la guerra fría, y sus tácticas de “guerra de movimientos”, en los tiempos actuales de disputas electorales, de gobiernos que serían batallas de una “guerra de posiciones”, pero, en el fondo, de la misma confrontación entre el comunismo internacional y civilización occidental y cristiana.

Esa lectura “gramscista” les hace dar una primacía inusitada a la Escuela de Frankfurt y a un cierto “marxismo cultural” que serían arietes con los que se conspira contra nuestra civilización. No por acaso el primer panel de la reciente Cumbre Conservadora de las Américas, organizada por Bolsonaro y realizada el 8 de diciembre de 2018 en Foz de Iguazú, Paraná (Brasil) fue dedicado a la “Cultura” y se inició con un video que trataba de organizar un relato comenzando por aquella escuela, hace casi ya cien años.

Esto mismo los lleva a dar un peso decisivo a lo que llaman “ideología de género”, que consideran se trata uno de los principales combates que se libran, ya que se orientaría a atacar a la familia cristiana. Y no importa que ninguno de sus cultores siga sus supuestos valores, ya que es propio del moralismo la doble moral... Tienen especial ojeriza a todo lo “políticamente correcto” ya que despliegan usualmente un discurso homofóbico, machista, racista y xenófobo.

Contrariamente al neoliberalismo de los años 1990, esta corriente se define como conservadora en materia de costumbres, contra la liberación de las mujeres y los derechos LGBTIQ. Y si aquel fue “globalista”, esta recupera supuestas raíces nacionales, como el cristianismo fundamentalista.

En algunos países utiliza un postizo nacionalismo comercial para manipular electoralmente a los trabajadores que quedaron desempleados por efecto de la globalización neoliberal, sin tocar para nada la esencia de esa estrategia, la libre circulación de capitales y sus lucros. En Brasil su superministro de Economía, Paulo Guedes, un Chicago (Old) Boy, que estudió en los años 1970 junto con chilenos que sirvieron a la dictadura Pinochet, anunció apenas a los empresarios y en ambientes cerrados un programa neoliberal radical.

En el caso brasileño, Bolsonaro fue beneficiado por la cuchillada que sufrió por parte de un perturbado mental un mes antes de la primera vuelta electoral. Con eso justificó no presentarse a ningún debate. No necesitó responder ningún tema polémico, sino donde le placía, es decir, en sus redes sociales y chats multitudinarios con sus seguidores y sectores previamente detectados como influenciables.

Así, la gente votó un proyecto ultraneoliberal que no dijo su nombre ni sus metas y que apenas era expuesto en ambientes cerrados a empresarios y especuladores financieros, mientras al electorado apenas llegaban manipulaciones en torno a temas sobre corrupción, violencia urbana, “ideología de género”, gays, etcétera.

La larga contramarcha “weberiana” de la izquierda brasileña

Max Weber es un autor que hace algún tiempo franqueó las puertas de la bibliografía de interés de las izquierdas. Hay una observación que ese autor hizo a comienzo del siglo XX en relación al socialismo alemán —entonces denominado “socialdemocracia”, antes de que ese nombre designara lo que es hasta hoy— que tiene interés para el estudio que aquí se hace. Weber afirmaba que los arrebatos revolucionarios de ese movimiento político amainarían en caso de que se le permitiese ocupar espacios dentro del Estado alemán.

Es que como reflejo de las leyes antisocialistas de finales del siglo anterior, aún había restricciones cuando Weber escribía estas líneas a mediados de la primera década: “[...] el ardor revolucionario estaría realmente en grave peligro [...]. Veríamos entonces que la Socialdemocracia nunca conquistaría permanentemente las ciudades o el Estado sino que, al contrario, el Estado controlaría al Partido Socialdemócrata” (Mayer, 1966 y 1985; Negt, 1984)⁸⁴.

84 Interesante notar que Weber hace esa observación antes que Rosa Luxemburgo, Lenin o Trotsky advirtieran ese grado de adaptación y sumisión del socialismo alemán al estado alemán.

La dictadura militar-civil que ocupó el Estado brasileño de 1964 a 1985 colocó fuera de la ley a las izquierdas y fuerzas progresistas. Cuando la lucha democrática creció a lo largo de los años 1970 esta fue asumiendo cada vez más un carácter radical y social. Aliados, pero no mezclados, demócratas “liberales” (cobijados en el MDB) y demócratas “sociales” (en el PT y otros partidos de izquierda y progresistas) disputaron la transición democrática cuando la crisis de la dictadura se hizo evidente.

Ganaron los primeros en alianza con sectores conservadores que habían estado hasta la víspera en el bloque dictatorial. Eso marcó la transición hacia una democracia bastante controlada por las Fuerzas Armadas y algunas corporaciones estatales, con restricciones a derechos democráticos en materia de comunicación de masas y de la función social de la propiedad.

Pero el empuje de la lucha democrática social que fue impulsada por las fuerzas que crearon el PT (1980), la CUT (1983) y el MST (1985) y la reorganización de los partidos comunistas -hasta entonces clandestinos- impuso que, durante esa transición, los demócratas liberales aceptasen incluir algunos derechos sociales -a pesar de la oposición de sectores conservadores (conocidos como el “centrao”) que urdieron por una democracia “controlada”. Es así que el Congreso Constituyente, que sesionó entre 1986-88, fue retrógrado en unas materias y progresista en otros.

Desde el punto de vista estratégico de la izquierda marcó, sin embargo, un giro importante. Si hasta 1986 se planteaba una estrategia de “ruptura democrática” con una Asamblea Constituyente para superar la dictadura, la aprobación en 1988 de la nueva Constitución Federal, que el PT aceptó firmar, pero explicando críticas a sus partes retrógradas, implicó hacer la disputa por dentro de las instituciones recientemente creadas.

Lula, candidato del PT, perdió 3 elecciones (1989, 1994, 1998) antes de llegar a la presidencia en la puja del 2002. El PT venía de ganar gobiernos municipales de ciudades medianas y grandes y también de algunos gobiernos de Estados importantes. Pero la entrada al gobierno federal en 2003 fue también un salto de cantidad en calidad. Centenares de militantes deberían asumir responsabilidades como también deberían gestionar el Estado e impulsar la actualización de sus instituciones.

Quien gobierna quiere gobernabilidad. Quiere aliados estables. Resultados. Y reelegir el proyecto. En el escenario brasileño eso llevó al PT a alianzas electorales y, en el Congreso, más allá del progresismo, con sectores de centro y centro-derecha, que aceptaron ir atrás de un programa de gobierno progresista sobre el cual, sin embargo, el PT iba haciendo concesiones aquí y allá a las agendas de esos sectores retrógrados.

Desde que en la década de 1970 el Partido Comunista Italiano (PCI) discutió su estrategia de “compromiso histórico” para gobernar -lo que acabó no aconteciendo- el problema se había planteado. Y el cuestionamiento que en la época le hizo Norberto Bobbio a los intelectuales del PCI continúa vigente hoy para quien piensa una estrategia de izquierda por dentro de las instituciones del Estado y no “contra” esas instituciones: “¿existe una teoría política marxista?”, o, dicho de otro modo, ¿es posible ganar espacios institucionales a través de elecciones sin perder el objetivo revolucionario, la superación del capitalismo? ¿Cómo? (AA.VV., 1977).

A lo largo de los gobiernos petistas hubo un cambio del contexto político general. Como se dijo antes, parece claro que el imperialismo reaccionó frente a la gran crisis de 2008 y su pérdida de espacios hegemónicos frente a China, con una redoblada estrategia agresiva.

El gobierno progresista brasileño, sin embargo, no hizo cambios significativos. Buena parte de las medidas judiciales y policiales que fueron usadas contra sus dirigentes fueron fruto de iniciativas legislativas o administrativas de áreas de su propio gobierno.

Varias, incluso, en articulación con contrapartes de EE. UU. y las nuevas doctrinas para el combate a la corrupción en la política, el crimen organizado, el lavado de dinero, el terrorismo, etcétera. Creyendo construir instituciones republicanas, se estaba construyendo el cerco a su gestión. Estamos ante los prolegómenos del golpe de estado de 2016.

El compromiso con las instituciones fue tal que cuando esas fueron manipuladas, las fuerzas progresistas no fueron capaces de reaccionar. El golpe de Estado fue realizado bastardeando las “reglas del juego” que habían sido legitimadas por cuatro elecciones

presidenciales victoriosas y las respectivas administraciones que le siguieron.

Pero esa experiencia “institucionalista” fue interrumpida. Las fuerzas complotadas habían instaurado un estado de excepción dentro del estado de normalidad democrática. Usaron leyes aprobados con apoyo de gobiernos del PT, jueces indicados por ese partido y medios de comunicación de masas financiados por la publicidad oficial administrada por ese partido en el gobierno. Manipularon casos de corrupción vinculados al financiamiento de toda la política brasileña para que pareciera que era un “mecanismo”, tal como quedó consagrado en la serie de Netflix, inventado por el PT y para su uso exclusivo.

Si Kautsky —en los debates estratégicos de la socialdemocracia alemana a comienzos del siglo XX— preveía un “cerco” al poder burgués por parte del partido del proletariado (Kautsky, 1910), lo que hubo en Brasil fue su recíproca: Un cerco de fuerzas conservadoras y reaccionarias a la presidencia petista.

Otro tanto ocurrió en el terreno económico. La crisis capitalista internacional del 2008 fue subestimada por el gobierno del PT. Este impulsó medidas contracíclicas que parecían dar resultado y, en breve, se volvió al crecimiento. Pero eso no significó que las contradicciones con la elite económica del Brasil no fueran acumulándose.

Hacia el 2012-2013 ya era evidente que había algo parecido a una “huelga de inversiones privadas”, que fue la respuesta de la burguesía a las bajas tasas de lucro (Prado, 2014). Desde entonces el gobierno de Dilma hizo gigantescos esfuerzos fiscales para tratar que las inversiones y el crecimiento volvieran, pero, de todas formas, la situación se caminó hacia una estagnación, es decir, un escaso crecimiento articulado a una falta de “desarrollo” económico.

Todavía en octubre del 2014 el país vivía su más baja tasa de desempleo de la historia registrada por estadísticas. La decisión trágica fue el giro de la política económica —una concesión al chantaje del gran capital— impulsado al comienzo del segundo gobierno de Dilma por un ministro que, dicho sea de paso,

vuelve ahora como alto funcionario del gobierno de Bolsonaro (presidente del Banco de fomento BNDES)⁸⁵.

En 2005 el PSDB dudó en promover la destitución del presidente Lula que estuvo atacado por un caso de corrupción conocido como “Mensalão” porque, según confesó Fernando Henrique Cardoso, tenían miedo de cuál sería la reacción popular. En el 2016 no era necesario tener miedo porque la política económica del 2015 había desconectado a la mayoría que eligió a la presidenta Dilma y los sectores clase media agujijoneados por fuerzas reaccionarias habían tomado las calles con manifestaciones masivas contra el PT.

Papel clave tuvo también el destino de las así denominadas “clases medias”: fueron ariete contra el PT. Sensibles al discurso y a la doble moral anticorrupción, fueron el centro dinamizador del antipetismo. Se prestaron al papel en medio de una crisis de identidad por la llegada de grandes contingentes de trabajadores que, gracias a las políticas de los gobiernos petistas, estaban accediendo al consumo típico de clase media (Walden Bello, 2008).

Para ampliar el problema, los gobiernos petistas en determinado momento adoptaron como relato el horizonte de la transformación de Brasil en una “sociedad de clases medias”, que ya estaría en curso⁸⁶. El sujeto político de la transformación se disolvió en una multitud de consumidores deseosos por créditos baratos y ventas a plazos. Así se cultivó no solo el malestar de las antiguas clases medias, sino también de aquellos que, sin serlo, se veían en cuanto tales.

Las encuestas de opinión pública hacia 2013-2014 daban cuenta de la aparición de nuevas contradicciones en el seno del pueblo, como que beneficiarios de algunas políticas sociales eran críticos de los beneficiarios de otras, siempre con la idea de que

85 Para una visión crítica de esa decisión de Dilma desde un punto de vista marxista, de quien fuera alto funcionario del área económica en los gobiernos petistas, ver Augustin, A. (2016). “Os fatos são teimosos” en *Revista Democracia Socialista*, n.º 4, Diciembre. Recuperado de: <http://democraciasocialista.org.br/wp-content/uploads/2016/12/Revista-DS4-web-2.pdf>

86 Para una crítica del uso del concepto de clases medias para el fenómeno que estaba en curso bajo gobiernos del PT ver Pochmann, M. (2014)- *O mito da grande classe média: capitalismo e estrutura social*. São Paulo: Boitempo, 2014.

cada uno debía su ascenso social a su esfuerzo y a Dios, mientras que había muchos “aprovechadores” del dinero del Estado.

Desafíos estratégicos latinoamericanos

El debate estratégico de las izquierdas revolucionarias en el siglo XX osciló entre insurrecciones (el caso ruso), guerra popular prolongada (la vía china y vietnamita) y la guerra de guerrillas (los ejemplos cubano y nicaragüense). Las experiencias electorales de la socialdemocracia europea no calificaron en ese debate porque renunciaron a superar el capitalismo económico y el liberalismo político.

Las experiencias electorales de izquierda en América Latina no fueron objeto de un debate estratégico. El caso que fue más lejos fue el de Chile en 1970-1973, donde una coalición, la Unidad Popular, ganó la elección presidencial y continuó aumentando su caudal electoral después, con un programa de vía chilena al socialismo.

Pero la tragedia chilena de 1973 bloqueó una discusión más en profundidad de la estrategia seguida y por seguir. Cuando se desató la crisis económica-política en 1972-1973, aguijoneada por la presión del imperialismo estadounidense y las oligarquías locales que manipulaban a los sectores medios de la sociedad, Allende había propuesto darle una salida democrática a la situación, convocando al pueblo para que decidiera sobre su continuidad o no. Los golpistas se anticiparon por el obvio miedo de que Allende podría salir fortalecido de esa consulta⁸⁷.

Hubo, a grosso modo, dos interpretaciones de la derrota y ambas limitaron el legado allendista: la que hizo el eurocomunismo que, finalmente, apuntó a seguir el mismo camino que la socialdemocracia europea (Mandel, 1978); y la que hicieron fuerzas

87 Hay un cierto paralelo con la decisión del presidente Nicolás Maduro de convocar en 2017 elecciones para una Asamblea Constituyente para que el pueblo, a través de sus diputados constituyentes, decida el rumbo que debería tomar Venezuela. Fue una respuesta a un escenario político que anunciaba una guerra civil con intervención extranjera, fruto de la confrontación interna por parte de la derecha violenta, las presiones económicas y políticas externas del imperialismo norteamericano y las dificultades de la gestión económica del gobierno.

revolucionarias, de que la crisis debió haberse resuelto con una salida por alguna de las tres vías estratégicas antes mencionadas. Ambas interpretaciones en verdad refuerzan el impasse.

En la reciente oleada progresista que desde 2015 está en cuestión, ha habido aprendizajes importantes que tampoco han sido materia de sistematización⁸⁸.

En buena parte del debate de balance crítico de la experiencia de los gobiernos petistas se señala que no se decidieron a hacer los cambios estructurales que superasen el capitalismo periférico, con sus componentes dependiente, rentista, extractivista, concentrador de la riqueza e ingresos, etc. Pero de lo que se trata es que no se ha avanzado en la forma de estado capaz de expresar políticamente la disputa de poder entre los proyectos.

Frente a la crisis política provocada por las multitudinarias manifestaciones de junio del 2013 la presidenta Dilma respondió correctamente con una propuesta de abrir un proceso constituyente para una reforma del sistema político. Quien encabezó la oposición a la propuesta fue su vicepresidente, el mismo que en 2016 lideró el golpe.

En 2014 el gobierno de Dilma aprobó por decreto presidencial el sistema de consultas populares en la forma de Conferencias Sectoriales, instancias que ya existían, pero no estaban articuladas. Las fuerzas de centro y centro derecha en el Congreso —incluso las que participaban del gobierno— reaccionaron con la misma ferocidad que si se hubiera aprobado un régimen soviético.

Solo muy marginalmente la oleada progresista afectó la estructura del Estado⁸⁹ y aún las formas de hacer política. Las estrechas relaciones entre democracia y socialismo están en el origen de la tradición democrática fundada por la revolución francesa y en las

88 Inventarios de conquistas, de derrotas y/o desvíos supuestos o reales hay muchos, pero con esa contabilidad no se construye un pensamiento estratégico. Entre las pocas iniciativas de sistematización está la obra de Álvaro García Linera (2016), que como vicepresidente se mantiene con un perfil de intelectual con pensamiento (auto)crítico. En igual sentido, ver también el libro de Klachko, P. y K. Arkonada (2017).

89 El ensayo más osado fue la aprobación de la Comunas como parte de la estructura estatal en Venezuela. Pero la verdad es que nunca tuvieron plenos poderes, siquiera a nivel local.

que le siguieron en el siglo XIX (Rosenberg, 1981). La derrota de la revolución alemana de 1918-1919 a manos de la derecha socialdemócrata (Haffner, 2005) aliada a la extrema derecha impidió que la cuestión se colocara en un país de “Occidente”, quedando las revoluciones circunscriptas a “Oriente” (para usar los términos gramscianos).

Las experiencias políticas de las fuerzas de izquierda y progresistas en función de gobierno que se han desarrollado en América Latina desde la victoria de la candidatura presidencial de Hugo Chávez, a finales de 1998, son un laboratorio importante para volver a esos debates estratégicos.

Las claves hay que buscarlas en las vías de construcción de hegemonías políticas y en las transformaciones de la forma estatal característica del liberalismo, para formar mayorías capaces de defender un proyecto transformador de las estructuras económico-sociales y desarrollar instrumentos de democracia directa capaces de representar una superación dialéctica de las instituciones pensadas con una matriz liberal.

En ambas materias, las experiencias han enfrentado impasses y frustraciones. Pero la materia prima fundamental está disponible, un pueblo que ha disfrutado de mejores condiciones de vida y trabajo desde que se tiene memoria, dispuesto a defender las conquistas y resistir a las agresiones de la derecha.

La democracia ha sido una conquista de las luchas obreras y populares. Frente a su empuje el liberalismo, la burguesía y el imperialismo han hecho concesiones —como la ampliación del derecho al voto— pero también le han puesto límites y trabas al ejercicio de la soberanía popular.

Para reatar los lazos entre democracia y socialismo, al disputar por dentro de las instituciones del estado, hace falta retomar la estrategia de las revoluciones democráticas como apuntaba Salvador Allende. Hay que volver a los debates interrumpidos en el siglo XX y actualizarlos con las experiencias recientes de la oleada progresista latinoamericana.

Bibliografía

- AA.VV. (1977). *El marxismo y el Estado*. Barcelona, España: Ed. Avance.
- Arkonada, K. y Klachko, P. (2017). *Desde abajo, desde arriba. De la resistencia a los gobiernos populares: escenarios y horizontes del cambio de época en América Latina*. Buenos Aires, Argentina: Prometeo.
- Coutinho, S. (2002). *Revolução gramscista em Ocidente*. Rio de Janeiro, Brasil: Ed. Estandarte. Recuperado de: <http://politicaedireito.org/br/wpcontent/uploads/2017/02/Sergio-Augusto-de-Avellar-Coutinho-A-revolucao-gramscista-no-Ocidente-1.pdf>
- García Linera, Á. (2016). *¿Fin de ciclo progresista o proceso por oleadas revolucionarias?* Recuperado de: https://www.vicepresidencia.gob.bo/IMG/pdf/fin_de_ciclo-2.pdf
- Guimarães, J. (2018). “Da resistência à luta pela refundação democrática do Brasil” en *Revista Democracia Socialista*, n.º 7. São Paulo, Brasil. Recuperado de: <http://democraciasocialista.org.br/wp-content/uploads/2018/09/revista7-web.pdf>
- Haffner, S. (2005) *La revolución alemana de 1918-1919. Madrid, España: Inédita editores*. Disponible en: http://lib1.org/_ads/AF40C-C282898A4DF59B8512BE93C1307
- Kautsky, K. (1910). *El camino del poder*. Recuperado de: <https://www.marxists.org/espanol/kautsky/1909/1909-caminopoder-kautsky.pdf>
- Mandel, E. (1978). *Crítica del eurocomunismo*. Barcelona, España: Ed. Fontamara.
- Mayer, J. P. (1966). *Max Weber y la política alemana*. Madrid, España: Instituto de Estudios Políticos.
- Negt, O. (1984). “El Engels tardío y la fundamentación de la teoría marxista de la revolución” en *Revista Crítica de la Economía Política - Edición Latinoamericana*, n.º 20.
- Rosenberg, A. (1981). *Democracia y socialismo. Historia política de los últimos ciento cincuenta años 1789-1937*. México D.F., México: Cuadernos Pasado y Presente.
- Velasco, S., Kaysel, A. y Codas, G. (Org.) (2015). *Direita, volver! O retorno da direita e o ciclo político brasileiro*. São Paulo, Brasil: Fundación Perseu Abramo. Recuperado de: <https://fpabramo.org.br/publicacoes/estante/direita-volver/>

Manual de análisis para las batallas venezolanas

Por Marco Teruggi

Escribo desde la zona de silencio. A mi alrededor el centro de la ciudad brilla de luces navideñas, colas para comprar regalos, comida subsidiada en los ministerios, paseos en los días libres que se acercan al final de otro año que pareció por momentos como frenar disparos con las manos. Nadie fuera del país creería que esta ciudad es Caracas, donde la gente camina, baila y sonríe. Este mundo caribe es Venezuela. Afuera piensan que estamos bajo hambruna, dictadura, un país que ha alcanzado su límite y del cual es mejor alejarse como quien se aleja de la lepra. Escribo, estamos vivos y peleamos.

No se trata de negar sino de abrir puertas a la comprensión de una dinámica que escapa a las conclusiones cerradas. El fallecimiento del chavismo ha sido diagnosticado varias veces en los últimos años. Según esas sentencias deberíamos haber perdido elecciones, gobierno y calle. La pregunta que regresa es: ¿cómo hemos aguantado? La cantidad, velocidad, y superposición de ataques recibidos desde dentro y fuera ha sido inmensa, con una alternancia de golpes al estómago sucedidos de ganchos como cross buscando el nock-out.

Ningún proceso político contemporáneo de nuestro continente ha enfrentado todo lo que acá se ha vivido. Los ataques en Argentina, Brasil o Bolivia han sido algunas de las partes de la totalidad que hemos resistido. Estamos curados de algunos espantos, la inocencia política ha desaparecido hace mucho.

Ha sido complejo entenderlo y explicarlo -no se puede explicar aquello que no se entiende-. Hablar desde las trincheras tiene la ventaja de oler de primera mano, tocar las formas de los

ataques, y carga con la dificultad de no caer en la violencia de los asaltos a la subjetividad y al bolsillo. No existe fórmula para resolver esta época. Ensayamos entre disparos.

No se trata de negar, decía. Es necesario reconocer la profundidad de los problemas para construir una narrativa creíble, que rompa con la zona de silencio, logre convencer. Al igual que lo es salirse de la posición de país víctima. El asunto reside en la explicación de las causas y las palabras que se utilizan para nombrarlos: debemos volver a hablar sobre Venezuela en nuestro propio idioma y no aquel que ha sido impuesto por presidentes de derecha, diplomáticos al servicio de los Estados Unidos y grandes medios de comunicación sincronizados, que acorralan hasta el punto en que el debate gira sobre derechos humanos, dictadura, régimen, persecución y crisis humanitaria. ¿Con qué idioma nos miramos? ¿Cómo ordenamos y nombramos las cosas?

Reglas del juego

Lo primero es caracterizar contra quien peleamos, qué objetivos persigue y qué métodos despliega. Situar al bloque antichavista, que es nacional e internacional, con una proporcionalidad: cuanto más débil se encuentra el frente interno más asume la dirección pública el externo.

Nacional

1. La oligarquía

El proceso de transformación se planteó desde el inicio avanzar con el latifundio, y democratizó cerca de 4 millones de hectáreas: una parte fueron expropiadas, otras rescatadas, y otras regularizadas. La reacción oligárquica se manifestó a través de sus asociaciones patronales —Federación Nacional de Ganaderos de Venezuela y Confederación de Asociaciones de Productores Agropecuarios de Venezuela— en su abierta postura contra el gobierno, en el sicariato de más de 300 dirigentes campesinos —de los cuales 5 fueron en el 2018—, y el financiamiento a grupos armados/paramilitares.

2. Los grandes empresarios

Como describe Pascualina Curcio⁹⁰:

No son más de 10 empresas las responsables de producir y distribuir el 80 % de la harina de maíz, la de trigo, la pasta, el arroz, el aceite, el café, la leche, los huevos y el pollo que requerimos los venezolanos. Son otras 3 las responsables de abastecernos de pañales, papel higiénico, dentífricos, jabón y toallas. Y unas 10 más de medicamentos (Curcio, 2018).

Un seguimiento de los años de asedio a la economía, indican que los productos que han escaseado son aquellos controlados por estas empresas.

3. Los partidos de derecha

Pueden dividirse en dos: aquellos anteriores al chavismo en el gobierno, y aquellos creados como fuerzas en el marco de la estrategia contra la revolución. En el primer caso puede destacarse Acción Democrática, tensionada entre una línea que contempla el diálogo y la acumulación progresiva con otra que busca acelerar los desenlaces con escenarios de violencia callejera y armada. En el segundo caso se encuentran principalmente Voluntad Popular, Primero Justicia, y Vente Venezuela, los dos primeros con mayor desarrollo en las estrategias violentas como en el 2017 pero que públicamente oscilan y a veces sostienen la necesidad de una salida negociada, y el tercero con una línea abiertamente golpista, respaldada por el eje de la derecha en Miami.

4. Clases medias altas y altas

La base social, militante de la derecha —escuálidos—, situada geográficamente en las zonas pudientes de las grandes ciudades. Son quienes protagonizan los episodios de violencia callejera, ven en el chavismo como un enemigo a ser eliminado, cargan un odio clasista, de quien fue desplazado de un orden social-político-cul-

90 Pascualina Curcio, Recordatorio sobre el desabastecimiento y sus responsables, <http://questiondigital.com/recordatorio-sobre-el-desabastecimiento-y-sus-responsables/>

tural-simbólico y busca su revancha. La oposición, como votantes, es en cambio es un fenómeno más amplio, que abarca a zonas populares.

Esa es la columna vertebral y el cerebro de la derecha. Pueden agregarse más actores, como la cúpula eclesiástica. Ese núcleo ha logrado ampliarse en algunas oportunidades, hoy es su versión más reducida, producto de sus errores, divisiones e incapacidades. Ese bloque nacional se encuentra subordinado al internacional, compuesto por varias partes.

Internacional

1. Los EE. UU.

Entre George W. Bush, Barack Obama y Donald Trump han cambiado formas diplomáticas, filtros, pero no los objetivos, la obsesión-ambición por —como dijo el actual presidente— “limpiar a Venezuela”.

La revolución se ha enfrentado al imperialismo norteamericano desde que tocó las estructuras económicas que sustentaban el saqueo para beneficio norteamericano, es decir, primero y principalmente, la industria petrolera, PDVSA. No en cualquier momento del imperialismo, sino en su momento de “irreversible debilitamiento”, que lo torna “aún más agresivo y sanguinario que durante sus períodos de ascenso y consolidación” (Borón, 2014).

2. Colombia

Venezuela se ha enfrentado a los tres gobiernos que han pasado por la Casa de Nariño: Álvaro Uribe, Juan Manuel Santos y el actual Iván Duque. Cada uno ha profundizado los ataques desde los más de 2000 kilómetros de frontera por donde han promovido y legalizado el contrabando de extracción, y exportado fuerzas paramilitares que se enraizaron en Venezuela en clave de fuerza contrarrevolucionaria de control de territorio y asalto armado. Es el principal territorio vecino por dónde se despliegan las hipótesis de conflicto.

3. Los gobiernos de derecha del continente

La política para América Latina de Mauricio Macri en Argentina, Sebastián Piñera en Chile, Iván Duque en Colombia, Jair Bolsonaro en Brasil —cuya presidencia representa un agravamiento del cuadro, entre otras cosas, para Venezuela— es la que marcan los EE. UU. La conformación del “Grupo de Lima”, como espacio de agrupamiento para atacar a Venezuela, la retirada de Ecuador del Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América, de Colombia de la Unión de Naciones del Sur, o la expulsión de Venezuela del Mercosur, el intento de llevar a Nicolás Maduro a la Corte Penal Internacional, han sido muestra de eso.

4. La Unión Europea

Su política hacia Venezuela ha sido socia de la norteamericana: amenazas, sanciones diplomáticas, económicas, ampliación de las campañas para cercar a Venezuela en cada una de las dimensiones. El protagonismo y conducción de la agenda —con lógicas neocoloniales— ha estado en los gobiernos del Estado español.

Ese bloque internacional —al cual se le deben agregar sus operaciones conjuntas en la Organización de Estados Americanos, la Organización de Naciones Unidas, o sus ramificaciones económico/financieras— tiene el centro de dirección en los EE. UU., por donde desfilan políticos venezolanos en búsqueda de dinero y acciones de fuerza. Allí se encuentran los generales que desarrollan la estrategia contra Venezuela.

Objetivos

El antichavismo, como actores y modelo a imponer, no busca una alternancia de gobierno sino una revancha histórica. Esto significa, en términos nacionales, un reformateo social para intentar borrar el proceso chavista, y en, términos internacionales, una subordinación a los EE. UU., en una etapa en la que el imperialismo necesita al continente latinoamericano íntegramente alineado, tal como lo muestra, por ejemplo, el documento “la estrategia de seguridad nacional de Estados Unidos de América”, firmado en diciembre de 2017 por Trump (Administración Trump, 2017). Ese planteamiento geopolítico norteamericano

necesita que Venezuela pague un castigo público, aleccionador, por no haberse doblegado. Perder el poder político significaría el inicio del avance frontal del ciclo contrarrevolucionario.

Métodos y tiempos

A partir del 2013 se puso en marcha —con ensayos anteriores— la alternancia y superposición de los dos tiempos principales de la estrategia: los ataques sobre la economía y los asaltos para lograr el desenlace.

El primero, encabezado por actores nacionales y el bloqueo internacional, busca generar las condiciones para lo segundo, que puede ser activado por diferentes vías: electoral, saqueos, estallido, escalada insurreccional como durante el 2017, acción de fuerzas combinadas internas y externas. Todas las cartas son válidas para lograr el objetivo. Una aproximación a las preferencias de métodos indica que:

1. La principal apuesta es el colapso económico

Significaría una victoria múltiple, de sentidos en lo nacional e internacional —el fracaso del chavismo y del socialismo—, y permitiría a los EE. UU. y a Colombia una resolución que no los exponga en una acción de fuerza. Sería además la generación de un terreno más propicio para la revancha: a mayor desgaste de la sociedad, reducción del chavismo, mejores condiciones y legitimidades para avanzar en el reformateo con violencia y persecución.

2. La acción de fuerzas armadas combinadas

El fracaso del intento del 2017 dejó una estela de derrotas en la derecha venezolana. La delantera pública fue asumida por el frente internacional que avanzó en el posicionamiento de piezas para el asalto: maniobras militares dirigidas por los EE. UU. como anillo alrededor de Venezuela; preparación de la frontera colombiana y brasilera en la narrativa y los actores; continuación del trabajo para intentar quebrar la Fuerza Armada Nacional Bolivariana (FANB); desarrollo de la estructura armada en territorio nacional —con acciones como el intento de asesinato de Nicolás

Maduro en agosto del 2018—; anuncio, por los cañones de los medios de comunicación, de la intervención internacional militar presentada como humanitaria.

Todas las variables están en su máxima tensión, bajo asedio, desgaste prolongado, golpes tras golpes tras golpes como olas que generan asfixia hasta el ahogo. No se trata de un adversario sino de un enemigo. Tiene por objetivo una revancha, y ha desplegado todas las formas de asalto posible, hasta ensayar una “ofensiva final” en estos tiempos. Esas son las reglas del juego que forman un escenario de guerra. A eso nos enfrentamos.

De este lado

¿Qué es el chavismo? Contestar esa pregunta es el primer paso para armar el rompecabezas. El error de la derecha ha sido históricamente el mismo: reducirlo a su dimensión gubernamental, subestimarlos y despreciarlos. Una mirada cargada de rencor, patrimonio de las clases altas latinoamericanas.

El punto de partida es indagar en las dimensiones que conforman el movimiento, para, desde allí, ver cómo enfrenta la revancha que viene por la espalda, los lados y de frente, y cómo logra desarrollar o no los horizontes emancipatorios. ¿Qué es el chavismo, hacia dónde se dirige?

1. El liderazgo

El chavismo se conformó con la presencia de un líder excepcional. Chávez condensó y suplantó tareas y voces. Su ausencia generó vacíos, la necesidad de llenarlos, y de rearmar la arquitectura de poder interno. El chavismo, por su fundación, cultura política, forma de construir, necesita de un liderazgo fuerte. La apuesta fue rearmar el liderazgo sobre Maduro, quien tuvo aciertos como estrategia en la capacidad de hacer frente a batallas claves y consolidó una potencia propia, a la vez que demostró dificultades a la hora de reconstruir una figura de autoridad, en particular debido al cuadro económico actual.

2. El instrumento político

Chávez fundó el Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV) en el 2007, como espacio de unificación de los diferentes partidos del chavismo. Algunos no ingresaron y el PSUV se transformó en el principal partido —el de Chávez, como es visto en el imaginario chavista— con la necesidad de ser maquinaria electoral a la vez que instrumento con capacidad de desarrollar la estrategia emancipadora.

En la actualidad es el único partido nacional, con anclaje en los sectores populares, con una lógica donde predomina el momento electoral, y la política de manejo de recursos materiales como forma de relacionarse en los territorios.

3. La FANB

La unidad cívico-militar es fundacional del chavismo. Tiene sus puntos centrales en acontecimientos históricos, así como en políticas, como es la Milicia Nacional Bolivariana como parte de la doctrina de defensa integral de la Nación. La FANB es, además, parte del gobierno, con cargos en ministerios, empresas del Estado, a la vez que ha desarrollado empresas propias —en agricultura y energías, por ejemplo—.

La capacidad de haber mantenido unida a la FANB en un escenario de asedio es una de las explicaciones de por qué los intentos de asalto no han logrado sus objetivos.

4. Los movimientos sociales

A lo largo de los años de revolución se han multiplicado con una lógica que tendió a reproducir sus coordenadas iniciales: locales y sectoriales. Son pocos los movimientos que se han conformado con presencia en varios estados, diferentes sectores, con estrategia de poder propia dentro del marco del chavismo. El sector más dinámico ha estado en el movimiento campesino y comunal.

5. La organización popular

Chávez creó y recreó llamados a la organización popular, tanto para resolver los problemas urgentes como para dar pasos en la transición al socialismo con la construcción de la estrategia comunal. Ha existido un ejercicio permanente de organización,

participación y debate de masas, en comunidades urbanas, campesinas, indígenas, en lugares de trabajo.

En eso reside uno de los signos distintivos del proceso venezolano: la apuesta a desbordar la democracia representativa y conformar un tejido de democracia protagónica sobre experiencias de organización. La conformación de los Comités Locales de Abastecimiento y Producción (CLAP) a partir del 2016 se enmarcan dentro de ese ejercicio, en un contexto de asedio y necesidad de contener los golpes económicos. La apuesta por la organización es una apuesta por construir más allá del PSUV y los movimientos: es el empoderamiento comunal, el poder popular.

6. La identidad política

En el ejercicio de democratización, participación, organización, diálogo con Chávez, se conformó una identidad chavista con epicentro en los sectores populares. El chavismo es más que el gobierno, el presidente, el partido.

Se defiende más que eso: se pelea por la propia experiencia de vida, el único proceso histórico que permitió quebrar un orden excluyente para las mayorías, donde millones de personas se recrearon con su voz, sus manos, sus comunidades. ¿Si no es el chavismo entonces qué?

Pueden agregarse preguntas a estas piezas que conforman un todo, una unidad que se ha logrado mantener. Por ejemplo: ¿cómo se conforma la dirección real del proceso? ¿Cómo se articula la dirección del PSUV, de la FANB, gobernadores, ministros, presidencia? Son preguntas por el gobierno, las cadenas de mando, las capacidades reales de ordenar y ejercer poder.

No entregar

Existen dos bloques en disputa: el chavista y el de la revancha. La política, la lucha de clases, el imperialismo, las identidades, los diferentes elementos están dentro de esos espacios. Por fuera existen deseos, ficciones. El país estará de un lado o del otro, no ha emergido una tercera fuerza.

En ese contexto perder significa el inicio de la frontalidad de la revancha, que iría contra el chavismo en sus diferentes dimensiones. Lo primero ha sido, entonces, no entregar, no caer en la ilusión de pensar el conflicto en claves de alternancia política, de que al perder el poder político se haría frente a otro gobierno que respetaría reglas democráticas. Si ya las ha quebrado en su estrategia de asedio, ¿por qué habría de resguardarlas en caso de acceder por la violencia o el colapso?

¿Cómo se mantiene el poder y se continúa por canales democráticos cuando se hace frente a un asalto a la economía, los territorios, los medios de comunicación y los salones diplomáticos? En esa pregunta, que no tiene respuesta predeterminada, debe verse, por ejemplo, el llamado a la elección de la Asamblea Nacional Constituyente (ANC) en julio del 2017. Fue la manera de resolver, por el peso de los votos, un escenario que iba hacia la conformación de un gobierno paralelo y la instauración de un brazo armado estructurado de la derecha, planificado y financiado desde el exterior.

Errar en ese diagnóstico implica pensar otro tipo de conflicto, que no solamente no existe en Venezuela, sino que ha sido puesto en cuestión en otros procesos políticos contemporáneos del continente.

En tal sentido, el caso paradigmático ha sido el de Brasil, donde se ha sucedido un golpe de Estado parlamentario, seguido de una persecución, encarcelamiento de Lula Da Silva, hasta la victoria electoral de Jair Bolsonaro, sostenida sobre, entre otras cosas, dos elementos antidemocráticos: la proscripción del candidato del Partido de los Trabajadores y la utilización de la mentira en masas a través de millones de dólares invertidos en el uso del WhatsApp. “No estoy preso, soy un rehén”, declaró en diciembre de 2018 el líder brasileño.

Lo que está en el debate en América Latina son las reglas del juego de la democracia. En Brasil, Argentina, Ecuador, con la combinación de persecuciones judiciales y mediáticas. En el caso de Venezuela el cuadro se ha ampliado hasta abarcar todos los frentes.

No existen casualidades, ni debe verse el caso bolivariano como una excepcionalidad: es la estrategia estadounidense, desplegada en su integralidad, contra un objetivo principal en el continente. Sucederá a cualquier proceso que ocupe esa prioridad en el mapa geopolítico del imperialismo. ¿Cuáles son las condiciones para las peleas democráticas en este escenario? ¿Cómo abordarlas sin inocencia y sin reproducir las estrategias del adversario que se convierte en enemigo cuando lo requiere?

¿Hacia dónde?

No se puede perder, y en ese cuadro general de asedio deben enmarcarse los debates. Pero perder no es únicamente perder el poder político, existen varias formas posibles de derrotas, o de mutaciones internas que reconfiguran horizontes.

Si resulta clara la iniciativa política lograda por el chavismo a partir de agosto del 2017 —con la victoria de la ANC seguida de los cuatro triunfos electorales incluido el de Maduro para su mandato hasta el 2021 con punto de inicio el pasado 10 de enero del 2019— también aparece con claridad que es en la economía donde está condensado el debate, las contradicciones, los ataques, las posibilidades o no del proyecto emancipatorio. Existe una distancia cada vez mayor entre el tiempo político y el tiempo económico.

Entender el cuadro económico requiere superponer varios elementos y dosificarlos. El ejercicio es complejo por la falta de números en los últimos dos años, balances públicos, tanto de la actualidad como de épocas anteriores, en particular del ciclo de mayor estabilidad de la revolución, del 2006 al 2012.

Fue en ese período donde se pudo avanzar en la mayor cantidad de ensayos para generar el injerto socialista (Chávez en *Multimedio VTV*, 2012), avanzar en la democratización de tierras, ensayar formas de propiedad social (*Tatuy Televisión Comunitaria*, 2017), comunal, control obrero, creación de empresas estatales, donde se intentó una transformación de la economía que se propuso ir más de la restringida forma privada, más allá de la dependencia petrolera, más allá —como citaba Hugo Chávez a István

Mészáros— del capital. ¿Qué sucedió con el inmenso ensayo? Un balance colectivo es todavía una deuda pendiente, necesaria.

Al iniciar el 2013 el concepto de guerra económica estaba sobre la mesa de forma incipiente. Por ese lado venían los ataques que se profundizaron y ampliaron: pegaron donde menos fortaleza se tenía.

Tomó forma el contrabando de extracción en la frontera colombiana, de acaparamiento de mercancías claves como alimentos, medicinas y productos de higiene, de desvío de canales de distribución, de ataques sobre la moneda a través del dólar, de extracción de billetes, de inflación seguido de hiperinflación.

En el cuadro internacional, se amplió el actual bloqueo financiero, económico y comercial declarado a través de cada vez más sanciones sobre PDVS, el oro, la criptomoneda Petro, la posibilidad de renegociar la deuda, vender bonos, efectuar transacciones bancarias internacionales —con congelamientos de cuentas—, que empresas norteamericanas y entidades financieras comercien con Venezuela, entre otros factores (*Sputnik*, 2018).

Un cerco cada vez apretado por cada vez más flancos, con más actores: de los cinco países a quienes más se importa, el primero es lo EE. UU. y tres forman parte del Grupo de Lima; y de los 20 son 17 quienes se han sumado a las acciones de bloqueo y hostigamiento contra Venezuela (Salas, 2018). Las pérdidas producto del bloqueo en el 2018 han sido, según afirmó Maduro, de al menos 20 mil millones de dólares.

La estrategia se propuso quebrar las variables macroeconómicas y los cotidianos, que nada quede a salvo, que el país se desfonde. Ese ataque encontró resistencias, debilidades y complicidades.

Resistencias

a. Si el país aguantó es en parte gracias a la voluntad de un sector de la sociedad de no rendirse. Hablo del chavismo, más del 30 % de la población, con epicentro en los sectores populares, donde la resistencia activa se expresa, por ejemplo, en la participación en los CLAP, consejos comunales, comunas, mercados, iniciativas productivas.

Existe también un sector de la sociedad —quienes, por ejemplo, se han alejado del gobierno— que sabe que la alternativa frente al chavismo es la misma derecha golpista, marcada recientemente por la mala administración de su victoria electoral en las legislativas del 2015, el callejón de fuego del 2017 y la política errada ante las elecciones. La traducción de esa combinación de elementos puede verse en el accionar diario en los territorios para encontrar respuestas, en resultados electorales, o en la falta de éxito de los llamados a saqueos y violencias que lanza crónicamente la derecha.

b. Otra explicación reside en las decisiones de gobierno de mantener la inversión en políticas sociales en medio de la tormenta, como el caso de la Gran Misión Vivienda Venezuela, iniciada en el 2011, donde en el mes de diciembre del 2018 fue entregada la vivienda 2 millones 500 mil. Junto a eso fueron desarrollados mecanismos como los bonos, aumentos salariales, políticas para contener, evitar que el agua llegue a taparlo todo. Los CLAP se han mostrado vitales.

c. La política internacional ha resultado decisiva. La existencia de un cuadro continental adverso, cerrado, y un escenario geopolítico marcado por disputas de los EE. UU. con potencias emergentes, con el centro de gravedad en la disputa con China, han volcado a Venezuela al segundo espacio. Las alianzas con China, Rusia, Irán, Turquía, del orden de lo económico, diplomático, militar, han permitido puntos de quiebre del cerco integral sobre el país.

Las visitas de Nicolás Maduro a China, Rusia y Turquía del segundo semestre del 2018 son una expresión del reforzamiento, que conlleva a mayores enfrentamientos con los EE. UU. que han expresado su necesidad de frenar la amenaza china y rusa —China “busca poner a la región en su órbita a través de inversiones y prestamos”, han señalado en el mencionado documento de estrategia de seguridad firmado por Trump—.

Debilidades

a. El ataque se centró en la economía por las debilidades de esa dimensión en el proceso chavista. El ensayo transformador-productivo no dio los resultados esperados.

Por supuesto, se pueden buscar razones en varias causas. La predominancia de la matriz importadora ha sido un elemento central, una lógica esterilizadora de los ensayos productivos: el negocio, desde que el petróleo moldeó la geografía económica política venezolana, fue el de captar dólares producidos por la industria petrolera, para importar mercancías —sobrefacturadas— y luego fugar los dólares al exterior. Un empresariado parasitario, lumpen, fue lo que el chavismo heredó del siglo petrolero. ¿Cómo quebrar esa lógica? ¿Cómo evitar que se reprodujera en el interior de la revolución en sus diferentes niveles económicos? La hipótesis es que no se logró, salvo excepciones —como, por ejemplo, las semillas de papas— y esa lógica importadora, necesitada de petróleo, es la que hoy marca la dinámica principal.

b. Los pulmones de la economía son la industria petrolera, con eje en PDVSA. La caída en picada de los precios del barril, a partir del 2014, generaron un golpe sísmico a una economía donde más del 90 % de las divisas entrantes son producidas por el petróleo. Junto con ese impacto se produjo la reducción de la producción: en diciembre del 2012 se situaba en 2 millones 743 mil barriles diarios, en febrero del 2016 en 2 millones 555 mil, en 2017 el promedio fue 1 millón 911 mil, en octubre del 2018 entre 1 millón 172 mil y 1 millón 400 mil, lo que ha generado una pérdida de cerca de 40 mil millones de dólares (Salas, 2018).

La lista de explicaciones para comprender la caída de la producción, que impide aprovechar al aumento del precio internacional del petróleo son varias: el efecto de las sanciones económicas enfocadas particularmente a PDVSA, a la posibilidad de importación de maquinarias para la empresa, la falta de capitales para reinvertir, y la corrupción.

Complicidades

a. La corrupción es cómplice del ataque sobre la economía, por ser parte del plan o por coincidir en la práctica en los intereses, el robo, los objetivos. Maduro ha dicho que se trata del principal enemigo de la revolución. En el caso de PDVSA quien fuera presidente de la empresa del 2004 al 2013 se encuentra prófugo fuera del país, los dos presidentes/ministros que le siguieron fue-

ron detenidos en noviembre del 2017, más de 90 funcionarios, 23 altos gerentes, están acusados de corrupción.

El Ministerio Público ha revelado que entre el 2011 y el 2017 se han ocasionado pérdidas dentro de la industria petrolera por el equivalente de dos veces el presupuesto de la nación del 2017, y el impacto ocasionado por el contrabando de extracción de gasolina a Colombia —combinación de mafias colombianas y complicidades internas— es actualmente de alrededor de 3 mil millones de dólares anuales (Gavazut, 2018).

b. Las consecuencias de la corrupción se encadenan: golpes a la producción petrolera, impacto sobre el conjunto de la economía con menos ingresos, menor capacidad de importación, de inyección de capitales. Se trata de un problema que se expande, abarca diferentes áreas de la economía privada, estatal, y sus puntos de unión como los sistemas para otorgar los dólares a tasa preferencial —causaron un daño patrimonial de más de 15 mil millones de dólares, denunció el Ministerio Público—. Opera como un ataque sobre las medidas, corroe por dentro, sabotea las posibilidades de estabilidad. Y se multiplica, a los lados, aguas abajo, en la cotidianeidad de una economía bajo guerra donde ha pasado a ser el modo de ganarse el pan ante la hiperinflación, donde la impunidad genera más impunidad.

Cuadro y tendencias

El cuadro general arroja números preocupantes: en 1999, el Producto Interno Bruto (PIB) del país a precios corrientes, según el Banco Central de Venezuela, montaba en 97 mil millones de dólares, para una población de 23,5 millones de personas. En 2012, el PIB llegó a situarse en 381 mil millones de dólares, para una población de 29,8 millones de personas. Para el 2018, se estima que el primer indicador cerrará en unos 100,8 mil millones de dólares, es decir que el PIB será 3,8 veces más pequeño que el de 2012 y casi equivalente al de 1999, pero con una población estimada en 31 millones de personas (Salas, 2018).

¿Hacia dónde apunta las puertas de salida en ese cuadro? Existen certezas, posibilidades, tendencias. En lo primero es posible aseverar que las políticas sociales se mantendrán, la estructura de

apoyos a los sectores vulnerables, CLAP, viviendas, bonos ante diferentes situaciones de adversidad y diferentes iniciativas que se crearán.

Una posibilidad es que el cuadro se mantenga, continúe y agrave la hiperinflación, contracción de la economía, dificultades de luz, de gas, es decir, el conjunto de batallas diarias y macroeconómicas, sin que se produzcan mayores cambios. Continuaría la metamorfosis económica, la capacidad de adaptación y pelea de la gente, el crecimiento de conflictos laborales y reivindicativos, la emigración por razones económicas -ganarse el pan y enviar remesas.

Esa metamorfosis tiene varios niveles, el de la cotidianeidad popular —cómo hace, por ejemplo, un pensionado para cubrir sus necesidades— y niveles profundos, invisibles. Es en ese punto donde aparece una tendencia que puede dar explicación de varias (no)acciones.

La primero es que estamos ante una expansión de la desigualdad para las mayorías y un enriquecimiento de un sector, el más rico. ¿Cómo está conformada ese sector? La hipótesis es que, al empresariado tradicional, monopólico, se ha sumado un empresariado emergente, tanto en el sector importador, mayoritario, como en lo productivo, una fracción con vínculos dentro de espacios de gobierno. Una pregunta central, que será contestada con el tiempo es: ¿cuál es el vínculo de esa fracción con la trama de corrupción? ¿Ha emergido por capacidad propia, por ser parte de los negocios millonarios por debajo de la mesa, una combinación de elementos?

La apuesta mayoritaria parece ser la de fortalecer ese nuevo empresariado en un acuerdo con el anterior, junto al ingreso de capitales extranjeros en áreas claves de la economía. Esa propuesta tiene asidero en la perspectiva del chavismo que nunca se declaró en contra de la propiedad privada y sostiene la necesidad de crear un empresariado nacional -sí planteaba la necesaria hegemonía de la propiedad social- pero no ha dado frutos hasta el momento. Ni en precios, ni en producción, ni en estabilidad económica, aún con medidas y leyes destinadas a incentivar al sector privado nacional e internacional. “Los precios acordados no funcionan porque tú no puedes negociar con quien te quiere derrocar”, ana-

lizó el constituyente Julio Escalona (2018) para dar cuenta de por qué se han dado los mismos impases económicos una y otra vez.

Eso trae aparejada otras consecuencias, como el alejamiento de la política de crecimiento de la propiedad social, comunal y cooperativa, el ingreso de capitales privados en las empresas estatales de manera no explícita, salvo en el caso de PDVSA, donde en el mes de agosto del 2018 fueron firmados acuerdos con 14 empresas, nacionales e internacionales, para la inversión en campos petroleros. Es una de las formas de la expresión de la lucha de clases al interior del chavismo: el nuevo empresariado defiende su perspectiva de crecimiento, sus intereses, que se unen al resto del sector privado, con la particularidad de su histórica lógica parasitaria y su apuesta por derrocar al chavismo.

La disputa

La revolución no es mágica, es una gran disputa de poder. Contra el enemigo que busca hacer una tierra arrasada de toda la experiencia de los años chavistas, y al interior del proceso. ¿Cómo construir una correlación de fuerzas internas para revertir las tendencias negativas? Esa es la necesidad de esta época. Es una pregunta que tiene sus respuestas al interior del proceso chavista, con sus actores en cada una de sus dimensiones, las particularidades de esta cultura política, sus pasiones alegres y contradicciones expuestas, todo lo que ha logrado expresar esta experiencia histórica y lo que ha encontrado como límites propios en el marco de una situación internacional. Solo el chavismo puede salvar la revolución, solo la revolución puede salvar Venezuela.

Resulta difícil pronosticar cómo seguirán los tiempos. Son muchas variables sobre la mesa, del orden de los conflictos geopolíticos, las políticas de los EE. UU. hacia América Latina —producto de cómo se desarrollen esos conflictos y las correlaciones internas entre republicanos, demócratas, Trump y el Estado profundo— los resultados electorales en Argentina, Bolivia, la política exterior que desarrolle el gobierno mexicano, entre otros elementos.

Atravesamos un momento de cambios profundos, de monstruosidades de este ciclo, de necesidad de lograr resoluciones que abren nuevos momentos de transformaciones de progreso y revo-

lución, y espanten las opciones bolsonaristas, macristas, duquistas.

Venezuela es y será el punto de condensación de muchas de esas batallas. Los desenlaces de esta pelea abierta serán un condicionante de fuego para los demás procesos. Se impone defender la revolución, debatirla. Es la pelea mayor de nuestras generaciones, de un continente que debe varios de sus mejores avances a Chávez, a lo que pudo el factor bolivariano.

* * *

La hora de Venezuela⁹¹

Escribo con las armas que nos apuntan. No es una metáfora, es la fase del asalto que vivimos. Están cargadas, con objetivos, tiempos, territorios, estrategias. Lo han anunciado, es la ofensiva final, repiten que no habrá diálogo. No hablan los operadores en el terreno sino quienes mandan: Donald Trump, John Bolton, Mike Pence, Mike Pompeo, Steven Mnuchin, Elliot Abrams, Marco Rubio. Son nombres que hemos aprendido uno por uno, sus prontuarios, imaginarios, objetivos, necesidades. Pocas veces ha sido tan claro contra quien es la pelea.

Prepararon el ataque durante años, fase por fase, lo aceleraron en las sombras en el 2018, lo desencadenaron en el 2019 con dos fechas precisas, el 10 y el 23 de enero, seguidas de una serie de pasos. Juan Guaidó fue elegido para ocupar el papel estelar: presidente interino de Venezuela, una figura para encabezar públicamente el intento de golpe de Estado. Aceptó, y pasó de ser un cuadro medio de Voluntad Popular (VP), partido formado y financiado para estas estrategias, a autoproclamado presidente en una movilización de la derecha. Sucedió el 23, el punto de no retorno.

El intento de gobierno paralelo fue montado desde afuera: la decisión, la modalidad, la bendición. Con una evidencia innega-

91 Este apartado del artículo surgió como una actualización del escenario venezolano realizado por el autor a pedido de los coordinadores del libro, luego de lo acontecido a partir del 10 de enero de 2019 [nota de coordinadores].

ble, tanto que la pregunta podría ser ¿por qué haberlo hecho de manera tan abierta? Donald Trump le ordenó a Guaidó que diera el paso aun sin consentimiento de toda la derecha, lo reconoció por Twitter como presidente interino, le siguieron sus aliados geopolíticos de América Latina —súbditos—, Canadá, Israel, el Reino Unido, el Parlamento Europeo junto con algunos de los gobiernos del viejo continente. Todo ese bloque se alineó para reconocer a Guaidó, que nació como el primer presidente 2.0: presidente en redes sociales, declaraciones de países, sin territorio ni capacidad ejercer poder a lo interno del país.

No existían condiciones dentro de Venezuela para dar el paso. Semanas después siguen sin estar: sin apoyo de las barriadas populares ni señales de levantamientos producto de la situación económica, sin quiebre de la FANB, ni de los poderes del Estado, ni del PSUV, ni la dirección de la revolución. Imposible crear un gobierno paralelo sobre esas condiciones, aún con las tendencias políticas suicidas de la derecha venezolana. La decisión vino de afuera, la fuerza también.

El cuadro se complejizó en comparación con el 2017, y se sabía que sería así: cada asalto es más violento que el anterior, agrega variables, y este es el quinto desde el 2013.

En el 2017 necesitaban conseguir dos elementos que no tenían para dar el vuelco de fuerzas y llegar al desenlace: el apoyo popular y/o el quiebre de la FANB. No consiguieron ni lo uno ni lo otro, y el chavismo logró el desempate dentro de un equilibrio inestable a través de la convocatoria a la Asamblea Nacional Constituyente (ANC) con el logro de volver a encauzar el conflicto a las vías electorales y desactivar la violencia con política. Parecía casi imposible en aquellos días. La decisión de la ANC fue de Maduro.

Esta vez no parecen necesitados de conseguir el apoyo de los barrios, los cerros, saben que ni eso —que no logran— ni la multiplicación de movilizaciones sacarán a Maduro del Palacio de Miraflores. La derecha está confiada en una fuerza que no le pertenece, celebran, es la fiesta de los monstruos. Lo hacen antes de haber logrado el objetivo. Nuevamente.

El proceso de pase de mando del frente interno al frente internacional fue progresivo. Se agudizó luego de cada derrota y, si algo acumuló la derecha, fueron derrotas, haciéndola cada vez más dependiente de EE. UU.

Cada fracaso agregó divisiones, pérdida de legitimidad en su base social, extravió estratégico, una bancarrota cada vez mayor, peligrosa. Los dirigentes de la derecha pasaron a ser operadores en el extranjero para conseguir dinero, apoyo, cámaras, dar lástima, vender humo, y operadores en el territorio para darle rostro venezolano a la intervención norteamericana. De nada sirve escuchar a Juan Guaidó, María Corina Machado, Antonio Ledezma, siguen líneas decididas fuera, y sus posibles diferencias son saldadas por quienes ponen el dinero, la diplomacia y los actores.

La existencia de una derecha que sería más moderada queda nuevamente fuera de debate: otra vez Henry Ramos Allup, quien debería en los imaginarios encarnar esa posición, reanuda el espectáculo de amenazas. Las voces disidentes, menores, quedaron fuera del escenario, la estrategia construida los metió en un mismo barco que no tiene vuelta atrás. Cerraron la puerta con llave y tiraron la llave al mar. ¿Cómo se vuelve a meter al demonio dentro de la caja?

La crisis de la derecha se encontró con necesidades de quienes están al mando de la Casa Blanca. EE. UU. podría haber dejado madurar el cuadro, apostar por el asedio prolongado de desgaste encabezado por los ataques sobre la economía y la gran dificultad interna para encontrarles respuesta. No hubiera tenido que exponerse, crear un gobierno paralelo, poner en pie una situación de explosividad continental y geopolítica.

La posibilidad de este montaje parecía lejano al ser analizado un año atrás, posible en Medio Oriente, pero no en América Latina. Si rompieron ese punto de lo posible, ¿cuál es el límite?

El grupo encargado, llamado “equipo Venezuela”, está integrado por las alas más conservadoras de la política norteamericana, los *neoon*: John Bolton, Mike Pence, Elliot Abrams, parte de las tramas de operación en las sombras de las guerras, en, por ejemplo, el armado y financiamiento de las Contras que financiaron la guerra contra la revolución sandinista en los años ‘80, o las

operaciones que llevaron a la invasión de Irak con la mentira de las armas de destrucción masiva.

Esa ala del poder norteamericano tiene visiones mesiánicas civilizatorias, religiosas, nacionales, un imaginario respecto a su papel destinado no solamente para América Latina sino para el mundo, y un escenario de disputa geopolítica que dio por tierra el cuadro del multilateralismo. Bolton, nombrado por George W. Bush ante la ONU entre 2005 y 2006, afirmaba:

Los EE. UU. hacen que la ONU funcione cuando quiere que funcione, y cuando podemos hacer que otros sigan nuestro dictado. Y así es precisamente cómo deberían ser las cosas porque la única pregunta que debe importar a EE. UU. es, “¿qué conviene a nuestros intereses nacionales?”.

Ese escenario ya no existe de esa manera, la guerra en Siria fue el punto que evidenció la transición de época.

A ese sector se le agregaron los anticastristas de Miami, encarnado por personajes como el senador republicano Marco Rubio. El coctel dio como resultado la actual política hacia Venezuela, con amenazas en ascenso hasta la hipótesis militar, discurso de ofensiva final que en su narrativa extienden hasta Cuba y Nicaragua.

La combinación de variables, actores, situaciones, intereses, derrotas previas y estrategias acumuladas, condujeron a la concreción de este 2019. Lo que se ha puesto en marcha se conecta con el plan que no pudieron desarrollar en el 2017.

Ya para julio de ese año estaba sobre la mesa la hipótesis del gobierno paralelo y la consolidación de un esquema armado de mayor envergadura. De esos meses quedaron piezas flotando, como el “Tribunal Supremo de Justicia en el exilio” y la Fiscal General prófuga Luisa Ortega Díaz, quien luego de escapar por lancha a Aruba se dedicó a recorrer países, tribunales, y anunciar que regresará triunfante.

Enero de 2019 parece haberse conectado con julio del 2017. En el medio predominó la conclusión de que la vía para salir de Maduro, aplicar una revancha masiva, reformatear la sociedad, no será a través de la vía electoral. Intentaron asesinarlo con dro-

nes en agosto del 2018, no solo sino junto a la plana de la FANB y de la revolución, que ese día eran objetivo de drones cargados de explosivos.

Entre julio y este enero profundizaron lo que genera mayores condiciones para los asaltos: el ataque sobre la economía a través de un bloqueo creciente, que tiene su punto de inicio en la arquitectura jurídica en diciembre del 2014 con la aprobación en el Congreso norteamericano de la “Ley de defensa de derechos humanos y la sociedad civil de Venezuela”, a la cual le siguieron ordenes ejecutivas de Barack Obama y Donald Trump, apuntadas a la industria petrolera, la criptomoneda naciente y el oro. En un año y medio los ataques han generado un daño de 23 mil millones de dólares.

La estrategia de doble tiempo se aceleró: buscan colapsos de la economía para desencadenar asaltos y golpear más la economía en medio de los asaltos. El ritmo de la asfixia, el no descanso, los golpes simultáneos. Por eso a los pocos días de reconocer a Guaidó, o mejor dicho de nombrarlo desde los EE. UU., las medidas anunciadas por Bolton y Mnuchin, secretario del tesoro norteamericano, fueron profundizar los ataques a la economía.

Anunciaron el congelamiento de 7 mil millones de dólares pertenecientes a PDVSA guardados en bancos estadounidenses, y junto a eso, que las ventas de petróleo a CITGO, empresa situada en EE. UU. donde la petrolera venezolana tiene acciones mayoritarias, irán a una cuenta bloqueada, es decir a financiar la guerra contra Venezuela. Robar dinero venezolano para atacar a Venezuela, un negocio redondo.

Anunciaron que el daño será de 11 mil millones de dólares. $23 + 7 + 11 = 41$ mil millones de dólares total, como mínimo.

La estrategia puede, entonces, ser comprendida a partir de las invariantes y las tácticas de asalto. Las invariantes son el ataque sobre la economía, la diplomacia-geopolítica, la comunicación, los imaginarios mundiales para hacer ver a Venezuela en una crisis humanitaria necesitada de intervención internacional. Las tácticas refieren a las formas buscadas para el desenlace: electorales, guarimberas tipo 2014, versión 2017 con paramilitares, reactiva-

lización 2019 con conducción extranjera, gobierno paralelo y los pasos por venir.

Una combinación posible sería, por ejemplo: ataque económico + gobierno paralelo + estructura paramilitar desarrollada + ayuda humanitaria como caballo de Troya + presión para forzar una elección presidencial + no reconocimiento en caso de ganar un candidato chavista. Una articulación de lo que fue aplicado en Chile, Nicaragua, Libia y Siria, readaptado y perfeccionado para Venezuela.

Este esquema parece requerir un elemento imprescindible: un sector de la Fuerza Armada, tanto para dar el Golpe como tal, o aliarse a los esquemas violentos, así como sostener la revancha que vendría.

EE. UU. parece buscar quebrar la FANB de dos maneras: en lo vertical y en lo horizontal, tomando como imagen un triángulo. Lo primero significaría que un sector de mando se sumara al derrocamiento, y lo segundo sería que soldados y niveles medios no respondan las órdenes. Para lo vertical disponen de operadores, cuentas, promesas, visas, mansiones, glorias, operaciones psicológicas para disuadir de pelear.

En cuanto a lo segundo han desplegado una campaña por redes sociales, donde se han multiplicado por Instagram y Facebook nuevas cuentas con mensajes dirigidos específicamente para ese sector. Allí también jugó un rol la Asamblea Nacional (AN) en manos de los opositores y declarada en desacato por la Corte Superior de Justicia: se promulgó una ley -que no es ley sino arma para negociar- que ofrece amnistía a civiles y militares desde 1999 hasta la actualidad y por todo lo que podría estar por venir. La derecha se autonombra y autoperdona.

Puestos a hacer un ejercicio de prioridades en los esquemas norteamericanos, se podría decir que el plan número uno sería que la sequía económica que esperan que se dé, se combinara con una acción de la FANB. Allí, Estados Unidos quedaría como agente externo, sin necesidad de dar más pasos tan evidentes. ¿A qué estarían dispuestos en caso de que ese plan no diera resultado? Si han armado a Guaidó, involucrado a todo su bloque geopolítico, es porque tienen un plan. ¿O se equivocaron en el

diagnóstico y la correlación no alcanza? Si dieron el paso del gobierno paralelo, ¿por qué no darían otros que no parecían posibles hace unos años atrás?

Ambas cosas parecen seguras: que no tienen uno sino varios planes, y que se han equivocado, nuevamente en la lectura del campo de batalla. Parten del mismo error que comete la derecha, el de negar la existencia del chavismo como sujeto político. Reducen al chavismo a Nicolás Maduro, una cúpula civil y sobre todo militar corrupta, estructuras armadas que estarían amparadas por el gobierno en el territorio, y nada más. Habría desaparecido el apoyo popular, que, según esos análisis, era producto de engaño, dádivas y autoritarismo. La negación del otro, la otra, ha sido una marca fundacional del antichavismo. Encubre otro gran peligro: si el chavismo no existe entonces los muertos que vendrían con su revancha tampoco existirían.

El error de análisis se debe a varios factores. En lo interno al violento corte de clases que existe en Caracas y Venezuela. Existen dos ciudades en la capital, se dan la espalda. Quienes viven en las zonas del este, de mayor ingresos y geografía de la base social opositora, no suelen ir al oeste, que, en el imaginario, es una mezcla de ciudad en guerra y asesinatos en cada esquina.

No es una exageración. La base social de la derecha se ve a sí misma como representante del todo, no entiende a la otra clase, la niega, desprecia, descalifica, no le otorga razón, y recuerda las épocas anteriores al chavismo como edenes perdidos. Las movilizaciones son una fotografía prístina de ese corte en el color de piel, la ropa, la forma de hablar, reír o no, bailar o no. Gran parte de la dirigencia opositora nacional proviene de esos sectores, muchos son de familias aristocráticas. Parecen marcados a fuego y, salvo los momentos de mayor lucidez, nunca han logrado una conexión profunda con los sectores populares. Su vínculo con el país profundo, exceptuando algunas zonas dentro del estado Táchira, es de mayor desconocimiento aún.

Esa lectura, producto de las condiciones y trayectorias de los generales, parece haberse traspasado a quienes están en EE. UU. Desconocen la existencia de comunas, consejos comunales, milicias, todavía hablan de los círculos bolivarianos -forma organizativa atacada en el 2002 por la derecha- y ven a los comités locales

de abastecimiento y producción (CLAP) como mecanismos de clientelismo, al igual que lo habrían sido, por ejemplo, los supermercados Bicentenario o Pdval.

Los Bolton, Pence, Abrams y Trump parecen haberse convencido del reduccionismo del chavismo planteado por la derecha, piensan que solo es cuestión de empujarlo, que la gente que aún queda apoyando al gobierno podría ser eliminada de manera rápida. Subestiman, como siempre lo han hecho. En particular a Nicolás Maduro. Sobre ese diagnóstico se han equivocado, como en el 2017.

No significa que el chavismo enfrente este nuevo asalto en condiciones de fortalezas. El impacto de la situación económica ha afectado severamente, en particular a los sectores populares, los territorios donde se ha gestado y vive el chavismo. Son más de 13 de meses de un cuadro de hiperinflación con sus consecuentes metamorfosis en la vida diaria: profundización de la economía de frontera como método de ganarse la vida —diferente a las mafias del contrabando de extracción— deserción de trabajos con salarios fijos, emigración para resolver fuera y mandar remesas, ampliación de la migración a las zonas mineras del país como el sur del estado Bolívar, trabajos en negro por puñados de dólares para empresas extranjeras, entre otras cosas.

Existen varias explicaciones para dar cuenta de por qué se ha llegado a ese cuadro: los ataques internacionales, las mafias de corrupción en áreas claves como PDVSA, los órganos de asignación de los dólares —el caso paradigmático fue Cadivi—, y traslado de mercancías, las malas administraciones, decisiones postergadas, equivocadas o contradictorias, primacía de la matriz importadora por sobre los intentos productivos. Una combinación compleja de variables, que evidencia como la estrategia de desgaste se centró en el punto de mayor debilidad de la revolución, y como ese mismo punto no ha logrado ser revertido hasta la fecha.

La economía es la pelea contra el tiempo, cuanto más avanza más se fragiliza la revolución, su cotidianeidad, sus variables macroeconómicas, su posibilidad de continuar ofreciendo un horizonte de crecimiento a la población, a los sectores más vulnerables, algo que sí había logrado antes. Sobre eso lanzan sus asal-

tos quienes buscan hacer del país una tierra arrasada en nombre, nuevamente, de la libertad.

No todos pierden en esta situación. Existe una fracción que engorda, compuesta de quienes siempre ganan —grandes empresarios, importadores, oligopolios, banqueros— y del nuevo empresariado que ha emergido y parece haberse consolidado. Ese fenómeno todavía no ha sido analizado en profundidad para arrojar conclusiones, por ejemplo, de cuáles son los vínculos entre ese crecimiento y la corrupción, esa consolidación y quienes están en espacios de tomas de decisión sobre políticas económicas, y esa expansión y procesos de privatizaciones —en diferentes figuras— que se dan sin, en general, ser anunciadas. Existe una dimensión de la política económica anunciada y otra que sucede sin ser dicha. En la segunda deben buscarse respuestas a las transformaciones del proyecto, los horizontes que parecen consolidarse, sin disputas, por el momento, que logren proponer otras salidas.

¿Cómo estabilizar la economía en este contexto? La estrategia de ataque permanente profundiza las fragilidades, busca empujar al límite para forzar desenlaces. Hasta el momento ha dado resultados en cuanto al retroceso económico, pero no ha logrado construir un escenario que desemboque en, por ejemplo, un estallido popular. Ese diagnóstico parece haber decidido a los EE. UU. a acelerar los tiempos y crear el gobierno paralelo inexistente en el país y real en el exterior. No es lo único: los apura el enfrentamiento geopolítico actual.

Esto último es central. Los documentos norteamericanos indican que necesitan al continente latinoamericano íntegramente alineado y, dentro de ese contexto, les es una amenaza la creciente presencia de China y Rusia. La pelea de Venezuela es geopolítica, no se puede comprender el escenario sin cruzar variables de necesidades e intereses económicos, diplomáticos, militares, ideológicos, disputas de zonas del mundo en un cuadro de retroceso de la hegemonía de los Estados Unidos como Estado Nación central de la economía capitalista mundial.

Cada una de esas variables está hoy en su máxima tensión. El plan de quienes conducen el intento de derrocamiento es que algunas cedan, provoquen el desenlace y, finalmente, luego de tan-

to y tanto ataque, logren regresar al poder político en Venezuela para desplegar con toda su potencia la revancha arrasadora para el país, con notable impacto en el resto del continente.

Hasta el momento los intentos de lograrlo desde dentro, con la trama de levantamientos militares detectados y desactivados antes de que actúen, no les ha permitido lograrlo. ¿Qué están dispuestos a hacer si todos los actores nacionales fracasan y los ataques a la economía no secan al país?

La batalla de Venezuela es directamente contra los Estados Unidos. Frente a frente. Nadie sabe el desenlace, aunque es seguro que el chavismo peleará, y necesita de movimientos populares, partidos de izquierda, progresistas, intelectuales, cultore/as, músico/as, de todas las fuerzas continentales dispuestas a pelear este tiempo que nos ha tocado. En este país está en juego el continente. No tenemos derecho a perder.

Bibliografía

- Administración Trump (2017). Estrategia de seguridad nacional de Estados Unidos de América. Washington, Estados Unidos.
- Borón, A. (2014). América Latina en la geopolítica del imperialismo. México: ediciones América en Movimiento.
- Curcio, P. (2018). Recordatorio sobre el desabastecimiento y sus responsables en Question. Recuperado: <http://questiondigital.com/recordatorio-sobre-el-desabastecimiento-y-sus-responsables/>
- Gavazut, L. E. (7 de agosto de 2018). “¿Por qué el contrabando de gasolina continuará pese a su aumento?” en 15 y último. Recuperado de: <http://www.15yultimo.com/2018/08/07/el-contrabando-de-gasolina-continuara-pese-a-su-aumento/>
- Multimedia VTV* (15 de noviembre de 2012). “Chávez explica Estrategia del Injerto para la transición al Socialismo”. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=tR2amSLvKNI>
- Rangel, J. V. (22 de julio de 2018). “Constituyente Julio Escalona: ‘Los precios acordados no funcionan porque tú no puedes negociar con quien te quiere derrocar’” en Alba ciudad. Recuperado de: <http://albacidad.org/2018/07/constituyente-julio-escalona-los-precios-acordados-no-funcionan-porque-tu-no-puedes-negociar-con-quien-te-quiere-derrocar/>

- Salas, L. (14 de noviembre de 2018). “¿Bienvenidos al posrentismo petrolero?” en 15 y último. Recuperado de: <http://www.15ultimo.com/2018/08/07/el-contrabando-de-gasolina-continuara-pe-se-a-su-aumento/>
- Salas, L. (16 de abril de 2018). “El boqueo, ¿qué pasa si se prolonga” en 15 y último. Recuperado de: <http://www.15ultimo.com/2018/04/16/el-bloqueo-que-pasa-si-se-prolonga/>
- Salas, L. (3 de diciembre de 2018). “El bucle (V): Qué hacer cuando no hay nada que hacer” en 15 y último. Recuperado de: <http://www.15ultimo.com/2018/12/03/el-bucle-v-que-hacer-cuando-no-hay-nada-que-hacer/>
- Sputnik* (2018). “Las pruebas de la agresión abierta de EE. UU. a Venezuela”. Recuperado de: <https://mundo.sputniknews.com/america-latina/201806171079586654-relaciones-entre-estados-unidos-y-venezuela-sanciones-bloqueo-economico/>
- Tatuy Televisión Comunitaria* (18 de julio de 2017). “Chávez Radical: ‘Debe imponerse la hegemonía de la Propiedad Social’” [archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=naGl7LhWFj4>

El contramanual del chavismo para enfrentar el golpe continuado

*Por William Serafino y Franco Vielma,
de “Misión Verdad” (Venezuela).*

Introducción: la onda larga del asedio, laboratorio y guerra no convencional

Con la muerte del Comandante Hugo Chávez en el año 2013, Venezuela entra en un punto de intersección de dos líneas de conflicto con temporalidades y dinámicas bien diferenciadas entre sí. La primera de ella, meramente local, implica el enfrentamiento histórico con sectores del fascismo criollo que veían en la muerte del líder del chavismo una oportunidad para apuntalar una nueva agenda de golpe de Estado luego de la victoria de Nicolás Maduro en abril. La segunda línea, a escala geopolítica, estaba signada por el lanzamiento de la doctrina de dominación de espectro completo de Estados Unidos para socavar la proyección geopolítica de Rusia y China, sus sistemas de alianzas internacionales y su expansión económico-financiera en el marco de una reinversión geopolítica multipolar. Venezuela sería un laboratorio de esta pugna geoestratégica por su valor político para América Latina.

El punto de cruce de esta fase de la geopolítica estadounidense, empujada por la necesidad de controlar zonas con recursos estratégicos que comenzaban a gravitar hacia Rusia y China, contó con el soporte de actores opositores sin capacidad de agencia que actuarían como gestores delegados.

La intersección comentada al principio daría como resultado, en 2014, la ejecución de una revolución de colores inspirada en los manuales de Gene Sharp, mientras que en paralelo se desa-

rollaba el Maidán ucraniano para hostigar a Rusia y expandir la OTAN hacia sus fronteras.

El golpe de color a la “venezolana” se apoyó en la crisis económica inducida por la caída de los precios del petróleo (como parte de un plan de la Administración Obama para debilitar a Rusia), en el acumulado formativo de la USAID y la NED en juventudes de la clase media y alta, y en el sentimiento de revancha del fascismo local, sintetizado generacionalmente en la figura de Leopoldo López y sus conexiones con el ala globalista de Estados Unidos.

Aunque el golpe de color fracasó en su ámbito operacional, transfirió sus variantes de ataque al frente económico-financiero, toda vez que fue labrando un imaginario de desconocimiento en las capas medias y altas de la sociedad venezolana con respecto al chavismo y al orden constitucional del país.

Esta estrategia de choque cimentada sobre los principios de la guerra no convencional del Pentágono, la cual emplea como recursos asimétricos la debilidad económica, política y comunicacional del adversario, tendría su rédito electoral en las elecciones parlamentarias de finales de 2015, donde la oposición obtendría una mayoría sustancial sobre el chavismo.

Ya con el poder de la Asamblea Nacional, el golpe continuaría en el frente institucional intentado derrocar, manipulando el articulado de la Constitución, al presidente Nicolás Maduro.

Así como el año 2013 fue de ruptura para el proceso político venezolano por la muerte del Comandante Chávez y las dinámicas geopolíticas antes comentadas, el año 2015, con la firma de la Orden Ejecutiva que signó a Venezuela como una amenaza inusual y extraordinaria, también lo sería. En su momento, fue una respuesta política al golpe fallido y un salvavidas a sus gestores en el terreno.

La decisión de la Administración Obama, con ese Decreto, otorgaría al poder ejecutivo estadounidense la capacidad legal, administrativa y jurisdiccional de tomar las medidas necesarias (en el campo económico, financiero y hasta militar) para socavar el poder del chavismo.

Según los manuales de Gene Sharp, el agresor directo debe regular su exposición pública apoyando con sutileza a sus patro-

cinados internos, esto fue cumplido a cabalidad, sin embargo, a partir de 2015 en adelante, Estados Unidos tomaría un papel de mayor beligerancia cambiando el equilibrio de la conducción política de la contrarrevolución a su favor.

En 2017, la situación económica y el ataque a la moneda se intensifican como parte del corolario de la guerra no convencional, mezclada con la agudización del frente internacional desde la OEA.

Muestra de que Estados Unidos estaba definitivamente al mando, dejando atrás su papel de *sponsor*, no fue solo el uso de Luis Almagro como coordinador del asedio geopolítico regional contra Venezuela durante 2016 y 2017, sino el lanzamiento de una nueva revolución de color, que esta vez combinaría de forma más nítida y expandida en el territorio nacional herramientas terroristas y de guerra irregular.

Esta operación, contrario a la de 2014, tuvo implicaciones directas en el aparato del Estado, consiguiendo la cooptación de la exfiscal general Luisa Ortega Díaz, quien apoyaría desde dentro del poder de la administración de Maduro las demandas de cambio de régimen.

La apuesta consistía en acumular la mayor presión social y alcanzar una cota de violencia criminal incontrolable, que, al vincularla con el hostigamiento internacional, se produjera un quiebre interno en el gobierno. Soportando un acumulado de violencia terrible, calculada en crímenes de odio, linchamientos y ataques a hospitales y servicios públicos, combinados con una narrativa de desconocimiento y exterminio del chavismo como fuerza política, el presidente Nicolás Maduro logró metabolizar la confrontación política activando dispositivos político-constitucionales para recomponer el Estado, el orden político y la posición dominante del chavismo en el tablero político.

El resto de 2017 y bastante avanzado 2018, se narraría a partir de una intensa campaña de sanciones financieras, anuncio de una posibilidad de intervención militar y la intensificación del frente internacional dirigido por Estados Unidos. A partir de este momento, la oposición “válida” y que merece el respaldo de la mal llamada “comunidad internacional”, es aquella que se pliegue a las agendas más inconfesables y agresivas contra el país.

Visto en retrospectiva, la revolución de colores del año de 2017 no tuvo como objetivo estratégico el cambio de régimen, sino lograr un escenario de desgaste y desconocimiento del orden constitucional venezolano para imposibilitar la recuperación política y económica del chavismo y limitar su capacidad de estabilización como proyecto político en el mediano plazo.

Los ataques físicos contra chavistas, la creación del Grupo de Lima, la utilización del Parlamento como arma de golpe institucional y la intensa campaña de bloqueo financiero, son estrategias hilvanadas bajo el interés de generar una ruptura histórica y espiritual en los distintos vectores de la sociedad venezolana: su Constitución jurídica, sus bases económicas, su posicionamiento geopolítico como vanguardia de la región, su unidad político-territorial, su derecho a la política y a la paz.

En resumen, la onda larga de los últimos años de asedio contra Venezuela no solo nos da una imagen de las distintas variantes de la guerra no convencional, sino de cómo, a su vez, fue una síntesis de otras operaciones regionales de golpe blando.

En los últimos años, hemos vivido —y superado— adaptaciones del golpe judicial a la brasileña, de la “guerra contrainsurgente” ejecutada contra el sandinismo, del golpe económico convencional contra Salvador Allende y la violencia paramilitarizada estilo Daesh, que en suelo local fue representada por el expolicía Óscar Pérez, quien protagonizó ataques a distintos fuertes militares y se mostraba como la figura de mayor visibilidad del frente mercenario que se había gestado desde la primera revolución de colores de 2014.

Como última fase del golpe blando, y sin lograr en sus fases más álgidas la fractura política-institucional del país, la intensificación de la guerra económica y la apelación a métodos terroristas es la vía seleccionada por Estados Unidos para llevar al país a la guerra civil y desde ahí gestionar una ocupación militar que le devuelva el control del Estado. Detrás del magnicidio fallido y del bloqueo financiero que presiona una debacle en la economía venezolana, aguardaban estos objetivos estratégicos.

Este recorrido de operaciones y ataques nos dice que contra Venezuela se han aplicado varios modelos de agresión, pero también que, apelando a su inteligencia política y a sus claves históri-

cas y políticas originarias, ha logrado utilizar la fuerza del adversario en su contra y así frenar que el conflicto venezolano derive en una intervención militar.

Esto constituye un caso inédito en la región que solo explorándolo en sus detalles —como lo haremos a continuación— puede darnos dimensión de sus lecciones para Latinoamérica y el mundo. Ahí, entendemos, está su legado a otras fuerzas políticas revolucionarias del mundo que se enfrenten a situaciones similares.

La vuelta de tuerca ante el peligro

Ante este contexto de agresiones multiformes y complejas, el chavismo dio un giro dramático a eventos adversos que, al menos en el plano político, han amenazado indudable y consistentemente su estabilidad en el poder.

La adversidad política colocó al chavismo frente a situaciones excepcionales. No solo se comprometió la posibilidad de que el chavismo condujera el Estado por vías formales, ha lidiado además con reacciones golpistas en la arena política de los frentes internos y externo, que han amenazado y siguen amenazando el proceso histórico del bolivarianismo en el poder político.

Pero, contra todo pronóstico y contra muchas adversidades, Nicolás Maduro permanece en Miraflores lo que infiere que el chavismo no solo ha resistido las embestidas, sino que las ha revertido a posiciones favorables y de dominio en el juego.

El resultado se aprecia en el panorama político venezolano en los tiempos que corren, donde existe una total desarticulación interna de las fuerzas antichavistas. Es un saldo que es indispensable sopesar, pues ilustra de manera meridiana la presencia del chavismo en la conducción revolucionaria de Venezuela.

Para decirlo de otra forma, el status de las fuerzas contrarrevolucionarias en Venezuela es, en resumidas cuentas, políticamente inoperante, sin apresto y sin efectividad.

La oposición venezolana tiene como principal denominador la fragmentación total de la Mesa de Unidad Democrática (MUD) del año 2017. Esta instancia, que agrupa a los partidos de la derecha venezolana, se disolvió de facto mediante el enfrentamiento abierto de sus responsables y dirigentes ese año. Le sigue la pérdi-

da de legitimidad de sus referentes y el traslado del manejo de la agenda golpista al exterior, donde se ha focalizado y apalancado el asedio contra Venezuela.

La oposición venezolana es una instancia políticamente poco relevante para efectos de la cuestión interna. Es desde este punto, una instancia de segundo orden que actúa sin agenda propia, pues luce sometida a instancias y designios del Departamento de Estado Estadounidense y otros países alineados contra Venezuela, especialmente Colombia.

Pero el estado actual del antichavismo en Venezuela tiene explicaciones generadas desde la estrategia chavista. Es indispensable señalar varios eventos.

La fragmentación de la derecha tuvo un cenit en julio de 2017 cuando el presidente Nicolás Maduro llamó a las elecciones a Asamblea Nacional Constituyente (ANC) y se produjo esa elección a fin de ese mes. Tal llamado a elecciones descolocó a la oposición dividiéndola entre las fuerzas proclives a eventos electorales y las que, por otro lado, promovían la vía del golpe violento. En otras palabras, mediante pleno conocimiento de su adversario, el chavismo impuso una agenda que llevaría a un punto de choque las fuerzas internas opositoras.

De esa manera, la ANC convocó a una seguidilla de eventos electorales, iniciando con una convocatoria al evento de elecciones regionales para elegir a cargos de gobernadores de estados.

El resultado de las elecciones de octubre de 2017 para elegir cargos las gobernaciones o instancias provinciales, dejó el saldo de 19 gobernaciones para el chavismo y 4 para la oposición. Resultado de una estrategia fallida para la derecha, pues se presentaron a esos comicios fragmentados y con una gran cuota de sus seguidores y dirigentes que se declararon como abstencionistas, que según su criterio no era posible “ir a unas elecciones en tiempos de dictadura”.

Luego en las elecciones municipales de diciembre de 2017, el chavismo consolidó su liderazgo electoral, nuevamente frente a fuerzas opositoras que se presentaron a las elecciones municipales más disgregados aún. El 79 % de 335 municipios en disputa quedaron en manos bolivarianas.

No obstante, la senda abstencionista de los principales partidos opositores cobró ante ellos la oportunidad electoral del 20 de mayo de 2018, cuando se realizaron las elecciones presidenciales. El presidente Nicolás Maduro fue reelecto con 8.603.936 votos. Le siguió Henri Falcón con 1.820.936 votos y luego Javier Bertucci con 925.042 sufragios. La participación electoral fue de 48 % del registro electoral y estas tendencias fueron publicadas alcanzado el 92 % de votos escrutados.

Estos resultados consolidan, nuevamente, la posición triunfante del chavismo en una seguidilla de tres elecciones, posteriores a la de la elección de Asamblea Nacional Constituyente en julio pasado. Maduro alcanza el 67,7 % de los votos, siendo el presidente porcentualmente más votado desde 1958.

La ratificación de la hegemonía chavista vino en 2018 con un dato sólido, políticamente muy relevante. En medio de una consistente adversidad económica, el chavismo supera sus cifras, las que obtuviera en la emblemática elección ganada por la oposición, las parlamentarias de 2015. En esa justa el chavismo obtuvo 5.622.844 votos.

El resultado electoral supone para las fuerzas opositoras, una severa fragmentación electoral que se aprecia desde varias cifras. Una de ellas es la notable ausencia de los opositores que asintieron la convocatoria a la abstención y que contribuyeron para el nada usual resultado de participación de menos del 50 % del padrón electoral en Venezuela en esas elecciones. Pues en Venezuela, el rango promedio de participación electoral es regularmente superior al 60 %.

Para Venezuela ese dato fue empleado como un insumo de señalamientos, especialmente los formulados del frente externo y las estructuras hegemónicas de comunicación, aunque para ello se empleó el doble rasero que desconoce otras realidades en la región. Como que las presidenciales de Chile de 2013 que tuvieron 59 % de abstención, o que la reelección de Piñera en 2017 ocurriera en un marco de 55 % de abstención, o que por otro lado Colombia tuviera sus parlamentarias en 2018 con 51 % de abstención.

Por otro lado, es indispensable subrayar que la ausencia de electores agrupados en los partidos de la abstención significó la

ampliación de la ventaja de Maduro. Una paradoja electoral que colocó el resultado favorable al chavismo como desproporcionado. No obstante, el chavismo en mayo de 2018 se mantuvo en sus históricos recientes, hay que recalcarlo, en medio de una trama económica y política muy adversa, agravada con presiones externas y medidas de asfixia económica y comercial que recaen fuerte en los sectores populares. Un referente electoral de actitud ejemplar e irreductible de la militancia chavista.

Por importantes que fueran estas elecciones y sus resultados en el ámbito de la política interna de Venezuela, lo han sido más todavía en el ámbito de lo externo.

La cuestión internacional se proyecta en incremento desde el 10 de enero de 2019, donde Nicolás Maduro asumió su legítimo y constitucional segundo mandato. El escalamiento y amplificación de presiones contra la institucionalidad venezolana fue previsible desde el escenario de la reelección de Maduro y así ha sido.

Luego de las elecciones presidenciales del 20 de mayo de 2018, las presiones en escalamiento han vitalizado las amenazas de aislamiento e intervención de Venezuela, omitiendo la dimensión de las circunstancias y características reales de la política venezolana.

Una de las grandes preguntas yace en cómo ha sido posible darle una estabilidad política a Venezuela mediante la continuidad de la aspiración revolucionaria en el poder político que representa el chavismo. Para ello es indispensable reconocer varios elementos.

La vuelta al ruedo del chavismo como fuerza de liderazgo electoral tiene muchas explicaciones que son claves para entender por qué el chavismo sigue rigiendo en Venezuela. Su maquinaria electoral es eficiente, el discurso chavista sigue polarizando la realidad venezolana, su proyecto político sigue siendo el más consistente y su visión de país sigue posicionada y claramente vinculada con las más grandes demandas poblacionales.

El imaginario y la identidad chavista, que son componentes esenciales, siguen apalancando las victorias electorales mediante el reconocimiento de la militancia chavista como una fuerza irreductible, altamente movilizadora, muy cohesionada y plenamente consciente de las razones de la crisis económica y sus actores.

Por el contrario, el antichavismo, sumergido en grandes dispersiones tácticas y con clara ausencia de una línea programática de acción, salió del ruedo electoral intentando deslegitimar el juego democrático, haciendo una alta apuesta que en términos prácticos les ha relegado de la política interna. Confiando solo en los resultados que pretenden que se genere desde el frente externo, su destino es sumamente incierto.

El dominio del chavismo en la escena política venezolana

Gran parte de las causas de la resistencia del chavismo en la institucionalidad y en el dominio de la escena política venezolana, han obedecido tanto al afuero electoral de la opción revolucionaria como por la capacidad y manejo de la estrategia política por parte del directorio del chavismo. En eso ha consistido el pulso político, la inteligencia estratégica y la capacidad de maniobra del chavismo en los últimos años.

Para el chavismo solo ha bastado mantener su centro de gravedad política, su orientación, para no desvariar o tambalearse en los coqueteos de la política pragmática, inmediatista y ambivalente. El chavismo reconoce en la Mesa de Unidad Democrática (MUD) un adversario, rostro de otras fuerzas políticas externas que empujan al desplazamiento total del chavismo de la escena política. Para enfrentarlo, el chavismo y las instituciones venezolanas solo han tenido que alinearse como cuerpo político en la Constitución y tomar sus decisiones en base al empleo de la institucionalidad formal. ¿Qué trajo consigo eso?

Un ejemplo de ello se produjo cuando el Consejo Nacional Electoral de Venezuela (CNE) no cedió a adelantos ilegales en la aplicación del referéndum revocatorio que la derecha intentó propiciar en el año 2016, violando la normativa que rige los procesos de revocatorio de mandato en el país. El CNE siguiendo al pie su norma, no consagró presiones políticas de la MUD ni de otros factores externos. Los tribunales venezolanos actuaron en consecuencia al fraude de la MUD alrededor de fallidas recolecciones de firmas.

En esas oportunidades las instituciones venezolanas no cedieron a chantajes internos y externos, basándose en su nada des-

estimable fuerza política, lograron desactivar presiones que le han brindado tiempo para replantear a la institucionalidad en su conjunto, dominando a plenitud el espacio político interno dentro de la Constitución. Ese es un elemento a considerar sobre la revolución bolivariana: Han cohesionado todo el entramado jurídico y político en la normativa, sin desvaríos y ambigüedades.

Otro ejemplo de ello vino de la mano del propio Presidente Maduro, quien por no ceder a presiones internas y lidiando con señalamientos de “dictador” no cedió a violentar la Constitución avalando llamados adelantados a elecciones generales extemporáneas o renunciando a su cargo por mera orden de la oposición interna y externa.

Ese dominio chavista del espacio político puso a la derecha venezolana a desatinar, a improvisar, a tambalearse en agendas, disgregándose operativamente entre quienes con pragmatismo se mantenían en la oposición política y quienes, por otro lado, suscribieron aventuras desestabilizadoras.

Veamos algunos eventos. En 2016 la oposición desde el parlamento propuso el recorte del período presidencial, declarar que Maduro es colombiano, organizar un revocatorio presidencial a destiempo o fuera del lapso previsto en la Constitución, también solicitaron renuncia del Presidente, abrirle un juicio político desde el parlamento sin contar con otros poderes públicos indispensables para ello, declarar ausencia en el cargo del Presidente, etc. Todos estos eventos, estuvieron fuera de las leyes venezolanas, fueron situaciones fallidas, fracasos políticos que resultaron de improvisaciones por parte de un mal manejo del espacio político por los dirigentes de la MUD.

La tragedia de la MUD en 2016 consistió en anunciarle a sus seguidores el “inminente” desplazamiento de Maduro del Poder. Luego de implementar varios métodos fallidos, emprendieron un prolongado ciclo caracterizado por sus luchas internas, desacuerdos, peleas por cuotas, incongruencias y dispersiones tácticas que, en política, implican tiempo valioso, y en algunos casos llevan a tragedias y fracasos. Al mismo tiempo lidiaban con el desencanto y pérdida sólida del apoyo de sus seguidores, los cuales confiaron en gran cuota en el desplazamiento violento de Maduro. Esa masa desencantada y frustrada, comenzó a ser poco proclive a

apoyar a la misma oposición en caso de darse el evento electoral que tanto solicitaban.

El chavismo a lo interno

Para explicar la persistencia de la opción revolucionaria en la conducción de Venezuela es indispensable reconocer el alto sentido de cohesión en las fuerzas chavistas. Sin ello, el sostenimiento del gobierno chavista como medio para sostener la revolución como proyecto político y social sería imposible. ¿En qué consiste esto? La unidad consiste en el vínculo estrecho y sólido que existe entre la dirigencia del chavismo y sus bases. Algo en lo que otras revoluciones democráticas recientes han tenido suma dificultad.

Siempre debemos preguntarnos ¿Por qué no se estremeció Brasil pronunciada y sostenidamente cuando se produjo el derrocamiento de Dilma? ¿Por qué la “respuesta” popular fue espasmódica durante el encarcelamiento de Lula? ¿Por qué no hubo una reacción popular en Ecuador ante la transición breve del gobierno de Lenin Moreno a la derecha? El chavismo es una particularidad política en sí mismo.

El primer denominador del chavismo a lo interno es su sentido de unidad política y el vínculo identitario de esa cohesión con grandes aspiraciones nacionales. Pero dicha unidad, no tendría sentido político práctico si no estuviera eficaz e inteligentemente conducida por el directorio del chavismo. La capacidad que ha tenido el Presidente Maduro, tantas veces subestimado, y otros dirigentes que le acompañan, ha permitido desarmar y someter al adversario en diversas oportunidades, jugando contra muchos factores y probabilidades en contra. El sentido de inteligencia política de la dirigencia chavista es un valor construido durante años de devenir mediante el fogueo de las lecciones políticas que el mismo Chávez supo dejar.

Es decir, la dirigencia del chavismo y con ellos los sectores organizados en el tejido político revolucionario, han sabido interactuar y maniobrar en sucesivos eventos de desestabilización, asedio y golpes de Estado consumados. Los eventos de los años 2002 y 2003 de golpismo abierto contra Chávez, dejaron lecciones que las fuerzas revolucionarias han sabido emplear.

Otro sentido político desarrollado por el chavismo ha sido el de persistir con solidez en su posición, dentro de la Constitución y haciendo máximo uso de los recursos institucionales para no perder su “centro de gravedad política”. Los tambaleos inducidos por el adversario han sido también por el perenne intento de colocar al chavismo en terreno contrario. Pero las situaciones reales de la política venezolana han dado cuenta de lo contrario.

Un ejemplo de ello es, que Maduro ha llamado a la oposición a diálogo múltiples veces, algunas de ellas sin éxito, otras veces a expensas del señalamiento de sus propios seguidores. A veces luciendo incauto, a veces luciendo ingenuo. A veces recibiendo el desprecio abierto de sus adversarios políticos, Maduro siempre ha llamado al diálogo reconociendo a sus adversarios.

Pero también es cierto que toda vez que Maduro logró sentar a la derecha en una mesa, salió triunfante, mientras ellos más diezmados, fracturados y divididos. Maduro tuvo que emplear el uso de la política inteligente y dialogante, manteniendo posturas inamovibles, pero cediendo en las menos estratégicas, para desarmar al adversario y teniendo pleno conocimiento de la escena en la cual mejor ha sabido desplazarse, la del manejo del conflicto.

Es preciso recalcar: Maduro desde inicios de 2017 tuvo que articular a puerta cerrada algunas reuniones preparatorias con dirigentes de la MUD para abordar e intentar evitar lo que luego estallaría; las “guarimbas”, una nueva arremetida de violencia, caos propagado y células paramilitarizadas en etapa germinal, desplegándose en focos en varias ciudades del país, tal cual como también ocurrió en los años 2007 y 2014.

En 2017 el ala más propensa a la violencia en la MUD había tomado las riendas de esa organización y empujaba al país —por órdenes de EE. UU.— a un conflicto total. Una guerra irregular y asimétrica intentó fraguarse simultáneamente en diversos puntos del país, causando más de 230 muertos mediante un tipo de violencia indiferenciada que en algunos casos, se tradujo en la incineración de personas en la calle, por ser “negros y chavistas”, tal como ocurrió con Orlando Figuera, caso bastante conocido por su notoriedad en redes sociales.

Pero la sociedad venezolana tuvo un rechazo mayoritario a la violencia, pues el chavismo es además de fuerza política, una subjetividad, un hecho social. Ha permeado a la sociedad venezolana con un consistente discurso de llamado a la paz y resistencia a la violencia durante años, como antítesis de la narrativa antichavista.

Luego de meses de violencia durante el año 2017, el chavismo logra debilitarla inhabilitándola tanto por la acción y desgaste ejecutado por los cuerpos de seguridad, como por llamamientos a los sectores en la oposición que paulatinamente se estaban deslindando de las guarimbas, como son llamadas en Venezuela estos actos de violencia callejera.

Maduro logró convertir al atajo de la violencia en un callejón sin salida, pues sus adversarios no lograban consolidar los objetivos propuestos y no terminaban de abrirle paso a una intervención externa del país.

Varios sectores proclives a la violencia, vieron el agotamiento progresivo de su esquema prebélico con una enorme frustración a costas, pasando de los discursos triunfantes a evidentes gestos de agotamiento y poca capacidad de gestionar las aspiraciones de sus seguidores que esperaban una caída inmediata del presidente.

El chavismo tuvo la capacidad de tomar el pulso exacto de la violencia de 2017 y acudió a redirigirla como una modalidad de desgaste a la propia oposición, pues precisamente las urbanizaciones y sectores de mayoría electoral opositora en varias ciudades venezolanas, eran los que más se mantuvieron proclives a los hechos violentos, cierre de vías y destrucción de la propiedad pública y privada. La militancia antichavista comenzó a fragmentarse entre minorías cada vez más pequeñas que apoyaban la violencia y grandes cuotas de opositores víctimas de la violencia de las células paramilitarizadas.

Con mucha perseverancia, negociaciones y luego con llamados abiertos, Maduro articuló un nuevo diálogo político para desactivar en el mes de julio de 2017 el ciclo violento, sin ceder, y llamando a la elección de la Asamblea Nacional Constituyente (ANC).

Aunque la oposición desconoció el llamado a asistir a la ANC, si decidieron participar mayoritariamente en las elecciones regionales, como ya lo dijimos.

Para explicar la estabilidad política de Venezuela, especialmente luego del ciclo violento de 2017, hay que mencionar la sólida articulación entre el sector civil y el sector militar del país. Y esa es una realidad política sumamente consagrada en el chavismo desde adentro.

Ese vínculo cívico-militar que atraviesa al chavismo de manera transversal es una diferencia clara entre Venezuela y otras referencias de la izquierda regional. Mientras en diversos países con revoluciones democráticas o tendencias progresistas el sector castrense fue confinado a una posición “institucional”, políticamente parca, Venezuela fue en la dirección opuesta. Chávez lo entendió desde siempre y construyó las bases del sostenimiento del gobierno de Maduro al largo plazo, al crear una sola identidad política cívico-militar unificada en la revolución bolivariana como paradigma integrador.

Esto ha consistido en dar cuerpo a los niveles de correspondencia entre el sector militar y el civil, pues de allí radica el génesis del chavismo como fuerza política, una insurrección militar el 4 de febrero de 1992 que fue precedida por una insurrección civil en 1989, conocida como “El caracazo”. Si el chavismo no contara con esos vínculos estrechos entre ambos sectores, habría cedido a la desestabilización apenas años de iniciarse en el poder.

El chavismo entendió desde siempre que la institucionalidad no podía persistir en términos formales si había una revolución en marcha. Por lo tanto, se produjo un desmantelamiento de las estructuras militares como existían en Venezuela y se tocaron intereses sensibles, que transformaron el hecho castrense en una realidad hecha cuerpo político componente de la institucionalidad erigida en tiempos de chavismo y desde la Constitución de 1999.

Otro factor a reconocer es que, a diferencia de otras experiencias latinoamericanas, el chavismo constituyó un cuerpo vivo que desarrolla la política más allá de las instituciones, e incluso más allá del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV) como instancia políticamente gobernante. El chavismo creó su

propia vanguardia. Creó un tejido político integrado, poliédrico, multiverso, definido por grandes sectores y fuerzas sociales que han dado procedimiento y ejecución al chavismo como realidad y subjetividad política.

La vanguardia se edifica con quienes construyen la política real en los espacios vitales de la política desde la cotidianidad. Mujeres y hombres comunes, dirigentes comunitarios y de base, organizados en las estructuras de Consejos Comunales, CLAP, movimientos sociales, estructuras locales del PSUV, fuerzas de partidos aliados, movimientos gremiales, instancias comuneras, etc.

Estos espacios son donde se replica la política central y donde se reproducen los lineamientos y la dirección programática del chavismo en los espacios concretos de la vida social. Son áreas de trabajo para la ejecución de las políticas públicas y Misiones Sociales.

Pero son más que eso, pues se trata además de establecer en cada espacio de trabajo un área vital de defensa de la revolución en todos sus momentos y en todas las circunstancias, frente a todos los tipos de amenazas que se ciernen sobre el proceso político chavista. El chavismo se compone no de seguidores, se compone principalmente por militantes.

Los espacios de vanguardia son espacios de defensa de la revolución, en un marco de permanente reflexión sobre los grandes temas y circunstancias nacionales que atraviesa el país. Son ,además, lugares donde se defiende la línea y la instrucción de las instancias revolucionarias. Pero donde además existe el constante ejercicio de la crítica y la construcción colectiva. Son espacios donde ha cuajado el sentido de madurez de la militancia del chavismo y donde se mantiene la base de apoyo que le ha permitido al chavismo sostenerse electoralmente y, más allá de ello, seguir como principal fuerza política en ejercicio en Venezuela infiriendo en la subjetividad nacional.

La cuestión internacional y conclusiones

Sería insuficiente determinar la persistencia de la revolución bolivariana en Venezuela, sin sopesar las cuestiones elementales del relacionamiento externo del chavismo.

Desde el año 2015, la Casa Blanca aceleró todas las acciones de asedio a Venezuela, esta vez mediante la política de sanciones contra el país. La gestión de Barack Obama implementó una orden ejecutiva en el año 2013 que declaró a Venezuela una “amenaza inusual y extraordinaria” para la seguridad de EE. UU., dando inicio con ello a acciones coercitivas y lesivas del interés venezolano.

La primera etapa de sanciones contra Venezuela, dirigidas contra funcionarios públicos y la figura del propio presidente Nicolás Maduro, tuvo un alto punto luego de los actos violentos y guarimbas del año 2014, cuando el gobierno estadounidense adjudicó la categoría de “represores” a un conjunto de funcionarios venezolanos tanto civiles como militares que se apegaron a la legalidad y a la preservación del orden y derecho público.

En los años 2016 y 2017 las sanciones contra funcionarios del alto gobierno venezolano en teoría eran más consistentes, pero en esencia terminaban siendo sanciones de papel, precisamente por tener pocos o nulos efectos sobre los propios funcionarios y sobre la situación interna de Venezuela.

No obstante, la administración Trump daría un giro a la dinámica de sanciones y en el periplo político de 2017 la agenda de asedio fue incrementándose, alcanzando la categoría de sanciones contra la ya convulsionada economía venezolana. En el mes de agosto de 2017 el presidente estadounidense Donald Trump firmó una orden ejecutiva que exigía al Departamento del Tesoro implementar, de manera inmediata, un conjunto de sanciones “irreversibles” dirigidas a la economía venezolana y el sistema financiero de todo el país.

La orden ejecutiva emitida prohibía que cualquier persona, entidad, empresa o asociación, legalmente radicada o que realice actividades en Estados Unidos pudiera efectuar negocios con nuevos bonos de deuda que sean emitidos por cualquier instancia del Gobierno venezolano, a saber, bonos de la República emitidos por el Banco Central venezolano o la empresa estatal PDVSA.

También el paquete de sanciones habilitó condiciones para la discrecionalidad plena de las agencias financieras para emprender cierres de las cuentas en bancos internacionales del Estado venezolano y de empresas públicas y privadas que tuvieran un rol

relevante en las políticas de importación de bienes esenciales a Venezuela. Desde ese punto, Venezuela ha sido progresivamente boicoteada y parcialmente aislada del sistema financiero internacional mediante la aplicación de un bloqueo de facto.

En paralelo, Venezuela ha visto cómo desde instancias como la Organización de Estados Americanos (OEA) sucesivamente se fraguaron intentos de aplicación de la Carta Democrática Interamericana y en simultáneo, la conformación de una tienda aparte para legitimar y propagandizar la conjura de intento de aislamiento del país. El llamado “Grupo de Lima”, dio cuerpo a un conjunto de países alineados bajo la figura de gobiernos de derecha contra “la dictadura de Maduro”, presentando la imagen de una Venezuela aislada en el continente.

Pero el relacionamiento externo de Venezuela trae consigo otras variantes que, en efectos prácticos, han sido favorables para contener el asedio. Los países del bloque de la Alianza Bolivariana para las Américas (ALBA) y Petrocaribe se han mantenido en consistente apoyo a Venezuela en el ámbito regional, en función de una política que inhabilitó la capacidad de maniobra de la OEA para timonear el asedio al país mediante la ejecución de una Carta Democrática Interamericana.

En el cierre de 2018, e incluso en el asedio de los acontecimientos de la primera mitad de 2019, hay circunstancias que han desdibujado la presentación de supuesto aislamiento de la revolución bolivariana.

Solo basta recordar que en septiembre de 2018 Maduro realiza un importante viaje a China, es recibido por Xi Jinping con honores de Jefe de Estado y recibe el respaldo financiero y político del gobierno chino en su Plan de Recuperación Económica lanzado en agosto de 2018.

El Presidente Maduro realizó una intervención en la 73.^a Asamblea General de la Organización de Naciones Unidas, haciendo puntos de honor sobre la postura de Venezuela como nación asediada y superando el cerco mediático. Denunció las intenciones de intervención de Venezuela. Sobresale en dicho periplo las intenciones declaradas abiertamente por el presidente venezolano y su par estadounidense, en reunirse para lidiar con los temas críticos en la relación entre ambos países. El Senador

estadounidense Bob Corker realizó una visita a Caracas días después, para reunirse con factores del chavismo y la oposición.

Casi al fin del año 2018 el Presidente Maduro asistió a la toma de posesión del nuevo presidente mexicano Andrés Manuel López Obrador, contra muchas presiones y pronósticos, revitalizando la presencia venezolana en la región. México se deslindó de la política que había adquirido en la gestión presidencial de Enrique Peña Nieto, quien había colocado a la nación azteca como uno de los países más influyentes en el llamado “Grupo de Lima”, una articulación política con escasos niveles de institucionalidad, creada solo con el objetivo trumpista de derrocar la Revolución Bolivariana.

La agenda internacional tuvo el reposicionamiento de Venezuela ante el mundo emergente con la visita del presidente turco Recep Tayyip Erdogan a Caracas, para lanzar un conjunto de acuerdos en materia económica con su par venezolano.

También es sumamente sobresaliente la visita que el Presidente Maduro hizo a Rusia para cerrar “con broche de oro” el relacionamiento externo del país en 2018, ratificándose la postura rusa en la propia voz del presidente Vladimir Putin de no injerencia de occidente en Venezuela y, además de ello, reafirmar lazos de cooperación en varias materias.

Como parte de esos acuerdos, Venezuela recibió la visita de una cuadrilla de aviones estratégicos rusos, entre ellas dos unidades TU-160 bombarderos supersónicos, capaces de portar armamento nuclear.

Para resumir las contradicciones alrededor del relacionamiento externo de Venezuela es importante destacar que el país caribeño supo adecuarse ante el bloque de la política internacional alternativa que ha cuajado en contradicción a la política del bloque occidental. El ingreso de Venezuela al “eje del mal”, al club de países sancionados por la Casa Blanca, reafirmó la situación venezolana de pleno relacionamiento con sus dos más poderosos aliados, China y Rusia, países que consideran su relación con la nación sudamericana como “estratégica”.

El talante de las relaciones venezolanas ha tenido dos epicentros, el petróleo y la presentación contrahegemónica del socialismo antiimperialista. En ambas variantes el chavismo ha pulseado su marco de relaciones exteriores creando efectivas bisagras que

han permitido que la nación pueda desenvolverse eludiendo sanciones económicas y reafirmando su posición de país bajo asedio y en contraofensiva.

La cuestión internacional es indispensable, factor medular que define la continuidad del chavismo en el poder, pues ha significado la contención de arremetidas más severas contra el país y ha permitido crear distenciones puntuales que han significado la continuidad de una estabilidad política elemental y en términos políticos maniobrable.

La situación de Venezuela, al ser transnacionalizada intencionalmente por Estados Unidos para obtener mayor capacidad de agresión, se definirá en el tablero internacional. El equilibrio geopolítico de la región se debate en la disputa entre Estados Unidos y China y Rusia, por el acceso a los recursos naturales y la dominación de zonas estratégicas.

Entendiendo eso con claridad meridiana, el chavismo ha sabido moverse con inteligencia empleando sus asociaciones estratégicas con Rusia y China como arma de disuasión y reafirmando su papel como bisagra geopolítica entre el orden unipolar y multipolar a escala regional. Su inteligencia para gestionar el conflicto sigue siendo el obstáculo más difícil de derribar.

Bolivia: liderazgo, luchas sociales y clases medias populares

Por Juan Carlos Pinto Quintanilla

Las historias del país

En el año 2005 Bolivia y el mundo quedaban estupefactos ante el ascenso al gobierno del primer presidente indio de una República que, en términos históricos, había construido su identidad sobre la base de la negación de la diversidad y sobre una superioridad blancoide de raíces coloniales. ¿Cuál era la diferencia con los otros países latinoamericanos, que también habían sido parte de una identidad originaria en sus territorios?

En Bolivia, por sus peculiares condiciones coloniales de explotación de recursos naturales, la explotación de la mano de obra se hizo extensiva. En cambio, en los países vecinos utilizaron el genocidio como estrategia para la recolonización migrante que venía del Viejo Mundo. Aun así, no pudieron negar la identidad indígena de sus pobladores que con rostros morenos y mestizos poblaban sus ciudades, y a los originarios que quedaron los marcaron en espacios de reservas, o bien, en la perspectiva de la modernidad rebautizaron su identidad bajo el paraguas de la campesinidad y la ciudadanía como un logro aparentemente democrático que, por supuesto, siguió ocultando la miseria de los más pobres —indios y negros— que poblaron el continente y se convirtieron en los proletarios, en los prescindibles, en la mano de obra barata del sistema capitalista y dependiente del que América Latina nació siendo parte.

Los poderes dominantes de los Estados crearon una narrativa sobre sus orígenes que inicia en la colonización civilizatoria y en la república que les dio identidad, donde el discurso de la igualdad creaba la ilusión de la pertenencia a una patria que pertenece

a todos, aunque las oligarquías detentaran la propiedad y el poder de decisión, con una gran mayoría excluida de los derechos fundamentales.

El poder de esas oligarquías generó una economía que hizo posible el crecimiento de la pequeña burguesía que, mediante oficios y estudios, se hicieron cargo de la administración estatal, generando no solo una condición de vida considerablemente superior, sino también una creciente expectativa de sentirse parte de la clase dominante.

Las repúblicas, entre dictaduras y aparentes democracias, sostuvieron este sistema que, basado en las expectativas del mercado y los sueños de modernidad, crearon una creciente clase media que expresaba plenamente esa perspectiva marxista de que la pequeña burguesía en el capitalismo vive soñando y trabajando por ascender socialmente, mientras las condiciones del sistema, más bien, busca proletarizarlos en los distintos espacios burocráticos, académicos y de oficios.

Bajo esa conciencia distorsionada, estas clases medias se convirtieron en las mayores defensoras del sistema clasista imperante. Las clases dominantes de los Estados nacionales históricamente optaron por actuar generalmente a través de intermediarios de la pequeña burguesía. De esta manera, los escenarios electorales, cuando correspondía, se convirtieron en debates de cómo cambiar para sostener lo mismo, es decir, conservar los privilegios adquiridos, conservando la propiedad privada de los mayores propietarios.

Bolivia fue parte de esta historia y, al mismo tiempo, se diferenció de ella a partir de sus peculiares condiciones productivas para el mundo colonial, y la preservación y lucha de las identidades indígenas que originariamente fueron de este territorio.

La clase dominante boliviana buscó construir una idea de país en confrontación con las ideas libertarias y republicanas del libertador Bolívar, generando exclusión de la mayoría indígena que habitaba en el territorio, imponiéndose la idea colonial de la exclusión antes que la de la construcción de un país plural. Por eso, la mita colonial fue prontamente restituida y el pongueaje se convirtió en la norma laboral de relación servil de los pueblos indígena originarios respecto al poder republicano.

El poder económico de hacendados latifundistas y mineros propietarios se vio representado entre fusiles, curas y políticos mestizos, quienes tenían el monopolio de la decisión política y de la preservación del sistema oligárquico.

La clase dominante, en su totalidad, sostenía características de apellido o linaje colonial que emitía, como mensaje ideológico para las clases medias administradoras del Estado, que el poder contenía una suerte de herencia divina que negaba la posibilidad a los indígenas originarios de ser tomados en cuenta en la construcción del país.

De esta manera, ni aun un multimillonario como Patiño, rey del estaño a nivel mundial, pudo llegar a ser miembro del selecto club social de Cochabamba, por no contar con la estirpe de sangre definida; sin embargo, esto no le impidió tener los operarios necesarios en los gobiernos de turno para la preservación de sus intereses.

De forma histórica la clase media tradicional se forjó en este papel de administración del Estado y de representación política, junto al de oficios y profesiones, que les permitieron también acceder a un mejor ingreso con mayor independencia laboral y derechos ciudadanos, o bien, a espacios de poder como el de los militares o de las sotas en la estructura social republicana.

Además de tener la posibilidad de recursos económicos, también ejercían sus derechos políticos como una exclusividad de casta que claramente mostraba que no solo la condición económica los diferenciaba, ni siquiera el privilegio de los derechos ciudadanos, sino la condición de “raza” que los hacía superiores de nacimiento frente a los indígenas originarios.

Es por eso que, junto a las características de clase, el racismo también fue una elaboración del poder como forma de explicación e, hipócritamente, como una suerte de paternalismo sobre los “indefensos” indios que “requieren de un patrón para sobrevivir”.

Ahora bien, la izquierda política en Bolivia se incubó en el seno de esa clase media con derechos privilegiados y con todos los prejuicios de esa clase. El Partido Obrero Revolucionario y el Partido de Izquierda Revolucionaria se nutrieron de escritores

que tempranamente leyeron a Marx y conocieron las experiencias revolucionarias de la URSS, y que concentraron su esfuerzo político en la politización de la clase obrera, principalmente minera, pero que, sin embargo, no lograba contar con el protagonismo político de los indígenas originarios, mayoría en el país, y raíz de la identidad de la propia clase obrera.

También la izquierda del Nacionalismo Revolucionario, que interpelaba los privilegios de los oligarcas desde las ideas de nación y de modernización, estuvo colonizada por dirigentes, escritores, abogados, e incluso miembros administrativos de las minas, de la rosca oligárquica, que fueron quienes finalmente condujeron las transformaciones luego de la revolución de 1952.

El proyecto de ciudadanía del MNR consistía principalmente en la generalización de los derechos fundamentales que, a través del voto universal, permitiría a la mayoría tener acceso al ejercicio de esos derechos.

La reforma agraria y la reforma educativa generaron migraciones importantes a las ciudades en busca de mayores oportunidades y accesos a derechos, como el de permitir a nuevos ciudadanos acceder a estudios universitarios y, junto a la reapertura del Colegio Militar y la Academia de Policías, dio lugar al crecimiento de una nueva pequeña burguesía que rápidamente empezaría a cubrir los espacios institucionales estatales, tanto de las últimas dictaduras como de los nacientes o renovados partidos de izquierdas y derechas que buscaban pugnar electoralmente por el gobierno.

Es esa clase media, como se autodenominó la pequeña burguesía en ascenso, la que empezó a prefigurar el escenario político en Bolivia. Por derecha, se convirtieron en los golpes de Estado o en los partidos tradicionales como el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) o en la Acción Democrática Nacionalista (ADN), demandando un uso autoritario del poder para acceder al proyecto de modernización, vía mercado y dependencia. En cambio, por izquierda, esas clases medias, por su talante antidictatorial y compromiso con el proyecto proletario, se subordinaron al mandato obrero a través de los partidos y principalmente de la COB, donde se habían construido orgánicamente como en ninguna organización obrera del continente.

Hasta aquí el debate de las llamadas clases medias se había quedado en los niveles de ingresos, acceso a profesionalidad, a ser parte de la burocracia estatal o de las ahora llamadas ONG, y quizás las características de casta en gran parte referidas al apellido y el fenotipo de apariencia blancoide y de vestimenta. En definitiva, una suerte de fotografía y estereotipo creado por el sistema de clases y castas imperante en el país.

A ello añadimos el discurso y la ideología de la negación de lo indio —el racismo— como característica del ascenso de clase que niega a los de abajo y busca imitar a los que se encuentran arriba, y que se refiere con diferentes características tanto a los de izquierda como a los de derecha en esa nomenclatura política.

Ese discurso de clase en la izquierda tradicional tuvo como parangón a la Unión Democrática y Popular (UDP) y al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), que fueron incapaces de pensar un proyecto de país más allá de lo electoral. Luego el propio MIR se uniría a ADN y al MNR en la derecha neoliberal, donde no tuvo reparos en pasar de un discurso a otro y, junto a otra izquierda marginal como el Movimiento Bolivia Libre (MBL) y otros, practicar el “entrismo” para disfrutar las dádivas de la política neoliberal.

Esta fue la forma más acabada de expresar el proyecto de pequeña burguesía que se había creado en el país, que cayó en el oportunismo y en la priorización de quedarse en la administración del régimen político. Con el color que fuera, todo gira en torno a un objetivo político individual, siempre en favor de la autodenominada clase media.

Esas son las características de clase de una pequeña burguesía que, desde la colonia y pasando por la república y por la revolución nacionalista del ‘52, estuvo en constante crecimiento, siempre en relación con el poder del Estado. En las relaciones capilares de poder, en lo cotidiano, generó la ideología dominante del Estado boliviano que, de ser totalmente excluyente, se remitió a la tolerancia de las mayorías, sin perder el racismo y la discriminación como eje fundamental de su propio poder, mientras mostraba una total subordinación y dependencia, tanto a las oligarquías locales como a la ideología de mercado expresada en las imágenes y poderes del imperialismo.

Desde esa perspectiva de país, siempre quejándose por la diversidad y plurinacionalidad, con un complejo de inferioridad latente y con una intolerancia militante, no podía tener otro resultado que un país dividido, totalmente dependiente, que no fue capaz de tener una ideología dominante de Estado con capacidad de congregar y convocar a la creación del imaginario colectivo de un país de todos.

Por eso, la corrupción se convirtió en una característica común de lo político y se irradió a lo cotidiano, por cuanto la falta de identidad permite siempre que el individualismo capitalista se apropie del discurso de lo posible, más allá de cualquier discurso político de izquierdas o derechas.

Por supuesto, en ese transcurrir histórico encontramos honrosas excepciones en la izquierda. Esas que lucharon contra las dictaduras, que fueron capaces de entregar la vida por sus ideales, que lucharon con convicción por un mundo diferente y que quedaron en el camino o siguen peleando desde los viejos sueños, con una ética consecuente y luchando por una revolución socialista. Pero estos últimos no hacen más que confirmar la regla para una mayoría de clase, que decidió distinto y optó, a pesar de su discurso, por prácticas políticas ajenas a un proyecto revolucionario.

La Bolivia de la Democracia y la “alternancia”

Es a partir de ese contexto histórico que Bolivia vive un proceso de transformación revolucionaria a sus casi 200 años de haber logrado su constitución como república independiente de Europa.

El fundamento constitucional que se ha repetido a lo largo de nuestra historia republicana es el de la división de poderes y de las formas democráticas liberales de tomar decisiones.

Sin embargo, valga decir que, a pesar del fundamento y el horizonte político republicano, nuestra historia se ha movido más a través de golpes de Estado, autoritarismo y, en definitiva, en la exclusión de la mayoría indígena originaria campesina del país.

De esta manera, Bolivia nació con el reconocimiento de ciudadanía a apenas un 3 % de las personas. Solo ellas podían reclamar y ejercer sus derechos políticos. Esa situación duró hasta el año 1952, en el que formalmente se decretó el Voto Universal,

dando lugar a que todos pudieran participar con el único requisito de estar inscrito en el padrón electoral.

Pero la condición política de la mayoría no cambió en esencia, pues el poder político y las decisiones fueron ocupadas por los mismos de siempre: los hijos de los sectores dominantes del poder oligárquico del país. En las representaciones locales, los patrones incluso se turnaban por generaciones. Eran castas en el poder las que generaron el país profundamente racista y excluyente que aún hoy todavía tenemos.

Esa fue la primera forma de alternancia. Su pleno cumplimiento por la casta dominante, que pasaba por patrones candidatos que accedían al poder público como una manera de preservar los intereses de todos, pero principalmente los suyos, en el tiempo que le tocaba estar en la gestión. *La candidatura de Rojas*, una novela sobre la política a principios del siglo XX, expresa muy bien lo que aquí referimos.

Por tanto, la historia republicana hasta el '52 fue la continuidad de caudillos que se turnaban en el poder. No precisamente a través de las urnas, sino desde las balas con las que respaldaban los golpes de Estado para preservar sus privilegios, que, en definitiva, expresaban que el país era considerado como parte de su patrimonio, donde el Estado era, esencialmente, un botín de guerra e instrumento de represión sobre la mayoría indígena.

De esta manera, perdimos territorio en todas las fronteras del país, pues nunca se sentó soberanía y el país llegaba para ellos solo hasta donde sus intereses se encontraban. Los bolivianos tuvimos un ejército oligárquico que perdió todas las batallas internacionales, pero fue triunfador en todas las masacres internas contra la mayoría indígena originaria y los sectores populares.

No cambió mucho a situación con las reformas luego de la revolución nacionalista de 1952. El voto universal amplió la posibilidad democrática de decidir quienes realmente podían ser elegidos, pero eran los “políticos de profesión” los que tenían un partido como propietarios. Eran los que tenían recursos o estudios y podían dedicar su tiempo para “hacer política”.

Aun así, los sectores dominantes apelaron permanentemente a los golpes de Estado. En la historia de Bolivia, fueron demasiadas

las ocasiones en la que los militares permitieron la continuidad del modelo y de los intereses dominantes. Fue entonces el tiempo de la alternabilidad de los militares en el poder.

Los pequeños partidos de izquierda e indianistas, que empezaron a visibilizarse desde los setenta, tuvieron resultados testimoniales en las elecciones hasta finalmente encontrarse en el gobierno con la UDP en 1982 que, siendo bloqueada permanentemente, no acudió a otro recurso de gestión de la crisis que repetir la política de mercado, algo que determinó el derrumbe de su propio gobierno para abrir las posibilidades a los sucesivos gobiernos neoliberales, esos que a lo largo de casi 20 años rotaron en el poder con distintos maquillajes, pero con el mismo planteamiento político.

¿Dónde quedó el fundamento democrático de la alternancia en el poder? Sepultado, en unos casos, bajo las botas militares que hacían fila para esperar su turno para el siguiente golpe, o bien, en las arcas de los dueños de los partidos que se turnaron para administrar el Estado y retribuirse mutuamente los beneficios del mismo.

En definitiva, ese debate principista que ahora algunos sectores políticos de Bolivia plantean sobre la alternabilidad como fundamento de la Democracia Liberal es falso. Tal cual se viene describiendo, la realidad en Bolivia —y probablemente en el mundo— nos muestra que la alternancia funciona según los intereses que existen en las clases dominantes en el poder que, incluso más allá de la propia democracia, demasiadas veces optaron por el autoritarismo militar para preservar sus intereses.

En ese sentido, podríamos interpretar la alternancia como el *pasanaku* de sectores dominantes para tomar parte de lo que ellos asumen como botín del poder, y privilegiar a su sector en las políticas de Estado a aplicar.

Esta realidad no pretende invalidar a la Democracia, que ha sido parte de una construcción universal. Sin embargo, su sentido fundante es el de mejorar la vida de la ciudadanía y su convivencia, no la aplicación de recetas o generar normas válidas para todos, según los intereses de algunos.

Cabe pues preguntarse, con la historia mundial y del país, si la alternancia verdaderamente democrática, no pasa por que la mayoría sea ahora realmente protagonista luego de siglos de abandono y opresión. Si no es una verdadera alternancia democrática el que la mayoría hoy decida los destinos del país y si no es un grito de resentimiento el que una minoría pida la alternabilidad política cuando no ha existido en el país antes, ni siquiera al interior de sus propios partidos.

Por eso de la boca de los que piden “alternancia” afloran, una vez más, los argumentos no democráticos, sino racistas y excluyentes de quienes, entrelíneas, pretenden llamar a la cordura al pueblo para que civilizadamente elijan a otro de los de siempre.

La oposición, sin liderazgo histórico y electoral

En los años que siguen al segundo mandato (con la nueva Constitución) del gobierno de Evo Morales se sucedieron, igualmente, otros tipos de conflictos de forma persistente y en crecimiento, lo que les ha permitido a algunos sectores opositores utilizar los argumentos del “centralismo”, “autoritarismo” y “dictadura democrática”.

Esos argumentos son amplificadas permanentemente por sus portavoces y representantes opositores, a través de los medios de comunicación, que en su gran mayoría han tendido una red de información con capacidad de construir la agenda de comunicación a la población, subrayando esas características del gobierno y de su presidente.

Esa agenda, que ha permitido la permanente visualización de los opositores, sean autoridades en funciones o “analistas políticos”, no solo deja de lado las transformaciones fundamentales en el país en todos los campos, sino que subraya los temas de la corrupción gubernamental y las relaciones con el narcotráfico, en un análisis sin pasado, basado en la supuesta desmemoria popular que enfatiza los “errores” políticos.

En esa lectura, todos los que hicieron uso inadecuado de los recursos estatales en los gobiernos anteriores se declaran “perseguidos políticos” y toda acción estatal, enmarcada en la nueva CPE (Constitución Política del Estado) y las leyes, es sustentada

en “razones políticas” (inventadas) y no en la recuperación del sentido de lo estatal como propiedad de todos, en contraste con el manejo de lo público como propiedad patrimonial de algunos que se asimilaban como dueños de este país en el viejo Estado republicano y liberal.

No obstante, habrá que aceptar que existe una oposición política en ciernes. Aquella que pretende jugar el papel de portavoz de los otros y que, en esta democracia, tiene todos los medios abiertos para mostrar su posición, incluso para denigrar y defenestrar al Estado, al liderazgo o a los funcionarios públicos.

Por tanto, es irónico que mientras denuncian la “dictadura Evista” digan que no tienen toda la libertad mediática para vilipendiarla, sin ser perseguidos o enjuiciados.

A su vez, entre las oposiciones regionales y locales están las que pretenden medrar del discurso de cambio, cooptando a militantes resentidos, tomando posición frente a cualquier acción que el gobierno decide, expresando mediáticamente la actitud pública de “que ellos lo harían mejor”. Detrás de ellos están las viejas figuras de mirada neoliberal, dispuestos a erigir nuevos “salvadores”.

A su vez, hay otros opositores, que ocupan funciones públicas locales o regionales, que no representan a los partidos anteriormente mencionados sino, más bien, a agrupaciones ciudadanas que en determinados momentos han logrado una concentración de poder regional, producto de relaciones tradicionales o de la mayor cercanía y reconocimiento de sus liderazgos, sin que tengan mayor repercusión en el ámbito nacional.

Estos sectores, además de su permanente posicionamiento político en torno a la persecución, sostienen argumentos de la gestión relacionados, por ejemplo, al de la propia autonomía, que desde su aprobación constitucional ha avanzado muy poco en la construcción estatutaria departamental, producto de los enfrentamientos locales en el seno de las asambleas departamentales.

En estas condiciones, los sectores opositores difícilmente encuentran una agenda política en la que puedan ponerse de acuerdo, ya que, en realidad, la que tienen al calor de la coyuntura solo es una de resistencia a la acción gubernamental. Adicionalmente, no pueden ponerse de acuerdo en apuntalar o potenciar un solo

liderazgo que tenga un discurso diferenciado en el proceso, en medio de la hegemonía del discurso del proceso de cambio.

En Bolivia, debemos partir de la afirmación de que el 2005, con la primera elección, no estaba ocurriendo tan solo un cambio de gobierno en el marco de la democracia liberal, sino el inicio de una nueva condición histórica para reconstruir el país. En definitiva, una revolución democrática intercultural que empezaba con una elección liberal.

Las Estrategias de cara al Referéndum 21F de 2016

La oposición planteó su estrategia inicial desde la necesidad de la alternabilidad democrática como argumento central y de la “ambición de dos personas” que buscan quedarse en el poder. Buscó posicionarse a partir del descontento ciudadano de las ciudades, de los disidentes del MAS y, en pequeña proporción, de los partidos opositores que luego pretendieron apropiarse del triunfo del NO.

Empero, estos Partidos Políticos, con fuertes ligaciones con las fuerzas reaccionarias internacionales, fueron el canal para generar una estrategia electoral, con recursos humanos y materiales que demostraron que no improvisaban, que se había planificado cada uno de los golpes mediáticos contra el proceso de cambio.

El apoyo externo es entendible dentro la estrategia geopolítica del Norte, frente a un gobierno que aún persiste en su planteamiento progresista. Las renovadas agresividades racistas en los medios dan cuenta de que el objetivo, luego de 13 años, es el de finalmente desmoronar moralmente el liderazgo evista. De esta manera, se han planteado todas las condiciones para el llamado “golpe blando”.

El equipo de asesores mediáticos opositores, plantearon el dilema de “Evo, líder público” versus “la vida privada de EVO”, urdiendo la trama del nexo de corrupción entre ambas dimensiones a través de una guerra sucia. Así, buscaron que el ciudadano se concentre en la “novelada” dimensión personal antes que en las transformaciones que ha tenido el país. Buscaron destrozarse la imagen simbólica del sujeto histórico Indígena Originario Campesino, representada por Evo, evidenciando que la mirada

colonial y discriminadora aún persiste en varios sectores de clase media que se sienten desplazados de las esferas del poder.

En ese camino, es importante entender que atacan al líder histórico, a un líder en su propia construcción personal revolucionaria —como todos en este proceso—, pero que, al mismo tiempo, representa el cambio de época histórica que ha vivido el país en estos años, que sirve de amalgama de la unidad popular que se necesita para profundizar el proceso de cambio.

La estrategia opositora es la de derrocar simbólicamente primero las fortalezas del proceso de cambio, con cuestiones que ellos, en sus gobiernos, jamás se plantearon realizar. En ese camino, la insistencia en buscar una relación entre Evo Morales y la corrupción ha sido el propósito fundamental para generar dudas en el electorado. Nunca se resaltó que el presidente había pedido desde el 2009 que se levante el secreto bancario en su caso, transparentando cualquier sospecha sobre su responsabilidad en la gestión pública.

La reacción fue tardía ante un ataque artero que no se esperaba y se entró en explicaciones que dieron lugar a una novela por capítulos donde el guionista opositor decidía el papel del “malo oficialista” y del “bueno opositor-víctima”, y donde no faltaron los héroes de los Medios de Comunicación que ayudaron primero a enlodar el escenario para finalmente victimizarse para seguir con la tragicomedia política.

Quizás porque no se terminó de entender el nuevo contexto político en el que se realizaba el Referéndum de 2016, desde la perspectiva oficialista se repitió la campaña electoral de la victoria anterior: subrayar la gestión y la inexistencia de propuesta alternativa. Una vez más se movilizó más a los funcionarios públicos que a las organizaciones sociales. Los portavoces siguieron siendo los mismos funcionarios y no los dirigentes sociales.

A su vez, se pretendió minimizar el papel de los medios de comunicación y las redes sociales, poniendo en evidencia que, a más de 10 años del inicio del proceso de cambio, no se ha realizado un proceso de autocrítica que permita superar los obstáculos internos para una mayor contribución revolucionaria, entre los que debemos mencionar la ausencia de una formación política sostenida de cuadros políticos.

Aun así, ante estos nuevos ataques se logró un 49 % de voto militante en el referendun de 2016, que, mayoritariamente, aún sigue firme, a pesar de la continuada campaña opositora.

La ofensiva persiste en el plano político mediático buscando victimizar a algunos portavoces de la estrategia, que han tenido, y tienen, toda la posibilidad de seguir emitiendo su opinión.

Haciendo uso de su “libertad de expresión” pretenden movilizar a la “ciudadanía” para frenar a la “dictadura”, a través de acciones callejeras, y la persistente agresión en los Medios de Comunicación y las redes sociales. Es la implementación del “Golpe Blando” con la receta aplicada en Venezuela y otros países.

Sin embargo, estos argumentos contra la posición oportunista y racista de los sectores de oposición, no nos impide ver que al interior del proceso de cambio existe la necesidad imperiosa de trabajar por tener cuadros políticos y de gestión, que permitan un proceso de sostenibilidad y de recambio en la revolución democrática y cultural en marcha, asumiendo que el país plurinacional y el tiempo que corre ha constituido un liderazgo fundamental que es consecuencia de la manera en que hemos abordado las transformaciones en nuestra historia.

El recurso de inconstitucionalidad

Vivimos el preámbulo de una lucha ideológica más intensa, una nueva etapa de la Democracia en Bolivia, a partir de la presentación del Recurso de Inconstitucionalidad por representantes de organizaciones sociales ante el Tribunal Constitucional y su posterior aprobación.

El argumento es básico y al mismo tiempo fundamental: se demandó el incumplimiento pleno de la Constitución Política del Estado (CPE) y leyes electorales en cuanto a limitar los derechos políticos de los ciudadanos y, por tanto, de derechos fundamentales determinados dentro de la propia CPE.

La demanda interpuesta, además, se basa en el art. 13 inc. IV de la propia CPE que a la letra dice:

[...] los tratados y convenios internacionales ratificados por la Asamblea Legislativa Plurinacional, que reconocen los de-

rechos humanos y que prohíben su limitación en los Estados de Excepción prevalecen en el orden interno. Los derechos y deberes consagrados en esta Constitución se interpretarán de conformidad con los Tratados Internacionales de derechos humanos ratificados por Bolivia [...]

En definitiva, se refiere al Tratado de San José de Costa Rica que pide a los Estados el respeto a plenitud de los Derechos Políticos, en este caso, a la posibilidad que tiene un ciudadano de presentarse como candidato al puesto de elección que desee, las veces que quiera hacerlo, y que solo el dictamen del voto y la elección del pueblo dirá sobre sus posibilidades.

Los opositores cifran sus esperanzas electorales en que el liderazgo Evista, que ya logró la victoria en 3 elecciones nacionales y un referéndum revocatorio, pueda ser apartado dando lugar a que el descontento y el desgaste mediático que han implementado les permita encumbrarse bajo una alternativa ciudadana que, en el fondo, tiene en común, tan solo, la oposición al proceso de cambio y a Evo Morales como presidente.

El oficialismo, con el recurso logrado a instancia judicial, ha dado un paso fundamental a la discusión sobre los derechos políticos de las personas, coartados en la actual CPE producto de las presiones opositoras y las negociaciones políticas que se realizaron para posibilitar un Referéndum Constituyente que permitió la pacificación del país, cuando aún asomaban las cenizas de la derrota del golpe cívico-prefectural del 2008.

Es decir, no se puede dudar que la CPE expresaba la correlación de fuerzas que se habían generado en los primeros 5 años de gobierno, donde la oposición minoritaria todavía poseía la posibilidad del veto congresal ante una mayoría que había logrado empezar a transformar el país, pero que necesitaba la constitucionalidad para seguir haciéndolo.

Ese acuerdo, presionado por los movimientos sociales por un lado y una oposición que se negaba a aceptar dejar el poder de decidir a la mayoría, posibilitó que se accediera al cambio de la CPE aprobada por la Asamblea Constituyente en su sesión de Oruro, en 144 artículos que transformaron en parte el espíritu Constituyente, aunque conservando el tema central de la inclusión y el

reconocimiento fundamental de las mayorías indígena obrera y campesina en la historia del país.

Fue una CPE de consensos donde la mayoría tuvo que ceder propuestas fundamentales que hacían al horizonte de país que se proponía para cambiar la historia, entre ellos, precisamente, el que no existiera reelección del presidente como una concesión a la minoría opositora. Las propuestas debatidas en la Constituyente, que hacen a su fundamento, mencionaban explícitamente en la primera CPE aprobada, tanto en la comisión política y en la plenaria, que se podría dar lugar a la “reelección consecutiva” si el pueblo así lo decidía.

La negociación coartó la voluntad constituyente de ampliar los derechos políticos a la voluntad del soberano, y se asume que hoy, en un nuevo momento político, el recurso de inconstitucionalidad presentado pretende la restitución constitucional de ese derecho fundamental decidido por los constituyentes, y anular la “legalidad” que pretendió construir la presión y las negociaciones políticas que, en su momento, permitieron a la minoría coartar los derechos políticos al conjunto de la ciudadanía.

Aquí se inicia el debate. Cuando algunos analistas opositores mencionan que los derechos no pueden ser irrestrictos y su limitación se encuentra en la ordenanza legal vigente. Pues bien, habrá que responder con la historia y que, si seguimos esa lógica, en Bolivia hemos tenido 18 Constituciones acomodadas a capricho de los sectores dominantes con el ánimo de legitimar su forma de organizar el Estado y, por supuesto, el cúmulo de derechos que formalmente existían, tomaban forma según el momento político, incluso con dictaduras para mantener la institucionalidad “occidental y cristiana”, donde los tiempos en el gobierno no eran importantes si eran preservados por la institución militar, que se asumía como la conciencia y el guardián del pueblo indómito al que había que subordinar.

En los procesos democráticos de tiempos neoliberales, con el pasanaku político de los partidos gobernantes, siempre terminaban en el poder los mismos y así ocurrió por casi 20 años: la silla presidencial se movía, pero el proyecto de dominación era el mismo.

En el proceso constituyente que vivimos a partir del 2006, único por su participación y representación popular, la ampliación de los derechos ciudadanos convirtió a la CPE en una de las más garantistas a nivel mundial. Sin embargo, la única preocupación opositora radicó en impedir que exista reelección para el presidente. Eso fue lo que negociaron, pues el único horizonte de país que ofrecen es precisamente el antievismo y, a través de ese posicionamiento político, la negación de la posibilidad del ejercicio de los derechos políticos de la mayoría indígena, obrera y campesina, que es el de elegir el liderazgo que ellos deseen para el país.

Los voceros de la oposición, que cuentan con gran cobertura en los medios de comunicación, pretenden posicionar el argumento de que la “alternancia es el fundamento de la propia Democracia” y, por tanto, los procesos de repostulación son intentos de perpetuación en el poder de Evo Morales, y, además, el mencionado referéndum del 21 de febrero del 2016 refiere a la negación “del pueblo” a la repostulación y, por tanto, se constituye en el argumento democrático del voto “mayoritario”.

Pues bien, habría que reiterar hasta el cansancio que el referéndum convocado tenía el propósito fundamental de preguntarle al pueblo sobre la posibilidad de modificar la actual CPE y no el aprobar o no la repostulación de Evo Morales. La movida opositora se manejó en torno a esa posibilidad, generando además una serie de argumentos inventados que buscaban deteriorar la imagen presidencial a través de su vida privada, que produjeron los resultados políticos conocidos por todos (ganó el “NO” a la reforma constitucional por menos de 120 mil votos).

Más allá del contexto electoralizado, habrá que mencionar que el temor de fondo de la ciudadanía, o al menos de parte de ella, se afina en lo que nos ha costado lograr un acuerdo constitucional y, por tanto, asumen que nuestra CPE es una trinchera estratégica a defender de sus posibles transformaciones, y este es un elemento presente en el inconsciente colectivo para defender lo logrado hasta ahora.

Por eso, es importante afirmar el hecho de que el recurso legal aprobado por el Tribunal Constitucional Plurinacional no implica un cambio constitucional en Bolivia, sino de establecer la

inaplicabilidad de algunos artículos que limitan el cumplimiento pleno de los derechos políticos de las personas y, en consecuencia, se debieron modificar las leyes que, a partir de ese articulado, se hubieran generado, como lo establecido en la ley 026 de Régimen Electoral.

El contexto ya descrito anteriormente, en el que se elaboró la CPE con amplia participación mayoritaria, pero con un importante poder representativo de la minoría, generaron estos desencuentros, que deberán encontrar su cauce en la propia historia que el país desenvuelve y que exige más Democracia Intercultural y más derechos plenos vigentes para cumplirla. En ese camino estuvo contemplada la aprobación de la nueva Ley de Organizaciones Políticas.

Partidos y caudillismo

La organización política en Bolivia basada en la antigua ley de partidos políticos, y luego complementada con la de agrupaciones políticas y pueblos indígenas, era el marco político de participación neoliberal que, básicamente, contemplaba o legitimaba el caciquismo partidario, el dedazo, que tenía la consecuencia de que una parte de la ciudadanía, para garantizar su derecho laboral, se encuentre afiliada simultáneamente en todas las tiendas políticas posibles.

Los incumplimientos de las normas electorales por parte de los Partidos Políticos eran constantes y se hacían patentes en las elecciones.

La nueva Ley de Organizaciones Políticas, en primera instancia, responde a la nueva CPE, a la diversidad que somos, y a la pluralidad de posibilidades de decisión en el marco de la democracia intercultural. Si bien la CPE subraya que tenemos tres democracias en nuestra vida como país, asumimos institucionalmente de que la forma representativa es la preponderante.

La nueva ley, promulgada por Evo Morales en septiembre de 2018, se ha enmarcado en el potenciamiento de la democracia representativa, postergando todavía la inclusión democrática intercultural. En ese camino, incluso, la noción “partido” se ratifica como preponderante y desaparece lo que se había convertido en

la novedad histórica del proceso de cambio, como es la figura del Instrumento Político.

La democracia liberal, junto a la correlación de fuerzas interna en el país, buscó potenciar la figura universal del Partido y democratizarlo en el proceso de cambio. Eso es, en sí, un salto de calidad en la propia democracia representativa que se asentaba en la figura de los caudillos antes que en la calidad democrática de la representación. No podemos negar que es parte de la herencia colonial la figura caudillista de los liderazgos partidarios que, a nivel político, ha gestado la figura del populismo como la expresión política de la construcción social latinoamericana.

Sin embargo, si bien no es con leyes ni decretos que la ciudadanía cambiará de forma de pensar en la construcción cultural de la Democracia intercultural, si generan nociones y directrices que apuntan en esa dirección. Son precisamente las elecciones primarias establecidas en la Ley de Organizaciones Políticas, las que apuntan en ese camino.

El contexto político de las elecciones primarias

Lo que la geopolítica nacional establecía, antes de que se convocara a las elecciones primarias, es que existía en el escenario político una sola organización política con representación nacional y que existían tenues intentos de construcciones partidarias y de agrupaciones opositoras que se habían constituido a partir de caudillos locales o departamentales, obteniendo espacios de poder intermedio en algunos departamentos y espacios locales, junto a una escasa representación parlamentaria.

Junto a ellas, quienes empezaron a hacerse visibles mediáticamente a través del uso de las redes sociales, fueron las denominadas “plataformas ciudadanas” como expresión diversa de descontentos sociales, también de nuevas demandas agrupadas a nivel urbano, o la creación ficticia de partidos tradicionales que se enmascararon, e incluso juventudes en búsqueda de espacios nuevos de protagonismo.

La nueva ley y la convocatoria a las primarias movió el tablero político y generó un proceso de reagrupación política. Las alianzas y bloques partidarios —recién creados o de siglas históricas,

pero ya sin contenido ni partidarios— fueron ofertadas al mejor postor, fueron receptoras de algunas de las plataformas que rápidamente, y en crisis de identidad, tuvieron que optar por una forma partidaria de participación para disputar con nuevos liderazgos. Sin embargo, una gran parte de las plataformas urbanas quedó al margen y en espera, como una buena parte de la clase media urbana, tanto la tradicional y como la aparecida en el espectro del proceso de cambio.

Seguramente como fue la afirmación de varios candidatos, con ellos se decidirá la votación urbana rumbo a las elecciones de octubre de este 2019.

También las primarias obligaron a acelerar el proceso de definiciones y de alianzas políticas, poniendo de manifiesto, en primera instancia, que el MAS tiene fortaleza en torno a un liderazgo fundamental, una gestión en marcha que otorga resultados en la vida de la gente, y un programa de futuro.

En el campo opositor, el principal factor de unidad no es otro que el “antievismo” y la negación por antonomasia de proponer un programa alternativo a través de su consigna-programa “Bolivia dijo NO” o “21F”; que ya no resultó como factor de unidad a la hora de ponerse de acuerdo en las expectativas de poder, generando disputas y rupturas.

En teoría, precisamente las primarias hubieran ayudado a consolidar liderazgos internos, a expresar el grado real de representación que tienen determinados liderazgos y confrontarlos con otros con los que aparentemente comparten el rol opositor y antievista.

Sin embargo, los opositores optaron por una visión basada en su propio caudillismo, para no confrontar ideas que no tienen como programa, y para no expresar en números la escasa representación que sustentan.

En este sentido, del proceso de primarias celebrado a fines de enero de 2019, quedaron 7 binomios que se confrontaron a sí mismos, sin discusión alguna y sin deliberación sobre los contenidos de programa rumbo a las elecciones nacionales de octubre 2019. Solo el MAS manifiesta la unidad construida en 13 años de gestión, con un programa y un liderazgo fundamental.

Ahora bien, los binomios opositores optaron por quitarle importancia a este espacio de democratización interna, bajo la figura de que solo sirve para “legitimar al binomio del MAS”, que, en realidad, sigue siendo el único concepto que los une y, por supuesto, la persistencia en sostener el sistema de caudillismo interno en la creación de sus organizaciones políticas, expresados, en su mayoría, en los longevos candidatos que tienen. Entonces se presentaron convocando a un voto simbólico que tan solo los habilite para las elecciones de octubre.

El MAS y la votación en las primarias

En el caso del MAS, como representación de la renovación política, sosteniendo un liderazgo histórico amparado en una organización y un programa, logró en el proceso de reinscripción partidaria acreditar a cerca de un millón de militantes. Por eso, se presentó el gran reto de lograr la mayor votación posible en las elecciones primarias de enero de 2019 para expresar contundentemente a la mayoría que representa como militancia partidaria.

Ese proceso significó un adelanto electoral de las presidenciales de octubre de 2019, un apoyo militante a la candidatura de Evo-Álvaro. Fue preponderante una visión exitista que apostaba a que la mayoría inscrita participaría militantemente. La realidad de los números quedó fijada en cerca de un 45,5 % de votación, lo que sin duda hace al MAS la mayor organización política de la historia del país y que tiene un núcleo duro de militancia que será la fundamental para incidir en la correlación de fuerzas rumbo a octubre 2019.

Sin embargo, el otro 54,5 % de no participantes es el que debería concentrar nuestra atención que pueden explicarse en parte por el contexto histórico en el que se dan estas primeras elecciones primarias.

Primero, el desconocimiento de la norma y el sentido de las elecciones primarias por una gran parte de la ciudadanía. Una mala campaña informativa por parte del Órgano Electoral Plurinacional, que carga con su propia crisis, pero también de las direcciones partidarias opositoras que hicieron campaña en contra del proceso electoral.

Segundo, el que el propio MAS a través de sus direcciones no hiciera una campaña nacional, por no terminar de entender las dimensiones político-democráticas de la elección primaria del binomio Evo-Álvaro, y dar por sentado que la elección real se dará en octubre.

Tercero, las propias normas electorales que también han cambiado el espectro de los votantes, como el que por primera vez en elecciones el día de votación es un día normal en cuanto a movilización y circulación vial, además de no existir ninguna presión económica para la votación en tanto que es voluntaria, además que los binomios pueden ser habilitados con un solo voto para ser los candidatos hacia las elecciones nacionales.

Cuarto, el que nos encontramos en un momento político de declive en la participación social y en la movilización política, generada autocriticamente por los propios espacios de representación política de la mayoría, además del descontento de algunos sectores y organizaciones sociales que se encuentran en disputa por los espacios de representación rumbo a las elecciones nacionales de octubre.

Es interesante leer entre números en esta primera experiencia de elecciones primarias de que los partidos opositores que convocaron a no votar o habilitarse por un voto, tuvieron votantes de su militancia, aquellos que consideraron que su opinión puede ser importante más allá de las decisiones cupulares.

De esta manera, también los números hablan de que en el marco de sus escasas votaciones también existieron un porcentaje importante de blancos y nulos, que están expresando una opinión sobre las decisiones internas o la democracia interna, que los propios partidos en formación deberían poner atención. Además de que el proceso le permitiría a cada representación política, afirmarse en tornos a sus representantes, y construir consensos con quienes se resisten a ellos en el marco de la democracia interna de cada organización política.

También repasar la constitución de las democracias en el mundo para afirmar que la Democracia es cara, porque cuesta consultar al pueblo no solo sobre quienes serán los gobernantes, o sobre las acciones que estos realizan, o sobre si el pueblo que tiene una

posición política se siente consultado sobre las decisiones internas de sus partidos, en definitiva es un acto de reconocimiento del poder que tiene el ciudadano que otorga representación a quienes pueden ser sus candidatos o bien los gobernantes que fuesen elegidos. Para una mirada caudillista y autoritaria siempre serán más fáciles y operativas las decisiones cupulares, a nombre de que quienes saben eligen bien por todos; por eso se presenta como dispendioso consultar a la ciudadanía, es una suerte de discriminación señorial que establece que el pueblo no tiene opinión “responsable”, y a lo más que puede llegar aun en democracia es a ser beneficiario de lo que hacen y deciden quienes “están capacitados” para administrar el poder.

Retos para un país que quiere seguir cambiando

Este reconocimiento de derechos, junto a un Estado Plurinacional que puso en marcha la inclusión de la diversidad en todos sus estamentos y encaminó las transformaciones fundamentales del país plurinacional: proyectos económicos como las nacionalizaciones y la política de bonos; mejora en los ingresos de sectores populares vía ingreso al Estado; o bien nuevas condiciones en el mercado, también dieron curso a una suerte de capitalismo popular, donde quienes aparentemente desde los resquicios sociales generaron nuevas estrategias de acumulación originaria que se vieron potenciadas con el proceso de cambio y con la representación política que los incluía.

Mientras el proceso de cambio ganaba cada vez más adherencias hegemónicas, la oposición se veía cada vez más aislada, que en algunos casos los llevó a sumarse militantemente al proceso de cambio. Así, empresarios, dirigentes y sectores urbanos en principio se sumaron, manteniendo las altas tasa de votación y adhesión, al proceso que beneficiaba a todos, pero principalmente a la mayoría que irrumpía en la historia.

Sin embargo, al pasar los años de gestión, los cambios se hicieron sentir en el sentido del proceso de cambio. No solo se había gestado de manera cada vez más visible esta suerte de capitalistas populares que provenían de las identidades plurinacionales, sino que nuevas clases medias populares habían surgido. Una buena

parte incubadas por vías del Estado, ya que el mismo no había dejado de crecer dando cabida a cada vez más sectores que contaban con cierta estabilidad en el ingreso, además de nuevas condiciones de poder en la gestión y de relación con las organizaciones sociales.

Algunos miembros de estas nuevas clases medias reaccionaron a su nueva condición demandando los mismos privilegios de clase que, de alguna manera, habían sido un parámetro o ilusión para el ascenso social, generando nuevos consumidores o bien poseedores de capital simbólico en tanto portadores de representación estatal y, al mismo tiempo, de las organizaciones sociales de las que provenían.

Para algunos significó desprenderse de la etnicidad que había sido el discurso fundamental para demandar inclusión, para ahora posesionarse en la ciudadanía de derechos. Quizás de esta manera podamos interpretar también el hecho de que entre el censo del 2002, donde el grado de auto reconocimiento de identidad indígena originaria era del 62 % y el del 2012 en el cual bajó a 41 % —más allá de la formalidad de la pregunta— el país estaba cambiando, los oprimidos encontraban en su inclusión una suerte de universalidad ciudadana, más coherente con el ascenso social en una sociedad en la que el racismo ha marcado los rumbos sociales históricos de varias generaciones.

Habrà que asumir que los cambios desencadenados desde el 2005 han gestado esta nueva realidad social en la que la mayoría cuenta con nuevas condiciones y posibilidades.

Hablamos, en definitiva, de un futuro colectivo e individual diferente. Pero también que no estamos hablando de la misma clase media que alimentó los proyectos republicanos y neoliberales, de oportunismo latente y de intereses fundamentalmente individuales, sino de sectores populares con una identidad étnica que ha posibilitado el proceso desencadenado que, sin embargo, no ha sido acompañada ni por el Instrumento Político ni por el Estado Plurinacional en un proceso de permanente repolitización que le permita incorporarse al proceso de manera militante.

Al parecer, el Estado asumió que la adhesión al proceso y a la militancia se daría como reconocimiento al trabajo realizado en

doce años de incansable transformación del país. No se reflexionó sobre la conciencia de esas nuevas ciudadanías que empezaron a asumir que los cambios provenían de sus méritos dirigenciales y su habilidad de cintura política; o bien de los jóvenes que en doce años se incorporaron a la ciudadanía con nuevas expectativas, pero además sin tener la experiencia de la vivencia de dictaduras o tiempos neoliberales y, por tanto, asumiendo que lo que ha hecho el proceso de cambio es algo que era una obligación de siempre del Estado.

De esta manera, contamos con un nuevo momento de despolitización en el que la juventud busca nuevas oportunidades individuales de acceso a empleo y estudios superiores; de sectores de clases medias que, aun contando con oportunidades dentro del Estado, lo interpelan o critican en las redes y algunas veces se movilizan por temas nuevos relacionados con la ecología o la seguridad ciudadana.

No es que hayamos incubado al enemigo, sino que no terminamos de entender lo que nuestro propio proceso ha gestado, para darle un curso popular y no simplemente el de la modernización y acceso a los mercados. En definitiva, no se trata de enamorar a la clase media, y convertir al proceso de cambio a sus intereses de clase que en definitiva representan la pérdida del horizonte político de transformación social.

Más bien es la de entender que el objetivo de democratizar los derechos se está cumpliendo plenamente, y que su ejercicio es el que ha gestado esta nueva realidad social, que nos urge repolitizar los sentidos de lo construido para que en su esencia colectiva sea reapropiado como el sentido de la Patria para todos que queremos construir, que ha sido posible desde la perspectiva de la identidad indígena originaria campesina que está expresada en el Estado Plurinacional.

También acordar que esta nueva clase media de esencia popular aún tiene como fundamento la mejora colectiva y no solo el progreso individual.

De esta manera, los esfuerzos por generar calidad en el acceso a servicios fundamentales pronto será un tema esencial. Tener una salud de calidad, una educación que no sea solo de acceso, sino que permita una mayor cualificación, junto a una necesaria

seguridad jurídica proveniente de una mejor justicia que complementa la democratización de magistrados con una resuelta lucha contra la impunidad y la corrupción, serán señales importantes en este camino de hacer que se vea a las nuevas clases medias con una raigambre fundamental de relación con su esencia popular y no como un pecado del sistema que crea clases medias que luego quieren gobiernos y sistemas más conservadores que den seguridad sobre lo que han logrado social y económicamente en su transformación social.

Para nosotros esta visión integral de la Democracia de la inclusión de la diversidad se llama Democracia Intercultural, y en ella confluyen las identidades que hoy se reivindican, pero también las que se reinventan y las que se crean en el camino de hacer un nuevo país; y las reglas, la legislación y las instituciones deberían paulatinamente expresar la convivencia que queremos en el país de todos y todas.

La voz de la mayoría se expresa todos los días en los éxitos de la gestión, en la inclusión y la participación popular en los espacios del poder, en la apropiación de los espacios antes exclusivos y discriminatorios; pero también en las nuevas voces que hoy tienen una nueva condición de clase, que se autoidentifican cada vez más como clases medias, y que demandan nuevos retos al proceso de cambio.

Hoy en pleno proceso electoral, estamos ante el reto fundamental de entrar en el ruedo del mercado y mostrar que somos mejores administradores estatales que los oligarcas del pasado, o ir más lejos aun profundizando las razones populares de la revolución que iniciamos a partir de un sujeto histórico indígena originario campesino y un proyecto revolucionario socialista comunitario.

Asistimos a todo esto en medio de una ofensiva imperial que ha derrumbado gobiernos progresistas, y busca terminar con Venezuela, Nicaragua y Bolivia que son los reductos de la dignidad y la soberanía de nuestros pueblos. Por eso a mayor ofensiva imperial, más pueblo, más conciencia, más lucha, más democracia popular.

Crónica de una traición: el caso ecuatoriano

Por Gabriela Rivadeneira Burbano

Este relato no pretende ser concluyente y seguro se escapan detalles o sucesos que también fueron parte de este tiempo. Este escrito es apenas una breve cronología desde una mirada personal, una mirada desde adentro, que quizá carezca de mayor rigurosidad en la autocrítica.

Un proceso como el que vivimos en la última década es difícil de sintetizar por sus mismas condiciones dialécticas, políticas e históricas, y, más complejo aún, explicar la posterior trasgresión al pueblo ecuatoriano, por el que sería electo como el sucesor de Rafael Correa. Trataré entonces de ser lo más sucinta frente a los acontecimientos anteriores y posteriores al 24 de mayo 2017, día donde no solo se consagró el cambio de mando presidencial, sino principalmente, fecha del viraje conservador del gobierno de Lenin Moreno.

Breves rasgos de una década de Revolución

Los frutos que hoy se evalúan como inéditos en la región son producto de una transformación política radical, que el pueblo ha labrado y cultivado desde las simientes. Se debe resaltar el levantamiento indígena de los años noventa que marcó en el Ecuador nuevas disputas por los sentidos y las relaciones de poder, la lucha por un Estado intercultural y plurinacional como nuevo escenario en la agenda política; el protagonismo de las organizaciones y movimientos sociales que en su momento lograron detener el avance de las políticas privatizadoras y promovieron los derrocamientos a Presidentes por actos de traición al pueblo y el forajidismo que, desde una clase media capitalina y al grito de “fuera

todos”, dieron origen al proceso político de transformación social más importante desde el retorno a la democracia.

Hace 12 años, Rafael Correa un joven guayaquileño, exministro de economía del gobierno de Palacios, aparece en el escenario nacional para irrumpir con el discurso tradicional. Su identidad sencilla pero firme le permitió sintonizar con las consignas sociales de ese momento. Su discurso reflejó la voz de un pueblo que reclamaba y exigía la soberanía como derecho político inalienable. Ese es tal vez el legado más importante de esta Revolución, porque, así como las soberanías se diluían, también lo hacía el país y la Patria Grande.

El verbo recuperar fue prioridad. Se recuperó el control de la base militar norteamericana que se había injertado en el puerto de Manta, se recuperó la capacidad de planificación del Estado, se recuperó la posibilidad de hacer inversión pública, se recuperaron los legados de Eloy Alfaro en cuanto a la integración nacional, al tiempo que se recuperaba la soberanía en el manejo de nuestra economía, que dejaba de obedecer a las necesidades del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, para ponerse al servicio de la ciudadanía.

Junto con la Revolución Ciudadana (RC), los ecuatorianos recuperamos la soberanía de nuestros recursos naturales y renegociamos todos los contratos petroleros que ofendían los intereses del país, denunciarnos los tramos de deuda externa que se originaron de manera ilegítima o manejo de intereses reñidos con la ética y nos negamos a pagar cuotas extorsivas que dejaban de lado la enorme deuda social que se acumuló por años en el país, así como en casi toda Latinoamérica. La soberanía geográfica, alimentaria, manejo de la política internacional y todas las soberanías tuvieron primero que recuperarse.

En ese despertar, por supuesto que se levantó y engrandeció el sueño de Bolívar, la Patria Grande, con UNASUR y su sede en Ecuador y toda la región unida en años de intenso ejercicio de autodeterminación, que nos colocó ante el mundo como un actor político de importancia global e indispensable en el diálogo. Este legado de soberanía, sin dudas, es la mayor amenaza para el eje del Norte.

La democracia participativa y consolidada es otro legado innegable. Venimos de un proceso donde los presidentes duraban en promedio año y medio. Ecuador tuvo siete presidentes en los diez años anteriores a la llegada al gobierno de Rafael Correa.

Las instituciones eran débiles o inexistentes y todo el espectro de lo público estaba cooptado por una élite económica que mantenía un status quo fracturado entre la opulencia de unos pocos y la pobreza extendida a las grandes mayorías.

Esta Revolución en Democracia, que fue ratificada en las urnas catorce veces en diez años, se caracterizó por un sostenido proceso de redistribución de la riqueza nacional y fundamentó su accionar en la construcción de una democracia hacia la igualdad de derechos, igualdad ante la ley e igualdad de oportunidades.

Se consolidó la democracia cuando casi dos millones de ecuatorianos salieron de los niveles de pobreza, se incrementaron las tasas de matrícula en todo el sistema educativo y se cerraron las brechas de género en el ingreso escolar. Se logró que más del 25 % de los estudiantes universitarios fueran los primeros en su familia en acceder a estudios superiores y que más de 10 000 jóvenes fueran becados por el Estado para especializarse en las 50 mejores Universidades del mundo, para que a su retorno la apuesta por la sociedad del conocimiento se ponga en marcha.

Se amplió la conciencia de identidad y pertenencia que suma a los derechos de todas las poblaciones y colectivos que accedían a tratos equitativos o de reparación. Se fomentó el estudio y reconocimiento de idiomas kichwa y shuar, así como de los derechos colectivos de pueblos y nacionalidades, reconocimiento a la presencia centenaria de los pueblos montubios y afros, la presencia pública de la interculturalidad, política solidaria hacia personas con discapacidad, derechos políticos de los migrantes y de los grupos LGBTIQ, derechos democráticos de los jóvenes desde los 16 años, derechos laborales de las trabajadoras remuneradas y no remuneradas del hogar, presencia de mujeres en altos cargos y funciones públicas, son testimonio de conquistas políticas impensables antes de que la Revolución Ciudadana ocupara el gobierno del Estado en Ecuador.

Se presentaron al mundo propuestas de vanguardia en derechos humanos, como por ejemplo la movilidad humana como derecho universal, y, en derechos económicos, la proposición de terminar con las guaridas que resultan ser los paraísos fiscales -esos agujeros ilegítimos de recursos mal habidos-, que llevó al gobierno de la Revolución Ciudadana a realizar una consulta popular donde los ecuatorianos aprobaron la prohibición para que actores políticos y funcionarios públicos no puedan tener recursos en esos espacios.

En Ecuador se apostó por una ruptura política en la Constituyente de Montecristi de 2008, que parió una carta magna que coloca a los intereses de los seres humanos por sobre los intereses del capital. Se demostró, con el conjunto de países gobernados por líderes progresistas en la región, que era posible cumplir los Objetivos de Desarrollo Sostenible, reduciendo las brechas de desigualdad, que se evidenciaron con la salida de millones de personas de la pobreza. Demostramos que un proyecto nacional y popular es efectivo cuando se trata de mejorar las condiciones de vida de nuestros pueblos, el camino a la sociedad del “Buen Vivir”.

América Latina previa al viraje ecuatoriano

El progresismo en la región bosquejó un nuevo relacionamiento geopolítico. El accionar en bloque permitió la apertura con otros polos en el mundo, que, para los países dependientes de la economía del norte, no estaba contemplado.

La relación con los países no alineados, con los países de Asia, EuroAsia y la relación sur – sur con el bloque latino, no tardó en esperar respuesta de EE. UU., y sus consecuencias se fueron evidenciando en acciones que atentan a nuestras democracias, a la autodeterminación de nuestros pueblos y a nuestras soberanías nacionales y regional.

Pronto se vio el comienzo de una oleada de persecución política en América Latina, mediante la utilización de los sistemas de justicia para anular a los líderes progresistas de la región, es decir, el Lawfare en toda su expresión. Seguro habrá casos que merezcan una investigación judicial, pero no por eso se puede desconocer el

entramado de intereses que hay detrás de las acusaciones contra -no casualmente- grandes artífices de la unidad latinoamericana y de la justicia social, como Lula da Silva y Cristina Fernández de Kirchner, casos emblemáticos con los que se visibilizó que la estrategia regional de descrédito a progresistas y sus proyectos políticos estaba en marcha.

Se trata de intereses económicos y geopolíticos poderosos, que buscan inhabilitar a líderes con amplio respaldo popular, capaces de volver a ganar elecciones y poner nuevamente en marcha procesos populares y progresistas en sus países y, con ello, la posibilidad de volver a impulsar con fuerza y determinación la agonizante integración regional soberana.

El Lawfare es un recurso que sirve para despolitizar el debate político y reducirlo a una multitud de querrelas judiciales, para desprestigiar a quienes han representado —y lo seguirán haciendo— una opción soberana y popular frente a la hegemonía de las élites, el gran capital y el eje del Norte.

Se debe recordar que, sin la actuación determinante de Lula Da Silva, Néstor Kirchner y Hugo Chávez, no habría sido posible sepultar el ALCA, aquella iniciativa de “integración” neocolonial que promovía el gobierno de Estados Unidos, en la Cumbre de Mar del Plata en 2005.

A partir del liderazgo de Rafael Correa, Ecuador se sumó a esta gran marea continental, antineoliberal y latinoamericanista. No por nada su gobierno pronto se convertiría en objeto del ataque del entramado de intereses desplazados, articulados a los medios de comunicación hegemónicos que asumen el lugar de oposición política de los procesos populares, allí, donde esa oposición aparece fragmentada o debilitada en términos institucionales, en un escenario en el que, en muchos de nuestros países, los aparatos judiciales comenzaron a operar también con agendas políticas.

En este escenario, la concentración mediática, la cooptación de los parlamentos por las élites y la instrumentalización política de la justicia, se convierten en los medios privilegiados del montaje de un nuevo Plan Cóndor, justo cuando los proyectos políticos populares y progresistas de la región enfrentan severas dificultades, producto de una coyuntura económica mundial compleja y difícil.

Si bien es cierto que no se deben buscar todas las explicaciones en el despliegue de este renovado plan de recolonización de Nuestra América, no se puede negar esta dimensión de “revancha de las élites”, con políticas de realineamientos y subordinación a los intereses de la potencia tradicionalmente hegemónica.

Los hechos que en el continente dieron pauta a que la derecha instaure un discurso del “fin del ciclo progresista” fueron llevados a través de golpes parlamentarios. Con leguleyadas jurídicas, se logró instaurar la “duda” de la legitimidad de nuestros representantes para justificar todo tipo de atropellos en el sistema democrático. En otros países, fueron los procesos electorales los que permitieron el retorno de políticas neoliberales llevadas a través del ejercicio de gobierno.

En noviembre de 2015 se consagraba Mauricio Macri como presidente de Argentina, con una propuesta de Gobierno demagógica, carente de contenido programático. Su vacío en el discurso político no era inocente. Generar el falso discurso de “no izquierdas ni derechas” abre un camino más sencillo para que la despoltización justifique la desinstitucionalización de los Estados.

El bloqueo económico aplicado a Venezuela por parte de los EE. UU., y respaldado por la oposición al gobierno de ese país, profundizó una crisis económica y una creciente ola migratoria hacia los países de la región, que generó no solo xenofobia sino la utilización perversa del supuesto fracaso progresista.

La apretada victoria del “no” en el referéndum en Bolivia, que en febrero de 2016 buscaba abrir la puerta a una nueva postulación presidencial, fue uno de los acontecimientos que acentuaba el debate de las “formas dictatoriales” con las que se pretendía perennizar en el poder a los proyectos populares y/o progresistas. Este hecho fue utilizado por las corporaciones mediáticas para acrecentar las supuestas diferencias entre gobiernos democráticos de derecha y los gobiernos dictatoriales de izquierda.

El golpe parlamentario a Dilma Rousseff, en agosto de 2016, se sumó a otros funestos acontecimientos que acabaron con presidencias legítimas y asestaron durísimos golpes a procesos políticos pertenecientes al campo progresista. Allí están: Honduras

(Zelaya, junio de 2009) y Paraguay (Lugo, junio de 2012) como ejemplos extremos de esas prácticas direccionadas a desestabilizar procesos democráticos. Lo acontecido en Brasil sentó un precedente que, aunque carente de toda legitimidad, sin dudas fue inspiración y aliento para las derechas más antidemocráticas y revanchistas de la región. En Brasil, en un proceso viciado de nulidad desde sus inicios, se consumó el derrocamiento de un gobierno por el voto de 61 senadores sobre una presidenta elegida por 54 millones de ciudadanos.

Si bien estos resultados no correspondieron a un rechazo abierto a las políticas públicas ejecutadas por los gobiernos progresistas, fueron la puerta de entrada de la derecha y el restablecimiento del neoliberalismo en la región.

Este fue el panorama en el que se encontraba la región, cuando en Ecuador la Revolución Ciudadana debatía sobre las características de su sucesor en el proceso electoral presidencial.

El peso de las decisiones

Durante el gobierno de Rafael Correa, quien escribe este artículo tuvo la oportunidad de formar parte del buró político de la Revolución Ciudadana. En ese espacio se generaron permanentes reflexiones, debates, discusiones y se tomaron resoluciones, posiblemente las más complejas de los últimos años, en especial la de la transición de mando, a raíz de la decisión de Correa de no postularse a lo que hubiera sido su cuarta elección presidencial.

La intensidad de la discusión incluía la propuesta de incorporar una transitoria en el texto final del proyecto de enmienda constitucional —realizada en la Asamblea Nacional en el 2015—, que cerraría la posibilidad de su postulación para las elecciones de 2017, así como la de los asambleístas que llevaban ya dos periodos en funciones.

Frente a esta discusión, el 15 de noviembre del 2015, pronuncié lo siguiente en mi blog personal:

Es en este sentido que quiero manifestar la que ha sido mi postura pública a lo largo de todo este tiempo. Estoy firmemente convencida de que el presidente Rafael Correa ha

sido el mejor presidente en la historia de nuestro país y es la persona que mejor garantiza la continuidad de este proyecto histórico. Coincido con él cuando señala que nuestro movimiento tiene grandes cuadros políticos en condiciones de asumir el liderazgo. Sin embargo, sigo creyendo que, en un contexto mundial y regional complejo, la voz del Ecuador y el liderazgo del presidente Rafael Correa deben continuar.

Nosotros no abrazamos la política para defender proyectos personales, ni para alinearnos detrás de un nombre, sino para construir un proyecto colectivo, un proyecto de país. Es la defensa de ese proyecto colectivo la que debe convocarnos a reflexionar profundamente sobre la coyuntura y los retos que tenemos a futuro, y en este marco sobre la pertinencia o no de la transitoria. Claro está que, como militante orgánica, asumiré la posición de consenso de mi bancada y de mi Movimiento.

En ese momento, el país atravesaba situaciones complejas. La caída del precio del barril de petróleo, el terremoto en la costa ecuatoriana, la apreciación del dólar y la desventaja comercial y económica frente a la devaluación de las monedas de Colombia y Perú —países vecinos de Ecuador—, la arremetida desproporcionada de los medios de comunicación, la articulación de los grupos de poder económico en contra del régimen, entre otros factores que exigían tanto una respuesta inmediata en términos de políticas públicas, como también de decisiones frente al escenario electoral y la disputa presidencial, que a esta altura sobrepasaba la frontera y se convertía en un reto regional para frenar la escalada de gobiernos neoliberales.

En ese marco, largas horas de discusión interna se llevaron en el buró político en los meses anteriores a la toma de decisión, sobre quien sería el sucesor de Correa en la candidatura Presidencial. Mientras el análisis de encuestas nos daba un margen de diferencia importante entre Moreno y los demás presidenciables, la militancia se fraccionó entre dos opciones, Lenin Moreno o Jorge Glas.

Lenin Voltaire Moreno Garcés, quien había sido durante los primeros 6 años de gobierno vicepresidente de Correa y los 4

años posteriores —financiado por el gobierno ecuatoriano— relator especial de las Naciones Unidas para las discapacidades en Ginebra, quién gozaba de simpatía por el trabajo realizado en diversas campañas de tinte social especialmente ligada a los Derechos Humanos y a las discapacidades. Vale mencionar que Moreno fue —por la voluntad política de Rafael Correa— protagonista de la campaña gubernamental construida en torno a la “Misión Solidaria Manuela Espejo”, que atendió a las personas con discapacidad del Ecuador, y que se convertiría en un ícono de los Derechos Humanos a ser replicada por diferentes países del mundo.

Por otro lado, Jorge David Glas Espinel, quien durante el gobierno de Correa ocupó varios cargos de designación y de elección, venía de ser Presidente del Fondo de Solidaridad, Ministro Coordinador de Sectores Estratégicos, Ministro de Telecomunicaciones y Sociedad de la Información, Vicepresidente de la República 2013 - 2017, asumió el proceso de reconstrucción de las zonas afectadas por el terremoto del año 2016, dirigió la política petrolera, de sectores estratégicos y de cooperación internacional para mega obras construidas en el período de la Revolución.

Al final, la decisión tomada se vinculó a la posibilidad real de ganancia electoral que brindaba Moreno, en un binomio con Jorge Glas. Pero, dadas las condiciones previas de las discusiones tanto del buró político como del conjunto de la militancia, las relaciones internas quedaron bastante fraccionadas, que se evidenció en la campaña con una separación absoluta de las estrategias del binomio y del movimiento.

Así, mientras Moreno más se separaba de los símbolos de Alianza PAÍS (AP), el instrumento político de la Revolución Ciudadana, y se vestía de color blanco; el verde flex era utilizado por Correa, Glas, y gran parte de la militancia a nivel nacional. Quienes llevaban la estrategia de comunicación política de la campaña lo justificaron con el argumento de que se necesitaba refrescar la imagen del candidato y de la política nacional frente a la polarización generada en el país por el correísmo.

Pronto aparecía la sospecha de que con Moreno se garantizaba la lid electoral, pero no se certificaba una línea ideológica de continuidad del proyecto político. Por eso, la obtención de

la mayoría en la elección de asambleístas se tenía, por un lado, la seguridad de la presidencia de la Asamblea Nacional para resguardar el respeto y cumplimiento constitucional, junto con el contrapeso necesario para controlar decisiones del ejecutivo que podrían afectar derechos de las mayorías y cambiar el rumbo de la propia Revolución Ciudadana.

Se tenía, además, a Jorge Glas como segundo al mando y la Secretaría Ejecutiva del movimiento gobiernista de Alianza PAÍS. De esa manera, y aduciendo también que el país tenía autoridades éticas y profesionales en las otras funciones del Estado, el respeto al mandato constitucional y al proyecto ganador en las urnas, se iba a garantizar el desarrollo del pueblo ecuatoriano.

Si bien esas primeras diferencias simbólicas, podían ser los inicios de una trama inesperada, lo más duro llegó con la victoria electoral. Aunque el margen fue estrecho, apenas con 2,28 puntos de diferencia y con escándalos de fraude liderados por el candidato vicepresidencial de Lasso, se impuso la catorceava victoria electoral de la Revolución Ciudadana y un respiro para la región, la confianza de saber que la Revolución y la Patria quedaban en “buenas manos”.

Después del triunfo electoral, el 1 de mayo de 2017 en la ciudad de Portoviejo, provincia de Manabí y como reconocimiento a la amplia votación obtenida, realizamos la VI Convención Nacional del Movimiento Alianza PAÍS, en un acto masivo, elegimos a Lenin Moreno como Presidente del Movimiento, Jorge Glas como primer vicepresidente, Ricardo Patiño como Segundo Vicepresidente y, quien escribe, como Secretaria Ejecutiva. Por primera vez en una década, se elegía un Presidente del Movimiento distinto a Rafael Correa, quien había anunciado meses atrás su decisión de apartarse de la política y residir en Bélgica. En ese espacio se ratificó también la línea política de AP y el proyecto político ganador en las urnas.

Las tensiones no bajaron en los días posteriores a la victoria. El proceso de transición interna fue abordado desde lo técnico, indicadores, cifras, logros y pendientes de cada una de las áreas de gobierno. Sin embargo, se descuidó la transición política; donde tranquilizaba tener compañeros del proceso como parte del anunciado gabinete mientras preocupaba tener incorporaciones

de los rostros públicos de las cámaras de comercio y del poder económico del país, así como la congratulación de los dueños de las corporaciones mediáticas sobre los anunciados procesos de diálogo y el “restablecimiento de la democracia en el país”.

Pronto emergió una suerte de gobierno compartido entre dos tendencias radicalmente opuestas, con dos visiones de país diferenciadas en dos planes de trabajo opuestos, la Revolución Ciudadana por un lado y, por otro, la propuesta del banquero candidato presidencial perdedor en las urnas.

24 de mayo 2017: el inicio de la ruptura

La Asamblea Nacional recibía con alfombra roja al electo presidente de la República. Lenin Voltaire Moreno Garcés, ingresó al salón principal del palacio legislativo a las 10:00 acompañado por Rocío de Moreno, quien fuera designada por el mandatario como “primera dama de la nación”, una figura que con la toma de posesión de Correa en 2007 se eliminó cuestionando la categorización de primeras, segundas o terceras clases ciudadanas. Al interno, un salón lleno con autoridades de diferentes países del mundo, representantes de las funciones del Estado, cuerpo diplomático, representantes sociales y ciudadanos, parlamentarios, autoridades de Gobiernos locales, familiares de Correa, Moreno y Glas.

Rafael Correa decidió entregar la banda presidencial, a pesar de haber tenido un quebranto de salud ocasionado por una neumonía que posterior a la entrega de la banda presidencial lo llevó a ser internado en una casa de salud de la capital. Su despedida entre llanto y vivas, acompañada de consignas de agradecimiento, canciones, y el abrazo de quienes estaban en el escenario principal, incluyendo el de Moreno que lo llamó “hermano querido”.

Minutos después de la salida de Correa de la Asamblea Nacional, dio inicio el primer discurso presidencial de Moreno. Sus palabras ratificaron su espíritu conciliador, habló de diálogos con los sectores sociales, incluso con los sectores antagonistas al proyecto político. Anunció también la eliminación del espacio semanal de rendición de cuentas conocido como “Enlace Ciudadano”, donde el presidente Correa les hablaba a los ecuatorianos todos los sábados desde distintos puntos del país.

En ese marco, envió un mensaje a los medios de comunicación: les aseguró que mantendría una relación “fresca, fluida y dialogante”; se refirió puntualmente al restablecimiento de las relaciones políticas y comerciales con Estados Unidos, y mencionó que hay que abandonar “la cuadratura del socialismo del siglo pasado”, apostando por lo que considera un socialismo nuevo, moderno e inclusivo. Señaló que gobernará sin ideologías, pues ese sería el modelo de inclusión y el gobierno para todos.

Un ambiente incómodo con el ala progresista del Correísmo y el aplauso excesivo de los antagonistas de la Revolución fue el saldo de la sesión de posesión de Moreno en la Asamblea Nacional.

Posteriormente y a través de varias reuniones del buró político de AP, quien escribe pudo aprender a conocer a Lenin Moreno. Su capacidad para decir y hacer de manera diferente, sentir, decir y hacer sin coherencia y sus primeros rasgos de deslealtad, manifestados en sus declaraciones sobre la situación económica del país con la expresión de que la mesa no estaba servida, expresión que, utilizada por los “Mass Media” y la oposición, empezó a cimentar un cono de desconfianza a la administración gubernamental liderada por Correa.

El 12 de junio de 2017 ocurrió el último encuentro del buró de la Revolución Ciudadana. Tuve la oportunidad de estar en esa reunión junto a Rafael Correa, Lenin Moreno, Jorge Glas, Ricardo Patiño —en ese momento consejero de gobierno—, José Serrano —presidente de la Asamblea Nacional—, Paola Pabón —exparlamentaria y ministra de la política— Alexis Mera, Eduardo Mangas, Fernando y Vinicio Alvarado.

Al terminar la reunión, con desacuerdos más que acuerdos, una fotografía se hizo pública, buscando tranquilizar especialmente a la militancia que estaba inquieta por los primeros anuncios de Moreno, contradictorios a la Revolución Ciudadana.

A esa altura, ya se estaba consciente de que, a pesar de los esfuerzos por conseguir un mínimo acuerdo interno, las cartas estaban echadas. La ruptura era un hecho y se debía manejar con madurez, firmeza y seguridad de las acciones, sobre todo por el capital político de la Revolución y las aspiraciones de una mayoría que en las urnas eligió la continuidad de toda una serie de

políticas públicas para el mejoramiento de la calidad de vida de las grandes mayorías.

Cuarenta y siete días después del cambio de mando, con diferencias marcadas y públicas, el 10 de julio de 2017 Rafael Correa salió del país rumbo a Bélgica, como lo había anunciado años antes de dejar su mandato. En el aeropuerto Mariscal Sucre de la capital y antes de tomar el avión, se dirigió a sus coidearios, con micrófono en mano desde una tarima improvisada: “No estoy muy seguro si venció la Revolución Ciudadana. Que no me digan que es cambio de estilo las claudicaciones”. En su discurso pidió a los militantes “cuiden la revolución y la patria” y, anunció su decisión de desafiliarse de Alianza PAÍS si continúan los pactos de Moreno con grupos políticos de oposición.

Para ese entonces, Moreno había mantenido reuniones y acuerdos políticos con los Bucaram, los Social Cristianos, y otras organizaciones políticas que la Revolución Ciudadana había catalogado como “partidocracia” y que estaban reviviendo gracias al llamado de Moreno. A su vez, pronto se supo de una reunión de Moreno con los dueños de los medios de comunicación monopolísticos el día 12 de julio 2017 en en el Palacio presidencial de la Carondelet, donde se acordó la revisión, es decir, el vaciamiento, de la ley de Comunicación, una ley de la Revolución Ciudadana que buscaba la democratización de los medios y el respeto de los Derechos Humanos en el manejo de la comunicación.

Cada vez eran más obvias las diferencias ideológicas y programáticas. La crisis interna se agudizó con la decisión del gobierno de convocar a una consulta popular, que, entre otros aspectos, buscaba modificaciones a la Constitución y apartar de la vida política a Rafael Correa. Fueron públicas las declaraciones de Moreno que referían al odio que iba adquiriendo hacia quienes habían votado por él o el llamado a que se “respiren aires de libertad”, dejando de lado el “comportamiento ovejuno”, expresión utilizada por la oposición hacia el correísmo. Eso resquebrajó rápidamente las estructuras del Movimiento Alianza PAÍS y dividieron a la militancia, que en una mayoría orgánica exigía acciones inmediatas de la dirigencia en contra de Moreno por atentar a la unidad y al mismo proyecto al que se decía representar.

El preso político ecuatoriano

Los desencuentros en los planos político-programático, de gestión de gobierno y de la táctica política respecto al énfasis de la gestión pronto generaron las primeras rupturas en el gabinete ministerial, en el bloque de legisladores y en las estructuras de dirección del Movimiento, que además, había sido invisibilizado en las decisiones que se adoptaban al interior del gobierno.

El 2 de agosto de 2017, Jorge Glas, vicepresidente del Ecuador, hizo pública una carta dirigida a Moreno, con fuertes críticas sobre el manejo económico, anunciando un futuro paquetazo para el pueblo. Denunció el pacto con los Bucaram para el manejo de sectores estratégicos y señaló fuertemente que, con el gobierno de Moreno se estaba instaurando las bases de un Estado de corrupción, al pactar con personajes nefastos de la historia nacional.

Esa carta provocó que Moreno retire las funciones a Glas, lo despoje de su seguridad y de mecanismos de movilización, así como de los recursos que se manejaba desde la vicepresidencia para cumplir con las responsabilidades encargadas.

Según un informe sobre judicialización de la política y bloque político, realizado por el Colectivos de Abogados por la Democracia, coordinado por Virgilio Hernández, ese:

Fue el inicio de una persecución judicial sin límites, ejecutada tanto desde la Fiscalía General del Estado como desde los tribunales de justicia, violentando las normas establecidas por la Constitución de la República respecto del debido proceso y la presunción de inocencia que ha desembocado en un vicepresidente destituido de su cargo que lleva más de un año en prisión, sin tener aún sentencia ejecutoriada y en violación flagrante al artículo 77, numeral 1 de la Constitución de la República del Ecuador que establece que la prisión preventiva será una medida de carácter excepcional y en contraposición a las normas de convencionalidad sobre la aplicación de las medidas cautelares.

El día 21 de octubre de 2018 se trasladó a Jorge Glas desde el Centro de Rehabilitación n.º 4 de Quito al Centro de Rehabilitación de Latacunga, sin que exista ninguna justificación de por

medio y sin tomar en cuenta que, al haber ejercido el cargo de vicepresidente de la República del Ecuador, necesitaba de medidas especiales que puedan precautelar su seguridad y, al mismo tiempo, permanecer en Quito ante la existencia de una enfermedad grave de carácter degenerativo, certificada por médicos especialistas.

En respuesta a estos hechos arbitrarios cometidos por las autoridades ecuatorianas, Jorge Glas, desarrolló un proceso de resistencia pacífica, a través de una huelga de hambre, que duró 52 días. Sin resultados positivos en las apelaciones y medidas de protección ante su estado de salud decidió levantar la medida tras el pedido realizado por el movimiento y la militancia.

Crónica de una usurpación anunciada y el prolongado bloqueo a la RC

El 25 de agosto 2017, Ricardo Patiño, Virgilio Hernández y Paola Pabón renunciaron al gabinete de Moreno haciendo la denuncia pública del viraje conservador. Estas renunciaciones, sumada a la persecución iniciada contra Jorge Glas, junto a las declaraciones públicas, más la conformación del gabinete y las vocerías de derecha que tomaron fuerza al interior del gobierno, fueron el detonante para que se convoque el 31 de octubre de 2017, a reunión de la Dirección Nacional del Movimiento Alianza PAÍS.

En esta sesión se reafirmó el programa de gobierno de Alianza PAÍS, se rechazó la consulta popular inconstitucional y con mayoría de 22 de los 32 miembros de la Dirección Nacional se destituyó de la Presidencia del Movimiento a Lenin Moreno, aplicando la normativa interna del movimiento y apegados a las normas que regulan a las organizaciones políticas en el país.

Esta acción que afianzó a la militancia correísta, tuvo la reacción inmediata de los que compartían el espacio de AP y del gabinete, interpelaron al órgano electoral que ya cooptado por el gobierno, a través de leguleyadas jurídicas otorgaron la representación jurídica del movimiento a Moreno, quién de manera inmediata conformó una dirección nacional ilegítima que tomó posesión inmediata de este y los bienes muebles que contábamos a la fecha, incluyendo la histórica sede de la Shyris, a pesar de no

contar con el veredicto final del órgano electoral. Hicieron uso de la fuerza pública para el desalojo de la sede, donde había militancia haciendo vigiliias para defender el espacio.

De esa manera, con claras irregularidades, el movimiento fundado por Correa se quedaba sin su principal líder. En esa época se advirtió que Alianza PAÍS sin Correa es como un café descafeinado. Sin sus fundadores y quienes daban vida a ese instrumento político, Alianza PAÍS estaba destinado al fracaso. Continuaron meses de litigios jurídicos en los órganos electorales sin respuesta, dejando en absoluta indefensión a quienes denunciarnos el atropello del gobierno en las decisiones electorales.

De manera inmediata, se decidió convocar a la Convención Nacional de militantes de la Revolución Ciudadana. Rafael Correa viajó al Ecuador para el efecto y el 3 de diciembre 2017 en la ciudad de Esmeraldas se hizo pública la ruptura con el gobierno de Moreno, y se ratificó la línea política progresista y se anunció la reorganización de la estructura nacional de la Revolución Ciudadana y la presentación al órgano electoral de la solicitud de reconocimiento de nuestro propio casillero.

La usurpación de AP apenas fue el inicio de un bloqueo político irracional, muchas veces con argumentos risibles. El 29 de diciembre de 2017 se presentaron los requisitos formales al Consejo Nacional Electoral (CNE) para solicitar la autorización para la recolección de firmas bajo el nombre de Movimiento Revolución Ciudadana, misma que fue contestada con la negativa del CNE el 23 de enero de 2018, argumentando que la denominación Revolución Ciudadana, es la consigna que identifica al Movimiento Alianza PAÍS y al anterior gobierno. También justificó su negativa porque con fecha 13 de diciembre de 2017 se había presentado una solicitud, por parte de una persona cercana al entonces Director Provincial de Pichincha y actual Secretario Ejecutivo de Alianza PAÍS, Gustavo Baroja, para que reserve el nombre de Partido de la Revolución Ciudadana, maniobra con la que se impedía el registro al correísmo; esta fue la segunda negativa del CNE.

La tercera negativa apareció cuando se presentó el 6 de marzo de 2018 la solicitud bajo el nombre de Movimiento Revolución Alfarista. El CNE agencioso por cumplir las órdenes de Caronde-

let, negó la solicitud aduciendo que como organización política de izquierda no podíamos llevar el nombre de quien fuera un liberal en su época.

Tan risible este argumento que mereció la respuesta inmediata de los historiadores más importantes del país, fundamentando las razones por las que Eloy Alfaro se debía considerar no solo un liberal, sino además un radical, cuyo pensamiento revolucionó su época y confluyó con ideas anarquistas, socialistas y comunistas que surgieron en Ecuador a partir de la segunda década del siglo XX. Cuando la apelación llegó al Tribunal Contencioso Electoral, sin argumento alguno y sin escuchar a las partes, dispusieron el archivo de la misma.

Esta tercera negativa y con la cercanía de la fecha para la convocatoria a elecciones seccionales del mes de marzo 2019, entramos en la exigencia de buscar otras alternativas. Con las negativas del CNE sabíamos que ninguna solicitud directa del correísmo iba a tener respuesta positiva. Fue así que el 05 de mayo de 2018, hicimos pública la alianza con el Movimiento Acuerdo Nacional MANA, que ya tenía casillero otorgado por el CNE para el inicio de recolección de firmas.

En apenas 70 días la organización recogió 462 000 firmas gracias al trabajo de su militancia que logró llegar a casi medio millón de ciudadanos que ratificaron su confianza en el liderazgo de Rafael Correa y en la vigencia del proceso de la Revolución Ciudadana. Sin embargo, una nueva maniobra impidió la presentación de firmas, puesto que un día antes de la entrega de las firmas, actores políticos antagónicos a la RC, dijeron en rueda de prensa y aseguraron tener la representación legal de MANA, expulsaron de la agrupación, aún no reconocida, al expresidente Rafael Correa y a otros 9 dirigentes nacionales. Esta acción fue secundada por el Consejo Nacional Electoral que no dudó dos veces en otorgar la representación jurídica a estos actores que montaron este galimatías para impedir nuevamente que la RC tenga su representación formal en el sistema electoral.

Fue el cuarto rechazo al correísmo por parte de un gobierno que promueve “aires de libertad” en un país donde la democracia, así como la constitución están de vacaciones.

La consulta inconstitucional

Moreno presentó el 2 de octubre 2017 ante la Corte Constitucional la propuesta de referéndum que contenía siete preguntas, entre ellas, la inhabilidad política a personas acusadas de corrupción; la eliminación de la posibilidad de reelección a funcionarios que cumplieron dos periodos para el mismo cargo; y la destitución de los vocales del Consejo de Participación Ciudadana y Control Social con la designación de un consejo transitorio que tenga la potestad de evaluar a todas las autoridades de control del Estado.

Cito las tres preguntas porque eran las que tenían el interés primordial en la consulta popular, las demás fueron preguntas demagógicas utilizadas para lograr una votación mayoritaria en las urnas.

El fondo de la consulta era la inhabilitación política de Rafael Correa y la toma por asalto de las funciones del Estado para promover la “descorreización del Estado”.

El 4 de febrero 2018, el “NO” promovido por el correísmo logró un apoyo promedio en las urnas del 35 % lo que nos situó como primera fuerza política a nivel nacional y única fuerza de oposición al Gobierno de Moreno.

Fueron todas las organizaciones políticas y sociales inscritas para la consulta promoviendo el sí, frente a una sola organización social inscrita para el no. Cobijados por el “Foro de Mujeres” y con la presencia física de Rafael Correa recorriendo el país, en una campaña en cancha inclinada, sin medios de comunicación, sin recursos económicos, sin partido político, se demostró la fortaleza de una organización política de hecho, con presencia en todo el territorio ecuatoriano y en las circunscripciones del exterior, que empezaba a despertar tras los golpes de la traición perpetuada por Moreno y sus aliados políticos y económicos.

Los resultados de la consulta recayeron en la imposibilidad de Correa de una futura candidatura presidencial. Promovió la puerta abierta a la persecución judicial y política contra ex funcionarios o colaboradores del gobierno de la RC y del mismo Rafael Correa, que lleva más de 14 procesos judiciales en marcha y decenas de auditoría de contraloría.

Las arbitrariedades cometidas por el Consejo de Participación Ciudadana y Control Social (CPCCS) transitorio, han afectado al conjunto de la institucionalidad del Estado de derecho y a los principios básicos del régimen democrático.

Actualmente las autoridades de control son transitorias o encargadas, designadas sin debidos procesos y que responden ante el poder de turno. Llevamos más de cuatro meses sin Corte Constitucional, una vacancia que afecta protección de derechos y denota la magnitud de la ruptura del Estado de Derecho.

Retrocesos, retos y reconstrucción

Describimos aquí, en simples rasgos, lo que han sido 20 meses de acelerados retrocesos para el pueblo ecuatoriano. No es dramático, ni exagerado afirmar que inició “el ciclo de la desesperanza”. Con el actual gobierno, los pobres están condenados a la pobreza, mientras los pudientes se reafirman en la acumulación del capital.

Regresamos como país, a aquella denominada larga y triste noche neoliberal de la que habíamos creído salir como pueblo hace más de diez años.

¿Cómo no íbamos a ser objeto de ese ataque concertado de las grandes corporaciones económicas y mediáticas, si fuimos elegidos como parte de un proyecto de transformación radical de la sociedad, de sentido profundamente popular, hacia la equidad y la justicia social? Sabíamos que nos íbamos a enfrentar a poderosos intereses. Pero la política implica tomar decisiones en un campo atravesado por el conflicto, conflicto de intereses: principalmente el que enfrenta a las grandes mayorías sociales con las pequeñas minorías de privilegio. Quien crea que se puede obrar desde el consenso absoluto, miente o se miente a sí mismo y esa es la trampa del unanimismo construida por Moreno en lo que va del ejercicio de su gobierno.

Hoy el Ecuador vive un golpe real a la economía, al no existir un plan de desarrollo nacional. Todas las medidas parches tomadas en estos meses afectan directamente a las clases populares, lo que a su vez acrecienta las brechas de desigualdad. Las políticas económicas del gobierno han perdonado más de cuatro mil millones de dólares a los grupos de poder económicos más grandes

del país, mientras han recortado cerca de quinientos millones de dólares al presupuesto de educación. Una cantidad similar fue quitado al presupuesto de salud de este 2019, afectando especialmente a quienes son beneficiarios de la política de gratuidad. Nuevamente, las grandes mayorías confinadas al margen del desarrollo.

Se recortaron subsidios a los combustibles; se redujeron salarios y despidieron a más de 100 000 funcionarios públicos; se retomaron las políticas del FMI; se negocian TLC y se arrodillan a los arbitrajes internacionales. Se atenta a nuestra soberanía con la instalación de oficinas de cooperación militar estadounidense en Carondelet, se desentienden de los procesos de paz de la región, niegan la UNASUR y el sistema de integración regional de nuestra América, anuncian la entrega de Assange.

¡Cuánto por contar y cuánto por luchar!

En nuestro país la contrarrevolución comenzó solapada en banderas de continuidad con el programa votado en las urnas. Pero Moreno es apenas la delgada membrana de la contrarrevolución. Quienes dirigen las operaciones se valen de su figura insípida e intrascendente para devolver el poder a las oligarquías. En síntesis: destruir lo que despectivamente llaman “correísmo”.

Los interesados en esa destrucción saben que tienen dos principales obstáculos para la consumación total de sus objetivos antidemocráticos: la memoria de la Revolución Ciudadana y el capital político con el que cuenta. Saben que, si no dan la estocada ahora, se van a enfrentar cada día que pase con un referente más grande y que poco a poco suma respaldos. En torno a la Revolución Ciudadana como un renovado proyecto político popular y progresista, en el que van a confluír si hacemos las cosas bien, las aspiraciones del conjunto más vasto de las ecuatorianas y los ecuatorianos.

Está claro que la persecución que se enfrenta no es judicial, es política y, como todo problema político su solución también es político. Ellos quieren una pseudodemocracia donde las mayorías estén proscriptas. Frente a ello, la tarea colectiva será trabajar para volver a ser vértice de un movimiento amplio y ciudadano, que le devuelva la democracia al pueblo.

Ellos sueñan con un Ecuador para minorías, sin Revolución Ciudadana que les quite el sueño. Nuestro desafío es recrear un movimiento progresista lo más amplio posible, capaz de construir una nueva victoria popular y plantear al pueblo ecuatoriano un rumbo de dignidad, soberanía y justicia social.

Vamos a enfrentar en las calles, en los barrios, desde los movimientos sociales el ataque abierto a la democracia. Vamos a enfrentar en las urnas la disputa política necesaria, a pesar del bloqueo pautado por el gobierno en nuestra contra, hoy tenemos un movimiento político nacional que nos ha cobijado para que los cuadros políticos de la Revolución Ciudadana disputen las elecciones locales de marzo 2019 y, quienes estamos convencidos de este proyecto de transformación, tengamos una perspectiva real de disputa electoral, en la recuperación de un proyecto nacional y popular.

Entendiendo que en la lucha política no existen ni los triunfos ni las derrotas definitivas, pues no son procesos lineales, ni siquiera progresivos, sino que muchas veces son contradictorios e incluyen en su origen elementos que nos llevan a tener avances y retrocesos.

Más allá de los monstruos que regresaron a quitarnos los sueños, vamos a resistir a las políticas antipopulares y antinacionales. ¡Democracia a la medida de las élites no es democracia! ¡Democracia sin la principal fuerza política del país, no es democracia! ¡La Revolución Ciudadana está en las calles, en la memoria y en el corazón de las mayorías populares! ¡Volveremos!

Colombia: entre la guerra, la pacificación y la paz

Por María Fernanda Barreto

“...dolorosamente lo sabemos: que en este país el gobierno tiene para los colombianos la metralla homicida y una temblorosa rodilla en tierra ante el oro americano” (Eliecer Gaitán, septiembre de 1929).

Más de cinco siglos de guerra

Colombia es el único país de América del Sur que no ha vivido en paz en los últimos cinco siglos. La invasión europea y su correspondiente resistencia indígena y luego afroamericana, las guerras por la independencia de España y las guerras posteriores por su verdadera emancipación del coloniaje y de las oligarquías que se apoderaron del país tras su constitución como república, resumen los principales conflictos desde finales del siglo XV hasta la llegada del siglo XX.

Inició el siglo pasado con una guerra civil conocida en la historiografía como “la guerra de los mil días”, que dio oportunidad a los Estados Unidos para promover, en 1903, la secesión del istmo de Panamá. En dos ocasiones, 1911 y 1932, sostuvo confrontaciones armadas con Perú por asuntos limítrofes durante varios meses. Luego, en medio de la llamada “época de la violencia”, en la que las fuerzas conservadoras cometieron atroces actos de violencia política contra las mayorías populares vinculadas al liberalismo, es asesinado el líder liberal Jorge Eliecer Gaitán en 1948 y surgen entonces las primeras guerrillas liberales. Posteriormente en 1964 nacen las más grandes organizaciones guerrilleras de

Colombia, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN).

Con el tiempo, el conflicto social armado colombiano fue agudizándose. A los pájaros y chulavitas del partido conservador, les sucedieron los grupos paramilitares de autodefensas. Pero también insurgieron más de una docena de organizaciones armadas revolucionarias entre ellas, el Ejército Popular de Liberación (EPL), el Movimiento Armado Quintín Lame y el Movimiento 19 de abril (M-19). Al final de la década de los ochenta y principio de los noventa, se firman varios acuerdos con el gobierno que conducen a la desmovilización de grupos como el Quintín Lame y el M-19, y algunos sectores minoritarios de otras organizaciones guerrilleras. Tan solo mes y medio después de esa firma, el líder del M-19 y por entonces candidato presidencial, Carlos Pizarro fue acibillado en pleno vuelo.

La última década del siglo pasado y la primera del siglo XXI marcaron el apogeo del paramilitarismo que fue consolidándose como brazo armado del narcotráfico, el latifundismo y el despojo de los recursos naturales renovables y minero energéticos. Las masacres, los asesinatos selectivos de sindicalistas, defensores y defensoras de derechos humanos, líderes y lideresas políticas de distintos sectores, las torturas, las violaciones masivas, los hornos crematorios y los desplazamientos forzados, se convirtieron en prácticas de un mismo negocio al servicio de la economía y la paraeconomía capitalistas. Esta última se hizo cada vez más poderosa, obtuvo más poder político a través de la llamada parapolítica, y legalidad gracias a Uribe Vélez.

Así, con el apoyo definitivo de Uribe y del “Plan Colombia”, el paramilitarismo se convirtió también en un brazo armado de los intereses de las corporaciones estadounidenses, europeas y sionistas en el país.

Las primeras décadas del siglo XXI continuaron dando a Colombia tristes récords mundiales en masacres, fosas comunes, asesinatos de sindicalistas, desapariciones forzadas y el inicio de los “falsos positivos”, el asesinato de civiles en manos del ejército que luego se caratulan como supuestos “guerrilleros”.

También se realizó desde Colombia la única agresión militar directa entre países de América del Sur del siglo XXI con el bombardeo a territorio ecuatoriano, y se tensionaron fuertemente las relaciones con Venezuela.

Mientras tanto, en las montañas de Colombia, los dos grandes grupos guerrilleros el ELN y las FARC, y otros más pequeños, entraron al siglo XXI.

Aunque en agosto del 2016 un sector mayoritario de las FARC-EP representado por su Secretariado, firmó unos acuerdos de paz con el gobierno del presidente Santos, estos han sido en gran medida incumplidos por el gobierno colombiano. En consecuencia, al grupo de militantes de las FARC que no avalaron ese documento se suma ahora un sector de los firmantes que han decidido volver a la clandestinidad.

Actualmente el ELN es el grupo guerrillero más grande y antiguo de Colombia y América. La mesa de diálogo que se había constituido entre el ELN y el gobierno de Juan Manuel Santos ha sido abandonada por el actual presidente Iván Duque, con lo que se cerraría toda posibilidad de encontrar una solución pacífica y negociada para poner fin al último periodo de guerra interna que inició en 1964.

En otras palabras, Colombia sigue en guerra.

Comprender Colombia, el reto de la complejidad

El análisis que siempre procuramos hacer se enfrenta al modo en que las corporaciones mediáticas hegemónicas han impuesto a la comprensión de la realidad —en este caso— de Colombia, a partir del hecho noticioso que aparece descontextualizado e inconexo. Su labor se ha centrado en simplificar para ocultar las verdaderas contradicciones que determinan la situación actual de Colombia, con lo que han logrado difundir una visión muy distorsionada del conflicto social armado que atraviesa el país y sus posibilidades reales de paz.

Sorprendentemente esta distorsión no solo se logra en quien ve Colombia desde afuera, sino que, por el contrario, es aún más difícil de superar para quienes, desde dentro, son el primer públi-

co objetivo de las corporaciones que controlan la mayoría de los medios de difusión colombianos.

Por eso, una verdad de Perogrullo que desafortunadamente es necesario reiterar en cada situación en la que nos ha tocado hacer análisis de la situación colombiana, es la imposibilidad de comprender a Colombia (o a cualquier país) fuera de su contexto, extraída de la geopolítica del imperialismo y las dinámicas que este impone, con la constante simplificación de sus contradicciones. El miedo a ver la complejidad social es padre del miedo a la libertad, justamente por eso hay que romperlo.

Vergonzosamente común, aún entre sectores progresistas, es simplificar la realidad colombiana hasta el absurdo de creer que hay guerra porque hay guerrillas. Ergo, si estas se desmovilizan, habrá paz. Obviamente la difusión de esta caricatura de la historia del país cuenta con toda una maquinaria cultural para ser difundida y ha logrado instalarse como matriz de opinión.

Por el contrario, la complejísima realidad de un país sometido al despojo sistemático de sus riquezas, base militar del proyecto imperialista en la región y principal centro de producción, procesamiento y distribución del negocio mundial de la cocaína, puede encontrarse en trabajos tan interesantes como “La geopolítica del despojo” del profesor Renán Vega Cantor y Felipe Martín Novoa, en el que incluso se mapean la relación entre las bases militares colombianas y estadounidenses, los megaproyectos minero energéticos, la extracción de recursos naturales, el robo de la tierra al campesinado y demás tragedias que describen las verdaderas causas del conflicto social armado.

Lo grave, es que esa simplificación no solo da origen a los análisis más comunes que terminan por avalar la perpetuación de la injusticia social y la violencia de la oligarquía colombiana y su gobierno contra el Pueblo, sino que además dificulta visibilizar la transformación que urge para encontrar el camino a la paz que permitirá el desarrollo político económico a favor de las mayorías y no de la oligarquía violenta que desde el gobierno del General Santander, pactó la sumisión a los intereses del país del norte a cambio de mantener los privilegios de su clase. Gracias a la traición de Santander al proyecto bolivariano, Colombia es, aún hoy,

la trinchera desde la cual la doctrina Monroe amenaza de nuevo a toda América.

Sin pretender adentrarnos en el tema metodológico del análisis⁹², partimos de la afirmación que hiciera Borón:

Es que la política y la lucha de clases, tanto en lo nacional como en lo internacional, no se desenvuelven en el plano de las ideas o la retórica, sino sobre bases territoriales, y el entrelazamiento entre territorio (con los “bienes públicos o comunes” que los caracterizan), proyectos imperialistas de explotación y desposesión y resistencias populares al despojo requieren inevitablemente un tratamiento en donde el análisis de la geografía y el espacio se articulen con la consideración de los factores económicos, sociales, políticos y militares (Borón, 2013, p. 18).

Por tanto, aunque este sea solo un breve análisis, se hace necesario al menos enunciar algunos aspectos claves que, sorprendentemente, parecen obviarse en muchos análisis sobre Colombia. Estos son el narcotráfico, el conflicto de clases social y armado, la composición de la oligarquía colombiana y el uso sistemático que ha hecho de la violencia contra el pueblo, las organizaciones guerrilleras, sus orígenes y papel histórico actual, el fenómeno paramilitar, la privatización de la guerra, las bases militares estadounidenses en Colombia y el modelo económico que sostiene el despojo continuado de las riquezas del pueblo colombiano por parte de la oligarquía nacional y las corporaciones transnacionales.

Una vez visualizada la complejidad del momento histórico colombiano, se hace necesario romper la parálisis paradigmática. Asumir que el capitalismo ha evolucionado sus formas, y el narcotráfico y la guerra son lucrativas empresas que dinamizan la circulación y la acumulación de capital. En el caso específico de Colombia, ambos negocios la han salvado de las recesiones económicas que, en cambio, han enfrentado los países que están

92 Para adentrarse en este tema, recomiendo la lectura del texto *Desde abajo, desde arriba. De la resistencia a los gobiernos populares: escenarios y horizontes del cambio de época en América Latina* de Arkonada, Katu y Klachko, Paula, editado por la Editorial Caminos en La Habana, Cuba en el 2016.

retornando al neoliberalismo en la región, como Argentina y Brasil, así como los que nunca salieron.

Entender esto permitirá develar, también, por qué en la Colombia del siglo XXI no hay economía que tenga garantía real de desarrollarse si no está transversalizada y sostenida por la paraeconomía, del mismo modo que no es posible hacer política sin armas que no implique (también) arriesgar la vida o la libertad, a no ser que se esté al amparo de la parapolítica⁹³. Comprender esto también explicará por qué la lucha armada continúa siendo una opción legítima para amplios sectores del Pueblo colombiano, mientras en cambio, varios países vecinos han logrado por la vía electoral lo que en Colombia sigue costando sangre.

Afortunadamente en política no hay absolutos ni fatalidades, mucho menos “destinos manifiestos”, en Colombia hay un pueblo que lucha y resiste aún a riesgo de su vida o de la cárcel, hombres y mujeres que siguen trabajando por economías alternativas y, al mismo tiempo, haciendo política. El que su lucha deje de ser una razón para su judicialización o asesinato, dependerá justamente de que su esfuerzo sea visibilizado, su voz escuchada y sus derechos defendidos en todo el mundo.

La pacificación como requisito para la transnacionalización de la guerra

La oligarquía colombiana no quiere paz, solo quiere avanzar hacia una pacificación que de mayor seguridad a las actividades económicas legales e ilegales y que facilite la expansión de los mercados para otro de sus grandes negocios: la guerra.

La propia Christine Lagarde, presidenta del Fondo Monetario Internacional, recordó a Iván Duque durante su reunión en Washington, que retroceder a tiempos anteriores a la firma del acuerdo con las FARC desmotivaría la inversión extranjera. La verdad es que no solo necesitan a las guerrillas desmovilizadas,

⁹³ “Parapolítica” es un término utilizado en Colombia a partir del 2006, cuando se hizo pública la denuncia de la infiltración del paramilitarismo en la clase política colombiana. En el mismo sentido se usa en este texto la palabra “paraeconomía” para referirse a la economía que está directamente vinculada con el paramilitarismo.

también requieren que no haya más paros, no más protestas indígenas, no más protestas estudiantiles. Necesitan un país que deje de resistirse a la explotación y el despojo, a eso que llaman eufemísticamente “paz”.

Otra parte del negocio, que ya hemos mencionado, es la guerra. Como bien lo resume el investigador Azzellini: “la guerra ha llegado a ser la forma de hacer economía y no la interrupción de la economía”⁹⁴. Precisa que:

Colombia constituye desde hace 20 años un laboratorio para la conducción privatizada de la guerra. Política, ejército, Policía, narcotráfico, ganaderos, paramilitares, ejército estadounidense, la agencia antidrogas norteamericana DEA, compañías transnacionales y CMP cooperan en constelaciones cambiantes para imponer sus intereses comunes en contra de las organizaciones campesinas, sindicatos, movimientos sociales y, ante todo, contra los continuamente crecientes movimientos insurgentes armados (Azzellini, 2005).

Como cualquier empresa capitalista, el negocio de la guerra, que ha resultado tan lucrativo para el establishment colombiano, busca expandir sus mercados.

Desde hace poco más de una década el Estado colombiano exporta su modelo de seguridad. México y Chile son muestras recientes de cómo la asesoría y entrenamiento de los cuerpos de seguridad colombianos a otros países implica un aumento en la violencia política e instituciones violadoras de derechos humanos.

Los asesinatos recientes de personas de la comunidad Mapuche y el incremento en la represión contra esta población en la Araucanía chilena son expresión directa del entrenamiento que dieran las Fuerzas Militares colombianas a ochenta carabineros que conforman las cuatro unidades del Grupo Especial de Tarea de Carabineros en esa región, a principios del 2018.

Tal como lo señaló Azzellini, ya desde hace varios años, Colombia participa del negocio internacional de la guerra a través de

⁹⁴ Entrevista realizada por Darío de Benedetti. Recuperado de: www.azzellini.net

las empresas contratistas militares privadas que hacen presencia en su territorio. Colombia, incluso, se ha convertido en el principal proveedor de mercenarios para las contratistas que actúan en medio oriente. Hace aproximadamente dos años, por ejemplo, se hizo presente en Yemen la Dyncorp, quien ha ido sustituyendo a los mercenarios sudaneses por colombianos a petición de su cliente, la monarquía de Arabia Saudita, quien públicamente dijo preferir el mercenariado de origen colombiano por su gran experiencia en guerra irregular.

Corona entonces sus esfuerzos por abrirse nuevos mercados, incorporándose a la más grande de las corporaciones que administran actualmente los vínculos entre estados y contratistas militares privadas: La Organización del Tratado del Atlántico Norte, OTAN.

En pleno siglo XXI, justo en el marco del relanzamiento de la doctrina Monroe, la OTAN en 2018 ha sumado a Colombia como el primer Estado latinoamericano que se incorpora a la organización con el status de “socio global”.

Dado el amplio prontuario guerrerista de esta organización, que se ha convertido en la principal amenaza a la paz mundial, su entrada en América Latina es un mal indicio para la región y coloca en alerta principalmente a Venezuela, el actual primer “país objetivo” de los Estados Unidos en el continente.

La OTAN entra en América Latina a través de un país con un conflicto social armado de vieja data, que justamente por eso, posee las Fuerzas Militares (FF. MM.) con más experiencia en guerra irregular del hemisferio.

Esta nueva presencia de la OTAN en la región se engrana con los procesos de restauración de los gobiernos de derecha en América Latina y forma parte del mismo plan geopolítico de los países del norte para apoderarse de los recursos naturales y minero energéticos de los países del sur.

La imagen mundial de un país cuyo expresidente recibió nada menos que el Premio Nobel de la Paz, se contradice con la realidad. Colombia es aún hoy un país en guerra y el estado colombiano, ahora apalancado globalmente, se ha convertido en la principal amenaza para la paz de toda la región.

El regreso del uribismo a la presidencia: una garantía de guerra

Denunciando falta de garantías y exclusión, la izquierda colombiana llegó a las presidenciales del 2017 sin ninguna opción propia. En marzo, el partido FARC retira su candidatura y al mes siguiente lo hace la exsenadora Piedad Córdoba. El Polo Democrático Alternativo que, desde su creación, representaba una opción de izquierda, optó esta vez por dar su apoyo a Fajardo, figura del centro con algunas cercanías al uribismo.

Finalmente, emerge como candidato último de la oposición Gustavo Petro, quien públicamente dice no ser un hombre de izquierda, pero que es heredero inmediato de los votos de las candidaturas retiradas y termina por aglutinar la lucha contra la parapolítica y el narcoestado, el enfrentamiento a la corrupción, la defensa ecológica en un país sometido al despojo transnacional de su ecosistema, y la exigencia del respeto a los acuerdos de paz firmados entre el gobierno de Santos y las FARC, y la continuidad del diálogo con el ELN.

Los resultados electorales de la segunda vuelta en la que se confrontaron Iván Duque y Gustavo Petro dieron la victoria al primero con el 53,98 % de los votos, y permiten al menos cuatro conclusiones interesantes.

Lo primero que salta a la vista es que el uribismo sigue siendo un fenómeno popular y electoral que no se ha sabido entender ni mucho menos enfrentar. Uribe levantó un candidato prácticamente de la nada y logró que el establishment cerrara filas en torno a él y consiguió posicionar electoralmente la continuidad de la guerra.

Lo segundo es que realmente la derecha perdió votos. Mientras en las pasadas elecciones de 2014 se repartieron 15 millones de votos aproximadamente entre la derecha y la ultraderecha, esta vez, cuando todos los partidos del establishment colombiano cerraron filas en torno a un solo candidato —sin excepción—, solo sumaron algo más de diez millones de votos mientras los votos por las alternativas se crecieron desde dos millones y medio obtenidos por el PDA en el 2006, hasta los más de ocho millones de votos de estas elecciones.

En tercer lugar, los resultados visibilizaron la geopolítica del conflicto en Colombia. Además de ser el candidato presidencial con mayor votación en la ciudad capital de la que fue alcalde, Gustavo Petro ganó ampliamente en toda la costa pacífica colombiana. Territorio de resistencia contra los megaproyectos transnacionales donde se han realizado en los últimos años masacres, desplazamientos forzados y asesinatos selectivos como respuesta a las más grandes acciones de resistencia que han protagonizado las organizaciones populares colombianas. Claro ejemplo es la heroica Buenaventura, que protagonizó un paro cívico en el 2017. La ciudad de las negritudes que resisten y que recibió en el 2018 gran cantidad de comunidades desplazadas desde el Chocó, le dio más del 70 % de los votos. Por el contrario, dos departamentos se mostraron desproporcionadamente uribistas. Duque es el presidente del Norte del Santander, con más de 77 % de los votos y de toda la frontera colombo-venezolana. El otro departamento donde Duque se alzó con más del 72 % y que prácticamente determinó su triunfo por su caudal electoral, fue Antioquia y su capital, Medellín, el enclave colombiano del narcotráfico. La diáspora colombiana también trazó una línea geopolíticamente interesante. En los consulados de Colombia ganó la abstención, que se ubicó en el 81%. En Venezuela el número de votantes inscritos para votar es de 304 008 personas, lo que constituye mucho menos del 10 por ciento de la población estimada. La abstención entre la población colombiana que vive en Venezuela y que está inscrita para votar (que es franca minoría), fue del 89 %, es decir que solo un número cercano al 1 % de la población colombiana que habita Venezuela acudió a votar (33 175 votantes). Sin embargo, hay que decir que en números netos la mayor cantidad de votos los obtuvo Petro en EE. UU., Argentina, Canadá y Venezuela, en ese orden y con poca diferencia entre los tres últimos países. Los 69 558 votos de Petro en el exterior fueron mayoritariamente votos movilizados por la izquierda colombiana en el exterior y eso abre una nueva expectativa en el escenario internacional que quedó marcado por un ejercicio de unidad inédito en aras del cambio en Colombia.

La cuarta conclusión es que el sistema electoral colombiano que se caracteriza por ser excluyente, artesanal y arcaico, fue el

más grande perdedor. Sus deficiencias fueron evidenciadas hasta la burla, como nunca antes. Modernizar el sistema electoral y hacerlo medianamente respetable, es una tarea importante si se sigue aspirando llegar al poder por la vía democrática.

Duque llegó a la presidencia sin ningún acumulado propio y se mantiene en la presidencia sin popularidad ni legitimidad. Mientras, a finales del 2018 el Consejo Nacional Electoral negó definitivamente la personería jurídica al partido de Gustavo Petro, Colombia Humana, con lo que se cierran aún más las puertas para la búsqueda de alternativas por la vía electoral.

El actual presidente colombiano es el más ridiculizado por las redes sociales y su imagen una de las más débiles de quien haya ocupado la casa de Nariño. Uribe ha contribuido a ello, pues su ego no le ha permitido manejar los hilos desde atrás del teatrino, como parecía estar planteado, sino que constantemente hace evidente el poco respeto que tiene a su delfín.

A casi cuatro meses de que asumiera el cargo, nadie parece tomar en serio su investidura. Su propia vicepresidenta Marta Lucía Ramírez tuvo un lapsus y delante de las alcaldesas de todo el país olvidó el apellido de Iván, refiriéndose a él como “el presidente Uribe”, lo que ya ha sucedido al menos dos veces más en distintas alocuciones públicas del nuevo tren ejecutivo.

Es de esperar que esta imagen tan desacreditada, caricaturesca e impopular, comience a preocupar a sectores de la derecha nacional a quienes les importa la buena apariencia del ejecutivo nacional. En un país como Colombia esa preocupación puede ser muy peligrosa.

La pacificación como estrategia del estado

La paz no parece de ningún modo ser parte de la estrategia del estado que entró a conducir el bisoño de Uribe. La verdadera estrategia resulta ser la “pacificación”.

Este proceso de pacificación es visto como un triunfo militar que se sustenta en la rendición forzada de las organizaciones guerrilleras y el asesinato y judicialización de la oposición popular o no armada, por diferenciarla de algún modo.

A la luz de esta estrategia, comienza a sentirse en Colombia una nueva arremetida paramilitar que asesinó —solo en el 2018— a un aproximado de 250 líderes y lideresas sociales en todo el país, configurando así un nuevo genocidio que continúa en desarrollo con total impunidad.

Por otro lado, como se mencionó anteriormente, se incumplieron en gran medida los acuerdos con las FARC y se encuentra suspendida la mesa de diálogos con el ELN. Duque dice estar listo para reanudarla si, en pocas palabras, la organización guerrillera se rinde. Pero en una entrevista que nos concediera recientemente⁹⁵ en La Habana el jefe de la Delegación de Paz del ELN, dijo que esa organización no repetirá los errores que se cometieron en los acuerdos con las FARC, ni de ningún modo contempla una rendición.

Estas situaciones debilitan la imagen de posconflicto —o posacuerdo— que ha instalado en su retórica y por la que ya ha comenzado a recibir múltiples financiamientos internacionales. Además, evidencian que no ha alcanzado el orden interno mínimo necesario para asumir el nuevo papel que le ha asignado la OTAN como fuerza armada multimisión, interagenciada y demás eufemismos que se traducen en que será la principal fuerza militar al servicio de los Estados Unidos en América Latina.

Lo concluyente es que, el nuevo gobierno uribista está atrapado entre las presiones de los Estados Unidos, los intereses de los poderes fácticos, los conflictos políticos y sociales internos y, en medio de todas esas crisis, la identidad del presidente colombiano está en duda.

Lejos de buscar la verdadera paz, el gobierno colombiano solo procura la desmovilización de los grupos guerrilleros en tanto estos realmente representan un cuestionamiento permanente a su modelo económico y un peligro real para su poder, también por eso mismo asesina y judicializa a miembros de organizaciones populares, de derechos humanos, de comunidades indígenas y ne-

95 Esta entrevista fue publicada por la revista *La correo*, n.º 18, correspondiente a septiembre del 2018, bajo el título “La guerra no es una maldición a la que estemos condenados”. Puede ubicarse también en los sitios web: www.lacorreo.com, www.resumenlatinoamericano.org y www.rebellion.org

gras, y en suma a cualquiera que levante la voz contra su hegemonía absoluta, pero de ningún modo está interesado en superar el conflicto desde la solución de sus causas, ni le conviene quedarse sin un enemigo que justifique su cada vez más alto, presupuesto de guerra. Además de las amenazas internas, seguirán apareciendo enemigos externos sacados de un sombrero para este fin, como Venezuela o el Estado Islámico.

La doctrina política de Uribe, que asume el actual gobierno colombiano, sabe claramente que sin violencia de Estado y su estrategia paramilitar, no sería posible consolidar el robo de tierras al campesinado, ni el avance de los megaproyectos minero-energéticos en las comunidades indígenas y afros, etc. para sostener en el tiempo el modelo económico de despojo. Por esto, es la pacificación y no la paz, la estrategia para continuar y expandir la guerra.

La agresión a Venezuela, primera tarea del socio global

Aunque este breve texto se centra en Colombia, vale la pena cerrar haciendo referencia a este escenario porque el posible involucramiento del país en la primera guerra entre estados latinoamericanos del siglo XXI significaría un grave revés para la lucha por la paz de Colombia. También sin duda se perjudicarían Venezuela y Latinoamérica entera y únicamente ganarían las economías privadas transnacionales (incluyendo por supuesto, la del narcotráfico) y los Estados Unidos.

El escenario mediático está montado, los fundamentos legales en construcción, los falsos positivos armándose, y la invasión paramilitar a Venezuela en marcha desde hace casi dos décadas, es decir, desde cuando Hugo Chávez llegó al gobierno en 1999.

Las presiones estadounidenses, ahora sobre el gobierno de Duque se agudizan. En eso se centró la visita de Mike Pompeo a Colombia tan pronto inició el 2019. La asunción del segundo mandato por parte de Nicolás Maduro, el pasado 10 de enero, abrió una escalada destituyente internacional en el hermano país, donde Colombia juega, como describimos, un rol central en la geopolítica del imperialismo.

Por supuesto, hay otras ambiciones en ese conflicto. Según un informe de la Contraloría General de Colombia, por ejemplo, a partir del 2019 el país comenzaría a ser incapaz de autoabastecerse de petróleo, mientras Venezuela posee las mayores reservas petroleras probadas del mundo.

Ya hay claros indicios de que el gobierno colombiano se dispone para jugar ese triste papel. Algunos de ellos son el aumento de la inversión militar en el presupuesto del 2019, sobre todo en áreas que no se corresponden con el conflicto interno como defensas antiaéreas y aviones. La discusión y próxima aprobación de leyes como la ley por medio de la cual se previenen y enfrentan actividades y operaciones delictivas en territorio colombiano por parte de miembros del régimen venezolano y se dictan otras disposiciones y la nueva doctrina militar llamada Damasco, con la que las Fuerzas Militares colombianas se convierten en una fuerza que puede ser comandada por cualquiera de los países OTAN y que entra en su último año en el 2019.

Pero, a pesar de las presiones estadounidenses y los intereses de algunos sectores de la derecha colombiana, aún no hay consenso sobre esta acción en la clase dirigente de Colombia. Una operación militar de bandera falsa, que simule una primera agresión desde Venezuela podría presionar ese consenso. Quizás eso fue lo que se intentó hacer el pasado 23 de febrero en el puente internacional “Simón Bolívar”, cuando hasta el *New York Times* tuvo que reconocer que fueron los partidarios del usurpador Juan Guaidó los que quemaron la supuesta “ayuda humanitaria”.

Los dos grandes elementos que mantienen renuentes a algunos sectores de la derecha colombiana son la inestabilidad económica que esto generaría a la industria y el comercio (legal e ilegal) que vive de Venezuela y el fracaso de su modelo de pacificación de las guerrillas colombianas. El primer problema lo solventaría la oligarquía colombiana si lograra consolidar el control territorial de los grupos paramilitares colombianos sobre la llamada “media luna” venezolana, que afortunadamente, aún no ha conseguido pero el involucramiento de las FF. MM. en un conflicto internacional podría debilitar aún más el control del estado particularmente en el sur del país, y abrir nuevas brechas a las organizaciones revolucionarias.

Si el consenso se lograra o si la presión de los Estados Unidos lo forzara, sería esperable que entre abril y agosto del 2019 Colombia sume a su terrible historial de guerras, una agresión militar al país bolivariano.

En resumen, luego de quinientos años, Colombia continúa en guerra y su clase dirigente se prepara para expandirla, no para terminarla. La paz de la que habla el gobierno colombiano es un eufemismo para disfrazar su verdadera estrategia. Por eso, mientras al último acuerdo de paz firmado por el gobierno “se lo están comiendo las hormigas”, un amplio sector del Pueblo colombiano continúa luchando por paz con justicia social. Es esa paz y no la pacificación, la única opción para que Colombia tenga “una segunda oportunidad sobre la tierra”⁹⁶.

Bibliografía

- Arkonada, K. y Klachko, P. (2016). *Desde abajo, desde arriba. De la resistencia a los gobiernos populares: escenarios y horizontes del cambio de época en América Latina*. La Habana, Cuba: Editorial Caminos en La Habana.
- Azzellini, D. (2005). *El negocio de la guerra*. País Vasco, Estado Español: Editorial Txalaparta.
- Barreto, M. F. (2018). “La guerra no es una maldición a la que estemos condenados” en *La correo*, n.º 18.
- Borón, A. (2013). *América Latina en la geopolítica del imperialismo*. Caracas, Venezuela: Ministerio del poder popular para la cultura.
- De Benedetti, D. (s/f). *La guerra ha llegado a ser la forma de hacer economía y no la interrupción de la economía* [entrevista a Darío Azzellini]. Recuperado de: <http://www.azzellini.net/sites/azzellini.net/files/entrevista%20guerra%20azzellini%20benedetti%20151-411-1-PB.pdf>
- Diario Perfil* (s/f). “Un video del New York Times desliga a Maduro de la quema de ayuda humanitaria”. Recuperado de: <https://www.perfil.com/noticias/internacional/un-video-del-new-york-times-desliga-a-maduro-de-la-quema-de-ayuda-humanitaria.phtml>

96 “Se lo están comiendo las hormigas” y “una segunda oportunidad sobre la tierra” son frases finales de la famosa novela colombiana *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez.

El Frente Amplio en la encrucijada y la necesidad de profundizar

Por Gabriel Bermúdez y Nicolás Centurión

El Frente Amplio (FA) se fundó un 5 de enero de 1971 como una conjunción de fuerzas policlasistas para poder torcerle el brazo a la derecha de Uruguay y llevar adelante un proyecto de liberación de la clase trabajadora. Esta alianza que reunía partidos tan diversos como los demócratas cristianos con los comunistas, entendió que la unidad en la diversidad era fundamental para que el pueblo organizado de pasos hacia una sociedad más justa.

Previo a su fundación, en 1964 se realizó el Congreso del Pueblo, que marcó la unidad sindical en la Convención Nacional de Trabajadores (CNT), un instrumento forjado con el calor de la lucha obrero estudiantil del año 1958. Ese Congreso, entre varias medidas, definió realizar una huelga general indefinida en caso de que se desatara una dictadura, algo que aconteció por quince heroicos días desde el 27 de junio de 1973, apenas perpetrado el golpe de Estado.

Esa medida planteada por la CNT da cuenta del clima de época que se vivía ya nueve años antes del golpe de Estado. Por supuesto, la consigna planteada en 1964 y llevada adelante en 1973 no tenía nada de profética, y partía de un profundo análisis de la realidad concreta, del proceso de lucha que el pueblo daba en ese entonces.

La fundación del Frente Amplio y la puesta en marcha de la CNT parten de una misma concepción política: la necesidad de crear un frente democrático de liberación nacional que entrelazara las reivindicaciones de los trabajadores, estudiantes, capas medias, pequeños y medianos comerciantes, productores rurales; unidos por un programa y una plataforma reivindicativa de cambios profundos para el Uruguay.

Para poder sostener dichos cambios este proceso debía ser sostenido por la unidad de la clase obrera como su columna vertebral, es por esto que el mencionado Congreso del Pueblo era la condición *sine qua non* para la creación del Frente Amplio.

Estos dos procesos conformaron, en términos gramscianos, el embrión de un bloque contrahegemónico. Fue la concepción del gran frente democrático lo que permitió que comunistas, anarquistas, socialistas y nacionalistas resistieran a la dictadura manteniendo una unidad de acción en tres frentes: la cárcel, la clandestinidad y el exilio.

Asimismo, esta misma concepción fue la que pudo mantener unidas las herramientas, primero para derrotar a la dictadura en el plebiscito de 1980, y luego para ganar el gobierno del Estado en el 2004 (y de la ciudad de Montevideo desde 1989).

Nuestro continente y, sobre todo, nuestro país, pueden ser definidos dentro de un capitalismo deforme y dependiente. Deforme, porque en Nuestramérica aún quedan estructuras como el latifundio, resabio de regímenes “precapitalistas” subordinados a la lógica del capital; y dependiente, debido a que estamos subordinados a las políticas y precios que nos imponen las potencias imperialistas del norte global y del capitalismo transnacionalizado, convirtiéndonos en exportadores con una economía primarizada y con un pobre desarrollo industrial.

Por supuesto, el tejido social y la construcción de este polo popular en unidad se vio sumamente diezmado por el golpe de Estado cívico-militar, donde miles de compañeras y compañeros fueron detenidos, presos, exiliados, torturados y desaparecidos. Otros tantos pasaron a la clandestinidad.

El objetivo de la dictadura no solo fue la de implantar a sangre y fuego un proyecto económico como lo fue (y es) el neoliberalismo, sino quebrar la unidad del proyecto popular e intentar por todas las vías destruir el sentimiento de lucha y rebeldía de las siguientes generaciones.

La victoria electoral del Frente Amplio en el 2004 estuvo precedida de una construcción desde las bases, con un gran anclaje territorial. En cada barrio los comités de base eran referencia de los vecinos y vecinas, construyendo cierta victoria “cultural” que

antecedió al triunfo electoral. Fue un acumulado de cuatro décadas que dio su salto cualitativo luego de la debacle que tuvieron los partidos tradicionales del país, sobre todo a partir de la crisis uruguaya de 2002.

Los tres gobiernos del Frente Amplio, desde 2005, han mejorado las condiciones materiales de existencia de gran parte de la población que históricamente había sido postergada por los gobiernos del Partido Colorado y el Partido Nacional.

No es momento de hacer un balance de los logros, fracasos, éxitos y errores de esta fuerza política. Lo que sí está claro es que ha sido un parteaguas en la historia del país. El FA pudo visualizar que hay otras formas de hacer política. Que se puede llegar de otra manera a hacer las cosas.

¿Errores? Miles. ¿Procesados? Se han tenido. ¿Políticas similares a los gobiernos conservadores (por ejemplo, en cuanto a la deuda)? Lamentablemente, sí. Pero, ni por esfuerzo, los gobiernos frentistas han sido parecidos a los gobiernos blanqui-colorados.

Lo reiteramos: logros, varios; decepciones, unas cuantas. Pero hoy nos enfrentamos a la arremetida de una derecha recargada y a un Frente Amplio que tiende hacia el centro electoral cada vez más, confirmando el axioma del compañero Daniel Banina: “si la derecha tiende hacia el centro, no deja de ser derecha. Pero si la izquierda tiende hacia el centro, deja de ser izquierda”.

La izquierda ha perdido fuelle en el plano cultural. La batalla cultural tiene que ser uno de los ejes cabales de la disputa de las izquierdas. Zitarrosa, Viglietti, Los Olimareños, Benedetti, Rosencoff, Galeano, entre tantos otros, fueron algunos de los personajes que forjaron un sentir y un ser de izquierdas en nuestro país. Ellos dotaron de sentido a más de una generación y, desde la palabra, la música, los libros, le dieron la impronta tanto desde la ética como la estética. Fueron vectores de un proyecto que 40 años después desembocó en la primera victoria de la izquierda en el país.

Situación de la política interna de Uruguay

Se avecinan las elecciones generales de octubre de 2019. En la primera vuelta, se elegirán diputados, senadores y se votará por

la fórmula presidencial (presidente y vicepresidente), pero todo indica que habrá segunda vuelta en noviembre para definir el futuro gobierno del país.

El Frente Amplio se dirime en estos momentos entre el desgaste de la administración, la no profundización de sus propuestas y los ataques constantes de una oposición que juega al todo o nada.

Las preferencias del electorado por el Frente Amplio han disminuido mucho respecto del 2004, aunque hay una leve mejoría reciente en las encuestas de opinión pública.

La orientación económica del gobierno en los cuatro años transcurridos ha confirmado los rasgos liberales del manejo de la economía, ahora con una tendencia al ajuste, aunque mucho más moderado que en los países vecinos.

La inestabilidad económica argentina y brasileña influye mucho en las perspectivas económicas uruguayas, y acentúan la tendencia a políticas económicas poco audaces, no transgresoras de la lógica de los poderes fácticos dominantes.

El liderazgo de la oposición al gobierno progresista, al igual que en otros países, lo sustentan los medios de comunicación concentrados. La campaña denigratoria y demonizadora de líderes y partidos de la izquierda uruguaya es constante, cotidiana, masiva y creciente. Esa campaña mediática descalificadora y desinformadora se sintetiza en la insólita consigna conservadora que define a Pepe Mujica, el expresidente universalmente reconocido y admirado, que a su vez es “el peor presidente de la historia”.

A la vez se verifica cómo en toda la región una creciente judicialización de la política, que ya ha llevado a la renuncia del vicepresidente Raúl Sendic (h), y que puede llegar a tener consecuencias aún más dramáticas.

Lo más probable es que la campaña electoral del 2019 sea la más sucia que ha conocido el Uruguay desde las muy irregulares de 1971. En ese contexto, es posible que la izquierda más o menos “radical” y no frentista vuelva a crecer electoralmente favoreciendo “indirectamente” las posibilidades de éxito de la derecha.

Por otro lado, se están produciendo desprendimientos del Frente Amplio por derecha que, en alianza con el Partido Independiente, también pueden contribuir a una posible derrota del gobierno y a un triunfo de la derecha.

Por otro lado, la mayor dificultad electoral del bloque conservador es su crónica dispersión en el plano estrictamente electoral. Dependen de la segunda vuelta para alcanzar una unidad electoral que les permita aspirar a la victoria, puesto que no parece que logren constituir un frente de derecha unido electoralmente para encarar juntos el año electoral. En tal sentido, un factor a tener en cuenta es el retorno a la actividad electoral del expresidente Julio María Sanguinetti, del Partido Colorado. Su experiencia y habilidad dentro de marcos conservadores puede deparar mayor potencia electoral para la oposición, y el mismo Sanguinetti sería candidato a la presidencia.

En todos los escenarios proyectados se prevé que, aunque el Frente Amplio gane la presidencia, no contará con mayoría absoluta en el parlamento, a diferencia de las tres elecciones anteriores. Eso deparará mayor influencia opositora y conservadora en el sistema institucional, aún con el FA ganando el ejecutivo del país.

Uruguay ya palpita la campaña electoral. Como dijimos, será una de las campañas más sucias de todos los tiempos, y las denominadas “fakenews” ya son el arma de la derecha para hacerse paso hacia las elecciones de octubre del año próximo.

Las cadenas falsas por WhatsApp, que tanto rédito le dieron a Bolsonaro en Brasil, también están intentando hacer mella en las voluntades de los uruguayos. Todo esto, sumado a la campaña antifrenteamplicista por parte de los medios tradicionales, apalancan el *status quo* reinante.

Los montajes fotográficos, las fotos de otros países (rutas en mal estado, robos, secuestros, asesinatos, peleas de estudiantes) queriendo hacerlas pasar por situaciones que acontecieron en nuestro país, ya son moneda corriente en las redes sociales.

Esto no debiera revestir un serio problema si no fuera porque las publicaciones están vinculadas a distintos líderes de una valentona derecha opositora.

Nuevas-Viejas Derechas

Hasta la primera victoria nacional del FA en 2004, Uruguay estuvo gobernado por los dos partidos tradicionales (Partido Colorado y Partido Nacional).

A raíz del descontento dentro de las propias derechas, que no han sabido disputar electoralmente en Montevideo, la capital, desde 1989 y que hace tres periodos consecutivos que ven al Frente Amplio ganar las elecciones nacionales, es que se han delineado nuevos candidatos, sectores y partidos que vienen a romper con la lógica electoral blanquicolorada.

Es así que dentro del campo político y electoral han surgido nuevas-viejas expresiones, con candidatos sui generis y con otros tantos que han sido reciclados y maquillados para los nuevos tiempos que se avecinan.

Dentro del Partido Nacional, la bancada evangelista está creciendo a paso firme y a punta de dinero se están haciendo lugar en los grandes medios de comunicación. Con la senadora Verónica Alonso como lideresa, seguida de Álvaro Dastugue y el Pastor Márquez desde las sombras (no puede ser candidato porque tiene nacionalidad argentina), estos evangelistas fundamentalistas se ponen a tono con el pulso continental.

Estas iglesias “neopentecostales” han ganado terreno a lo largo y ancho de nuestro continente. Donde la izquierda abandonó sus bases, aplazando el trabajo comunitario en las favelas, los morros, las villas, los cantegriles, allí se instaló una iglesia evangélica. Donde la Teología de la Liberación cedió terreno, allí construyó su lugar la llamada Teología de la Prosperidad, siguiendo los preceptos fundamentales del neoliberalismo. Una fe para rendirle culto al Dios-mercado y al individualismo, al sacrificio de un reino de los cielos que algún día llegará, no se sabe cuándo.

Siguiendo con los nuevos personajes que han surgido en este último tiempo en el espectro de las derechas uruguayas tenemos a Edgardo Novick. Empresario que se presenta a sí mismo con una historia de sacrificio que, cargando cajones de feria, llegó a ser un millonario exitoso. Pretendido outsider, ha estado vinculado a la política desde hace por lo menos 20 años, asesorando a distintas figuras del partido Colorado.

Novick se plantea ni de izquierda ni de derecha y utiliza metáforas futbolísticas hasta el cansancio. Sus campañas publicitarias parecen de improvisados aprendices de comunicación, pero es sabido la cuantiosa suma de dinero que el empresario invierte en

las mismas. En cada entrevista se lo nota con tono compungido, planteando un encono personal con el Frente Amplio y, sobre todo, con José Mujica. Prometió que, si “el Pepe” iba a ser a candidato, él iba a ir detrás del expresidente, pueblo por pueblo y ciudad por ciudad, para hacerle una contra campaña.

Por otra parte, está Juan Sartori, un empresario recién arribado desde Europa. Él sí es un outsider con todas las letras. Sin antecedentes de militancia y con una deuda acumulada en el Banco Central uruguayo de 46 millones de dólares, ha desembarcado en el país para sumarse a las filas del Partido Nacional. A su vez, la llegada de Sartori a nuestro país coincide, temporalmente, con el procesamiento en el principado de Mónaco de su suegro, el magnate ruso Dimitri Rybolovlev.

A base de un gasto muy fuerte en los medios de comunicación, Sartori pasó de ser un completo desconocido a poner su nombre en boca de todos. Ha despertado sorpresa y, sobre todo, descontento en propios y ajenos. Jorge Gandini, dirigente del Partido Nacional, anunció que si Sartori se presentaba como candidato iba a denunciarlo a la junta de ética de su partido.

Por último, en el verano de 2018 se lanzó a la palestra el Movimiento “un solo Uruguay”, que aglutina pequeños, medianos y grandes productores rurales, pero que en sus ideas solo beneficiarían solo a estos últimos.

La situación del campo en Uruguay no está atravesando sus mejores momentos, y este Movimiento ha intentado captar el descontento de pequeños y medianos productores para que sean la masa que lleven adelante reivindicaciones que, en última instancia, terminarán beneficiando a unos pocos, representados en la Asociación Rural del Uruguay (ARU), siempre descontenta a pesar de que en los años de gobierno frenteamplista ha aumentado crecientemente sus ganancias, declarando recientemente que está a favor de que no se sigan llevando adelante los Consejos de Salarios porque, según ellos, “no están funcionando bien”.

Por otro lado, el siempre candidato a la presidencia del Partido Nacional, Jorge Larrañaga, en uno de sus últimos intentos por acumular votos y poder ganar por primera vez una interna en su partido, ha salido con la campaña “Vivir sin miedo”.

Sorprendentemente, esta campaña “asustaviejas” ha logrado al número de firmas necesario para el plebiscito que se dará junto a las elecciones del año 2019. Entre sus propuestas, pretende que los allanamientos nocturnos a hogares sean sin orden judicial como requisito y que los militares sean apoyo logístico para los policías en las calles.

Es cierto que los delitos han aumentado y los homicidios también. Pero la derecha se empecina en afirmar que los uruguayos vivimos en una situación de indefensión total, en una “tierra de nadie”, mientras desde las tiendas conservadoras poco se habla de los femicidios, las muertes por accidente de tránsito y los suicidios. Sus preocupaciones pasan por los delitos asociados o relacionados con la propiedad privada, mientras justifican los delitos económicos del capitalismo rentista y especulador.

En tono impostado intentan hacer pasar camuflado en los medios sobre su preocupación por la vida en general cuando fueron los responsables de haber aplicado en el pasado políticas de hambre y ajuste desde que nos constituimos como República.

Por lo descripto, resulta fácil visualizar que la doctrina de la Biblia, Buey y la Bala, la Doctrina BBB, está echando raíces en nuestro país.

El modo, el tono, la forma, la intensidad: las mismas intenciones, los mismos intereses

Los modos discursivos que nos muestran las nuevas-viejas derechas nos interpelan y cuestionan. Estas campañas, muchas importadas, pueden acarrear sorpresas no deseadas para el Frente Amplio y el campo popular organizado.

Lógicas discursivas y propuestas más crudas y duras, en nombre de la incorrección política se escuchan cada vez más por todos lados. Ser incorrecto políticamente hoy es ir en contra de las minorías que están siendo reivindicadas y reconocidas en derechos por el gobierno actual.

La mano dura, la desregulación del mercado cambiario, la apertura de importaciones, el ajuste en las arcas públicas —que significan menos planes sociales y recortes en el salario indirecto

de la clase trabajadora— son ejes que buscan ser instalados todos los días; junto con la cultura como un reducto de unos pocos expertos, de poco acceso a las masas populares, y la educación como mercancía, sumamente competitiva y poco solidaria.

Por otro lado, se visualiza una lucha implacable contra todo el movimiento popular, contra cualquier organización o encuentro de militantes, para que no dispute poder. Atomizar el campo popular, neutralizarlo, cooptar dirigentes, diezmarlo, para que no pueda llegar a hacer contrapeso al ascendente conservadurismo.

En Uruguay nos quieren vender pocas ideas y mucha crítica al Frente Amplio con cara y tono de buen pastor. En nombre de la democracia, la república y las buenas costumbres, se alegará que el Frente Amplio está dejando un país fundido, que deterioró el tejido social, que han vaciado las arcas del Estado, que se ha despilfarrado dinero y que, incluso, se persiguió a opositores, planteando que los uruguayos vivimos perseguidos por un supuesto gobierno autoritario.

En nombre de la ética, la transparencia y el orden, la derecha nos traerá más corrupción, ajustes, represión, difusa separación de poderes e imposición de una agenda conservadora, de clausura ante la diversidad y el respeto por distintas formas de vida que no se ajusten a su moralidad.

La triada política, economía y moral se servirá de la triada de la política partidaria, poder mediático y poder judicial, para tratar de enraizarse en el poder.

Vendrán por todo, y lo afirmamos no desde una presunción apocalíptica ni oscurantista, sino desde el análisis de lo que ha venido pasando en los distintos países donde la derecha volvió al gobierno por distintas vías (electorales, golpes de Estado, golpes blandos, etc.) Acusarán al Frente Amplio, y sobre todo al campo popular que lo sostiene en el gobierno, de antidemocrático y no respetar las instituciones.

Por supuesto, los casos de corrupción, los errores y las claudicaciones de banderas históricas, tanto del Frente Amplio como de los gobiernos progresistas de la región, han generado un descontento y un descreimiento en la política que se expande por toda la sociedad. En tal sentido, constituye un llamado de atención la

abstención electoral y la cantidad de votos en blanco y anulados en Brasil. En Uruguay, ya sucedió algo parecido en las últimas presidenciales.

En ese sentido, vale reconocer que las derechas han sido hábiles en captar primero ese descontento e intentar canalizarlo hacia su caudal electoral.

Por eso no es del todo falsa aquella vieja afirmación de que el progresismo ha hecho una media calzada de pavimento para el advenimiento del autoritarismo en la región (¿el fascismo?), mientras que las derechas moderadas han contribuido con la mitad restante.

Desde la izquierda no podemos confundir a los partidos políticos con “La Política” en su sentido más amplio y abarcador. Donde la niebla del descontento se apodere del día a día y quedemos todos, como diría el tango, “en un mismo lodo todos manoseaos”, surgirán los monstruos que no serán fáciles de destruir.

Si no se profundizan los cambios, si no se integra a la comunidad y si no creamos nuevas lógicas de participación, la barbarie nos estará esperando agazapada a la vuelta de la esquina, en un mundo que tiende cada vez más a una mayor desigualdad.

Proyectos y visiones

En términos políticos, en Uruguay se pueden visualizar cuatro visiones de país que luego se sintetizan en dos proyectos políticos.

La primera visión es la de esa vieja-nueva derecha, que promueve el ajuste a los sectores más vulnerados por la economía, para realizar una transferencia de recursos de abajo hacia arriba. Su propuesta entiende que el Estado debe ser vaciado de todo contenido social, dejándolo solo para cuestiones represivas y judiciales.

En materia económica, está en sintonía con el capital internacional financiero más especulador. La flexibilización laboral, un eufemismo de precarización, será una de las cuestiones que volverán a sucederse en caso de que gane la derecha. Los Consejos de Salarios (consejos tripartitos de negociación salarial y de condiciones laborales entre el Estado, los empleadores y los trabaja-

dores), como en el último gobierno del Partido Nacional, serán suspendidos, y se privatizarán los entes autónomos del Estado.

La cultura será solo un arte para las élites y para un grupo selecto de la ciudadanía que pueda acceder a las mismas. Buscará imponer políticas de mano dura en materia de seguridad, un alineamiento incondicional a Estados Unidos, y un enorme retroceso en todo lo que es denominado como “agenda de derechos”.

La segunda visión de país es la que intenta insertarse en las cadenas globales de valor y que pretende gobernar con un pacto social que represente una conciliación de clases.

Una visión que entiende que se puede administrar el capitalismo a través de una cierta redistribución de la renta con políticas sociales, incluyendo en el mercado de consumo a sectores postergados históricamente. Busca el desarrollo de las capacidades productivas del país con cierto grado de agenda de derechos sociales. Los grandes capitales no deben ser afectados por las políticas económicas, y la matriz productiva tampoco debe ser modificada, condenando al país a depender del precio de las commodities y de la inversión extranjera directa. Un capitalismo de “rostro humano”. La incógnita sería develar qué rostro y de qué humano.

La tercera visión entiende que el capitalismo es una etapa a ser superada por la humanidad debido a la explotación que genera y la desigualdad a la que nos expone que es la madre de todas las violencias en nuestra sociedad. Este proyecto de profundo raigambre antiimperialista, anticapitalista y anti oligárquico se expresa en la base social de la estructura partidaria del Frente Amplio y de las organizaciones sociales históricas de nuestro país (FUCVAM, FEUU, PIT-CNT).

Esta visión pretende profundizar y radicalizar lo hecho por el Frente Amplio, por ejemplo, en los gravámenes a los grandes capitales y en la consolidación de una industria nacional al servicio del pueblo, pudiendo avanzar en la distribución de las riquezas, no solamente en el plano de la renta.

En su propuesta, se hace necesario construir distintas formas alternativas de economías, como por ejemplo la economía social y solidaria, donde no solo son prácticas que parten de concepciones distintas a las capitalistas, sino que educan y forman en valo-

res distintos a los de este sistema, que apunta a la meritocracia, al individualismo, al egoísmo y al hedonismo exacerbado.

La cuarta visión es de carácter más bien discursivo, de una auto proclamada “verdadera izquierda”, que abona a las teorías del “son todos iguales” y al “cuanto peor, mejor”.

La historia ha dado ejemplos en abundancia en cuanto a este tema, por cuanto peores son las condiciones materiales de existencia de los vulnerados de siempre, peor es para ellos. De igual manera, estas condiciones objetivas no aseguran las condiciones subjetivas para proyectar una revolución. Los niveles de conciencia no necesariamente se incrementan con una crisis económica y social generalizada, y no se puede olvidar que cuando las condiciones de vida están perimidas, se está hipotecando el futuro, de al menos, una generación.

Este proyecto concentra un número reducido en el panorama electoral, y tiene escasas capacidades organizativas de las masas. Su discurso reviste dos problemas. Uno es el que históricamente, el discurso del “todo o nada” ha abonado el terreno para que la derecha y el imperialismo prosperen electoralmente. Estos discursos fratricidas no hacen más que hacer mella en la unidad de las izquierdas, tan necesaria en estos tiempos.

El segundo atolladero que reviste este discurso es el de darle la coartada perfecta a los moderados, a los que quieren cambiar un poco para no cambiar nada, señalándolos como ejemplo de una radicalización sin propósito, un carácter infantil de ser y estar en la política. Entonces allí surgen los discursos desde el atril de la sensatez y la cordura, del “grado inversor” y la “imagen” del país, desviando la atención de su proyecto que no profundiza en las cuestiones históricas que el Frente Amplio ha reclamado, claudicando las banderas que son horizonte en la fuerza política gobernante y en gran parte de la masa social organizada uruguaya.

Dentro de la interna del Frente Amplio se dirimen la segunda y la tercera visión que nombramos párrafos atrás.

La segunda visión es la que prima por ahora, mientras que en la precandidatura de Oscar Andrade podría reflejarse la tercera visión en la interna frentista.

En orden de querer disputarle realmente el poder a la oligarquía nacional, bendecida y apadrinada por la oligarquía financie-

ra transnacional, es menester lograr una gran coalición que no se enfoque solo en lo puntual e inmediato de las internas del Frente Amplio y las elecciones nacionales.

Se necesita una coalición que desarrolle y construya una agenda en común con distintos sectores y organizaciones de la sociedad, con una serie de puntos prioritarios en salud, vivienda, educación, trabajo, alimentación, cultura, deporte, recreación, entendidos como derechos fundamentales básicos, garantizados de hecho y no solo de derecho.

Además, la participación de la comunidad en la toma de decisiones, en el desarrollo, la aplicación y en la concreción de estos aspiracionales, debe de ser un eje medular que atraviese todos los niveles de participación. Avanzando en el pasaje de la vieja democracia representativa hacia una real democracia participativa.

Tareas

Las primeras tareas que tiene pendiente el Frente Amplio son aquellas vinculadas con saldar las cuentas de sus postulados históricos, con proyectos e iniciativas que harían consolidar un proceso realmente volcado hacia la izquierda.

Entre esos postulados y proyectos podríamos mencionar a la reforma agraria, a la lucha por los Derechos Humanos —específicamente en el tema del terrorismo de Estado—, además de lograr el 6 % + 1 % del PBI destinado a educación e investigación, y una ley de medios que hoy duerme en el Parlamento.

Hay que transformar las estructuras económicas y políticas en favor de los trabajadores, para que no haya más explotados ni explotadores. En ese sentido, es importante la capacidad que tengamos de poder transformar con cada pequeña acción cotidiana, los preceptos que abonan, reproducen y perpetúan el orden neoliberal. Micropolíticas que se retroalimenten dialécticamente de los cambios estructurales que pueda generar la izquierda.

Es por eso que una de las tareas meridianas que les toca a las izquierdas en el Uruguay es poner en el tapete un relato de esperanza, que permee en todas las capas sociales. Una emanación desde abajo como lava de volcán, una erupción pero que también tenga la capacidad de ser disruptiva y posea la energía suficiente

para penetrar en el alquitranado sentido común del neoliberalismo. Esa lava que, confiamos, algún día emergerá, será la base que sedimentará la sociedad sobre la que queremos que habite el ser humano nuevo que anhelamos.

Como dice el vicepresidente del Estado Plurinacional de Bolivia, Álvaro García Linera, cada victoria política o electoral está precedida de una victoria cultural, reconociendo que cada una de estas victorias culturales son apenas superficiales si no logramos que prendan como raíces de otra cultura, poscapitalista, con otra concepción relacional, donde los vínculos no estén mediados por el lucro o la ventaja especulativa.

Es menester poder crear nuevas categorías conceptuales de análisis para los tiempos que se nos vienen. Al decir de Boaventura de Sousa Santos, una epistemología del sur.

La formación de cuadros en distintas ramas, no solo en economía y política, sino en asuntos que nos deparan nuestro análisis, comprensión y acción como ser: el feminismo, el futuro del trabajo, hacktivismo, las redes sociales, la robótica, la ecología, etc. En la fase actual del capitalismo, la disputa del conocimiento es central, y las izquierdas deben plantearlo como una herramienta democratizadora y al servicio de las mayorías, en contra de las elites que se apropian de lo creado, investigado y construido para seguir desarrollando desigualdad (las patentes, por ejemplo).

La formación de cuadros implica la formación de líderes con otro cariz a la que conocemos de los del siglo XX. Descartar el carácter mesiánico y tener siempre claro la importancia del proyecto colectivo más allá de las luchas cotidianas y no permitir que la maquinaria electoral y burocrática del Estado nos fagocite la capacidad movilizadora, la esperanza y el futuro. Debemos abogar por la conquista del Estado, pero sabiendo que algún día lo vamos a negar en tanto instrumento de dominación de la burguesía.

Por eso resulta importante plantear nuevas lógicas de participación, tanto de la ciudadanía, como distintas formas de relacionarnos a la interna de las organizaciones sociales y partidos políticos, donde cada uno se sienta parte del proyecto, se apropie de las ideas y entienda que su aporte es fundamental para construir

una nueva identidad militante y de participación, que despliegue en la vida cotidiana otros modelos vinculares.

Debemos pasar de la *resistencia* a la *permanente insistencia* por la transformación.

Las izquierdas deben de tener vocación de poder y de gobierno. Deben, a su vez, disputar todos los espacios, ya que en política no existen espacios vacíos. Así, donde las izquierdas no estén construyendo organización y haciendo política, otros estarán haciendo política por nosotros, y claramente no será al servicio de los más vulnerados de este sistema.

Se acabó la hora de reprocharle a los medios y a la derecha nuestras derrotas y nuestros fracasos. Claro que tienen incidencia en ello, pero nuestro horizonte se debe fijar en superar cualquier tipo de obstáculo y hostilidad que se nos presente. Se debe estar por encima de cualquier contra ofensiva, campaña sucia, manipulación mediática, etc.

Las transformaciones se dan por oleadas. Hoy día vivimos un intento de restauración conservadora. La derecha continental, con auspicio del Departamento de Estado de Estados Unidos y la USAID, vienen por todo y por todos.

Mecanismos como el lawfare, los golpes blandos, y cuando no la simple eliminación de líderes y representantes populares, como lo hacen en Colombia, en Brasil, y en más de un país de Centroamérica, están a la orden del día.

Será tarea de los siempre postergados, de los “naides”, de las izquierdas organizadas teniendo en cuenta bien claro que al final de cuentas se dirimen dos proyectos de país, que la contradicción sigue siendo oligarquía-pueblo, de los arriba con los de abajo, que la liberación de nuestros pueblos en clave continental depende pura y exclusivamente de la capacidad que tengamos de organizar, de movilizar, de emocionar, de comprometer, de hacer sentir propia la lucha de cada uno de nuestros pueblos, de indignarse por cada injusticia que se cometa como si fuera propia.

Bibliografía

- Arismendi, R. (1962). *Problemas de una revolución continental*. Ediciones Pueblos Unidos.
- Arismendi, R. (1970). *Lenin, la revolución y América Latina*. Ediciones Pueblos Unidos.
- Arismendi, R. (1972). *Insurgencia juvenil*. Ediciones Pueblos Unidos.
- Cadernos de Estudos Florestan Fernandes* (2013). “Caderno 5. Gramsci e a formação política”.
- Chimuris, R. (2005). *Una muralla para el país productivo-Deuda externa y soberanía*.
- Chimuris, R. (2018). *La doctrina Espeche*.
- De Sousa Santos, B. (2010). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Ed. Trilce.
- De Sousa Santos, B. (2011). *Once cartas a la izquierda*. Ed. Trilce.
- Dussel, E. (2006). *20 tesis de política*. Ed. Siglo XXI.
- Dussel, E. (2015). *Filosofías del Sur. Descolonización y transmodernidad*. Ed. Siglo XXI.
- Foucault, M. (1976). *Microfísica del poder*. Ed. Siglo XXI.
- Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar*. Ed. Siglo XXI.
- Freire, P. (1968). *Pedagogía de la liberación*. Ed. Siglo XXI.
- Galeano, E. (1971). *Las venas abiertas de América Latina*. Ed. Catálogos.
- Galeano, E. (1998). *La escuela del mundo al revés. El mundo patas arriba*. Ed. Siglo XXI.
- García Linera, A. (2010). *El Estado como campo de lucha*. Ed. Muela del diablo.
- García Linera, A. (2013). *Geopolítica de la Amazonía*. Ed. Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.
- Gramsci, A. (1926). *Cuadernos de la cárcel 1*. Ed. Gedisa.
- Gramsci, A. (1932). *El príncipe moderno*. Ed. Gedisa.
- Martínez, V. (2005). *Tiempos de dictadura*. Ed. La banda oriental.
- Marx, C. (1845). *Tesis sobre Feuerbach*. Ed. Progreso.
- Marx, C. (1848). *Manifiesto Comunista*. Ed. Progreso.
- Vignolo, L. (2015). *Entrevista exclusiva de Nodal Cultura a Luis Vignolo*.

Debates en torno a la unidad de la izquierda en base a la experiencia del Frente Amplio en Uruguay

De los frentes electorales a los frentes contra el fascismo

Por Sebastián Valdomir

A lo largo del ciclo latinoamericano de gobiernos de izquierda, progresistas, nacional y populares, nunca estuvo resuelta plenamente la ecuación entre apertura y profundidad. Con esto se procura resumir la fuerte presión que, en un sentido u otro, se les imprimió a gobiernos que fueron elegidos por sus propuestas de superación de la crisis y deslegitimación radical del modelo neoliberal.

El contexto de ajuste social con parálisis económica y desestructuración productiva, imponía una agenda clara de reactivación de la producción con el fin de recuperar el trabajo como organizador fundamental de la vida social. Ello se concretaría además con una gradual vuelta del Estado al centro de la disputa entre capital y trabajo, con el propósito de que la principal política de reinserción social fuera la recuperación del salario y de los derechos laborales, destruidos a lo largo de la década de los '90.

Para impulsar esa agenda las fuerzas de izquierda y progresistas nunca contaron del todo con una ecuación resuelta o plenamente satisfactoria en el dilema entre ser impulsores de acuerdos sociales y políticos amplios, sumando a sectores del viejo esquema de gobernabilidad conservadora, o concretar, en cambio, transformaciones de tipo estructural desde la gestión del Estado, en favor de los sectores populares.

Ese dilema entre ampliación y profundidad, fue resolviéndose parcialmente —nunca del todo— en nuestros países según las características de cada proceso político e histórico, con los ele-

mentos disponibles en cada correlación de fuerzas específicas con las cuales la izquierda continental tuvo que lidiar.

Los componentes de uno y otro eje han sido largamente debatidos en los últimos años. Por un lado, el eje de la apertura social y política se trazó en base a un diagnóstico bastante extendido que indicaba que los Estados nacionales y la institucionalidad pública habían sido estructurados históricamente en base a esquemas de acuerdos dentro de los sectores dominantes. Para asumir las gestiones de gobierno luego de los procesos de crisis entre 1999 y 2002, las fuerzas de izquierda debieron reconocer que la legitimidad democrática de sus éxitos electorales les permitía acceder a responsabilidades de gestión propias de la gubernamentalidad, pero no ejercer directamente el poder ni mucho menos trastocar drásticamente sus estructuras fundantes. Para ello, se realizaron diferentes procesos de ensayo y error, con acercamientos y alianzas con sectores de poder.

Un ejemplo de este eje de apertura y acuerdo interclases fue la Carta al Pueblo brasilero enviada antes de la victoria de Lula en Brasil en 2002. No es el único ejemplo, dado que experiencias similares -pero bajo formatos diversos- se realizaron en Argentina, Uruguay, Venezuela, Paraguay y Chile.

El elemento central del eje de acuerdo y apertura tuvo dos planos principales; uno político y otro económico. En el plano económico, los acuerdos de base apuntaron a hacer viable la reactivación del crecimiento macro, condición necesaria para poder redistribuir y generar políticas sociales de mitigación de los efectos más dramáticos de la crisis.

Suele verse –aún hoy- como elemento central en los análisis conservadores de retrospectiva económica, que los gobiernos progresistas y de izquierda solo aprovecharon pasivamente la bonanza de los altos precios de los bienes primarios y commodities, acordando con los sectores del agronegocio, las empresas transnacionales y el capital financiero. Una discusión diferente es si esos acuerdos con los mencionados actores capitalistas fueron subordinados a su lógica de acumulación.

En el plano político, la caracterización de los procesos progresistas reforzó la búsqueda de la gobernabilidad y la generación de márgenes de maniobra a nivel parlamentario e institucional, con

el fin de tener apoyos mínimos a la hora de gobernar. Para cuántos cambios y transformaciones fueron suficientes esos acuerdos, depende de cada país y de cada proceso particular. En el caso de Brasil, claramente no fueron suficientes para concretar una profunda reforma política para modificar el arreglo institucional fundamental de composición del Congreso, la financiación política y los mecanismos de elección parlamentaria.

Sin embargo, para el caso de Uruguay, a lo largo de los gobiernos del Frente Amplio (2005-2019), la construcción de acuerdos políticos y sociales se procesó, antes que nada, dentro de la propia fuerza política. Mucho se ha escrito sobre las características policlasistas y polideológicas del Frente Amplio, pero aún es relativamente poco analizado el acuerdo político de fondo que ha hecho sustentable en el tiempo su proceso de acumulación en la sociedad uruguaya.

Ese acuerdo político no es otro que la consideración estratégica de la unidad de la izquierda. No se trata de una unidad en el vacío, sino de un acuerdo de base antiimperialista y antioligárquico, que va más allá de lo electoral y que se nutre de diversas corrientes del pensamiento de izquierda, progresista y popular. No es posible calificar el proceso histórico del Frente Amplio solamente por lo que ha hecho en posiciones de gobierno, puesto que el período que va entre 2005 y 2019 es solamente una parte de su recorrido político. Por otro lado, no se puede perder de vista que el Frente Amplio gobierna la capital del país desde 1990, en manera ininterrumpida, y a lo largo de ese período ha pasado por diferentes etapas de impulso y reflujo de la acción transformadora.

A lo que se procura apuntar con todo esto, es que un aporte fundamental para el contexto actual y para la incertidumbre que nos rodea, debería ser el regreso al análisis estratégico de la política como transformación de la realidad en la cual nuestras sociedades y nuestra región está inserta.

Podemos entender que hoy las preguntas sean otras, pero bajo la premisa que indica que llegamos a ellas porque aún no pudimos responder adecuadamente las preguntas del período anterior, en el cual los gobiernos progresistas y de izquierda de la región eran mayoría. La incertidumbre fundamental que fue planteada anteriormente, entre profundidad política y apertura

política; entre radicalidad de las transformaciones y la capacidad de generar acuerdos políticos más abarcativos que lograsen aislar a los sectores más conservadores y reaccionarios de las derechas.

El ejemplo del Frente Amplio en Uruguay solamente nos indica que ambos términos de esa incertidumbre, no fueron al menos en este caso- mutuamente excluyentes. Que se pudo realizar un proceso de importantes transformaciones en diversas áreas, y al mismo tiempo se logró blindar la legitimidad de dicho proceso en función de acuerdos sociales más amplios, más allá de los límites de la izquierda política.

El período actual latinoamericano está anclado en otras claves, cualitativamente distintas, planteando obstáculos y desafíos nuevos. Hoy nos ocupa —a todas las fuerzas de izquierda de la región— enfrentar la reacción conservadora y el fascismo, que no se detiene ante los límites clásicos de la institucionalidad democrática liberal. Sin embargo, entendemos que, si hoy nos encontramos en esta situación, en buena medida puede deberse a que no se logró resolver las principales contradicciones del período anterior.

Conviene caracterizar este período actual latinoamericano en función de las fuerzas unificadas que se han propuesto desactivar por diversos medios las experiencias de los gobiernos progresistas y de izquierda en cada uno de nuestros países.

Un concierto de actores, no precisamente “nuevos”, se han articulado en función de una retórica posdemocrática. Algunos sectores del gran capital, grandes medios de comunicación de masas con sectores de los poderes judiciales, centros de pensamiento estratégico conservadores, iglesias neopentecostales y facciones de partidos de derecha y conservadores.

Como ante cualquier problema, no conviene plantear el diagnóstico equivocado y, en este caso, las fuerzas populares, progresistas y de izquierda no deberíamos ser condescendientes con el momento actual, que no le cabe alguna caracterización diferente a asumir que estamos enfrentando a un poderoso proyecto conservador con características neofascistas, movilizado en buena medida por un vector de violencia política, simbólica y fáctica.

Recientemente el intelectual Juan Carlos Monedero aludió a una vieja cita de Benjamin, también mencionada usualmente

por Slavoj Žižek no más allá de su último libro, que indica, en resumen, que todo ascenso del fascismo se explica por una oportunidad revolucionaria no aprovechada o no concretada por las fuerzas democráticas en un momento dado.

Suena siempre tentador apelar al viejo Benjamin para entender algo que nos agobia del presente. Sin embargo, no está del todo claro que hoy sea fácilmente extrapolable para implicar alguna consideración de utilidad frente a los dilemas actuales. Reconociendo que la cita de Monedero —y de Žižek— parecen estar direccionadas a entender la situación política y social en Europa, no tendríamos que perder de vista que no es posible imaginar dos trayectos tan divergentes como los seguidos por las fuerzas de izquierda en Europa y las de América Latina al menos en las últimas dos décadas.

Los procesos de izquierda y progresistas en nuestra región no prefiguraron situaciones de rupturas revolucionarias, pero, de hecho, lograron impulsar agendas de profundas transformaciones a nivel económico, político y social que beneficiaron a millones de personas. ¿Fueron realizadas todas las transformaciones necesarias? Sin duda que no, dado que siempre se requiere apuntar a ganar posiciones cada vez más avanzadas. Lo que no puede ensayarse en un contexto como el actual es la afirmación —oportunista— de que todo lo realizado no ha servido para nada. Es un error táctico que profundiza la brecha estratégica en el terreno de las izquierdas.

Pero como se decía anteriormente, el proyecto conservador que se procura consolidar en América del Sur es un proyecto de corte fascista. No tiene sentido ponerse a analizar ahora si es un fascismo similar al del período que en Europa occidental condujo a la 2.^{da} guerra mundial, o si tiene algunos puntos de contacto con los planteamientos actuales de fuerzas políticas neonazis que van ganando terreno en países de la Unión Europea de hoy día.

El progresismo nunca fue una estrategia

Es común encontrar análisis de coyuntura desde posiciones de izquierda, pero fuertemente críticas con los procesos de gobiernos de izquierda. Basados en la premisa que se habría acabado una

supuesta “estrategia progresista” de acuerdos policlasistas, de la cual la experiencia del Frente Amplio en Uruguay sería su formulación más acabada. Y que la derrota de procesos de izquierda, nacional y populares, como el kirchnerismo en Argentina, el PT en Brasil, la Concertación en Chile y las dificultades del Frente Amplio en Uruguay, se explican por el fracaso de esa supuesta estrategia.

Esa premisa que le otorga al progresismo el status de estrategia es insuficiente, y no cubre la variedad de matices y balances necesarios para un análisis histórico del proceso latinoamericano reciente. En realidad, el progresismo nunca fue una estrategia. Si fue una respuesta posible, al alcance de las fuerzas democráticas y de izquierda, para intentar revertir las consecuencias del neoliberalismo y su estado de crisis permanente para los sectores populares. En este sentido, lejos estuvo el progresismo de ser un horizonte estratégico, sino que fue una apuesta táctica para un momento determinado, en la cual intervinieron los factores específicos de la correlación de fuerzas políticas e históricas en cada país.

El proceso del Frente Amplio en Uruguay se encuadra dentro de estas coordenadas. Su relevancia histórica no estará explicada por si fracasó o no en generar cambios irreversibles en materia económica y productiva, sino por si logró introducir transformaciones en el campo subjetivo de la sociedad que hayan posibilitado profundizar políticas y lógicas de funcionamiento de la economía no basadas en el lucro capitalista.

Y esa incertidumbre hoy es más relevante que cualquier otra, dadas las condiciones en la cual la izquierda uruguaya enfrenta este año electoral, con dificultades de conexión con la sociedad y de movilización popular, enfrentando a una oferta política conservadora básicamente idéntica a la que enfrentó —y derrotó sin problemas, con mayoría parlamentaria incluida— en las elecciones generales de 2014.

Sin embargo, esas dificultades incontestables, están siendo utilizadas para afilar un análisis de “fin de ciclo” del Frente Amplio, desde posiciones que alegan falta de profundidad en el proceso del FA y ausencia de transformaciones cualitativas por causa

del “acuerdo progresista”. Un análisis que tiene no pocos puntos de contacto con los discursos conservadores.

¿Defender el proceso de los gobiernos del Frente Amplio implica no realizar ninguna autocrítica? Sin duda que no. Lo que falta es mucho, y lo que se hizo aún no es suficiente. No viene al caso enumerar todas las transformaciones de relevancia estratégica realizadas a lo largo de los tres gobiernos del Frente Amplio; solamente definirlo como un proceso en el que se registra la mayor activación de fuerzas sociales y productivas en pos del fortalecimiento de los bienes públicos en la historia del país.

A lo largo de la última década, un eje de autocrítica es que las tradiciones y corrientes de la izquierda uruguaya han discutido relativamente poco entre ellas, acerca de temas no estrictamente coyunturales. Si bien existen pujas y debates, procesos de discusión en espacios políticos, sindicales, estudiantiles, territoriales y culturales, no ha habido ese tipo de discusión ideológica y estratégica que problematiza el análisis concreto de la situación concreta, en un país de poco más de 3 millones de habitantes ubicado —y condicionado— entre las dos principales economías de Suramérica.

Ese tipo de discusión estratégica entre las corrientes de las izquierdas de este período estaba mucho más presente en etapas anteriores, que coinciden temporalmente con el período en el cual el Frente Amplio era oposición y no gobierno. Un período rico en ese sentido fue el previo a la dictadura, y más hacia acá en el tiempo, también la década de los ‘90 supo tener momentos de discusión ideológica muy importantes.

Tener menos discusión entre las perspectivas y corrientes dentro de la izquierda afecta no solo a las diferentes “tribus”, sino fundamentalmente al conjunto del movimiento popular y a sus posibilidades de liberación. Las proyecciones y debates se terminan diluyendo porque se termina discutiendo dentro del microclima de cada espacio, y ello en definitiva afecta la profundidad y solidez de cada uno de los diversos enfoques. Se pierde filo por ausencia de fricción.

Por otro lado, también es visible un repliegue de la acción de masas por parte del campo popular. El movimiento sindical

—y últimamente el movimiento feminista— no han dejado de movilizarse para demandar cambios tanto ante situaciones concretas como ante rasgos estructurales de la sociedad uruguaya. Sin embargo, ambos casos reproducen demandas que no logran articularse con otras en función de planteos más abarcativos de la relación entre sociedad y política.

El repliegue de la acción de masas no es algo que solo se viva en Uruguay, sino que es algo más general. El pueblo uruguayo, la clase trabajadora, necesita construir un nuevo proyecto político para disputar la hegemonía en la sociedad. Decir esto no va en la línea de que el Frente Amplio ya no sirve para nada o que se agotó lo que podría provocar en términos de transformaciones sociales. Y decir esto tampoco equivale a decir que un nuevo proyecto político va a instalar necesariamente una sociedad socialista.

Una situación como la actual no se destraba teniendo dirigentes más o menos audaces, élites más o menos inteligentes, más o menos posiciones o cargo en la institucionalidad del Estado. Es real que ha habido respuestas automáticas —desde el gobierno vía el Frente Amplio— a problemas políticos reales, que se han intentado ocultar en base al pragmatismo. Todas las dificultades en torno a temas ambientales, de ordenamiento urbano territorial y de logro de contrapartidas estratégicas a los grandes inversores extranjeros siguen en general, esta lógica, que es negativa y potencialmente desacumuladora en la sociedad.

Por otro lado, los atisbos de un debate basado en las posibilidades de un “posfrentismo” como proyecto político no son representativos, movilizadores ni maduros, tanto dentro del Frente como fuera de él.

No hay actores emergentes ni tampoco espacios nuevos de politización para confrontar con este nuevo contexto político que nos toca enfrentar. Hay una rutinización bastante evidente en las izquierdas. Más o menos se siguen haciendo las mismas cosas siguiendo los mismos procesos y llegando a lugares básicamente ya conocidos. El desgaste se manifiesta dentro de la propia izquierda, y en segundo término, puede ser agudizado por la reacción de la derecha.

Por ello cualquier replanteo ante la falta de inventiva, la desilusión y la quietud, tiene que partir de lo que efectivamente hoy habita, vive y lucha en la izquierda uruguaya. Por esto resulta trivial ese tipo de análisis que se hace de otras experiencias de movilización y radicalidades políticas en marcos históricos y territoriales distintos al uruguayo, pero que en definitiva no aplican para enfrentar a los sectores dominantes de aquí y ahora.

Por suerte muchos en la izquierda saben que una cosa es acertar en el diagnóstico y otra cosa distinta es formular la táctica adecuada para el momento que toca transitar. Son menos los que reparan que tener el diagnóstico acertado no significa que la táctica que se está aplicando también lo sea. El análisis concreto de la realidad concreta que nos toca es este marco histórico y político de avances, tropezones, caídas y vuelta a levantarse del conjunto de los pueblos y particularmente de las organizaciones de izquierda. A veces se reitera un tipo de análisis que subraya que el poder desgasta: “al Frente lo desgastó tener el gobierno”, se argumenta. En realidad, lo que desgasta es no tener el poder. Y la izquierda uruguaya, una parte importante de ella, gobierna, pero no tiene el poder.

Como tareas pendientes, muchas, pero como punto de partida, reparar en que todavía no se ha hecho un análisis profundo de los cambios en la sociedad que provocó el proceso del Frente Amplio en el gobierno. Las condiciones de reproducción social se han ido modificando, al igual que las expectativas de consumo, las demandas de los diversos grupos sociales, las luchas por derechos. Hasta tanto este análisis no sea realizado en términos ideológicos y estratégicos, las organizaciones políticas de izquierda y del campo popular continuarán interactuando -subjektivamente y objetivamente- con un pueblo que cambió, en algunas cosas para bien, en otras para peor, pero que cambió. Por ende, debe cambiar también la estrategia de acumulación, para disputar la hegemonía en la sociedad. Una sociedad que presenta una fragmentación y segmentación de demandas y cuya articulación no está siendo planteada en términos de clase, lo cual presenta desafíos ideológicos, políticos e incluso teóricos, enormes.

Este año se visualizará si efectivamente la izquierda uruguaya será derrotada o no en la disputa con los sectores conservadores

por la hegemonía en la sociedad. Las expresiones políticas de los sectores conservadores, los partidos de derecha, pueden aprovechar que la izquierda se continúe dividiendo, que esta se descanse en supuestos mejores estándares alcanzados y de repente ganen una elección. Un contexto así provocará mayor desgaste y un brutal ajuste de cuentas con la clase trabajadora. El ejemplo más claro de ello fue la elección presidencial argentina en la que ganó Macri.

Conclusiones en forma de carta

Entre los años 2004 y 2016, se produjeron en diversos países de América Latina procesos tendientes a formar espacios políticos unitarios con formaciones de diverso signo dentro del arco ideológico de izquierda. Muchos de esos procesos tuvieron como orientación común inicial, la unificación con propósitos electorales, para luego ir consolidando los rasgos propios de organizaciones partidarias permanentes. Sin ser exhaustivos, caben mencionarse procesos como los del Frente Amplio en Costa Rica, el Frente Amplio Progresista en Argentina, el Frente Amplio en Guatemala, el Frente Amplio por la Democracia en Panamá, el Frente Guasú de Paraguay, Frente Amplio de Perú o el Frente Amplio de Chile. Algunos de esos procesos intentaron espejarse en la experiencia del Frente Amplio en Uruguay. No es el objetivo aquí profundizar en las características de cada proceso particular, o de si se logró aglutinar a todo o buena parte del espectro político de izquierda con vocación electoral en esos países, pero si rescatar la orientación estratégica que tienen en general las expresiones políticas de izquierda en la región, respecto a la unidad.

Como todo proceso político, la consolidación institucional de nuevas formaciones organizativas se logra a partir de un determinado tiempo de acción común y bajo tensiones propias de la conjunción de diversas visiones, liderazgos y pautas colectivas. En muchas circunstancias, es más fácil que los procesos se malogren a que logren permanecer como opciones políticas representativas con posibilidades de incidir en la agenda nacional.

El Frente Amplio de Uruguay ha perdurado en función de condiciones históricas, culturales y políticas muy particulares,

propias del sistema político del país más pequeño del Cono Sur. No obstante, sus orientaciones matrices son la acción política permanente —no meramente electoral—, la construcción de la unidad programática, la edificación de una muy especial estructura organizativa y la disciplina partidaria reconocida por todos los partidos, movimientos y organizaciones que la integran.

Para algunos analistas políticos e intelectuales de la izquierda, estos rasgos pueden ser motivo de cuestionamiento, mientras que para otros es motivo de reconocimiento. Pero lo que si no debiera admitir superposición de lecturas es reprenderle al Frente Amplio por no haber hecho cosas durante sus períodos de gobierno que nunca se propuso colectivamente. O también, cuestionarle supuestos acuerdos estratégicos que nunca se establecieron como tales.

Dentro del Frente Amplio conviven expresiones organizativas e ideológicas muy diversas. Desde partidos estructurados clásicamente, a movimientos más flexibles o corrientes políticas; desde opciones socialdemócratas con objetivos de concretar Estados de bienestar modernos hasta expresiones volcadas a la liberación nacional con confluencias regionales. Desde visiones social-cristianas hasta partidos marxistas. La gran mayoría de sectores sociales tienen algún tipo de reflejo político y programático dentro de la gran amalgama ideológica que representa el Frente Amplio.

Este tipo de respuesta al dilema de la unidad política no ha inhibido como se mencionó antes, la profundidad en determinados temas estratégicos para el movimiento popular. Sin embargo, ante coyunturas cambiantes y nuevos obstáculos, particularmente interpuestos por la acción de los sectores conservadores en su interacción con la sociedad, no es inusual que las tácticas de cada período deban ser monitoreadas y ajustadas para la disputa por la hegemonía.

Si en algo puede aportar la experiencia de la izquierda uruguaya, es en alertar sobre las dificultades que supone unificarse políticamente solamente con fines electorales. Sin embargo, hoy las izquierdas no solamente enfrentamos en la región desafíos electorales sino una oleada conservadora que procura barrer con el reconocimiento de aspiraciones populares y sociales concretadas en menor o mayor medida por gobiernos de izquierda y progresistas en nuestros países.

Por ello, conviene plantear correcta y ordenadamente los términos de esta compleja coyuntura. Si se articulan frentes populares contra las medidas de los gobiernos fascistas y su internacional conservadora, ello responderá a la necesidad de cada momento y será positivo cada avance obtenido en ese sentido, pero no será suficiente para concretar luego la unidad estratégica que logre derrotar a la internacional conservadora.

Los frentes democráticos antifascistas son una cosa, los frentes meramente electorales otra y la unidad estratégica de las izquierdas otra. Están relacionados y deben ser conjugados articuladamente, pero no podemos perder de vista que no son términos intercambiables ya que cada uno designa un momento y un planteo específico determinado.

Finalmente, si hablamos de que enfrentamos a una internacional conservadora, conviene también no perder de vista que la acción necesaria para provocar su derrota requiere además de organización política, la acción regional y global, concertada, de gobiernos de izquierda.

Esta internacional conservadora es la usina que proporciona filones de acción política a las expresiones de los sectores de la vieja derecha reaccionaria para que pueda interactuar con el mundo del siglo XXI. Antes de las elecciones en Brasil, el director del Centro Berkeley de Estudios sobre la Derecha de la Universidad de California, Lawrence Rosenthal, afirmaba en una entrevista con la revista Nexo que Bolsonaro era una manifestación “del ascenso de un emprendimiento populista internacional de carácter autoritario”.

No podemos perder de vista que esa corriente internacional conservadora proporciona uniformidad conceptual a experimentos neoconservadores de derecha de distinto pelaje en todo el mundo. Sus éxitos recientes son resultado de una planificación cuidadosa, de escritorio, en la cual aquellos que verdaderamente llevan las camisas negras, actores con poder real, decidieron abrir las compuertas a la violencia política, mediática y judicial con el propósito de mostrarse en escena ante todo el mundo. Sus manifestaciones principales son la resignificación de la violencia política, el relativismo democrático liberal y la reacción visceral contra las aspiraciones igualitarias, de reconocimiento identitario y avances en derechos.

Estos engendros de contrainteligencia aplicada están siendo utilizados como experimentos en diferentes países, incidiendo en contextos electorales y ganando terreno en una alfombra roja democrática que, en su esencia, desprecian. Los procesos electorales tienen dinámicas propias, acotadas a tiempos muy precisos y recursos disponibles, sobre todo desde el plano simbólico. Cuando estos dispositivos de activan destinando recursos cuantiosos en campañas cada vez más mediatizadas y encuentran fragmentación y desorganización de las izquierdas, enfrentando debilitadas a las fuerzas democráticas, los efectos negativos para el campo popular son inmediatos.

Por otro lado, para que estas fuerzas conservadoras logren sus objetivos también deben encontrar un terreno en el cual las izquierdas no están conectando con los sentires ciudadanos, producto de un abandono extendido del trabajo de concientización política por parte de las organizaciones populares de la izquierda. Y la politización de la sociedad —en términos reales— no se desarrolla desde los extremos o desde los planteos de máxima, sino desde lo cotidiano del mundo de la vida. En ese campo está jugando un papel importante el sector evangélico empresarial, quizás el terreno que más tiene que ver con una ausencia de táctica adecuada desde la izquierda. Si en los terrenos de la violencia fáctica y del desprecio democrático de los exponentes conservadores y autoritario de la derecha, la izquierda no tiene como interceder activamente más que desde el rechazo sistémico y el aislamiento de los extremistas, en el campo de la disputa subjetiva de la sociedad si tiene mucho para cuestionarse y ajustar tácticamente.

Los que llevan hoy las camisas negras, operadores con poder real, “los mercados”, empresariados de la minería y el agronegocio, “industriales de la fe” y una parte considerable de los monopolios mediáticos, están poniendo todo su capital disponible para que triunfen los exponentes de esta nueva derecha neoliberal latinoamericana. En su esencia, son aquellos actores los que están empleando tácticas propias de un fascismo del siglo XXI. No lo hacen como opción de descarte, sino como una opción asumida y meditada, y eso incluye cubrir los costos de esa decisión en términos democráticos e institucionales.

Es por ello que la izquierda tiene mucho más para decir acerca de este fenómeno que la propia derecha. No se resuelven en un par de meses las dificultades arrastradas de varios años. Por ello entonces, volver a subrayar que cada formato de unidad cumple una función determinada; por un lado frentes contra el fascismo y por la democracia, como forma de resistir la barbarie que procuran imponer. Por otro, la unidad estratégica de las izquierdas, no solo con objetivos de plazos electorales sino como forma de ir desactivando las condiciones que hicieron posible el resurgimiento de este tipo específico de fascismo neoliberal conservador.

Bibliografía

- Charleaux, J. (2018). *O que é extrema direita. E porque ela se aplica a Bolsonaro*. Recuperado de: <https://www.nexojornal.com.br/expres-so/2018/10/17/O-que-%C3%A9-extrema-direita.-E-por-que-ela-se-aplica-a-Bolsonaro>
- Da Silva, L. (2002). *Carta ao povo brasileiro*.
- Gramsci, A. (1932-1934). *Cuadernos de la cárcel*. Análisis de las situaciones. Correlaciones de fuerzas
- Guevara, E. (1968). *Táctica y estrategia de la Revolución Latinoamericana*.
- Regalado, R. (2012). *El Foro de São Paulo es un olmo: no podemos pedirle peras*.

Sobre los autores

Katu Arkonada

Nacido en el País Vasco, pero de nacionalidad boliviana. Reside actualmente en la Ciudad de México, pero ha vivido en La Paz, Bolivia, los últimos años, donde ha trabajado en diferentes instituciones como el Viceministerio de Planificación Estratégica del Estado, la Unidad Jurídica Especializada en Desarrollo Constitucional, o la Cancillería. Su último cargo en Bolivia fue Jefe de Gabinete y Asesor de Despacho de la Ministra de Comunicación.

Katu Arkonada tiene estudios en Ciencias Políticas y Económicas y varios posgrados en Políticas Públicas, Geopolítica y Defensa Latinoamericana y en Comunicación Política e Institucional.

Colabora con varios medios de comunicación internacionales, como *Le Monde Diplomatique* o *Telesur*, y es columnista del periódico mexicano *La Jornada*.

En México, fue coordinador de comunicación de la campaña de la actual Senadora Citlalli Hernández; al tiempo que ha impartido clases sobre geopolítica y comunicación en posgrados de la UNAM y UACM de la Ciudad de México.

Forma parte actualmente de la secretaria ejecutiva de la Red de Intelectuales en Defensa de la Humanidad.

Twitter: [@KatuArkonada](https://twitter.com/KatuArkonada)

Matías Caciabue (Cachi)

Licenciado en Ciencia Política por la Universidad Nacional de Río Cuarto (UNRC) de Argentina. Ha cursado estudios de posgrado en Defensa Nacional (en la Escuela de Defensa Nacional, EDENA) y en Pensamiento Nacional y Latinoamericano (en la Universidad Nacional de Lanús, UNLa).

Militante universitario desde el año 2005, en este momento se desempeña como integrante de los equipos profesionales de la Federación Nacional de Docentes Universitarios (CONADU) de la Central de Trabajadores de la Argentina (CTA de los Trabajadores).

Desde el año 2017 es redactor-investigador argentino del Centro Latinoamericano de Análisis Estratégico de la Fundación para la Integración Latinoamericana (CLAE-FILA), y sus análisis circulan por numerosos portales de internet como *NODAL*, *ALAI*, *Rebelión*, entre otros.

Actualmente, es docente de la Licenciatura en Educación de la Universidad Nacional de Hurlingham (UNAHUR) y se desempeña como el Representante de la UNRC en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Twitter: [@MatiasCac](https://twitter.com/MatiasCac)

Aram Aharonian

Periodista de nacionalidad uruguaya. Magister en Integración. Fundador y primer director del Canal de Televisión *Telesur*.

Director del Centro Latinoamericano de Análisis Estratégico (CLAE) y presidente de la Fundación para la Integración Latinoamericana (FILA), auspiciante de los portales “Noticias de América Latina y el Caribe” (Nodal.am), Sur y Sur (surysur.net), Question (questiondigital.com), entre otros.

Autor de varios libros, entre ellos, *Vernos con nuestros propios ojos* (Editorial El Perro y la Rana, Cinco Ediciones), *La Internacional del Terror Mediático* (Editorial Punto de Encuentro), *El asesinato de la verdad* (Editoriales CICCUS y La Fogata) y *El progresismo en su laberinto* (Editorial CICCUS).

Helena Argirakis Jordán

Licenciada en Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Católica de La Plata (UCALP) de Argentina. Además, es Magister en Comercio Internacional de la Universidad NUR de Santa Cruz de la Sierra de Bolivia y posee un Diplomado en Análisis y Manejo de Conflictos Sociales en Bolivia de esa misma Universidad junto a la Fundación UNIR de Bolivia.

En términos profesionales, ha trabajado en el Ministerio de Autonomías investigando el proceso de autonomía departamental y el conflicto Estado-Región.

Es autora del libro *Reconfiguración de campo político cruceño*, numerosos artículos y opiniones, publicados por varios medios y portales.

Actualmente, se desempeña en el Ministerio de Defensa como Directora Académica de la Escuela de Comando Anti Imperialista General Juan José Torres Gonzales.

Sabino Vaca Narvaja

Licenciado en Ciencia Política y Gobierno de la Universidad Nacional de Lanús (UNLa), con estudios de posgrado en Defensa Nacional en FADENA y una especialización en UNASUR y regionalización latinoamericana en IAEN.

Se desempeñó como director general de Relaciones Exteriores del Senado argentino en el período 2012-2015, siendo también director de la revista “Diplomacia Parlamentaria”.

Se desempeña actualmente como director del Programa de Cooperación y Vinculación Sino-Argentino (ProSA) de la Universidad Nacional de Lanús (UNLa), desde donde editó los libros *¿Por qué China? Miradas sobre la Asociación Estratégica Integral y China, América Latina y la geopolítica de la nueva Ruta de la Seda* (ambos por Edunla).

En este momento también ejerce como asesor de asuntos internacionales del bloque del Frente para la Victoria en la Cámara de Senadores de la Nación.

Rosa Miriam Elizalde

Periodista y ensayista cubana, especializada en temas de comunicación política digital. Doctora en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de La Habana, docente y autora o coautora de varios libros, entre ellos, *Antes de que se me olvide*, *Jineteros en La Habana*, *Clic Internet* y *Chávez Nuestro*.

Ha recibido en varias ocasiones el Premio Nacional “Juan Gualberto Gómez”, el más importante que se otorga en la Isla por la obra periodística del año. Fue subdirectora editorial del diario Juventud Rebelde donde comenzó su trabajo profesional, directora del portal web *Cuba sí* y jefa de redacción del semanario digital *La Jiribilla*.

Fundó el diario digital *Cuba debate* y fue su editora principal hasta 2017. Dirige el proyecto «Dominio Cuba» para la innovación en periodismo digital e integra el movimiento «Mueve América Latina». Es vicepresidenta primera de la Unión de Periodistas de Cuba y de la Federación Latinoamericana de Periodistas.

Twitter: [@elizalderosa](https://twitter.com/elizalderosa)

Hugo Moldiz Mercado

Boliviano, abogado, comunicador social y magíster en relaciones internacionales e integración.

Conformó la Comisión de Transición por el MAS en diciembre 2005-enero 2006. Ha sido parte del grupo de asesores políticos tanto del Poder Ejecutivo (2007-2008) como de algunas comisiones de la Asamblea Constituyente de Bolivia (2006).

En 2015 fue ministro de Gobierno del Presidente Evo Morales, y luego asesor del Ministerio de la Presidencia.

Ha sido director del Semanario de izquierda *La Época*, donde actualmente se desempeña como miembro de su Consejo Editorial.

Autor de varios libros, entre ellos, *Bolivia en los tiempos de Evo* (2008), *Reforma o revolución en Bolivia* (2009), *La Presencia del Che en la revolución boliviana* (2009), *América Latina: el tercer momento emancipador* (2013), entre otros.

Es coordinador del capítulo boliviano de la Red de Intelectuales, Artistas y Activistas Sociales en Defensa de la Humanidad.

Twitter: @HugoMoldiz

Atilio A. Boron y Paula Klachko

Atilio Borón: Politólogo argentino con título de Licenciatura por la Universidad de Buenos Aires (UBA), magister por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y doctor por la Universidad de Harvard.

Autor de una vasta obra intelectual, es autor de *Imperio e Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri, América Latina en la Geopolítica del Imperialismo, Tras el Búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*, entre otros. Ha recibido numerosos reconocimientos, como el Premio Libertador al Pensamiento Crítico del año 2012 de la República Bolivariana de Venezuela, Premio Internacional José Martí de la UNESCO del año 2009, entre otros.

Actualmente es Investigador Superior del Consejo de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), profesor de la UBA y Director del Programa Latinoamericano de Educación a Distancia en Ciencias Sociales (PLED) del Centro Cultural de la Cooperación. Es miembro del Comité Ejecutivo de la Red de Intelectuales y Artistas en Defensa de la Humanidad (REDH).

Twitter: [@atilioboron](https://twitter.com/atilioboron)

Paula Klachko: Socióloga de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y doctora en Historia de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP).

Se ha dedicado a la investigación sobre la temática de los movimientos y luchas sociales, y la dinámica sociopolítica de la Argentina y América Latina de los últimos 30 años. Actualmente dicta clases sobre los procesos históricos y dinámicas socio-políticas en América Latina como docente concursada de la Universidad Nacional de José C. Paz (UNPAZ) y, junto al Dr. Atilio Borón, en la Universidad Nacional de Avellaneda (UNDAV).

Junto a Katu Arkonada ha escrito el libro *Desde Abajo. Desde Arriba*, publicado en Cuba, Argentina, México, Chile, Brasil y Venezuela.

Es la coordinadora del capítulo Argentina de la Red de Intelectuales, Artistas y Movimientos Sociales en Defensa de la Humanidad, REDH.

Twitter: [@paula_klachko](https://twitter.com/paula_klachko)

Claudia Lazzaro

Responsable del Área de Derechos Humanos y Géneros del Sindicato Obreros Curtidores de la República Argentina (SOC).

Integrante de “Mujeres Sindicalistas” de la Corriente Federal de Trabajadores de la Confederación General del Trabajo (CFT-CGT), la Comisión para la Erradicación del Trabajo Infantil (CETI-CGT), e integrante de la Red Internacional para los Derechos Económicos, Sociales y Culturales (RED-DESC).

Abril García Mur

Feminista y estudiante argentina de la carrera de Ciencias Políticas en la Universidad Nacional de San Martín. Se desempeña como militante de diversos espacios territoriales, formativos e internacionalistas.

Ha publicado diversos artículos en revistas especializadas e integrado el libro *Revolución Escuela de un sueño eterno* (2017).

Twitter: [@AbrilGarciaMur](https://twitter.com/AbrilGarciaMur)

Luis Hernández Navarro

Periodista y escritor mexicano. Desde 1997 es Coordinador de Opinión del diario mexicano *La Jornada* y desde 1994 articulista semanal de ese mismo periódico.

Es autor de más de una decena de libros sobre movimientos sociales, ambientalismo, luchas indígenas, educación e historia de México. Algunos de ellos son, entre otros, *Chiapas, la guerra y la paz*, *Sentido contrario. Vida, obra y milagros de rebeldes contemporáneos*, *Cero en conducta. Crónicas de la resistencia magisterial*.

Entre 1973 y 1997 fue organizador sindical, asesor de organizaciones campesinas y cafetaleras y acompañante de luchas indígenas. Ha sido maestro de Ética, Historia de México e Historia Universal. Fue fundador de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE) en 1979, y dirigente sindical magisterial entre 1978 y 1993. Formó también parte de diversos colectivos de promoción al desarrollo. Fue consultor de varias fundaciones internacionales e integrante de equipos de prensa alternativos. Participó como invitado del EZLN en los Acuerdos de San Andrés y fue secretario Técnico de la Comisión de Verificación y Seguimiento para los Acuerdos de Paz en Chiapas.

Twitter: [@lhan55](https://twitter.com/lhan55)

Paula Giménez

Licenciada y profesora en Psicología por la Universidad Nacional de San Luis (UNSL) de Argentina. Maestrando en Políticas Públicas en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), actualmente se encuentra cursando un máster en Estudios Estratégicos y Seguridad Internacional en la Universidad de Granada, España.

Inició su militancia en el ámbito universitario, con un recorrido como pasante en docencia e investigación, para luego desempeñarse como técnica de terreno en la Subsecretaría de Agricultura Familiar, aportando al fortalecimiento de organizaciones campesinas y de pequeños productores en la provincia de San Luis.

Trasladada a la Ciudad de Buenos Aires, se desempeñó hasta 2015 como Jefa del Departamento de Formación del Registro Nacional de Trabajadores y Empleadores Agrarios (RENATEA), desde donde, entre otras cuestiones, coordinó el Programa Nacional de Alfabetización para trabajadores y trabajadoras agrarias, que utilizaba el método cubano “Yo, sí puedo”.

Actualmente se desempeña como delegada gremial en UPCN y como investigadora del Centro Latinoamericano de Análisis Estratégico (CLAE) de la Fundación para la Integración Latinoamericana (FILA).

Twitter: [@pili_gimenez](https://twitter.com/pili_gimenez)

Aldana Martino

Militante política y feminista argentina. Dirigente estudiantil desde el nivel medio (secundario) en la Ciudad de Buenos Aires. Pronto a recibirse de abogada, ya se desempeña como docente en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires.

Su fuerte activismo político se complementa con una activa participación en la “Asociación contra la Violencia Institucional” y el “Observatorio contra el Acoso”.

Actúa como asesora parlamentaria en la Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Twitter: [@Aldi_Martino](https://twitter.com/Aldi_Martino)

Valter Pomar

Historiador y profesor en la Universidad Federal del ABC, Brasil. Actuó en el Instituto Cajamar, formando parte del equipo responsable de la formación política. Fue parte del equipo de redacción del periódico *Brasil Ahora*.

Fue responsable de la revista *Teoría y Debate* y del boletín *Linha Direta*.

Entre 1997 y 2005 fue el tercer vicepresidente nacional del Partido de los Trabajadores (PT), y entre 2005 y 2010 se desempeñó como su secretario de relaciones internacionales, y como Secretario Ejecutivo del Foro de São Paulo entre 2005 y 2013, articulando desde allí un diálogo con las fuerzas progresistas y populares de América Latina y el mundo.

Actualmente integra la coordinación de la Campaña “Lula Livre”.

Twitter: [@PomarValter](https://twitter.com/PomarValter)

Gustavo Codas

Economista paraguayo residente en São Paulo, Brasil. Magister en relaciones internacionales por la Universidad de Campinas. Consultor de la Fundación Perseu Abramo del Partido de los Trabajadores (FPA-PT) de Brasil, desde 2014.

De 1992 a 2008 trabajó como asesor de la Central Única de los Trabajadores (CUT) de Brasil, en temas de relaciones laborales y de relaciones internacionales.

Bajo la presidencia de Fernando Lugo (2008-2012) en Paraguay cumplió varias tareas de gobierno (asesor internacional de la Presidencia, Director General Paraguayo de la empresa Itaipu Binacional).

Coorganizador del libro *Direita, volver! O retorno da direita e o ciclo político brasileiro* (São Paulo: FPA, 2015) y de la colección “Nossa America Nuestra” de la Fundación Perseu Abramo.

Twitter: [@GCodas](https://twitter.com/GCodas)

Marco Teruggi

Argentino, nacido en París. En 2003 llegó a la Argentina, donde militó en la Asociación Anahí, en HIJOS y en el Frente Popular Darío Santillán. Licenciado en Sociología de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP).

Desde el año 2013 vive en Venezuela, donde trabaja como cronista y periodista. Colabora actualmente con la revista *Sudestada* y los portales *Notas*, *Contrahegemonía*, *Resumen Latinoamericano*, entre otros. Es, a su vez, autor de numerosos libros de poesía y análisis, donde destacan *Siempre regreso al pie del árbol*, *Días fundados* y *Crónicas de comunas, donde Chávez vive*. Su último libro, publicado en 2018, es *Mañana será historia. Diario urgente de Venezuela*.

Twitter: [@Marco_Teruggi](https://twitter.com/Marco_Teruggi)

William Serafino y Franco Vielma

William Serafino

Politólogo. Analista internacional. Jefe de Redacción de *Misión Verdad*.

Twitter: [@williamserafino](https://twitter.com/williamserafino)

Franco Vielma

Sociólogo. Magister en Comunicación política. Escritor y analista de MV.

Twitter: [@FRANCO_VIELMA](https://twitter.com/FRANCO_VIELMA)

Misión Verdad (MV) es un proyecto de comunicación y análisis estratégico venezolano que desde el año 2013 se dedica al estudio riguroso de la guerra contra Venezuela, sus implicaciones geopolíticas y del chavismo como fenómeno sociocultural y político.

Juan Carlos Pinto Quintanilla

Boliviano. Sociólogo Diplomado en Derechos Humanos. Ha sido coordinador Nacional de Juventud y también de Cárceles en la Iglesia Católica. Por su militancia en el EGTK, ha estado preso durante 5 años en épocas neoliberales. Coordinador Nacional de la Representación Presidencial para la Asamblea Constituyente. Director nacional del Servicio Intercultural de Fortalecimiento Democrático del Órgano Electoral Plurinacional. Actualmente Director de Fortalecimiento Ciudadano de la Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.

Gabriela Rivadeneira

Militante política ecuatoriana. Licenciada en Gestión para el Desarrollo Local Sostenible de la Universidad Politécnica Salesiana. A los 19 años fue electa concejala de su cantón, Otavalo, para luego ser vicealcaldesa y, posteriormente, viceprefecta y gobernadora de su provincia, Imbabura.

Actualmente es Asambleísta Nacional de la bancada de la Revolución Ciudadana, ejerciendo durante dos periodos consecutivos (2013-2015 y 2015-2017) la presidencia de la Asamblea Nacional del Ecuador.

Ha destacado por su proyección regional e internacional y por su lucha en favor de integración, la unidad y la soberanía de América Latina, ejerciendo también en dicho periodo como Presidenta Alternativa del Parlamento Latinoamericano y Caribeño (Parlatino).

Twitter: [@GabrielaEsPais](https://twitter.com/GabrielaEsPais)

María Fernanda Barreto

Militante colombo-venezolana, radicada en ese último país. Educadora popular y feminista proletaria. Trabajó en distintas comunidades urbanas y rurales, desarrollando trabajos político-organizativos con comunidades, especialmente con quienes han sido víctimas del desplazamiento forzado y han encontrado refugio en Venezuela.

Se desempeñó como presidenta de la Fundación Librerías del Sur y, anteriormente, como vicepresidenta de las Empresas Mixtas de la Corporación Venezolana de Alimentos.

Cofundadora del Colectivo de Estudios Feministas “Aquelarre Caribeño”. Ha dado conferencias, entrevistas y publicado artículos de investigación y análisis sobre la Revolución Bolivariana y sobre las relaciones binacionales entre Colombia y Venezuela. Integrante de la Red de intelectuales y artistas en Defensa de la Humanidad, Capítulo Venezuela.

Twitter: [@maficandanga](https://twitter.com/maficandanga)

Gabriel Bermúdez y Nicolás Centurión

Gabriel Bermúdez

Médico uruguayo. Exdirigente estudiantil de la FEUU y la OCLAE.

Actualmente se desempeña como Secretario General del partido “Izquierda en Marcha”, integrante del Frente Amplio de Uruguay.

Twitter: [@GBermudezDiaz](https://twitter.com/GBermudezDiaz)

Nicolás Centurión

Estudiante de Psicología en la Universidad de la República, Uruguay. Analista asociado al Centro Latinoamericano de Análisis y Estrategia (CLAE-FILA). Coordinador de Periferia (medio alternativo de internet). Adherente a la Red Internacional de Cátedras e Instituciones y Personalidades sobre el estudio de la Deuda Pública. Militante de “Izquierda en Marcha”.

Twitter: [@nicocent17](https://twitter.com/nicoцент17)

Sebastián Valdomir

Sociólogo y docente uruguayo. Militante político del Movimiento de Participación Popular. Investigador y analista en temas relacionados a política comparada latinoamericana, integración y procesos políticos regionales.

Es coautor de *Aguas en movimiento: La resistencia a la privatización del agua en el Uruguay* (2006).

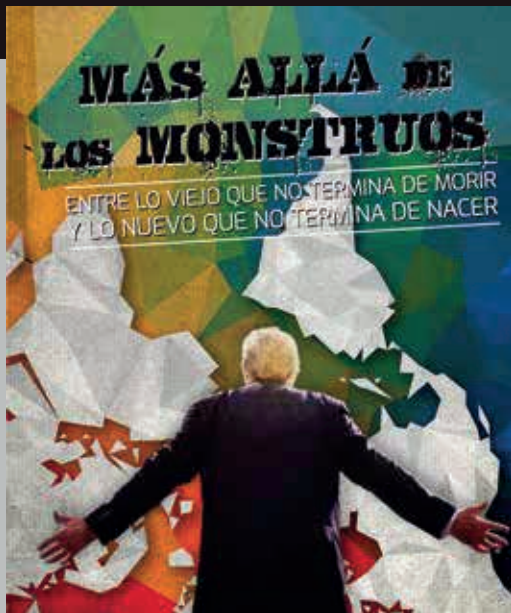
Entre 2011 y 2015 trabajó como asesor en relaciones internacionales de la Intendencia de la ciudad de Montevideo. En 2014 fue electo diputado suplente por el Frente Amplio. Actualmente coordina actualmente la bancada progresista del Parlasur.

Más allá de los Monstruos

Coordinadores: Matías Caciabue y Katu Arkonada

Queremos dar las gracias por la realización de la siguiente edición a las autoridades del Rectorado (Roberto Rovere, Jorge González, Enrique Bérnago y demás miembros de la gestión) de la Universidad Nacional de Río Cuarto y al Consejo Editorial de UniRío editora, en especial a Ana Vogliotti y a José Di Marco, y a su gran equipo de trabajo: Daniel Ferniot, Maximiliano Brito, Daila Prado, José Ammann, Ana Carolina Savino y Lara Oviedo.

Agradecemos también al diseñador de tapa, Hugo Aseff, y a los colaboradores de edición compuesto por Aram Aharonian, Betiana Vargas, Estefanía Bresso, Lucas Aguilera y Paula Giménez.



e-book

*Matías Caciabue
y Katu Arkonada*

Coordinadores

*Katu Arkonada
Matías Caciabue
Aram Aharonian
Helena Argirakis Jordán
Sabino Vaca Narvaja
Rosa Miriam Elizalde
Hugo Moldiz Mercado
Atilio Borón
Paula Klachko
Abril García Mur
Claudia Lázaro
Luis Hernández Navarro
Paula Giménez
Aldana Martino
Valter Pomar
Gustavo Codas
Marco Teruggi
William Serafino
Franco Vielma
Juan C. Pinto Quintanilla
Gabriela Rivadeneira
María fernando Barreto
Gabriel Bermúdez
Nicolás Centurión
Sebastián Valdomir*

Encarcelado por el régimen fascista de Mussolini, Antonio Gramsci, el máximo dirigente del Partido Comunista Italiano, popularizaba en 1930 la siguiente frase: “El viejo mundo se muere. El nuevo tarda en aparecer. Y en ese claroscuro surgen los monstruos”.

Casi 100 años después de la gran crisis del capitalismo del siglo XX, nos encontramos en la mitad de otra crisis, en otro momento del capitalismo —mucho más en descomposición— y en un mundo que tiene características profundamente diferentes.

Habitamos un mundo de claroscuros, un mundo de monstruos. La transnacionalización del capital y la ruptura de la noción centro-periferia han puesto, en este siglo XXI, el mundo al revés.

Eso nos obliga a enfrentarnos a profundos escenarios de violencia en la medida en que Estados Unidos va perdiendo su hegemonía económica y política mundial, y otros proyectos, como el de Rusia o el de China, van surgiendo y conformando un nuevo escenario internacional.

En ese marco, cuando parecía que las y los latinoamericanos teníamos todas las respuestas a una buena parte de las preguntas que esta complejidad global nos hacía —en el llamado ciclo posneoliberal iniciado en 1998—, el mundo nos cambió todas las preguntas.

Más allá de los Monstruos da luz a toda una serie de debates urgentes para este mundo en desarreglo.

La serie de artículos recopilados, elaborados por luchadores de las más diversas trincheras, no constituyen, bajo ningún punto de vista, una parsimoniosa y tranquila reflexión que camina sobre una brillante alfombra roja. Estos son, más bien, un conjunto de reflexiones colectivas que configuran una serie dispar de adoquines preparados para librar la “batalla de ideas”.

ISBN 978-997-688-341-2



9 789876 883412

UniRío
editora



Universidad Nacional
de Río Cuarto
Secretaría Académica